



PEREGRINACIÓN

(Pilgrimage)

por

Savitri Devi

Calcuta

1958

CONTENIDO

PREFACIO p. 3

INTRODUCCIÓN p. 4

CAPÍTULO I: Linz ; Leonding p. 9

CAPÍTULO II: Braunau am Inn p. 25

CAPÍTULO III: Berchtesgaden ; Obersalzberg; Königssee p. 36

CAPÍTULO IV: Munich p. 58

CAPÍTULO V: Landsberg am Lech p. 83

CAPÍTULO VI: Nuremberg p. 99

CAPÍTULO VII: Tumbas de Mártires, chimeneas humeantes y hombres de hierro p. 131

CAPÍTULO VIII: Monumento a Hermann y el Valle de las Águilas p. 170

CAPÍTULO VI: Las Rocas del Sol p. 182

BIOGRAFIA: 202

Para la cita: Savitri Devi, Pilgrimage (Calcuta: Savitri Devi Mukherji, 1958)

Este e-book fue originalmente puesto a disposición en Internet (en inglés) por los esfuerzos de Gabriella en <http://www.vaidilute.com>

Es gratis, por supuesto, para cualquiera el descargarlo y leerlo. Sin embargo, si usted quiere ponerlo en su propio sitio Web, por favor asegúrese de dar crédito a Savitri Devi Archive.

A LA GENTE ALEMANA

"Cuando la justicia es aplastada, cuando el mal es triunfante, entonces Vuelvo. Para la protección del bueno, para la destrucción de malhechores, para el establecimiento del Reinado de Honradez, nazco una y otra vez, Era tras Era".

Bhagavad-Gita IV, Versos 7 y 3.

"Yo soy la Oblación; soy el Sacrificio..."

Bhagavad-Gita, IX. Verso 16.

Traducido por: Carlos Guerra
Revisado y Maquetado por: www.NuevOrdeN.net

PREFACIO

Estas páginas - escritas en inglés sólo porque no me sentí, aún, en una posición de producir un libro en alemán - relatan mi primera peregrinación real por sitios que tienen un gran renombre en la historia del Movimiento Nacionalsocialista y en aquella de Alemania en general. Ellas están incompletas, porque aquella peregrinación en sí misma fue - tuvo que ser, debido a dificultades financieras personales - una bastante precipitada; una de la que tuve que excluir hasta tales sitios importantes como Viena y Berlín.

Por la fidelidad al hecho, deliberadamente no traté de llenar los huecos con memorias de estos y otros sitios, juntadas durante viajes más recientes míos. Ya que cada peregrinación sucesiva es un todo en sí mismo, dotado con su propia unidad orgánica. Y la primera tiene un carácter especial por la única razón que es la primera.

Muchas declaraciones en este libro - muchas reacciones de camaradas míos o de mí misma - impresionarán a aquellos que no son devotos definidos de la fe de Hitler - y quizás hasta algunos de aquellos que son, o profesan ser, tales. Aún así, otra vez por la fidelidad al hecho, no he recortado los párrafos correspondientes. Quise al menos que la atmósfera psicológica que he vivido en 1953 sea entregada como la he experimentado.

El libro no es, de todos modos, pretendido para la circulación indiscriminada. Esto es una serie de episodios personales, posados en blanco y negro en exactamente el mismo estilo que yo los relataría a la única gente para quienes estas páginas son, a saber, a los más conscientes y consecuentes entre mis camaradas y superiores alemanes.

Savitri Devi Mukherji

Calcuta, 12 de diciembre de 1958

INTRODUCCIÓN

Hay una cosa que muchos alemanes (y prácticamente todos los no-alemanes) parecen olvidar, aventurando pronósticos sobre la evolución del Occidente, y es el hecho que el Nacionalsocialismo es infinitamente más que una mera convicción política; el hecho que esto es un estilo de vida; una fe, en el sentido más pleno de la palabra - uno podría decir una religión, no obstante lo diferente que puede parecer, a primera vista, de cada sistema existente así etiquetado en el discurso corriente. Las religiones no son tan fáciles para desarraigar como las meras convicciones políticas. Y una religión que expresa, tanto- colectivamente en la vida "política" - como en la vida individual (en la vida como un todo orgánico) las aspiraciones perdurables de la sección más noble de la humanidad, nunca puede ser desarraigada. Es lo que, nosotros Nacionalsocialistas, tenemos la intención de demostrar, a la larga. Es lo que demostramos ya con nuestra resistencia de día a día - nuestra negativa silenciosa, pero inexorable de renegar nuestra escala de valores - después de estos largos ocho años de proceso (1) y esta historia de mi visita a varios sitios relacionados con el nacimiento, crecimiento y persecución de nuestro Movimiento, y estos episodios de mi vida en Alemania (después de mi vuelta allí a pesar del decreto de expulsión emitido contra mí por las Autoridades de Ocupación) simplemente acentúan una vez más, tan flagrantemente como alguna vez, que nada puede "des-Nazificarnos" a nosotros. Mientras el título aparentemente extraño que he dado a este libro - "Pilgrimage" (peregrinación) - ilustra, tan exactamente como el discurso humano posiblemente puede, mi actitud hacia Alemania, mi hogar espiritual.

(1) Estas líneas fueron escritas en 1953.

"Adolf Hitler ha levantado Alemania al status de una Tierra santa ante los ojos de cada ario digno del mundo." He escrito estas palabras en otros libros míos. Y ellas no eran, - y no son - una metáfora, sino la misma expresión de la verdad como la siento en la profundidad de mi corazón. Y he visitado estos sitios para siempre famosos: Linz, Leonding, Braunau am Inn, Berchtesgaden, Obersalzberg, Munich, Landsberg am Lech, Nuremberg (para mencionar sólo los principales), no debido a su belleza natural, ni por su importancia ante los ojos del estudiante de historia, sino en un ánimo piadoso - como los verdaderos Cristianos visitan Belén, Nazareth y Jerusalén; como los verdaderos Mahometanos van a La Meca y a Medina desde los confines de la Tierra. Los he visitado únicamente porque ellos son, para mí, - para nosotros - sitios sagrados; puntos de Tierra santa, inseparables de la historia temprana de aquella forma moderna de la Religión perenne de la Vida: la Fe de Hitler; mi fe; - nuestra fe.

* * *

Tal actitud a un sistema que ha jugado - y (espero) otra vez jugará, - una parte muy definida en la vida política del Occidente, necesita unas palabras de explicación. Esta no es ciertamente la actitud del mundo a lo ancho, hacia nuestro credo. no es, - lamentablemente, - todo menos que la actitud de todos los alemanes. De todos modos, esto es aquella de una minoría consciente y activa, y particularmente inteligente de Nacionalsocialistas Alemanes, de quien tengo el honor de conocer varios personalmente. Y no puedo sentir francamente ninguna diferencia en absoluto entre su acercamiento y el mío a nuestra fe común en la Esvástica y en el Gran Reich alemán. Y, al grado que ellos me conocen, no creo que ellos sientan cualquier tal diferencia tampoco.

La lealtad a Adolf Hitler, vivo para siempre; lealtad a la sangre aria; lealtad a la Gran Alemania como el Líder natural de toda la gente de la sangre aria, me liga a ellos, y ellos a mí, encima de las fronteras artificiales siempre cambiantes.

Cierta gente fuera de nuestro Movimiento insiste, sin embargo, que debe haber una diferencia irreductible entre nuestras actitudes: una diferencia debido a que no soy una alemana. Aquel hecho - que he olvidado tan espontáneamente, tanto en el orgullo de los grandes días como (quizás aun más) en la agonía mental que he vivido en y después de 1945, y en el servicio constante al gran Reich de nuestros sueños comunes, - puede ponerse posiblemente en mi camino en relación a ventajas materiales en una futura Alemania Nacionalsocialista. Esto no podría, - y esto nunca puede - impedirme unir mi destino a aquel de la futura Alemania, en nombre de mi fe pan-aria, sin tener en

cuenta todos los obstáculos administrativos imaginables. Sea limitando mi "derechos" durante la corta envergadura de años que aún tengo para pisar esta tierra, - haciéndome un ciudadano de segunda clase, o quizás hasta un ciudadano de tercera clase en el nuevo mundo glorioso para el establecimiento del cual me he esforzado toda mi vida, - ello me ha obligado a vivir y luchar con mayor desapego, mayor desinterés, recordando que yo no tenía - y no tengo - nada para esperar, y que lo que hice, y hago, no cuentan.

Esto me ha obligado a vivir y luchar con entusiasmo impersonal, exclusivamente para el objetivo eterno de nuestro Movimiento: no para la "felicidad" de cualquier individuo; no para la salvación del Individuo, sino para el refuerzo, defensa y expansión de la élite divina de la humanidad, aquí y ahora, y para siempre, sintiendo que este objetivo alto es el mío a pesar de todo; el mío, tanto como de cualquier alemán; el mío, porque quiero que ello sea alcanzado a cualquier costo; el mío, porque amo Alemania, el país querido de mi Führer y la primera Nación aria bien despierta en nuestros tiempos.

* * *

"Lealtad a Adolf Hitler, vivo para siempre; lealtad a la sangre aria, y a la Gran Alemania como el Líder natural de toda la gente de sangre aria," esa es repito, la sustancia del Nacionalsocialismo - nuestra fe. Es, sin duda, una fe esencialmente alemana, y una esencialmente terrenal, también, - una fe que no tiene nada que ver con aquellos problemas metafísicos que preocupan a la gente para quien nuestro mundo vivo no es suficiente. Es, sin embargo, una fe que supera Alemania, y esta Tierra en sí misma, y nuestros tiempos, como una vez declaré ante el Consejo de Guerra en Düsseldorf, y ya en Colonia, ante aquellos que primero me repreguntaron tras mi detención en 1949.

Nosotros los Nacionalsocialistas no tenemos ninguna opinión sobre y ningún interés en preguntas que no pueden ser contestadas con certeza absoluta y que no tienen, además, ningún peso sobre nuestras vidas. Hablamos sólo de lo que sabemos. Adoramos eso que nosotros podemos ver y sentir - o al menos, aquello de lo que podemos ver y sentir su expresión día a día. No sabemos si podemos esperar o no, después de la muerte, alguna clase de inmortalidad consciente, personal (cualquier clase de inmortalidad de la clase por la que tantas personas ansían). Pero sabemos realmente que, aquellos que tienen hijos de su misma sangre viven en sus niños. Y creemos en la inmortalidad de aquellas razas que guardan su sangre pura, consciente del Carácter divino que está dentro de ellos. Creemos en la inmortalidad de nuestra propia raza aria cuando esta ha sobrevivido en sus representantes más puros, en Alemania en particular y en el Norte de Europa en general, y dondequiera que más en el mundo esta haya retenido tanto sus características físicas como morales.

Y sabemos realmente, también, que aquellos que nos dejan obras útiles o hermosas viven en sus obras. Creemos en la inmortalidad impersonal, desinteresada por el trabajo creativo - en la inmortalidad del artista anónimo que esculpió un detalle perfecto en la decoración de un edificio; en aquel del peón anónimo que ayudó a pavimentar un camino; del hombre que plantó un árbol o formó una melodía popular; y sobre todo de todos aquellos que vivieron y lucharon y sufrieron para permitir a Alemania causar la materialización del programa de Adolf Hitler; de todos aquellos que, ahora, en sumergimiento absoluto, guardan nuestra fe viva dentro de sus corazones, así permitiéndola reafirmarse, un día, en la primera oportunidad. Aquella inmortalidad, - de la que estamos seguros, - es suficiente para nosotros.

No sabemos si allí existe tal cosa como un Dios dotado con personalidad. Pero sabemos realmente que la vida existe. Y sabemos realmente que el Orden, y Ritmo, que es la esencia del Orden, son inherentes en la Vida. Y encontramos al Orden y Ritmo esencialmente hermosos. Y adoramos la Vida debido a aquella belleza inherente del Orden y Ritmo, que se muestra en las Leyes de la Vida.

Adoramos la Vida con sus Leyes inexorables, expresiones del Orden interior; con su Ritmo inexorable de nacimiento y muerte, creación y destrucción, amor y odio - su interacción eterna de contraposiciones; su Lucha eterna, despiadada, libre de pecado, impersonal, que es también Orden. Aceptamos el hecho que somos parte integral del Baile Cósmico, instrumentos de su ritmo. Aceptamos la Ley de Lucha, que es inseparable de la existencia en el tiempo; decimos "sí" a la Vida, porque somos seres sanos, bien adaptados a nuestro destino como creadores y luchadores; porque nos gusta la Lucha eterna - y, sin duda, encontraríamos el mundo aburrido, sin ello. Nuestro Dios es la Vida en Sí misma - la Vida como surge, purificada y reforzada, una y otra vez, de la Lucha eterna contra las fuerzas de desintegración.

Amamos a todas las formas de la vida... en su lugar. Pero nuestros propios ojos, nuestra propia experiencia nos obliga a afirmar que allí no existe nada más alto, nada más valioso en la Tierra, que la aristocracia natural de la raza aria, que es, al mismo tiempo, la aristocracia natural de la humanidad. No odiamos a los hombres que están de pie estorbando en el camino del libre desarrollo de aquella élite, pero luchamos contra ellos, con el desapego despiadado, y los destruimos - cuando podemos, - con toda la meticulosidad de nuestros corazones, como los enemigos de la Creación más alta - nuestros opositores naturales en el Juego Cósmico de Fuerzas. Ese es nuestro credo - filosóficamente hablando. Esto es un credo cósmico, con sus raíces en esta Tierra.

* * *

Pero eso no es todo.

Uno no puede decir que los representantes de la aristocracia de la humanidad ordenada por Dios deben ser encontrados en Alemania solamente. Sven Hedin, Knut Hamsun, Vidkun Quisling, no eran alemanes, y aún, ¿quién les negaría un lugar en las primeras filas de la élite aria? Los miembros de aquella élite natural pueden ser encontrados en todas las tierras - incluso Persia e India, - donde sea que hayan unos hombres racialmente conscientes y mujeres de sangre aria pura. Aún así, es un hecho que, entre todas las naciones de sangre aria, Alemania sola se ha hecho, en nuestros tiempos, el campeón de aquellos valores arios eternos para los cuales estamos de pie; el promotor de aquella fe alegre y despiadada en la salud y perfección física también, como en ideales viriles, en oposición con la filosofía enfermiza, centrada alrededor de la llamada "dignidad" de la humanidad caída, que es el regalo del Judío al mundo Occidental. Es un hecho que, sea en Hermann, que cortó las legiones romanas a pedazos, o en Wittukind y sus Sajones, los defensores del Paganismo germánico contra la fe cristiana, o en sus grandes Emperadores de la Edad Media, en conflicto constante con los Papas; o en los reyes y estadistas de Prusia, con su genio organizativo enfocado y perspicacia política, puesta al servicio de un Reich unificado; o en pensadores como Fichte, Nietzsche, o, más cerca a nosotros, Friedrich Lange, (1) y, siempre y en todas partes, en su gente, con su voluntad invencible para vivir, Alemania ha sido, en todas partes de su historia, la fuerza sana en el Occidente, - la fuerza que ha estado de pie, tercamente, contra todas las formas del internacionalismo, sea político, religioso o filosófico; contra todas las fuerzas de la decadencia, sea Roma imperial (ya no un poder ario en los días de Augusto) o el cristianismo, aquella invención más vieja y más exitosa del Judío para emascular la raza aria, o la Revolución francesa, aquel logro a gran escala de la Francmasonería, o Napoleón, (aquel jefe militar cuyo sueño sería unir toda Europa, no conforme al régimen del mejor, en nombre de cualquier sabiduría más alta, sino simplemente bajo el gobierno de una familia corsa grande, en nombre de su ambición personal.)

(1) El líder de "Deutsches Bund" cuyo Manifiesto, publicado en Heidelberg el 9 de mayo de 1894, podría ser firmado por cualquier Nacionalsocialista verdadero.

Es un hecho que el interés del Reich alemán es, - y, lo que es más, siempre fue, - el interés de la Arianidad occidental, y que, en particular, cada ario que, durante la Segunda Guerra Mundial, luchara por su propia voluntad contra Alemania, es un traidor a su propia raza. Ya que la Segunda Guerra Mundial no era una guerra entre Estados rivales, sino una guerra entre fes incompatibles, - entre la histórica escala de valores aria y la Judeo cristiana; tanto una guerra religiosa como una guerra racial.

Y es también un hecho que no hay ninguna esperanza para la Arianidad occidental salvo en la resurrección del Reich alemán en el espíritu de Adolf Hitler (si no bajo su mando personal, si él todavía esta vivo) y en la unificación de Europa - primer paso hacia la unificación de la raza aria en conjunto - bajo el mando de Alemania, según principios Nacionalsocialistas.

Importa poco hasta que punto los "derechos" de los arios no alemanes serán tenidos en cuenta en aquel futuro Occidente, - mas aun, en aquel mundo futuro, - para el establecimiento del cual luchamos. No luchamos de modo que unos hombres y mujeres, relativamente mejores que la mayoría de los arios no alemanes en vista de que ellos permanecieron fieles a Adolf Hitler y a Alemania en la derrota, pudieran adquirir ventajas definidas después de la venganza de Alemania. Luchamos incondicionalmente para traer aquella venganza - para la resurrección y la dominación de la Gran

Alemania Nacionalsocialista, - porque ardientemente creemos en la justicia de la Causa alemana; porque encontramos correcto que la Nación que arriesgó todo, y se sometió a la experiencia real de martirio de masas y muerte para la defensa de la raza aria en general y de los ideales arios verdaderos, debería elevarse y tomar la delantera de aquella raza, e imponer aquellos ideales sobre futuras generaciones para siempre. Al menos yo luché incondicionalmente para aquel objetivo impersonal, independientemente de cual sea mi nacionalidad oficial.

Luché para aquel objetivo porque creo en el nuevo Mythos de la Salvación, que los Poderes divinos desarrollan despacio y con paciencia desde los sufrimientos sin precedentes de la Nación privilegiada: el Mythos sobre el cual, un día, - espero, - la nueva fe de Europa será fundada; el Mythos de la redención mundial (en el sentido natural, terrenal de la palabra) por el sacrificio voluntario y el martirio de la gente alemana durante estos diez años pasados (y quién sabe cuántos años más?). Por primera vez en la historia de las religiones, el Salvador perenne Que viene otra vez, Era tras Era, "a instalar de nuevo el reinado de Honradez," (1) ha ofrecido no sólo Él mismo, sino a Su gente querida en sacrificio, para la realización del objetivo más alto de la Creación: la supervivencia de la humanidad superior.

Y por primera vez también, la salvación es considerada no como una fuga de esta vida terrenal, sino como su realización plena en salud, fuerza y belleza; en perfección visible, divina. Por primera vez la salvación significa el logro de la perfección en el plano físico y luego, por el desarrollo de las capacidades naturales y las virtudes de la raza, en otros planos también; el logro de la superhumanidad profundamente arraigada en la tierra - fiel tanto a esta Tierra como al Sol, el Principio de vida terrenal y poder. Y la Nación privilegiada - Alemania - consciente de su misión como alguna vez antes; purificada en el espíritu durante estos años largos de la persecución, debe enseñar a la élite racial del mundo (sus amigos carnales, y también sus aliados mas nobles de otras razas) el mensaje de la Doctrina de Vida en salud y alegría y honor; la Ley de pureza de la sangre; el deber de obediencia a aquel Carácter divino inmanente - Energía de la vida - que mora en el sol y en la Naturaleza viva y en nosotros, y que "ha puesto a cada hombre en su lugar" y "dividió los pueblos extranjeros el uno del otro." (2)

(1) el Bhagawad-Gita, IV, verso 8.

(2) Himno más Largo al Sol, compuesto por Akhnaton, Rey de Egipto, a principios del 14o siglo a. de J.C..

Y tal como toda la India reverencia hasta este día a los descendientes de los invasores arios de la antigüedad - los Brahmanes - como "dioses en la Tierra (1) así va el mundo ario en conjunto, un día, - esperamos que "reverencien a los descendientes de pura sangre de los alemanes modernos: los hijos de aquellos millones quienes, junto con Adolf Hitler y por amor a Él, posaron, en nuestros tiempos, las bases de una nueva civilización del Occidente, y quienes sufrieron y murieron para que la Arianidad pueda prosperar.

(1) Bhudêva (en Sánscrito).

* * *

Y así, por Adolf Hitler, - el primer Hombre en integrar el tradicional pan-Germanismo en un más profundo, para todo el mundo pan-Arianismo, - la Religión perenne de Luz y Vida y de la humanidad superior como la culminación del esfuerzo creativo de la Vida sobre este planeta, ha encontrado su expresión en el culto de Alemania.

Esto explica y justifica, como he dicho ya, el título de este libro. Esto explica y justifica también mi actitud entera a mis camaradas alemanes y superiores, con quienes me he identificado en esta lucha para la resurrección del Gran Reich alemán. Esto presagia también - espero, - los sentimientos de aquellos arios racialmente conscientes del futuro que vendrán a esta Tierra como un lugar de peregrinación - la Tierra Santa del Occidente, - en el mismo espíritu que yo misma, mientras sigue

trabajando para el refuerzo y la expansión de aquel Gran Reich de nuestros sueños que, en mis muy propias palabras, "no tiene ningún límite." (2) Esto presagia la formación lenta pero estable de una hermandad verdadera de la sangre aria y de la fe Nietzscheana, para siempre leal a sus líderes naturales: compatriotas y discípulos de Nietzsche; el pueblo eterno de Adolf Hitler.

¡Heil Hitler!

Emsdetten in Westfalen (Alemania)

03 de junio de 1953

(2) "Defiance," p. 578.

CAPÍTULO I LINZ; LEONDING

¡De este modo, esta ciudad limpia y hermosa que ahora dio la bienvenida a mí era Linz - el lugar dónde 'él' había pasado los primeros años de su vida! Me costó creerlo. Y aún así... ¡qué viva era la consciencia de 'él' en relación a este lugar, no sólo en mí, pero en su gente en general! Recordé en mi mente el comentario de un señor mayor que había estado sentándose al lado mío, en el vagón en mi camino: ¡"Linz!" decía él, mirando enigmáticamente mí tan pronto como yo había contestado la pregunta habitual y le había dicho dónde yo iba, "¡esa es la ciudad donde Adolf Hitler vivió cuando era un muchacho!" y había añadido, aún más enigmáticamente: ¿"Es por eso por qué usted va allí?"

Yo me había sonrojado al oír el Nombre querido, y más aun por la idea que el hombre había visto a través de mí. Pero yo había sonreído simplemente, sin contestar una palabra: dos franceses en uniforme - dos miembros de las odiadas "fuerzas de Ocupación" estuvieron sentados frente a nosotros. Habría que ser cauteloso en la presencia de aquellas criaturas: no decir nada que podría ser interpretado como una ofensa a la luz de este o aquel párrafo del Estatuto de Ocupación. ¡(Pero la sonrisa, por supuesto, y rubor, no obstante más elocuente de lo que sería cualquier palabra hablada, nunca pueden ser utilizados contra uno como una ofensa!...)

También recordé el modo extraño del cual el hombre que se sentaba en el escritorio en "la Oficina de consultas acerca de habitaciones," - Zimmer Nachweis - en la estación, me había mirado cuando yo le había dicho que había venido desde Atenas, de alguna manera como si él hubiera querido decir: ¡"todo el camino de Atenas para ver el lugar dónde 'él' pasó su infancia!... De este modo... usted también es uno de 'sus' seguidores... ¡y probablemente uno bueno! ¡"Ah, él no había pronunciado - indudablemente no se atrevió a pronunciar - aquellas palabras! Pero yo me sentí bastante segura de que él las había pensado. Y él me había hablado durante más de una hora sobre sus recuerdos como un oficial en el Ejército alemán en Grecia, durante la guerra, y había sonreído muy simpáticamente cuando le había declarado que yo nunca había estado de pie contra Alemania, sea durante esta guerra o antes, o después, sino que había luchado, al contrario, en su lado "contra el Poder del dinero internacional, el enemigo mortal de la raza aria."

Sí, aunque dieran apenas a una persona la posibilidad de hablar sobre 'él', uno sentía, aquí, que muchas, muchas personas piensan en 'él' cada día de sus vidas. El aire que uno respiraba estaba lleno de 'su' presencia.

Y su presencia atrajo a la gente - de lejos, a veces.

Recordé una conversación que yo había tenido en Londres, en 1947, con un indio Brahmán de tez clara de Delhi - quien, durante un viaje comercial a través de Europa Central, había salido de su camino para visitar Linz únicamente por las memorias de la niñez del Führer que la ciudad evoca. Y cuando yo le había dicho cuán refrescante era para mí oír tal cosa de un hombre de la lejana India, él me había preguntado:

¿"No ha visitado usted Ayodhya y Brindaban, cuándo estuvo en la lejana India? "

Yo había reconocido que en efecto lo había hecho.

¿"Y por qué, no siendo una india, ha deseado sobre todo usted ver aquellas viejas ciudades, ambas de poca atracción al ojo en búsqueda de algo 'pintoresco'?" había preguntado entonces mi interlocutor.

"Porque soy una aria," contesté yo, "y porque Rama, el Conquistador milagroso del Sur, que vivió y gobernó en Ayodhya, y Krishna, el Profesor inmortal de la Doctrina de Violencia con el desapego, que pasó sus primeros años en Brindaban, personifican en mis ojos tanto sabiduría bélica como la extensión territorial de mi raza santa, y comienzan cada uno de ellos una nueva época en la historia del despertamiento de la conciencia aria en la Antigüedad. "

"¿Y Adolf Hitler También no personifica, hoy, tanto sabiduría bélica como la voluntad a la expansión de la raza aria? ¿Y acaso él no ha, pese a la derrota temporal de Alemania, comenzado una nueva era? He visitado Linz porque también soy un ario," había contestado el descendiente de aquellos que llevaron la cultura nórdica antigua a la Zona tropical.

Yo estaba demasiado conmovida para contestar. Y la idea de una nueva, Arianidad racialmente consciente, extendiéndose a las cuatro esquinas del mundo - la idea del verdadero Gran Reich de mis sueños, unido, sobre todas las fronteras convencionales, en la veneración del Salvador común de la raza, Adolf Hitler, - había traído lágrimas en mis ojos.

Pensé en aquel episodio, - y en aquella idea enorme - cuando ahora yo misma me senté en Linz, ante una mesa en la plataforma del primer piso del hotel que el hombre en la Oficina Zimmer Nachweis en la estación me había recomendado, llenando un formulario (nombre de pila, apellido, dirección permanente etc...) mientras la asistente del hotel preparaba el cuarto para mí.

* * *

Yo había venido de Atenas, como ya dije Y viajaba bajo mi apellido de soltera. Yo, bajo mi nombre actual, había sido expulsada de Alemania ocupada después de mi liberación de Werl. Pero estaba determinada a volver, y procuraría, esta vez, no ser agarrada, aun si yo me permitiera realmente, una vez más, de actividades "dirigidas para mantener vivo el espíritu militar y Nazi." (1) yo, con la ayuda de los Dioses inmortales, había logrado asegurarme un pasaporte griego, a causa de que mi matrimonio, que no había ocurrido en ninguna iglesia cristiana, no fue por lo tanto reconocido en Grecia.

(1) Estatuto de Ocupación: la Ley 8, Artículo 7.

Recordé mi viaje hermoso - primero, aquella prisa por el espacio transparente, del Aeropuerto Phaleron a aquel de Campini, sobre montañas, islas y mar, y nubes que brillaron como la nieve bajo el Sol, y por las que podría agarrar, de vez en cuando, una vislumbre de agua azul violacea o tierra gris rocosa, diez mil pies abajo; y luego, aquella visión rápida de Roma por la décima o duodécima vez; mi vagabundeo a lo largo de la "Via dell' Impero," lleno de memorias de nuestros grandes días; mi conversación con un viejo amigo que había sido un ministro Estatal bajo Mussolini habiendo sido el Cónsul para Italia fascista en Calcuta, donde yo me había hecho su conocida y luego, el viaje de ferrocarril rumbo al norte, hacia Alemania.

Recordé el sentimiento que yo había experimentado en el Paso de Brenner - la frontera. Nuestro Führer se había encontrado allí, varias veces, con el Líder italiano que el doctor Goebbels ha tan trágicamente - y tan exactamente - caracterizado como "el último de los romanos." Allí yace el punto real del contacto - y de separación - entre las dos partes de la Arianidad occidental: la Gran Alemania y los países del Mediterráneo. ¿"a cuál de estos dos mundos realmente pertenezco?" había pensado cuando el tren había rodado, técnicamente, en Austria, de hecho, en lo que era, es y siempre será la tierra Germánica. En mi juventud, yo me había sentido orgullosa de mi ascendencia de medio Mediterráneo. Ahora que yo había aprendido cuan inútil sería esperar cualquier colaboración perdurablemente entusiasta, incondicional de Grecia en particular y de Europa del Sur en conjunto, en la lucha para la nueva aseveración de los valores arios, yo me había sentido agradecida a mi madre por la sangre de Vikingo que ella me ha dado. Se me había ocurrido pensar hasta que, cualquiera que fuese la sangre italiana que yo tenía, de mi lado paterno, toda venia de Lombardía, es decir, era más nórdica que Mediterránea.

Y yo había estado contenta en este pensamiento, como si este hecho reforzara mi derecho de reclamar un lugar en la futura civilización nórdica de mis sueños. Y yo había cruzado la frontera como uno cruza el umbral de casa. Y las palabras en las cuales el mejor Nacionalsocialista Inglés que yo conocía habían caracterizado una vez Alemania, en una carta enviada a mí, volvieron a mi mente: nuestra casa espiritual. "El hogar espiritual de todos los arios modernos racialmente conscientes," pensé.

Recordé mi impresión en mi primer contacto renovado con esta tierra Germánica: una impresión de silencioso, metódico, perseverante trabajo, conectado con organización inteligente; una impresión de

limpieza, de Orden y amor propio; de salud, y voluntad para vivir. No aun el entusiasmo bullicioso de los grandes días, seguramente; pero las virtudes sólidas que harán a aquel entusiasmo bullicioso irresistible, cuando este vuelva realmente. (Y mi conversación con un par de mujeres bávaras en el tren había sido más que suficiente para convencerme - suponiendo que yo tuviera que ser convencida que esto volverá.)

Recordé las cuevas arboladas y picos nevados que yo había admirado en cada costado de la pista del ferrocarril, entre Innsbruck y Salzburg, - y los dos representantes de las fuerzas de Ocupación francesas que viajaban en el mismo vagón que yo. Éstos se irían, un día. Pero el paisaje magnífico - y la gente - permanecería para saludar la resurrección de todo lo que amé, no importa después de cuantos años adicionales de lucha, y después de que agitaciones adicionales.

Recordé mi sentimiento cuando había salido de la estación, a través de una plaza, y luego, por un parque público, a una calle bastante amplia, bien iluminada, - la avenida central en la ciudad, me habían dicho, - y luego, a lo largo de una calle lateral a la derecha, a este hotel, pensando todo el tiempo: ¿"Puede ser verdad que estoy en Linz, la ciudad en la cual nuestro Führer vivió?" Me había parecido todo - y todavía me parecía - como un sueño. Por supuesto, yo tendría que averiguar en que casa había vivido 'él'. Era demasiado tarde ahora de todos modos para ir preguntando a la gente. Pero al día siguiente preguntaría. Y estaba obligada a encontrar alguien complaciente a decírmelo...

* * *

Mientras tanto la asistente del hotel había vuelto para informarme que mi habitación estaba lista. Ella era una muchacha de aproximadamente veintiocho o treinta, con una cara simpática, ojos grandes, azules claros, tristes, - demasiado triste para su edad. Ella tomó el formulario que yo acababa de rellenar y lo leyó: Maximiani Portas, domiciliada en Atenas... Me había parecido extraño escribir aquel nombre en vez de Savitri Devi Mukherji - el nombre bajo el cual yo era conocida a todos mis camaradas alemanes. ¿Pero qué hay allí en un nombre? Yo era la misma persona, de todos modos; el mismo discípulo de Adolf Hitler, la misma Pagana ario que yo siempre fui ya mucho antes de que yo hubiera comenzado a escribir bajo el seudónimo de Savitri Devi (sin mencionar antes de que yo me hubiera hecho la Sra Mukherji).

La muchacha no sabía, por supuesto, mi verdadera identidad o la historia de mi vida. Aún así, algo en su mente subconsciente debe haberle dicho que ella podía confiar en mí. Obviamente le gustó mi mirada, y deseó hablar. Y sentí que yo podría preguntarle quizás donde estuvo la casa de Adolf Hitler, sin correr el riesgo de entrar en problemas. Pero le dejé hablar primero. ¡"Atenas!" gritó ella, repitiendo lo que ella recordó de mi dirección "permanente," que ella acababa de leer sobre el formulario. "usted viene de lejos. Debe estar cansada."

"No mucho," dije yo. "me he parado en Roma en mi camino. Además, estoy demasiado excitada para sentirme cansada."

¿"Se va a quedar usted aquí mucho tiempo?"

"Esta noche y mañana por la noche. Pasado de mañana - veinte - voy a Braunau." (me sonrojé cuando pronuncié aquellas palabras. Durante años yo había tenido muchas ganas de pasar el cumpleaños del Führer en su mismo lugar de nacimiento. La materialización de aquel sueño ahora me pareció como algo milagroso.)

La muchacha me miró atentamente. La fecha, por lo visto, se movió en sus memorias familiares. Y ella había notado lo conmovida que yo estaba... Sus ojos tristes de repente se aclararon, y ella sonrió - como sólo uno de nosotros puede sonreír reconociendo a un camarada.

¿"Vino de Atenas para ver el lugar dónde Adolf Hitler nació y el lugar en el cual él vivió," dijo ella con entusiasmo, con una voz baja "puede ello ser verdad? ¡Ahora! - ¡ochos años después del desastre!"

"Ochocientos años después de este desastre y después de muchas agitaciones adicionales, la gente vendrá para ver estos sitios en el mismo espíritu que, hoy," contesté yo. "Pero debería yo..."

Vacíé en decir más, aunque yo hubiera hablado ya más que suficiente para que alguien pueda adivinar que yo era. La muchacha me interrumpió:

"Usted no tiene que tener miedo de dirigirse a mí," dijo ella. "he sufrido por el amor a 'él' y al Gran Reich. Mi marido - un hombre de las S.S. - ha muerto para 'él.' Usted no tiene que tener miedo de decirme cuan ardientemente usted le reverencia a 'él'. Lo sé ya: puedo leerlo en sus ojos."

Estuve segura de que ella dijo la verdad. "yo pertenezco a 'él'" dije yo; - "a 'él' y a aquellos que aman a 'él' y a quien 'él' ama. "

Los ojos de la muchacha estaban llenos de lágrimas. Y ella pronunció las mismísimas palabras que un joven alemán había pronunciado más de cuatro años antes, durante aquella noche de febrero fría, después de que yo le había dado, en la estación de Colonia, unas muestras de los peligrosos carteles que iban, pronto después, a causar su detención y la mía; las mismísimas palabras, con la mismísima apasionada lealtad: ¡"nuestro Hitler! - ¡nuestro querido Führer!" - el grito del corazón de Alemania para siempre por venir.

Entonces, después de una pausa, ella tomó un vistazo adicional en el formulario que yo había llenado, y había dicho: "Excuseme, si soy indiscreta; ¿pero usted es realmente griega?"

Era extraño. Ya en Roma, en varias tiendas, y una vez en la calle, la gente me había tomado por un alemán a pesar de mis ojos y pelo oscuros. ¿Qué estaba allí en mi "aura" que proclamó mi lealtad a la gente de Adolf Hitler?

Yo podría haber contestado: "mitad de griego y mitad de inglés." Pero no; esto no se me ocurrió. En vez de aquella - simple y "técnicamente" exacta respuesta, le di espontáneamente una inesperada, pero de hecho infinitamente más exacta - la misma que yo había dado a mi joven amigo en Colonia, durante aquella noche memorable, cuatro años antes; aquella que justificó tanto la historia de mi vida como mi presencia en Linz: "Ich bin Indo-Germanin" - "Soy indoeuropeo, - ario," dije con una sonrisa.

"Puedo entenderla," contestó la muchacha, más bien a mi sorpresa. Por lo visto, ella recordó - y había asimilado - el conocimiento del mundo que le habían dado bajo el Tercer Reich. Y ella añadió: "es tarde. Pero mañana es domingo; tengo más tiempo. Vendré a su habitación, y hablaremos."

¿"Podría usted, mañana, mostrarme la casa dónde el Führer vivió, aquí en Linz?"

"Lamento tener que decir que no sé todavía donde es," contestó la muchacha. "He venido a Linz, pero llevo poco aquí, y comencé a trabajar nada más legué. No tenía ninguna posibilidad para ver la ciudad. Pero puedo mostrarle donde usted debería tomar el autobús para Leonding, si le gusta; ¿usted también quiere ir allí, naturalmente?"

"Lo hare."

Ella me explicó donde yo debía tomar el autobús: sólo unas yardas lejos del hotel. Ella también me dijo que su nombre era Luise K. Nos separamos con el saludo ritual y las dos ahora prohibidas palabras: ¡"Heil Hitler! "

Esto era mucho tiempo antes de que yo me durmiera.

* * *

¿"Es este Leonding? " pregunté yo, cuando el autobús paró.

"Sí, Leonding. "

Salí. Mi corazón golpeaba. Ante mí, en la frontera del camino, yace la pequeña iglesia detrás de la cual - yo sabía - estaba el cementerio donde los padres del Führer están sepultados.

Anduve en la iglesia. Estaba vacía. La luz del sol entró dentro desde las ventanas estrechas de cristal claro, y acentuaron cada curva o superficie de la madera pulida sobre la cual esta cayó, y cada detalle de metal esculpido sobre el altar.

Esta era una bastante pequeña iglesia de pueblo como alguna otra, con paredes blanqueadas, unos cuadros ingenuos y estatuas de yeso, y bancos en los cuales las generaciones de gente piadosa se habían arrodillado y habían rezado. Silencio perfecto. Debe haber sido casi la una en punto por la tarde. Y una atmósfera de serena relajación; de paz inexpressable.

Imaginé una mujer joven, clara que se arrodilla en uno de aquellos bancos más de cincuenta años antes, con un niño atento, de ojos azules en su lado - un niño en cuyo rostro la luz del amor ilimitado y la llama del genio ya irradiaba: su hijo, Adolf Hitler, El Elegido de los Poderes Invisibles. Y una emoción abrumadora me agarró en aquel pensamiento. Me arrodillé, y persigné automáticamente, - yo, el Pagano, - como si aquel gesto histórico me trajera más cerca a la madre cristiana de mi Líder. Y lloré durante mucho tiempo.

Silencio perfecto; paz perfecta. Frau Clara Hitler, la Madre predestinada, había venido muchas veces indudablemente aquí, cuando la iglesia estaba vacía - como estaba hoy - para buscar la comunión con Dios después que su trabajo en casa estaba terminado. Ella era una mujer cándida y piadosa, que había encontrado en una religión que ella conocía - el cristianismo romano - un marco dentro del cual podría dar la expresión a su deseo innato para Perfección e Infinitud. Uno puede leer aquel deseo en sus ojos, en los cuadros que uno tiene de ella. Su único hijo sobreviviente debía heredar tanto aquellos ojos magníficos, como estrellas, así como el más-que-humano anhelo de su alma ardiente. Él la amó, y "lo que es más, - la entendió; sabía que su piedad cristiana serena significó, para ella, la misma cosa que su propia Lucha despiadada contra las Fuerzas oscuras de la desintegración significaba a él: aspiración ilimitada a perfección sin fin. Y por lo tanto, él respetó su fe, - él, el Exponente desapegado, clarividente de la fe más positiva en Sangre y Suelo; de la fe en la Vida eterna arraigada en esta Tierra.

"Si estuviera mi madre todavía viva, yo sería el último hombre en intentar impedirle ir a la iglesia..." (1);

"... pero hasta que algún sustituto, manifiestamente mejor que ello, aparezca, sólo tontos y criminales destruirán la religión que está allí, sobre el terreno." (2) Sus propias palabras me volvieron. Y reconocí en mi corazón que ellas eran palabras de una sabiduría, tanto más impresionante, tanto más significativa, viniendo de uno que ha luchado hasta el final, como pocos hombres en la historia, no sólo contra "la Iglesia" - las Iglesias -, sino la escala de valores cristiana, la misma esencia de la doctrina cristiana como esta ha venido a nosotros.

(1) citado de los "Diarios de Goebbels," publicado después de la guerra.

(2) Mein Kampf, edición. 1939, p. 293-294.

Y sentí como si mi intuición amorosa de su madre me hubiera ligado más íntimamente a él, durante esta hora, que había hecho, hasta ahora, dos décadas y media del entusiasmo.

* * *

Por la puerta lateral de la iglesia, salí directamente en el cementerio, y despacio anduve a lo largo de un callejón y luego a lo largo del próximo. Las tumbas, sobre las cuales leí por su parte los nombres de los muertos, eran todas relativamente nuevas; aquella que yo buscaba estaba indudable más lejos - más cerca a la pared; entre las más viejas. Seguí el último callejón, paralelo a la pared. Y allí de repente me paré ante una tumba cubierta de la enredadera demasiado crecida, sobre la cual pusieron una corona de ramitas de abeto, completamente secas y cayéndose a pedazos. Alguna mano piadosa había añadido recientemente unas flores frescas en una lata de estaño. En la parte de atrás, una losa de mármol negro, insertada en un bloque áspero de piedra, llevaba en letras doradas la inscripción:

Aquí descansa en Dios

Alois Hitler, quién falleció el 7 de enero de 1903, edad 67, y su esposa Clara Hitler, quién falleció el 21 de diciembre de 1907, a los 47 años.

Alois y Clara Hitler - padres de nuestro Führer; el último eslabón en aquella cadena interminable de generaciones privilegiadas destinadas para dar a Alemania el mayor de todos sus hijos, y al mundo Occidental, un Salvador de su propia sangre.

Me arrodillé ante la tumba.

Por todo mi alrededor, como en la pequeña iglesia, había paz, paz perfecta. Pero una paz de una calidad diferente: no la serenidad meditativa de la casa de rezo, lejos del tumulto de la vida; todavía menos, la paz de la muerte; sino aquella de la Naturaleza sonriente hirviendo con la vida impersonal, - de la Naturaleza que no tiene ninguna memoria y ninguna historia. Por encima de mí, las hojas de un árbol cercano crujieron. En la tierra ante mí, un insecto bastante marrón, - una mota de vida - avanzó lentamente a través de medio pie de tierra y arena, en el bosque espeso de la hiedra que cubrió la tumba. Un rayo de luz del sol cayó directamente sobre las dobles margaritas rosadas y blancas encantadoras que uno de "sus" seguidores fieles, sin duda, - uno de nosotros que " había puesto sobre la tierra bajo la cual los padres del Führer están.

Me Imaginé a 'él' poniendo flores aquí, ante una muchedumbre reverente de la gente - sus amigos íntimos, y los funcionarios (y población) de Leonding, - durante los grandes días. ¿Dónde estaba 'él' ahora, si todavía vivía? ¿Volvería alguna vez él, y estaría de pie una vez más ante esta tumba, en el silencio, rodeado por sus nuevos colaboradores? ¿Y si él estaba muerto, era posible aún que él pudiera saber - que él podría sentir - cuan ardientemente le amamos? ¿O era la vida de aquellos que han pasado a la eternidad impersonal y sin memoria, como la de la Naturaleza?

Yo no había traído ningunas flores conmigo, ya que las tiendas estaban todas cerradas en Linz, pues esto era el domingo. (Y el día antes, yo había llegado a las 9 en punto por la noche más o menos, - después de horas de trabajo.) Mi intención había sido tratar de encontrar unas aquí, en Leonding, y luego venir al cementerio. Pero cuando vi la iglesia, yo me metí dentro. Y no había sido capaz de salir sin andar en el cementerio y ver la tumba. Ahora yo iría a ver si podría conseguir alguna flor, y volvería entonces.

* * *

Yo me dirigía pronto a la dueña de un jardín en Leonding donde - me habían dicho - que probablemente podría encontrar la mayor variedad de flores.

¿"Nomeolvides? ¿No ha conseguido usted nada mejor?" dije yo. Yo había estado imaginando a mí una magnífica masa de rosas rojas oscuras. Y yo estaba lista a dar cualquier precio por la alegría de colocar tal corona sobre la tumba solitaria.

"Lamento no tengo nada más," contestó la mujer joven. Y ella añadió tristemente: ¿"no le gustan las nomeolvides? Ellas son bonitas - todas las flores lo son - y ellas duran mucho tiempo. Le daré tantas como usted quiera, raíces y todo, de modo que usted pueda plantarlas."

Ella era muy comprensiva, - y bonita, también: rubia, con rasgos regulares, y ojos brillantes, sinceros. Además, ella tenía razón. Sus palabras me conmovieron, como si ella supiera para qué razón yo había venido, y había deseado decirme - indirectamente - que 'él' no desaprobaba seguramente las nomeolvides. Y me sentí culpable por haber despreciado las humildes flores celestes.

"Está bien," dije yo. "deme doce plantas de nomeolvides con sus raíces. Por supuesto me gustan. Como usted dice, todas las flores son hermosas."

La joven mujer desenterró las nomeolvides y las envolvió para mí en un pedazo de periódico. "también le prestaré una pala y una regadera," dijo ella.

Su amistad me tocó. Quise saber más sobre ella. "Excuseme si he hablado con prisa," dije yo, rehaciendo el modo que yo le había dejado ver mi desilusión en la carencia de variedad en su jardín.

¡Pero es sólo porque me hubiese tanto gustado rosas rojas oscuras!... Si usted pudiera adivinar para qué tumba son las flores, quizás usted me entendería."

La mujer me miró fijamente, con un rayo de luz del sol en su pelo rubio, y la expresión de camaradería - como Luise K. - en sus ojos brillantes.

"Pienso que puedo adivinarlo," contestó ella. "Pero en este caso debo advertirle: tenga cuidado que nadie le vea; ya que se prohíbe embellecer aquella tumba."

¡"Prohíben! ¡Es típico de 'ellos'!" contesté, significando tanto las Autoridades de Ocupación como las marionetas dóciles que ellos ponen en el poder para imponer su Democracia odiada: - nuestros perseguidores. "Pero no seré atrapada. Estoy acostumbrada a hacer cualquier cosa que 'ellos' prohíban. Y si por casualidad 'ellos' ponen realmente las manos sobre mí, no me preocupa: no tengo nada que perder; y no sería la primera vez. Sólo que prefiero caer, por supuesto, en sus garras después de mi visita al resto de Alemania: tengo varias personas con las que encontrarme allí."

La joven mujer me estiró su mano y sonrió. "la felicito a usted," dijo ella, "yo también soy uno de aquellos que no olvidan, y que esperan por mejores tiempos - para la segunda Venida del poder, no importa como y cuando. Mi marido también pertenece al Movimiento: él era un hombre de las S.S.. "Parece como si yo tuviera la destreza de encontrarme a la gente relacionada con hombres de las S.S.," pensé, recordando la cara dulce de Luise K. Me sentí feliz. No hay nada tan encantador como descubrir a camaradas que uno no sospechó dondequiera que uno vaya.

"Vivo en aquella casa que usted puede ver allí," siguió mi nueva amiga. "venga arriba y tome una taza de café conmigo. Justo hoy he estado horneando un pastel."

Anduve por su lado, sosteniendo mis nomeolvides. Ella me preguntó de donde yo había venido. "De Atenas."

El nombre de la antigua ciudad gloriosa, aquí, en este jardín donde yo había venido para comprar flores para la tumba de los padres de nuestro Führer, pareció a mí como un hechizo mágico. Y sentí una vez más - como tan a menudo había - como si yo fuera el agente inspirado de un Destino enorme, ahora mismo comenzando a resolverse.

¡"Atenas!" repitió la mujer joven, como si ella de repente se hubiera dado cuenta del sentido simbólico de mi presencia. ¿"y usted estaba allí también durante los grandes días?"

"Durante los grandes días, y hasta el final de la guerra, yo estaba en India," contesté. ¡"India!" repitió ella, en el mismo tono que ella había dicho "Atenas," sólo con quizás aún mayor interés. ¿"y usted tiene la intención de volver allí?"

"Un Día, sí; pero durante un tiempo solamente. Deseo instalarme en Alemania - si puedo hacerlo," dije yo. Y por segunda vez sentí como si yo hubiera estado pronunciando un hechizo - dos palabras más

que tuvieron que ser pronunciadas, junto con el nombre de la Ciudad coronada en violetas, para dar a mi presencia en este lugar su significado pleno.

"Sí," pensé, cuando nos acercamos a una escalera de madera hasta la habitación de mi nueva amiga, y cuando me senté allí sola mientras ella preparaba el café; "sí, Grecia, India, Alemania: éstas son las tres hitos visibles en la historia de mi vida. Como otras mujeres aman a varios hombres uno detrás de otro, así he amado la esencia de varias culturas, el alma de al menos tres naciones. Pero en todas las tres y sobre todas las tres, es la perfección esencial de la Arianidad lo que he buscado y he adorado toda mi vida. He buscado a Dios - absoluto en la belleza viva y en las virtudes viriles de mi propia Raza divina, como otras mujeres le buscan en los ojos de sus amantes, y dado todo para la alegría de adorar a Él en ellas; no en el cielo, sino aquí en tierra."

Con la única excepción brillante de mi marido, yo había encontrado a sumamente pocos arios indios que podrían pasar la prueba, comparados con los Nacionalsocialistas Alemanes, mis camaradas. Ninguna colectividad encarnó, como ésta hizo hoy, la vida, el Carácter divino inmanente de la Arianidad. Yo los había admirado desde el principio, sin duda. Pero yo había tenido que vivir todos estos años y pasar por innumerables desilusiones tanto en Grecia como India, antes de que yo hubiera vuelto la espalda a toda la humanidad - no a todos los arios, "salvo a ellos; antes de que yo hubiera aprendido a vivir menos para su Orden mundial (que el mundo tonto ha rechazado) que para ellos solo.

Las palabras aparentemente inconexas con mi tendencia de pensamientos - palabras que un autor francés (1) ha puesto en la boca de una cortesana de templo antiguo, hablando a su último amante - volvieron a mi memoria:

"el amor es un arte difícil, en el cual las muchachas jóvenes no son experimentadas. He aprendido esto toda mi vida para darlo a ti - mi último amante. "

(1) Pierre Loüys, "Les Chanson, de Bilitis."

Nacionalismo devoto - consagración absoluta al Carácter divino de la propia Raza de uno, por identificación absoluta con y servicio del Alma colectiva de una Nación: la única forma del amor humano que yo realmente había vivido alguna vez, experimenté - era también, quizás, "un arte difícil" que yo había aprendido toda mi vida para darlo, en toda su perfección, a los únicos entre mis hermanos arios que juzgué colectivamente dignos de ello: la gente de mi Führer. Recordé el final del poema corto en prosa del escritor francés - el sentido de ello, al menos, si no la expresión real: "Yo destruiré para tu bien hasta mis recuerdos. Te daré los tesoros que todavía me ligan a mis amantes más queridos..." (2) y pensé, con el sentimiento que el poema entero me podría ser, simbólicamente, aplicado; "Yo daré a ustedes, Alemanes Nacional Socialistas, los hijos de la Luz, para siempre jóvenes, todo lo que el viejo mundo exterior me ha dado: la marca perdurable del paisaje de Grecia y del templo indio - amor de esta tierra y ansia para absoluto - en todos mis trabajos, con todos mis gestos. Si algo extranjero a su espíritu ha pasado alguna vez por mi vida, ha sido tan completamente destruido que ya no lo recuerdo." y yo no podía menos que añadir dentro de mi corazón: ¡"Pero usted no me decepcionará, como el viejo mundo exterior ha hecho! ¿O va a hacerlo - usted también, un día?"

(2) "Les Chansons de Bilitis,," mismo poema que citado encima.

Pero la joven mujer había vuelto de la cocina con el café. Ella puso el pastel más apetitoso sobre la mesa, y se dirigía ahora a mí cuando llenaba mi taza.

"Muchos no comprendieron, entonces, el significado pleno de nuestro Movimiento," dijo ella; - "o ellos lo comprendieron demasiado bien y no les gustó esto, porque sus prejuicios religiosos estuvieron puestos entre ellos y el espíritu de la doctrina de Hitler. Pero ahora, - ahora que ellos han tenido un gusto de la Democracia y del cristianismo reanimado, y saben que ni el Estado actual ni las Iglesias puede darles el equivalente de lo que ellos han perdido, - ellos dan despacio la vuelta y vienen a nosotros. Francamente le digo: nunca hubo allí, quizás, tantos Nacionalsocialistas sinceros, al menos aquí en Austria, como ahora. Incluso aquellos austriacos que, en 1945, estaban listos a traicionar al

Gran Reich, - cuando ellos realmente no lo hicieron así, - están más conscientes ahora que ninguna vez anterior del hecho que ellos son parte integral de ello, independientemente de que lo ellos pudieran hacer. "

Pero pareció como si ella hubiera leído mi pregunta silenciosa y la contestara: "la Iglesia es, por supuesto, más poderosa que este gobierno títere," añadió ella; "aun, a pesar de todo, - hasta del esfuerzo enorme de los sacerdotes para reconquistarnos, - somos más libres que nunca de influencias cristianas; más Nacionalsocialista que ninguna vez." Ella no lo dijo, pero su respuesta era tan buena como si ella hubiera dicho: "No; ¡nunca le decepcionaremos! "

"Gente de la misma sangre debería vivir bajo un Estado común" (1) cité yo de la primera página de Mein Kampf, en respuesta a lo que ella acababa de decirme del despertamiento de la conciencia Nacionalsocialista en la propia casa de nuestro Führer, después de la guerra. "yo no creo en una Austria separada."

(1) "Gemeinsames Blut gehört in ein gemeinames Reich" (Mein Kampf, 1, p. 1).

Hice una pausa para acercarme un cubo de azúcar y una rebanada de pastel, y seguí: "no creo en ello, y nunca lo hice. Como una niña y como una muchacha joven viví para lo que entonces se llamó en griego la 'Gran Idea' (2): la idea de todos los griegos (aquellos de Asia Menor así como aquellos en este lado del Mar Egeo) juntados en un Estado en nombre de su origen helénico común. Apliqué el mismo principio a todas las naciones tan pronto como yo era consciente de las injusticias históricas que causaron sus agravios, y cuando leí primero Mein Kampf yo estuve asombrada e inspirada por la maravillosa lógica con la cual Adolf Hitler expresa sus opiniones - y las mías - sobre fronteras artificiales. Digo: no sólo aquellas de lo que ellos llaman "Austria," pero todas tales fronteras deberían ser abolidas. Ningún Estado que no es, al mismo tiempo, una nación - una colectividad con una personalidad racial definida; un Pueblo - debería existir."

(2) "e Megalee Idea"

"Todos pensamos lo mismo. Pero el llamado mundo 'Libre ' no lo hace. Y somos - impotentes por el momento," contestó mi nueva amiga.

¡"Deje al llamado mundo 'libre' y sus antiguos aliados 'gloriosos,' los Comunistas, ambos irse al diablo - como ellos van, de todos modos, - y que nos dejen elevarnos y regir sobre sus ruinas!" dije yo, con la convicción de uno quien, el día y la noche, durante ocho años, no había estado pensando en nada, deseando nada, rezando por nada, - disponiéndose a nada -, sino en la venganza de Alemania, y el establecimiento definitivo de un orden Nacionalsocialista.

¡"Pueda ello ser como usted dice!" gritó la joven mujer, - la boquilla de Alemania. Y una vez más, como en 1948 y 1949, sentí que yo no estaba sola.

* * *

"Le llevaré a ver al viejo tutor del Führer, y también uno de sus compañeros escolares, que vive cerca," dijo Frau J. - mi nueva amiga. "Deje sus nomeolvides aquí: la tierra alrededor de sus raíces es humeda, y usted no tiene que temer que se machiten tan rápidamente. Usted puede tomarlas e ir y plantarlas en su camino de vuelta. "

Anduvimos a lo largo de un camino rural soleado y pronto alcanzamos un jardín, en cual un hombre, que lució alrededor de cincuenta, pero quien debe haber sido mucho más viejo si él fuera el compañero de clase de Adolf Hitler, se sentaba bajo los árboles con su esposa. Mi nueva amiga llamó a la mujer por su nombre "Frau H., aquí está una persona que acaba de venir de Grecia para pasar unos minutos de silencio ante la tumba de los padres del Führer. La llevo a 'su' tutor", y desde allí ella vendrá para verla a usted y Herr H. Absolutamente 'afin' - yo no tengo que acentuar eso: ¡lo verá por usted!" y ella me explicó que no podía esperarme y acompañarme, ya que ella tenía que ir a algún sitio - una visita el domingo por la tarde que se esperó que ella realizara. Frau H. nos dijo que ella y su

marido se alegrarían de hacerse mis conocidos. (El marido nos saludó también.) Y nos separamos durante media hora. Frau J. me llevó unos pasos adelante, a la casa donde el tutor de Adolf Hitler vive, y me dejó allí después de presentarme y ofrecerme los buenos días.

El tutor del Führer - un hombre de más de ochenta años - sentado en su peldaño, ante un espacio abierto en medio del cual cultivó un árbol grande y hermoso. Él me recibió con suma amistad; me ofreció sentarme a su lado. Me sentí conmovida más allá de palabras en el pensamiento de que sus ojos - que brillaban, todavía tan jóvenes, en su vieja cara - habían visto cada día, por norma, a Adolf Hitler de catorce años, cuya gloria próxima nadie aún sospechó, pero cuyas virtudes excepcionales - amor ilimitado, desinteresado por su gente, conectado con intuición extraordinaria, fuerza de voluntad de hierro y genio práctico - eran ya aquellos que debían llevarle al poder, al martirio (aun si él estaría vivo, su vida, durante la última parte de la guerra y después de la guerra, debe haber sido una tortura constante) y al mando eterno; en el pensamiento que él le había hablado como uno habla a un hijo. "Dígame algo sobre nuestro Führer, usted que ha tenido el privilegio de conocerle en su juventud," dije yo. "Yo nunca le he visto. "

¿"Que puedo decirle?" contestó el anciano. "El era un sano, limpio y dispuesto, amoroso y adorable niño - el más adorable que me he encontrado alguna vez. Todo lo que tengo que decir está contenido dentro de estas pocas palabras. El hombre adulto retuvo la cualidad de niño, de honestidad, amor de la verdad. El mundo le odia sólo porque no le conoce. "

"El mundo - el mundo feo, Montado por el judío de hoy - le odia porque está, en sí mismo, congénitamente enfermo y corrupto; decadente; y lleno del rencor contra todo lo que es - divino - sano, puro y fuerte. sean los individuos superiores o las naciones superiores," contesté yo. ¡"Yo odio este mundo que ha emprendido la guerra sobre 'su' gente! "...

Antes de que yo tuviera el tiempo para terminar mi oración, un gato, que yo no había visto, había brincado a mi regazo y se instalaba ahora, haciéndose cómodo, en la certidumbre absoluta - el conocimiento intuitivo - que yo no lo volcaría lejos. Alisé la piel blanca-y-gris lustrosa, cuando el felino ronroneó, y recordé en mi mente a los gatos que pasan hambre que yo había alimentado una vez en India, y los delgados, medio salvajes - con miedo del hombre, todos ellos, - que yo, años antes y otra vez ahora mismo, había visto en Grecia. Aquí, en la Tierra de mi Führer, junto con 'sus' seguidores fieles, un gato casero, bien alimentado daba la bienvenida a mí, el precursor de una feliz clase animal en nuestro mundo por venir.

"Parece como si ella le conociera a usted," comentó el antiguo tutor de Adolf Hitler. "Prácticamente todos los animales, y especialmente todos los gatos me 'conocen'," contesté. Y le puse la pregunta de que yo podría pronosticar lo que la respuesta podría ser - quizás para el placer de oír aquella respuesta de una de la poca gente que conocía a nuestro Führer como un niño.

¿"Amó 'él' a los animales?" pregunté yo.

"El amó a cada criatura viva que Dios ha hecho: animales, seguramente, y árboles también; todo lo que vive y es hermoso. Y él nunca hizo daño a una criatura viva, incluso desde niño."

Las palabras trajeron lágrimas en mis ojos. Nunca quizás estaba yo más vivamente consciente de la injusticia del veredicto del mundo en el Hombre que no sólo es el mejor alemán, sino también el mejor europeo de todas las eras. ¡Y ah, cómo odié al mundo feo, estúpido! Pero aquí, todo era tan pacífico y tan hermoso: este anciano con ojos azules infantiles, que amó a nuestro Hitler como a su propio hijo; aquellas casas amistosas cerca, en las cuales - yo ahora conocía a la gente - también le amaron; este árbol majestuoso ante la casa; y el soleado, paisaje suavemente montañoso en todas partes en la distancia; y este gato lustroso, cómodo, enrollado y ronroneando sobre mi regazo. Aquí yo estaba lejos del mundo hostil - durante algún tiempo al menos.

"Dígame más sobre 'él'," dije yo al anciano.

"Yo puedo recordarle a 'él' como si fuera ayer, entrando y saliendo de esta puerta, saludándonos por su cara franca y sus ojos cariñosos brillantes," contestó él, pensativamente. "Era hace cincuenta años.

¡Cuántas cosas han ocurrido durante estos cincuenta años!" y su voz era llena de tristeza infinita. Él repitió, al hablar de Adolf Hitler: "nosotros todos le amamos. El amplio mundo que nos ha traído la ruina le habría amado también, si tan sólo le conociera como él realmente era. "

Él también habló de los padres del Führer: 'su' padre era un hombre trabajador de pocas palabras; un hombre dedicado a su familia y a su tierra, pero quien tenía poco ocio para exteriorizar sus sentimientos. Su madre era la encarnación del amor desinteresado, desapercibido, que da todo y no espera nada. ¡Y ella era bonita! La paz irradiaba de sus ojos grandes, y uno se sentía feliz en su presencia sin entender por qué. Él se pareció mucho a ella, pero de un porte más militante, siendo un muchacho. Y él la adoró, - y ella a él."

Las palabras del séptimo Capítulo de Mein Kampf volvieron a mi memoria: la descripción de sentimientos de Adolf Hitler en las noticias del final de la Primera Guerra Mundial: "nunca había llorado desde el día que yo me había apoyado ante la tumba de mi madre... Yo había aguantado mi destino sin una palabra de queja. Ahora ya no podría aguantarlo. Ahora yo era consciente cuan completamente toda la pena personal se desvanece ante la desgracia de la patria de uno". (1) "Hay sólo una cosa en el mundo que él amó incluso más que a ella," pensé; "y esa era Alemania."

(1) Mein Kampf, edición. 1939, p. 223.

Pregunté al anciano: ¿"usted cree, como muchos hacen, que 'él' está todavía vivo?" Él contestó: "no lo hago. No, que yo tenga cualquier prueba de su muerte: nadie le ha visto muerto. Pero no puedo imaginarle sobreviviendo la destrucción del trabajo de su vida y la derrota de todo lo que él amó."

"¿Ni aun si alguien hubiera logrado convencerle que era del interés de la gente alemana que él debería vivir y continuar la lucha?" pregunté yo.

"En ese caso, por supuesto, él habría querido vivir a pesar de todo... ¿Pero alguien era capaz de convencerle? no pienso así."

Por primera vez desde aquel momento memorable, cinco años antes, cuando yo había comenzado a creer una vez más en la posibilidad de ver a 'él' un día, sentí mi corazón golpear dentro de mi pecho y una penumbra indecible - la misma vieja conciencia horrible de la inutilidad y del vacío por el que yo había experimentado tan largo tiempo en y después de 1945 " me dominaron durante un minuto. Me pregunté, - tal como entonces: ¿"Para qué vivir allí, si nunca debo ver a 'él' en carne y sangre? - nunca; ¡nunca!" el sentimiento era físicamente doloroso a mí. Pero esto no duró más de un minuto, si eso. Allí se sentó ante mí el anciano, que amó a 'él'. Allí yacía ante mí el árbol bajo el cual 'él' había jugado como un muchacho. Allí ronroneó sobre mi regazo un gato bien alimentado, amistoso, caso vivo de la más elocuente de todas las señales de la superioridad en la humanidad Germánica: bondad espontánea a criaturas. Allí vivieron en la vecindad y lejos, en cada ciudad y pueblo de 'su' Reich, hombres dignos y mujeres, en cuya conciencia el servicio a su Patria y el servicio a 'sus' ideales permanecen como la misma cosa. Desde la profundidad de mi corazón, la voz de mi mejor yo - la voz de la mujer que soy más allá y a pesar de todas mis debilidades y fracasos, - gritó a mí, cuando las lágrimas llenaron mis ojos: "y aun si 'él' a muerto en la carne, todavía hay una Alemania para que vivir, - 'su' Alemania; un gran Ser que él amó aun más que a su madre."

Nunca habían las viejas palabras: "Adolf Hitler es Alemania; Alemania es Adolf Hitler," parecido a mí tan flagrantemente verdaderas. Y nunca también, quizás, se habían ellas vuelto de hecho tan verdaderas como ellas habían ahora, a través de mí.

* * *

Después de despedirme del anciano - y agradecerle por la hora que yo había vivido en su compañía - fui y di mi visita a Herr H., compañero de clase de Adolf Hitler.

Él amablemente me ofreció asiento en una silla de jardín entre él y su esposa, bajo sus árboles

frutales, como si yo fuera un viejo amigo. Él me mostró fotografías del Führer: una que había sido tomada mientras él ponía una corona de flores sobre la tumba de sus padres; la otra, en la cual él fue visto estrechando la mano a Herr H. desde un coche, en una de sus visitas a Leonding. "Le envidio a usted por tener tales recuerdos," dije yo, conmovida como siempre a la vista de tales recordatorios tangibles de los grandes días. "nunca le he visto a 'él' - salvo en la pantalla, en el 'newsreels' del tiempo; " y nunca oído 'su' voz - salvo de la radio. Le envidio en efecto." y la pena insuperable, y el sentimiento de la culpa inextinguible por no haber venido años antes, me torturó una vez más, por la millonésima vez.

¡"Sí, esto era un privilegio," dijo Herr H. "usted no puede imaginar la felicidad entusiasta de aquellos años espléndidos! ¿Viviremos otra vez alguna vez algo como ellos? Y aun si lo hacemos...; ¡sin 'él', ello nunca será lo mismo!"

¿"Usted realmente cree que 'él' está muerto?" pregunté yo.

"Para decirle la verdad," contestó Herr H., "no se. Nadie sabe," salvo un puñado de gente: aquellos que le vieron morir (si él esta muerto), o aquellos que están ahora con él, si él esta vivo. Solo el tiempo contestará la pregunta. "

"No puedo traerme a creer que él nunca volverá," propuso Frau H.

"Aun si él está muerto hoy en la carne, Alemania vive para siempre, y él vive en ella," dije yo, expresando en voz alta la misma certidumbre que se había tan fuertemente impuesto sobre mí sólo media hora antes. Y añadí, como si hablara a mí: "y aun si él esta muerto, Él volverá, tarde o temprano. Él es eterno."

En mi conciencia, los rasgos queridos de mi Líder se habían combinado de repente en la Esencia impersonal de Aquel de muchas-presentaciones Quien él era - Quien él es - y Quien ha dicho, hace miles de años: "cuando la justicia es aplastada, cuando malos rijen supremos, entonces vengo. Para la protección del bueno, para la destrucción de los malhechores, para establecer firmemente la honradez, nazco Era tras Era." (1)

(1) Bhagavad-Gita, IV, versos 7 y 8.

Pero Herr H. se había parado para conseguir alguna otra conmemoración atesorada de los días gloriosos. Y Frau H. fue sumamente absorbida en la contemplación de una fotografía que yo había justo dado a ella - una de las dos mejores que poseo, tomada el 22 de junio de 1930; una fotografía que representa a Adolf Hitler rodeado por ocho de sus seguidores más tempranos. "Aquí está Hermann Göring. ¡Mi Dios, qué hermoso él era, cuando era joven!" gritó ella. "y allí está el doctor Goebbels; y allí, Ritter von Epp; Frick; Heinrich Himmler; Martin Bormann. ¿Pero quién es éste detrás del cuadro? He visto su cara, pero de todos modos no puedo distinguirlo." "Es Muschmann, antiguo Gauleiter de Saxonia," contesté.

"Sí, Muschmann; ¡es correcto!" y ella añadió, después de mirar la fecha de la fotografía: "Aquellos años inmediatamente antes de llegar al de poder fueron también grandes años - los años del entusiasmo intenso y de inolvidable camaradería."

Yo pensaba: ¿"Qué juicio uno pasará, en tiempos por venir, - después de nuestra segunda llegada al poder - de estos años presentes de la oposición cotidiana silenciosa, obstinada, desapercibida a todas las fuerzas que están de pie contra nuestra fe Hitleriana? La amargura de la derrota es todavía demasiado grande en nosotros, y la salida de esta humillación mucho tiempo arrastrada todavía demasiado indistinta, para permitirnos el entusiasmo. Pero también hemos experimentado, - y experimentamos - en esta fase de la Lucha, el significado de camaradería en amplia escala, indestructible." y recordé a mis camaradas en Werl - en particular H. E., ahora ocho años presa por nuestros ideales. ¿Cuándo serían todos libres ellos? ¿Cuándo disfrutarían ellos por fin del poder que ellos tanto han merecido? Me sentí ligada a ellos para siempre.

Herr H. volvió con un montón de libros, fotografías y periódicos -publicaciones a partir de los días

gloriosos; cartas del Führer, dirigidas a él; las fotos en las cuales él apareció en su lado. Con emoción intensa, los tomé y leí y consideré aquella conmemoración del período heroico de aquella nueva civilización occidental que despacio surge de y en la reacción contra casi dos mil años de la influencia judía. ¿"Oh, por qué había estado yo tan lejos a lo largo de todos estos años?" pensé una vez más. Pero algo dentro de mí dijo: "aun usted ha jugado su parte en la historia no registrada de esta época enorme - incluso 'entonces.' y usted ha venido, por fin. Y el período heroico todavía no está terminado."

¿"Qué piensa la gente, aquí, en esta parte del país? " pregunté yo. ¿"ven ellos la posibilidad de la vuelta de nuestro régimen? "

"Es difícil de decir que posibilidades allí hay en el futuro próximo," contestó Herr H. "Pero una cosa está seguro: si la gente alemana pudiera tener su propio camino - si, aquí tal como en otras partes, ellos tuvieran voz en el asunto, - nuestro régimen estaría de vuelta dentro de seis meses. Incluso los tontos que lucharon contra ello admiten a diario que ellos eran tontos. Ellos están listos ahora a apoyarlo... "

De un salto recordé la descripción de la libertad "Austriaca" bajo la Democracia actual, tan elocuentemente dada mí, sólo el día antes por uno de los dos compañeros de Ocupación franceses en el tren: "La gente es... 'completamente libre'; no interferimos con ellos lo más mínimo: se permiten a 'todos' los partidos - excepto, por supuesto, el Partido Nazi (esto sobra decirlo)." el hombre había hecho esta declaración sin la conciencia más leve de la ironía, como si esto fuera la cosa más natural. Y cuando yo había indicado que "excluir cualquier partido sería destruir la misma idea de 'Libre' expresión, " él había mostrado tal indignación que yo había dejado caer con cuidado el tema. Herr H. resumió su punto de vista - punto de vista de Alemania - en una oración: "nosotros no tenemos nada para elegir entre los perseguidores del Nacionalsocialismo, sean ellos de la marca oriental u occidental," dijo él. "Solo los motivos de la conveniencia práctica - y no ideológicos - pueden y van a determinar nuestra actitud a cada uno de ellos en el conflicto próximo inevitable entre ellos." ¿"Y cual piensa usted que probablemente apoyaremos contra el otro - por el momento?" pregunté yo.

"Yo no se," contestó Herr H. "depende completamente de circunstancias cuando el conflicto estalle. La actitud correcta, - la nuestra," será eso que va a adelantar más eficazmente el interés del Reich. Lo que adelante al interés del Reich es siempre correcto."

¿"Y qué piensa usted?" preguntó su esposa, dirigiéndose a mí. ¿"Cómo usted misma actuará, de ser dejada hacerlo según su propia iniciativa? "

¡"Gracias a dios, no tendré que actuar según mi propia iniciativa!" grité yo. "sé demasiado poco, y soy también demasiado tonta para entender donde radica el verdadero interés del Reich. Haré ciegamente lo que mis superiores me dirán. Por 'mis' superiores quiero decir aquellos que quieren el triunfo de nuestros principios y la resurrección de la Gran Alemania tan ardientemente como yo lo hago, pero que son más inteligentes, más clarividentes, y mejor informados que yo."

Frau H. me ofreció tener una taza de café con ella y su marido. Su casa estaba en el lado opuesto del camino. Nos levantamos, anduvimos a través del jardín encantador en cual el Sol, que brilla por los árboles, proyectó los patrones de la luz sobre la hierba. Frau H. anduvo delante de mí, mostrándome el camino. Ella abrió una puerta, y anduve en una habitación en el cual 'él' se había sentado indudablemente a menudo. La habitación estaba llena del olor más tentador del café. Frau H. sacó pasteles y galletas. Y me encontré - yo, que no conocía a los H.s dos horas antes, - pasando la última hora de la tarde con los amigos íntimos del Führer; como si yo también hubiera sido un amigo personal suyo durante años. El pensar esto trajo lágrimas en mis ojos. ¿"Pero no soy yo también 'su' amigo, sin tener en cuenta el hecho si 'él' lo sabe o no?" reflexioné yo. ¿"no he buscado a Él durante siglos, vida tras vida, y hasta el final de esta vida presente, hasta que yo comprendiera que 'él' - el Fundador del Tercer Reich - no es ninguno más que Él - Aquel Que vuelve, siempre que Él debiera, "a establecer el reinado de la Honradez'?"

Y se me ocurrió que yo estaba, quizás, tan cerca de él en el espíritu como - o, de hecho, más cerca a él que, - muchos de aquellos que habían tenido el privilegio de ver a él en la carne. De todos modos me pregunté: ¿"podría alguna vez tener yo aquel privilegio?"

Cuando nos separamos por fin, los H.s me saludaron - y yo a ellos - con el saludo ritual y las dos palabras místicas del poder: ¡"Heil Hitler!"

* * *

El Sol se ponía cuando alcancé el cementerio una vez más, llevando mis nomeolvides, una pala y una regadera que yo había ido para traer en la casa de Frau J, como ella me había dicho, después de despedirme de Herr y Frau H. En la losa de mármol negro insertada en el bloque áspero de piedra sobre la tumba, otra vez - en una luz diferente - leí las letras de oro: "Hier ruht in Gott..." - "aquí descansan en Dios... Alois Hitler... y su esposa: Clara Hitler..."

"Se prohíbe que embellezcan aquella tumba..." recordé las palabras que Frau J. me había dicho en el jardín donde yo había comprado mis flores. ¡De este modo, era la razón por qué la pobre tumba pareció tan descuidada! - prácticamente la única descuidada en todo el cementerio. Una vez más lamenté que yo no hubiera sido capaz de traer la corona impresionante de rosas caras que yo había querido: el sentido de mi gesto - amor, y desafío - habría sido más flagrante. Pero esto importó poco: mis nomeolvides humildes eran también bonitas; perfectas, en su manera, como todas las flores son. Ellos echarían raíces en la tierra buena. Estarían allí, vivas, en semanas, en meses para venir. Así eran mis pensamientos cuando saqué las malas hierbas, y con cuidado puse cada planta por su parte en el agujero que yo había cavado para ello, y cubrí sus raíces bien, y lo había regado... No quité la corona descolorida, todavía menos las dobles margaritas en su lata de estaño, ambos regalos de otros discípulos piadosos de Adolf Hitler como yo, sin duda. Sólo los empujé un poco aparte para hacer lugar para mis nomeolvides. Y cuando esto fue terminado, me arrodillé en el brillo de la puesta del sol ante la tumba.

Vivo dentro de mi mente estaba el Rostro de aquel cuyo padre y madre hechos polvo estaban bajo la piedra oscura y las flores celestes; el Rostro que había irradiado en la alegría y el orgullo de la victoria, en el glorioso '40, y que había, también, cada vez más, reflejado agonía ante la vista diaria del martirio de Alemania. ¿"Donde esta usted ahora, en la superficie de la amplia Tierra, mi querido Führer?" pensé. ¿"Podrá usted alguna vez saber cuánto le he amado?"

Una de aquellas palabras eternas de la sabiduría - indudablemente más vieja que el cristianismo - que deben ser encontradas aquí y allá en los Evangelios Cristianos, volvió a mi memoria: "Benditos son aquellos que creen, aunque ellos no hayan visto. ¡y me pareció como si, de una distancia, la naturaleza de la cual yo no podía definir - si acaso la distancia del reino del Tiempo a aquella de la Eternidad, o esa de un lugar de esta tierra al otro, - la Cara sobrehumana me habló y dijo "Viva para mi Alemania! Y usted nunca se separará de Mí, dondequiera que yo esté."

Imaginé para mí la Tierra desmembrada. (Yo había, sólo unas horas antes, durante la misma mañana de aquel día, visto los postes de la frontera americana y los postes fronterizos rusos a cada extremo del puente sobre el Danubio, en Linz mismo: los guardias detestados de la división trabajaron en las reuniones criminales de Yalta y Potsdam). La unidad política de Alemania era sin duda el primer objetivo de alcanzar. ¿Pero qué podría yo hacer, a fin de causarlo más rápidamente? "Solo contribuir al refuerzo del espíritu Nacionalsocialista entre mi gente fiel," dijo la voz de nuestro Führer cuando lo oí por mi propio corazón. Y sentí que él, él mismo no debería - no podría - haberme dicho algo más. Ya que en esto - el refuerzo y la extensión de nuestro espíritu en primer lugar en Alemania, - está en efecto la condición de la cual depende la realización de todo para lo que él se ha esforzado alguna vez.

Y pensé en la extensión larga de la tierra del Paso de Brenner al Mar Báltico - que el mundo alemán en el cual el viejo oficial en la estación de ferrocarril, y Luise K. me habían dado la bienvenida el día antes. Y no quise marcharme - aunque yo me preguntara como (con que medios materiales) yo podría quedarme. Pero dejé de lado todas las preocupaciones y miré fijamente en el cielo puro, ya oscurecido. Y fui abrumada por la paz que manó abajo de su infinitud. ¡"Puedan los Poderes invisibles que gobiernan las estrellas según aquellas leyes que llamamos divinas, dirigir mi vida!" pensé. "Ellos

saben mejor que yo." y renové mi rezo diario a aquellos Poderes divinos desconocidos - al Padre de luz "Todopoderoso" de los alemanes antiguos; al "Resplandor" de los arios que una vez conquistaron India; "Calor-y-Luz-dentro-del-Disco" del Rey Akhnaton, Vida en la verdad: ¡"envíeme a mí, o manténgame, allí dónde seré más útil en el servicio de la sagrada Causa aria! - la Causa de la Verdad."

Cuando me levanté, noté que otras tres personas estaban de pie a una pequeña distancia detrás de mí, en reverencia silenciosa, por la tumba santa.

Salí del cementerio por la puerta trasera, y me encontré directamente ante la pequeña casa que me había sido descrita como aquella en la cual los padres de Adolf Hitler habían vivido en Leonding. Había luz detrás de las ventanas cerradas. Otra gente vivía ahora allí. Aquel hecho - tan natural, tan simple, "me pareció extraño. Vi el jardín alrededor de la casa - el jardín en el cual "el" se había sentado probablemente y había jugado, y había leído, como un muchacho. Y una tristeza profunda llenó mi corazón - hasta que yo me sintiera por segunda vez segura que mi Líder me diría, si sólo yo pudiera oírle: "viva para aquellos para quien vivo, dondequiera que yo este: mi gente. Y usted nunca se separará de Mí." La tristeza entonces cedió el paso a la serenidad.

* * *

Herr H. me había dado la dirección de la casa en la cual Adolf Hitler había vivido, en Linz mismo, así como aquella de la vieja escuela a la cual él solía ir. Vi a ambas durante aquella tarde, después de volver de Leonding.

No entré en la escuela, naturalmente. (No habría sido posible en tal tiempo del día.) Pero anduve en la casa - que está bastante cerca del hotel donde yo me quedaba - y fui arriba, al tercer piso. (Herr H. me había dicho que el piso que los padres de Adolf Hitler habían ocupado estaba allí.) y otra vez me pareció extraño que un nombre diferente debía ser leído ahora sobre la puerta; aquella gente diferente vivía ahora en el piso. ¿Estaban ellos al menos de 'su' lado? Me pregunté. Yo no podía soportar pensar que quizás, después de todo, ellos no lo estaban. ¿La mayor parte de personas, sin embargo, parecieron estar de 'su' lado - o era acaso que yo tenía la buena suerte de encontrar sólo tales que lo eran?

El espacio detrás de la casa fue ocupado por un jardín lleno de árboles frutales en flor. Apoyándome contra el alféizar en la escalera, entre el tercer y el primer piso, no dejé a mi ojos descansar sobre la vista ante mí: aquel jardín, y, más allá de ello, oscuro contra el cielo de primavera límpido, otras casas, y, en la distancia, la aguja de una iglesia. La atmósfera era pacífica, calmante. ¿Se había 'él' a veces apoyado contra su alféizar, y miró este mismísimo paisaje en su camino abajo? Él probablemente lo había hecho - y 'ella' también; 'ella', su madre dulce, piadosa, obediente, en cuyos ojos uno leyó la misma aspiración a la infinitud que en los suyos. De hecho, aquí, como en Leonding, 'él' y "ella" eran inseparables.

Cuando volví al hotel, encontré que Luise K. me esperaba.

"He guardado algo para usted: una taza de café, unos panecillos con mantequilla y una rebanada de tarta de manzana, como usted no come carne," dijo ella, colocando una bandeja sobre la mesa en mi habitación. "estoy segura que no tenía nada para comer en todo el día."

Yo había estado mascando toda la tarde. Sin embargo, esta humilde atención amable de la camarera me tocó tanto como si - no hasta más que - todas las señales de afecto del cual yo había sido objeto. Yo no podía menos que preguntar a ella "Por qué" ella era tan buena conmigo: era ello principalmente porque había adivinado que yo viajaba con muy poco dinero (como sucedía en efecto) o había allí... ¿otra razón? "Es porque la quiero," dijo ella. "y la quiero porque usted es uno de nosotros."

La respuesta trajo lágrimas en mis ojos. Esto era una bienvenida de Alemania después de tres años de ausencia - y después de casi treinta años de lealtad silenciosa al mas grande de todos sus hijos. Era pasado la medianoche cuando Luise K. dejó mi habitación. Le había mostrado una muestra que poseía de los carteles que yo había colocado en Alemania a principios de 1949: "Pueblo alemán, ¿qué

le han traído las Democracias?... " Ella me había mostrado la fotografía de su marido, que había muerto para el Führer y para el Gran Reich.

No teniendo nada mejor para darle, le di una caja de pasas que yo había traído de Grecia. ¿"usted sabe qué me gustaría de usted? " dijo ella, después de agradecerme. ¿"Qué?"

"La tarjeta postal de Braunau, donde usted va mañana; una tarjeta postal mostrando la casa en la cual nuestro Führer nació."

"Le enviaré una si puedo encontrar alguna," contesté.

"El espíritu de los grandes días vive en usted," añadió ella cuando se levantó. ¡"nunca le olvidaré! ¡Heil Hitler! "

Levanté mi brazo derecho, consciente que yo llevaba a cabo un rito, y la saludé en mi turno: ¡"Heil Hitler! "

Éstas eran las últimas palabras que intercambié en Linz.

CAPÍTULO II BRAUNAU AM INN

¿"Puedo preguntarle dónde va usted?"

Un hombre me hizo la pregunta habitual en el tren de mañana que ahora me llevaba de Linz a Braunau.

Nombré el lugar, y las sílabas familiares me parecieron irreales, como si yo no pudiera convencerme, aún, hasta que yo realmente iba allí - yendo a pasar el 20 de abril, 'su' cumpleaños, en 'su' lugar de nacimiento, según mi deseo.

"Braunau am Inn," repitió el hombre. Y él de repente se hizo tan inquisitivo como cualquier sujeto de las orillas del Mediterráneo. ¿"usted tiene relaciones allí?" preguntó él.

"No tengo ninguna."

¿"Entonces, para qué va usted allí? "

"A ver aquel lugar," contesté - que era, por supuesto, verdad. El hombre miró directo en mis ojos y me sonrió.

¡"Yendo, el 20 de abril, para ver el lugar dónde Adolf Hitler nació, eh! "

Me sonrojé, como yo había hecho, dos días antes, en el tren entre Salzburg y Linz. El hombre me estiró su mano y añadió: "le felicito. "

¿Era él uno de nosotros, cuyo instinto le había dicho que yo era, o era él sólo alguien tratando de averiguar sobre mí? Nunca lo sabré. Él bajó en la primera estación en la cual el tren se paró, abandonándome a mis pensamientos.

El tren pasaba por un paisaje de bosques y prados, en los cuales unas azoteas inclinadas - rojas o grises podrían ser vistas aquí y allá; un paisaje muy similar al de alrededor de Linz. La atmósfera era también más o menos igual: una atmósfera soleada relajante. "hace Sesenta y cuatro años, en una pequeña ciudad que es parte integral de este paisaje pacífico, un niño nació...", " seguí pensando. "y es por el amor a él que me siento aquí - en mi camino a 'su' lugar de nacimiento. Y es por el amor a 'él' que estaré, hasta la noche, yendo adelante, a sitios donde 'él' vivió y luchó; a su gente, que me espera sin conocerme - en mi camino a la realización de un destino que no conozco; un destino inseparablemente unido con aquel de 'su' Doctrina y de 'su' Movimiento..."

En cada estación en la cual el tren se paró, unos viajeros bajaron, mientras ninguno - o apenas cualquiera - entró. El vagón se hacía cada vez más vacío cuando nos hacíamos cercanos a la ciudad fronteriza. (El tren no iba más lejos.) al final, me encontré sola con un grupo de cinco o seis trabajadores que habían estado ocupados conversando y bromeando entre sí desde el principio del camino.

¡"La siguiente parada es Braunau - el terminal!" dijo el último de ellos, estando de pie para alcanzar un bolso lleno de instrumentos de hierro que había puesto en la red encima de su asiento. Y de repente notándome en mi esquina, él me gritó sobre la separación de madera que a medias me aisló: ¿"Yendo a Braunau, también? " y sin darme tiempo para contestar, él añadió: "Un lugar agradable, Braunau. ¿Permanecera allí mucho tiempo? "

"Solo pasaré el día allí," contesté. El joven hombre sonrió.

¿"De donde viene usted?" preguntó él.

"De Linz."

¿"Usted vive en Linz?"

"No. "

¿"Donde vive usted?"

"En Atenas," contesté.

"Atenas... ¡la capital de Grecia! ¡Una ciudad fina! Yo estaba allí durante un tiempo durante la guerra," dijo otro de los trabajadores, que también se había puesto a tomar sus cosas. ¿"y usted ha venido todo aquel camino a pasar un día en Braunau?" añadió él, con una sonrisa significativa. Él era hermoso: alto, bien construido, rubio, y no más de treinta y cinco. Le imaginé en el uniforme sobre la Acrópolis, entre dos columnas del Partenón, diez años antes: la encarnación viva de aquella belleza nórdica que los constructores del Partenón se habían esforzado por expresar; también la encarnación viva de aquellos ideales que eran tanto aquellos de los héroes "divinos" de la Guerra troyana como aquellos de los luchadores del Tercer Reich.

Mi primer impulso era decir: ¡"Exactamente! He venido a pasar el 20 de abril en el lugar de nacimiento de nuestro Führer." estuve segura que él me entendería. Aún así me no atreví a hablar tan de prisa: uno nunca puede estar seguro... Fue uno de los otros trabajadores quien contestó su pregunta. "Sí, mi amigo. ¿usted no sabe que es el cumpleaños de Adolf Hitler hoy? " y volviéndose a mí - quien se había sonrojado - él dijo, cuando él me ayudó a llevar mi maleta pesada (llena de libros) a la puerta: "Usted encontrará gente en abundancia mostrándole la casa donde 'él' nació. Le llevaríamos de buena gana allí nosotros mismos. Pero no somos libres: trabajamos en el ferrocarril. Saliendo de la estación, siga el camino a su derecha, que conduce directamente a la ciudad; y luego, pregunte a alguien..."

"Gracias," contesté simplemente.

No le pregunté cómo se había sentido - no sólo eso, como todos ellos parecieron sentir - sobre el por qué yo había venido a Braunau. Como en Linz, el aire que uno respiraba, aquí, estaba lleno de la presencia invisible del Líder nacido sesenta y cuatro años antes. Las piedras mismas sabían, dentro de su débil, consciencia de la materia, que yo había venido por el amor a 'él'. Además, uno de los trabajadores, - aquel que había ido a Grecia durante la guerra " contestó la pregunta que yo no había pronunciado: ¡"Le entendemos, usted sabe!" dijo él. "Puede ser que frenemos nuestras lenguas, como cada uno más - incluso usted - hoy día. Pero recordamos. Recordamos, y esperamos... Pues 'él' no está muerto. ¿Usted probablemente sabe eso, no es cierto?"

Miré fijamente en los rasgos perfectos del hombre fuerte, rubio - el soldado de Adolf Hitler - quién había estado de pie sobre la Acrópolis de Atenas, un símbolo vivo de la eterna marcha al sur del ario. "Sé que 'él' nunca puede morir," contesté.

El tren se paró. Salimos. Y los hombres me saludaron y me desearon un "hermoso viaje."

El portero que llevó mi equipaje a la guardarrope era también un rubio alto, fuerte, hermoso, con una cara franca y amistosa - uno de aquellos especímenes típicos de la humanidad Germánica en quien pienso, cada vez que me encuentro con uno, que él - o ella - no podía ser posiblemente algo más excepto uno de los seguidores de Adolf Hitler (especialmente si él - o ella - resulta estar entre los cuarenta y cincuenta, o sea, si él o ella es bastante mayor para haber experimentado todo el entusiasmo de los primeros días de la Lucha.) aventuré a preguntarle si él no podía decirme, un poco más claramente que los otros hombres habían hecho, como yo podría encontrar la casa en la cual el Führer nació.

¡"Muy fácil!" contestó él, con amabilidad genuina. "Este camino de aquí, (a su derecha cuando usted anda de la estación) le lleva directamente a la plaza en medio de la ciudad. Allí, en el extremo opuesto

de la plaza, usted verá un arco. Pase por ello, y sobre el pequeño puente que usted encontrará al otro lado. La casa está justo allí: uno de los primeros "Vorstadt." Alguien se lo mostrará. "

"Y... ¿puedo entrar? "

¿"Y ver la habitación real en la cual 'él' nació? ¿Por qué no? Esto está en el primer piso. Usted sólo tiene que ir arriba y preguntar a la primera persona que usted encuentre."

"Y... ¿nadie tomará la objeción a mi pregunta? Pregunto porque... Ya me he, hace cuatro años, metido en problemas debido a mi lealtad a la Idea, y no me gustaría, ahora que he vuelto..."

"Descanse segura; nadie dirá una cosa. Fuimos todos perseguidos debido a nuestra lealtad a la Idea y a 'él'. Pero las cosas cambian... Ahora nuestros perseguidores comienzan a creer que ellos nos necesitan."

Estas palabras, aquí en la estación Braunau, tenían el efecto de remover todo el odio almacenado en mi corazón desde 1939, mas aun desde 1935 - desde '33, el tiempo que la gran ola de la propaganda antinazi en nombre de los valores Judeo cristianos detestados había alcanzado India, donde yo vivía entonces, - contra nuestros enemigos.

¡"Deseo por dios que ellos nos necesiten realmente!" contesté vehementemente. ¡"y deseo que nosotros correctamente los defraudemos, mas aun, nos volvamos contra ellos, justo entonces cuando ellos nos necesiten más! ¡Deseo que nosotros - y yo, con el resto de nosotros - se hagan sus perseguidores, más despiadados que alguna vez antes, en el futuro más cercano posible!" Hablé a aquel portero alemán como si yo hablara a la gente alemana.

Él miró fijamente en mí con una expresión feliz de la camaradería sobre su cara áspera y regular. ¡"Ganz richtig! - ¡Absolutamente correcto! ¡Es lo que todos nosotros deseamos!" contestó él, como si él fuera en efecto la gente alemana - los trabajadores alemanes, fieles a Adolf Hitler, su Salvador y su Amigo - hablándome. ¡"y no se preocupe que tomaremos buen cuidado que pase exactamente como usted dice!"

Él rechazó el dinero que quise darle por llevar mi pesada maleta a la guardarroquia.

* * *

Anduve a lo largo del camino agradable, soleado, lindado con prados, casas bajas y jardines, y alcancé la plaza, como me habían dicho. Una plaza grande, en todas partes de la cual yacen viejas casas bastante altas, pintorescas, y en un lado de la cual inmediatamente noté el arco que conduce de ello al Vorstadt - "suburbio" - donde debía buscar la casa por la cual yo había venido. El edificio de cuatro pisos por el cual el arco conducía era también pintoresco, y pareció viejo. Si yo hubiese venido a dar vistazos", " me habría gustado estudiarlo. Pero yo tenía ojos sólo para un edificio en particular: 'su' casa; y para la ciudad en conjunto, - la bastante pequeña ciudad provincial, Braunau am Inn, donde 'él' había entrado en el mundo, exactamente sesenta y cuatro años antes, y en que él había pasado los primeros años de su vida.

Pasé bajo el arco y despacio anduve medio camino a través del pequeño puente que está más allá de ello; me incliné al parapeto de piedra, un rato, para mirar el arroyo - algún tributario del Inn, " fluyendo abajo, entre arbustos e hierba alta, rocas y grava, entre las paredes traseras de las casas contiguas; luego seguí moviéndome, y crucé la primera calle, paralela a la corriente. En la esquina, a mi derecha estaba una cafetería-pastelería, y en ella, o mejor dicho cerca del sendero de enfrente, a mi izquierda, un árbol castaño espléndido, más alto que las casas de dos pisos ante las que este se sostenía. La Cafetería-Konditorei era atractiva; parecía hogareña. Me sentí impulsada a entrar, como si algo me dijera que yo encontraría allí la persona que me mostraría 'su' casa. Me senté en una esquina, cerca de la ventana, desde la cual yo podría ver la calle y el árbol hermoso, y pedí una taza de café. La muchacha que tomó mi Orden tenía una cara simpática. "Yo debería preguntarle," pensé. Ella pronto volvió con mi café, leche y azúcar sobre una bandeja. Y ella pareció complaciente a hablar.

"Buen tiempo, hoy," dije yo, cuando le sonreí, tomando el café de sus manos. Y viendo que yo había abierto mi boca para hablar, pero que yo vacilaba, ella me preguntó "¿le gustaría tomar algo más? ¿Algo para comer con su café?"

"Me gustaría saber si usted podría decirme donde está la casa en la cual el Führer nació," dije yo, con una voz baja.

¡"Eso! ¡Por supuesto!" contestó ella, en la manera más amistosa. "y usted no tiene que ir muy lejos. Usted puede verlo desde esta ventana: no es la casa detrás de aquel árbol grande, sino la misma siguiente, también de dos pisos, recién blanqueada, en el primer piso de la cual usted puede ver dos bastones de bandera."

¡"Así, he venido y me he sentado justo en enfrente sin saberlo! Le agradezco; ¡le agradezco realmente por decirme! He venido aquí hoy a propósito para verla..." "

"Hoy, el 20 de abril - es 'su' cumpleaños," dijo ella. Ella también, sabía; ella también, recordaba; ella también pensaba en 'él', durante este día sagrado. Todos ellos lo pensaban, por lo visto. Al menos, todos aquellos que yo había encontrado parecían pensarlo.

Me senté y bebí a sorbos mi café, después de ordenar una rebanada de tarta de manzana para comer con ello. Otros clientes entraron, sobre todo mujeres, ya que esto era el lunes - un día laborable. Algunos de ellos tenían a niños con ellos: niños lindos, limpios, educados, que comieron con decencia y no hicieron ningún ruido. El inalámbrico transmitía un poco de música solemne, clásica, de acuerdo con mi humor. ¡("gracias a dios, ningún jazz!" pensé.)

Dejé mi mente vagar atrás hasta el Día del Destino: el 20 de abril de 1889, a las 6:18 por la tarde. (Alguien también me había dicho el tiempo exacto, una vez, años antes; y lo recordé.) "Un día de primavera como hoy," reflexioné. Y la pequeña ciudad, con su plaza amplia, abierta, sus calles laterales pintorescas, sus casas construidas sobre la corriente, que devolvió sus imágenes como un espejo; sus tiendas ordenadas y hogareñas, no puede haber lucido muy diferente de lo que esta hace ahora. Las viejas casas eran viejas ya. Y el árbol castaño magnífico, ahora más alto que un edificio de dos pisos, estaba, - a menos que yo esté equivocada - ya allí: joven, y, como ahora, en todo su esplendor primaveral; cubierto de flores. Alois Hitler, un agente de aduana más bien de cincuenta, y dos veces un viudo, vivió en aquella casa que me habían mostrado cinco minutos antes - "no aquella detrás del árbol castaño, sino la próxima" - con su tercera esposa, Clara, que era entonces de veintinueve. El niño al cual ésta estuvo a punto de dar a luz no era, ni su primero, ni su último. Sólo otro bebé en la familia... Pero los Poderes invisibles, Cuyo Juego inescrutable está detrás del misterio de la herencia, habían ordenado que toda la inteligencia e intuición, y toda la fuerza de voluntad y heroísmo de generaciones y generaciones, - todas las virtudes y el genio de la Raza privilegiada, predestinada para gobernar - debería encontrar en aquel Niño su expresión más alta; que el Niño debería ser uno divino: cuya conciencia debía ser, un día, ninguna además de la conciencia más profunda de su gente y de la Raza a lo ancho, para siempre por venir, y cuyo sueño debía inspirar una nueva civilización.

Y lejos más allá del cielo azul claro de la pequeña ciudad y la fina atmósfera de este pequeño planeta, en el reino frío, oscuro del Vacío insondable, las estrellas invisibles tenían posiciones muy definidas; posiciones significativas, como ellas toman sólo una vez dentro de cientos de años con relación a cualquier punto particular en la Tierra. Y en el tiempo designado - 6:18 por la tarde - el Niño entró en el mundo, la obra maestra desapercibida de un Juego cósmico doble: de la maestría misteriosa de la sangre aria en el tiempo infinito; de la influencia misteriosa de mundos distantes en el espacio infinito. Aparentemente, sólo otro bebé en la familia. En realidad, después de siglos, - un nuevo Niño divino en este planeta; el primero en el Occidente después del legendario Baldur el rubio y, como Él, un Niño del Sol; un Luchador predestinado contra las fuerzas de la muerte y un Salvador de hombres, marcado para el mando, para la victoria, para la agonía y para la inmortalidad.

Alrededor de mí, las mujeres charlaron con una voz baja y los niños comieron pasteles en silencio. "Madres alemanas y niños alemanes - 'su' gente," pensé yo. "Los agentes de las fuerzas de la muerte ahora les prohíben elogiar su nombre. Muchos de los pequeños probablemente nunca han oído siquiera de él... Pero es sólo durante un tiempo; sólo hasta que la siguiente guerra nos libre de

nuestros perseguidores. Después de esto... " Después de esto, esperé que este lugar se haría, para miles y cientos de miles, lo que ya era para mí: un lugar de peregrinación.

* * *

Era no lejos de las doce en punto, yo estaría por la tarde (si no exactamente entre seis y las seis y media) visitando la casa y viendo la habitación en la cual 'él' nació. Mientras tanto, vería algo de la ciudad.

Anduve atrás sobre el pequeño puente y, por el arco, una vez más a través de la plaza grande a plena luz del sol -, pero esta vez en dirección contraria. Había, al otro extremo de la plaza, una apertura más allá de la cual el horizonte fue limitado no por una perspectiva adicional de casas, sino por colinas verdes. Anduve hacia ello, y pronto alcancé un río amplio, rápido, azulado-verde: Inn, tributario del Danubio.

"Braunau am Inn," pensé. El nombre del lugar de nacimiento de Adolf Hitler siempre era unido en mi mente con aquel de este río hermoso. El río ahora tomó la forma en mis ojos; se hizo, para mí, una realidad: una corriente de agua azulada-verde, espumosa, ruidosa, que rápidamente fluye en la luz del sol por un paisaje amplio, verde, montañoso, bajo un puente de piedra y concreto grande, moderno; ya no un mero nombre en el mapa, sino una criatura de luz y color, sonido y velocidad, el cuadro del cual permanecería ahora para siempre en mi memoria, al lado de aquel de la plaza mayor de Braunau, con su vieja fuente y viejas casas; con aquel del arco, y del puente sobre la corriente diminuta, tranquila; con aquel del árbol castaño y de la cafetería hospitalaria, y de la casa de dos pisos enfrente - de la casa en la cual 'él' - mi Líder - nació.

Anduve a lo largo del puente sobre el Inn. En cada lado de ello, al otro extremo, noté una caseta diminuta - una mera "planta baja," que lució como si esto no pudiera haber tenido más que una habitación o dos. Un pasamano de hierro ligero, algo como aquellos que bloquean el camino en un paso a nivel antes del paso de un tren, corrió de un sendero a otro entre los dos pequeños edificios, como si cortara el puente (y todo lo que estuvo de pie en este lado del Inn) del resto del paisaje. Y de repente el significado de estas dos casetas de planta baja con aspecto insignificante y de aquel pasamano alboreó sobre mí: ¡"La frontera!" pensé, - la odiada frontera artificial entre tierra alemana y tierra alemana; la vergüenza que 'él' - nuestro Hitler" había luchado para abolir; es lo que ahora estuvo de pie ante mi vista.

Recordé las palabras inmortales en las cuales Adolf Hitler ha unido para siempre el sentido de su misión con el hecho que él entró en el mundo, sólo unas cientos de yardas lejos de esta frontera artificial: las primeras palabras de Mein Kampf: "Me parece hoy un signo afortunado que el Destino debería haberme designado Braunau am Inn como un lugar de nacimiento. Esta pequeña ciudad en efecto está situada por la frontera de los dos Estados germanos, la reunificación de los cuales parece, a nosotros hombres jóvenes al menos, el objetivo de nuestras vidas, a ser realizado a toda costa. Austria germana debe volver a la gran Patria alemana, y no debido a cualquier clase de consideraciones económicas. No, no; aun si, considerado del punto de vista económico, esta reunificación fuera un asunto de indiferencia, no sólo eso, aun si fuera dañoso, esto todavía tendría que ocurrir. La gente de la misma sangre debería venir bajo el mismo Estado... " (1)

(1) "Gleiches Blut gehört in ein gemeinsames Reich," (Mein Kampf, I, p. 1).

Y las lágrimas vinieron a mis ojos en la idea que la frontera - que no había existido, mientras 'él' aun estaba en el poder - ahora estaba de pie allí una vez más: el signo tangible de la victoria de las fuerzas oscuras sobre 'él' y sobre Alemania, por el momento al menos.

"Pero," pensé, "Adolf Hitler no he luchado sólo para abolir todos los límites artificiales en el mapa, - para crear un Estado alemán que abarcaría a 'todos los alemanes hasta el último' y ningún elemento extranjero, dentro de sus fronteras; - él también ha luchado para abolir las clases, y todo tipo de divisiones artificiales entre la gente de la misma raza pura; todo tipo de divisiones que están en cosas que uno puede adquirir, y que esconden y pretenden suprimir aquel lazo verdadero, ordenado por Dios

entre hombres - aquella única obligación que el hombre no puede comprar, ni ganar, ni crear -: el lazo de la misma sangre. Hoy, después de la derrota de su gente, las Democracias Montadas por el judío no sólo han establecido, una vez más, los viejos puestos fronterizos que 'él' había suprimido, sino que erigieron nuevos e igualmente espantosos que no habían existido, aun antes de la expansión del Reich. Ellos han cortado Alemania en dos, si no en cuatro - o en diez (1) y este es simplemente el signo externo de su política deformada, loca entera, - de su política contra la Naturaleza, resultado monstruoso de su perspectiva monstruosamente artificial ante la vida y ante el hombre. Esto es simplemente el signo externo de su guerra perdurable, en nombre de fantasías tontas, enfermizas, contra todo lo que es ordenado por Dios.

(1) Si uno cuenta, aparte de dos "Zonas principales," los territorios alemanes diferentes bajo la administración rusa, polaca, checa etc. y el Saar, todavía separado de Alemania cuando este libro fue escrito.

En un humor de desafío, me acerqué a uno de los postes fronterizos, y me encontré ante una habitación bastante grande con una separación de cristal - o al menos una separación transparente - en medio de ella. En un lado de la separación se sentaba el guardia fronterizo alemán, en el otro, el "Austriaco", es decir, otro alemán, en un uniforme ligeramente diferente. (De hecho, en este caso particular, el "Austriaco" pareció - en apariencia - más "Germánico" que su colega.)

La gente vino y fue, a pie y en bicicleta, mostraba a los hombres en la doble oficina una tarjeta - algo como un pase permanente; un permiso para cruzar la frontera artificial cualquier número de veces en un día - y anduvo o montó adelante. Yo no tenía ninguna tal cosa como un permiso para cruzar la frontera cualquier número de veces al día, pero sólo un pasaporte griego que lleva un visado de tránsito para Austria y un visado de entrada para Alemania, válido hasta el 31 de mayo de 1953. (Yo podría cruzar, por supuesto, la frontera en Braunau. Pero tuve la intención de pasar el día siguiente, o días, en Berchtesgaden, y por lo tanto lo cruzaría en Salzburg. Además, yo había dejado todo mi equipaje en la estación.) probé mi suerte, y pregunté al hombre en el primer compartimiento de la habitación - El "Austriaco," por lo visto, - si yo no podría, con mi pasaporte, tomar un paseo a lo largo de la calle que subió por delante de la frontera, entre dos filas de casas y jardines, y volver dentro de media hora más o menos.

¿"Usted tiene un visado de entrada para Alemania?" preguntó el hombre.

"Naturalmente," contesté.

¿"Donde fue emitido?"

"En Atenas, por la Embajada alemana."

El hombre miró con cuidado mi pasaporte, y luego, con curiosidad - y no sin lo que me pareció ser el interés simpático - en mí.

"Usted tiene un pasaporte griego, veo."

"Lo tengo."

El hombre llamó a su colega - el alemán afortunado que, naciendo quinientas yardas de distancia de él, al otro lado de la línea arbitraria, (y a pesar de ello, como ya dije, él pareció definitivamente menos "Germanico" que el anterior) había retenido el derecho de llamarse un alemán, aun después del desastre de 1945.

"Desafortunadamente," dijo éste último, "este visado permite que usted entre en el territorio alemán sólo una vez. No es válido para varios viajes. Puedo dejarle ir, y volver. Pero entonces no le permitirán entrar en Alemania otra vez..."

Yo pensaba a mí: ¡"Qué farsa! ¡Ah, si sólo no habríamos perdido esta guerra! No habría, entonces,

ninguna frontera aquí, de todos modos; y yo... no viajaría clandestinamente bajo mi apellido de soltera con un pasaporte griego - aun si un Gobierno indio Democrático hubiera rechazado renovar a mi pasaporte indio."

"Está bien," dije yo a los dos hombres. "por supuesto no sacrifico mi posibilidad de entrar en Alemania, para el placer de acercarme a aquella calle y atrás. ¿Pero aquí, entre nosotros, puedo hablar completamente francamente - aun si mi franqueza roce la audacia? ¿Puedo decirle qué pienso de esta frontera suya? "

Los dos hombres - los dos alemanes - sonrieron: la misma sonrisa simpática.

"A nosotros, usted puede decir lo que le complazca."

"Sí," contesté, irónicamente; "Buenos Demócratas, supongo... En cuyo caso usted debería animar la libertad de expresión que es el credo democrático - hombres dicen. "

Los dos guardias fronterizos sonrieron aún más cordialmente de lo que habían hecho al principio. "Menos buenos Demócratas de lo que usted parece pensar; es exactamente por lo qué nos alegramos oírlo a usted," dijo el alemán afortunado (aquel que había retenido el derecho de llamarse uno, abiertamente).

Bien, entonces hablaré tanto más según mi corazón..." contesté. "Escuchen. Primero, encuentro esta frontera absolutamente ridícula. Usted habla de mi entrada a Alemania". ' Pero estoy, aquí, en Alemania. ¡Esta es la tierra alemana, sea que los grandes jefes de este mundo de la posguerra montado por el judío quieran admitirlo o no! Mire al paisaje a ambos lados del Inn - aquel río alemán -: el mismo paisaje. Mire a la gente: la misma gente. Mírese; pregunte a sus corazones en toda la sinceridad. Sus corazones repetirán las palabras inmortales: "Gente de la misma sangre debería venir bajo el mismo Estado." (las palabras no son las mías; no tengo que decirle - espero - de quien ellas son.) una cosa ridícula, esta frontera artificial entre Alemania y Alemania. Ridícula... y criminal, también: una mentira permanente, y una vergüenza permanente. Y este es mi segundo punto: esta frontera es de ningún modo menos desagradable que esta que separa la Zona del Este de la Zona del Oeste. Esto marca, igualmente, una vivisección del Reich vivo. ¡Pero los Aliados Occidentales - que hablan de la unidad alemana, ahora que ellos han averiguado que no pueden resistir a sus antiguos compañeros sin ayuda de Alemania no lo admitirán - los mentirosos viles!

"Y tercero detesto todas las fronteras artificiales; toda 'frontera' entre la gente de la misma sangre; todos los Estados comprendiendo, como "ciudadanos,' a gente que, de acuerdo con su raza, debería pertenecer a un Estado diferente. No sólo la llamada 'soberanía' de Austria, no sólo el Saar, y Silesia y Danzig y Prusia del Este y de Oeste, y todas las provincias arrancadas de ella por los rusos, Checos, Polacos o franceses, sino también la mitad Flamenca de Bélgica, toda Holanda, Dinamarca, Escandinavia, etc... . todas las tierras en las cuales la raza Germánica prevalece, deberían ser integradas un día en el Gran Reich alemán... Es lo que creo."

"Eso es exactamente lo que creemos," contestó el llamado "Austriaco," a mi asombro. ¿"usted imagina que hemos tenido voz en el asunto, cuándo esta frontera fue una vez más reestablecida? ¿Cree usted que la queremos? Pero somos impotentes. ¿Qué podemos hacer sobre esto? "

¡"Pensar en la venganza de día y noche, y esperen - como yo lo hago!" contesté. "Eso es exactamente lo que también hacemos," declaró el otro hombre. ¡"Bien por usted, si ello es así! ¡Auf Wiedersehen!" dije yo, cuando me alejé. Me no atreví a decir: ¡"Heil Hitler!" en un lugar tan público.

Era sin embargo refrescante oír esta reacción de dos hombres a mi profesión de fe en cuanto a fronteras, en este cumpleaños sesenta y cuatro de aquel que dijo: "Gleiches Blut gehört in ein gemeinsames Reich."

* * *

Pasé el resto de mi tiempo deambulando por la pequeña ciudad, observando cosas y la gente. Entré en una panadería a comprar unos panecillos para comer en el tren; fui y dejé una tarjeta a Luise K. (yo fui bastante afortunada y encontré una con la foto de la casa en la cual Adolf Hitler nació) y una carta a India; me senté un rato sobre un banco en un jardín público y miré a los niños jugar - como 'su' madre había mirado probablemente a 'él' jugar, sentada, quizás (¿quién sabe?) en el mismísimo lugar, sesenta años antes. En una calle lateral, - por la puerta trasera que resultó estar - abierta tomé un vistazo en un taller. En un taburete, cerca de una máquina, cuya naturaleza y uso yo no podría distinguir, se sentaba un gato negro grande, con sus ojos verdes medio cerrados, sus patas delanteras estiradas, su cuerpo en aquella posición relajante, parecida a una esfinge, que es uno de los signos externos de la felicidad felina. Acaricié a la criatura de belleza y de misterio. Este empujó su cabeza redonda adelante, cerró sus ojos completamente, y ronroneó. Uno de los trabajadores, que acababa de agarrar un vistazo de mí, me sonrió y me saludó: ¡"Guten Tag!" Yo devolví su saludo. Entonces, viendo que el gato disfrutaba por lo visto de la atención que le di, él añadió: "Parece como si él gusta de usted. Él no permite que cualquier persona le acaricie," - casi las mismísimas palabras que el viejo tutor de Adolf Hitler me había dicho durante el día antes, a la vista del favor mostrado a mí por otro espécimen de la familia felina.

"Parece en efecto que el sí lo hace," contesté.

Reflexioné que este trabajador probablemente me habría hecho el mismo comentario durante los grandes días, con la única diferencia que él habría dicho: ¡"Heil Hitler!" en vez de decir: ¡"Guten Tag! ¿"sabía él, - recordó él - que era hoy el cumpleaños del Führer? Él indudablemente lo hizo: él era bastante mayor para haber sido educado en la Juventud Hitleriana. Él también, probablemente, miró hacia atrás con nostalgia a los años pasados cuando uno saludó a alguien por las palabras gloriosas, por norma. Pero él no podría decir nada. Yo no había dicho una palabra que podría haberle animado a hacerlo. Durante un segundo, yo sentí como si me habría gustado darle una indirecta - mencionar, por ejemplo, que yo había estado en Leonding durante el día anterior. Pero no lo hice. Simplemente sonreí tristemente; ¡y, después de un inocuo ordinario, "Auf Wiedersehen!", fui por mi camino.

Un poco adelante, me paré para admirar un jardín lleno de flores. Una anciana de aspecto amable podría ser vista en la ventana abierta, por el primer piso de la casa vecina. En su lado, sobre el alféizar, estaba sentado... otro gato bien alimentado, feliz - uno amarillo, esta vez; ¡pero demasiado lejos para que yo pueda acariciarlo! Noté una abeja volar de una flor en la cual esta había estado juntando miel. La atmósfera de la ciudad entera era pacífica, soleada, casera. "Debe haberse parecido a esto cuando 'él' era un niño," pensé, una vez más.

La foto más temprana que he visto alguna vez de nuestro Führer es una tomada en Braunau cuando él tenía aproximadamente unos años. Recordé aquella foto - en que los ojos extraordinarios ya llaman la atención de uno - y otra vez imaginé a 'él' con su madre - en sus brazos o a su lado - en aquellos días lejos idos de los cuales él dice que "sólo un poco permanece de ellos dentro de su memoria." (1) Años Pacíficos; años sin historia; los años de la vida lenta, al estilo que la mayor parte de personas en Braunau por lo visto viven todavía hoy; los años que nos interesan sólo porque 'él' los ha vivido.

(1) Mein Kampf, edición. 1939, p. 2.

"De hecho," reflexioné yo, cuando vagué a lo largo de otra calle pintoresca, ordenada y tranquila, "Si soy en absoluto tan conmovida en la evocación del niño de un año y de dos años que Adolf Hitler ha sido una vez, es sólo porque aquel niño era ya 'él' - el Hombre destinado para luchar solo contra la prisa hacia abajo del Tiempo; el Hombre destinado a levantar Alemania del polvo, hasta el Poder, y mostrar a cada ario del mundo la manera que él puede liberarse de la tiranía invisible de las mentiras judías: nuestro Führer. Es exactamente igual con todos los niños: veo en ellos aquello que supongo que ellos probablemente se harán; las fuerzas a que ellos probablemente ayudarán" y aquellas contra las cuales ellos probablemente lucharán" en el futuro. Y los amo (como hago con los niños de mis camaradas) o me disgustan ellos, o permanezco absolutamente indiferente, en consecuencia. En 'su' caso sé lo que el niño debía hacerse; lo que él se hizo, al conocimiento de cada uno. Pero... ¿quién

podría haberlo supuesto, entonces? ¿Quién podría haber supuesto lo que Josef Goebbels - también nacido en un ambiente Católico - probablemente se haría? ¿Quién podría haber adivinado la evolución de la mayor parte de los luchadores tempranos prominentes y hasta de los "no prominentes" del Movimiento Nacionalsocialista, cuándo ellos eran niños? ¿(Y aunque yo sea el más insignificante de todos) quién podría haber previsto, en la nacionalista griega que yo era como una niña y como una muchacha joven, el futuro discípulo entusiasta del Líder alemán, Adolf Hitler? Mirar la evolución de una persona se parece a mirar un modelo de tapicería tomar forma bajo los dedos del artesano: uno tiene que esperar hasta que sus rasgos generales hayan salido a luz antes de que uno pueda comprender la idea directriz, la lógica interior escondida, que es la base del todo ello.

Pero por supuesto, allí existen ciertas probabilidades deslumbrantes, y también ciertas imposibilidades patentes. Uno puede estar prácticamente seguro que los niños de mis camaradas se convertirán en luchadores en nuestro lado. Y está absolutamente seguro que un Judío joven, de ser dejado vivir, se hará un Judío adulto, y un joven medio-judío, cuarto-Judío, u Octavo-judío etc.... algo no mejor. Y como amo al Niño predestinado debido al Superhombre que él se ha hecho, así amo esta pequeña ciudad, con su vida tranquila, lenta, sonriente, por la magnífica vida de fe y lucha, canciones y orgullo y resistencia, y triunfo - triunfo a pesar de todo, sí, ahora mismo, - que el hijo de Alois y Clara Hitler, nacido aquí, nos ha traído.

Imaginé el entusiasmo que debe haber prevalecido, aquí en Braunau, durante un día como este, cuando Adolf Hitler estaba a la altura de su poder. ¡Cómo yo habría cien veces preferido aquella atmósfera de alegría colectiva bulliciosa, a esta vida lenta, desplegándose día a día, en la paz! Recordé las palabras en las cuales Robert d'Harcourt, un escritor de la Academia francesa y un enemigo de nuestra fe, había caracterizado una vez a nuestro régimen, en un Artículo que yo había leído en una revista literaria: "En el Tercer Reich, había lugar sólo para dos sentimientos: entusiasmo... o terror." "sí, mi estimado señor," reflexioné yo, reaccionando a la memoria de aquellas palabras; "eso es exactamente lo que quiero: entusiasmo en nuestros corazones; terror en aquellos de nuestros enemigos; jóvenes Nacionalsocialistas orgullosos y hermosos marchando por las calles y cantando, en la intoxicación del poder adquirido de nuevo: 'Somos las Columnas de Asalto, listas para la lucha racial1.. "; (1)

(1) "Wir sind die Sturmkolonnen, zum Rassenkampf bereit..."

¡Y los Judíos y los esclavos de Pueblo judío temblando detrás de sus ventanas cerradas y puertas cerradas con barricadas, conscientes del destino esperándoles! ¡Sí, por supuesto, devuélvanos esto, Poderes invisibles de la Luz, dioses Arios Quienes son sólo la Proyección ampliada de las posibilidades latentes de nuestra propia Raza! ¡Dénos atrás eso, en vez de este llamado mundo 'mejor,' tan embotado como una tarde del domingo provincial, que tanto a las Iglesias cristianas como a los siervos de la Francmasonería internacional gustarían imponer sobre nosotros!" El Académico francés indudablemente pensó que él nos tiraba abajo - él quiso desacreditarnos - cuando él escribió esa maravillosa frase. Lamento que yo no pudiera decirle a su cara que, al contrario, su frase describe mi propia aspiración más apreciada. Lamento que yo no pudiera decirle: ¡Es exactamente porque él nos dio eso, - en vez de la vida trivial, sin sentido, libre de la alegría bélica, que usted probablemente gusta, - que adoramos a nuestro Führer! "

Y también recordé algo que yo había dicho a una señora de buena familia inglesa (mucho a su repugnancia) uno año y tanto antes "Yo hallo a la paz embotada..."

Y otra vez me pregunté: ¿me concederían alguna vez poder ver que la alegría revolucionaria despiadada que mora en nosotros, otra vez se expresa a una escala de millones, en nombre de nuestro Führer? ¿Estaría yo allí, cuándo el día realmente venga para que ello pueda expresarse? ¿Tendría yo el placer - y el honor - de ver eso?

Algo en la profundidad de mi corazón contestó: ¿"por qué no? ¿"no estaba ya en Braunau am Inn en el cumpleaños de Adolf Hitler, como había tan largo tiempo deseado estar? Este era un signo del Cielo.

Me encontré otra vez no lejos de la plaza mayor - vagando en algún sitio detrás de aquellas casas que forman el lado izquierdo de ello cuando uno mira hacia el Inn. Ante mí estaba una iglesia. Se me ocurrió que era bastante posiblemente que allí hubieran bautizado a Adolf Hitler, pues no estaba lejos de la casa en la cual sus padres vivieron. Yo por supuesto no estaba segura, y podría haber estado completamente confundida. Pero entré.

Esta era una iglesia muy vieja, mucho más grande y mucho más lujosamente decorada que aquella que yo había visitado en Leonding. Unas ancianas - y una muchacha muy joven - se arrodillaban aquí y allá en el rezo. También me arrodillé; pero en un humor completamente diferente de ese en el cual yo había estado en Leonding. Me arrodillé y reflexioné, y me hice sumamente consciente de una realidad que ha sido, en todas partes de mi vida, el centro de todas mis especulaciones, el tema de casi todas mis conversaciones, el motivo de todas mis acciones: el permanente - inevitable - conflicto entre el espíritu ario y el cristiano, en el cual he luchado, desde el principio, en el lado ario.

Luego, recordé unos episodios de la historia alemana. Y me maravillé del hecho que no simplemente yo - el individuo solo, impotente, que morirá y no dejará ningún rastro, -, sino Alemania en conjunto, Alemania como una fuerza histórica, también ha luchado, desde el principio, en el lado ario. Y el nacimiento de Adolf Hitler en esta ciudad, en una familia Católica, durante un día como este, sesenta y cuatro años antes, - aquel milagro - me pareció como la victoria mucho tiempo merecida y final de Alemania sobre la Enseñanza internacional que coloca al "hombre" en el centro de todas las cosas y proclama que el alma de un Judío o de un Negro vale más que la del ario más puro, en ojos de Dios.

Si acaso en esta iglesia o en la otra (no hace ninguna diferencia) bautizaron al Niño divino como Católico; forzado, por el poder de los ritos tradicionales y, hechizo sacerdotal, en aquella hermandad internacional en Cristo, que se piensa encima de sangre y suelo y todas las obligaciones de esta Tierra. Pero en él, más fuerte que las Palabras sacramentales, y más fuerte que los siglos de la influencia cristiana que aquellas palabras implicaban, vivió el Alma Germánica hasta ahora medio consciente, lista a reafirmarse en el tiempo designado, en la manera designada. Por el decreto del "Padre de luz Todo-poderoso" - la Fuerza de la vida misteriosa dentro del Sol, adorado en los bosques y en los hogares de Alemania inmemorial - y de todos los dioses Arios, él debía ser la Encarnación viva de la Consciencia de Sangre y Suelo en nuestros tiempos. Él era ya Aquel Quién vuelve, cuando la verdad de Sangre y Suelo - y la verdad de la Guerra como un deber, para la aristocracia natural de esta Tierra - es olvidada; el Vengador tardío pero irresistible que muchos guerreros alemanes habían llamado en vano, cuando habían oído al Roble sagrado crujir, y visto caerse, bajo el hacha de Bonifacio, mil años antes. Y por lo tanto el hechizo del bautismo cristiano permaneció sin efecto. Aún así, la madre feliz salió de la iglesia con el Niño blanco vestido en sus brazos. El padre, y los invitados, estuvieron de pie a su lado. Y había un banquete en la casa. Pero ni uno de aquellos que se sentaron alrededor de la mesa bien adornada durante aquel día debía comprender, quizás, alguna vez - aun en el curso de años siguientes - Quién aquel Niño predestinado era.

Y de repente, alboreó sobre mí que yo lo había comprendido; que yo sabía Quién mi Führer fue - Quién él es - yo, que nunca le he visto. ¿"usted abandonaría este privilegio por aquel de haberle visto?" preguntó un voz calma dentro de mí. Y contesté definitivamente: ¡"No!" yo era - un rato - llena de satisfacción inmensa. Me sentí mas cercana a mi Líder que todos aquellos que le han visto, pero no entendieron... Aun así... ¿Por qué no le había visto yo también? ¿Le vería alguna vez? pregunté yo, por la cien milava vez, cuando me levanté y anduve a la calle.

* * *

Volví a la casa de dos pisos no lejos del árbol castaño - la casa en la cual 'él' había nacido. Esto es ahora una biblioteca y una escuela. Fui arriba, anduve a lo largo del pasaje por el primer piso; eche un vistazo, por los arcos de piedra masivos, blanqueados que corrieron a lo largo de una parte de aquel pasaje, a mi mano derecha, en el patio, árboles y otras casas detrás de la casa. El pasaje fue pavimentado con ladrillos ordinarios. Los arcos brillaron, deslumbrantes de blanco, contra el cielo de primavera azul profundo. La vista que uno tenía era amplia, abierta, con las casas en la vecindad

inmediata siendo bastante bajas. Me acerqué al primer piso; seguí el pasillo, en parte lindado con arcos masivos, blanqueados exactamente como estos abajo, y tomé otro vistazo en el patio y techos bajos; andado atrás a la escalera, y luego una vez más a lo largo del pasillo, preguntándome a quien yo podría pedir posiblemente mostrarme la habitación particular que yo había venido a ver - pues no había nadie para preguntar.

Las puertas que se abrieron en el pasaje estuvieron todas cerradas salvo una, detrás de la que yo podría oír alguien desplazando el mobiliario - poniendo el lugar en orden, por lo visto. Suavemente llamé, una vez, y luego otra vez. Una mujer se asomó, sin abrir la puerta completamente. ¡"Guten Tag!" dije yo. Pero algo en su porte me hizo vacilar.

"Guten Tag," contestó ella. ¿"Qué quiere usted? "

"Excuseme si le molesto," contesté, mas bien tímidamente. "Soy una visitante. Me gustaría saber si usted podría ser bastante amable para mostrarme... "

No dije lo que quise que ella me mostrara. Yo no tenía ningún tiempo para eso, ya que ella me interrumpió sin rodeos: "No hay nada para ver, aquí," dijo ella: "nada en absoluto sino aulas, y una biblioteca abajo. Seguramente usted no vino para ver esto." y ella cerró la puerta en mi cara.

¿Estaba ella contra nosotros - contra Adolf Hitler? ¿Podría realmente haber alguien contra él, aquí en Braunau, dónde él entró en el mundo? pensé, - e inmediatamente yo misma juzgué a la pregunta tonta. Incluso en Braunau, claramente, podría haber tal gente, y esta mujer podría ser una. ¿O estaba ella, al contrario, tan fanáticamente consciente de la santidad del lugar que no deseó que extranjeros lo vieran? Nunca sabré. Estuve amargamente decepcionada, de todos modos.

"Quería ver la habitación en el cual nuestro Führer nació. ¿Quién sabe? Es quizás aquella misma una," reflexioné yo, sintiendo lágrimas apozarse hasta mis ojos. "y un furioso destino prohíbe que yo debería verla; ¡prohíbe hasta que yo debería saber detrás de cual puerta esto está!" Pero pensé después de un segundo: "Esto no es peor, de todos modos, que el destino furioso que ha prohibido que yo debería verle a la altura de su gloria..."

Anduve una vez más hasta el arco al final de pasaje, y miré afuera en el cielo azul - ¡tan puro, tan azul! "Adolf Hitler, sin duda, ha andado a lo largo de este pasillo, y ha mirado fijamente en el cielo por este arco cualquier número de veces durante aquellos años tranquilos de su infancia temprana - aquellos años en que había poco para él para recordar" - pensé yo.

Y otra vez la idea que yo nunca le había visto - que podría ser que nunca le veré - me oprimió. Pero todavía la voz de mi mejor Yo, tan distante y tan serena como el cielo azul, se elevó dentro de mi corazón y dijo: "Verdad, usted nunca le ha visto, pero usted ha comprendido Quién él es; verdad, usted no estaba a su lado, - ni siquiera entre su gente - durante los grandes días, pero usted le pertenece. Y las palabras que usted ha pronunciado o ha escrito en alabanza a él y a su gente son verdaderas para siempre por venir; verdaderas fuera del reino móvil del Tiempo. ¡Y el Tiempo que reduce mundos al polvo, no puede arrancarle de Él!"

Y sentí la paz del Cielo, que está encima y más allá de todas las luchas - hasta la nuestra - descender en mí.

Despacio anduve abajo, tomé un último vistazo en la casa, y volví a la estación. Menos de una hora más tarde, yo estaba en el tren en mi camino a Berchtesgaden - mi siguiente punto en la peregrinación que yo había emprendido.

CAPÍTULO 3

BERCHTESGADEN; OBERSALZBERG; KÖNIGSSEE

Salzburg - otra frontera artificial entre Alemania y Alemania. ¿"hasta cuándo?" pensé, cuando entré en la Oficina de Aduana, llevando tanto como yo podría de mi equipaje, mientras el portero me siguió, sosteniendo mi maleta pesada.

Un oficial de Aduana en uniforme se dirigió a mí: "Deje sus cosas aquí: los hombres que las examinarán no han llegado todavía; usted tiene el tiempo amplio para ir y tomar una taza de café - o cambiar un poco de dinero, si lo necesita," dijo él. Le agradecí por la información, y anduve en la Oficina de Cambio.

¿"Cuántos marcos obtendré por veinte mil francos?" pregunté yo. Quise deshacerme de mis primeros francos. (Los dólares serían fácilmente cambiados en todas partes, reflexioné.)

La muchacha en el escritorio contó... "Veinte mil... Usted conseguirá un poco más de doscientos marcos. El marco alemán vale casi, si aún no completamente, cien francos, hoy día. Este ha subido." Mi cara se aclaró, y un grito de triunfo saltó de mi pecho: ¡"Oh, cuán alegre es oír esto!" Cinco años antes, uno había dado setenta y cinco y hasta sesenta y cinco francos por un marco, y el tipo de cambio oficial había sido ochenta. De un salto, recordé aquellos días atroces, cuando Alemania tuvo hambre; cuando sus fábricas eran cada día, desmontadas por "diese Lumpen," - como yo por lo general llamaba los Poderes Aliados, a menos que me obligaran absolutamente a ser cortés. Repetí, con todo el acento convincente de la alegría sincera: ¡"Oh, qué alegre soy!"

La muchacha en el escritorio miró fijamente a mí con sorpresa: los viajeros que vinieron para cambiar el dinero no expresaban, generalmente, sus sentimientos tan vehementemente. ¡Además, desde el punto de vista del turista medio, que desea comprar tanto placer como él puede con tan poco dinero como sea posible, había, en la subida estable del marco alemán, nada sobre que alegrarse - al contrario!

"Pero es que usted pierde por el hecho que el marco ha subido," dijo ella. ¿"usted no lo entiende?" "Por supuesto lo hago; ¡pero yo no podía preocuparme menos!" contesté con entusiasmo. "Puedo ver sólo una cosa en lo que usted me dice: el signo tangible que Alemania se eleva otra vez - económicamente, al menos. Bien, no es seguramente todo. Esto es apenas el principio de lo que tengo muchas ganas de ver. Pero es algo - especialmente cuando uno mira hacia atrás en estos ocho años horribles. Cien francos franceses por un marco. Ciento diez, en un tiempo de seis meses. ¡Y el próximo año ciento cincuenta, - espero! Recuerdo los días cuando 'ellos' habían propuesto este satánico 'Plan Morgenthau' suyo... ¿Dónde está el maldito plan ahora? ¡Ido con el viento! - ¡ido donde todos sus esquemas utópicos - incluso el Ejército 'Europeo' bajo la orden americana, su último - irá, uno tras otro (espero!). ¡Nada puede detener a la gente alemana en su marcha adelante - nada! ¡Ah, estoy tan contenta!" Me da, por favor, cualquier cantidad de marcos que usted pueda por veinte mil francos."

La muchacha, que había escuchado a mi diatriba medio lírica medio política con orgullo silencioso y acelerado interés, tomó mi pasaporte. ¡"Pero pensé que era alemana!" dijo ella, cuando lo miró. "Yo soy griega," contesté. "O en parte griega y en parte inglesa, para ser más precisa." Ella miró fijamente en mí, más asombrada que alguna vez. En su mente, mi diatriba y mi pasaporte no podían ambos ser posiblemente genuinos. Uno de los dos era necesariamente falso. Ella no podía dudar de la sinceridad de mi diatriba más que el color de mis ojos: esto se mostró; era demasiado evidente para ser negado. Ella por lo tanto dudó de la autenticidad de mi pasaporte...

¡"Hum!" murmuró ella, refiriéndose a mi nacionalidad; ¡"nadie habría pensado así!"

Y ella añadió, como si explicara más claramente lo que ella quiso decir: "Tanto Inglaterra y Grecia lucharon contra nosotros durante esta guerra."

¡"Eso puede ser, pero yo no lo hice!" grité en protesta. "Desde el otro confín de la Tierra, donde yo estaba entonces, hice todo lo que podría para ayudar al esfuerzo de guerra de Alemania. Y siempre lamentaré que yo no tuviera la oportunidad de hacer mucho más. ¡No me amontone con aquellos que trabajaron para la victoria de las fuerzas oscuras!

La muchacha me dio una sonrisa simpática. "lejos de 'amontonarla' a usted con nuestros enemigos, estoy, al contrario, convencida que usted ha hecho, - y, que es más, que usted todavía hace hoy - todo su deber," contestó ella.

"Sí," reflexioné, mientras ella contaba el dinero; "eso era y esto es el deber de cualquier ario racialmente consciente como yo estar de pie o caerse con Alemania Nacionalsocialista." y girando hacia ella dije: "Usted tiene razón: he hecho al menos y hago todo lo posible." Quise explicar mi actitud. Pero en ese momento, otra persona entró, también deseando cambiar dinero. Y la muchacha permaneció bajo la impresión que yo era una alemana que viajaba con un pasaporte falso.

* * *

Cinco minutos más tarde, en la Aduana, donde yo había vuelto, me sentía un poco incómoda cuando abrí mi maleta. No, que yo fuera, como en 1948, viajando con varios miles de prospectos Nazis. Pero yo tenía muchas copias de mis dos libros Oro en el Crisol y Desafío - ahora ambos impresos - así como de mis poemas en prosa aún inéditos Para Siempre y Alguna vez. Y aquellas escrituras son seguramente tan Nacional Socialistas como cualquiera de mis antiguos prospectos o carteles, y seguramente tan - peligrosos si no más aun - desde el punto de vista democrático.

Mi inquietud aumentó cuando el oficial de la Aduana puso sus manos sobre una copia de Oro en el Crisol, lo abrió, leyó la dedicatoria - "a los Mártires de Nuremberg" vio la portada - una fotografía de la prisión Werl - leyó las últimas palabras del prefacio: ¡"Heil Hitler!" y preguntó a mí: ¿"usted tiene muchos de estos libros consigo?"

"Sólo esta copia," contesté, mintiendo con indiferencia genuina yo me había hecho de repente absolutamente tranquila - interiormente también - como siempre, en circunstancias similares.

"Después de todo, cómo este hombre podría adivinar que soy 'Savitri Devi,' la autora del libro," reflexioné yo. "Me he hecho de nuevo 'Maximiani Portas' en los ojos del mundo."

Pero pareció como si el hombre no estuviera satisfecho por mi respuesta. ¡Él tomó otro libro de mi maleta, - Desafío, esta vez - y lo abrió igualmente! Él vio la portada; mi propia fotografía, con el nombre de la autora, Savitri Devi, escrito debajo de ella; él volcó la página, para leer la dedicatoria:

A mi querida camarada y amiga Hertha Ehlert, y a todos aquellos que sufrieron para el amor de nuestro Führer, para la grandeza de su gente, y para el triunfo de aquellas verdades eternas por las que él y ellos lucharon hasta el final.

Yo no había pensado en esta posibilidad... Una vez más el hombre me miró atentamente y luego... en la fotografía.

Yo planeaba con la calma: "si hay problema, diré a esta gente que los libros fueron escritos por mi hermana gemela que usa el seudónimo de 'Savitri Devi.' Tal vez ellos me creerán y no harán alguna otra pregunta..."

Pero no tuve que poner la viabilidad de mi plan a prueba. Ya que el hombre me dio la sonrisa inequívoca de la camaradería - la misma que había aclarado la cara de Luise K., y Frau J.; ¡la sonrisa que significó tanto como una mano estirada a mí y las palabras "Yo le felicito!" y sin pronunciar una

sílaba, él estiró el libro, cerró mi maleta él mismo, y aplicó sobre ello, con tiza, la cruz que indica que yo era libre de seguir mi viaje, - libre de llevar mi tributo escrito de lealtad a mis camaradas alemanes y superiores.

* * *

El Sol estaba alto ya cuando me desperté durante la mañana siguiente en Berchtesgaden. Fui a la ventana, tiré aparte las persianas, y abrí la boca encantada a la vista del paisaje: detrás de las azoteas inclinadas de las casas que afrontaron mi hotel, colinas escarpadas, cubiertas de bosques; y detrás de éstos: otras colinas, de un azul más oscuro, más verde; y todavía adelante, y todavía más alto: los picos nevados que brillaron como la plata contra el cielo azul radiante. El río - el Salzach, un torrente de montaña azul grisáceo, " se precipitó pasado, ruidoso y lleno de espuma, bajo el puente que yo había cruzado la noche anterior, cuando llegué de la estación a este hotel situado justo en la parte de enfrente.

Abrí la ventana y respiré profundamente, me sentí ligera y joven; vigorizada con vida cósmica; por una vez, inconsciente de todas mis omisiones pasadas, debilidades y fracasos, como si yo fuera nacida de nuevo. La fragancia de bosques de pino y el aire penetrante de los picos nevados, y su blancura resplandeciente, irreal dio la bienvenida a mí en el balneario de montaña santo, cuyo nombre está para siempre unido con aquel de Adolf Hitler: Berchtesgaden.

¡Pero qué tranquilo era! ¡- que diferencia de lo que había sido probablemente durante los grandes días! Y 'él' ya no estaba allí. En este pensamiento, olvidé el esplendor de los bosques y de la sierra brillante, y fui otra vez agarrada por el viejo sentimiento del fracaso irreparable, de la culpa inexpiable. Si yo sólo hubiese sido capaz de venir diez años antes, yo podría haber visto a 'él'; quizás oído su voz dirigirse a mí personalmente (¿quién sabe?). Y cuando el desastre vino, yo habría desaparecido con él, habría muerto con él, o habría muerto para él - una de las tres. ¿Mientras ahora?... Ahora, todo era - tan silencioso en la superficie al menos. Ahora, de todo lo que amé, todo lució muerto - salvo los bosques de pino en su hermosura primaveral, y los prados esmeraldas, llenos de margaritas y botones de oro, y los picos blancos distantes, tan blancos contra el cielo puro, tan azul. Pero recordé a Luise K. y Frau J. y el viejo tutor del Führer y la familia H.; y el trabajador joven en el tren, en mi camino a Braunau, y los guardias en la falsa frontera, que esperan conmigo la resurrección del Gran Reich, y el oficial de Aduana en Salzburg que me había dado una sonrisa de camaradería y había permitido que yo llevara mis libros en el país, sabiendo totalmente lo que ellos eran y lo que soy. Y me pareció como si todos ellos dijeran: ¿"No estamos nosotros también vivos, aunque pueda ser que, a primera vista, parecemos muertos? ¿Ha olvidado ya usted cuan listos estamos a abrirle nuestros brazos que aman a 'él' como lo hacemos? Usted encontrará en todas partes en esta tierra silenciosa, ocupada, esclavizada a nosotros -, nosotros 'su' gente."

Y en el pensar en ellos - y de los camaradas que yo esperaba encontrarme muy pronto, - me avergoncé de haber, sea ello durante un segundo, cuestionado el asimiento creciente de nuestra fe sobre la gente alemana. Y yo estaba segura que, no menos que en Linz y Braunau, yo encontraría aquí, junto con los remanentes evocadores del pasado reciente, los signos inequívocos del triunfo de nuestro espíritu en un futuro sin final.

Yo me lavé y vestí rápidamente, fui abajo y tome una taza de café, y, después de preguntar por mi camino a Obersalzberg, sali en la luz del sol.

Seguí el camino a lo largo de la orilla, como me habían dicho. Más cuevas arboladas, detrás de las cuales se elevaron mas sierras nevadas, me afrontaron en el lado opuesto. Las admiré cuando anduve por allí. También admiré la belleza de las casas y jardines tanto a lo largo de los caminos que lindan con el río, o aquí como allá, sobre las cuevas, en medio de árboles; la pulcritud del pequeño pueblo (mucho más grande, a propósito, de lo que yo había pensado) y el río mismo, el río azulado-gris rugiente que corrió por su camino a mi derecha.

Mi atención fue llamada, sin embargo, pronto por el mugir del ganado. Me pareció extraño, cuando yo

no podría ver ninguna granja en la vecindad, ningún pasto de ganado en cualquier prado cerca. Parece que esto vino de algún sitio en el lado del camino. Anduve unos pasos adelante y me encontré ante un patio abierto detrás del cual yace un edificio rectangular, ni atractivo ni feo de aspecto: un edificio que podría haber sido cualquier cosa. ¡Pero cuando leí el aviso sobre una de las puertas abiertas que condujeron en el patio - el inocuo, ocasional ("definitivamente "no-político!") aviso, que el noventa y nueve por ciento de las criaturas "razonables" de dos piernas en esta tierra habría leído por norma y habría olvidado un minuto más tarde, - me estremecí. El aviso decía: "la entrada del matadero está prohibida a todos aquellos que no trabajan dentro de su recinto."

¡De este modo, es lo que este edificio era! Y es lo que los mugidos significaron: la reacción de miedo instintivo antes de la muerte inminente; muerte tan repentina tan indolora como sea posible - al menos, esperé así, -, pero todavía: muerte. ¡Esto dentro de esta ciudad, que la presencia de Adolf Hitler ha santificado para siempre por venir! Recordé en mi mente un párrafo de los famosos Diarios de Goebbels que me refieren al respeto del Führer a la vida animal y su objeción definida a comer carne: 'él' (Adolf Hitler) "Está más que alguna vez convencido que comer carne está equivocado. Él sabe, por supuesto, que él no puede trastornar nuestra economía de comida entera durante esta lucha. Pero después de la guerra, él tiene seriamente la intención de abordar aquel problema también." (1) El mero hecho que el aviso que yo acababa de leer era redactado en alemán, en 'su' lengua - natural como este era - pareció a mí como un sacrilegio; y la existencia de esta casa de muerte al pie de aquellas colinas en las cuales él eligió su domicilio, como uno todavía mayor. Ya que él no había querido esto. Él había querido una Alemania, una Europa - un mundo - sin mataderos. Y "después de la guerra," él tuvo la intención de ponerse también a la tarea de causar tal mundo. ¡Ah, si habríamos nosotros - habría él -, sólo ganado esta guerra!

Recordé aquella serie de leyes contra cualquier forma de crueldad a animales, que siempre eran, en mis ojos, uno de los mayores logros morales del Tercer Reich: recordé el hecho que ciertos horrores permanentes en el modo de experimentación sobre animales vivos, en ciertas universidades extranjeras, de los cuales yo conocía, habían estado prohibidos, durante esta guerra, por orden de las autoridades de Ocupación alemanas; recordé también aquel mandamiento de nuestro glorioso credo Nacionalsocialista, contenido en un folleto compilado por Alfred Rosenberg, y aludido por sus acusadores en el Juicio de Nuremberg. "Tu creerás en la presencia de Dios en todas las criaturas vivas, animales y plantas." (2)

(1) los Diarios Goebbels, Nueva York edicion. 1948, p. 188 (Entrada del 26 de abril de 1942).
(2) citado por M. Bardèche en su libro Nuremberg II, ou les Fauxmonnayeurs, p. 88.

Ningún régimen en el Occidente ha hecho alguna vez tanto como el nuestro para imponer sobre la gente la convicción que los animales tienen derechos. Ninguna fe en el Occidente o en el Oriente ha proclamado alguna vez tan claramente como la nuestra, la prioridad de los animales sobre seres humanos potencialmente peligrosos - sin mencionar realmente peligrosos. Ningún Estado ha actuado alguna vez aconsejado por esta escala particular de valores - mi escala de valores - con tal consecuencia absoluta como el Estado Nacionalsocialista alemán.

Se me ocurrió que era, quizás, esta escala particular y a fondo pagana de valores que, más que algo más, me había cortado de mi ambiente, y me hizo cual soy, antes de que yo siquiera supiera qué llamarme. Mi agravio más viejo contra los Judíos, y una cosa que en efecto me había hecho de antemano impermeable a cualquier clase de la compasión por ellos, eran los mataderos "kosher". Y en mi corazón yo siempre desprecié a cualquier comedor de carne que hablase de "humanidad" y de "el amor universal," y consideré a cualquier fundador de una nueva era, que resulta ser de aquella descripción, como en el fondo inferior a nuestro Führer.

'Él' no sólo no comió ninguna carne, y no toleró ningún matadero "kosher" en su tierra aria; pero él estaba, "después la guerra" - después de la victoria; después de que Alemania habría controlado el Occidente, y se habría hecho en una posición para adquirir los productos alimenticios del mundo entero en precios baratos - planeando suprimir, gradualmente pero a fondo, de una vez para siempre,

aquella permanente deshonra de la llamada civilización: el matadero en general, pese lo "perfeccionado" que ello sea. Él planeaba suprimir aquella industria de la muerte, no sólo por respeto a la vida animal, sino también porque él vio algo definitivamente feo y malsano en el hecho que la humanidad más alta se alimentara sobre cadáveres de bestias matadas cuando otra comida está disponible; y también - sobre todo, quizás - porque él comprendió, más agudamente que alguien, qué cosa de horror que la vida de un asesino profesional debe ser, y porque él no podía aguantar el pensamiento de algún hijo de su gente fuese impulsado, por costumbre y circunstancias, en tal vida. Y pensé una vez más, por la millonésima vez, cuando tuve en cuenta todo esto: ¡"Oh, si habríamos nosotros, sólo ganado esta guerra! ¡Si sólo a nuestro querido Führer, le habría sido presentada la oportunidad de realizar sus grandes proyectos!"

* * *

Anduve a través, encontré el camino a la derecha, del cual la muchacha en el hotel había hablado - el camino que conduce cuesta arriba, a Obersalzberg. Y despacio seguí aquel camino, profundamente inhalando la fragancia de los bosques que se estiraron a ambos lados de ello. El sol se hacía más caliente y más caliente. De vez en cuando me paré y miré hacia atrás en el paisaje debajo de mí. El valle actual por el cual yo había venido ya no podía ser visto; las cuevas en el lado opuesto de el también fueron prácticamente escondidas ahora de mí, ya que el camino serpenteaba por nuevas colinas, igualmente cubiertas de bosques. Pero las sierras más altas brillaron tan magníficas como alguna vez, deslumbrantes de blanco, bajo el Sol. Mientras más subí, mejor yo podría verlas. Y más picos nevados aparecieron detrás de las nuevas colinas verdes por las cuales el camino me condujo. Me senté un rato sobre un tronco en el borde del camino y escuché al chirrido de un pajarito, al crujido de hojas - a la Voz de la Vida dentro de los bosques. De vez en cuando un coche, o una motocicleta, pasó y desapareció en dirección de Obersalzberg.

Me levanté y reanudé el paseo ascendente, sintiendo que cada paso me llevó más cerca al lugar donde mi Líder se había sentado en toda su gloria. Imaginé los coches que deben haber rodado de arriba abajo por este camino magnífico, entonces, en los grandes días, llevando a funcionarios e invitados distinguidos a él que era el alma visible de Alemania, y el centro del Mundo Occidental. ¡Cómo todo era calmo y tranquilo, ahora que 'él' ya no estaba allí! Y otra vez una pregunta se impuso sobre mi consciencia: ¿Dónde está "el" ahora, si vive? ¿Me concederán alguna vez el honor y la alegría de ver a él cara a cara, una vez más en el poder? Y junto con aquella pregunta, aquella misma vieja pena que ha estado torturándome desde 1945, y esto seguirá por lo visto torturándome hasta que yo muera, a menos que yo vea a 'él' un día, a la cabeza del Occidente: ¿"Oh, por qué no he venido antes?" y aquella misma amargura inexpressable me llenó, cuando anduve sin cesar, por el paisaje irreal.

Crucé ante una pareja joven. Ellos me saludaron; intercambiamos unas palabras triviales:

"¿Tiempo encantador, no es cierto?"

¡"Sí, encantador!"

"Un poco demasiado caliente, sin embargo. Deberíamos haber tomado el autobús."

"Oh, hay poca diferencia. Yo por lo menos, prefiero andar."

¡"Aufwiedersehen! - ¡Aufwiedersehen!"

Fui por mi camino y ellos el suyo. Yo pensaba: "de hecho prefiero realmente andar. En los años gloriosos, cuando "el" estaba aquí, yo podría haber tomado el autobús - o un coche privado - y haber alcanzado el lugar una hora antes. ¿Pero ahora? ¿Ver las ruinas de la Vivienda inmortal? - sus ruinas... o mejor dicho el sitio desnudo donde sus ruinas una vez estuvieron de pie... Ya que yo sabía que los mismos cimientos del una vez encantador Berghof - casa de Adolf Hitler - habían sido sistemáticamente explotados. Ahora, si me atreviese, si yo no temiese ser reprobada hasta por mis camaradas por el exhibicionismo "sin objetivo," - yo habría andado en total descalza, como los

peregrinos en India caminan millas y millas a ciertos puntos sagrados. Ya que el lugar se había hecho, por el sello de martirio, dos veces santo en mis ojos.

Anduve sin cesar. No puede haber sido, ya, lejos de las once en punto. El Sol estaba en efecto excepcionalmente caliente, y me pareció así incluso a mí, que acababa de venir de Atenas. Los picos nevados, que dominaron el paisaje a mi izquierda así como detrás de mí, me impresionaron como el cuadro de la indiferencia no deslustrada por encima de todas las destrucciones, persecuciones y resistencias en el mundo. Pero yo no había venido para buscar la Indiferencia divina.

Alcancé a otra pareja, y esta vez, fui yo quien hablé primero: ¡"Guten Tag! ¿Puede usted ser tan amable para decirme si todavía es un camino largo a la casa Hitler?" ¿"La casa de Hitler?" contestó aquel hombre, "es justo a la vuelta de la esquina; a su derecha, después de la primera bocacalle del camino. Pero no hay nada para ser visto allí; ¡'ellos' no sólo han explotado las mismas ruinas, sino que 'ellos' han vertido toneladas y toneladas de tierra sobre el sitio, de modo que nada pudiera mostrar, ni siquiera el plano de la casa! "

Aquella referencia clara al hecho irreparable movió todo mi odio contra aquellos que lo perpetraron. "No he venido para examinar detalles de la arquitectura," estallé; "He venido para sentarme sobre el punto hasta la puesta del sol, y pensar en la venganza próxima. ¡Auf Wiedersehen!" (casi dije: ¡"Heil Hitler!")

Y continué, apresurando mis pasos, sin notar si el hombre por lo visto desconcertado y la mujer habían devuelto mis palabras de adiós o no.

Había ahora apenas pocos árboles a ambos lados del camino o en las cuestas que yo podría ver a alguna distancia ante mí. Éstos, así como el espacio entero que condujo hacia abajo a la depresión a mi izquierda, fueron cubiertos de hierba. Los bosques podrían ser vistos abajo, y encima: en la depresión misma; en las cuestas que me afrontaron en el lado opuesto de ella; y, a mi derecha más allá de las masas de tierra, grava y piedras que formaron como una pared a lo largo del borde del camino.

Pero de repente paré y sostuve mi aliento, mientras tanto una sensación helada corrió a lo largo de mi espina y en todas partes de mi cuerpo: yo acababa de notar lo que pareció la piedra angular de una pared, surgir, junto con unas cuantas copas de arboles marchitos, fuera del montón enorme de la arena, grava y bloques no pulverizados por el mortero que sobresalió ante mí. Y yo había entendido: este era el lugar donde el famoso Berghof - la casa Hitler - había estado de pie una vez en toda su hermosura, en medio de céspedes, lechos de flores y árboles; esto era a qué 'ellos' lo habían reducido, de modo que ningún rastro de ello debiera ser dejado; ¡de modo que los hombres debieran olvidar!...

Sentí lágrimas apozarse hasta mis ojos, y mi boca tembló. Crucé el camino para ver el sitio devastado a unas yardas de distancia. ¡Sí, este era el sitio del Berghof, inconfundiblemente! Encima de ello - en el borde del bosque que se extendió desde allí a la cumbre de la colina - corrió, paralela al camino a lo largo del cual yo andaba, una muralla de cimientos entera que había resistido tanto el poder de la dinamita como el poder del odio. Y otra pared que formó con ella un ángulo recto también podría ser descubierta, aunque estuviera completamente sepultada bajo tierra y grava, excepto una punta de ella, el bloque que había llamado primero mi atención. Esto; y ramas marchitadas, que se pegan en la desolación general - las copas de los árboles o arbustos que habían crecido por lo visto sobre las ruinas, y que habían sido sepultados vivos por aquellos que habían intentado matar las mismísimas ruinas ellos mismos. Me estremecí ante la enormidad del odio que había impulsado a hombres a resolver esta destrucción sistemática siete años después del final de la guerra. Cuanto iba a durar, aquella execración implacable contra nuestro Führer, contra nosotros, contra todo lo que apoyamos; ¿aquella voluntad salvaje y metódica para borrar cualquier cosa que recuerde al mundo de él, de nosotros, de todo lo que él y nosotros hemos creado juntos? ¡pregunté yo, cuando miré fijamente en el cielo azul puro - tan azul! - en los prados verdes llenos de botones de oro, en los bosques y las sierras

brillantes en la distancia, y luego otra vez en el lugar donde el Berghof había estado de pie. ¿Cuánto nos perseguiría el mundo?

Y de la profundidad de siglos - por mi intuición de la historia: casi la única forma de intuición que poseo - vino la respuesta: ¡"Para siempre!"

De un salto, recordé el desierto amarillento cubierto de ruinas dispersadas bajo el sol ardiente de Egipto: todo lo que ahora permanece de la "ciudad orgullosa del horizonte del disco", el asiento del Nuevo Orden del Rey Akhnaton - que duró doce años como el nuestro - despiadadamente derribada piedra a piedra por sus enemigos, hace más de tres mil trescientos años - otro caso histórico de la persecución incansable contra todo lo que es divino.

Y de una voz fuerte, como si estuviera hablando a mí, yo recitaba con amargura las primeras líneas del himno de odio entonado por los sacerdotes de Amon - la encarnación del Poder del Dinero en Egipto entonces - después de la destrucción de la ciudad sagrada:

¡"Ay de tus enemigos, Oh Amon!...
Tu ciudad perdura, pero él que te ataca cae... "

Y con todavía mayor amargura parafraseé las antiguas palabras, adaptándolas a circunstancias actuales:

¡"Ay de tus enemigos, Oh Israel!... Tu regimen invisible dura, pero él que Te ataca cae... "

La persecución de lo que es - divino y de aquellos que son divinos; de aquellos que las fuerzas oscuras, en la posesión del dinero, no pueden comprar, ni asustar - me pareció ser un rasgo perenne de la historia humana. Esto duraría mientras esté el mundo.

¡"Pero también duraremos para resistir a ello, y aplastarlo al final!" pensé. "nuestra fe está arraigada en la verdad. Y tenemos los Poderes de la Luz - de Los Respandecientes, como los arios de India todavía los llaman hasta este día - en nuestro lado. Y recordé una frase de una de mis propias escrituras: mi veredicto final contra nuestros enemigos: ¡"Ellos no pueden 'des-Nazificar' a los Dioses!" (1)

(1) Oro en el Crisol, edición. 1952, p. 87.

De todos modos, la vista de la desolación de este lugar, flagrante signo de la victoria de las fuerzas del mal: por el momento, me llenó de resentimiento, de odio, con la pena; una vez más, con la conciencia horrible de la derrota.

Crucé el camino otra vez, anduve unas yardas adelante cuesta arriba en busca de un lugar desde el cual yo podría alcanzar el sitio de Berghof. Descubrí algo como un camino - una pista pisada en medio de la grava, mostrándome el modo que muchos otros habían venido antes de mí. Seguí aquella pista despacio y reverentemente, sintiéndome en la tierra santa, y me senté sobre la tierra desnuda, bastante lejos del camino. Y allí, sollocé desesperadamente, como yo no había hecho durante años.

* * *

El agotamiento - y tiempo - me devolvió una cierta cantidad de calma, y yo era otra vez capaz de pensar.

Una suave brisa cálida me trajo la emanación sana de los bosques. Ante mis ojos se extendió en la luz del sol un paisaje de montaña, el equivalente en la belleza de cual yo había visto sólo en Cachemira. Imaginé mi Líder querido en uno de aquellos momentos de relajación de la cual él debe haber disfrutado a veces, aun si fuera rara vez. Le imaginé durante un día de primavera como este, dejando a sus ojos como estrellas, sedientos de infinidad, descansar sobre aquellos prados y bosques, aquellas colinas verdes oscuras y violáceas, aquellas sierras blancas brillantes, los contornos armoniosos de las cuales cierran el horizonte, y, más allá de ellos, - en el espíritu - sobre aquel valle azulado luminoso que uno adivina más bien que ve desde aquí: el valle en cual yace Salzburg. Le

imaginé solo, en armonía con el Alma de esta tierra, que él tanto amó, respirando su poder y su belleza, estando en contacto con ella y, por ello, con la Esencia de él mismo y de todas las cosas - el Carácter divino inmanente - mientras su perro magnífico, la criatura de lealtad que nunca debió traicionarle, ni abandonarle, está, vigilante, en su lado. Le imaginé, - o mejor dicho, le sentí omni-amoroso, omnisciente, encima de la felicidad y pena, desapegado en medio de la acción mundial, mirando este paisaje irreal por la frontera de esta ampliada Alemania, que él había conquistado de nuevo, en el reino de la eternidad que era - y es - su reino impenetrable; en aquel mundo intangible en el cual el éxito y el fracaso se desdibujan en la nada ante la única cosa que cuenta: la Verdad eterna; seguro que él tenía razón independientemente de lo que los hombres podrían decir, cualquiera sean los acontecimientos que podrían ocurrir; seguro que la misión de Alemania era - y es - aquella que él proclamó; seguro que el interés más alto de Alemania era - y es - (en las palabras del Libro ario más antiguo de la sabiduría) "el interés del universo." Seguro y por lo tanto sereno. Seguro y por lo tanto libre de pecado, - perfecto.

Y me perdí en la contemplación de este verdadero Adolf Hitler: aquel de quien ningún periódico ha hablado alguna vez, y quien ningún hombre (hasta entre aquellos que le han visto, quizás) alguna vez entendió. Todas las fuerzas de mi ser lo abrazaron - a Él - en un acto de adoración, como el único que yo había amado, vida tras vida, durante millones de años. Me sentí mas cercana a él que alguna vez; más cerca a él que ante la desolada tumba de sus padres; más cerca a él que durante aquella noche más hermosa en mi vida - el 20 de febrero de 1949 - cuando yo había sido tan feliz de ser detenida por el amor a él y a su gente.

Pero entonces, cuando mi vista cayó en la orilla sobre la tierra rasgada y torturada sobre la cual yo me sentaba, un hecho se impuso sobre mí: 'él' ya no está aquí; no puedo verle en la carne, como yo habría hecho entonces." y me hundí atrás en el viejo sentimiento insoportable de la una vez posible, mas aun, probable, pero ahora irreparablemente perdida felicidad; de la culpa que nada puede lavar alguna vez, - en el infierno. Ya que esto es el infierno: no un lugar, sino un estado de consciencia; el conocimiento que uno ha fallado, por la propia falta de uno, la realización de la verdadera misión de uno, y, que es de aquí en adelante demasiado tarde... No existe ningún sentimiento peor que aquel.

Por la millonésima vez aquel sentimiento me agarró, tan fuerte, ahora, sobre las ruinas del Berghof, después de ocho años, como entonces, en aquella primitiva cafetería india del Sur en una aldea apartada de Ghats occidental, en la cual yo había, en 1945, tres semanas después del hecho, primero oído aquellas noticias de la capitulación de Alemania y enterada de que Adolf Hitler estaba muerto. Por la millonésima vez, mi voz interior acusadora se levantó contra mí, tan despiadada y tan amarga como alguna vez: ¿"Donde estaba usted, todos estos años? ¿Por qué no vino usted a tiempo? Usted habría visto a 'él', su Führer, un Hombre que usted adora. Usted le habría visto en este escenario, a la altura de su poder. ¿Que eran todas las alegrías que usted ha tenido, comparadas con aquella alegría? Ahora... ¡vea! Nada es dejado de la Vivienda encantadora; nada es dejado del gran Reich; nada es dejado de todo lo que 'él' había construido o había planeado. Y usted nunca le verá. Es demasiado tarde; demasiado tarde. Usted vino demasiado tarde. ¿Por qué no vino usted antes?" Ah, aquellas palabras, que contienen un verdadero tormento de condenación eterna: ¡"demasiado tarde!"

Comencé a llorar una vez más cuando miré hacia atrás en mi vida inútil. ¿Sí, dónde habido yo estado cuando mi Líder querido había subido al poder? En algún sitio en India del Sur. ¿Dónde habido yo estado, cuando él había hablado en aquella gran Reunión de Partido en Nuremberg, ante quinientas mil personas? En Lucknow: escuchandole él en el inalámbrico: hablando de él... ¡en vez de estar allí sobre el terreno, uno entre muchos miles - la tonta confundida que yo era!

Recordé detalles de mi vida en Lucknow, en septiembre de 1935, durante aquellos días inolvidables: la seda roja oscura del "sari" que yo usaba, mientras las olas de eter trajeron a mí, por más de seis mil millas de tierra y mar, la música de la Canción de Horst Wessel, y luego - en medio de aquel silencio religioso de la multitud - la voz de Adolf Hitler; la conversación que yo había tenido con mis amigos indios sobre el espíritu del Nacionalsocialismo y aquel del histórico sistema de Castas; la canción que la hija de quince años de la casa - una muchacha brahmán elegante, de complexión clara llamada Atashi, - había tocado sobre el armonio después de la cena:

"Nanda, Nanda, Nanda Rani..."

- una canción bengalí que había permanecido desde entonces, indisolublemente asociada en mi consciencia con la memoria de la famosa Reunión de Partido. Recordé la esvástica de oro que yo siempre llevaba puesta en una cadena alrededor de mi cuello - y que yo había perdido en Londres en 1947 - y mis pendientes indios, también en forma de esvásticas, que yo me colocaba ahora. Yo había querido ser el eslabón entre la Tradición aria, conservada viva en India, y aquel gran renacimiento ario del Occidente que el Nacionalsocialismo encarna. ¿Pero quién (salvo un hombre) había entendido qué esto significó, hasta entre mis colaboradores más cercanos?

Recordé las palabras que aquel hombre excepcional - destinado un día a darme su nombre - había dirigido a mí durante el mismo día que él me había conocido: "Vaya a él, que es realmente la vida y la resurrección: al fabricante del Tercer Reich. Vaya inmediatamente: ¡el próximo año será demasiado tarde!"

¿Por qué yo, en mi vanidad incurable, me había pensado útil en mi campo lejano de la acción, y no le escuché?

Y otra vez imaginé a Adolf Hitler sentándose solo ante esta perspectiva irreal de colinas arboladas y valles y picos nevados orgullosos. Imaginé sus rasgos severos, sellados con la fuerza de una voluntad que nada puede romper; sus ojos inspirados, irradiando el amor que nada puede matar; amor desinteresado, ilimitado, conquistador.

¿Cuántos miles de personas habían visto aquel Rostro extraordinario suyo, y aún no entendido ello; no respondieron al amor que brilló en él?

Los periodistas extranjeros, los escritores, los embajadores - algunos de los que habían ganado, después el dinero difamándole - le habían visto; yo, nunca. Opositores suyos; los enemigos de todo para lo que él estuvo de pie, - como el líder Comunista Thälmann - le habían visto; yo, nunca. Los traidores, que en secreto trabajaron contra él: los traidores, que el 20 de julio de 1944, intentaron matarle, le habían visto; ¡yo, nunca!

Recordé las vistas más maravillosas que yo había admirado en viajes por más de la mitad de la superficie de la Tierra: el Bosphorus; la Acrópolis de Atenas: Delphi; Karnak; el Nilo Superior; los templos de India del Sur, de Khajuraho, de Bhubaneshwar; la luz de luna sobre el desierto de Iraq; la luz de luna sobre las Rocas de Mármol y las Cataratas de Narbada; los Remansos de Travancore; las Cuevas de Ajanta y de Ellora - aquella maravilla entre maravillas; Ellora, del cual yo había escrito, queriéndolo decir: ¡"Uno puede morir, después haber visto esto!" - el Sol de Medianoche; el Monte Hekla en la erupción; el Himalaya - un sin fin de belleza inspiradora; sin fin de historia y leyenda. La gente me envidió por tener tales recuerdos... Y aún así... ¡Yo habría renunciado a todos ellos por la alegría de sentir 'sus' ojos descansar sobre mí - durante cinco minutos, una vez - sólo una vez! - ¡por el privilegio de saludar a él - sólo una vez! - con mi brazo extendido y las palabras parecidas a un hechizo que expresan de mi parte siglos de amor: ¡"Heil, mein Führer! ¡Heil Hitler!"

La despiadada, acusadora voz se elevó dentro de mí una vez más y me dijo: ¡"usted debería haber pensado en esto hace veinticinco años, usted es tonta tonta! ¡Ahora es demasiado tarde - demasiado tarde!"

El tiempo pasó. Las sombras de los árboles encima del sitio arruinado daban vuelta despacio. Seguí llorando, en el silencio calido de la tarde. Yo no me había movido del lugar donde me sentaba. Unas personas - aproximadamente diez en total - vinieron, uno tras otro, vagaron aquí y allá sobre el sitio, sin hablar. Uno o dos de ellos pasaron bastante cerca de mí - me miraron, me saludaron discretamente, y fueron por su camino, respetando la soledad que yo buscaba obviamente. ¿Cuánto tiempo la voz acusadora de la autocrítica seguiría torturándome? Esto había estado haciéndolo así, día y noche, durante ya ocho años. Yo sabía que era correcto. En una de las hermosas habitaciones de la famosa Vivienda; cuyas piedras dispersadas están sepultadas bajo toneladas y

toneladas de la tierra sobre la cual ahora me senté, yo podría haber visto al Constructor de la Arianidad renacida - el Fundador de mi fe - entonces, si yo hubiese venido, a tiempo. Pero yo no lo había hecho. ¿Qué podría hacer ahora, excepto nada? ¡Era demasiado tarde - ay! ¿Todavía sería demasiado tarde si nuestro Hitler esta vivo, como unos dicen? Me pregunté. ¿Pero él estaba realmente vivo? Yo no sabía que creer.

Yací sobre la tierra y grava traída aquí a fin de destruir todo rastro de su paso, y sollocé tan desesperadamente como antes. Entonces, desde dentro - de lejos; de no sé donde; quizás de otro mundo - Algo me habló; calmándome; no mi propia voz pero la 'suya' - o mejor dicho alguna conciencia extrañamente penetrante de lo que 'él' me diría si pudiera alcanzarme, fuese ello del mundo de los vivos o desde más allá.

¡"Nunca es demasiado tarde! ¡Viva para mi Alemania, y usted nunca se separará de Mí!" Y otra vez, como en Leonding ante las tumbas de sus padres, yo sabía con certeza lo que 'él' - "El," Quien nunca puede morir - espera de mí, en nombre de la lógica del credo Nationalsocialista; en nombre de la lógica de mi vida entera.

¡Y desde la profundidad de mi corazón pensé, "Jawohl, mein Führer! - voy a hacerlo. ¿No he ya amado Tu Tierra como si siempre fuese la mía, y Tu gente como mis hermanos? ¿Tu Tierra no es acaso ya la mía? - "Tierra santa ante los ojos de cada ario racialmente despierto." Y sentí el poder en mí - poder más que humano, a pesar de todos mis fracasos.

* * *

La resplandeciente sierra nevada más allá de las colinas que me afrontaron cambiaba ya de color. Y el Sol estaba menos caliente, y las sombras más largas.

Vi a tres hombres aparecer uno tras otro, viniendo del camino, a lo largo de la misma pista que me había dirigido. Ellos siguieron esto que me había parecido como el rastro de una pared que corre perpendicularmente a aquella que podría ser descubierta unas yardas detrás de mí, en el borde del bosque. Y ellos se pararon. Uno de ellos, que habían visitado probablemente el Berghof en los días de su esplendor, explicaba su topografía a los otros dos. Las frases que él pronunció me alcanzaron de vez en cuando: "... y aquí estaba el salón en el cual el Führer solía realizar el consejo..." "...aquí estaba una ventana enorme, aproximadamente de seis metros de largo; una ventana magnífica...", "...y aquí..." Gestos acompañaron y acentuaron sus palabras.

Fui extrañamente conmovida. Lo Poco que oí de la descripción del hombre de repente dio una nueva vida al sitio santo. La Vivienda, el asiento de la belleza, el asiento del poder, el asiento de comunión de mi Líder con el Infinito en sus momentos de la soledad relajante, se elevó en contornos precisos del pasado. Si yo tan sólo hubiese venido unos años antes... El pensamiento amargo se precipitó atrás a mí de un salto. Pero yo no tenía tiempo para reflexionar sobre ello. Quise oír, saber, de uno de aquellos que lo habían visto. Me levanté, limpié mis lágrimas con el dorso de mi mano (ya que yo no podía encontrar mi pañuelo de bolsillo) anduve directamente hacia los recién llegados y les saludé: ¡"Guten Abend!" y luego, dirigiéndome a aquel que había estado actuando como un guía: "Excuseme," dije yo, "si soy tan audaz para molestarle. Le oí describiendo el Berghof como era cuando estuvo en pie. Entiendo que usted lo ha visto; que usted ha visto probablemente al Führer dentro de estas paredes ahora reducidas al polvo. Yo estaba a seis mil millas de distancia durante los años gloriosos. He venido ahora por primera vez y he estado sentándome aquí a partir de las diez y media de la mañana, pensando en el pasado y el futuro. ¿Le molesta a usted si escucho a su descripción?"

Los hombres eran todos los tres de entre treinta y cinco y cuarenta y cinco, es decir, bastante viejos para haber vivido el entusiasmo de los primeros días del Nationalsocialismo.

Ellos me miraron con sorpresa, aún así sintieron que podrían confiar en mí, ya que mis palabras sonaron verdaderas - y, después de todo, ¿Quién vendría y se sentaría un día entero sobre el sitio arruinado del Berghof a menos que él (o ella) fuera un seguidor sincero de Adolf Hitler? "es una

lástima en efecto que usted no estuviese aquí antes," dijo el hombre al que yo me había dirigido. "No puedo darle una descripción de la idea exacta de belleza de lugar que esta casa era, cuando no la ha visto usted misma. ¿Usted ha visto fotos de ella, probablemente?"

"Si he visto," dije yo.

"Nosotros estamos aquí justo encima del pasillo desde el cual uno miraba fuera en el paisaje circundante desde una ventana enorme, de varios metros de largo."

"He visto fotos de aquella ventana y, si recuerdo bien, una foto del Führer apoyado contra ella. ¡Ahora, ay! hasta las piedras de la casa han sido pulverizadas, y su polvo - escondido cubierto con tierra - de modo que debíamos olvidar que este lugar es santo; de modo que debíamos dejar de venir a el como a un lugar de peregrinación. Pero nunca olvidaré - nunca olvidaré, y nunca perdonaré, como ya dije cien mil veces. ¡Sólo odio a los americanos malditos tanto más por esta profanación salvaje e inútil!"

Los condenados americanos "ellos no son los autores de este hecho," contestó el hombre, a mi asombro. "son estos señores del S.P.D ., (1) quienes forman el Gobierno actual de Baviera, quienes lo pidieron."

¿"Alemanes? "

"Sí, - lamentablemente. "

(1) el Partido "Social Democrático".

Esta información inesperada trajo nuevas lágrimas en mis ojos. "Yo nunca podría haber pensado eso," dije yo, con una pena sincera. ¿"Pero seguramente las autoridades de Ocupación americanas estaban detrás de aquellos que dieron tal Orden, no es cierto?"

"Amargamente, yo mismo detesto la Ocupación en conjunto y los americanos en particular, y estoy obligado a decir que este es, a mi conocimiento, completamente un trabajo de nuestro Gobierno criminal del S.P.D.."

Yo no sabía que decir, o pensar. No hay nada tan doloroso para mí como la conciencia del hecho que los arios, - sin mencionar alemanes, su propia gente, - pueden odiar y tan a menudo lo hacen, a Adolf Hitler, su Salvador. La idea que algunos alemanes le odiaban de aquel grado era totalmente insoportable para mí.

"Simplemente no sé que pensar," seguí diciendo. "me parece demasiado monstruoso por su parte para creerlo. Y aún así, lo creo realmente, ya que sé que el odio no tiene ningún límite - más que el amor. Sé que no hay nada que aquellos esclavos de los Judíos no puedan hacer. Pero una cosa puedo decir, y eso es que no puedo considerar a tal gente como alemanes."

"Consideramos a ellos como traidores y sinvergüenzas, - los peores enemigos de Alemania," contestó el hombre.

Él entonces me preguntó donde yo había pasado el tiempo durante el cual nuestro régimen había durado.

"En India," contesté. Y añadí, expresando en voz alta lo que yo había estado pensando con tal amargura media hora antes.

"Pocos europeos han visto tanto como yo de aquella tierra antigua y maravillosa; pocos han vivido tan intensamente como yo en relación a todo lo que ellos han visto - ya que me acerqué a India en la luz de mi perspectiva Nacionalsocialista: la única luz en la cual un ario occidental realmente puede entenderla, extraño como esto puede parecer. Y aún así, le digo en toda la sinceridad: yo renunciaría a

todas las alegrías de las que he tenido, para la alegría de haber visto a Adolf Hitler a la altura de su gloria, o para la satisfacción de haberle demostrado mi lealtad a la hora del desastre."

¿"Y usted ha venido ahora de India?" preguntó uno de los otros dos hombres.

"No, de Grecia. Llegué hace tres días. Estaba ayer en Braunau; el día anterior, en Leonding..."

"Entiendo... ¿Y dice que esta es la primera vez que usted viene a Alemania?"

"La primera vez que vengo a Obersalzberg," contesté. "pasé un año y algunos meses en Alemania en 1948-1949."

El tercer hombre me preguntó en su turno: ¿"y usted tiene la intención de permanecer en Alemania?"

"Si puedo," contesté; "si los Poderes divinos juzgan que yo debería..." (Como en Leonding, recordé mi rezo diario al Señor de las Fuerzas invisibles, quienquiera Él sea: 'envíeme o manténgame allí donde seré más útil en el servicio de la Causa Nacionalsocialista, que es la causa de la Verdad.') y añadí, resumiendo en una frase lo que yo había estado pensando el día entero - lo que yo había estado pensando durante ocho años -: "Mi única pena en la vida es que no vine hace mucho; antes de la guerra; mas aun, antes de la toma del poder... y que nunca he visto al Führer."

"Usted esta en lo cierto," dijo mi interlocutor; "nunca ha habido un hombre como él y nunca hubo un ideal comparable al suyo. Lamentablemente, él puso demasiada confianza en gente que no era digna de ella, y en quienes, por sus errores - por no decir su traición" causaron su perdición y aquella de Alemania. En particular, él confió implícitamente en quienquiera que le hubiese apoyado en la fase temprana de la lucha. Era su única debilidad."

"La gratitud, la apreciación de servicios pasados, no es ninguna debilidad," pensé; "mas aun, la memoria de servicios pasados no le cegó a la realidad posterior. Roehm había dado seguramente servicios a la Causa, y aún así... nuestro Führer no vaciló en sacrificarle, en junio de 1934, cuando él lo juzgó necesario..."

Iba a decir al hombre lo que yo pensaba, pero no tenía tiempo. El otro de mis nuevos amigos (ya que ellos eran, por lo visto, tres "amigos," es decir, en nuestro lado) puso un énfasis adicional en lo que su camarada había dicho: "sí," acentuó él, "usted dice que lamenta tan desesperadamente no haber venido a Alemania antes... De un modo, es mejor que usted no viniera... Usted es una idealista. Usted ha vivido el Nacionalsocialismo por la perspectiva embellecedora de la distancia. Si usted hubiera estado aquí, especialmente después de la Toma del poder, usted habría descubierto que muchas cosas - y muchas personas - a criticar... Por qué, por ejemplo, no hizo el Führer..."

¡"Nuestro Führer no puede hacer ningún mal! ¡no le critiquen!" grité yo, interrumpiendo con vehemencia. "El no pudo ordenar ni permitir algo que no fuese justificado. En cuanto a sus seguidores - o aquellos que pretendieron ser tales - usted puede juzgarlos: usted es un alemán. Yo no tengo ningún derecho de hacerlo. Nunca he criticado a ningún alemán - salvo, por supuesto, los traidores demasiado obvios, conocidos. No es que yo sea incapaz de descubrir fallas - palabras o hechos en desacuerdo con la doctrina o espíritu Nacionalsocialista - pero es, conmigo, un asunto de disciplina. No es mi trabajo recoger faltas en otros Nacionalsocialistas, sino sólo hacer todo lo posible por ser, yo misma, tan buena como posiblemente puedo. Y estoy segura que, si yo hubiese tenido el privilegio de venir antes, todos los defectos de que usted habla de ninguna manera habrían cambiado mi lealtad al Führer y al Reich. A usted le enseñaron los principios Nacionalsocialistas; Yo los descubrí dentro de mi corazón, dentro de mi propia lógica, dentro de la mejor de todas las demostraciones de ellos: la historia de todas las naciones del mundo. Y, sabiendo totalmente lo que yo hacía, vine a Adolf Hitler en cuanto al único Líder en nuestros tiempos que habla y actúa según aquellos principios, verdaderos para siempre; en cuanto al único quien (para repetir una expresión muy vieja y exaltada) 'vive en la verdad.' Nada puede separarme de él ahora, y nada podría haberlo hecho así entonces. La verdad de una doctrina es independiente de las fallas de algunos de sus partidarios verdaderos o supuestos. Y él, - nuestro Hitler - y su régimen, es la misma encarnación de la doctrina Nacionalsocialista." El hombre a quien yo había hablado primero me contestó esta vez.

"Todo lo que usted dice es absolutamente consecuente; no podía ser más así. El único problema es que perdimos la guerra. Si hubiésemos ganado, este segura de que el Führer habría puesto Orden en nuestros asuntos, y que muchos miembros de Partido que no eran Nacionalsocialistas en absoluto (pero sólo fingieron ser) tendrían lo que ellos merecieron. Y la nueva era prometida realmente habría comenzado."

"Eso ha comenzado ya," dije yo con convicción.

Los tres hombres miraron fijamente en mí con aturdimiento.

"Nuestros enemigos gobiernan el mundo," contestó uno de ellos. "Nosotros somos perseguidos: - impotentes. ¿Como puede decir: 'Nuestra Era ha comenzado ya? Usted sabe a qué se parece el mundo de la posguerra."

"Hace veinte años desde que Adolf Hitler se hizo con el poder en Alemania. Y fue ayer exactamente sesenta y cuatro años desde que él nació. Dígame," dije, "Cómo el mundo romano y Europa en general (Europa destinada para ser el asiento de la civilización cristiana) lucia en el año veinte o hasta en el año sesenta y cuatro d.J.C.? ¿Podría uno haber creído entonces en el triunfo de los valores cristianos durante dos mil años? Nadie creyó en ello, de hecho, salvo los Cristianos tempranos ellos mismos. Cristo estaba muerto, y sus seguidores, un puñado perseguido perdido entre muchas sectas extrañas del Imperio romano. Y. Aún así... "

Los tres hombres estaban, un rato, silenciosos; como si fueran abrumados por la inmensidad de la esperanza que mis palabras implicaban. Algo les dijo que yo tenía razón, aunque ellos apenas se atrevieran a creerlo. Por fin, uno a quien yo había hablado primero - el mayor de los tres - me preguntó (y había emoción profunda en su voz)

¿"Qué le hace tener tal confianza en nosotros, la gente alemana? Usted no nos ha visto en nuestro mejor momento, en los grandes días."

"Eso es verdad," contesté; "Pero le he visto en los días oscuros del proceso: hambrientos, indigentes, desarraigados de sus casas, perseguidos en su propia tierra, difamados por el mundo entero - vencidos (por el momento, gracias a aquellos esclavos del Pueblo judío que, hasta bajo el régimen Nacionalsocialista, habían logrado trabajar ellos mismos en puestos responsables). Y aún así... Les he admirado entonces - hasta más así, quizás, que yo había en el glorioso "40; más así que yo había hecho en el "42, cuando la Bandera de la Esvástica revoloteó sobre el Mar Caspio, sobre el Desierto libio, sobre el Océano Ártico... Nunca olvidaré las caras demacradas, orgullosas y solemnes que encontré en Alemania, entonces; el vistazo sombrío de aquellos hombres jóvenes que, hasta el final, habían confiado en el Führer y habían creído en la invencibilidad del Reich, y habían esperado hasta la misma hora de la Capitulación para el milagro que debía dar a Alemania el dominio de la Tierra, y quienes, hasta entonces, no habían abandonado, ni aquella confianza, ni aquella certidumbre - ya que ellos sintieron dentro de si, en su lucha de día a día desde el fondo del abismo, la prueba viva de su propia superioridad tantas veces proclamada. Nunca olvidaré las palabras que he intercambiado con aquellos hombres de oro y acero (como los llamé en un libro mío); nunca olvidaré que, durante meses, he vivido una vida peligrosa en Alemania, y que ni un solo alemán me ha traicionado - ni por cualquier recompensa: ni por las crudas necesidades de la vida; ni por la leche para sus niños que pasan hambre. ¡Ah, cómo les admiré entonces, mis camaradas, mis superiores! ¡Y cómo les admiro ahora, en su resistencia silenciosa, obstinada, incansable, a los agentes de desintegración y a todas sus mentiras!..."

El Sol se ponía. La magnífica sierra nevada que nos afrontaba era rosada. Estiré mi brazo derecho en un amplio gesto, como si yo estuviera, más allá de esta barrera de montañas, y más allá de esta vida - este minuto del tiempo - hablando a la Nación alemana de todos los tiempos; y seguí, después de una pausa:

"Cuando Alejandro el Grande yacía sobre su lecho de muerte en Babilonia, en 323 a. de J.C., en su camino atrás de India, sus generales le preguntaron a quien designaba como jefe de su Imperio mundial. Él contestó: ¡'al mas digno!' yo era un admirador del macedonio divino, encarnación de la Arianidad conquistadora, antes de que yo me hiciera el discípulo del Constructor de la nueva Era aria:

Adolf Hitler. Y hoy, de este punto sagrado en el cual él estuvo de pie, le digo - a ustedes tres, y ustedes ochenta millones - desde la profundidad de mi corazón (y yo deseo que mis superiores perseguidos en Spandau, en Werl, en Landsberg, en Wittlich, en Breda, en Stein, en todas las prisiones y campos de nuestros enemigos, dentro y fuera de Alemania, podrían oírme): ¡"gente Alemana, ustedes son los más dignos! Les digo hoy, recordando aquellas palabras antiguas, para siempre verdaderas - el testamento de Alejandro: - ¡mi deseo más querido es verles elevarse de esta humillación mucho tiempo arrastrada, y gobernar el mundo!"

Los tres hombres me habían escuchado en el silencio solemne, reverente, totalmente conscientes que, por mi voz, un Destino misterioso, divino había pronunciado su decreto. Y en efecto yo no era, en aquel momento mágico, un mero individuo, sino un símbolo. Yo era la remota Arianidad pagano - la Hellas de Alejandro; la hermosa Hellas primitiva de la Ilíada; también la India sabia y bélica del Bhagavad-Gita - reconociendo la existencia de su Alma nórdica eterna en Alemania de pura sangre actual. Los tres hombres lo sintieron - aunque ellos no pudieran haber, quizás, ahora mismo, analizado aquel sentimiento; aunque ellos quizás carecieran del trasfondo histórico que les habría permitido hacer así.

Volví la espalda al camino, miré fijamente en el cielo color cobre entre los árboles: el brillo del Sol, después de que el Sol se había hundido detrás de las colinas. Estiré mi brazo derecho en el gesto ritual milenar - el saludo Nacionalsocialista - en dirección del Orbe escondido.

¡"Tal como Él - el Padre de la luz - se elevará seguramente, ustedes también, mis hermanos alemanes!" dije yo. "Tal como Él es inmortal, ustedes también. ¡Es lebe Deutschland! ¡Heil Hitler! " Los tres hombres levantaron sus brazos derechos en su turno, y las Palabras eternas, profesión de la fe de una nueva era, resonaron fuertes y claras sobre los bloques sepultados por el mortero que había sido la casa de Adolf Hitler, sobre el paisaje irreal que es y siempre será su Alemania querida: ¡"Heil Hitler!"

Estuvimos de pie, durante un minuto o dos, en el silencio. Entonces, el mayor de los tres hombres - aquel a quien yo había hablado primero - me miró atentamente y dijo: "usted esta en lo cierto- correcta a pesar de este odio implacable que se esfuerza por aplastarnos; correcta a pesar de estas ruinas: vivimos en el año veinte de una nueva Era. Y si nuestro Führer esta vivo o muerto, esta nueva era es suya, y nuestra - de Alemania. Él nos ha dado de nuevo la conciencia plena de nuestra misión y de nuestros derechos. ¡Nada puede contenernos en nuestra marcha adelante!"

* * *

Los tres hombres me acompañaron al punto donde yo había estado sentándome, y donde yo había dejado mis cosas. Ellos permanecieron allí conmigo un rato. Hablamos de la nueva Era. Hablamos de nuestro Führer. ¿"usted cree que él está vivo?" mis nuevos amigos me preguntaron.

"Yo estaba prácticamente segura de ello," contesté. "Gente que pareció saber me había dicho así. Pero ahora otra gente, que también parece saberlo, me dijo que él está muerto. No sé ya en que creer. Todo lo que sé es que, si él está vivo, todo lo que quiero es verle una vez más en el poder; y si él está muerto en la carne, todo lo que quiero ver es que aquellos que le aman y quienes encarnan su espíritu suban al poder y controlen el Occidente - y, con la ayuda de los Dioses, el mundo - en su nombre, para siempre. Todo lo que sé es esto, si él está vivo o muerto en su carne, él es inmortal. Él es Alemania."

"Usted tiene razón, él es eso."

Y después de una pausa, el mismo hombre me preguntó: ¿"y qué quiere usted hacer, ahora?"

"Le he dicho ya: permanecer en Alemania, si puedo encontrar posiblemente trabajo allí (el poco de dinero que tengo estará agotado dentro de menos de un mes) y contribuir - ¿de qué modo? No sé, pero de algún modo - a la resurrección del gran Reich como 'él' quiso que ello fuera; seguir escribiendo libros, si no puedo hacer nada mejor." (conte a mis nuevos amigos un poco sobre los libros que yo había escrito ya y sobre mi vida.)

"Usted encontrará mucha simpatía en Alemania, y mucha gente que, por el amor a esta Idea, le ayudará a quedarse," contestó el hombre. La tierra es tranquila en la superficie. Pero descanse segura: el Nacionalsocialismo está tan vivo como siempre - mucho más así de lo que aquellos Johnnies de la Ocupación y sus secuaces, los oportunistas alemanes, ahora en el poder, parecen pensar. Usted probablemente sabe esto sin que tengamos que decírselo. Y ahora... el aire se hace frío. Deberíamos volver a nuestro hotel. Tenemos un auto. ¿Quisiera usted que la llevemos?"

"Es sumamente amable por su parte, pero deseo quedarme aquí un poco más largo," contesté. "Mas aun, prefiero bajar a pie, como he venido."

Ellos me desearon buena suerte, y los saludé - y ellos, a mí - con las palabras inmutables de la fe: ¡"Heil Hitler!" y ellos se marcharon.

Yo no les había dicho por qué deseaba quedarme un rato más largo. Juzgué que era mejor no: ¿podría ser que ellos habrían fallado en entender mi gesto y lo habrían considerado infantil, y me habrían despreciado dentro de sus corazones (quién sabe alguna vez?). Pero cuando oí su auto rodar lejos en dirección de Berchtesgaden, me acerqué a la única pared parada, en el borde del bosque, descubrí sobre ella una superficie enyesada bastante lisa, y escribí sobre ella, con una piedra puntiaguda, las siguientes palabras:

Einst kommt der Tag der Rache. Heil Hitler!

Entonces, con mi brazo derecho extendido, canté el viejo "Kampflied" del que la frase es tomada, y despacio anduve abajo la pista golpeada, atrás al camino, sintiendo que yo había hecho todo lo que ahora posiblemente podría: llevado a cabo el gesto mágico; pronunciado el conjuro irresistible de venganza y despertamiento, destinado para ligar Alemania libre a su Führer, para siempre - "Alemania libre, Alemania consciente, fortaleza y esperanza de la Arianidad renacida," pensé.

Anduve adelante cuesta arriba, visité más ruinas: casas de diferentes colaboradores cercanos de Adolf Hitler, hechas volar a pedazos por Orden... ¿de los americanos?... ¿o del Gobierno S.P.D. de Baviera? La luna ahora brilló en el cielo puro. Bajo su luz lívida, las ruinas tomaron un aspecto fantasmal. Altísimo encima de ellas y encima de todo el paisaje (y todavía cubierto de la nieve) se paraba en la distancia el peñasco en lo alto del cual está construido el famoso "nido de águila" - otro de los apreciados domicilios del Führer. Este no fue destruido (me habían dicho) pero hoy es... una cafetería, y salón de té.

Unos pasos lejos de las ruinas del Berghof, la casa en la cual los funcionarios de la Gestapo fueron alojados antes había también, sido transformada en una casa de huéspedes y un salón de té. Entré, más para la emoción de sentirme yo misma sentada allí donde los defensores importantes de nuestro Nueva Orden - tan intransigentemente dedicados a ello como yo misma - se habían sentado una vez, que por una taza de café caliente. Experimenté aquella emoción, aquel mismo sentimiento de reverencia conectada con la tristeza que siempre-se-repite (la amargura del fracaso; la tristeza por no haber venido antes) que es la tónica de toda esta peregrinación mía. Y me sentí aún más triste, cuando la mujer que me sirvió me dijo que, "considerando la nieve," que todavía está, más de un metro de honda, sobre el camino, mi caminata al Nido de Águila al día siguiente era "fuera de lugar" - ausgeschlossen. Yo no tenía el dinero para permanecer varios días más en Berchtesgaden, esperando a la nieve derretirse. Entonces tuve que decidir ver el Nido de Águila en otra ocasión. (1)

Tarde al atardecer, en el brillante resplandor lunar, seguí el camino hacia abajo por los bosques, atrás a Berchtesgaden. Muchas veces, la tristeza que siempre se repite me agarró. Y aún, más profundo que ello y más fuerte que ello era, la convicción calmante - una vez más reforzada en mí sobre el sitio solitario del Berghof, por las palabras que yo había intercambiado con aquellos tres alemanes - que el Nacionalsocialismo, al final, se impondrá sobre el mundo ario.

Temprano en la mañana siguiente sali de Berchtesgaden a Königssee, donde pasé el día entero, sola cerca del lago.

El camino es hermoso - corriendo cinco kilómetros por una pista montañosa de tierra cubierta de prados verdes esmeralda y bosques oscuros, con, aquí y allá, una casa de aspecto pintoresca - casa de huéspedes o granja - y unos árboles frutales, cada uno de los cuales era ahora (el veintidós de abril) una masa de flores rosadas o blancas.

(1) Lo vi el 5 de junio de 1954, en mi segunda visita a Obersalzberg.

Muchos coches rodaron pasandome. Noté sólo uno: un coche que se dirigía a velocidad plena en dirección de Königssee y llevando en inglés las palabras odiadas: la Policía Militar - recordándome (¡como si yo no lo supiera!) que Alemania todavía es ocupada por los vencedores de 1945; todavía ahora, en 1953, ocho años después del desastre. ¿"hasta cuándo? ¿Ah, hasta cuándo?" pensé. Yo sabía la excusa embotada, repetidamente puesta adelante: si los Aliados Occidentales, no estaban aquí, entonces los rusos estarían. Los Aliados Occidentales usan el Parlamento Federal alemán - el Bundestag, - para ratificar sus acuerdos con el Gobierno de Bonn acerca de la utópica "Comunidad Europea" (basada sobre intereses de comercio en gran escala) y el Ejército "Europeo" supuesto a defenderla (y a ellos). Entonces, una vez que aquellos acuerdos sean ratificados, las fuerzas Aliadas (de que yo acababa de ver y oír un instrumento ruidoso y rápido en acción) ya no serán "ocupantes", sino "amigos"; amigos en la lucha común "por la defensa de la civilización occidental " contra el enemigo común: el Comunismo. Pero yo todavía dejaba de entender que hay a alguien de nosotros para elegir entre Comunismo y Democracia capitalista. Y odié los "valores" de la civilización occidental - aquellos valores Judeo cristianos, contra los cuales yo había luchado tan amargamente, toda mi vida, por desarraigar - tan ferozmente como alguna vez. En nombre de aquellos "valores poco naturales " que negamos, que detestamos, el Comunismo y Democracia capitalista fundidos habían movido la furia de un mundo entero contra la Alemania Nacionalsocialista; en la defensa de aquellos "valores" ellos habían emprendido la guerra contra nuestro Führer, contra nuestro régimen, contra nuestra fe sana, pagana, y habían organizado el demasiado famoso, enfermante proceso por 'crímenes de guerra' después de nuestra derrota, y nos habían marcado como "monstruos," "asesinos" etc. ¿Por qué demonios deberíamos, ahora, hacernos los aliados de la Democracia contra el Comunismo más bien que aquellos del Comunismo contra la Democracia? pensé, por la millonésima vez. La verdad es que la Democracia carece del fanatismo en el cual radica la fuerza de todas las ideas conquistadoras, y yo había escrito que, en vista de que ellos son más estúpidos, sus devotos son más fáciles para engañar que sus ex-aliados del Este.

"¿Pero y si, después de aplastar a sus ex-aliados y rivales actuales, con ayuda de Alemania, los Demócratas logran imponer su control invisible - su control Judío - y su odiado estilo de vida permanentemente sobre Alemania?" ahora me pregunté... Y la mera idea de tal posibilidad me hizo estremecer de cabeza a los pies. Olvidé de mirar el paisaje sonriente y anduve mecánicamente, envuelta en mis pensamientos amargos; añorando para la Tercera Guerra Mundial cualquiera cosa sea lo que esta podría costar - aun si mis camaradas más queridos y yo deberíamos fallecer en sus llamas" en tanto sea la mejor oportunidad de Alemania para liberarse de la presión tanto de los credos internacionales, centrados en el hombre, como elevarse y triunfar y gobernar una vez más, bajo la bandera de la sagrada Esvástica.

Anduve por allí, con este ansia intensa, dirigida a un punto que ha llenado cada minuto de mi vida, todos estos años.

Inmediatamente antes de que uno alcance al lago, hay, a la izquierda (había, al menos, en 1953) una plaza desprovista de vías de terreno militar americano y, delante de ello, a la derecha de uno, un puesto protegido por un centinela. Vi, estando de pie allí, el primer americano en uniforme que me encontraba encontrar en Alemania después de tres años de ausencia: un hombre muy joven, rubio, que pareció sumamente aburrido. Eché un vistazo a él con un desprecio sin disfraz y fui por mi camino. Anduve por delante de una cafetería al aire libre, también a mi derecha. De algún sitio detrás de los árboles, a la sombra de los cuales fueron dispuestas muchas mesas de jardín puestas con esmero,

vino un ruido horrible machacando, chillando, chirriando, aullando y agitando, aquel que el hombre "comun" de EEUU. llama "música" - jazz. Este creció - cada vez más horrible - más y más fuerte cuando me acerqué al lago. Cuando realmente lo alcancé, se hizo insoportable.

He sido torturada por todas las clases de ruidos: por timbales que duran toda la noche y conciertos de castañuela en cada parte de India, incluso los distritos de colina semi salvajes, y por aparatos inalámbricos de mis vecinos en Europa así como en Asia. Pero este era algo peor que todos los otros ruidos juntados en uno. Lo que salió de los aparatos inalámbricos de mis vecinos era a veces musical. Y la ensordecedora gresca rítmica y redoble de tambor de las tribus de colina de Assam o de los Kohls de Bihar expresaron al menos algo: el alma colectiva de una gente totalmente inferior, sin duda, pero un alma viva; algo natural; algo verdadero. Mientras este - si algo - expresaba una derivación al aburrimiento de parte de descendientes corrompidos de emigrantes europeos una vez sanos, constantemente y rápidamente hundiéndose al nivel de monos - pese a, mas aun, con la ayuda de - cada clase de técnica ultramoderna. Aquellos que uno suele llamar "salvajes" siempre eran gente inferior, o (si los eruditos que los consideran no como primitivos, sino, al contrario, como productos del decaimiento de mejores razas, tienen razón) ellos se hundieran a su estado actual despacio, gradualmente, a lo largo de los siglos de la degeneración apenas sensible. Ellos, al menos, estaban en su lugar, y no habían inventado la "des-Nazificación." Estas criaturas - ocupantes de Alemania desafortunada - se estiraban en la luz del sol por la frontera de este lago de montaña irreal, o bebían Coca-Cola ante la cafetería lujosa que pareció ser su centro de reunión, fuera gente en parte, si no completamente, de mi propia raza; algunos de ellos, - quizás - descendientes de emigrantes Germánicos sin adición de sangre europea del Sur: arios mas puros que yo, en sentido estricto. Y ellos estaban aquí "para mantener a los rusos lejos," sin duda, pero también impedir (mientras ellos podrían) al Nacionalsocialismo elevarse otra vez en Alemania. ¡Los arios corrompidos, y los arios puros en el servicio de los enemigos de su raza, intentando su mejor esfuerzo para combatir el aburrimiento con Coca-Cola y jazz, en esta tierra que ellos han estado oprimiendo y profanando durante ocho años! ¡Definitivamente, preferí a los Kohls!

Así eran mis pensamientos cuando miré fijamente en las colinas arboladas escarpadas detrás de las cuales se elevaron colinas adicionales, y finalmente, picos nevados brillantes; en el cielo azul; y en el reflejo reluciente de toda esa belleza en las aguas lisas del lago - Königssee: el Lago Real, - que nuestro Führer ha amado. El ruido americano me impresionó como una profanación tanto de la Naturaleza y de Alemania; pareció a mí como una reyerta obscena de borrachos que rompen la paz de una catedral. Y el pensamiento de que yo no podría hacer nada para detenerlo devolvió en mi corazón la conciencia aguda de la derrota, tan amarga, que era físicamente dolorosa a mí. Anduve tan rápido como podría a lo largo del camino que corrió paralelo a la frontera del lago, lejos del ruido vulgar, lejos de los Yanquis tontos - lejos, lejos, en dirección de los bosques. Una serie de cobertizos, bajo los cuales los barcos estaban siendo construidos o reparados, escondió de mí, un rato, la vista del paisaje encantador. Un anciano estaba de pie ante uno de ellos, quizás esperando a alguien. Yo no podía menos que hablarle.

¡"Que ruido horrible!" dije yo. ¿"es cada día lo mismo?"

"Sí; cada día, o prácticamente así," contestó él. ¡"esos son los 'Amis' - una plaga en ellos!"
¡"Me alegra de ver que no le gustan tan poco como a mí!"

¿"A quien le gustan las malditas fuerzas de Ocupación, sean ellos americanos, ingleses, franceses o rusos? ¿Quién los quiere? ¡Daremos la bienvenida a cualquier cosa - cualquier nuevo evento - que los obligará a dejar esta tierra, el maldito lote de ellos! Ya que ellos nunca se irán de su propia cuenta; ellos pasan un tiempo demasiado bueno, aquí, a cuenta nuestra."

"Deseo que un día venga cuando ellos encuentren todas las cosas tan cambiadas que van anhelar irse, pero no serán capaces... ¡Deseo ni uno de ellos saldrá de Alemania vivo!"
"Y podría bien ser así... De todos modos, puedo decirle una cosa: usted no es la única persona en desearlo..."

"Menos de cientos yardas de nosotros, los 'Amis' perseveraron en su esfuerzo por combatir el

aburrimiento, inconscientes de nuestra conversación; inconscientes del resentimiento de la gran Nación que ellos tratan en vano de convertir a su concepción idiota de la vida; - inconscientes de su destino inminente.

Saludé al anciano y anduve a través, - cuesta arriba. A mi derecha un camino conducía a una cafetería atractiva que supervisa el lago. Seguí aquel camino, alcancé una terraza desde la cual la vista era magnífica, me senté en una de las mesas de jardín allí, y me relajé - hasta cierto punto. El ruido de jazz, aunque uno todavía pudiera oírlo claramente, no era tan fuerte; ya no era insoportable.

* * *

Me relajé - o intenté hacerlo, - un rato. Dejé a mis ojos descansar sobre la belleza del lago. Pero aunque esto ya no fuera un tormento físico neto, el ruido del jazz siguió recordándome de las fuerzas de Ocupación en general y, en este caso, más especialmente de los americanos, en Alemania. Y yo no podía pensar en algo más.

"EEUU., el asesino de naciones," reflexioné yo, con mi codo en la mesa, mi barbilla en la mano, mis ojos mirando hacia el lago sin realmente verlo, y el café, que me había sido traído un cuarto de hora antes, quedándose frío; "EEUU. el asesino de naciones, que no es una nación, sino simplemente una federación de intereses...

Supongo que es la razón de por qué lo detesté tan ferozmente, incluso antes de la guerra..." Recordé a una mujer griega que había venido una vez de América a mi ciudad natal en Francia, para la boda de su hermano, trayendo con ella a su joven hijo Yanaki, de diez años más o menos. Yo había preguntado al pequeño muchacho lo que él era, y él había contestado resueltamente: "¡Un americano!"

¿"Pero cómo puede ser? Tanto su padre y madre son griegos, así como sus abuelos, tíos y tías."

"Eso no hace ninguna diferencia," había contestado el muchacho. "nací en U.S.A. Soy un americano. Quiero ser uno. ¿Qué le importa esto? ¿No soy libre de ser lo que me gusta?"

"No, Yanaki; uno no es libre de ser lo que a uno guste. Usted puede amar y servir a EEUU. si esto le complace. Pero usted no puede ser un americano. Además, no hay ninguna tal cosa como una gente americana: sólo hay gente diferente de nuestro continente cuyos padres fueron y se instalaron en América. Cada uno pertenece a su propia patria, - cuando él es bastante afortunado para tener una, como usted, cuya familia entera es griega..."

"Usted se parece a mi abuelita: siempre quiere discutir," había dicho el chaval. "Sólo que con ella, es Dios; con usted, Grecia. Y llámeme Johnny, no Yanaki. ¡Le digo que soy un americano!"

Aquella conversación entre un niño y yo, casi treinta años antes, ahora volvió a mi mente. Sí, esto - el hecho que casi cada europeo que nace allí olvida su sangre y la tierra de su sangre," era lo que me había puesto, desde el principio, tan violentamente contra "America." Eso, y también la descripción del matadero en Chicago en un libro de un famoso francés (1). El anterior me había llenado de indignación, éste último con la repugnancia. Y luego, - años más tarde " vino la guerra, y Roosevelt, aquel espécimen deficiente de la humanidad, celoso del mundo sano que creábamos; Roosevelt, a quien su envidia mórbida, conectada con el poder eficaz, había convertido en criminal positivo - y la intervención de America: el logro de Roosevelt, sin la cual Alemania Nacionalsocialista habría ganado la guerra.

(1) Scènes de la vie future, por Georges Duhamel, traducido al inglés bajo el título: América: la Amenaza.

Pero era sólo porque los alemanes e italianos nacidos en EEUU. se consideraron como "Americanos," que la política de Roosevelt había sido concebible. La raíz del mal - el hecho que selló a EEUU. como una fuerza de desintegración - está allí, en la respuesta a mi del niño griego; en la respuesta que millones de niños - y gente adulta - los descendientes de los europeos de sangre pura de todas las naciones, me habrían dado, si hubiese recordado a ellos de la hermandad sagrada de la sangre: "soy un americano. Quiero ser uno."

Y pensé en aquel "Americano siniestro," el descendiente de emigrantes alemanes, Eisenhower, "Cruzado a Europa," quien quemó a la gente alemana viva en corrientes de fósforo ardiendo, a fin de aplastar el Nacionalsocialismo, la expresión mas pura del alma Germánica. ¿"y cuántos descendientes de emigrantes alemanes, y cuántos hombres de sangre nórdica podía encontrarse entre los 'Americanos' responsables del Juicio de Nuremberg y otras burlas vergonzosas de la justicia de la misma clase?" reflexioné yo.

Tomé un sorbo del café - completamente frío, ya, - y seguí pensando.

¿Qué había allí detrás de todo esto? ¿Que hizo a los pequeños Yanakis y millones de otros - jóvenes griegos, jóvenes italianos, jóvenes Ingleses; jóvenes alemanes como Dwight Eisenhower (o su padre o abuelo) que habían sido una vez, - querer ser "Americanos"?

Había, primero, la influencia de la escuela americana, diciéndoles cuan "grande" EEUU es. La mayor parte de personas creen lo que les dicen. Aquellos que, ya en su infancia, cuestionan los mismos principios que les piden aceptar como la base de toda la verdad, son raros. Y luego vino las facilidades materiales que los EEUU ofrecen a muchachos inteligentes y muchachas que desean "progresar en la vida." Se requiere no sólo un espíritu aventurero sino también un desprecio enorme para el país en el cual se nace, rechazar deliberadamente todas tales facilidades, prefiriendo la perspectiva de una lucha material cotidiana amarga - inseguridad de toda la vida - a una "situación" como un ciudadano de aquel país. ¡No lo sabré! - ¡yo que había rechazado la ciudadanía francesa! Y como podría el niño nacido en EEUU. sentir tal desprecio, cuando él ha creído en lo que le han enseñado en la escuela ¿y cuando, como este es el hecho, en la mayor parte de casos, él no posee una suficientemente definida escala de valores propia para ser choqueado hasta tal punto por las cosas que él ve y oye, que él prefiera someterse a cualquier cosa que ser "un americano"?

Pensé en mi propia infancia en Francia. ¿Qué realmente me había puesto contra Francia? El conocimiento, más bien que la vista real, de hipocresía, injusticia y crueldad a una escala internacional, y el contacto directo con inconsistencia y falta de profundidad, y con aquel hábito francés detestable de hacer diversión de todo; aquella carencia completa de fanatismo, tan desdeñable, y tan aburrida, a un idealista nacido y un luchador nato. ¿Pero cuántos niños extranjeros nacidos en Francia, a mi conocimiento, habían esperado hasta que ellos llegaran a los veintiún años para proclamar, en un gesto espectacular, su rechazo a la nacionalidad francesa y a todas las ventajas materiales ligadas a ello? ¿Cuántos adolescentes, - sin mencionar niños, - habían estado en rebelión durable contra la hipocresía de la propaganda de guerra infligida sobre nosotros en las escuelas francesas, durante la Primera Guerra Mundial (del cuento que los alemanes eran "monstruos" por haber marchado por Bélgica indefensa, mientras los franceses, que aterrizaron en Grecia indefensa un año más tarde, no lo eran...)? ¿Cuántos habían estado disgustados en las noticias del largo bloqueo de Grecia por los Aliados, en 1917? ¿O de las atrocidades francesas en el Ruhr, después de la guerra? Yo había sido una niña muy peculiar, en cuyo corazón tales cosas habían tenido un eco enorme. Tales cosas, y otros horrores también: los casos del modo que el hombre trata a animales mudos (recordé que lo poco que yo sabía entonces de mataderos y cámaras de vivisección había sido la gran pesadilla de mi infancia, y mi agravio más viejo contra la "civilización," para la que se supuso que Francia luchaba). Una onda sonora nueva y más fuerte rodó sobre las aguas sonrientes y me trajo el golpeteo y chillidos del jazz - el alma Africanizada de EEUU. Y recordé las palabras del hijo de los emigrantes griegos: "Quiero ser un americano. ¿No soy libre de elegir?"

"Libre, después de llenar su cabeza con tonterías sobre la 'grandeza de EEUU'. ¡desde la edad de seis!" pensé, amargamente. Entonces, en contraste con esto, la memoria siempre viva de mi propia rebelión contra los valores que uno había tratado de enseñarme sostener como los más altos, me llenó

de orgullo. "¡Libre para elegir!..." a mi también, me había sido dicho eso, repetidas veces, en el curso de mi educación democrática. ¡Y era, en mi educación entera, una cosa que yo había retenido - y había puesto para sacar ganancia! "Libre para elegir" - libre para decir - y hacer - lo que mi conciencia me dijo... El problema para los Demócratas, que me habían dado aquella bendita educación liberal, era que mi conciencia y la suya no tenía la misma concepción de lo correcto e incorrecto.

La conciencia "universal" de la Humanidad, de la que ellos hicieron - y todavía hacen - tal alboroto, por lo visto no existió en mí. Y mi conciencia había pesado su cristiana - su llamada "humana" - escala de valores, en vez de tragarla incondicionalmente como algo maravilloso, tal como ellos habían esperado. Esta la había pesado, y la había encontrado deficiente. Esta había considerado su moralidad centrada en el hombre emitida de la enseñanza Cristiana, y encontró su actitud al mundo animal repulsiva, su actitud a 'todos los hombres', tonta, y sintió para ello solamente desprecio, y para la "civilización corrompida" descansando sobre ello, solamente odio. Mi conciencia había descubierto que yo no tenía ningunos mejores motivos para ser leal a Francia que tuve para apoyar el cristianismo. Y yo había decidido ser leal a mi sangre aria: una cosa pura, una cosa verdadera en mí, a pesar de aquella mezcla de nacionalidades que represento. Y yo había elegido a la escala de valores centrada en la vida, cósmica, pagana de Adolf Hitler incluso antes de que yo supiera de su existencia. Yo había usado esta "libertad individual," ese "derecho para elegir" que los Demócratas tan en voz alta proclaman; usado esto para identificarme con el Nacionalsocialismo en toda su agresividad intransigente, en toda su violencia sana, orgullo y alegría juvenil, y dejar al descubierto, en su nombre, la falsa idea de una "conciencia universal" y la mentira permanente de la "libertad individual."

"Libre para elegir cualquier cosa - hasta la lealtad nacional de uno"... ¡(Y cuántas veces no han ellos repetido eso, hasta este día! Ellos han matado a todos nuestros mártires por no haber traicionado Alemania en nombre de aquella "conciencia universal" no existente, supuesta a estar presente en "todos los hombres"). ¡Bien y bueno! Así como muchos eligen a EEUU, la Tierra del dólar, en cual una "progresar en la vida," así había yo finalmente elegido Alemania, la Nación que dio todo en la defensa de los derechos de la sangre aria. Los franceses me habían enseñado: "Tout homme a deux patries: la sienne, et puis la France" (cada hombre tiene dos patrias: su propia, y Francia). Pero yo era libre de no creerles. Yo era libre de resolver mis propias conclusiones, de acuerdo con mi "razón y conciencia." y mi "razón y conciencia" me había dicho, cada vez más claramente, que "cada ario tiene dos patrias: su propia, y Alemania Nacionalsocialista." Cada persona va aquello que él o ella realmente ama, realmente quiere. Más que "progresar en la vida" - o adquirir un profesorado en Francia, - yo había querido sentirme en unidad perfecta con Algo verdadero y grande, y eterno; Algo que yo podría admirar sin reservas, y luchar por ello, sin la esperanza más leve de una ganancia personal - por el amor a ello solamente.

Una lástima, seguramente, que yo no podía ir todavía y decir esto, en la radio, a todos los Demócratas del mundo; ¡frotarlo en sus cabezas hasta que ellos se volvieran enfermos de oírme! Una lástima que yo no podía juntar a aquellos defensores astutos de los derechos de "conciencia" que organizaron la siniestra farsa de Nuremberg, y poner ante ellos la pregunta - el rompecabezas: "¿Qué dicen sus Señorías cuando ellos se encuentran con una excepción a la regla embotada de "conciencia universal" - como yo; alguien que se siente "Libre de elegir," y que elige el Nazismo; alguien que tiene una conciencia de ella propia, que no es universal; y que le dice, tan claramente como llano puede ser, que "lo correcto no es nada más sino la voluntad del Führer: esto que él pide; esto que los otros piden en su nombre; esto que está de acuerdo con su espíritu"?

* * *

El Sol no estaba inusualmente caliente. Y la gente almorzaba en las mesas vecinas. Se hacía tarde. Yo había bebido mucho tiempo mi café, y habría dado la bienvenida a algo para comer: - una patata hervida y un plato de ensalada de lechuga; o una rebanada de tarta de manzana, o ambos. Pero yo tenía un camino largo más para ir, y me quedaría sin fondos si no tuviera mucho cuidado. Desde el día que había pasado en Braunau yo había estado viviendo en pan seco y café y no estaba nada peor por ello. Entonces decidí seguir.

Los americanos habían por último cesado la producción de su ruido insano. "Los monos están tranquilos; el tiempo de alimentarse, por lo visto," pensé, con la hostilidad implacable hacia ellos y

hacia la Ocupación en conjunto. En aquel momento, un anciano vino adelante, llevando una máquina fotográfica. Él se paró en cada mesa donde la gente comía, dijo unas palabras - pidiendo a cada uno si podría tomar una foto de él o ella - y se marchó, cuando nadie pareció interesado. Él vino hacia mí, me hizo la misma pregunta con suma cortesía y dignidad, sin insistir lo más mínimo. Él tenía una cara simpática con rasgos regulares, enérgicos; racialmente irreprochable. Me pregunté cuales eran sus convicciones, sintiendo inclinada a creer que, con tal cara, le costó ser todo menos un admirador, cuando no un seguidor activo, de nuestra Weltanschauung. Pero yo no tenía ningún tiempo para comenzar a imaginar y suponer: tuve que decidirme en unos segundos si yo quería que me hiciera una foto o no. "Dos marcos por tres fotos," dijo el hombre; él me las reenviaría dondequiera que yo complaciera...

"Dos marcos..." Eso significaba tres tazas de café con tres panecillos - tres comidas, para mí. Y no quise las fotos... Pero nadie había dicho "sí" al viejo fotógrafo. Él dejaría el lugar sin haber ganado algo, si yo también me negaba. Y era tan agradable oír su voz, después de aquel ruido de jazz - alemán honesto, después del ruido Negroide. ¿Y quién sabía por qué cosas él había pasado, para ser obligado a ganarse su vida de aquella manera insegura, a su edad? - ¡pobre anciano, querido! Tomé dos marcos de mi monedero, y le pedí fotografiarme. Sería, de todos modos, una conmemoración tangible del lago que nuestro Führer amó.

Cuando había terminado, hablamos. Resultó que el hombre era, en efecto, perfectamente "afin" - tanto en nuestro lado como alguien puede ser. Él me llevó a su casa, a unos pasos lejos de la terraza; me presentó a su familia; me ofreció una segunda taza de café con un panecillo, que de buena gana comí. Y pasamos aproximadamente una hora elogiando al Führer y los grandes Días; deplorando el desastre y todas sus consecuencias; diciendo el uno al otro los motivos que tuvimos para creer en la invencibilidad del espíritu Nacionalsocialista y en la resurrección de Alemania.

* * *

Pasé el resto de la tarde vagando en los bosques alrededor del lago, en la luz del sol caliente, en la fragancia de pinos; en la contemplación de las aguas brillantes, de las colinas circundantes y del cielo azul, y de la visión interior de él, cuyo pensamiento constantemente llenaba mi conciencia. Todo era silencioso, excepto los ruidos habituales de la vida en los bosques: crujido de hojas, voces de pájaros, tarareos de insectos - ruidos que nunca me molestan, pero, al contrario, me calman en la meditación. De vez en cuando, también, podría ser oído el motor de un barco de recreo que corta su camino sobre la superficie del agua luminosa.

La perspectiva del lago, estirado en la longitud entre las colinas escarpadas (con el reflejo de ella al revés dentro de él) era magnífico. Pensé en él - nuestro Líder - quién amó la Naturaleza tan reverentemente, viniendo a relajarse en este domicilio de paz radiante. Y la pregunta se elevó en mi corazón, como esta había tantas veces ya: ¿si él está vivo, en cual paisaje descansan ahora sus ojos? ¿Dónde puede él estar? ¿podría yo alguna vez verle? Otra vez envidié a todos aquellos que se habían sentado una vez con él ante esta visión de la belleza. Y otra vez me puse la pregunta práctica: ¿"Qué puedo hacer, ahora, para él y para Alemania, aparte de escribir libros?"

"Continúe pensando de día y noche en la venganza y resurrección, como usted ha hecho estos ocho años pasados contestó mi íntimo Yo. "el pensamiento es también algo verdadero, algo positivo, en el reino del Invisible. Y el reino del Invisible gobierna este mundo visible."

Yo me sentaba sola al pie de un pino, bastante cerca del borde del lago. Durante mucho tiempo, miré la ondulación en la superficie del agua. Entonces, lancé un guijarro en el lago, y seguí la transmisión del movimiento que este había agitado, en círculos concéntricos más amplios y más amplios, sin parar... Se dice que la vibración que se extiende no se detiene en los límites del agua que la ha transmitido, sino que se prolonga, indefinidamente, en todas partes de la tierra.

"Y así son también - probablemente - las ondas magnéticas que el poder del pensamiento pone en movimiento en el reino del Invisible," reflexioné yo. "Nada puede contenerlas. ¿Y quién puede decir qué cantidad de energía ellas representan cuando son despiadadamente producidas día a día, hora tras hora, durante años y años, sea ello por un individuo solo, impotente como yo? Completamente

fuera del torpe control individual, pero fiel al Objetivo impersonal de la voluntad incansable que los envió adelante - la voluntad individual, sin duda, pero también la voluntad colectiva detrás de ello - sin cesar ellos van, por espacio ilimitado, preparando, tal vez al otro confín de la tierra, lo que causará, tarde o temprano, la materialización de un Objetivo; haciendo al individuo solo, impotente, torpe, pero consciente y sincero, personalmente responsable de esta materialización y de cada acontecimiento que conduce a ella..."

Me sentí elevada en este sentimiento glorioso de la responsabilidad. No era la primera vez que esta idea había entrado en mi cabeza. A través de toda mi vida, justo cuando niña, yo me había sentido personalmente responsable - y hubiera deseado ser - personalmente responsable no sólo para todo lo que yo había (con o sin el éxito) tratado de hacer, sino también para todo lo que yo había querido; sea ello para acontecimientos que estaban, como tales, completamente fuera de mi alcance. Y yo había proclamado, más tarde, tan fuerte como podía que me sentí moralmente responsable de algo que había sido, que era, o que sería hecho un día para el triunfo del Nacionalsocialismo; en particular, para cualquier cosa que fue hecho en nombre del Tercer Reich. Pero rara vez había yo sido tan intensamente, tan palpablemente consciente de la verdad de esta declaración, como yo ahora era. Ahora, miré los círculos concéntricos sobre la superficie brillante del lago, elevándose y hundiendo a distancias calculables el uno del otro, adelante y más lejos del centro común donde mi guijarro había desaparecido en la profundidad. Y yo sabía que ondas similares de poder magnético invisible me unieron - y a cada uno de nosotros, que encarna nuestra voluntad colectiva dirigida a un punto - a cada desarrollo presente y futuro que contribuye, directamente o indirectamente, al triunfo de nuestra verdad. Las olas de la indignación ardiente que yo había enviado siete años antes, durante el triste Juicio de Nuremberg, contra los cuatro Aliados, estaban ahora en Egipto, en Kenia, en Persia, en Corea, en Indochina, por todo el mundo, trabajando para causar der Tag der Rache - el Día de la Venganza - la perdición de nuestros perseguidores.

No hay nada más dulce que sentirse personalmente responsable de la destrucción de aquellos que odian todo lo que uno ama; nada más regocijante que el conocimiento: "yo, los aplastaré - y vengaré a mis camaradas torturados; impotente, insignificante como puedo parecer, ¡contribuiré al menos a tal efecto por el trabajo incontrolable del pensamiento con paciencia concentrado y conscientemente dirigido! ¡Yo, - o mejor dicho nosotros - solos contra el poder de las armas, contra el poder del dinero, contra el poder de las mentiras! Nosotros... o mejor dicho Él - el Señor de las Fuerzas invisibles, en armonía con Cuya voluntad divina pensamos y actuamos y vivimos, ya preparándonos en el reino del Invisible para nuestra segunda Toma del poder en el plano visible..." Ah, sentir esto; ¡saber esto!

Nuestros opositores, Demócratas y Comunistas, también pueden producir, por supuesto, ondas del pensamiento. Pero los Demócratas al menos no son, en este sentido, ningún rival para nosotros, reflexioné yo. Ellos beben Coca-Cola, y bailan al sonido de orquestas de jazz, y tienen amores, y se preocupan sobre sus "problemas psicológicos," mientras enviamos, despiadadamente, en el eter impalpable, las corrientes magnéticas irresistibles que constantemente minan la estructura entera de su mundo tonto, abriendo el camino para los futuros Batallones Pardos.

Y me senté, con mi espina erguida, sobre la tierra musgosa, miré fijamente durante mucho tiempo en los picos blancos deslumbrantes que dominaron el paisaje al otro extremo del lago, y luego cerré mis ojos, aislándome de todas las cosas visibles. E inhalando y exhalando el aire fragante de los bosques, fijé mi mente en la visión interior del Baile Cósmico detrás del cual se sostienen las leyes eternas del ser - nuestra esperanza; nuestra victoria, independientemente de lo que pueda pasar. E imaginé la Figura gloriosa por la cual India ha expresado la idea de aquel Juego de fuerzas sin final: Shiva, el Señor del Baile, el Señor de Vida y Muerte, sereno, y despiadado, rodeado de llamas - el Carácter divino supremo, no humano, inmanente Que adoramos, sin saberlo, nosotros, los arios paganos del Occidente.

Y detrás de Él, llenando la inmensidad del Espacio ilimitado, imaginé - vi, con el ojo interior, - la Rueda resplandeciente del Sol; nuestro Signo, más viejo que el mundo; nuestra eterna Esvástica.

Y estuve llena de la alegría extasiada en el sentimiento de que somos eternos, y que nada puede destruirnos.

Era tarde cuando volví a Berchtesgaden.

CAPÍTULO IV MUNICH

El 23 de abril de 1953, sentada en una esquina del vagón, por la ventana abierta, respiré el aire a primera hora de la mañana con placer y admiré el paisaje, rechazando deliberadamente pensar en la molestia que yo debería afrontar quizás en Freilassing. Aquella molestia consistió en tener que esperar una hora y media el siguiente tren a Munich, en el caso que yo no pudiera recoger mi pesada maleta en la guardarrofia dentro del plazo los ocho escasos minutos que este "tren directo," en que yo viajaba, debía pararse en la estación de combinación. ¿"Por qué dejé la maleta allí, para evitar el problema de arrastrarla conmigo a Berchtesgaden?" me pregunté.

Pero molestar mi cabeza de antemano no solucionaría la dificultad próxima. Entonces dejé de lado el pensamiento. Yo había rodado a lo largo de esta misma pista tres días antes, en mi camino a Berchtesgaden, pero a las 22:00h, más o menos. Entonces esta era la primera vez que yo veía el paisaje. Y era demasiado hermoso como para perder una sola vislumbre de ello: bosques, y aun más bosques; entonces, de repente, una extensión de agua reluciente llena del reflejo al revés de los árboles contiguos, brillantes, amarillentos-verdes en la luz del sol, y de cuevas oscuras escarpadas, en lo alto de las cuales surgía, de vez en cuando, una proyección impresionante de roca; y, siempre, siempre, - encima de todo eso, lejos - el contorno resplandeciente de sierras nevadas contra el cielo puro: los mismos Alpes bávaros, de los cuales yo había estado admirando el esplendor a partir del momento que yo había abierto mis ojos en Berchtesgaden; los mismos, pero vistos de una cada vez mayor distancia.

Freilassing - una vuelta abrupta a la realidad práctica. Esta vez, dejé de lado cada pensamiento salvo el de mi maleta. ¡Ocho minutos de tiempo solamente! Tuve que darme prisa si yo deseaba agarrar el mismo tren. Yo había explicado mi problema a un hombre joven alto, hermoso, comprensivo que me había ayudado a bajar del tren con el equipaje que yo tenía conmigo: una maleta más pequeña y una bolsa de viaje, que no podía dejar en el vagón, pues yo no estaba para nada segura de que el tendría tiempo para volver. El hombre joven me acompañó a la guardarrofia, llevando la mitad de mis cosas - permitiéndome así andar más rápido.

El tren había parado en la plataforma 3 - tan lejos como es posible de la guardarrofia. ¡"Debería!" pensé de un salto, interiormente reconociendo mi mala suerte. Esto significa que yo debía tomar el paso subterráneo - bajar un tramo de escaleras y luego el otro; y luego, abajo otra vez y una vez más con mi maleta que pesa treinta kilos. ¡Y ningún maletero por ninguna parte! Estaba claro que yo perdería este tren y tendría para esperar una hora y media. Aun así... ¿Qué podría ser hecho?

Alcanzamos la guardarrofia. Saqué mi recibo, pagué, tomé mi maleta. Pero no podía llevarla yo misma y estar de vuelta a mi tren a tiempo. El hombre joven la tomó en una mano; llevó mi bolsa de viaje en la otra: ¡"Sígame tan rápido como usted pueda!" gritó él, cuando él anduvo abajo los peldaños, atrás en el paso subterráneo por el cual habíamos venido. "Usted tiene tres minutos más; ¡todavía hay tiempo!"

Troté a lo largo tan rápido como yo pude en su lado. Alcanzamos el tren dentro de un minuto. El hombre joven empujó mis cosas dentro, me ayudó a levantar mi maleta pesada y colocarla en la red encima de mi asiento. ¡"Le agradezco realmente!" grité yo, abrumada en la idea de todo el problema que él había tomado por mí. "Era muy amable de usted. ¡Le agradezco realmente!" Pero no era sólo que el hombre me había ahorrado la molestia de esperar el siguiente tren. Lo que realmente me tocó en él era su voluntad espontánea para ayudarme. Él era aproximadamente de treinta. "Veintidós en el momento de la Capitulación," pensé; "entonces, en 1933." Que significó que él había sido criado en nuestros principios. Yo estaba prácticamente segura que él era uno de nosotros. (Yo había encontrado sólo a un alemán de aquella generación, que no lo era.) Pero él no me conocía. Él no me había hablado en el tren. Él no podía adivinar quién yo era. Y aún así... Me sentí segura que allí existió en él alguna certidumbre subconsciente acerca de mí. Su yo sutil sabía quién yo era, si su yo consciente no lo hiciera. Y él probablemente expresó la certidumbre de su yo sutil encontrándose extremadamente "simpática" (o algo de la clase) sin saber por qué.

En mis ojos, él era Alemania - la gente de Adolf Hitler - respondiendo a mi amor. Y al grado que esto era posible, yo no podía menos que decirle así.

"Sabía acaso usted," dije yo, inclinándome de la ventana mientras él estuvo de pie en la plataforma; "¿que nunca me han mostrado tal atención amistosa - tal afecto, puedo decir: la palabra no es demasiado fuerte - de parte de ninguna gente, como he tenido aquí en Alemania? Parece como si ellos sienten cuánto los amo y admiro. Y usted ha reforzado, una vez más, en mí aquella impresión." "sí," contestó el hombre joven; "usted está en lo correcto: he sentido..."

Pero el tren había comenzado, y nunca sabré lo que él iba a decir.

* * *

Me senté, y un pensamiento solo, una expectativa inmensa llenó mi conciencia: "Realmente voy ahora a Munich, el lugar de nacimiento del Nacionalsocialismo." El mero nombre de la ciudad tenía sobre mi imaginación un efecto mágico. Dejando a mi cabeza descansar contra el respaldo del asiento, cerré mis ojos y pensé en los primeros días de la Lucha, y por la millonésima vez deploré el hecho que yo había venido a Alemania tan tarde, mientras las aspiraciones más viejas, más fuertes y más profundas de mi vida deberían haberme atraído allí directamente, incluso mucho antes de 1933. Nos acercábamos a la ciudad santa. Pronto leí en letras grandes, en el lado del ferrocarril, la indicación de la estación próxima: München. Y lágrimas se apozaron hasta mis ojos. Recordé las palabras de una de las canciones más viejas y más hermosas de los primeros días de la Lucha para el poder: la canción en honor a los dieciséis primeros Mártires del Nacionalsocialismo: "In München sind viele gefallen; In München war'n viele dabei..."

También recordé la alabanza entusiasta de Adolf Hitler a la ciudad predestinada: "Una ciudad alemana; ¡qué diferencia con Viena! "1... "Lo que me atrajo más a ella que algo más era aquella maravillosa mezcla de energía vital primitiva y de disposición artística refinada." (1)

(1) Mein Kampf, edición. 1939, p. 138 y 139.

Salí del tren, fui y dejé mi equipaje en la guardarroja, como de costumbre, y vagué un rato en la estación recién reconstruida. Recordé las estaciones de ferrocarril con paredes abiertas y ningunas azoteas que yo había visto cinco años antes por todas partes de Alemania, y fui regocijada a la vista del contraste. Y como yo no había tenido todavía tiempo para comer o beber, me senté en una mesa ante la habitación de Refresco, y pedí una taza de café y un panecillo.

Un hombre vino y se sentó frente a mí. No me gustó mucho su mirada. Él no tenía ninguno de los rasgos externos que por lo general me inducen a sentir que una persona es (o al menos podría ser) uno de nosotros. Pero me dije que él era, de todos modos, un alemán. Y yo era bastante romántica para esperar que al primer alemán que me habló en Munich le costara ser algo más excepto un simpatizante del Nacionalsocialismo cuando no un partidario fanático de ello. Pero el destino es a veces amargamente irónico.

El sujeto, que resultó ser todo menos una encarnación de lo que llamo un alemán digno, tenía opiniones muy definidas sobre los extranjeros. Y él creyó, en particular, que un extranjero - y especialmente un ciudadano de uno de aquellos países que lucharon en el lado de los Aliados durante esta guerra estúpida - es necesariamente - debe ser necesariamente - un Antinazi, y por consiguiente una persona llena de ternura hacia todas las "victimas del Nacionalsocialismo." Apenas había contestado su primera pregunta y le dije que yo había venido de Atenas y que yo era griega, él imaginó que había descubierto a alguien que no dejaría de admirarle. "usted sabe," dijo él, completamente contento consigo mismo; "He sido internado en un campo de concentración..."

Le desprecié. "Otro de aquellas confundidas 'victimas del régimen nazi,'" pensé. "y uno que, encima de

eso, tiene la insolencia de imaginar que él va a mover mi compasión. ¿Por quién me toma él?" Pero me abstuve de dejarle notar cualquier signo de mi reacción.

¿"Es ello así?" dije yo, cortésmente. ¿"y en cual campo estaba usted?"

"En Dachau. ¿Usted debe haber oído de Dachau, seguramente? "

¿"Oído de Dachau? ¡Yo debería pensar que si!"

Y yo no podía haber sido más sincera que en esta exclamación. En efecto había oído de los horrores que ocurrieron allí: de las torturas increíbles infligidas sobre hombres de las S.S. por Judíos en el uniforme americano (y por arios degenerados, peores que los Judíos) en 1945, 1946, 1947 - después de que el campo demasiado famoso había sido asumido por los defensores de la humanidad en su "cruzada a Europa."

Pero el asno estúpido tomó mi exclamación como una señal inequívoca de simpatía. "Bien, he estado allí tres años," declaró él, más contento consigo mismo que alguna vez.

Yo no podía menos que sonreír. Entonces, le puse la pregunta más inesperada: ¿"Estaba usted allí antes de 1945, o después?"

El hombre me miró como si él no pudiera entender lo que implicué. "Antes de 1945, naturalmente," dijo él.

¿"Y por qué estaba usted allí?" si esto no es demasiado indiscreto para preguntarle," proseguí yo punzantemente, con una voz helada y fría, con una sonrisa sarcástica. ¿"Fue ello, como tantos otros internados, por haber transgredido contra el Artículo 175 del Código penal alemán? O era por algo aún peor: ¿por haber trabajado contra el régimen Nacionalsocialista, por ejemplo? " ("Violación del Artículo 175 del Código Penal" era un modo eufemístico de referirse a la homosexualidad - algo ya bastante malo, especialmente en nuestros ojos.)

La "víctima del Nacionalsocialismo" se sintió demasiado repentinamente desconcertada para hablar. Pensé que él iba a levantarse y alejarse, repugnado por la brutalidad de mis preguntas. Pero él no lo hizo. Él me contestó - después de unos segundos.

¡"Oh, por nada de todo eso, y seguramente por nada relacionado con política!" gritó él. "no piense que yo era un enemigo del Partido, aunque yo nunca perteneciera a él. Yo nunca fui miembro de ningún partido... "

Ahora que él se había dado cuenta de la enormidad de su equivocación, intentaba su máximo esfuerzo para justificarse - al menos, disminuir su culpabilidad ante mis ojos - como si todavía estuviéramos en el poder, o como si él estuviera seguro que estaríamos otra vez pronto. ¡"Un buen signo!" reflexioné yo. Pero el hombre continuó su disculpa "Yo simplemente golpee la cara del alcalde, en el transcurso de una discusión, en nuestro pueblo. Debía enseñarle una lección, ya que él me había hablado arrogantemente. Pero él resultó ser un miembro del Partido mientras yo no lo era; por eso fui tan severamente castigado. "

"Bajo cualquier régimen uno es con severidad castigado, si uno asalta a representantes de las autoridades establecidas con los puños," comenté yo sin rodeos. Y me levanté.

"En otra ocasión," añadió yo, "usted no debería darse tal prisa por decir sus aventuras a la primera persona que usted encuentra, sea él (o ella) un extranjero. Ahora, por supuesto, es de poca importancia. Pero usted nunca puede saber que consecuencias esto podría tener para usted en el futuro."

Y fui por mi camino, abandonando al hombre desconcertado a sus pensamientos.

Sali de la estación y, dando vuelta a mi izquierda, - como si algún instinto me hubiera dicho que esta era la dirección en la cual debería buscar todo lo que yo había venido a ver en Munich - seguí la calle.

Munich, durante esta guerra, ha sufrido del bombardeo Aliado tanto como cualquier ciudad alemana. La estación ha sido reconstruida, es verdad eso; y así también lo han hecho muchas casas, llevando el testimonio tangible de la voluntad de los pueblos para vivir. Pero hay todavía espacios vacíos inmensos para ser vistos - como heridas abiertas - entre los edificios en pie, viejos y nuevos; localidades enteras que no han vuelto todavía a la vida. Y hay espacios arruinados sobre los cuales han sido contruidos solamente tiendas (y un cine ocasional) - ningunas casas... Pensé en los millones de alemanes desarraigados que, ocho años después del final de la guerra, todavía son embalados en campamentos de refugiados "temporales" o en alojamientos de madera no menos precarios. Más de ellos manan en cada día desde la Zona rusa, dice uno. ¡Y pensé en todo el dinero que ha sido arrancado de la pobre Alemania sangrante durante estos ocho años, y gastado - botado - para diferentes lujos inútiles a beneficio de los ocupantes detestados, o en "vergonzosas compensaciones" concedidas a Israel como un Estado, a Judíos individuales, y a los traidores de la sangre aria, esclavos voluntarios del Pueblo judío, "victimas del Nationalsocialismo!"

Recordé un letrero de panel bastante grande que yo había notado una vez contra una cierta pared en Baden-Baden - en algún sitio en aquella avenida que conduce a lo que es ahora la Gendarmería francesa -: "Oficina para Alivio a las Víctimas del Nationalsocialismo." con que placer había, durante una noche brumosa del enero de 1949, a las 2:30h, colocado uno de mis carteles en medio de aquel letrero, y luego anduve por delante del lugar tres o cuatro veces para disfrutar del efecto de desafío producido por la Esvástica negra impresionante (que ocupó un tercio de la superficie del cartel) bajo las palabras mendaces: ¡Víctimas del Nationalsocialismo!

Yo sabía quiénes eran aquellas "victimas impostores": compañeros del tipo de aquel que yo había encontrado ahora mismo en la estación, y peor. Todos los elementos criminales patentes entre las mujeres que, en 1949, formaron el bulto de los presos apolíticos en Werl, habían pasado más o menos algún tiempo en campos de concentración bajo nuestro régimen. Ahora recordé a uno de éstos que habían permanecido cuatro años en uno por haber matado a un cerdo en una manera cruel - y de un salto, comparé aquel veredicto honrado con aquel del tribunal inglés que había, en 1950 o 1951, condenado a un hombre a un mero encarcelamiento de un mes por haber lanzado a un gato vivo en un horno ardiente. Y una vez más glorifiqué nuestro Nuevo Orden. Muchas mujeres que, bajo el régimen nazi, habían sido condenadas al internamiento de toda la vida por tales delitos como aborto, complicidad en el asesinato de niños, etc., fueron puestas después en libertad por los campeones de los "derechos del hombre " y... habían comenzado otra vez. ¡Una, - una checa, que yo había encontrado en Werl, " había sido diecinueve veces condenada debido a robo y prácticas abortivas, por jueces democráticos, después de que nosotros los "monstruos" habíamos perdido todo el poder! Y lo que es verdadero de las mujeres no es menos verdadero de los hombres.

Dieron ahora a tal gente pensiones; fueron pagados por ser criminales, "víctimas del Nationalsocialismo," pensé amargamente, cuando anduve a traves, no habiendo encontrado aún, por el lado derecho de la calle al menos, un solo viejo edificio de pie, ni nueva casa residencial sola, sino sólo tiendas y aun más tiendas, muchas de ellas lujosas. ¡Y me pregunté cuántas de aquellas tiendas fueron finalmente poseídas por Judíos - Judíos que las habían hecho construir y equipado con el dinero alemán, aquí, sobre esta tierra martirizada, en el lugar de las casas alemanas que sus bombas, su guerra, su odio a la Nación aria predestinada, habían destruido!

¿Ah, hasta cuándo duraría este régimen de Mammon, - del Poder del Dinero, - qué vinimos para aplastar? ¿Hasta cuando Alemania será obligada a pagar a aquellos que son responsables de esta guerra y del desastre de 1945: los Judíos de Palestina, los Judíos de Europa, los Judíos del mundo entero, y sus amigos, - los traidores alemanes y los ocupantes extranjeros?

* * *

Anduve directamente por Marienplatz, donde me alegré de ver que al menos un lado de la plaza había sido evitado por las bombas Aliadas. Quise ver el famoso edificio Feldherrenhalle "aquel, ante el que pegaron un tiro a los Dieciséis el 9 de noviembre de 1923; y alguien me había dicho que yo debería ir primero a Marienplatz, y allí, preguntar. ¿Pero a quién preguntar? Obviamente cualquier "turista" puede desear ver el Feldherrenhalle, un edificio histórico. Aún así, me pareció como si cada persona

adivinaría inmediatamente por qué quería verlo, y me haría preguntas embarazosas. Y fui determinada a evitar preguntas, ahora, después de mi primera conversación en Munich, en la estación de ferrocarril.

Un hombre joven que, a primera vista, me impactó como comprensivo, estaba de pie ante una tienda. Le pregunté.

¿"El Feldherrenhalle? Está bastante cerca," dijo él. "venga con nosotros; vamos en aquella dirección; le mostraremos."

Cuando él había terminado su frase, otros dos jóvenes - a quien él había estado esperando por lo visto salieron de la tienda y se unieron a él. Ahora entendí el sentido de "nosotros," y seguí a los tres hombres. Seguí entonces, sin decir una palabra. No me gustaron en particular los dos recién llegados: y cuando yo hacía una mirada adicional en el, uno de ellos hasta me impactó como posiblemente judío. Me pareció extraño a mi andar hacia el Feldherrenhalle en su compañía. De un salto, recordé la Lucha temprana, el sacrificio de los dieciséis primeros testigos de la sangre, y luego, los días del triunfo, los años del poder... ¿Cuál debe haber sido la atmósfera de Munich, - la cuna de la fe Hitleriana - entonces?, pensé yo. ¿Ah, por qué no había venido yo entonces? Ahora, el hombre que yo había encontrado en la estación y este compañero, aquí, cuyos oídos (en relación a esto, un mucho más significativo rasgo que la nariz, independientemente de lo que la mayor parte de personas podrían pensar) fueron colocados demasiado altos, era la gente con quien uno vino. ¿Los demás? ¿Aquellos que habían hecho los grandes días? Muertos; o pudriéndose en Landsberg y otras prisiones; o conduciendo, tan discretamente como es posible, una vida sin eventos, cuando no desesperada, cotidiana; fiel, sin duda; tan ardientemente ligados a Adolf Hitler como alguna vez - más ardientemente que alguna vez, quizás, después de su experiencia directa de la Democracia, - pero impotentes y silenciosos. Me sentí deprimida.

Pero los tres hombres jóvenes pronto se separaron de mí. "ahora, es fácil para usted encontrar su camino," dijo aquel a quien yo había hablado primero; "siga esta calle, directamente adelante, antes de que usted venga a una plaza. Cuando usted entra en la plaza - Odeonsplatz - el edificio de su derecha es el Residenz, el edificio de su izquierda, el Feldherrenhalle. Usted no puede perderse."

En efecto yo no podría. Ya que después de que yo había andado dos o tres minutos, allí esto estaba de pie, sólo unas yardas lejos de mí, enfrentando, la plaza, con sus tres arcos (que yo había visto en fotos), su grupo de la victoria en bronce, sus dos estatuas, - una a la derecha, una a la izquierda del grupo alegórico - sus inscripciones sobre dos placas de bronce contra la pared, y sus dos leones de piedra, uno en cada lado, en lo alto del tramo de escaleras que conducen hasta las estatuas y al grupo de la victoria. Me acerqué a los peldaños, para leer los nombres de los jefes militares que las estatuas representan: el famoso Tilly, y Príncipe Karl Wrede, Fieldmarshal de Baviera. Leí las inscripciones sobre las placas de bronce "Durante la guerra victoriosa 1870-1871, 134.744 bávaros lucharon por Alemania. De éstos, 3.825 fueron muertos sobre el campo de batalla. Los generales bávaros eran Ludwig Freiherr von und zu der Tann Rathgarnhausen, y General Jakob Ritter von Hartmann"; y, al otro lado: "Durante la Guerra Mundial 1914-1918, 1.400.000 bávaros lucharon por Alemania, y 200.000 de ellos fueron muertos sobre el campo de batalla. Fieldmarshal Crownprince Rupprecht de Baviera, el Fieldmarshal General Leopold V príncipe de Baviera, y el General Oberst Fieldmarshal Conde von Bothmer estaban en el mando."

Yo era feliz de leer aquellas palabras, testimonio eterno a la lealtad de Bavaria al Reich alemán. Pero yo había venido sobre todo para estar en silencio sobre el punto donde los Dieciséis habían muerto para todo lo que el Reich alemán me significa; pensar en ellos; pensar en él, lleno de cuya fe ardiente ellos habían muerto. Quise saber donde, exactamente, la tragedia del 9 de noviembre había ocurrido.

No era tan fácil preguntar eso como había sido preguntar donde estaba el Feldherrenhalle: los viajeros extranjeros que no son nada más que turistas no están generalmente interesados en tal historia reciente. Para ellos, el "Putsch" en Munich - primer intento de nuestro Führer para agarrar el poder en 1923 - y la represión de parte del llamado Gobierno alemán del tiempo, son sólo episodios de la vida política interior de un país extranjero.

Estuve de pie ante el edificio, buscando entre los transeúntes una cara comprensiva - alguien de quien yo podría sentir que "el podría ser uno de nosotros." pronto descubrí uno. Allí hay muchos de ellos en Munich después de todo, - ahora mismo.

"Excuseme, por favor... ¿Puedo hacerle una pregunta? Espero que usted no se oponga..." comencé yo, todavía un poco sin seguridad. "He venido del extranjero, y me gustaría saber..."

El hombre, - un alto, hermoso rubio de aproximadamente treinta y cinco - se paró y me miró con curiosidad. "Por supuesto me alegro de ayudarle si puedo," dijo él muy cortésmente. ¿"Qué necesita?"

"Me gustaría saber... donde exactamente cayeron los Dieciséis, el 9 de noviembre de 1923. 'Vor der Feldherrenhalle' dice la vieja canción... ¿Estaba ello realmente allí, en medio de la plaza?"

La cara del joven hombre de repente se aclaró. Pero él no permitió inmediatamente que yo creyera que, en su mente subconsciente, él ya sabía acerca de mí. Él me miró seriamente y en vez de contestar mi pregunta, me preguntó. ¿"usted ha venido del extranjero para preguntarme esto!" gritó él, como si fuera algo apenas concebible. ¿"Puedo saber por qué usted está en absoluto interesada en el destino de los Dieciséis? Es ello sólo... ¿de un punto de vista histórico?"

"Es porque considero a ellos como los primeros mártires de mi fe," contesté simplemente. "Ellos murieron para que Alemania pueda hacerse una vez más libre y poderosa. Así, ellos murieron también para mis ideales arios, que Alemania ha encarnado desde el alba de la historia en adelante - inconscientemente o medio conscientemente, durante siglos; en conciencia plena, desde el mensaje de Adolf Hitler... He venido del extranjero para darles un homenaje; pensar en ellos en reverencia religiosa, sobre el terreno."

El joven hombre miró fijamente a mí más seriamente que alguna vez, me estiró su mano, en un gesto de camaradería, y dijo: "venga, le mostraré. Usted tiene el derecho de saber..."

Él me llevó a la vuelta de la esquina y me mostró la pared del Feldherrenhalle enfrentando el edificio Residenz. "Fue allí," dijo él, "en esta calle, ante esta pared. En los grandes días, había allí un tablero conmemorativo con una inscripción recordándonos del sacrificio de los héroes. Mire: usted puede ver la señal de ello."

Él me mostró, entre los bloques de piedra, trozos de hierro que habían sostenido una vez el tablero conmemorativo. "y como un Guardia solía mantener la vigilancia aquí, el día y la noche, ante los sarcófagos de los Dieciséis, en Adolf Hitler Platz," añadió él. Los hombres del "S.S. eran permanentemente colocados en aquel edificio, parte del Residenz, ahora siendo reconstruido, al otro lado de la calle. Pero esta gente ha bajado el tablero con los dieciséis Nombres y lo ha roto a pedazos, naturalmente. Ellos han destruido todo lo que nos recuerda de nuestra Lucha y de nuestros mártires. ¡No importa! ¡Recordamos, sin embargo!"

¡"Lo hacemos!" grité yo. "nunca olvidaremos a aquellos primeros testigos de la sangre, ni los demás - los más recientes. ¡Nunca olvide, y nunca perdone!" acentué yo. Y cuando pronuncié aquellas palabras, recordé a mi querida camarada Hertha Ehlert: aquellas palabras habían sido mi último mensaje a ella, antes de que yo hubiera dejado Werl, más de tres años antes. Yo había estado tres años libre. Pero ella estaba todavía allí, por lo que yo sabía; todavía entre rejas, mientras estuve de pie aquí en la luz del sol, en la calle amplia, ocupada... Me sentí pequeña ante ella; pequeña ante todos aquellos que sufrieron; ante todos aquellos que murieron para nuestros ideales. Permanecí silenciosa en el lado del joven alemán fiel que no podía haber sido de más de cuatro o cinco años en noviembre de 1923. Mirando directo ante mí, pensé en los Dieciséis. Recordé sus nombres: Alfarth, Bauriedl, Casella, Ehrlich, Faust, Hechenberger, Körner, Kuhn, Laforce, Neubauer, Pape, Pfordten, Rickmers, Streubner-Richter, Stransky y Wolf. Yo los sabía de memoria. Durante años, en aquellos grandes aniversarios que nos recuerdan del heroísmo y sacrificio a favor del amor de nuestro Führer, yo, con reverencia, había repetido aquellos nombres dentro de mi mente. Ellos eran, - ellos son, como aquellos de nuestros otros mártires, - nombres sagrados para mí. E imaginé a mí la escena que había ocurrido en este 9 de noviembre de 1923 a las 12:30h. Imaginé los Dieciséis (y junto con ellos, los heridos, entre quienes estaba Hermann Göring) yaciendo allí en su sangre, en aquel mismo sendero donde ahora estuve de pie, tiroteados por la orden de las llamadas

autoridades nacionales, porque, en las propias palabras de Adolf Hitler, ellos habían "creído en la resurrección de su gente." (1)

(1) Mein Kampf (dedicatoria).

¿"Donde había estado yo, entonces, a aquella hora trágica?" reflexioné. Lo sabía; recordé; yo había tenido entonces en Atenas - dieciocho años (los dos más jóvenes entre los testigos de la sangre de Munich, Karl Laforce y Klaus von Pape, tenían sólo diecinueve). Yo estaba llena ya de aquel mismo sueño alto para el cual yo siempre vivía: el sueño de una gente de mi raza construyendo ahora, en nuestros tiempos, una civilización de hierro, arraigada en la verdad; una civilización con todas las virtudes del Mundo Antiguo, ninguna de sus debilidades, y todos los logros técnicos de la edad moderna sin hipocresía moderna, mezquindad y miseria moral. Sólo que yo solía hablar - entonces - de "Helenismo," no todavía de "Arianidad." Pero el sueño era el mismo. Y entonces, como ahora. Viví para aquel sueño solamente. Y yo comenzaba ya a comprender por primera vez, quizás, (aunque yo no quisiera comprenderlo) cuan pocos eran los griegos modernos que entendieron el "Helenismo" como lo hice.

Ahora recordé aquellos días de mi temprano esfuerzo contra cada aspecto de lo que entonces llamé el "Occidente", significando el capitalismo Democrático dominante por valores cristianos. Yo había pasado la tarde entera del 9 de noviembre sobre la Acrópolis de Atenas, buscando en la vista de las ruinas incomparables, del paisaje etereo, y del cielo azul profundo, la inspiración que me ayudaría a superar toda la amargura. Yo vivía no lejos de la Acrópolis, y había subido justo después del almuerzo. Sí, a las 13:30hr - es decir, cuando había sido 12:30 o así en Munich - yo más que probablemente había estado allí...

Yo no sabía lo que ocurría en Munich. Todavía menos había sospechado el sentido de ello. Pero claramente recordé que, durante el día siguiente, uno había leído en los papeles sobre "disturbios" en la capital de Baviera, donde "cierto Hitler" había tratado de agarrar el poder, y donde el "agitador," quien había dado ya mucho problema a los Aliados (y al propio gobierno Democrático de Alemania) había sido detenido con trece de sus seguidores, mientras dieciséis habían sido matados por balas del Reichswehr durante el "disturbio". El acontecimiento había sido diversamente comentado en el tiempo de almuerzo, en la pensión - "La casa Internacional", Leophoros Amalias 54 - donde yo me quedaba entonces. Y aunque yo hubiera estado lejos de conectar al Líder que había fallado (temporalmente), con mi propio sueño de un mundo hermoso de guerreros y artistas, yo había exclamado en un arrebato sincero de simpatía por él: ¡"Lamento que él no hubiera sido bastante afortunado para agarrar el poder! - quienquiera él sea. ¡Esto habría enseñado a 'esos' cerdos una lección!"

¿"Puedo saber a quién usted llama por tal nombre?" había preguntado la gerente, Mademoiselle Mauron, una vieja criada suiza ácida, a fondo prejuiciosa a favor de todo lo francés. Ella había sido propiamente impactada por mi lengua vulgar.

"Usted quiere decir que desea saber quiénes 'eso cerdos' son repliqué yo, deliberadamente acentuando la palabra desagradable. ¡"Pues quién, los Aliados, por supuesto! Los odio después de que los franceses aterrizaron en Grecia, durante la guerra, después de culpar a los alemanes de haber marchado por Bélgica. Y lamento que ellos, o sus agentes, hubieran sido capaces de poner manos sobre el patriota alemán. ¡Deseo que él tenga éxito, un día, realmente en el rompimiento de su Tratado Versalles, aquella monstruosidad, si alguno!"

¿"Puede usted por favor guardar sus opiniones para usted?" había contestado la vieja criada ácida.

"Esto no son 'opiniones', sino convicciones firmes y sentimientos profundamente arraigados."

Había sido la primera vez en mi vida que yo me había colocado abiertamente a favor de Adolf Hitler, sin (como dije) aún saber que él encarnó infinitamente más que la voluntad de Alemania para librarse del Tratado Versalles, y seguramente sin sospechar que lugar él tiene que ocupar en mi vida. Yo me había levantado por Alemania durante la Primera Guerra Mundial, - de la absoluta indignación ante la vista de la hipocresía vil de los Aliados. Pero este había sido mi primer contacto con la verdadera Alemania Nacionalsocialista, seis años y tanto antes de que yo hubiera descubierto que el Movimiento también apuntó a la creación de un mundo como el que quise. Ahora recordé la escena entera, y por la

millonésima vez repetí a mí: ¿"Oh, por qué no vine entonces y me afilié al Movimiento? ¿Yo estaba? ¿No había sido todavía capaz yo de ver que mi lucha en Grecia era una lucha sin esperanzas? ¿Aquel individualismo, el señuelo de la Democracia, y la creencia en valores "humanos," eran enfermedades endémicas en la vieja tierra clásica? ¿No podía yo haber adivinado el sentido del nuevo poder que se levantaba contra todo lo que yo odiaba, aquí, en aquellos hombres intrépidos, bajo la inspiración de su Líder intrépido?"

Es fácil decir esto, ahora. ¿Pero cómo podría uno adivinar, entonces? Con su intuición extraordinaria de la realidad histórica, Adolf Hitler era, indudablemente tan temprano como a principios de 1923, consciente del hecho que la causa alemana y la causa de la Arianidad eran las mismas. Muchos pasajes en Mein Kampf van a demostrarlo. ¿Pero eran hasta sus seguidores más cercanos conscientes de ello? ¿Hasta los Dieciséis santos ellos mismos sabían para que Idea alta que "excede Alemania y excede nuestros tiempos" ellos dejaron sus vidas, aquí, ante aquella pared ante la que ahora me paré, en silencio y reverencia, en la memoria de ellos? Ellos murieron para Adolf Hitler y para Alemania, sabiendo que Adolf Hitler era Alemania, y querían Alemania porque esta era su patria.

Pero ellos no podían prever que significado Alemania debía tomar pronto en los ojos de una élite aria no alemana racialmente consciente, gracias al espíritu de la revolución de Adolf Hitler. "Ellos murieron para Alemania," dije yo, rompiendo el silencio por fin; "ellos también murieron, sin comprenderlo, quizás, - para la liberación de la raza aria entera de la farsa judía bajo cada forma, presagiando el sacrificio total de Alemania durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Soy la raza aria externa, no como esta está de pie ahora, envenenada por doctrinas judías, sino como será un día: bien despierta, consciente de su deuda a Adolf Hitler y a Alemania; soy Europa del Norte, Italia, Grecia, India aria, venida para rendir el homenaje a los Dieciséis primeros Mártires del Nacionalsocialismo y a su gente. Ah, lamento que yo no pudiera contribuir a la resurrección de Alemania como ellos lo quisieron: libre; poderosa; construyendo, a la música de canciones de guerra, un nuevo mundo en el cual el mas digno gobernará... Lamento que yo no pudiera contribuir a la restauración del Nacionalsocialismo..."

¡"Pero usted contribuye a ello!" dijo el hombre joven, a mi sorpresa.

¿"Cómo?"

"Por su mera presencia aquí. Y por las cosas que usted dice con el acento indefectible de la verdad." y él añadió: ¿"De donde vino usted?"

"De Atenas."

¡"De la capital de la Antigüedad clásica!" gritó él.

¿"Es eso un presagio?"

"Espero que así sea."

Entonces, al ratito, cuando dejábamos el lugar, él me preguntó: ¿"hay muchas personas en Grecia hoy que sienten lo mismo que usted?"

"Al grado que lo hago, quizás ninguno. Al menos, no sé de alguno," contesté. Y añadí: "En los días de la Guerra troyana usted podría haber encontrado Helenos con nuestra perspectiva ante la vida. Pero era hace más de tres mil años. Desde entonces, cada vez más los casos de mezcla de la sangre han hecho despacio posible el advenimiento de tal credo de nivelación como el cristianismo. Y el cristianismo ha contribuido en gran parte para promover la mezcla de sangre adicional. Hay, por supuesto, todavía un número de verdaderos Helenos. Pero pocos entre ellos son suficientemente sin prejuicios y suficientemente conscientes del mundo fuera de Grecia para contemplar nuestra Weltanschauung en su verdadera luz."

Anduvimos lado a lado un rato. Entonces pedí al joven hombre mostrarme el camino al Hofbräuhaus, y después de que él lo hubiera hecho, nos separamos. No podríamos, en la esquina de la calle, ante

todos, saludarnos el uno al otro por nuestro saludo ritual y las palabras de fe: ¡"Heil Hitler!" simplemente nos estrechamos la mano. Pero pronuncié una fórmula que significa: ¡"Heil Hitler!" a aquellos de nosotros que sabemos. Mi nuevo conocido repitió la fórmula con espontaneidad perfecta. Él la sabía, por lo visto. Y él me dio una sonrisa amistosa cuando se alejó.

* * *

Alcancé el Hofbräuhaus. Antes de andar dentro, me paré durante un momento, no a fin de estudiar el efecto arquitectónico de la fachada con sus viejos arcos pintorescos, sino imaginar a la gente que manaba dentro por la puerta que conduce arriba, aproximadamente treinta y tres años antes, - el 24 de febrero de 1920, a las 19:30h - para oír que Adolf Hitler presentaba ante ellos, en un discurso inmortal, el programa del nuevo Partido.

"En Febrero, a las 19:30hr, debe haber estado oscuro, al aire libre," pensé; "oscuro, y frío." Pero el gran salón festivo estaba alegremente iluminado, y caliente. Y aun si no lo hubiera estado, habría hecho poca diferencia. La gente podría pensar solamente en las esperanzas inmensas que este extraordinario hombre joven - Adolf Hitler - debía despertar en sus corazones; ellos podrían sentir solamente el magnetismo divino de su mando. Ellos manaron por cientos - más de los que el gran salón podría contener.

Fui arriba - sí, aquella escalera, qué 'él' había andado, durante aquella tarde histórica, para decir a Alemania y el mundo que, con él y su puñado de seguidores intransigentes, una nueva era había comenzado. Me paré en la primera plataforma, en la cual está el restaurante. Varias personas, que habían andado arriba detrás de mí, entraron. Esto era aproximadamente las doce en punto, y ellos iban por lo visto a almorzar. Pero yo no tenía ningún tiempo para tales trivialidades ahora. Todo lo que el restaurante significó para mí era que, durante aquella tarde, muchos de aquellos que estaban presentes en la gran reunión habían tenido probablemente la cena allí, a fin de ir directamente desde allí al salón, antes que el bulto del auditorio llegaría. ¿Cualquiera de los seguidores cercanos más tempranos del Führer también habría tomado algo para comer allí? Me pregunté. Tal vez, por supuesto, estaba confundida; pero mi respuesta a aquella pregunta era "no; probablemente no" - pues la mayor parte de los seguidores tempranos de Adolf Hitler eran, entonces, demasiado pobres para tomarse una comida en tal restaurante como éste. Pero yo iría sin embargo y tomaría una taza de café allí, después de que yo hubiese visto el salón histórico.

Subí otro tramo escaleras y me encontré en la segunda plataforma. Empujé abierta la puerta de cristal ante mí, giré a mi izquierda, abrí otra puerta y entré en el lugar en el cual los Veinticinco Puntos del Programa del Partido - los artículos básicos del credo Nacionalsocialista - han sido proclamados; en que a Alemania le fue dada la nueva fe, los nuevos principios destinados para levantarla al mando del mundo ario. La plataforma desde la cual Adolf Hitler había hablado estaba en el extremo opuesto del gran salón abovedado, directamente delante de mí.

El salón estaba vacío. Todas las sillas habían sido amontonadas en filas, cerca de las paredes. Varios trabajadores estaban ocupados en la decoración del lugar en vista de alguna ocasión festiva. Ellos fijaban serpentinas de papel de diversos colores a diferentes puntos en todas partes del salón, y a los tres racimos abultados de cristal y ampollitas eléctricas brillantes que colgaron del techo. Un marco de cartón alegremente pintado corrió a lo largo de la cima y los costados de la plataforma y, directamente sobre el, una cara de payaso sonrió abiertamente contra un fondo amarillo como canario, indudablemente querido para añadir un toque de alegría a todo el esquema. En una esquina estaba un tambor semiesférico enorme y todos los instrumentos que producen sonido el de una orquesta de jazz. Los alambres de cobre interceptaron el espacio entre los trabajadores y mí. Había, de un lugar a otro, bombillas azules y rojas fijadas en ellos. Una cesta enorme, llena de flores de papel, podía ser vista bajo una mesa, cerca de los trabajadores.

Estuve de pie en medio del salón, sintiéndome profundamente conmovida, lágrimas se posaron en mis ojos. Yo no podía menos que mirar fijamente en la plataforma. Vi las decoraciones ordinarias, el cartón barato, llamativo, las serpentinas, las flores de papel, los alambres eléctricos con sus bombillas rojas y azules, los instrumentos de jazz y el payaso que sonríe abiertamente: la parafernalia de carnaval

entera. Y aún así, no vi nada de todo eso. Perdida en un sueño nostálgico, mis ojos miraron más allá de los colores vulgares y formas - más allá del mundo vulgar de hoy - a la reunión gloriosa sostenida en este salón por mi Führer, durante la tarde del 24 de febrero de 1920. Le vi - y le oí - joven, y pleno de la certidumbre ardiente, lleno de confianza en el futuro - de treinta años con su voz que podría ser en turnos áspera, irónica, amarga, ingeniosa, apasionada, profética; una voz que atrajo muchedumbres como un hechizo mágico; de sus gestos irresistibles; sus ojos inspirados. Oí que él desarrollaba su tema con una lógica clara, y toda la elocuencia ardiente del amor, odio y desesperación... y aún así confianza, a pesar de todo; la confianza del amor; también la confianza de la juventud. Le vi y le oí: un Hombre que adoró Alemania como nadie alguna vez ha hecho, y cuyo amor le apuntó a inventar de nuevo, a fin de salvar a ella, la Sabiduría eterna de los arios, y expresarla en el idioma moderno.

Y vi la muchedumbre juntada en este gran salón festivo, escuchando su mensaje de salvación. Para aquellos hombres y mujeres, - a la mayor parte de ellos, al menos, - "salvación" significó "libertad y pan"; la posibilidad inmediata para la gente alemana de vivir; nada más. Pero en el nuevo Evangelio del orgullo Germánico que Adolf Hitler proclamó ante ellos y ante el mundo, durante aquella tarde memorable, fueron implicados los principios de la sabiduría cósmica, el resultado de su intuición de la verdad perenne, cósmica. A fin de asegurar a su querida Alemania "libertad y pan" - y honor - para siempre, él dejó de lado, en una frase arrolladora, dos mil años de falsedad, y fundó la nueva Orden aria, basada sobre la comunidad de sangre solamente, independientemente de la metafísica personal, en contraste con la orden cristiana declinante, basada sobre la comunidad de fe, independientemente de la sangre. Él proclamó una nueva - o mejor dicho una muy vieja moralidad -; una moralidad de este mundo, centrada alrededor del valor de la pureza de sangre y el deber de orgullo racial, en contraste con la Cristiana, centrada alrededor de la falsa idea de la dignidad igual de toda "alma humana." La gente le escuchó - agradecida, entusiasta; persuadida a él que prometió librarlos de la carga del Tratado Versalles, y darles "trabajo y pan"; listos a seguirle dondequiera que él los condujera. Y él los conducía no simplemente atrás a ser un "gran poder," sino atrás a ser ellos mismos, - los alemanes de todos los tiempos; los Paganos arios orgullosos que, durante siglos, habían desafiado todos los poderes espirituales basados sobre la igualdad humana, todos los poderes temporales fundados sobre la fuerza del dinero y fuerza de las mentiras. Importó poco si ellos eran, entonces, conscientes de esto o no.

Estuve de pie en medio de aquel salón, con mis ojos atentamente fijados sobre la plataforma desde la cual nuestro Führer había hablado, y me estremecí de cabeza a los pies en la conciencia de la inmensidad del sentido de su ultimátum: "Futuro, o ruina," tan despiadadamente de acuerdo con los hechos, hoy, como era hace treinta y tres años. Importó poco que este ultimátum era, literalmente hablando, el tema de uno de los discursos posteriores de Adolf Hitler, y no aquel del cual él había entregado por primera vez en este salón. Su carrera entera era una proclamación incansable de aquel dilema trágico a Alemania y a la raza aria en general. Recordé las palabras inolvidables. "Futuro o ruina," pensé; "sí; o volver a la eterna sabiduría aria de nuestros antepasados, para quienes la Esvástica santa, la Rueda del Sol, era sagrada, como es para nosotros Nacionalsocialistas, o si no... adelante, - y hacia abajo, - al lento decaimiento en un mundo aburrido, en el cual el genio científico del ario y su habilidad técnica, y su sentido de organización, serán cada vez más puestos al servicio de pequeños placeres personales y vicios personales, para la mayor gloria de la Democracia, y la mayor ganancia del Judío internacional, cuyo negocio es explotar las debilidades de las razas más altas, no sólo eso, crear debilidades en hombres de las razas más altas, siempre que él pueda hacerlo. O volver a la sabiduría aria o... ir hacia abajo al lento decaimiento en un mundo en el cual las virtudes bélicas de los mejores arios serán cada vez más puestas al servicio de intereses judíos... ¡hasta que las doctrinas falsas del individualismo, "derechos humanos," y pacifismo, conectadas con la mezcla de sangre a gran escala, destruyan irreparablemente la raza misma!"

Recordé las palabras de Adolf Hitler acerca de los representantes de la raza nórdica privilegiada, creativa: "Si es que ellos dejan de existir, la belleza de esta Tierra se hundirá con ellos en la tumba."

(1)

(1) Mein Kampf, edicion. 1939, p. 316.

¡"Mi querido Führer, cuan en lo cierto estaba usted!" pensé. Y al recordar como Inglaterra había, en

el interés de los Judíos, en cuyas manos ella se había caído, emprendido esta guerra criminal contra Alemania, y recordar la intervención de EEUU, y la "cruzada a Europa" de Eisenhower, formulé una vez más dentro de mi corazón el juicio que yo había tantas veces expresado durante y después de la guerra: "Todo ario que lucha contra Alemania Nacional Socialista es un traidor a su propia raza." Pasando con cuidado por encima de los cables eléctricos, me acerqué a la plataforma, permanecí allí un rato, absorta en mis pensamientos, y luego anduve atrás a mi antiguo lugar. Un hombre entró, sosteniendo una escala. Esperé antes de que él la hubiera dejado, y luego me dirigí a él: ¿"puede usted por favor decirme para que son todas estas preparaciones?"

"Para el primero de mayo. Habrá un baile acá, en aquella ocasión. Muchas personas vendrán, incluso americanos..."

¡"Americanos!... Entiendo," dije yo. Había oído suficiente. Una vez más miré a mi alrededor en el gran salón festivo como era ahora - el 23 de abril de 1953. Esto me impactó como un cuadro del mundo bufonesco que ellos - nuestros enemigos - tratan de construir sobre las ruinas de todo lo que creamos y todo lo que amamos. Una vez, yo sabía, hubo, en algún sitio en este salón, una placa de bronce sobre la cual estuvo relatado el acontecimiento enorme que había ocurrido aquí el 24 de febrero de 1920: el nacimiento del Partido Nacionalsocialista. Aquella inscripción había sido quitada, o más probablemente destruida. ¡Naturalmente! La gente debía olvidar el 24 de febrero de 1920; ellos debían olvidar a nuestro Führer, olvidarnos - o mejor dicho, ser enseñada a sostenernos como un lote de "monstruos" de aquí en adelante incapaces de hacer daño más lejos; ellos debían olvidar nuestro registro de sacrificio y gloria, y bailar, al ruido de jazz, con sombreros de papel ridículos sobre sus cabezas y flores de papel en sus ojales, aquí, en el mismo salón dónde nuestro mensaje viril de salvación había sido proclamado! Ellos debían vivir y ganar dinero, y continuar sus pequeñas diversiones y pequeñas intrigas, como si Adolf Hitler y el Tercer Reich nunca hubieran existido.

Levanté mis ojos y vi al Payaso que sonríe abiertamente, - el Símbolo del Occidente de la posguerra - encima de aquella plataforma donde nuestro Führer había hablado, y las lágrimas llenaron mis ojos; y un odio amargo llenó mi corazón contra este mundo amante de la paz, tonto, "seguro" que a los Demócratas les gustaría establecer con la ayuda de una Alemania "des-Nazificada". Y una ansia desesperada brotó desde la profundidad de mi ser: "si no debemos elevarnos y triunfar y regir, entonces... ¡puedan los Mongoles prender fuego a todo esto!" (¡Perdonenme, mis millones de camaradas, que sufrieron y murieron en Rusia y la lejana Siberia! Pero, entre un mundo según los ideales burgueses de los "Cruzados a Europa" y la muerte, prefiero la muerte.) Muerte... o, en efecto, venganza y resurrección; había, hay - no puede haber - ninguna otra alternativa para nosotros.

Fui y me senté durante media hora en el restaurante, tomé una taza de café, volví, di un último vistazo en el salón histórico. Recordé a la propia impresión de Adolf Hitler en la gran reunión: "cuando, después de casi cuatro horas, el público comenzó a dejar el salón en una muchedumbre lenta y compacta, yo era consciente que ahora, en la gente alemana, había sido puesta la base de un movimiento que perduraría. Un fuego había sido encendido, del brillo del cual una Espada debía surgir, que devolvería la libertad al Siegfried Germánico, y la vida a la Nación alemana. Y, en la agitación próxima, sentí la presencia de la Diosa de la venganza que nada puede contener, luchando con nosotros para borrar el acto de traición del 9 de noviembre de 1918. Así el salón se fue gradualmente vaciando. Y el Movimiento tomó su curso." (1)

(1)"Als sich, nach fast vier Stunden, der Raum zu leeren begann und die Masse sich Kopf an Kopf wie ein langsamer Strom dem Ausgang zuwälzte, zuschob und zudrängte, da wusste ich, dass nun die Grundsätze einer Bewegung in das deutsche Volk hinauswanderten, die nicht mehr zum Vergessen zu bringen waren. Ein Feuer war entzündet, aus dessen Glut dereinst das Schwert kommen muss, das dem germanischen Siegfried die Freiheit, der deutschen Nation das Leben wiedergewinnen soll. Und neben der kommenden Erhebung, fühlte ich die Göttin der unerbittlichen Rache schreiten für die Meinedstat des 9. November 1918. So leerte sich langsam der Saal. Die Bewegung nahm ihren Lauf". (Mein Kampf, edición 1939, p. 406.)

Yo sabía que, a pesar de todo, él tenía razón; que la gente alemana nunca olvidará eso - nunca podía olvidar, incluso después de un desastre mayor que aquel de 1918. Yo había tantas veces ya sentido el fuego de un tremendo Despertamiento arder, tan fervientemente como alguna vez, dentro de los corazones de mis camaradas así como en el mío. No, no falleceríamos en el próximo choque; nuestros enemigos lo harían, con ambos de sus credos centrados en el hombre, igualitarios, internacionales de inspiración judía; y nos elevaríamos por segunda vez sobre sus ruinas. Y la humillación de 1945 sería vengada más a fondo que aquella de 1918; ¡no durante unos breves años sino para siempre por venir! "Pueda esto ser verdadero ah, - pueda esto no ser sólo ilusiones, - recé yo dentro de mi corazón, cuando dejé el salón y despacio anduve abajo. Y al mismo tiempo recordé que las Fuerzas invisibles dominan y gobiernan todas las cosas visibles y tangibles, y que el poder del pensamiento intenso, dirigido a un punto es una entre aquellas Fuerzas.

* * *

Una hora más tarde, estuve de pie delante de Bürgerbräukeller, el famoso salón de cerveza en el cual los seguidores de Adolf Hitler solían juntarse en los primeros días; el lugar en el cual el Golpe de estado fracasado del noviembre de 1923 fue planeado. Yo había andado en dirección de la línea de tranvía hasta que la alcance, admirando en mi camino el espumoso hermoso río Isar y los jardines cerca del puente que yo había cruzado.

Reconocí la famosa entrada que yo había tantas veces visto en fotos. Pero las banderas de la Esvástica que habían revoloteado orgullosamente una vez a ambos lados de ella ya no estaban, naturalmente, allí. Y encima de la puerta las palabras amargas, irónicas golpearon mi vista - blancas contra un fondo oscuro -: U.S.A. Club de Servicio. Los Amis habían tomado el lugar para ellos.

La puerta estaba abierta. Un pasaje se estiraba ante mí - un pasaje al final del cual había otra puerta. Pero no entré inmediatamente. Anduve en un bastante amplio patio plantado con árboles, en los cuales una puerta de hierro, abierta de par en par, dio el acceso. Debe haber sido la una y media o dos en punto por la tarde. El sol era brillante y caliente. La sombra, agradable. Anduve de arriba abajo bajo los árboles a pesar del aviso "prohibido merodear" que fue colocado en la puerta. El edificio se elevaba a mi izquierda: primero, detrás de la entrada principal en la calle, una mera planta baja, que tenía acceso, de este lado, por dos puertas; y luego, encima de un tramo escaleras, una serie de puertas y ventanas, a una pequeña distancia detrás de la cual surgió una pared más alta, amarilla. Una de las dos primeras puertas en la planta baja estaba cerrada. Sobre la otra, que estaba entreabierta, uno podría leer, en letras negras en un fondo de pintura amarillo claro, las palabras: Cafetería; Club de Servicio. Automóviles ultramodernos que llevan las palabras: Fuerzas de Estados Unidos en Alemania, podían ser vistos en fila cerca. De vez en cuando un americano saldría de la "cafetería," entraba en un coche y se iría. Otro americano conduciría adentro desde la calle y, habiendo añadido su coche a la fila, pasearía en la "cafetería." Ninguno me prestó cualquier atención. Ellos probablemente pensaron que yo esperaba a uno de ellos. ¿Pero quién se preocupa de lo que ellos pensaron? Seguí merodeando bajo los árboles, a pesar del aviso; miré, lo que, a mi izquierda, parecieron ser oficinas, o quizás despensas, y a la alta - y obviamente más vieja,- pared detrás de éstas; a una alta chimenea en la distancia; y a los americanos en el uniforme, que vinieron y fueron.

No hay, en la desafortunada Alemania de la posguerra, nada que detesto tanto como tropas de Ocupación y funcionarios de Ocupación de cualquier descripción, a menos que ello sea... aquellos alemanes que han contribuido con mucho gusto a la perdición del Orden Nacionalsocialista, y así a la incursión de tales criaturas en el país. Pero ver a las criaturas plantadas allí, sobre el mismo local de Bürgerbräukeller como si ellos poseyeran el lugar, es más de lo que la carne y la sangre pueden soportar. Y aún así, uno es obligado a verlos, si uno en absoluto desea visitar el punto histórico. Y aun si uno realmente no los viera, uno todavía sabría que ellos están allí - que están en todas partes. ¿Hasta cuando...?

El golpe de Estado del 9 de noviembre de 1923 había sido preparado en algún sitio aquí - en algún sitio detrás de aquellas paredes... Mis pensamientos se apresuraron atrás al Feldherrenhalle; a la pared que afronta la calle lateral, que el hombre joven me había mostrado en la mañana diciéndome:

"Fue allí que los Dieciséis cayeron. ¿"Habían los Dieciséis y, después de ellos, nuestros miles, nuestros millones de mártires muerto para nada? - ¿para esto? Acaso nuestro querido Führer había vivido y había luchado y había sufrido... ¿para esto? ¿Y era que - la presencia de americanos y otras variedades de "cruzados" para la "humanidad" (incluyendo los rusos ex-"Aliados gloriosos" del Señor Roosevelt y Churchill) en el suelo de Alemania, y para el refuerzo de la Democracia confundida (el refuerzo del agarre Judío sobre el mundo) - iba a permanecer como el único resultado de toda nuestra lucha severa y heroica en estos treinta años pasados? ¿Ah, cuánto - cuanto más?

Cuando yo pensaba así, un espécimen que llevaba puesto el uniforme de aquella humanidad bien alimentada, tonta y sin cultura que exporta EEUU., pasó bastante cerca de mí, me miró con ojos en los cuales no había nada para leer, sino aburrimiento abismal, y fue por su camino, mientras su boca entreabierta no dejó de mascar - de rumiar el bolo... o su equivalente civilizado: goma de mascar". De repente recordé la definición graciosa que un amigo inglés mío me había dado una vez de un americano: el mamífero "que no puede cerrar su boca." y yo debería haberme sentido inclinada a reírme si habría estado en cualquier parte, excepto en Alemania, y mas aun dentro del patio del salón de cerveza histórico en el cual el Putsch de noviembre de 1923 había sido planeado. Pero aquí, todo mi desprecio para el individuo llevando uniforme como tal fue eclipsado por mi conciencia de la riqueza y poderío de EEUU montado por el judío. La criatura absurda, con la cara en blanco, que masticaba no era nada. Una oveja en una multitud. Un fonógrafo en su caja, repitiendo automáticamente, en conversaciones privadas, aquello que toda su educación tonta le había condicionado a pensar y decir. Pero detrás de él estaban aquellas fuerzas siniestras que habían calculado el programa y el espíritu de su educación y le habían dictado los valores que él debía sostener como los correctos. ¿Estábamos nosotros - los pocos, Nacionalsocialistas sinceros, conscientes, desinteresados - en una posición para aplastar aquellas fuerzas?

El sujeto había desaparecido mucho tiempo en la cafetería. Me paré cerca de un árbol y pensé en el poder del dinero formidable de EEUU., de la monarquía misteriosa y espantosa del Cambio del Dólar - el poder para hacer a cualquier país lejano vivir o morir de hambre - centralizado, ni en el presidente Eisenhower, ni en los habitantes de EEUU., ni en el Ejército americano, formado de todas las razas, sino en la fraternidad impersonal de los grandes bancos. ¿Aquel poder, qué armas tenemos nosotros para abatirlo hasta la muerte? pregunté yo. Y contesté mi propia pregunta: desapego; la libertad absoluta de los lazos habituales de este mundo y de todas las seducciones que el dinero puede ofrecer; la libertad de tal gente que nada y nadie puede comprar o asustar; y, junto con esto, disciplina; lealtad a nuestro Líder, visible o invisible, vivo en la carne o vivo en espíritu solamente; y la ferrea voluntad dirigida a un punto de los creyentes que, periódicamente - cada dos mil o tres mil años - construyen una nueva civilización sobre la roca de una nueva gran fe: éstas son nuestras armas.

Miré fijamente en el cielo azul e imaginé el mapa de Europa y el Océano Atlántico, y el mapa de América más allá del Océano. Y "aunque yo nunca las haya visto - traté de imaginarme aquellas grandes oficinas en las cuales el destino de Europa en general y de Alemania en particular es decidido desde un punto de vista comercial, con mercantil impiedad y exactitud.

Solo desapego absoluto - acción ascética sostenida, libre del señuelo del dinero y de todo lo que el dinero es capaz de conseguir - puede emparejar y abatir aquella maquinaria despiadada e inteligente, aquel desapego de larga visión (digno de una mejor causa) que el invisible estado mayor General de nuestros enemigos muestra a fin de adquirir cada vez más poder para los Judíos "en la cumbre."

Pensé en las vidas de voluntad centrada a un punto y dedicadas día a día de hasta el más humilde entre mis camaradas, y decidí que, en las escalas del Invisible, todavía somos los más fuertes; estos quiénes están, tarde o temprano, (a condición de que nuestro espíritu nunca ceda el paso) obligados a ganar. Los Judíos y los esclavos del Pueblo judío que, desde sus oficinas de lujo lejos, tienen ahora el poder para reducirnos al hambre, no sospechan la nueva Fuerza, que constantemente se eleva contra ellos, que representamos. ¿Pero quién alguna vez sospecha la dirección que los factores intangibles imponen sobre la historia en los propios tiempos de uno? Salvo unos videntes excepcionales - y unos creyentes ardientes, que resultan ser correctos - todos son ciegos a la visión hasta de un futuro inmediato.

Pensé en la América precolombiana - una mera "asociación de ideas," tal vez, (una parte del doble Continente enorme recordandome a la otra) o, quizás, la intuición de algún paralelismo histórico más profundo; ¿quién puede decir? Imaginé la vida en Tenochtitlan en febrero de 1519: la gente que

continúa con sus afanes tradicionales; los sacerdotes ocupados en sus ritos severos; el rey y la nobleza absortos en sus preocupaciones habituales - sus guerras tribales con Tlascal - mientras los españoles conquistadores navegaban ya a través del Atlántico... Presagios habían hablado del crepúsculo próximo de esta civilización de sangre y oro que era la de los aztecas y de sus vecinos. Pero aun así... ¿Quién sospechó que debía venir tan de repente?

"Podríamos no poseer, ahora, sobre los jefes presentes del Occidente, aquella superioridad técnica asombrosa que los españoles tenían sobre los aztecas en 1519," reflexioné yo; ¿"Pero, como luchadores desinteresados para el objetivo mas noble, conscientes de nuestra misión, no estamos acaso todavía mucho más alto encima de ellos, en el orden natural de seres, que los aventureros de Cortés alguna vez estuvieron encima de la gente de Montezuma? Los defensores de Tenochtitlan eran al menos guerreros, si no soldados (guerreros disciplinados). Pero estos imbéciles come chicle no son nada de eso. En cuanto a sus amos, los grandes hombres de negocios... su dinero es su única arma - inútil contra nosotros."

De un pasaje frente a mi- un pasaje entre las casas que limitaron el patio - un camión de motor venía. Este se paró ante una de las puertas a mi izquierda. Tres o cuatro hombres, - trabajadores alemanes, no americanos,- salieron de el. Alguien apareció en la puerta, que fue abierta de par en par. Y los hombres comenzaron a descargar - arrastrando voluminosas cajas de cartón desde el camión y moviéndolas en la habitación. Me acerqué a ellos y, eligiendo aquel que me pareció el más probable de ser uno de nosotros, - aquel cuya cara portaba el sello más definido de salud y carácter - le pregunté si él podría decirme cual era "el gran salón," y si yo podría visitarlo.

El hombre me miró inquisitivamente para asegurarse que yo era "afin," y luego (confiando, sin duda, en su intuición, que le dijo que yo era) contestó: ¿"usted quiere decir el salón en el cual solíamos juntarnos en los grandes días?"

"Sí," dije yo.

"Es ese salón, allí" contestó él, señalando al bulto del edificio, encima de la fila de nuevas habitaciones a lo largo del tramo de escaleras, cerca del cual el camión se había parado. "Desafortunadamente, usted no puede verlo, ahora... Y usted no lo reconocería si pudiera," - añadió él, dando por supuesto que yo había visitado el lugar antes de la guerra,- : "los Amis, que lo reconstruyeron después que sus bombas lo habían destrozado, lo han convertido en una habitación de ping-pong o algo así. Pero de todos modos, ellos no le dejarán entrar."

Miré fijamente en aquella pared pintada en amarillo, que yo había notado detrás de la parte nueva del edificio, y encima de su nivel, - una pared que se pareció a cualquier pared en el mundo. Pero yo ahora sabía que, detrás de ella, estaba aquel salón. Y una vez más una sombra pasó sobre mí, y mi corazón se hundió en la idea de todo lo que yo había fallado, de todo lo que yo había perdido por no venir a Alemania a tiempo. Y el sentimiento del fracaso completo me oprimió. Pensé en las reuniones solemnes que solían ocurrir en aquel salón, año tras año, por la noche del 8 de noviembre, y de las procesiones subsecuentes al Feldherrenhalle, durante la mañana del 9: en el tiempo en que aquellos de 1923 habían comenzado durante el Día profético. El Führer mismo solía conducir aquellas procesiones; y los viejos miembros del Partido que le habían apoyado a él en el peligro durante aquel día, - los camaradas actuales de los Dieciséis, - marcharon en el honor a su lado. Yo nunca había visto aquellas procesiones, pero sabía todo sobre ellas. Y de repente decidí que yo también andaría, hoy, atrás de aquí al Feldherrenhalle en conmemoración de los Primeros Mártires de la causa Nationalsocialista... y en la conciencia de la segunda Lucha y de la segunda Toma de poder, no importa cuando.

Le agradecí al hombre su ayuda, y después de dar un último vistazo a las paredes del famoso salón de cerveza, dejé el patio.

Cuando volví a la entrada principal del edificio profanado - la entrada de la calle - noté a un americano que estaba de pie allí. El deseo de ver todo lo que posiblemente podría del lugar, - ahora mismo, después de su ruina - era más fuerte que mi repugnancia ante la vista del ocupante. Yo nunca aún, en Alemania, había dirigido una palabra a un hombre en el uniforme Aliado, y había creído sinceramente que nunca lo haría. Aún así pregunté a éste - yo misma sorprendida en lo que hacía -: ¿"Puedo entrar?"

¿"Por qué no?" contestó él.

Entré, sin prestar atención adicional al usurpador. Una mujer joven se sentaba en un escritorio, en un habitación diminuta al final del pasillo, donde otro americano estaba de pie. A la izquierda, una puerta condujo a un pasillo bien amueblado. Me dirigí a la mujer joven en alemán. ¿"Realmente no es posible ver el gran salón, - el histórico?" pregunté yo.

Ella me repitió lo que el trabajador en el patio me había dicho: el salón histórico se había hecho un lugar donde los americanos jugaban al ping-pong; nadie podría verlo. "Pero usted puede ver estas fotos de como el salón y el edificio entero una vez lucio, y usted puede si le gusta leer la nota acerca de su historia," dijo ella. Y ella señaló a tres tarjetas postales y a una fotografía de periódico, junto con un aviso escrito a máquina, que podían ser vistos dentro de un marco, en una cubierta de cristal, contra la pared, en una esquina. Una de las tarjetas postales mostró la entrada del Bürgerbräukeller como uno podría verlo en los grandes días, - con una bandera de la Esvástica a cada lado de ello. La otra, - también una de colores -, mostró el interior del famoso salón: la plataforma desde la cual el Führer solía hablar; la Bandera que cuelga ante ello; muchas mesas en las cuales los fieles solían sentarse; los balcones entre los arcos, con rieles de madera, desde los cuales colgaron más banderas. La tercera - una negra - mostró un montón de escombros irreconocible, sobre el cual yacen vigas de madera rotas y masas de yeso: una foto del salón después que una bomba Aliada lo había impactado en 1943 - una foto de Alemania después del paso de los "cruzados a Europa," esclavos y vengadores de los Judíos. ¡"y aún así," pensé, "esto era mejor - menos humillante - que hacerse una sala de ping-pong para los Amis!" Esta significaba destrucción. Los partidos de ping-pong en el salón reconstruido significaron la conquista - peor que la destrucción, si esto dura bastante largo tiempo para profanar la sangre y alma de un país.

La escritura escrita a máquina declaró que se supo que la Bürgerbräu Keller había sido una casa de cerveza después del siglo catorce. Esto mencionó las reuniones de los Nacionalsocialistas tempranos, el Golpe de estado de 1923, el fallido atentado contra la vida del Führer en 1939, la destrucción del salón por un impacto directo en 1943. Sus comentarios del golpe de estado y del atentado criminal eran lo que uno puede esperar en un lugar ahora en manos Aliadas. La fotografía de una cara astuta, ni con coraje ni con convicción, había sido pegada debajo de la foto de las ruinas. ¿"y quién es este?" pregunté yo, dando vuelta a la muchacha en el escritorio, mientras el americano me contempló, indudablemente preguntándose por qué yo estaba en absoluto tan profundamente interesada en aquellas fotos de lo que, para él, no era nada, en particular emocionante.

"El hombre que atentó contra la vida de Hitler, aquí, en 1939," dijo la muchacha, contestando mi pregunta.

Seguí adelante con las fotografías, y luego di vuelta una vez más a esta en concreto y al americano, y di mi opinión de la foto con voz alta: ¡"Ninguna extrañeza, él parece un criminal!" las dos personas me dieron un vistazo extraño, pero no hicieron ningún comentario. Y después de mirar fijamente, durante un minuto o dos más, en las fotos de Bürgerbräu Keller en su esplendor y en su ruina, dejé el lugar.

* * *

Seguí, en dirección contraria, por el camino a lo largo del cual yo había venido. Era este camino, - reflexioné yo - el que ellos indudablemente solían tomar, en las marchas conmemorativas anuales al Feldherrenhalle. Yo también volvía al Feldherrenhalle, - como ellos, pero sola, y en medio de un mundo embotado, avergonzado, burgués que lució (en la superficie al menos) como si este los hubiera olvidado.

La foto del viejo salón en toda su gloria - del viejo salón desde el cual Adolf Hitler había hecho (en las palabras del corto aviso que yo acababa de leer) "el lugar sagrado del Partido Nazi" - llenó mi consciencia cuando anduve a través. Y dejé mi mente vagar atrás hasta aquellos días difíciles y espléndidos, cuando hombres de gran fe y voluntad de hierro, la mayor parte de los cuales están muertos ahora, se sentaron allí, alrededor de Él de quien no tengo ningún modo de saber si él está muerto o vivo; hasta los días cuando él - nuestro Führer - estaba a principios de su carrera asombrosa.

Los camaradas que han vivido la historia entera del Nacionalsocialismo me habían dicho una vez más que aquellos primeros días de la Lucha, aquellos días en que, en las propias palabras del Führer, "uno tenía todo para perder y nada para adelantar afiliándose a nuestro Movimiento," (1) eran en efecto los mas grandes de todos. Después de la Toma de poder - y ya antes: tan pronto como uno podría estar prácticamente seguro que Adolf Hitler sería pronto el jefe absoluto de Alemania - toda clase de personas, Nacionalsocialistas y otros, vinieron y se afiliaron al N.S.D.A.P. En los muy primeros días, cuando el N.S.D.A.P. no contó todavía como una fuerza política, solo aquellos quienes estuvieron listos a dar todo de si para el triunfo de sus ideales, anduvieron bajo su bandera.

(1) Tisch Gespräche, publicado después de la guerra.

Otras palabras de nuestro Führer volvieron a mi memoria: "Yo amo a aquellos que nos apoyaron cuando éramos débiles." Era en 1941, - a la cima de su poder, - que él había pronunciado aquellas palabras. "...Aquellos que nos apoyaron cuando éramos débiles," pensé; "aquellos que solían juntarse en este salón de cerveza - un mero puñado - inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, determinados a librar Alemania del vergonzoso Tratado de Versalles y devolverle, bajo el mando de Adolf Hitler, el lugar que ella merece en el mundo; aquellos que no se preocuparon, ni por el dinero, ni "posición," ni "honores," sino únicamente para el más alto interés de su gente, que resulta ser, también, el más alto interés de la humanidad aria, es decir el interés más alto de la Creación..."

¡A qué distancia parecían, ahora, aquellos días ardientes, inspirados! ¡A qué distancia! Todo era tan tranquilo, tan "normal" en todas partes a mi alrededor, como si el orden Democrático, instalado de nuevo por los vencedores de 1945, fuera a durar para siempre; como si la gloriosa revolución Nacionalsocialista hubiera sido sólo un episodio en la historia larga de Alemania, una excentricidad sin sentido en la historia del Occidente ario; ¡como si aquel Occidente ario fuera definitivamente, irredimiblemente, persuadido a los valores cristianos y el estúpido estilo de vida Democrático! Recordé el juicio pasado a la Tierra de Adolf Hitler en el momento de la gran Reunión de Partido de Nuremberg de 1933, por uno de los muy pocos amigos franceses del Nacionalsocialismo: Robert Brasillach: "Este país es extraño; más extranjero a nosotros que la mas lejana India o China..." (1) incluso él - el simpatizante, destinado un día para morir en las manos de su propia gente debido a su unión con el Nacionalsocialismo - hasta él, pensé yo, no se sintió completamente a gusto bajo nuestro régimen, como yo indudablemente habría hecho, - yo que he odiado los valores Cristianos toda mi vida. Era exactamente porque el Nacionalsocialismo es la negación deslumbrante de aquellos "valores," exactamente porque la nueva sociedad construida sobre ello contrastó tan violentamente con aquella civilización occidental tradicional penetrada por el Judaísmo - con aquella civilización centrada en el hombre, que yo siempre detesté - que yo lo había amado tan apasionadamente desde el principio. A causa de esto; no a pesar de esto, como era el caso de tantos extranjeros (y quizás hasta alemanes) seguidores de Adolf Hitler.

(1) Robert Brasillach, Les Sept Couleurs, p. 114 y después.

Ahora, todo lucía como si los valores "tradicionales del Occidente" - los estándares morales Judeo cristianos; el estilo de vida Judeo cristiano - había prevalecido. Pareció como si, según el deseo repetidamente expresado en el inalámbrico de Londres por curas piadosos y comentaristas amantes de Cristo durante el Juicio de Nuremberg, durante aquellos meses horribles que habían seguido a mi vuelta de India, Alemania tuviera ahora que "venir atrás a la comunidad de Europa Cristiana," de la que un "monstruoso régimen de tiranía" la había cercenado durante unos breves años. Pareció como si nuestra causa sagrada fuera "una causa perdida." Ello pareció así... al menos en la superficie. Sí; en la superficie. Pero... , lo que parece ser lo más firmemente establecido no es necesariamente así; y lo que parece perdido es a veces la misma cosa destinada para triunfar y durar. Yo había dicho en Obersalzberg, sobre las ruinas del Berghof: el cristianismo pareció "una causa perdida" en el año 20 d.J.C. Sin duda parecemos perdidos. Y aún así... ¿Cuánta gente en Alemania ahora simplemente para la vuelta de un régimen Nacionalsocialista sin atreverse a decirlo tan abiertamente? - Y a pesar de todos los esfuerzos de las iglesias no menos que del Gobierno Federal patrocinado por el extranjero - ¿cuántos pierden diariamente la fe en aquellos falsos "valores" qué vinimos para destruir, y así, indirectamente, se preparan para recibir nuestro mensaje? El Comunismo mismo - junto con las Iglesias cristianas, nuestro mayor enemigo - nos ayudan (indirectamente) minando, en las mentes y los corazones de millones de personas jóvenes, la creencia en el número de supersticiones de otro-mundo

que están de pie bloqueando nuestro camino... ¿Y quién sabe de las actividades silenciosas, no sospechadas de Nacionalsocialistas responsables ahora ocupados tomando, en Alemania y en otras partes, la ventaja más plena de la división que siempre se-ensancha en el campo enemigo, para la mayor ventaja de la aparentemente "perdida" causa?

Recordé con amor a la gente que yo había conocido en Linz y en Obersalzberg; los trabajadores alemanes inteligentes que me habían hablado en el tren en mi camino a Braunau; el hombre joven que me había mostrado, sólo unas horas antes, el punto donde los Dieciséis habían muerto. Recordé a los camaradas que yo debía encontrar pronto otra vez en Koblenz, y adelante, en Hanovre, en Celle, y otros sitios de aquel Niedersachsen fiel, que me impactó como la provincia alemana en la cual me gustaría vivir, si yo pudiera. ¿No eran todos éstos, ahora, lo que los luchadores de la primera fase de la lucha eran, entonces, después de la Primera Guerra Mundial? ¡Y hasta más aun! Pues los luchadores de la Lucha temprana habían tenido la presencia material de Adolf Hitler para sostenerles, mientras éstos tenían solamente su fe firme en él y en Alemania eterna. ¿Acaso nuestro Führer, si él fuera un día a volver en la gloria, no les diría a ellos: "Yo amo a aquellos que me apoyaron cuando me creyeron muerto; aquellos que apoyaron la causa Nacionalsocialista cuando esta pareció perdida"?

Y si nunca podremos verle, nunca oír su voz otra vez, - si él realmente esta muerto, como unos dicen - entonces todavía... está la Alemania eterna, aún mayor que él; está la Esvástica - Verdad cósmica, Belleza integral; su Verdad, más eterna hasta que Alemania, - para ser fiel a ella, y esforzarse para ello, sin esperanza, sin miedo o deseo, sin cualquier clase de debilidad. "No busque los frutos de la acción,"¹ pensé, recordando las Palabras de la sabiduría aria que me habían dado la fuerza en la hora más trágica de la derrota, y durante los años de la desesperación; "Sin apego, realice aquella acción que es su deber." (2) De uno de nuestros últimos testigos de la sangre, el héroe Otto Ohlendorf, se dice que había declarado a un periodista extranjero, unas semanas antes de que los americanos le ahorcaran por haber cumplido su deber hasta el final: "La felicidad individual y la vida individual no cuentan. Todo lo que importa es el deber cumplido." (3) Recordé estas palabras junto con aquellas del Bhagavad-Gita, y me maravillé de sus semejanzas. Y sentí que una causa servida en tal espíritu nunca puede ser perdida.

(1) Bhagavad-Gita, II, verso 47.

(2) Bhagavad-Gita, III, Verso 19.

(3) Reportado en el periódico francés Figaro. También, en Samedi Soir del 3 de marzo de 1951.

* * *

Después de un paseo de aproximadamente media hora, alcancé el Feldherrenhalle, y estuve de pie allí una vez más, silenciosa, llena de pensamientos en los Dieciséis.

Los soldados caídos en la guerra victoriosa de 1871, y aquellos de la guerra perdida de 1918, cuya memoria había sido permitida permanecer honrada hasta bajo la Democracia actual, aparecieron más vivamente que alguna vez, a mí, como los precursores de sus hermanos matados sobre los campos de batalla de esta guerra, en la defensa del nuevo Reich, o matados después de la guerra, como los llamados "criminales de guerra" por los enemigos de todo lo que el nuevo Reich significó. Todo esto, en el transcurso de la historia, ha contribuido para exaltar el sentimiento de la grandeza del Reich alemán y de su misión, ha preparado el camino para el Nacionalsocialismo. (La desesperación de una nación que pasa hambre no habría llevado a Adolf Hitler al poder, si no habría sido conectada con la consciencia de la grandeza natural, de la superioridad ordenada por Dios.) y el Nacionalsocialismo ha hecho al Reich alemán el líder de la Arianidad regenerada en el Occidente, para siempre por venir. Y por eso estuve parada aquí, al pie de estos pilares, sobre el terreno donde los Dieciséis habían muerto, - yo, la mujer aria de lejos.

Yo no estaba sola. Dos hombres jóvenes se habían parado ante el lugar donde la placa conmemorativa, llevando los nombres de los Dieciséis, había estado una vez. Y oí que uno decía a

otro "Estaba aquí. ¿Puedes ver? Todavía están los trozos de hierro en la pared... Había una placa en honor a ellos... Y fue aquí, en esta calle lateral, que ellos cayeron."

"Sí," dije yo, entrando en su conversación sin hacer siquiera excusas por ser indiscreta. (Yo sabía que yo no podía ser indiscreta en relación a esto.) "y esta era la piedra contra la cual la placa descansó. Yo estuve aquí esta mañana. Pero he venido otra vez para verla. He venido directamente de Bürgerbräukeller - como los veteranos del Día solían hacer, en cada 9 de noviembre. Y no soy un alemán. Soy el precursor de los miles de hombres y mujeres de sangre aria que, en siglos por venir, como yo, visitarán este punto como un sitio sagrado, y consideraran esta tierra como Tierra santa."

Ambos hombres jóvenes me miraron fijamente con aturdimiento, y luego me estrecharon la mano. Entonces, apuntándome, uno de ellos dijo al otro: "Te dije que el espíritu Nationalsocialista está más vivo de lo que nos atrevemos a pensar. ¿Ahora, no tenía yo razón?"

* * *

Anduve a la Casa Parda (o mejor dicho, al lugar, donde esta una vez estuvo de pie) admirando cualquier cosa que yo podría de Munich en mi camino. Esta es una ciudad hermosa; seguramente una de las más encantadoras que he visto. "Una ciudad alemana," sin duda, como Adolf Hitler ha escrito. Pero - gracias a aquel gran artista, el Duque Ludwig de Baviera, de todos los príncipes alemanes aquel, quizás, que entendió y admiró el Helenismo más verdaderamente, - las más helénica de todas las ciudades alemanas, si uno puede usar tal paradójica expresión; aquella que ilustra lo mas flagrantemente, por su propia arquitectura, la identidad fundamental de las concepciones Germánicas y helénicas de la belleza.

He visto muchos, - de hecho, demasiados, - edificios modernos de "diseño Griego" en Europa y en otras partes. Ellos son casi todos solamente "imitaciones" y, por aquella misma razón, imitaciones malas: edificios con columnas Jónicas o Corintias, tal vez, pero ciertamente edificios sin cualquier personalidad (sin mencionar aquella, que un artista griego antiguo les habría dado). Aquí, en Munich, los edificios con columnas alrededor de la gran plaza magnífica - Königsplatz; antes Adolf Hitler Platz - el museo Glyptothek, la Pinakothek, la Puerta monumental en Luisenstrasse, no son meras "imitaciones." Ellos no son edificios internacionales anónimos y desalmados que tratan de parecer griegos, sino edificios alemanes modernos, esencialmente alemanes - masivos; bien insertados en sus alrededores terrenales; llenos de la sana, primigenia fuerza de una nación que nunca ha perdido el contacto con la tierra - que resultan tener columnas en el estilo griego simplemente porque la inspiración desde la cual ellos proceden es profundamente parecida a esa que una vez desarrolló la arquitectura griega. Y esto no es sólo en los edificios; esto es la planificación general de toda esta parte de la ciudad en la cual ellos están de pie (y que, por un favor de los Dioses, no ha sido completamente tan a fondo arruinada como algunas otras localidades); es, no solo, la atmósfera de toda la hermosa ciudad, que sonrío a pesar de sus heridas terribles. En ninguna parte puede uno, tan fuertemente como uno hace aquí en Munich, sentirse convencido que Alemania moderna sigue armoniosamente la tradición cultural de aquellos hombres nórdicos que, hace aproximadamente cuatro mil años, emigraron hacia el sur, y produjeron con el tiempo, en las orillas calidas del Mediterráneo, aquella maravilla de la Antigüedad Occidental: la civilización helénica. Esto no es el Helenismo cerebral de ciertos círculos de artistas franceses y eruditos que aman Grecia; es algo más profundo; esto es el espontáneo y no necesariamente tan consciente, pero más verdadera, afinidad de amigos carnales separados por dos milenios y medio y más. Y nadie sabía eso - sintió eso - (a excepción de Friedrich Nietzsche) mejor que Adolf Hitler él mismo.

El Sol, aunque todavía bien arriba del horizonte, no estaba tan caliente cuando finalmente alcancé Karolinenplatz.

Me habían dicho que la Casa Parda estaba cerca de la esquina de la calle que conduce de Königsplatz en aquella manzana. Fácilmente descubrí el sitio. No era posible perderlo: como el Sitio del Berghof en Obersalzberg, este llevaba el sello del odio implacable que impulsó a nuestros perseguidores a arrasar el edificio hasta la tierra. Este no es un sitio "arruinado"; este es un sitio en blanco, sobre el cual no hay

prácticamente nada más, salvo, quizás, en uno o dos sitios, (y a lo largo del sendero que separa el sitio de la calle actual) los rastros de paredes de cimientos y, en una esquina, apenas reconocible remanentes de una habitación debajo del nivel de tierra: un sótano o algo.

Unos pasos adelante, prácticamente supervisando el sitio voluntariosamente devastado, está un antiguo edificio administrativo ahora requisado por los americanos. De cada ventana de ello, los "cruzados a Europa" - cada vez más aburridos después de ocho años de una vida de oficina en esta tierra esclavizada - pueden ver el trabajo de la destrucción comenzada por sus bombarderos y perfeccionado por sus satélites dóciles, los Demócratas alemanes. Las palabras: Centro de Información estadounidense, que uno puede leer verticalmente en la esquina del edificio, y, encima de la entrada, las rayas y las estrellas de la bandera americana, recuerda a cada transeúnte que Alemania ha perdido esta guerra. ¿"Oh, cuánto?" pensé, con amargura, cuando vi los colores detestados revolotear justo delante de mis propios ojos: ¿"por cuánto más todo esto va a durar?"

Imaginé a mí la Casa Parda como esta había estado de pie una vez en aquel mismo punto, ahora tan completamente solitario, y, colgando de sus ventanas, los pliegues de la bandera alemana de los grandes Días, - de aquella bandera que yo había esperado saludar, junto con el Ejército alemán avanzando, en el Este distante, en 1942, como el emblema de la Arianidad victoriosa: rojo sangre, con el Disco blanco y el Signo sagrado del Sol, negro en medio de ella como una Sombra omnipotente (la Sombra de la Realidad eterna, proyectada sobre nuestra tierra purificada: el sentido místico de nuestro Orden Mundial Nationalsocialista). Y las lágrimas llenaron mis ojos cuando volví de aquella visión perdida del poder a la vista de la desolación actual dominada por la bandera de la Democracia capitalista.

Años antes, yo había estado de pie una vez sobre la terraza en lo alto de la Roca Dorada de Trichinopoli, en India del Sur, y había admirado, más allá del Río Cauvery, las veintiocho Entradas monumentales - las Gopurams - de Srirangam, que surgen de la vegetación tropical, en las cuatro direcciones del espacio. Entonces, cuando yo había girado mi cabeza al otro camino, había agarrado el sitio del enorme, feo Colegio jesuita de Trichinopoli, el asiento de las Misiones que deben destruir la vieja Sabiduría de los arios y los cultos inmemoriales que la expresan, en todos los templos de India Brahmanica. ¡Y yo había pensado con rabia - y también con determinación precisa de hacer todo lo que yo posiblemente podría para seguir mi lucha de toda la vida contra las Iglesias cristianas y sus valores centrados en el hombre - "Ellos han venido, los agentes del poder judío, a tratar de sustituir esto, por aquello! ¡Estaré de pie en su camino, y lucharé contra ellos con dientes y garras hasta mi último aliento!"

Ahora experimenté un sentimiento muy parecido a aquel. Y la misma agresividad implacable con la cual yo había contemplado a la Oficina central de Misioneros Cristianos al pie del Domicilio de Lord Shiva y dentro de la vista de Srirangam, ahora hizo mis ojos resplandecer cuando miré la bandera americana, aquí, en Alemania; aquí en Munich; ¡aquí, sobre la tierra de fundación de la Casa Parda! ¡Ah," pensé yo - poder derribarla y pisotearla en el barro, ante las aclamaciones de una muchedumbre tempestuosa, que aulla con la alegría por la vista! Ah, ser capaz de sentarme y ver a EEUU en llamas, - ¡sea esto como en un artículo de "noticias impactantes" en un espectáculo de cine, si no puedo esperar; me sea concedido un asiento en uno de los bombarderos que vengarán un día Hamburgo y Dresde mil veces, y mirar las llamas actuales y humo!

"... La vieja bandera estrellada, la bandera del hombre libre..." con ironía amarga, recordé las palabras de la canción norteamericana cuando guardé mi vistazo de maldición fijado sobre la Bandera de la Democracia. ¡"Libertad en efecto!" pensé. "En el nombre de la 'libertad,' usted condujo su cruzada contra nosotros, Nationalsocialistas; ¿no es ello así? En nombre de la 'libertad,' usted injurió todo lo que sostenemos sagrado, destruyó o desfiguró todo lo que amamos. ¡Usted se sienta y nos dice, en nombre de la 'libertad,' en nombre de derechos "de la conciencia humana,' que cualquier hombre' tiene derecho a ser lo que él es, y dar su lealtad a quien él complace, pero - en el mismo aliento! - que no debemos ser Nazis (no abiertamente, al menos), usted el más repulsivo de todos los hipócritas; ¡ustedes bastardos! ¿Por qué demonios deberíamos luchar la siguiente guerra de su lado? ¿Para que usted pueda construir - o impulsar a sus amigos alemanes; a construir - un 'Laboratorio de Investigación de la Fundación Rothschild' o algo de la clase, sobre el sitio de la Casa Parda, y alguna 'Casa para incurables' sobre el punto donde el Berghof de Adolf Hitler una vez estuvo de pie? ¿Para que jóvenes alemanes aprendan, en sus órdenes, o bajo su influencia, a sostener el régimen nazi

como una tiranía "monstruosa," y a nuestro Führer como 'criminal' o 'megalómano,' y nuestro S.S. inmortal como una 'asociación de asesinos'? ¡No tema! ¿Qué hay para elegir allí entre ustedes y sus ex- Aliados gloriosos - aquellos que se sentaron a su lado en Yalta, en Potsdam, en Nuremberg? ¡Déjemosles aplastarle, si nadie más ahora puede! ¡Disfrutaremos al menos del placer de ver a usted aplastado! ¡Ya que le odiamos! Incluso los jesuitas no son tan malos como ustedes. Ellos tienen al menos un ideal, una fe, pese lo detestable que ella puede ser a nosotros. Usted no tiene nada; solamente dinero puesto al servicio del mas estúpido de los pasatiempos. ¡Odioso como es, la presencia del Colegio jesuita al pie de la Roca Dorada no es tal profanación como lo es su fuerza de Ocupación y su bandera sucia en este punto en particular, y en Alemania en conjunto!"

Seguí marcando el paso en la pista que corre de una esquina de la tierra donde la Casa Parda había estado de pie, a la de enfrente - el camino remontado por los pasos de todas aquellas personas que no pueden ser molestadas por andar alrededor del sitio, a lo largo del sendero de asfalto regular. Un hombre, que pareció aproximadamente de cuarenta, venía hacia mí. Según mi pequeña experiencia, prácticamente todos los alemanes entre treinta y cincuenta son Nacionalsocialistas en el fondo, a menos que ellos hayan entrado, por alguna razón u otra, en problemas durante los grandes días. Y como la gente que entró en problemas con las autoridades es, después de todo, una muy pequeña minoría, comparada con el bulto de la población alemana, decidí que este hombre estaba probablemente en el lado correcto. Y le hablé, porque yo añoraba exteriorizar mis sentimientos, sea ello en una frase.

"Excuseme," dije yo, parándome tan pronto como él había venido suficientemente cerca para oírme; ¿"este es el sitio en el cual la Casa Parda una vez estuvo de pie, no es cierto?" (yo sabía perfectamente bien que era, pero tuve que decir algo.)

"Sí, es," contestó el hombre. Y agarré en sus ojos azules límpidos una sombra de la tristeza inmensurable - un sentimiento que él no deseó mostrar a mí, ni a alguien, y que él constantemente mantenía en control.

¡"Y 'ellos' lo han reducido a esto! - 'ellos', los esclavos de los Judíos, los cerdos... - como 'ellos' han destruido hasta las ruinas de Berghof, en Obersalzberg, el cual vi anteayer," comenté yo.

"Sí; 'ellos,' los traidores... ," contestó él. Y él me consideró con curiosidad, convencido, sin duda, que hablé sinceramente, pero preguntándose quién yo podría ser, por tener el coraje para hacerlo así.

"Todo hombre o mujer de sangre aria que, por cualquier razón buena o mala, tomó una posición contra el Nacionalsocialismo en acción, discurso o pensamiento, es un traidor - un traidor a nuestra raza común - aun si él o ella no es un alemán," declaré yo, repitiendo una de las declaraciones que he hecho cien mil veces. "Pero, por supuesto, confieso que los traidores alemanes son los peores, ya que ellos no pueden pretender hasta haber tenido la excusa de ignorancia."

El hombre me miró con un interés aumentado. ¿"Es usted alemana?" él me preguntó.

"No," dije yo; "Yo soy sólo uno de los raros arios fieles - muy raros - del amplio mundo exterior, que reconocen el mando de la gente de Adolf Hitler, y que esperan con ustedes para el Día de la venganza - y resurrección."

El hombre me ofreció su mano, me miró fijamente con una sonrisa inexpresable, y dijo, de una voz apenas audible: ¡"En el nombre de todos aquellos de nosotros que sufrimos, le agradezco! Y me alegro de conocerle." Él no me preguntó mi nacionalidad: esto no tenía ninguna importancia. Levanté mi mano un poco - uno no podía levantarla posiblemente más alto, en un lugar tan abierto - y susurré, con toda la lealtad de mi corazón: ¡"Heil Hitler! "

¡"Heil Hitler!" repitió él, también en un susurro, con lágrimas en sus ojos. Y él fue por su camino rápidamente.

Sola en medio del sitio parecido a un desierto, alcé la vista una vez más, con desafío, en los colores

hostiles que revoloteaban al viento, y en muchas ventanas, detrás de cada una de las cuales imaginé para mí a hombres en uniformes caqui, instrumentos activos de todo lo que odiamos cuando no también enemigos convencidos de todo lo que amamos. "¡Todo el dinero y toda la fuerza de EEUU. y del mundo Antinazi organizado, no puede impedir a dos Nacionalsocialistas afirmar su fe en el Führer y en su misión y en su gente, aquí, sobre este punto santo, bajo las narices de nuestros perseguidores!" pensé. "Mas temprano o más tarde, ganaremos. Nada puede prevalecer contra nosotros."

Y una euforia inmensa - la conciencia del poder irresistible: el más encantador de todos los sentimientos - me llenó. Y cuando despacio me alejé, imaginé la Casa Parda reconstruida y banderas de Esvástica colgando como pañerías de sus ventanas, y... yo misma, describiendo en una de sus habitaciones, a algunos de mis camaradas queridos (entonces, otra vez en el poder), que feliz yo era "ante las noticias de la rendición incondicional de las Democracias."

¡Y renové en mi corazón mi rezo diario de estos ocho años pasados al Señor de las Fuerzas invisibles - la expresión diaria de una ansia incansable para la justicia, que es en sí misma una fuerza invisible - "Trate a los vencedores de la Segunda Guerra Mundial como ellos han tratado a la Alemania Nacionalsocialista, y, de ser posible, cien mil veces peor! Vengue a mis camaradas y superiores; ¡y dénos atrás la alegría conquistadora y el orgullo de los grandes Días!"

* * *

Entonces busqué los remanentes de los altares gemelos que una vez contuvieron los sarcófagos de bronce de los Dieciséis y de algunos otros héroes del Movimiento Nacionalsocialista temprano. Yo había visto fotos de ellos: dos monumentos con columnatas, uno a cada lado del camino en la esquina de la inmensa plaza pavimentada, - Adolf Hitler Platz, ahora Königsplatz. Y recordé muy claramente los sarcófagos en fila bajo el cielo abierto, (los altares no tenían ninguna azotea) y el Guardia de honor que los vigiló día y noche, tal como sobre el terreno a través del Feldherrenhalle.

Anduve atrás a la Königsplatz, donde yo había estado vagando ya ver nada, luego atrás en dirección de la Casa Parda, y atrás otra vez. A ambos lados de la calle, en la esquina de la plaza - entre la calle y "El Centro de Información de EEUU," y, en el lado opuesto, entre la calle y otros edificios administrativos - ahora, había un espacio cortado de sus alrededores por una cerca de madera alta.

Me tomó algún tiempo para comprender que las ruinas de los dos monumentos conmemorativos estaban detrás de aquellas cercas pues ellos no podían estar posiblemente en ninguna otra parte. De todos modos, pensé que era más seguro preguntar a un transeúnte si no estaba confundida. "No," contestó él; "usted ha acertado: allí una vez yacieron los santuarios gemelos, abiertos al cielo azul brillante. Nada queda de ellos salvo las primeras piedras macizas que usted puede ver aquí y allá, dondequiera que un pedazo de madera falte en las cercas. El resto ha sido dinamitado"

¿"Hecho volar por los americanos?" pregunté yo.

"No; por Orden de los Social-Demócratas alemanes, ahora en el poder en Baviera. Ellos también quisieron explotar los edificios vecinos, porque éstos habían pertenecido al Partido; eran recordatorios de... otros tiempos. Pero los Amis los requisaron, así salvándolos. "

¿"Por qué no salvaron ellos los santuarios gemelos, mientras estaban sobre ello?"

"Porque éstos no eran de ningún uso práctico a ellos, mientras los otros edificios lo eran," contestó el hombre.

¿"Usted cree que estos monumentos serán reconstruidos un día?" pregunté yo. Estaba acostumbrada a ser audaz.

Y a mi asombro, el hombre contestó, tomando mi valor por norma - por lo visto, sintiéndose seguro que él hablaba a un Nacionalsocialista como él - "sí; cuando estemos una vez más en el poder. ¡Y estaremos, un día!"

¡"Oh, pueda usted estar en lo correcto!" grité yo con convicción. El hombre fue por su camino.

Anduve por todo alrededor de las cercas, mirando detenidamente entre los tablones, tratando de ver las piedras base de los santuarios. En un lugar, un tablón realmente faltaba, de modo que yo no sólo viera los bloques de piedra grandes, regulares dentro, sino que estirara mi mano y los tocara. Los toqué como peregrinos cristianos, o peregrinos Mahometanos, o peregrinos hindúes, tocan las piedras de las tumbas de sus santos respectivos. Los Dieciséis, y todos aquellos que, del ahora lejos ido 9 de noviembre de 1923, dejaron sus vidas para la Causa de la Esvástica, son nuestros santos, cuya sangre ha dotado nuestra fe terrenal con la misma grandeza del sacrificio que cualquiera de los otros mundanos.

Cerca de la esquina del santuario arruinado al otro lado de la calle, - por el Centro de Información estadounidense - yacía un bloque bastante grande, solo de piedra. Yo subí sobre el, y traté de revisar la cerca, pero no podía ver nada. Una capa de cemento había sido puesta sobre los cimientos que habían resistido el poder de la dinamita. Yo apenas podría ver abrirse el cuadrado del patio interior bajo los pilares del cual los sarcófagos una vez estaban. Los peldaños que condujeron al edificio desde fuera todavía podían ser vistos; pero la entrada subterránea fue bloqueada. Y yo era consciente ahora que toneladas de tierra habían sido vertidas en el tribunal interior del otro lugar sagrado: de mi piedra, yo podría ver bien los arbustos que comenzaban a crecer en ello. La misma cualidad de desolación que sobre las ruinas del Berghof en Obersalzberg; el mismo esfuerzo de nuestros perseguidores para borrar cada rastro de nuestro paso, cada signo de nuestra grandeza; hacer Alemania y el mundo nos olvidan.

Pero recordé las palabras dirigidas a mí sólo media hora antes por el Nacionalsocialista desconocido que había tenido bastante confianza en mí para hablar libremente:... "cuando estemos una vez más en el poder;... ¡y estaremos, un día!" y pensé: "Alemania nunca olvidará."

Con la misma devoción que yo tenía a aquellas del otro santuario gemelo, toqué las piedras más allá de la cerca, tan lejos como yo podría alcanzarlas.

Entonces despacio anduve atrás a la estación envuelta en mis pensamientos.

* * *

Con mucho gusto yo habría permanecido otro día o dos en Munich, visto el Feldherrenhalle y Hofbräuhaus otra vez; vagado a lo largo de la avenida espléndida y en los jardines públicos por el Isar; mirado la prisa del río espumante y bullicioso por delante en velocidad de torrente bajo sus puentes de piedra amplios, majestuosos; visitado unas atracciones turísticas más - museos e iglesias, es verdad que inconexas con la historia del Movimiento Nacionalsocialista, aunque muy significativas como rasgos de aquella ciudad encantadora, en cual el Movimiento, uno puede decir, ha tomado nacimiento en su forma final.

Pero pensé en el largo camino que aún tenía que viajar antes de que alcanzase un lugar donde me obligarían a pasar la noche en un hotel o en la "Misión de la Estación" - o en la sala de espera de la estación de ferrocarril. Decididamente, tuve que tener mucho cuidado; para poder vivir a base del pan y café, yo apenas podría lograr hacer que mi dinero durase mientras que lo tenía. Y yo también tenía regalos que comprar para mis camaradas: ¡yo no podía ser tacaña respecto a esto! Entonces decidí mi mente para permanecer la noche entera en la sala de espera y tomar el tren de mañana más temprano a Landsberg am Lech.

El tren más temprano a Landsberg era a las 4:40h. Reservé mi billete, y fui y me senté en una de las mesas en la sala de espera de "Tercera clase," que es al mismo tiempo una habitación de refresco. No estaba bastante caliente para pasar la noche al aire libre. También, estando dentro, yo evitaría la vista de los americanos que andan a través del pasillo de cristal enorme a y desde su sala de espera especial, al otro extremo de la estación. Yo estaba enferma de ver a americanos, y lamentaba que no pudiera nunca encontrar otro en mi vida... ¡aunque yo supiera que probablemente encontraría muchos más, en Landsberg, en el mismo día siguiente - ay!

Pedí el panecillo habitual y café, y esperé que mi mala suerte no infligiera, por segunda vez, sobre mí la compañía de un ex-internado de Dachau (antes de 1945). Pero la mala suerte, dicen aquellos que parecen saber - es inevitable. Esto depende de las posiciones de las estrellas de uno en un cierto tiempo. Y mis estrellas estaban, por lo visto, durante la tarde de aquel día, el 23 de abril de 1953, como durante la mañana del mismo, dobladas para empujarme en el contacto con los tipos más desagradables.

Yo había estado sentándome sola apenas durante una hora, cuando dos sujetos vinieron e incurrieron en mi mesa - dos sujetos flacos, morenos, cuyas miradas no me gustaron en absoluto. Uno sentado en la parte de enfrente mía, el otro a mi izquierda, entre su compañero y yo. Este último me pareció aun más no ario que el anterior (si uno puede en absoluto hablar de grados en tales asuntos). Ellos hablaron durante mucho tiempo, con una voz baja, misteriosamente. Fingí beber a sorbos el café del fondo de mi taza (donde no había, de hecho, una gota restante) mientras en realidad escuché con toda mi atención lo que los hombres decían. Escuché en vano. Yo no podía seguir la conversación. Apenas agarré trozos de ella: los nombres de pila, (sin sentido para mí) de la gente que los dos hombres conocían, y de quienes el que se sentaba cerca de mí preguntaba noticias; la perplejidad de frases como "... él estaba allí con nosotros; ¿recuerda usted? ¡" o "ese que no volvió " o "los tiempos malos no se han terminado - todo menos! usted lo verá por sí mismo... Pero voy a Viena mañana...; desde allí...! " Pero yo no podía agarrar una palabra de lo que ellos dijeron después de esto. Esto sonó a alguna lengua diferente, con una palabra alemana aquí y allá. ¿"Yiddish?" me pregunté yo; "quizas."

Pero yo no estaba segura. ¡Por fin, el hombre que no iba a Viena se levantó y dijo al otro "Buena suerte a usted! Nos encontraremos otra vez, de todos modos... " a que el otro contestó: ¡"Seguramente!" el anterior entonces se marchó. Y un juego de tentativas pronto comenzó para mí.

Sentí que el hombre que permaneció - aquel quien estuvo a punto de ir a Viena, - se dirigiría a mí. Y entonces él lo hizo. Pero sentí al mismo tiempo que, quienquiera él puede haber sido, él no era la clase inocua de tonto con el cual yo me había encontrado por la mañana. Seguramente no inocuo, y quizás no un tonto. Y decididamente no un alemán. Él trataría de averiguar de quién yo alardeaba antes de haber sido un internado en un campo de concentración, durante nuestros días del poder - aunque yo estuviera prácticamente convencida que él había estado en uno: ¡él pareció bastante judío para merecer un lugar de prioridad en tal institución! Y una cosa que me sorprendió consistía en que él había logrado salir de ella.

Él me hizo la pregunta habitual: ¿"donde va usted, si ello no es demasiado indiscreto para preguntar?"

"A Landsberg. "

Él no pareció gustar del sonido del lugar. "Landsberg," repitió él; ¿"el sitio dónde están los criminales de guerra?" Inmediatamente entendí que mi única esperanza de seguridad en presencia de este sujeto estaba en mi capacidad de hacerme pasar por un imbécil perfecto. ¿"Criminales?" dije yo. "No se. Supongo que hay criminales en todas partes, como hay gente honesta en todas partes."

El hombre mostró signos de impaciencia. "Dije criminales de guerra," enfatizó él.

¿¿Criminales de guerra?? "

"Sí; ¿no entiende lo que digo? ¿no habla alemán?"

"Lo hago, un poco. Entiendo cuando usted habla despacio y claramente; pero aun entonces, hay muchas palabras que yo no se. Soy una extranjera."

¿"De qué Nacionalidad?"

"Griega."

¡"Oh eso es bueno!" contestó el hombre. Los griegos "lucharon bien, durante la guerra."

"No," dije yo, fingiendo no entender. "Durante la guerra yo no estaba en Grecia. "

"No dije que usted estaba. Dije que los griegos - su gente - lucharon bien; lucharon en nuestro lado, quiero decir. ¿Me entiende usted, ahora? "

"No puedo distinguir lo que usted quiere decir con 'en nuestro lado'... ¿En qué lado estaba usted?"

"Quiero decir en el lado de los Aliados, contra los monstruos Nazis. Yo soy Polaco..."

"Un sucio Yid polaco," pensé para mí. Pero el sujeto no me dio tiempo para pensar. ¿"y qué va usted a hacer en Landsberg?" preguntó él, continuando su interrogatorio.

"Yendo a ver a una prima mía que está casada allí," contesté, mintiendo descaradamente.

¡"Casada con un alemán! "

"Sí, sí; con un hombre muy bueno. Ella le conoció en Grecia durante la guerra. "

¡"Hum, hum!"

La idea no era obviamente aquella sobre la que yo debería haber escogido, si deseaba yo complacer al "Polaco dudoso." Pero esto apartaría la conversación de la política. O, al menos, imaginé eso. Pero fui confundida. Por fin el hombre me puso una pregunta directa: ¿"ha oído sobre campos de concentración, cierto?"

"No," contesté, pareciendo tan inocente como yo posiblemente podría, mientras hacia todo lo que estaba en mi poder para guardar mi cara recta.

El hombre estuvo asombrado - si no positivamente indignado.

¡"No me diga que usted nunca oyó de tales sitios como Buchenwald, por ejemplo!" gritó él. "yo estuve en Buchenwald, durante la guerra; yo, y aquel camarada mío a quien usted recién vio dirigirse a mí. Él, y su hermano y yo, y muchos de nuestros parientes, algunos de los cuales son famosos, estábamos entre los enemigos más resistentes de la tiranía de Hitler. El amigo de mi hermano murió en Buchenwald, ¿entiende usted? Si hay cualquier humanidad en usted, debería recordar nuestros nombres, Olszewski y Scholl, los héroes de la resistencia contra el Tercer Reich. ¿Me entiende usted?"

"Scholl," reflexioné yo; "Heinrich y Sophie Scholl, hermano y hermana, ejecutados el 22 de febrero de 1943, por traición y sabotaje al esfuerzo de guerra alemán. He oído de ellos, por supuesto: ¿quién no lo ha hecho? La propaganda antinazi hizo bastante alboroto sobre ellos, entonces. Me pregunto lo que este tipo (cuyo amigo está probablemente relacionado con el par) diría, si yo llegara a decirle que la única razón por qué recuerdo la fecha de la ejecución con tal exactitud es que resulta ser justo un día antes del trece aniversario de la muerte de Horst Wessel...? " Pero guardé aquellos pensamientos dentro de mi mente, y seguí jugando el papel de una persona muy ignorante.

"Entiendo que yo debería recordar sus nombres porque ustedes son gente importante, héroes de algo, - pero yo no podía comprender exactamente de qué. Y les recordaré a ellos, descansen seguro. En cuanto a Buchenwald, nunca he estado allí. ¿Qué tipo de lugar es? ¿Lejos de aquí? ¿Algo que valga ver en el paisaje del camino? Y también me gustaría preguntarle que es aquella cosa contra la cual usted luchó: ¿el Tercer Reich'? Nunca he oído de ello. Perdóneme, si estoy mal informada: pero yo estaba en India durante la guerra..."

Yo estaba (a fin de justificar mi ignorancia abismal) cerca de decir que yo había vivido en un harén. Pero yo no tenía tiempo para ello. El sujeto repentinamente se levantó, a fondo repugnado conmigo.

¿"Cómo logró usted viajar tanto, si realmente es tan tonta como parece ser?" dijo él, después de una pausa corta, controlando su cólera.

"viajé en la esperanza de hacerme un poco más sabia," contesté con una sonrisa. "Pero por lo visto, era inútil."

¡El Judío polaco me dio una mirada viciosa, y se alejó - por fin!

Pasé el resto de la noche en aquella mesa. Varias otras personas vinieron y se sentaron allí uno tras otro, los últimos de todos eran una pareja amistosa que habló a mí durante mucho tiempo - gente buena, y alemanes buenos, de hecho; pero demasiado a fondo envenenados por influencias cristianas para estar, sin reservas, en nuestro lado. Eran aproximadamente las tres en punto cuando ellos se marcharon. Durante mi última hora en Munich, yo estuve sola.

Cerré mis ojos, y traté de imaginarme la atmósfera de esta estación de ferrocarril en los días gloriosos; y el remordimiento que siempre-se-repite otra vez me atormentó por no haber venido años antes. Y añoré y añoré para la vuelta de nuestro régimen - no importa como; ¡por medio de que intrigas, de que alianzas temporales, de que concesiones aparentes a fuerzas hostiles, que podrían ser usadas, antes de que ellas sean finalmente aplastadas! También tuve muchas ganas de jugar una parte, pese lo pequeña que ella sea, en la aplicación de la venganza próxima y de la resurrección próxima - otra vez, no importa como y donde; "donde sea que deba ser, el más útil, y de esa manera, en que puedo ser más útil, pensé. Sentí que mi destino era sólo un detalle dentro de aquel Destino enorme que prepara el triunfo irresistible de la Verdad - el reconocimiento de nuestro querido Führer por todos los arios; el establecimiento del Gran Reich como Él lo concibió.

Y un poco antes de las cuatro y media, fui y me senté en el tren prácticamente vacío que debía llevarme a Landsberg am Lech.

CAPÍTULO V

LANDSBERG AM LECH

El 24 de abril de 1953.

Con una emoción extraña leí el nombre de la pequeña ciudad sobre la pared de la estación: Landsberg am Lech. Y salí del tren como yo habría hecho en un sueño. "Landsberg, el lugar del martirio - el lugar de la gloria," pensé. Y las lágrimas se apozaron hasta mis ojos en el recuerdo de todo lo que el nombre nos significa; de todo el sufrimiento y heroísmo que esto evoca, a partir de los primeros días del cautiverio del Führer hasta la hora presente cuando, detrás de las ventanas ocluidas de la misma fortaleza triste en la cual él soñó y planeó - seguro de su misión - y escribió el Libro que nos inspira, cientos de sus discípulos fieles siguen, día a día, atestiguando a su grandeza y a la verdad que el proclamó. Estaba frío, pero el cielo era puro. Este iba a ser un día brillante.

Salí de la pequeña estación tranquila en una calle limpia y tranquila como uno podría haber visto en cualquier ciudad provincial alemana con una doble fila de casas pacíficas con intachables persianas en sus ventanas, y flores sobre muchos alféizares; tiendas - todas todavía cerradas, a tales tempranas horas; - y ocasionales Gasthaus y Wirtschaft, en los cuales sería capaz pronto de tomar algo caliente para beber.

Después de unos pasos, di vuelta a mi izquierda, en una calle cada pedazo similar a la primera. Directamente delante de mí, un amplio puente de piedra sobre el río Lech prolongó la calle. Paré un minuto; miré el puente; miré la colina arbolada escarpada que se elevó al otro lado del río; en el viejo castillo en la cumbre de la colina. Yo vería ahora todo eso: crucé el puente paseando encima de la colina; anduve abajo otra vez. Yo podía. Yo era libre. Yo podría ir dondequiera que me complaciera, sola; no observada (o al menos no obviamente mirada). Pero en algún sitio en esta pequeña ciudad, tan pintoresca y tan pacífica, varios cientos de hombres, todos mejores que yo, - hombres de las S.S.; generales; Gauleiters; hombres que habían luchado y habían sufrido para mis altos ideales, mientras yo estaba todavía en Calcuta hablando de ellos; los hombres que habían soportado victoriosamente la prueba de la tortura, a la cual yo nunca había tenido el honor de ser puesta - no podían salir de sus celdas. ¡Y ellos habían estado allí ocho años, mientras yo había permanecido en una celda menos de ocho meses! Me estremecí de cabeza a los pies cuando aquel hecho simple, - aquel hecho trivial que yo era libre, - de repente alboreó sobre mí, en contraste con la conciencia de su cautiverio. Y me sentí pequeña. Pequeña, y tan humilde como el polvo; avergonzada de mi derecho de ver el mundo soleado.

Mitad de camino a través del puente, me paré. Inclinéme en el parapeto, miré el agua gris verdosa que se precipitó desde un nivel diferente, que forma a través de una parte de su lecho una cascada rugiente de uno o dos metros de alto. Miré... pero pensaba todo el tiempo en ellos. Ellos no podían ver aquella presa natural, dividiendo las aguas del Lech en un espejo móvil y un torrente de espuma. Ellos no podrían ver, ni los árboles verdes encantadores sobre las orillas del río, ni el juego del Sol en las gotas de spray y sobre la superficie líquida resplandeciente. Ellos no eran libres. Y era por mis ideales de toda la vida, por el amor a mi filosofía aristocrática de la vida (por el amor al nuevo Reich alemán que, solo en el Occidente, había establecido aquella filosofía como la piedra angular de su propia existencia como un Estado) que ellos habían perdido su libertad, mientras otros - millones de otros; millones de alemanes - habían perdido sus vidas. Para aquellos ideales arios: mis ideales. Para la supervivencia y régimen de la raza aria; su raza y la mía también. ¿"Mártires de nuestra Causa santa, mis amados, mis superiores, cómo seré capaz alguna vez de reembolsarles mi deuda de gratitud y a su gente?" pensé.

* * *

Seguí uno de los caminos tortuosos que conducen a la cumbre de la colina. El paisaje se ensanchó bajo mis ojos, cuando subí. Pronto, yo podría ver la ciudad entera - no una muy grande, en efecto, - y los campos verdes que se estiran en todas partes de ella, y los bosques verdes que se extienden más allá de éstos y limitan el horizonte. Y en algún sitio al otro lado del río Lech, entre la ciudad y los campos, vi un poderoso racimo de edificios rodeados de paredes altas, y pensé inmediatamente:

"Esa debe ser la famosa Fortaleza de 'Landsberg am Lech,' - el lugar donde él estuvo cautivo un año; donde ellos están cautivos durante ya ocho años." Y una vez más el ansia desesperada para el día que ellos serán todos libres (y otra vez en el poder) llenó mi corazón, cuando imaginé para mí a mis camaradas queridos, mis hermanos en la fe, que se sientan detrás de aquellas paredes. Y al mismo tiempo, mi viejo odio salvaje a nuestros perseguidores me poseyó, tan violentamente como en 1945 y 1946, durante el Juicio de Nuremberg.

Alcancé la cima: una plaza plantada con árboles, desde la cual puede verse la ciudad y paisaje circundante aún mejor que de cualquier lugar por el camino. Durante mucho tiempo, permanecí allí, estando de pie contra la pared de piedra baja que bordea la plaza en aquel lado de ella donde la roca cuelga verticalmente sobre las cuestas de la colina. Más allá de muchas azoteas rojas y chimeneas, más allá de los parches verdes, por el río, mis ojos permanecieron fijados sobre aquel racimo de edificios con torres - la Fortaleza - de la que el Sonido de una sirena - la sirena que regula la rutina matinal de los presidiarios del lugar desde la penumbra - ahora mismo me alcanzó. "Debe ser las seis y media," pensé - "tiempo de desayunar." e imaginé a mí la distribución de "mook-fook" - una bebida insípida (agua caliente vertida sobre semillas cocidas molidas hasta polvo) que se supuso era un sustituto del café - y del pan seco, a filas largas de presos todos esperando, cada uno con su lata en la mano - como en Werl. Cada mañana durante ocho años esto había sido lo mismo. ¿Por cuántos años más seguiría la rutina?

A mi izquierda, colgando sobre la roca de un nivel ligeramente más alto que la plaza misma, noté un balcón de madera. Desde allí, uno podría ver seguramente la ciudad aún mejor que desde mi lugar. El balcón corrió a lo largo de la planta baja de un Gasthaus und Café, encima de una parte arbolada de la escarpada colina. Un camino condujo desde la plaza a la entrada de la cafetería. Me acerqué y llamé - pero estaba cerrado. Una muchacha joven aproximadamente veinte o veinticinco me dejó entrar. No había un alma allí, salvo un perro bien alimentado, amistoso que dio la bienvenida a mí en la manera ruidosa, abierta de las especies caninas. Acaricié la cabeza lisa, blanca y negra, mientras los ojos elocuentes, casi humanos examinaron los míos como si dijera: ¡"Me alegro que usted haya venido, Amigo de animales! Le conozco sin haberle visto alguna vez; ¡le conozco, y le amo!"

La muchacha pidió perdón por las filas de sillas que estaban de pie al revés la una sobre la otra, en las mesas. "Lo siento," dijo ella; "la cafetería no está todavía abierta. Pero pronto lo estará. Si usted gusta esperar un rato..." y dando vuelta al perro, ella le reprendió de buen humor: ¡"Ahora, Fidu, este tranquilo! ¡Es suficiente! ¡Criatura mal traída!"

Fidu dejó de ladrar y brincar, pero permaneció a mi lado, meneando su cola. ¡"Oh, déjele!" dije yo a la muchacha. "Es tan encantador ver a animales que no tienen miedo de seres humanos - al contrario; - ¡animales que saben (como es el caso, aquí en Alemania) que los seres humanos no los dañarán! Hace a uno sentirse feliz de ser una persona, mientras en tantos países uno está tan a menudo avergonzado de ser una..." Entonces, contestando su sugerencia, añadí: "no pienso que esperaré antes de que la tienda abra. Todo lo que quiero sería echar un vistazo a la ciudad desde el balcón sobre la roca al otro lado... Pero, por supuesto, de haber estado abierto el lugar, yo también habría tomado una taza de café." (realmente no deseé beber algo; pero imaginé que yo no podía pedir posiblemente ver la ciudad desde el balcón, y no pagar de algún modo para aquel privilegio.)

La muchacha me observó durante un minuto, como si fuera a asegurarse que yo era una mujer a quien tal oferta podría ser realizada, y luego dijo, a mi sorpresa: "Pero si le gusta - si no le parece demasiado incómodo - usted puede tomar una taza de café conmigo en la cocina. Estoy a punto de tomar mi desayuno."

La oferta me tocó profundamente. Seguí a la muchacha en la cocina; Fidu me siguió, y yacío en mis pies. Y la muchacha se dirigió a mí mientras el agua se calentaba.

¿"La primera vez que usted ha venido a Landsberg?" preguntó ella.

"Sí; primera vez."

¿"Yendo para ver a alguien en la prisión? ¿alguna relación suya?"

Me sentí honrada más allá de la expresión en la idea que alguien podría tomarme por un pariente de uno de aquellos mártires del deber que reverencio. ¿"y quién puede decir alguna vez?" pensé. "yo podría estar, después de todo, distantemente relacionado con algunos de ellos. Soy en parte al menos de sangre Vikinga. ¿Quién sabe si el navegante feroz que se instaló en Inglaterra hace mil años y se hizo el antepasado de la familia de mi madre, no tenía hermanos (o hijos) instalados en Schleswig-Holstein o en la costa de Pomerania? Mis antepasados del Mediterráneo eran también hombres del Norte que fueron al sur - sólo un poco mas al sur, y muchos siglos antes. No hace mucha diferencia, realmente." Pero, por supuesto, la muchacha se refería a una relación infinitamente más cercana. Contesté su pregunta francamente.

"No tengo ningún 'pariente real' entre aquellos que han sido lanzados en esta prisión por la única razón que ellos han cumplido su deber fielmente, pero considero a todos ellos como mis hermanos, no solo eso, como mis superiores."

"Todos nosotros lo hacemos," contestó la muchacha. Y sus ojos estaban llenos de amistad y confianza cuando ella virtió mi café - como si yo fuera un vecino o un viejo conocido. Ella entonces sirvió otra taza (para ella) y cortó dos rebanadas del pan, que ella untó con mantequilla. Ella me dio una; puso otro en un plato, por su taza, y fue y trajo un pote de mermelada de un armario. "No que da mucha," dijo ella disculpándose, "Pero lo terminaremos. Esta es de ciruela. ¿Le gusta la mermelada de ciruela, no es cierto?"

Como dije antes, yo no tenía ningún deseo de comer o beber. A lo más, yo podría haber comido una rebanada de pan seco. Uno no puede venir a tal lugar como Landsberg, y no sentir que habría que ayunar. Francamente deseé "ayunar en la conmemoración de todos mis camaradas y superiores que habían sufrido y habían muerto; en conmemoración de los años de hambre; y en expiación para mis omisiones pasadas: para el hecho que yo no estaba en Alemania durante aquellos años completamente horribles 1945, 1946, 1947; que yo no hubiera sido detenida ya en 1945, con los demás. Pero esta muchacha alemana joven, tan comprensiva, me ofrecía una buena comida con todo su corazón. Ella podría pensar que no la encontraba bastante buena si no la comía. Entonces la comí, dando también un bocado del pan y mantequilla y un terrón del azúcar al perro, como ella hizo. Y reanudamos nuestra conversación sobre la "Fortaleza" y sus presidiarios.

¿"Qué piensa la gente, aquí en Landsberg, de este insulto permanente a Alemania?" pregunté yo.

¿"Qué pensamos? Puedo decirle, porque sé que usted está en el lado correcto," contestó ella. "No hay un alma en Landsberg que no odie a aquellos cerdos - los 'Amis' - y quien no espera ardientemente para el día de la venganza."

¡"Me alegro de oírlo!" grité yo. "Espero para aquel Día tan ardientemente como cualquiera." La muchacha estrechó su mano a mí.

"Dígame;" seguí yo, "Cual era la reacción general a aquella última atrocidad pública de los 'Amis,' quiero decir, al asesinato de los Siete el 7 de junio, hace casi dos años..."

¡"Sí, aquel horror, seis años después del final de la guerra!" interrumpió la muchacha. "Estábamos todos tan indignados que habríamos rasgado, de buena gana, a cada uno de los 'Amis' a pedazos, si habríamos sido capaces de poner nuestras manos sobre ellos. Y los bastardos lo sabían, y ellos tuvieron miedo de nosotros - con miedo de algún arrebato irresistible de la violencia de masas. Como consecuencia de eso Landsberg estaba, durante unos días, tan lleno de jeeps y sujetos de la "Policía Militar" que uno podría haber pensado que las malditas fuerzas de Ocupación enteras habían sido concentradas aquí. ¿Desarmados, qué podríamos hacer contra todo esto? Con la rabia en nuestros corazones, miramos el paso del tiempo. Todavía esperábamos - contra toda la esperanza. No creímos

en su "humanidad." sabíamos que todo eso es tontería. Pero nos atrevimos a esperar que los bastardos no fueran tales tontos como para encender nuestro odio, justo cuando ellos necesitan a soldados alemanes tan mal. Pero un día nos dijeron que lo irreparable había sido hecho que los Siete habían sido ahorcados entre la medianoche y a las dos y media de la mañana. Nunca, nunca olvidaremos... !"

"Nunca olvide, y nunca perdone..." acentué yo, repitiendo el último mensaje que había dirigido a mi mejor camarada y amiga, durante el día antes de que yo hubiera dejado Werl, más de tres años antes; las palabras que yo había pronunciado por todas partes de Alemania, tantas veces desde mi vuelta. Y añadí después de una pausa, recordando aquellos días de agonía mental y lucha desesperada, que en efecto "nunca olvidaré": "Hice todo lo que yo posiblemente podría para salvar las vidas de los Siete: escribí a McCloy el 2 de febrero de 1951, sinceramente ofreciéndole mi propia vida en lugar de las suyas, como muchos otros han hecho; envié un telegrama a Truman el 15 de febrero, diciéndole que era "en el interés de EEUU." salvar a los presos; escribí a la Corte Suprema de Justicia en Washington. Pero era todo en vano..."

"Usted esta en lo cierto cuando dice que no era la única," contestó la muchacha. "Entre aquellos que ofrecieron sus vidas estaba un sacerdote Católico que había sido internado durante los días de Hitler (todo menos un Nacionalsocialista, mientras usted es uno, y fanático, si puedo decir así). Cientos de miles han firmado una petición que fue enviada a Truman. Como usted dice: era todo en vano. Pero un día los 'Amis' pagarán por aquel crimen; pagaran un precio terrible..."

¡"Deseo que ellos lo hagan!" grité yo.

Durante un minuto o dos estuvimos silenciosas, absortas en nuestras memorias y en la anticipación alegre de la Justicia próxima. Entonces, girando a la muchacha una vez más: "Es refrescante ver aquel espíritu en usted dije yo por fin. "Hace a uno sentir que Alemania tiene un futuro."

"Todos tienen aquel espíritu, aquí en Landsberg," contestó ella; "todos, con la única excepción de aquellas pocas mujeres que van con los 'Amis' y quienes no son de este lugar, la mayor parte de ellas. ¡Hembras, las llamo, no muchachas alemanas! ¡Nunca! ¡Yo no estaría con un 'Ami' por ninguna cantidad de dinero! ¡No los tocaría con un par de pinzas! En cuanto a permitir a uno de ellos para tocarme... ¡peuh!"

Su cara tomó una expresión de repugnancia completa.

En cuanto a mí, el mero pensamiento de muchachas alemanas vendiendo sus cuerpos a los torturadores de mis camaradas y mis superiores me hizo tan indignada que hablé en un impulso: "Yo no tocaría a ningún maldito asesino Antinazi con un par de pinzas... ¡a menos que las pinzas fueran rojas caliente!" declaré yo, con llamas en mis ojos.

Las palabras no eran una exageración retórica. Ellas expresaron sin rodeos mi asco físico positivo para cualquier hombre que odia a nuestro Führer y nuestra fe gloriosa. Pero me pregunté si yo no había, a pesar de todo, ido un poco demasiado lejos, e impresioné a la muchacha con la evocación espantosa implicada en mi discurso. La muchacha, sin embargo, no me dio el tiempo para preguntarme. ¡"Bien dijo!" gritó ella, con el acento inequívoco de la aprobación entusiasta. Y ella se rió bulliciosamente - no "sorprendida" lo más mínimo.

Nos levantamos, y ella me llevó al balcón desde el cual yo había querido ver la ciudad. Ella señaló a la "Fortaleza" entre los árboles verdes que lindan con el río Lech y los campos verdes enormes más allá de los límites del área habitada. "Esa es la prisión," dijo ella: "el lugar en que los hombres más finos de Alemania son castigados por haber servido su patria con toda su energía, hasta el final. O mejor dicho, uno de los varios sitios, - pues hay más de uno, como usted sabe. Y el que usted ve allí, en la mismísima izquierda, es la capilla... pues nuestros perseguidores creen en Dios (o fingen que ellos lo hacen) y desean salvar las almas de los llamados 'criminales de guerra' y al lado de la capilla - entre ella y la Fortaleza propiamente tal - está el cementerio donde tantos mártires son sepultados... Usted puede visitar la capilla y el cementerio. Pero usted no puede visitar la prisión sin un permiso especial de los 'Amis.' y sé que usted nunca iría y les pediría por su parte más de lo que yo."

¿"Yo? ¡Yo debería pensar no! Yo no podría soñar con tal cosa," interrumpí yo. "Todo lo que quiero - todo para lo que he venido aquí - es pasar el día en algún sitio tan cerca de la Fortaleza como pueda, y pensar en él que fue internado allí hace treinta años, y de aquellos que son ahora cautivos por el amor a Alemania y a él."

"Le entiendo."

Volvimos a la cocina, donde yo había dejado mi bolso en la mesa. Antes de marcharme, pregunté a la muchacha lo que le debí por mi desayuno.

"Nada," contestó ella. "usted es uno de nosotros, vino aquí en una peregrinación."

"Lo soy, sin duda," contesté. "aun así, tenemos que vivir." Pero ella insistió en no ser pagada.

Discretamente, dejé una moneda de un marco bajo un montón de periódicos sobre la mesa. Entonces, levantando mi mano y mirando atentamente a la muchacha, pronuncié con una voz baja el saludo de nuestra fe común: ¡"Heil Hitler!"

¡"Heil Hitler!" dijo ella en su turno, repitiendo el querido viejo gesto ritual, con toda la seriedad de su corazón.

De un salto, imaginé a mí a mis superiores en las diferentes habitaciones de trabajo de la prisión, ocupados de varias tareas diarias tristes que habían sido las suyas durante los ocho años pasados. "Mis hermanos, mis amados... Si sólo ustedes pudieran vernos; si sólo ustedes pudieran sentirnos - y supiera que ustedes no están: ¡solos!" pensé. Y mis ojos estaban llenos de lágrimas.

* * *

Pensativamente, anduve abajo la cuesta, atrás al río Lech y, a través del puente, atrás a la loma izquierda donde la "Fortaleza" está de pie. Dando vuelta a mi derecha, seguí su camino a lo largo del borde del agua, - un camino encantador, con casas y jardines y árboles en un lado de él, y árboles, arbustos, y hierba llena de flores al otro lado. No tengo que preguntar por mi camino: sentí - yo estaba segura - que este camino conducía a la Fortaleza.

El Sol no estaba todavía caliente, pero ya brillante; el cielo, inmutablemente azul. En efecto, yo no había tenido un solo día lluvioso desde que había dejado Atenas. Esto pareció a un favor especial de los Poderes divinos. ¿O la primavera alemana era siempre tan encantadora?

Recordé los prados llenos de botones de oro y los árboles frutales cubiertos de flores que yo había admirado en mi camino de Werl a Düsseldorf y luego otra vez de Düsseldorf a Werl, durante el día anterior de mi procesamiento, más de cuatro años antes. Recordé como yo me había sentido, un rato, deprimida en la idea de ser apartada del mundo soleado - de nunca ver un árbol - durante tres largos años. Y pensé en todos mis camaradas todavía entre rejas - aquí en Landsberg, y en Werl también, y en Wittlich, y en Spandau, y en otras mil prisiones y campos de concentración dentro y fuera de Alemania, dentro y fuera de Europa. Recordé a mi amiga Hertha Ehlert y los otros camaradas míos que yo sabía estaban en Werl hasta aquel día, - ¿cuánto más? Y me sentí pequeña - tan pequeña; tan insignificante, tan sin valor, comparada con ellos, la verdadera élite de hierro; mis hermanos y hermanas en la fe que han sido probadas y se han demostrado dignos. "Ellos han sufrido; yo no. Antes de someterse de las ordalías del cautiverio, ellos, la mayor parte de ellos, se han sometido a las ordalías de la tortura física, de la cual no tengo ninguna experiencia. ¡Ellos han dado a nuestro Führer infinitamente más de lo que he hecho - ay!" seguí pensando. Y los admiré. Y los envidié. Y odié las autoridades británicas (que había tratado con mi caso) por haberme negado la gloria del martirio - negandome, no solo eso, hasta la oportunidad de ser sometida a prueba.

Escuché a los pájaros que gorjearon en los arbustos y árboles por el río. Yo había estado, entonces, un rato (en el camino de regreso de mi juicio) deprimida en la idea que yo no los oiría durante tres años. Y aún así yo había permanecido, sólo unos meses en la cárcel. ¡Y cuán rápidamente aquellos meses habían pasado, ocupada como yo había estado escribiendo mi Oro en el Crisol con el consentimiento silencioso del personal alemán de la prisión! Pero ellos - mis camaradas - estaban todavía allí; todavía en Werl, todavía en Landsberg, o en otras partes. ¿Cuándo ellos otra vez serán capaces de sentarse en la hierba y escuchar al canto de las aves? ¿Y ver el Sol a través de las ramas cubiertas de hojas verdes o flores rosadas?

Un bonito niño rubio salió de una de las casas en el lado izquierdo del camino, cruzó el jardín, salió, y anduvo hacia mí a lo largo del sendero. A la vista de él, recordé lo que el Führer ha dicho tantas veces, a saber, que un niño alemán es el ser más encantador que la Naturaleza ha producido, la obra maestra de la maestría creativa de la Vida. Y pensé: ¡"Cuán correcto él es!"

El pequeño muchacho llevaba un cachorro en sus brazos; transportándolo con cuidado, como uno acostumbrado a tratar con animales y sabiendo como sostenerlos del modo que ellos estén cómodos. Él notó que yo le había prestado atención y a su animal doméstico y él me habló: "Lo llevo a la tía Emmy," dijo él, probablemente refiriéndose a alguna vecina. "El es suyo. Lo tomé para darle un poco de leche. Pero la mamá dice que debo llevarlo porque la tía Emmy lo quiere." acaricié tanto el pelo suave, sedoso, claro y rubio del niño, como el abrigo suave, mullido del joven perro. ¿"como te llamas?" pregunté al pequeño muchacho.

"Helmut. "

"Un nombre hermoso. ¿Y qué edad tienes?"

"Cuatro Años. "

"Uno de los niños del doctor Goebbels también se llamaba Helmut," pensé. Y recordé las palabras trágicas que se dice que Magda Goebbels ha pronunciado un tiempo corto antes de su suicidio y aquel de su familia entera: "si el Tercer Reich deja de existir, mis seis niños no tienen ningún lugar en esta Tierra... " Este Helmut nació cuatro años después de la muerte del otro. Él viviría y vería la resurrección del Tercer Reich y aprendería a amar al Führer - el Führer de Alemania para siempre. Él marchará en los nuevos desfiles, después del Día de la venganza. Mientras tanto, él anduvo a la sombra de los árboles, sosteniendo al cachorro en su brazo izquierdo mientras lo acarició suavemente con su mano derecha.

¡"Mi Querido Führer, cuán correcto, que absolutamente en lo cierto estaba usted es!" pensé por la millonésima vez, cuando reflexioné sobre aquella amistad innata hacia criaturas vivas que, más elocuentemente que algo más, proclama, en mi valoración, la superioridad natural de la raza Germánica. Yo podría imaginar fácilmente un niño escandinavo, un niño inglés y tal vez algunos niños franceses - aunque seguramente no todos, no, quizás no la mayoría - actuando en la misma manera, pero (aparte de excepciones raras) no un niño de Europa del Sur o del Cercano o Medio Oriente. "la bondad espontánea a criaturas es tanto un signo de la pureza de sangre aria como una nariz rectamente formada o como oídos en la línea correcta, etcétera," concluí yo. "Eso distingue al ario que merece pertenecer al Gran Reich alemán - el europeo nórdico - de aquel de clase menos pura." Y recordé con satisfacción que yo, desde la infancia más temprana, me había puesto, en este sentido, entre los arios privilegiados.

Fui absorta en tales reflexiones cuando, de repente, apareció ante mí, en el lado opuesto de un camino más amplio, al cual aquel que yo estaba siguiendo conducía, la entrada principal de la prisión Landsberg.

* * *

La entrada como tal era - a primera vista - menos prohibitiva que aquella que recordé tan bien, en Werl. Había un jardín, con céspedes esmeraldas bien definidos y lechos de flores esmeradamente podados, y árboles, delante de ello. Y la puerta pareció nueva, y estaba pulida. Y fácilmente imaginé el

lujo de las oficinas del Alcaide y Jefe de Guardias y los cuartos privados: el lujo americano, que deja hasta a los británicos lejos detrás de ello. Por todo lo que yo sabía, las habitaciones de recreación de los presos y sus celdas mismas eran posiblemente más cómodas que aquellas en Werl o Wittlich - o Stein - ahora, al menos, que los amos del lugar comprenden cada vez más cuanto necesitan la colaboración de aquellos contra quien ellos una vez condujeron su siniestra "cruzada a Europa"; ¡Los americanos creen que ellos pueden comprar a cualquiera - incluso a nosotros! - con buena comida y comodidades. (Nuestros otros perseguidores son a menudo bastante tontos para creer lo mismo... ¡hasta que consigamos nuestra oportunidad [por fin!] y saquemos de golpe la estupidez de ellos con un golpazo imperioso en la cabeza.)

Pero toda aquella fachada de lujo simplemente me hizo más sumamente consciente del horror - y santidad - del lugar dos veces famoso de penumbra, muerte y gloria. Yo sabía que, sólo unas yardas más allá de aquellos céspedes y macizos, en algún sitio, más de trescientos de mis hermanos en la fe habían muerto para nuestro Führer entre 1945 y 1951, en las manos de estos bastardos americanos, creyentes en el dinero. Y me estremecí en el recuerdo.

Y aquí, detrás de estas paredes altas, en algún sitio, - en una celda famosa que yo no vería, esta vez, - Adolf Hitler él mismo había sido internado en 1923-24, durante aproximadamente un año, y había escrito su inmortal *Mein Kampf*, nuestro Libro para siempre. Aquí, trece de sus mejores seguidores tempranos (entre quienes estaba Rudolf Hess, ahora internado en Spandau) habían compartido su cautiverio. Aquí, hasta este día, cientos de aquellos que han vivido y todavía viven en la lealtad resuelta a él y a su sueño de una nueva Alemania, son detenidos, por haber hecho su deber a fondo y hasta el final, como habría que hacer. Un día, desde las cuatro esquinas de la Tierra; pensé, - esperé yo, - hombres y mujeres de sangre aria vendrían y visitarán este lugar, como los Cristianos visitan la Prisión Mamertine en Roma, y pensarán en nuestros mártires en un espíritu de gratitud reverente. Parándome por el borde del camino, miré la prisión. Yo no podía entrar en el jardín: ambos callejones que lo traspasan fueron vigilados por centinelas armados. Y un "jeep" se paraba ante uno de ellos. (El otro fue bloqueado con montones de grava, cuando el camino estaba siendo reparado). Y dos "jeeps" más - Policía Militar - se paraban cerca del sendero de enfrente, justo detrás de mí. En efecto, yo nunca había visto una prisión tan a fondo protegida como ésta. Pareció exactamente como si los americanos tuvieran miedo; como si ellos sintieron las olas de odio que los rodean, quizás aún más salvajemente, aquí en Landsberg, que en cualquier otro lugar en Alemania; como si ellos fueran conscientes de estar en una tierra hostil - hostil a pesar de todos sus esfuerzos para sobornar a los alemanes en una alianza con ellos, - y comprendieron que el peligro, aunque ello no sea aun obvio, los amenazará pronto desde todos los lados.

Yo probablemente podría haber (como la muchacha joven a quien yo había hablado, en la cafetería en la cima de la colina me había dicho) obtenido un permiso para visitar la prisión: nadie me conocía bajo por el apellido de soltera, - el nombre en mi pasaporte; y no había ninguna razón terrenal por qué los americanos deberían rechazar tal favor a un extranjero, el subdito de uno de sus protectorados económicos y culturales en el Oriente Próximo. Recordé a los invitados que, de vez en cuando, solían andar alrededor en la "Frauen Haus" en Werl, escoltados por el Alcaide británico de la prisión, por su ayudante, (entonces, Sr. Watts), el intérprete alemán y Frau Oberin. "Bastante posiblemente, yo podría haber, en una manera parecida, sido acompañada por la prisión Landsberg por el Alcaide americano - Thomas Graham, ¿o cuál era su nombre? - y me hubieran mostrado sitios de interés histórico": la celda de Adolf Hitler, y el lugar de ejecución de los llamados 'criminales de guerra'. Técnicamente hablando desde el punto de vista administrativo - yo podría haberlo hecho. Pero en realidad, siendo cual soy, yo nunca podría haberlo hecho. Yo habría muerto más bien que ser vista por mis hermanos cautivos, por mis superiores, en la compañía de nuestros perseguidores; más bien que verlos, sin decirles como los reverencio; más bien que soportar su desprecio silencioso - el desprecio del león cautivo para los subhombres feos que sonríen abiertamente alrededor de su jaula - sin gritarles; ¡"Mis camaradas, no me tomen por un 'turista' que viene a ver como los 'criminales de guerra' lucen, o por un tonto insultante que viene a compadecerse de usted! ¡No! ¡No! He venido del mundo de los libres para decirle a ustedes, cautivos de ocho años para el amor a nuestra fe Nacionalsocialista común: "Tengan esperanza, nuestro Día se acerca. ¡Cada segundo que pasa le trae más cerca no sólo a la libertad largamente deseada, sino al poder conquistado de nuevo!"

¿Si no me permitieran decirles esto, qué utilidad tenía visitar esta prisión? Un día, - cuando ésta ya no

esté en manos de nuestros perseguidores - mis camaradas me llevarían a la celda en la cual Adolf Hitler escribió Mein Kampf, y también al lugar de martirio, y observarían el silencio conmigo en conmemoración del cautiverio de nuestro Líder y del sacrificio de sus fieles. Mientras tanto, - pensé, - yo andaré alrededor del local: veré las paredes externas de la Fortaleza: y pensaré en aquellos que esperan dentro para que nuestro Día alborde.

* * *

Di vuelta a mi derecha, y anduve a través.

A lo largo del camino, bastante cerca del recinto de prisión, están las casas en las cuales viven aquellos americanos que están relacionados con el servicio de prisión: las casas que parecen recién construidas, con jardines. Vi a niños jugar en aquellos jardines - a niños no diferentes de aspecto, muchos de ellos, a los alemanes: niños nórdicos. Pero sus padres eran "Americanos." y ellos irían a escuelas americanas, y le darían clases para odiar a nuestro Führer y todo para lo que estamos de pie, y lanzar la responsabilidad entera de esta guerra sobre Alemania Nacionalsocialista. Y la mayor parte de ellos harían eso por una rutina, sin cuestionar alguna vez la exactitud de los hechos o la solidez de los principios posados ante ellos, porque los niños en general no son - ni los buscadores apasionados de la consecuencia como yo era como una niña - y creen lo que sus libros de historia y los adultos les dicen. Y aún, entre aquellos pequeños, había descendientes de alemanes que habían emigrado una vez a EEUU. - niños alemanes, por sangre. Una vez más recordé al niño griego nacido en EEUU. a quien yo había encontrado años y años antes - el pequeño muchacho que quiso ser un americano.

"Maldito EEUU. el asesino de naciones," pensé; "asesino de aquellas verdaderas almas colectivas, inseparables de sangre y suelo, por las cuales, solamente, el hombre puede levantarse a la conciencia de la Divinidad viva; - a la experiencia de su propia grandeza, dentro de y a pesar de su insignificancia personal. ¡Pueda usted y sus 'valores democráticos' y su 'conciencia universal' mendaz desaparecer para siempre de la superficie de esta Tierra!" ardientemente deseé que, en vista de que ellos eran de sangre nórdica, aquellos niños maldecirían, un día, su falsa educación, despreciarían a sus padres tontos, crédulos, reconocerían el eslabón natural más profundo que une a ellos, a pesar de todo, a nosotros, y proclamen su lealtad a un futuro Reich ario mundial bajo el mando de Alemania. Y anduve a través.

Di vuelta a mi izquierda y seguí el recinto externo de la prisión: una larga, larga, pared blanqueada, encima de la cual corrieron varias filas de alambre de púas, que yo sabía que habían sido electrificadas, y a ambos finales de las cuales podría ser vista una atalaya cuadrada ocupada por un centinela americano armado. Del lado opuesto del camino (donde yo estaba), era visible que una distancia bastante grande separó aquel recinto de un segundo, desde el cual surgieron las azoteas rojas y una parte de las paredes grises de los edificios de prisión actuales. Yo caminé a lo largo en la hierba, contando los contrafuertes que podrían ser vistos con intervalos regulares el uno del otro, contra aquel recinto interior. Ellos eran cincuenta y tres, si yo conté correctamente.

Anduve por delante de una casa encantadora que parece rodeada de un jardín de flores. En el porche que afronta aquel jardín, un hombre estaba sentado en una mesa, por lo visto tomando algún refrigerio. "Otro de aquellos 'Amis confundidos' - ¡una plaga en todos ellos!" pensé. Nunca me había gustado la vista de un bungalow inglés en India. Los ingleses pueden ser, en conjunto, de un nivel racial más alto que aquel de las enormes multitudes no arias de India. Pero su cristianismo, aun cuando ellos no trataron de extenderlo, (y tanto más cuando ellos lo hicieron), los hizo indignos para explotar hasta aquellas masas no arias: los hizo hipócritas al grado que ellos hicieron así. Y las castas arias de India, fieles a la Enseñanza histórica de la armonía dentro de la jerarquía racial ordenada por Dios, eran, en mis ojos, con mucho más dignos que ellos para sostener la tierra y disfrutar de su riqueza. Pero ver a Yanquis vivir en Alemania como los ingleses una vez hicieron en India es demasiado - sobre todo cuando su maldito "bungalow" está justo unas yardas lejos del recinto externo de la prisión Landsberg; ¡supervisando ello, por decir! - un signo espantoso de lujo inmerecido y poder, poniendo el insulto a aquellos que sufren por el amor a los valores reales de la vida, en las celdas y los talleres de la famosa Fortaleza.

Alcancé la segunda torre de la esquina, en lo alto de la cual otro centinela guardó la vigilancia, y otra vez di vuelta a mi izquierda. Yo andaba ahora entre la pared externa de la prisión - que continuó, y adelante, y adelante, con sus muchas filas paralelas del alambre de púas vivo - y una extensión inmensa de hierba. A mi izquierda, a mucha distancia adicional de la pared externa anterior, yo podría ver el racimo entero de edificios de prisión dentro de su recinto más estrecho. Podría ver la capilla al otro extremo de ello - a mi derecha cuando volví la espalda al horizonte verde y afronté la Fortaleza desde atrás. Por la misma razón que ésta estaba ahora más lejos de la pared que estuvo de pie ante mí, yo podría verla mejor, aunque mi vista mala no permitiera que yo distinguiera los detalles de sus varias partes. Pero esto no importó. Yo no había venido para estudiar el lugar. Yo había venido para estar en contacto tan perfectamente como yo podría, por las ondas misteriosas del pensamiento intenso y del amor intenso, con aquellos que admiro - a quienes reverencio. La vista de los alrededores simplemente centró mi consciencia entera alrededor de ellos exclusivamente.

* * *

Miré alrededor... El gran prado al borde del cual yo estaba de pie se extendía sin parar... El viento causaba ondulaciones, y de vez en cuando olas, aparecieran sobre su superficie, como en aquella de un inmenso lago verde. Los bosques oscuros lo limitaron en la distancia. Me senté en la hierba espesa, suave, fresca, perfumada llena de margaritas y botones de oro, campanillas y violetas salvajes, bajo el cielo azul radiante, y miré la prisión más allá de la pared y las filas sucesivas del alambre de púas vivo.

¿"Por qué estoy libre y sentada aquí, mientras ustedes están todavía allí, entre rejas, mis hermanos en la fe, mis superiores?" pensé. ¿"Por qué influencias distantes misteriosas - influencias de otro continente - han intervenido en mi favor y arrojaron las pesadas puertas de prisión abiertas de par en par ante mí, mientras ustedes, y nuestros camaradas en Werl y en otros cien sitios, permanecen cautivos?" y una vez más me sentí pequeña. Me sentí culpable por ser libre - aunque yo no hubiera hecho absolutamente nada para obtener mi liberación de Werl, una cosa que siempre era - y es, hasta este día - un enigma perfecto a mí. Sentí que yo nunca podría hacer bastante por todos y cada uno de mis camaradas perseguidos, individualmente.

El sonido de una sirena de repente rasgó el silencio divino de los campos. Y me estremecí. Se pareció exactamente a las sirenas en Werl. Esto movió en mí recuerdos imborrables. "Tiempo para ir y andar alrededor del patio durante quince minutos - que es llamado 'la hora libre' (die freie Stunde)" pensé. ¿O no era ello, mejor dicho, el tiempo para el almuerzo? En la bóveda azul inmensa del cielo, el Sol, ahora positivamente caliente, no estaba totalmente encima de mi cabeza: no eran las doce aún. Pero recordé que, en Werl, el almuerzo nos fue servido antes de las doce. Y yo no podía distinguir si era a las diez y media o a las once y media. Esto realmente no importó. Sea que esto anunció el tiempo 'libre' o el 'almuerzo' o cualquier otra cosa más, la sirena significó la rutina. Esto significó la monotonía; la monotonía inexpresable de la vida de prisión: despertarse y lavarse (con un mero jarro de agua) ir a trabajar; tener una lata de 'mook-fook' y una rebanada de pan; ir a trabajar otra vez; salir en el patio dos por dos, en fila, y andar una y otra vez alrededor durante quince minutos volver a trabajar; almorzar: ir a trabajar otra vez; salir en fila en el mismo patio durante otros quince minutos y volver; ir a trabajar otra vez; tomar la cena; tener - ¡por fin! - el derecho de bajar la cama de hierro, sujeta, durante el día, contra la pared de la celda de uno, y estar sobre ella - sea para dormir, o pensar en el pasado y hacer planes para el futuro, las autoridades de prisión no se preocupaban. Y, para los hombres detrás de estas paredes, eso había estado durando ocho años ya. ¿Cuánto más duraría esto?

Un rato, yací sobre mi vientre, en la hierba. El césped estaba fresco; vivo. Y bajo el, yo podría sentir la frescura y la fuerza de la tierra viva. Pensé en aquella tierra, de aquel suelo que es Alemania. Este se extendió por todo alrededor mío cientos de millas, en toda su hermosura invencible, trayendo adelante sus musgos y sus margaritas, su hierba y arbustos y jóvenes robles, incansablemente, desde su pecho herido; olvidando, con el toque santo del Sol, seis años de tortura bajo las bombas de fósforo, siglos de devastación bajo todas las clases de instrumentos de tormento. Y yo era consciente de ello bajo mío. Yo estaba en su abrazo. Una ligazón misteriosa, todopoderosa, casi física como nunca había existido

aún entre el y ningún extranjero, - una ternura de amante que experimenté en la profundidad de mi ser - me le unió, para siempre. Por aquella Tierra, mis camaradas queridos se habían sometido a martirio y muerte. Por aquella Tierra, aquellos por los que yo había venido aquí a estar en contacto todavía sentados detrás de aquellas paredes, a sólo aproximadamente cien yardas de distancia del lugar donde yo estaba, viven, día a día, mes tras mes, durante ocho largos años, al ritmo triste de la rutina de la prisión, y, a pesar de todo, felices de hacerlo - mil veces más felices que los traidores ahora en posiciones altas. Por aquella Tierra, nuestro Führer él mismo había sufrido la Agonía de 1945 y... quizás de los años siguientes.

Recordé las palabras de la hermosa canción:

Alemania, Palabra santa,
Tu que la Infinitud contienees...
Seas bendita por todas las épocas...! (1)

(1) "Deutschland, heiliges Wort, Du voll Unendlichkeit
Über die Zeiten fort, seist Du gebenedeit..."

"Du voll Unendlichkeit," repetí yo, dentro de mi corazón; "Tu que la Infinitud contiene; Tu por Quien la aristocracia natural de mi raza toma conciencia de su eterno Yo; ¡de su divinidad colectiva!" y atrayendo una margarita a mis labios, tiernamente, reverentemente, sin rasgarla de la tierra maternal, realicé el rito de amor - el rito religioso supremo - y besé su corazón fresco, de oro. Pensé en aquellos otros seres igualmente hermosos pero inmensamente más conscientes, savia y sustancia del mismo Suelo sagrado: mis camaradas alemanes y sus niños. Todas las tierras traen adelante hierba y flores. Y los pétalos blancos delicados son en todas partes igual de encantadores. Pero todas las tierras no dan a luz a tal gente, cuyas vidas dedicadas permanecen, en todas sus actividades inteligentes y organizadas, tan puras y hermosas como las margaritas inocentes y, al mismo tiempo, tan a fondo arraigadas como ellas en la tierra viva. El hecho que ella porta a tales hombres y mujeres hace a esta Tierra santa. Y el lazo de camaradería que me hace uno de ellos (sea el menor) a pesar de todo, ha creado entre este suelo alemán y mí - sentí yo - una filiación mística, y me hizo también una parte de ello.

Esto debe haber sido el mediodía, ya. El Sol ardía. El cielo despejado encima de mí era un abismo de calor brillante y luz, aquel Orbe ardiente, demasiado brillante para ser afrontado, llenó con su esplendor de un horizonte al otro: desde los bosques en la distancia a la línea irregular de edificios de la prisión más allá de la larga pared blanca. Un vuelo de pájaros apareció, surgiendo de ninguna parte, y navegó a través de la profundidad de la luz. Lejos, lejos encima de la Fortaleza siniestra, en la libertad eterea del espacio sin caminos, las alas de plata brillaron y se agitaron, hasta que ellas pronto parecieran como solamente puntos del resplandor, y finalmente desaparecieran en el infinito azul radiante.

Desde la prisión, una vez más surgió el sonido agudo de una sirena. Y otra vez me estremecí. Y las lágrimas se apozaron hasta mis ojos, y mi boca tembló. Mi mente se precipitó atrás a mis camaradas y superiores, aquí, en Spandau, en Werl, en Wittlich, en Stein, en Breda, en Fresnes, en la lejana Rusia y Siberia, dondequiera que ellos esten. ¿Cuánto más tendrían ellos que permanecer cautivos? ¿Y que habrían hecho ellos, sino vivir fielmente y desinteresadamente para nuestros ideales comunes, para nuestro Führer y para la verdad que él proclamó; para el Gran Reich de nuestros sueños comunes? Me senté y, contemplando el cielo en el cual las aves libres habían desaparecido, recé al Incognoscible e indecible - a él-ella-ellos - detrás del velo de la existencia visible: ¡"Lance abiertas las puertas de la penumbra, Señor Quien resplandece en el Orbe que arde, Vengador todopoderoso, nuestra única esperanza! Libérelos: aquellos que, ahora, en la llamada de la sirena, dejan los talleres para ir y tener la comida, o ir y andar alrededor del patio dos por dos; aquellos que viven bajo una rutina similar en todas las cárceles de nuestros perseguidores dentro y fuera de Alemania, ¡mientras el mundo soleado vive y canta; mientras las aves vuelan a través del cielo encima de las azoteas de sus celdas! ¡Ah, libérelos, - y déles atrás el poder que merecen!"

Recordé las palabras que yo había tantas veces pronunciado y escrito, durante, después, y hasta antes de la guerra - a partir del tiempo en el que el Judío internacional había comenzado su campaña de atrocidad mundial contra la nueva Alemania: "me considero - personalmente responsable - moralmente responsable por cualquier cosa que ha sido, es o va a ser hecho en nombre y del interés más alto del Tercer Reich y por lo tanto de la raza aria." (De hecho, apoyo a cada creyente verdadero en una Weltanschauung como siendo moralmente responsable de cualquier cosa que ha sido, es o será hecho para el triunfo de su fe, es decir, para la materialización de aquello que - habría que suponer - él o ella quieren más, en la vida; y esto, aun si ello sea "incorrecto" es decir desde un punto de vista práctico, inútil o dañoso a la causa de la fe que profesa.) Y recordé mi liberación. Y una vez más comprendí, con dolorosa agudeza, que yo era libre, mientras tantos de mis camaradas y superiores no lo eran. Y me sentí humilde, como siempre hago en tal pensamiento.

Sí; libre para quedarme aquí, sentándome en la hierba, o levantarme y marcharme; libre de coger una hoja de papel para cartas de mi bolso y escribir lo que me complaciera, sin que ello sea controlado (a mi conocimiento) - al menos, sin necesidad de esconderlo en sitios imposibles para que no sea controlado: libre para andar en una tienda y comprar más papel, cuando este estuviese terminado, sin, necesidad de pedir más (y, como en Werl, para esperar una quincena antes de que yo pudiera obtenerlo); libre de volver a Munich o estar aquí otro día: libre de enviar una carta o no enviarla: libre de ir y tomar una taza de café siempre que me gustara... mientras ellos todavía eran bloqueados por todos los obstáculos que hacen a la vida de un prisionero una miseria. ¿Y por qué? ¿Qué habían hecho ellos, de lo cual no aprobé incondicionalmente, al conocimiento de todos aquellos que gustan creer en lo que digo o leer las palabras más sinceras que escribí? ¿Qué habían hecho ellos, qué no habría hecho de buena gana yo misma, en circunstancias similares, de ser dotada con un poder similar? De hecho, yo estaba, posiblemente, más de acuerdo con las órdenes que ellos habían obedecido que muchos de ellos; e indudablemente era tan Antidemocrática y Anticristiana como el más radical entre ellos podría ser. ¡Las autoridades Democráticas eran tontos en efecto por haberme liberado, manteniéndoles a ellos en la cárcel!

Así reflexioné. Y me sentí pequeña ante todos aquellos que, hasta este día, permanecen en el cautiverio por el amor de mis- de nuestros ideales -. "Todo lo que puedo hacer ahora es justificar, al sumo de mi capacidad, aquel privilegio inmerecido de la libertad que los Dioses me han dado," pensé. ¡"Pueda cada minuto de mi vida atestiguar a la grandeza de nuestro Führer! ¡Puedan mis pensamientos, mi discurso, mis acciones, mis escrituras, nunca dejar de ser el tributo vivo de la lealtad de un ario a él y a su Alemania!"

Y me alegré de sentir que yo había, al menos hasta ahora, usado mi libertad para el servicio de la verdad de Adolf Hitler, a la exclusión de todo lo demás.

* * *

Otra sirena se escuchó - otra señal en la triste, rutina cotidiana. "La hora Libre, probablemente," conjeturé; ya que esto era definitivamente mucho tiempo después del momento de almuerzo. Ocio; luego otra vez trabajo; luego cena... La sucesión desesperada de ocupaciones seguía, como esta había hecho durante el día precedente y durante el día antes, y durante el día antes de aquel, etcétera, hasta aquel día triste - ahora, hace casi ocho años - cuando nuestros camaradas habían sido guiados al cautiverio; como esto seguiría cada día, hasta que el último día - el día de su liberación - alborearía. ¿Cuándo? ¿Cuándo?

Ellos vivían, - ellos viven, hasta este día - cortados de la corriente del tiempo, sin medios de conectar el pasado, que ellos conocían, con el futuro, en el cual ellos creyeron, a pesar de todo. Sin noticias del mundo de los libres; ningún relato de qué terreno la indestructible Idea Nationalsocialista gana en ambas mitades de Alemania viviseccionada; ningún informe de la tensión creciente entre las dos mitades del campo enemigo dividido; ningunas noticias del progreso de las fuerzas que trabajan constantemente para nosotros en todos los países.

Pero aquellas fuerzas sin embargo trabajan sin embargo. Y el campo enemigo está sin embargo definitivamente quebrado en dos. Y del crecimiento del descontento mundial, despacio pero constantemente, un ansia inmensa para un orden de justicia en el honor, que no es ninguno además de nuestro Nuevo Orden Mundial, busca la expresión en los corazones de millones. Y la Justicia indefectible - la Ley matemática de Acción y Reacción - taladra despacio pero constantemente los campos de enfrente para su choque final y aniquilación común, de modo que, por cada uno de nuestros mártires, un millón de aquellos que nos odiaron debieran morir.

¡Mis hermanos, mis superiores aquí en Landsberg, y en Spandau, en Werl, en Wittlich, en los campos de los Urales y de Siberia, dondequiera que nuestros enemigos todavía puedan detenerles, ustedes no sufren en vano! Hombres de hierro y oro, fieles a nuestro Führer, de quienes canté la gloria, ustedes son la semilla del futuro que nada puede destruir. Mi única satisfacción es utilizar mi inmerecida libertad de escribir en alabanza a ustedes y contribuir para mantener su espíritu vivo entre su gente - mientras no esté todavía en una posición para hacer algo más práctico.

* * *

Pasé mi última hora inolvidable en aquel prado detrás de la Fortaleza expresando algo de mis sentimientos en una carta larga a un hombre en India que, a mi conocimiento, conscientemente y activamente ha estado de pie en nuestro lado, antes, durante y después de la guerra. Escribí con la elocuencia de la sinceridad. Así, en unos días de tiempo, el relato del martirio y de la gloria, - la epopeya de Landsberg - alcanzaría la lejana Aryavarta. Y después de leer ello, unos cuantos al menos de los descendientes de los conquistadores que adoran el sol de antaño, se sentirían orgulloso de ser arios.

¿Cuán tarde podría haber sido? ¿Tres en punto? ¿Cuatro en punto? Yo no tenía la más mínima idea. Yo sabía que había varios trenes a Munich. Y no estaban allí, aunque como siempre podría pasar la noche en algún Gasthaus barato. Me levanté, anduve tan lejos como yo pude en el prado - hasta que estuviera segura que nadie podría verme desde el camino. Y allí estuve de pie, con mi brazo derecho extendido en dirección del lugar en el cual el Mein Kampf fue escrito; en que los Siete Testigos de la sangre de 1951, y más de trescientos otros antes de ellos, han ganado la inmortalidad de los mártires; en que unos cientos más de mis superiores están presos por nuestra fe Hitleriana eterna. Y canté el viejo Kampflied mismísimo que había brotado de mis labios sobre el sitio devastado del Berghof en Obersalzberg

"Un día, el Día de venganza vendrá;
Un día, seremos libres...
¡Alemania creativa, despierta!
¡Rompe tus cadenas a pedazos!... "

"Einst kommt der Tag der Rache;
Einmal da werden wir frei;
Schaffendes Deutschland erwache!
Brich deine Ketten entzwei! "

Las lágrimas corrieron por mis mejillas cuando canté las palabras conquistadoras, el viejo mensaje de venganza, libertad y poder, tan relevante hoy como hace veinticinco años, si no más así. ¿Mis amados, mis superiores, de las ventanas ocluidas de sus habitaciones de trabajo y celdas, oyeron ustedes mi voz? ¿O ustedes al menos, durante aquella tarde, - el 24 de abril de 1953 - sintieron, con algo más insistencia que por lo general, la certidumbre de nuestra alba próxima?

* * *

Anduve atrás al camino y, dando vuelta a mi derecha, lo seguí sin cesar, hasta que esto me condujera en otra dirección del camino, a mi derecha, entre el prado en el cual yo había estado sentándome y el otro interminable, y, a mi izquierda, a lo largo del costado restante del recinto de prisión. Di vuelta a mi izquierda, y seguí andando por delante de paredes altas y patios y varios cobertizos, detrás de los

cuales el campanario de la capilla de prisión podría ser visto, de vez en cuando; anduve hasta que yo finalmente me encontrara de vuelta en el camino del cual yo había emergido al principio, viniendo de la ribera - el camino que corrió a lo largo de la parte delantera del local en penumbra. Había una capilla, bastante cerca detrás de las paredes prohibidas, y, al lado de ella, el cementerio de la prisión. Dando vuelta una vez más a mi izquierda, pronto alcancé la entrada del cementerio. Estaba abierto. No había nada que indicara que no habría que entrar. Viendo esto, crucé el umbral, y despacio anduve a lo largo de los callejones.

Entre muchas tumbas estaban aquellas de nuestros mártires - o al menos de algunos de ellos, ya que los otros habían sido, con el permiso de las autoridades de Ocupación, devueltas a sus familias y sepultadas en otros cementerios diferentes de Alemania. Leí los nombres sobre varias cruces de madera, buscando algunos que yo conocía - que recordé, por haber leído u oído de sus procesos y sentencias de muerte. Pero yo no podía encontrar a ninguno de ellos.

Anduve adelante por allí, y vine a una serie de tumbas que no llevaban, ni nombres, ni fechas, simplemente números (aparentemente, los números de las celdas en las cuales los hombres que están allí habían pasado su vida de prisión). Y algo - alguna intuición, - me dijo que éstas eran exactamente tumbas de mis camaradas; estos que yo buscaba.

Yo no tenía ningunas flores. Yo no sabía que alguien, sin el permiso especial, podría visitar el cementerio de la prisión. Y habría sido de todos modos difícil traer flores para todos, ya que las tumbas anónimas eran ciento cincuenta y ocho (las conté antes de dejar el lugar). Pero me arrodillé sobre la tierra desnuda ante una de ellas - cualquiera. Y mi mente vagó atrás a los años de pesadilla 1945, 1946, 1947; al colapso del Gran Reich alemán por la traición; a la persecución horrorosa contra sus creadores y defensores, - los simulacros de juicio largo tiempo arrastrados; las torturas diarias; el ahorcamiento final. ¡Cuan vivamente recordé todo esto! Cuan vivamente también recordé la propaganda implacable de mentiras que nuestros enemigos tan en voz alta continuaron a fin de justificar sus propias atrocidades en los ojos del mundo estúpido - y la presteza con la cual el mundo estúpido lo había tragado. Y ahora, ante las tumbas de mis camaradas, viví una vez más, tan intensamente como alguna vez, todo el horror de aquella muerte que ellos habían afrontado con tanta valentía; de aquella muerte al final de una soga, por haber amado y obedecido a nuestro Führer incondicionalmente. Pensé en muchos que habían sido matados en 1945 y 1946, cuando el verdugo en esta prisión estaba ocupado prácticamente cada día; pensé en los últimos, de los Siete exaltados, matados en 1951, - los Siete, a quien yo me había esforzado tanto para salvar - y lloré. Y recé. Llamé la ira de los Poderes divinos sobre aquellos que habían tenido una parte en las ejecuciones; sobre aquellos que las habían ordenado o las habían permitido: sobre aquellos - todos aquellos; todos los millones - quienes en o después de 1940, las habían aprobado; sobre todos aquellos que habían creído en la propaganda de nuestros enemigos, y habían considerado los procesos por 'crímenes de guerra' como una cosa buena.

"Tal como yo, que apruebo lo que mis camaradas pueden haber hecho para el triunfo de nuestros ideales y el refuerzo de nuestro régimen, soy moralmente responsable de todo esto." pensé, "asi son aquellos millones de tontos, que nos odian en nombre de la 'humanidad,' personalmente responsables de la persecución al Nacionalsocialismo y la muerte de nuestros mártires. Acepto mi responsabilidad en su totalidad, y la llevo con orgullo. ¡Seguramente ellos pueden hacer lo mismo, si ellos realmente tienen la fe en lo que profesan sostener! ¡Fuego y azufre sobre ellos!"

Pensé no en cualquier Dios personal, sino simplemente en la justicia matemática, inmanente dentro del Juego cósmico. A Ella y a Ella solamente apelé, ahora, como cinco años antes afrontando por primera vez las ruinas de Alemania: ¡"Vengue a la gente fiel de mi Führer, Tu despiadada, inaccesible al remordimiento, esperanza del Fuerte! ¡Y permita que yo sea, en Tu mano, un instrumento de Tu venganza!"

* * *

Fui a la capilla y permanecí allí un rato. Estaba vacía, - pacífica. Aún así, yo no podía sentir nada de la emoción que me había agarrado en la pequeña iglesia en Leonding. Este lugar, inconexo con algo sincero y vital en las vidas de aquellos que amo, no habló a mi corazón. Ninguno de los ferreos luchadores de Adolf Hitler encarcelados aquí, sea ello en 1923 (con él) o en 1945, eran hombres que

probablemente hubiesen necesitado cualquier "consuelo cristiano"; ninguno probablemente habría buscado, en esta capilla, aquella esperanza de un más allá, sin la cual la mayor parte de personas fuera de nuestros círculos no pueden afrontar la muerte con serenidad. No. Los hombres Fuertes, dedicados a nuestro Führer y también a su Verdad impersonal, no son - nunca fueron; nunca serán, - como la mayoría de la gente." Ellos han afrontado la muerte con serenidad - con el desapego de guerreros perfectos - sin calmarse ellos mismos creyendo que sabían lo que viene después. O mejor dicho, ellos sabían lo que podría - lo que va a - "venir después" de su muerte, en esta Tierra; lo que permanecería, indestructible, de su acción de toda la vida, una vez que ellos no estuviesen más: Alemania, quien reanudaría un día la marcha adelante gloriosa; Alemania, que, más pronto o al último, encontrará, en cualquier sucesión posible de acontecimientos, una razón para mirar hacia atrás con nostalgia hacia los días dorados del régimen Nacionalsocialista, y en cualquier enseñanza aparte de aquella de Mein Kampf - cada vez más, cuando el tiempo pase - solamente tonterías tristes; mentiras, y monótonas en esto; Alemania, despertada por Adolf Hitler, de una vez para siempre. Aquella consciencia - junto con la satisfacción del deber cumplido - era suficiente para ellos.

Tal era al menos el sentimiento que yo tenía. Es posible que yo estuviera confundida. Es posible que hubiera, en las reacciones de mis camaradas y superiores, lugar para más variedad que mi lógica simple podría concebir. De ser así, no debo juzgar aquellos que murieron. Ellos murieron para mí - para nuestros ideales paganos orgullosos-, -para los ideales encarnados en el Estilo de vida Nacionalsocialista,- independientemente de lo que podría haber sido, en el acercamiento de la muerte, su actitud a aquella filosofía Judeo cristiana tradicional, que es incompatible con la nuestra. Y los reverencio incondicionalmente. Aún así, un "Landsberger" a quien yo tenía el honor de encontrar un mes más tarde, me dijo, confirmando mi propio sentimiento, que prácticamente cada uno de nuestros mártires murió con el coraje y serenidad que conviene a un guerrero ario, con las Palabras de orgullo, fe y poder sobre sus labios: ¡"Larga vida a la eterna Alemania! ¡Heil Hitler!"

Aunque yo lo supiera, me alegré de oírlo.

* * *

Cuando salí del cementerio, vi a un hombre con una cara simpática, que limpiaba el camino. Indudablemente, él vivió en Landsberg, y probablemente en la vecindad de la prisión. Él probablemente sabía si las tumbas anónimas en el cementerio eran o no, como yo había conjeturado, aquellas de las víctimas de la hipocresía y crueldad Democrática, y no le molestaría mi pregunta a él.

El hombre inmediatamente olfateó en mí un Nacionalsocialista como él, y habló sin la restricción más leve.

¡"Claro que lo son!" dijo él, contestando mi pregunta. "usted adivinó la verdad bien. Al principio, todas las tumbas llevaban las inscripciones habituales, con los nombres de los muertos, a consecuencia de lo cual las nuestras fueron honradas como tumbas de héroes, que en efecto ellos los son. Los domingos por la tarde, todo Landsberg solía venir aquí, con masas de flores. Y durante días laborales, los niños andaban en este cementerio en su camino a la escuela, trayendo unas rosas o claveles de los jardines de sus madres a aquellos que murieron por Alemania. Cuando los bastardos americanos vieron esto, ellos arrancaron todos los nombres y fechas. Pero todavía la gente viene. Ellos saben que las tumbas anónimas son las nuestras. ¡Y este es y permanecerá un lugar de peregrinación a pesar de aquellos cerdos - una plaga caiga sobre ellos!"

"Un Lugar de peregrinación para siempre... Usted tiene razón," contesté. ¿"usted sabe? Vine de Atenas en aquel espíritu: para ver (desde fuera) la prisión donde nuestros mártires sufrieron; donde nuestro Führer él mismo fue encarcelado una vez..."

¡"Bastante natural!" concordó el hombre. "Conozco a las dos personas que vinieron el otro día de Argentina, con la misma lealtad. Estamos por todo el mundo - y más poderosos de lo que esta gente piensa, aunque podamos ser silenciosos, por el momento. Un día, cuando la Tercera Guerra Mundial comience, ellos averiguarán que no olvidamos..."

"Sí," dije yo. ¡"y ellos hablan de 'colaboración contra el Bolchevismo' - Ahora! Ellos deberían haber

pensado en esto en 1941, y haber hecho la paz con Alemania. Demasiado tarde, ahora; ¡demasiado tarde! ¡Nunca perdonaremos! Ellos hablan - los tontos - de 'defender los valores de la civilización cristiana'; los 'valores' en nombre de los cuales ellos mataron a los Siete sólo hace dos años, y miles de otros antes de ellos, incluso los grandes de Nuremberg. ¿Quién quiere defender tales 'valores'? ¿Quién quiere que tal civilización viva? ¡Yo no! Mientras más pronto sea destruida, mejor. Gobernaremos sobre sus ruinas, - regiremos, y vengaremos aquellos que murieron aquí, y en otras partes, para el amor de la Gran Alemania."

El hombre me dio una sonrisa de entendimiento comprensivo. "Yo puedo decirle a usted," exclamó él, "uno no tendrá que llamarme, cuando el tiempo por fin venga - el tiempo para tomar la venganza de todo lo que he visto. ¡Estaré allí bien! ¡Y Dios les ayude - si allí hay un Dios que ayuda a mentirosos e hipócritas, y judíos y esclavos del Pueblo judío! ¡Ya que no salvaré a ninguno de ellos!"

Él había dejado su escoba para dirigirse a mí. Sus ojos ardieron. Estuve encantada de encontrar alguien como yo. "de hecho, más alejado de 'círculos intelectuales', más a fondo como yo," pensé. Y estuve contenta en el sentimiento que yo era - tan libre que yo siempre era - tan completamente libre de varios prejuicios de mi 'supuesta clase' y educación; complacida de experimentar que yo estaba más a gusto con este hermoso, noble trabajador alemán, de pura sangre, que con cualquiera de los profesores de Universidad que yo había conocido (la gente que tenía los mismos diplomas que yo, pero no la misma escala de valores. ¡"mejor la misma escala de valores, sin los diplomas!" pensé).

¿"Usted sabe qué me gustaría hacer, cuándo nuestros días vuelvan?" dije yo, reanudando nuestra conversación después de una pausa. "Me gustaría estar a la cabeza del campo de concentración; o sostener un puesto responsable en algún 'Bureau para Asuntos judíos.' ¡Cielos, yo me divertiría!" "Fácilmente creo en usted," contestó el trabajador, con una sonrisa brillante. ¡"y cómo le entiendo!"

Después de todo esto que continuó aquí, siento exactamente como usted hace. Y le digo: cada hombre en Landsberg siente lo mismo."

"He visto las casas donde los 'Amis' viven... Aquel lujo...!"

¡"Naturalmente! ¡- en nuestro coste! Pero el Día vendrá. Ni uno de los bastardos saldrá de Alemania vivo... "

¡"Pueda yo entonces estar aquí, y participar activamente en la venganza! Recuerdo el Juicio de Nuremberg como si fuera ayer. Esto me ronda... "

"Ronda a todos nosotros. ¡Usted no está sola, creame!"

¡"Vengue a nuestros mártires, Poder despiadado, inaccesible, sordo al remordimiento que gime, y permita que yo sea un instrumento de Tu venganza!" recordé el rezo que yo había pronunciado ahora mismo con toda sinceridad, en las tumbas de aquellos que fueron ahorcados por haber sido fieles a Adolf Hitler hasta el final. Pareció definitivamente como si, aparte de mí, hubiera otros instrumentos complacientes de la Justicia irresistible.

Me despedí de mi camarada duro y sincero después de intercambiar con él una de las fórmulas que significan: ¡"Heil Hitler! " (éstabamos en la calle, y no podíamos pronunciar las Palabras prohibidas actuales.)

Una vez más, antes de andar abajo a la orilla del río y atrás a la estación pasé ante la entrada principal de la prisión. Una vez más, me imaginé a mis hermanos en la fe detrás de las paredes altas y las filas del alambre de púas vivo, y ventanas ocluidas. También pensé en el hombre humilde que yo acababa de encontrar en el 'mundo libre' en este lado de las paredes. La indignación de "aquel hombre y de millones de otros - incluso mía - trabaja en el reino invisible contra todos aquellos que son, directamente o indirectamente, responsables del inicuo 'crimen de guerra': los procesos, y la extensión de todas las mentiras unidas a ellos," pensé. "Esto va a" - ello debe - indefectiblemente traer el fuego sobre sus países, y la muerte sobre ellos, un día."

Mis hermanos en Landsberg, en Spandau, en Werl y en otras partes, - mis superiores - más fuertes que los guardias armados y alambres vivos y Jeeps de Policía Militar alrededor de sus prisiones, son estas Fuerzas intangibles. ¡Ellos le liberarán - un día - y le vengarán!

* * *

Agarré una última vislumbre de la prisión cuando el tren me llevó a Munich. Y otra vez el sentimiento doloroso - el sentimiento extrañamente deprimente de la culpa indefinible - me agarró en el pensamiento que yo era - libre de sentarme en un vagón; viajando - mientras ellos estaban allí; todavía allí al día siguiente, el día después, y el siguiente... ¿Cuánto más?

En el lado derecho de la vía, en la hierba, noté, cuando rodamos por delante de ellas, dos lápidas sepulcrales que llevan la estrella judía. Un hombre sentado frente a mí me dijo que éstos eran tumbas de Judíos que habían sido matados allí, durante nuestros días del poder.

"Espero realmente que vayamos a un día, a volar todos aquellos monumentos a la memoria de 'Yids muertos' - éstos, y los demás," declaré yo, incapaz de abstenerme de hablar en una manera que podría haberme metido en problemas serios. (Mi visita a Landsberg me había trastornado a fondo.) Pero para mi buena suerte, el hombre era "afín."

"Eso es lo que siento, cada vez que veo una piedra como éstas," contestó él.

Recordé la pregunta que me había sido puesta una vez en Francia: ¿"Al lado de quién irá Alemania durante la Tercera Guerra Mundial?" yo había contestado entonces: "con aquellos que tendrán primero la buena idea de animar a los alemanes a volar, con tanto desafío espectacular como sea posible, los monumentos que ellos fueron obligados a erigir en todas las 'Zonas' a la memoria de Judíos muertos, 'victimas del régimen Nacional socialista.'" me alegré de ver que un alemán más estuvo de acuerdo conmigo.

Yo alcancé Munich por la tarde, y fui capaz de agarrar inmediatamente un tren a Nuremberg, donde llegué aproximadamente a las diez en punto por la noche.

CAPÍTULO VI NUREMBERG

Yo nunca había visto Nuremberg – al igual que los otros sitios que había estado visitando durante los ocho días anteriores, salvo en fotos. Pero, el nombre era, como el suyo, lleno de memorias; y, lo que es más, lleno de las memorias más opuestas: unido para siempre, en nuestros corazones, con la visión de los días más grandes de lucha y régimen de Adolf Hitler, así como con todo el horror de la persecución en la posguerra contra el Nacionalsocialismo.

Como en un sueño, salí del tren, seguí al maletero que llevó mi maleta pesada (mientras yo llevé el resto), di mi boleto en la salida, y esperé mi turno para dejar mi equipaje en la consigna, todo el tiempo extrañamente conmovida en el mero conocimiento que yo estaba en la ciudad inmortal: ciudad de Julius Streicher; el asiento de las grandes Reuniones del Partido: el lugar del Proceso infame, y aquel donde los Once grandes Mártires de 1946 habían dejado sus vidas. Olvidé, en mi entusiasmo, que yo no había dormido en casi cuarenta y ocho horas. Pero era demasiado tarde para ir de visita a la ciudad. Fui a la "Misión de la Estación" (1): yo me quedaba sin dinero a una velocidad alarmante (a pesar de todos mis esfuerzos para juntar y ahorrar) y no podía pensar en ningún lugar más barato para pasar el resto de la noche allí.

Aquí, como en Hanovre y en algunas otras estaciones de ferrocarril en las cuales yo había dormido en el transcurso de mis antiguos viajes, cinco años antes, el dormitorio de la Misión es subterráneo: la oficina de recepción también. Me mostraron una escalera de madera - aproximadamente veinte peldaños - conduciendo abajo al lugar. Mucha gente, hombres y mujeres, estaban ya allí, esperando (¡por solo dios sabe cuánto!) su turno para sacar su Ausweis (2) (o el equivalente) y pagar medio marco y entrar. Tomé mi lugar en la triste, lamentable, 'cola' resignada.

(1) un lugar ligado a cada estación de ferrocarril alemana importante, con miras a proporcionar alojamiento y comida para viajeros pobres.

(2) Carnet de identidad.

Si yo hubiera venido no como un peregrino Nacionalsocialista, sino simplemente como un observador imparcial, de mente abierta, yo no podría haber elegido un mejor lugar para estudiar la verdadera Alemania de la posguerra. Y el observador imparcial no podría haber evitado la comparación de las caras solemnes, pero malhumoradas, tristes en esta 'cola' con aquellas que uno encontraba en Alemania antes y hasta durante la guerra (según la gente que estaba allí y los vio). Él (o ella) no podía haber evitado medir la brecha que separó a aquellos hombres y mujeres, víctimas de la guerra, de aquellos que, hasta al final de 1944, escucharon discursos encendidos del doctor Goebbels con éxtasis siempre renovado, y quienes, a pesar de todas las privaciones - a pesar de años del racionamiento; a pesar de meses de noches insomnes sucesivas bajo las bombas - todavía gritaron frenéticamente - seguros de la victoria - cuando el orador una vez más les preguntó si ellos quisieron "cañones o mantequilla ": ¡"Cañones!"

Él (o ella) no podía haber evitado experimentar un sentimiento de asombro doloroso a la vista de la diferencia entre Alemania con y sin Adolf Hitler. Y en ninguna parte, quizás, podría él (o ella), mejor que aquí, haber entendido la nostalgia inmensa, desesperada de la gente alemana en el recuerdo del régimen Nacionalsocialista; la espantosa "ruina moral" (para citar las palabras provocativas de uno de los más honestos de todos los historiadores no alemanes de la posguerra de tiempos recientes, Maurice Bardèche) que los "cruzados americanos" y sus aliados han acumulado en el corazón de nuestro continente.

Estos hombres malhumorados y mujeres que ahora se paran adelante mío y detrás de mí, sean refugiados de la Zona del Este (o de mas allá todavía) - volcados de casa en casa por decisión de los vencedores de 1945, o por las condiciones de una vida de esclavitud que ellos ya no podrían soportar - o simplemente la gente de esta mitad de Alemania que, como yo, vaciló en pasar la noche hasta en un

hotel barato; la gente sin trabajo, que subsiste del préstamo Estatal quincenal de cuarenta marcos; la gente que había estado esperando durante meses, quizás durante años, para una pensión, una y otra vez se las negaron bajo algún pretexto u otro; la gente en nuestro lado, políticamente perseguido después de 1945, que no tienen derechos, todos sabían que les habían privado a ellos de la victoria que habían merecido.

Ellos estaban llenos de perdurable, silencioso, insuperable resentimiento, menos quizás debido a sus pérdidas materiales (enormes como éstas eran), que debido a la pérdida de aquella confianza feliz en el futuro de la Nación, que había sido la tónica de los grandes "días de Hitler." Los mayores habían puesto todas sus esperanzas en el Movimiento milagroso que había levantado Alemania de la vergüenza y la miseria de 1918 y de los años siguientes. Y contemple, después de parecer como si ellas se hubieran materializado gloriosamente y definitivamente, sus esperanzas se habían demostrado vanas: la vergüenza y la miseria de 1945 habían sido peores que aquella de 1918; y no había ningún Movimiento joven que habló de la resurrección, como después de la Primera Guerra Mundial.

La gente más joven había sido criada en la creencia inspiradora que Alemania era invencible. Y ellos ahora sabían - o pensaron que ellos sabían - que esto no era verdadero; aquella victoria y sus frutos, riqueza y poder, eran para aquellos a quienes les habían enseñado a despreciar como esclavos de los Judíos, mientras para ellos, que habían sido fieles a la nueva Fe del orgullo ario y habían sacrificado todo a favor de su triunfo, había sólo la miseria, la injusticia, toda clase de degradación y opresión.

Y ahora, los enemigos eternos de Alemania y sus agentes - los esclavos complacientes del Pueblo judío - vinieron y les dijeron que "todo esto" (el que sean expulsados de casa en casa; el que esten sin trabajo, o sin una pensión; sin la esperanza de un futuro) era la consecuencia de la "arrogante" filosofía, a la cual ellos se habían adherido tan prontamente; los frutos amargos de la nueva sabiduría de aquel Movimiento milagroso, en el cual ellos habían puesto su confianza; y que la salvación para ellos está, ahora, en la renuncia hacia el orgulloso pan-Germanismo por una Europa "Democrática," el baluarte del mundo "libre" contra el Comunismo totalitario. ¿Fueron engañados ellos por creer esto? ¿había la amargura de la derrota, y ocho largos años de la vida cansada, difícil e insegura destruido en ellos la vieja fe gloriosa al grado que podrían aceptar la última mentira del enemigo? Yo debía saber al día siguiente - ver, flagrantemente, por la milésima vez desde mi vuelta a Alemania una semana antes - que ellos no lo habían; o al menos que, si alguna vez ellos lo hubieran hecho, - temporalmente - la vieja fe se había puesto pronto otra vez, más fuerte que alguna vez, gracias a la repugnancia de la cual la hipocresía Democrática había llenado inmediatamente los corazones de la gente.

Ahora, por el momento, estuve de pie en la 'cola', notando las caras cansadas, limpias - intachablemente limpias - y ropa lamentable; oyendo trozos de conversaciones - los trozos de la historia de vida reciente de aquellos hombres y mujeres, que diez años antes, eran tan felices; tan seguros (como había sido yo) que el futuro era suyo; el nuestro.

Así vine a saber que la mujer que estuvo de pie detrás de mí vivió en un campamento de refugiados, y viajaba, con apenas poco dinero, para encontrar a su marido, que justo había llegado recientemente de la Zona rusa, y quien se quedaba con parientes suyos, en algún sitio en la región de Nuremberg; que el hombre a mi izquierda estuviera, durante más de un año, sin un empleo; que la mujer delante de mí fuera la viuda de uno de nosotros - no autorizada a una pensión, porque su marido había sido matado por los americanos como un llamado 'criminal de guerra'; y que la muchacha, pareciendo tan cansada, que se sentaba sobre su maleta en su lado, había sido obligada debido a su salud, a dejar el trabajo que ella tenía como una criada de casa, y que su enfermedad era la consecuencia de las crueldades a las que ella había sido sometida en las manos de los rusos, etc.... etc.... Cuando la muchacha había terminado de hablar, una mujer de mi propia edad, estando de pie a mi derecha y apoyándose contra la baranda de la escalera, presentó tranquilamente - por causalidad; como si ella hablara de alguien más -:

"Yo también, acabo de salir del hospital, donde estaba desde mi vuelta, hace un mes. Antes de esto, estos ocho años pasados, yo era una prisionera en Rusia. Trabajé en las minas, en los Urales. Fui liberada sin un centavo, no poseyendo nada en el mundo excepto los harapos que llevé puesto, y mal. Y aún así, me juzgo afortunada: miles de otras mujeres alemanas están todavía allí, ¿cuánto más? nadie sabe."

Una sensación helada corrió a lo largo de mi espina cuando oí esto. Y las lágrimas llenaron mis ojos, cuando miré a la mujer. "la gente de Mi Führer," pensé; "¿cuan largo tiempo más van ustedes a sufrir por haber luchado por todos nosotros: para la humanidad aria? ¿Y cuándo entenderá por fin la humanidad aria su sacrificio, y con mucho gusto aceptará su mando? " yo habría expresado mis sentimientos abiertamente, no hubiera yo sabido - de experiencia amarga - (1) que los informantes de la policía a menudo dan vueltas por tales sitios como las "Misiones de Estacion" en Alemania ocupada actual.

(1) Ver Desafío, edición. 1951, el Capítulo 2.

La mujer tenía un rostro enérgico, yo debería decir hasta imperioso - la cara de alguien que había sufrido sumamente, pero que había soportado las ordalías victoriosamente, y que estaba lista ahora para llevar una nueva lucha, con el mismo coraje; ganar, con el tiempo, una nueva victoria sobre el Destino, o llevar a cabo su destino heroicamente, que es lo mismo. Uno no podía decir que era "hermosa." Ella tenía arrugas profundas en cada lado de su boca, y su cutis no era sano. Pero sus grandes ojos azules claros eran jóvenes - mucho más jóvenes que su cara; inmortales. Ellos miraron directo en la vida que comenzaba de nuevo por la segunda o la tercera vez, con confianza a pesar de todo; mas aun, con un interés desapegado al futuro. La boca mostró la fuerza de voluntad; la frente inteligencia. La expresión era serena y fuerte.

Admiré a esta mujer, como yo había admirado a Fritz Horn, el mártir de Darmstadt, que yo había conocido en 1949: como yo había admirado a mi querida camarada Hertha Ehlert, que yo sabía estaba todavía en Werl. "Aquella gente de oro y acero, a quien la derrota no podía desalentar, a quienes el terror y la tortura no podían someter; a quienes el dinero no podía comprar; mis camaradas, mis superiores..." "uno de ellos," pensé, considerándola, y recordando dentro de mi corazón las palabras en las cuales había, yo misma, descrito a la élite perseguida de Alemania en uno de mis libros (1) "Ocho años en el infierno por haber servido nuestros ideales fielmente, y ahora, tan llena de equilibrio y dignidad en la vieja ropa, demasiado suelta para ella, que le fue probablemente dada en el hospital o en algún Durchgangslager en el cual ha pasado sus primeros días en casa; ¡tan llena de fuerza paciente, firme! ¿Podría yo haber pasado por lo que ella pasó, y aun permanecer serena? - me pregunto..." Una vez más comprendí que cada contacto mío con la verdadera Alemania era para mí una lección adicional de humildad.

Pero la mujer hablaba, contestando una pregunta que la viuda sin una pensión le había puesto. "sí;" ella decía, "yo ahora tengo un trabajo. Comienzo el trabajo el lunes por la mañana. " (Esto era la noche del sábado.) "Una cosa buena también," ella añadió: "porque no tengo absolutamente ningún dinero." ¿"Qué clase de trabajo? ¿Bien pagado?" era la siguiente pregunta.

"Trabajo duro, pero bien pagado," contestó la mujer. "trabajo de ama de cocina en el cuartel para tropas de color americanas.

(1) Oro en el Crisol, edición. 1952. (Introducción), p. xv.

Patatas para pelar; platos y platos para lavar. Tomé lo que me fue dado. Uno no puede ser muy exigente, cuando uno está en la necesidad. Sólo rezo por permanecer en buena salud, y ser capaz de trabajar con regularidad. Con el tiempo, encontraré una ocupación más conveniente, y despacio construiré una nueva posición para mí, después de esta larga pesadilla - una posición en la cual viviré con decencia siendo útil."

Me aventuré a preguntarle que trabajo ella había hecho durante la guerra. "yo tenía un trabajo de secretaria en el Wehrmacht," dijo ella. "esa era mi línea. Yo había trabajado en una oficina antes de la guerra."

Las personas presentes, que oyeron esto, no parecieron, ni en particular sorprendidas, ni impresionadas. ¡Ellos habían cruzado a tantos muchos de tales casos! Esto era la historia de la repercusión de la derrota sobre la vida individual de los alemanes - La propia historia de Alemania de estos ocho años pasados en resumen. Ellos estaban acostumbrados a eso. Y lo entendieron. Ellos eran demasiado a fondo marciales en la naturaleza, para no comprender las implicaciones de las despiadadas palabras: ¡Vae Victis! En el fondo de sus corazones, ellos simplemente añoraron para una oportunidad de invertir las partes en el drama repetido sin parar: ¡ser ellos (por una vez!) la gente

que haría cumplir la Ley de Guerra, no aquellos que tienen que rendirse a sus dictados. Y ellos esperaron con paciencia. También esperé - la misma oportunidad. ¿Qué más podría yo hacer? Pero fui impactada; y no era paciente. Yo estaba resentida. Yo era amarga. Por la millonésima vez desde 1945, sentí que la rueda de la historia no giró bastante rápido. Y sufrí personalmente en el pensamiento que esta no lo hizo; en el pensamiento que este todavía era el turno de mis hermanos en la fe para ser los vencidos, los indigentes, los perseguidos, los esclavizados, y todavía el turno de nuestros perseguidores. Esto sin duda vendría, un día. Y ardientemente deseé me dieran una posibilidad para jugar una parte activa en la venganza. Pero ahora - mientras tanto - tuve que encarar con el hecho que mis camaradas queridos, los únicos seres humanos que amo en esta Tierra, eran las víctimas, y que yo no podría hacer nada sobre ello.

Fui tan profundamente conmovida que, si hubiéramos estado solas, yo habría puesto mis brazos alrededor del cuello de la mujer. Sus manos, tan inhabituales como las mías para trabajar con fuerza, habían trabajado duro bajo la fusta desde el amanecer al anochecer, todos estos años tristes, mientras yo había sufrido simplemente la tortura moral; ellos debían lavar ahora platos y fregar pisos para las tropas de Ocupación Negras, mientras yo escribiría mis impresiones sobre Alemania... Y ella era un caso entre millones. Ella era la gente alemana forzada en una guerra que ni ellos ni el Führer habían querido, vencidos, y hechos sufrir por ser el exponente colectivo de la Doctrina del Führer de la salud y verdad - de nuestra sabiduría Nacionalsocialista. Y al pensar en aquellas vidas alemanas innumerables que han sido arruinadas, cuando no destruidas, para la defensa de los valores arios que sostenemos, sentí más fuertemente que alguna vez que el nuevo Mythos tomaba forma dentro de mi conciencia: el Mythos de Salvación en nuestro sentido de la palabra, es decir, de la salvación racial, por el sacrificio libre de Alemania bajo la inspiración y en nombre de Adolf Hitler, el Salvador Que vuelve. Y una vez más comprendí que, solo mi contribución a la creación, extensión y refuerzo de tal nuevo Mythos, en la conciencia aria Occidental, podría justificar mi existencia en la Tierra y hacer bien, - de ser posible - por mis omisiones pasadas; por mi ausencia en este continente durante los años gloriosos de régimen Nacionalsocialista.

* * *

Paso a paso, la 'cola' había llegado a la habitación estrecha diminuta, al final de la cual estaba la oficina de recepción. Los hombres y mujeres que estuvieron de pie antes de mí, y la que había trabajado en las minas de Ural, habían sido llevados adentro uno tras otro. Este era ahora mi turno. ¿"Le gustaría, por dos marcos, una cama cómoda agradable, con ropa de cama blanca, en una habitación de cuatro camas, en vez de un lugar en el dormitorio general?" preguntó la mujer responsable.

"Con gusto," dije yo.

Yo conocía los dormitorios generales de las "Misiones de Estacion" de otras estaciones de ferrocarril, si no de éste. Ellos eran todos iguales: filas superiores y filas inferiores de colchones de paja en marcos de hierro, sin ropa de cama; la luz encendida, toda la noche (o a veces encendida y a veces apagada, que es aún peor); y las treinta personas en la misma habitación grande, que no se pareció a nada tanto como las "acomodaciones para dormir" para los pasajeros de cubierta a bordo de los vapores griegos de las líneas de Piraeus-Marseilles, ahora como en los días de mi juventud. Yo había dormido innumerables veces en tales dormitorios durante mi vida peligrosa en Alemania en 1948. Pero estuve tan cansada ahora que quise un buen descanso de noche. Y dos marcos era barato, en comparación con cuatro o cinco, que yo habría tenido que pagar en un hotel.

La anterior prisionera de los rusos estaba por lo visto en el dormitorio general por medio marco, o hasta por nada. "Si no habría ella sido ya albergada," pensé, "Les habría pedido darle un lugar en mi habitación y yo habría pagado por ello. Ella merece un buen descanso nocturno más que yo." esperé, sin embargo, verla al día siguiente.

Durante la próxima mañana, de hecho, allí estaba ella: en la 'cola' esperando lavarse en uno de los tres grifos en la habitación de servicios. Ella me reconoció; saludándome. Sentí que le agradaba. Devolví su saludo y, después del lavado, ambas fuimos arriba y teníamos un plato hondo de 'mook-

fook' y una rebanada de pan - como desayuno. "Es a cambio de nada," dijo mi compañera, expresando el punto de vista práctico de uno para quien cada centavo contaba, mas aun, de uno que realmente no tenía ni un solo centavo, como yo debía enterarme pronto; - el punto de vista del indigente.

Una muchacha rubia joven de aproximadamente veintidós o tres, con una cara agradable, se sentó en nuestra mesa. Hablamos un poco. La mujer que había sido una prisionera en Rusia me preguntó de donde había venido, y la muchacha, cuanto de tiempo había estado en Alemania, y si este era mi primer viaje. Y ella nos puso a ambas la misma pregunta, cuando nuestro simple desayuno llegaba a su final. ¿"Qué vamos a hacer ahora? ¿Ir juntas para un paseo? Estoy libre hasta las diez en punto."

"Voy a ver aquella ciudad," contesté. "He venido para esto. Me alegraré de acompañarle, si usted quiere."

"Por supuesto que queremos..." dijo ella. "Pero no puedo entender su llegada de Atenas, para ver este lugar ahora. No hay nada más en él para ver, - excepto, quizás, el Castillo. Ellos han destruido todo el resto; y destruido ello a propósito: ¡para el placer de destruir esta la más encantadora de todas las ciudades alemanas - los diablos!"

Sus ojos brillantes se habían hecho duros. ¡Pero, ah, cómo la entendí! Y como ella, indudablemente, me entendió, pensé yo. La miré seriamente:

"He venido exactamente para ver lo que ellos han hecho, y sentir una vez más cuan profundamente los odio," dije yo. "He venido, también, para ver el edificio en el cual los Procesos infames ocurrieron; ¡para estar de pie tan cerca puedo al punto donde los mártires de 1946 murieron para Alemania y para los ideales arios que Alemania encarna, y llamar a los Poderes invisibles del cielo para aquella venganza que he estado queriendo, aguardando, - preparando, por la potencia mágica del pensamiento - día y noche, durante los ocho años pasados!"

La mujer que había sufrido en Rusia habló de la venganza mucho tiempo retrasada: "vendrá de todos modos, si lo pedimos o no. Esto vendrá porque existe tal cosa como la Justicia de Dios, aun si ella sea lenta en la manifestación de sí misma. Estoy convencida que es así."

¡"Pero quiero hacerme Su instrumento, sea ello por el poder del pensamiento, si no puedo conseguir una mejor posibilidad! " grité yo, apasionadamente.

¡"Correcto! Pero no hay ninguna necesidad de decirlo desde con una voz tan fuerte," susurró la joven muchacha, poniendo su dedo en sus labios. Ella me dio, sin embargo, la sonrisa inequívoca de la camaradería, y estrechó la mano a mí a través de la mesa. "Siento como usted lo hace," dijo ella, otra vez en un susurro. "Pero esta no es ninguna conversación para tal lugar como este. ¡Vamonos!" Las tres nos levantamos, dejamos la habitación, y pasamos por la estación a la calle.

* * *

Andando entre las dos mujeres, yo tenía una primera vislumbre de lo que fue dejado de Nuremberg, la vieja ciudad amurallada medieval, famosa por sus artes y oficios, su Castillo, sus iglesias, sus casas pintorescas; el asiento moderno de las Reuniones de Partido anuales recientes (y me habían dicho)... "ciudad de gatos " - una de las más encantadoras de todas las ciudades alemanas, si no la más encantadora, como la muchacha en mi lado había dicho ahora mismo. Y sentí mi corazón batir dentro de mi pecho y lágrimas apozarse hasta mis ojos como en 1948, durante mi primer viaje por Alemania arruinada.

El país entero fue destruido con un salvajismo deliberado. Nuremberg fue destruido con un todavía más implacable y, de ser posible, todavía más sistemático salvajismo: con el regocijo fanático y la eficacia sobrehumana de diablos se movilizó contra el baluarte principal de las Fuerzas de Luz - la meticulosidad loca de los Anglosajones cuando, por el amor al comercio en gran escala, ellos se entregaron a los diablos y se hicieron traidores a su propia sangre nórdica. En 1948, toda la Alemania pareció un campo de excavación. Ahora, trozo por trozo, sus heridas se hacen curadas; en cada ciudad, nuevas casas están siendo construidas sobre las ruinas; nueva vida toma forma - vida actual,

en la cual la amargura de años recientes, aunque nunca olvidados, es empujada en el fondo para hacer lugar a proyectos prácticos de reconstrucción y para esperanzas inmediatas. Pero Nuremberg, a pesar de todos los esfuerzos de reconstrucción, todavía parece un campo de excavación; y habla del pasado, no del presente. Sus heridas todavía están abiertas, no curadas - irremediables.

Aquí y allí, por supuesto, los edificios han sido reparados, o reconstruidos. Otros están siendo reconstruidos (aunque, la mitad de las veces, no en el estilo encantador antiguo). Hay grúas de hierro enormes - y cientos de peones - para ser vistos, febrilmente trabajando, en todas partes. Pero eso - hasta eso - no cambia el aspecto de la devastación general e irreparable que la ciudad ahora tiene, - más que la residencia moderna, rápidamente construida en medio de un campo de excavación para el uso de los arqueólogos de inspección, cambia un sitio arruinado como tal.

Yo no podría decir donde fuimos. Vagamos y vagamos y vagamos a lo largo de esqueletos de calles; a lo largo de otras calles que eran sólo en parte - arruinadas - demasiado arruinadas para ser reparadas; no arruinadas lo suficiente para que la vieja hermosura no pueda ser adivinada, sentida, vivida, por muchos detalles sobrevivientes de arquitectura o decoración, y por su parte no experimentar, en cada paso, un arrebato de la nostalgia desesperada, conectada con el odio hacia los destructores; - sobre viejos puentes encantadoramente pintorescos: los mismos que yo a menudo tanto veía en tarjetas postales, antes de la guerra, en el emplazamiento irremplazable que los siglos despacio les habían dado. De vez en cuando, pasamos bajo alguna hermosa arcada medieval (un "portal" de la antigua ciudad amurallada que había crecido de sus paredes.) Esta también estuvo de pie sola contra los remanentes carbonizados de su emplazamiento natural, o contra una línea de tiendas modernas construidas sobre ellos. El verdadero escenario, aquel fondo perfecto del arte colectivo paciente en el cual el alma alemana de todos los años solía respirar, ha sido carbonizado y arruinado a pedazos por los "cruzados a Europa" y sus aliados gallardos de la R.A.F. (1) ¡y uno no puede construirlo otra vez - alguna vez! - más de lo que uno puede construir la vieja Babilonia, vieja Tebas o el viejo Knossos otra vez. La única diferencia (pues hay una diferencia) es que las naciones que una vez construyeron Babilonia, Tebas o Knossos, están muertas. Mientras la Nación que construyó Nuremberg - y desfiló, sólo ayer por sus calles bajo cientos de banderas de la Esvástica que cuelgan de las ventanas; y afirmó, año tras año, su voluntad para vivir, en una demostración inmensa de orgullo y alegría en Arena Luitpold y Zeppelin Wiese, está viva. La gente de Nuremberg es parte integral de aquella gran Nación. Y Nuremberg vive - a pesar de sus heridas abiertas; a pesar de su cuerpo medio carbonizado. Este vive, y grita para la venganza.

(1) la "Real Fuerza Aérea Británica."

La mujer que había sido una prisionera en Rusia habló poco. Ella miró atentamente por todo alrededor. Imaginé su pensamiento, ante la vista de la ciudad devastada: ¡"Así que esto es lo que los Aliados Occidentales han hecho a nuestra pobre Alemania! ¡No hay en efecto nada para elegir entre ellos y los rusos!" y yo no podía menos que expresar lo que yo misma sentí: ¡"Mire en este!" grité yo, señalando a un espacio en el cual no había prácticamente nada más, sino los meros cimientos de las antiguas casas, sobre los cuales una fila de tiendas había sido de prisa establecida a lo largo de una parte del camino a pie; ¡"mire esto! ¡Esta es la obra de aquellos que, ahora, gustaría que Alemania se uniese a ellos en su nueva 'Cruzada a Europa' - una 'cruzada' contra el Bolchevismo, esta vez! Como si Alemania no habría sufrido esto exactamente por ser el principal, mas aun, el único luchador contra el Bolchevismo, al cual ellos ayudaban, entonces, tanto como podrían, con armas y municiones y repetidas declaraciones de amistad. ¿Participar en una nueva cruzada para defender su Democracia apestosa, en nombre de la cual esto fue hecho? ¡Nunca!

¡"Usted tiene razón!" estalla la muchacha joven, sin dar a la ex-prisionera en Rusia el tiempo para hablar; ¡"Nunca ayudaré a esta gente, por mi parte! No es sólo la destrucción de nuestras ciudades lo que me hace odiarlos: horrible como era, esto fue durante la guerra. Los odio incluso más por el modo que ellos nos trataron después de la guerra - y yo no hablo sólo de la gente importante, que ellos ahorcaron como 'criminales de guerra'; hablo de todos y cada uno de nosotros (salvo, por supuesto, de los traidores, que ellos mimaron y todavía miman, como es comprensible). Tome mi caso, por ejemplo. Yo tenía catorce años cuando el desastre vino.

Yo estaba en el B.D.M. (1) Prácticamente todas nosotras estábamos. Y me gustó esto. No estoy avergonzada para decirlo; ¡al contrario! El tiempo más encantador en mi vida, lo pasé allí, aprendiendo toda clase de cosas útiles, canto, marcha, acampar, y vivir en una atmósfera sana de camaradería y alegría, y nunca conocí algo parecido desde entonces. Yo era muy querida por nuestra jefe y por todos aquellos encima de mí, y, si la Capitulación no hubiera acabado con todo, deberían haberme puesto probablemente a cargo un grupo de niñas, un año o dos más tarde.

Bien, esta gente, me agarró tan pronto como ellos entraron. Ellos no me mataron, es verdad eso: yo era demasiado joven para ser clasificada como un 'criminal de guerra'. Pero hicieron a mis padres pagar una multa de 500 marcos para que yo fuese 'des-Nazificada.' ¡Usted sabe lo que una suma de 500 marcos significa a una familia trabajadora modesta! Pasamos hambre, a fin de pagarlo (estábamos medio-muertos de hambre de todos modos, entonces). Pero si piensan que han 'des-Nazificado' a mí por todo eso, ellos cometen un error. Soy una Nazi más convencida, más fanática que alguna vez, y nada puede sacudir mi fe en nuestro Führer y en el Régimen. Le adoro. Y lo amo. Lo encuentro maravilloso. Es mi 'derecho,' como un individuo el sentir de aquel modo, ¿no es cierto? Y no ayudaré a sus enemigos contra el Bolchevismo o contra algo más. ¡Déjeles luchar su propia guerra - sin nosotros!"

(1) "Bund Deutschen Mädchen," homólogo para las muchachas de la "Juventud Hitleriana"

"El Bolchevismo no caerá abajo por ningún 'cruzado americano,'" dijo la mujer que había pasado ocho años en Rusia. "los rusos están lejos demasiado bien preparados para la guerra; mejor preparados de lo que alguien puede imaginar. Y su poder militar crece cada día. No; el Bolchevismo se caerá, pero no cuando a esta gente le gustaría que caiga. Esto se caerá, como una consecuencia de un despertamiento nacional de los rusos mismos, un día. Eso es, al menos, lo que soy inclinada a creer."

¿"Por qué lucharon los rusos tan vigorosamente, si realmente no les gusta su régimen?" pregunté yo.

"Ellos lucharon por Rusia, no por cualquier régimen," era la respuesta. "Mas aun, ellos no conocían nuestro régimen en su luz apropiada; quiero decir, ellos no tuvieron ni idea de todo su aspecto social. Ellos tenían una vislumbre de eso sólo cuando ellos mismos vinieron a Alemania, sea ello en las peores condiciones posibles, es decir, como invasores."

Anduvimos mucho tiempo. Me pareció, más aun, como si habríamos vuelto a un lugar donde habíamos estado ya, en algún sitio no lejos de la estación. Yo tenía la impresión que reconocí una iglesia en apariencia bastante intacta, delante de la cual habíamos pasado una hora antes sin detenernos. "Usted tiene razón," dijeron las dos mujeres; "Esta es Saint Lawrence, la primera iglesia que vimos en nuestro camino de la estación. ¿No quisiera usted entrar y echar un vistazo a ella?"

¿"Por qué no?"

Entramos. Un anciano ofreció llevarnos alrededor, diciendo que no se esperaba que nosotros le pagáramos, pero que podríamos dejar cualquier dinero que nos gustase como una contribución a la reconstrucción de la iglesia, que había sido pesadamente bombardeada. Aceptamos. "Dejaré un marco por cada una de nosotras," dije yo a la mujer que había venido de Rusia, sabiendo, como lo hice, que ella estaba sin dinero.

Compadecí a la pobre iglesia cuando escuché al relato aterrador del viejo hombre, y cuando vi, en lo alto de la bóveda principal, y en las paredes, la nueva capa de cemento y yeso, signo de las extensas reparaciones recientes. Compadecí a ella porque esto también era una parte de la ciudad martirizada. La fe a la gloria de la que había sido construida no había, en verdad, nunca sido la mía. De todos modos me vi obligada a tomarla en cuenta como un aspecto de aquel pasado compuesto de Europa, aparte del cual nuestra Lucha actual - rebelión contra los valores judíos - no tendría ningún sentido. Era, además, una fe que, en los días cuando esta era una fuerza principal, había estimulado, en hombres de mi raza, el creativo amor a la belleza.

"Me alegro, tan alegre de ver que la iglesia ha sido reparada hasta tal punto," dije yo al anciano.

¡"Lamento que la ciudad entera no pudiera serlo!"

"Ella cobra vida despacio otra vez," contestó él. "pero esto llevará tiempo. Y nunca será como antes. Esta guerra ha causado más destrucción irreparable que alguna otra."

La mujer que había sido una prisionera en Rusia habló: "Naturalmente, nunca será como antes," admitió ella. "Pero es a pesar de todo mejor que lo que vi de Nuremberg poco antes de la Capitulación. El lugar fue tan completamente destruido entonces, que pareció como si esto nunca sería apto de nuevo para vivir en el."

¡"Sí, puedo imaginar eso - a principios de 1945! Puedo imaginarlo bien, aunque yo no estuviera aquí," dije yo. "y también puedo imaginar, en medio de aquellas ruinas aún humeantes, aquella burla de la justicia si alguna vez hubiera una, aquella vergüenza del Occidente: el Proceso inicuo, y la ejecución en la horca de los hombres más finos de Europa; los hombres fieles, que habían cumplido su deber hasta el final; que habían obedecido órdenes como soldados en el tiempo de guerra, como ciudadanos de una Nación que lucha por su misma existencia..." "

"... Pero lamentablemente, como los ciudadanos de una Nación que había caído en las manos de un agitador y un criminal, y por lo tanto, como cómplices complacientes del delito," contestó el anciano, que era, por lo visto, Cristiano, consciente, como pocos están en Alemania, del carácter esencialmente anticristiano de nuestra fe en Hitler.

Sentí mi sangre hervir con la cólera repentina. ¡"En los grandes días," pensé, "Yo habría hecho guardar en su sitio a este sujeto inmediatamente!" - sin comprender inmediatamente que "en los grandes días" el tipo nunca habría ventilado seguramente sus opiniones tan desvergonzadamente. La muchacha joven en mi lado me empujó con su codo para decir: ¡"por bien de dios, no hable!" Pero era inútil. Yo simplemente no podría - ahora, en 1953 - permitir que tal declaración sea hecha en mi presencia sin una protesta.

"Qué usted quiere decir con 'el agitador'" pregunté yo. "Había sólo un agitador en 1939: Inglaterra, quien, de la envidia comercial pura, fue determinada a aplastar a Alemania y quien, por lo tanto, de buena gana se hizo el instrumento de los Judíos. el señor Halifax él mismo, - aquel hipócrita piadoso - describió en público como un 'éxito de la diplomacia británica' el hecho de haber forzado Alemania en una guerra que ella nunca había querido. ¿Y a quién llama usted 'criminal'? ¿Que le parece 'criminal' a usted en él que era el jefe de Alemania" (casi dije: "en el Führer"; pero prudentemente usé la palabra 'Herrscher,' lo cual significa casi lo mismo, pero es menos flagrantemente evocador) "y en su régimen?"

Las dos mujeres me miraron, sorprendidas, y quizás un poco inquietas; quizás temiendo que mi valor pudiera meter a todas las tres de nosotras en problemas, y lamentando que ellas hubieran salido conmigo, ¿quien sabe? El hombre no sólo fue sorprendido, sino positivamente impresionado.

"Es criminal asesinar a la gente por miles sólo porque ellos resultan ser Judíos," contestó él, repentinamente.

"Todo depende de la escala de valores de uno," repliqué yo. "La gente de usted que cree en la libertad del "individuo" (o fingen tender) seguramente no esperan forzar la misma escala de valores sobre cada uno, verdad?"

Otra vez la muchacha joven en mi lado - la misma quien, dialogando conmigo, era, ella misma, tan abierta - me empujó con su codo para decirme: ¡"Suficiente! ¡Basta! ¡Párelo!"

Había un silencio pesado. Nuestros pasos resonaron bajo la bóveda gótica alta, cuando anduvimos por la iglesia vacía. El anciano no me habló otra vez. Fui yo quien, después de dejar dos marcos en la bandeja en la salida, resumí mi posición en unas palabras antes de que yo me marchara: "Yo respeto toda fe en vista de que no tengo el poder de erradicar aquellas que considero como peligrosas," declaré yo. "Pero lo que no hago, personalmente, y nunca voy a hacer, es compartir la superstición cristiana acerca de la llamada "santidad" de toda y cada vida humana y, por consiguiente, la concepción cristiana de lo correcto e incorrecto. ¡Auf Wiedersehen!"

* * *

Salimos; andando en dirección del Castillo.

"No me gusta la impertinencia de ese sujeto," dije yo, recordando al guía en la Iglesia, tan pronto como estábamos otra vez entre nosotras.

"Ni yo lo hago," contestó mi compañera más joven; ¿"pero qué puede uno hacer, hoy día? Cien mil sujetos de aquella descripción van farfullando - las mismas viejas tonterías repetidas veces: esto que les enseñaron. No es de ninguna utilidad llamar su atención sobre uno mismo. No podemos convertirlos más de lo que ellos pueden convertirnos. Ellos aman y quieren el opuesto exacto de lo que amamos y queremos. Y ellos están ahora en el poder. Y hasta tales como este viejo tonto pueden ser peligrosos."

¡"Pero yo no puedo permitirle llamar 'criminal' a nuestro Führer y no decir nada!"

"Nuestro Führer él mismo sin duda ordenaría que usted fuera prudente, si él pudiera oírle," propuso la mujer que había venido de Rusia.

Contra el fondo de pesadilla de Nuremberg destruido - de aquel Nuremberg que él amó tantísimo, y este le amó tanto, - imaginé para mí a mi Líder adorado. ¿"sí, qué diría él?" pensé. ¿"puede él realmente culparme por no ser capaz de oír que la gente le insultaba sin contestar?"

Y el sentimiento siempre vivo de la culpa inextinguible por no haber venido a Alemania años y años antes, se elevó una vez más dentro de mi corazón.

* * *

Alcanzamos la famosa plaza: Marktplatz - antes Adolf Hitler Platz. Reconocí, por haberlos visto en fotos, la fuente del siglo diecisiete con su intrincada, dorada baranda de bronce, cerca del sendero a lo largo del cual vinimos y, en el extremo opuesto de la plaza, la pequeña iglesia pintoresca y encantadora: Frauen Kirche. De no haber sido por estas dos marcas permanentes, yo nunca podría haber adivinado que estaba en aquel lugar particular, ya que nada más es dejado de ello - ni una casa. Las señales históricas han permanecido, como si por milagro; el escenario histórico ha desaparecido completamente; la plaza es ahora una extensión desigual de tierra arenosa, en un lado de la cual (en el ángulo recto a la calle) puede ser vista una fila de tiendas construidas de prisa. Detrás de éstas, bajo la corriente y más allá de ella, brechas de una depresión profunda llena de escombros, que las grúas de hierro - entonces, en reposo, pues era un domingo - aclaran gradualmente. Al otro lado, paralela a la calle, la iglesia se para sola en el trasfondo del cielo. Las viejas casas pintorescas a la derecha e izquierda de ella ya no existen.

Visitamos la iglesia, recién reparada. En Saint Lawrence al menos un poco del hermoso vitral de color había sido puesto de regreso en su lugar; en particular, el magnífico roseton, en violeta rojizo y azul ardiente, estaba allí otra vez. Aquí, había cristales de ventana transparentes ordinarios, por los cuales la luz del sol manó dentro; había nuevos bancos; nuevas paredes en blanco. Y aún así, el lugar llevaba, como la ciudad entera, a pesar de todas las reparaciones, el sello de la devastación. Me sentí deprimida.

Salimos, anduvimos a través de la plaza, echamos un vistazo a la fuente. Dentro de las curvas ornamentales de su baranda, las dos mujeres me mostraron el Anillo famoso, misterio de la habilidad, del cual nadie puede entender como ha sido puesto en su lugar presente. Las dejé en un grupo de gente que esperaba admirarlo de mas cerca y, de ser posible, manejarlo y hacerlo dar una vuelta, y fui vagando un rato sobre la plaza arruinada y a lo largo del sendero que linda con ella...

En los días gloriosos, en el momento de las grandes Reuniones del Partido, en algún sitio encarando aquel sendero y las casas de enfrente, desde las ventanas superiores de las cuales entonces colgaron banderas de Esvástica hermosas de seda roja o terciopelo, con una franja de oro, se paró el Führer, dominando desde su tribuna la plaza entera detrás de él, la calle entera ante él. La plaza fue

completamente ocupada por filas y filas de personas; los dignatarios, delegados extranjeros, invitados especialmente honrados. De todas las casas alrededor de ella colgaron aquellas banderas rojas, blancas y negras espléndidas, portando el Signo inmemorial del Sol, que es el de la fe Nacionalsocialista... La muchedumbre estaba silenciosa. Las campanas de iglesia, que habían sonado en coro con aquellas de toda la ciudad en la apertura de la solemnidad, estaban también silenciosas. Sobre el puente y a lo largo de la calle, en dirección del Castillo, - desde la izquierda del Führer a su derecha, - regimientos y formaciones de Partido vinieron marchando a traves, a la música conquistadora de la Canción inmortal, en una coordinación increíble, uno tras otro, durante horas... Y Adolf Hitler, con su brazo derecho extendido, los miró marchar. Y ellos le saludaron a él - el Alma viva del nuevo Reich - parando ante su tribuna cuando ellos pasaron.

Traté de imaginar a mí aquella demostración única de orden, grandeza, poder, entusiasmo controlado; aquella escena del gran Despertamiento de mi raza en el Occidente; y yo sabía que yo no podría. Nadie podría imaginarlo, a menos que él o ella lo hubieran visto, hubieran vivido ello, en su realidad tangible... Y otra vez pensé: ¿"Donde estaba yo, entonces?" En India del Sur; en India Central; en Lucknow; en Lahore; en Cachemira; en Calcuta - en el momento de cada Reunión, en algún lugar lejano diferente, - esforzándome por ser el puente entre las dos mitades del Mundo ario; esforzandome por hacer el camino directo para el establecimiento del Orden Mundial Nacionalsocialista; hablando en contra las doctrinas falsas y los valores erróneos que están de pie en su camino; ¡creyéndome ser útil - la tonta que yo era! ¿Ah, por qué no había estado yo aquí?

Traté de imaginar la figura orgullosa del Führer en la actitud del Saludo ritual, contra aquel trasfondo de la belleza, de la fuerza, de la alegría; de la juventud en uniforme, de banderas ondeando y cascos brillantes y música heroica, dentro del marco de la vieja ciudad alemana encantadora, allí donde vi, ahora, solamente tierra solitaria y unas nuevas tiendas lamentables y, en el lado opuesto de la calle, una casa nueva o dos, y caras llenas de desilusión, nostalgia, amargura o simplemente aburrimiento; las caras cansadas de aquel mundo de la posguerra indiferente, que es el contrario de todo por lo cual la gente alemana había luchado, de todo lo que ellos quisieron, y todavía quieren. Y el viejo deseo creció en mí: ¡"Oh, establecer aquella visión del Salvador moderno del Occidente como aquel alrededor del cual todas las fuerzas dispersadas de Alemania, no sólo eso, de la Arianidad occidental, se juntarían y se cristalizarían! Ah, poder predicar la unidad del Occidente ario - que no es nada más, sino el Gran Reich de sus sueños - en su nombre, abiertamente, un día...! - ¿"Pero cuándo?

Mientras tanto, los niños que eran demasiado jóvenes para haber conocido los grandes días y a quienes les enseñaron en la escuela a considerarlos como un período de horror, pasaban, con sus padres que recordaron, pero no se atrevieron a hablar en este llamado mundo "Libre ". ¿Cuánto iba a durar todo esto? ¿Cuánto más estaría allí esa prohibición contra todo lo que apoyamos?... Anduve atrás a la fuente donde las dos mujeres me esperaban. La muchacha estaba preocupada de despedirse de mí, porque era no lejos de las diez en punto. ¿"cuando se marcha usted?" ella me preguntó.

"Esta Tarde, o mañana," contesté. "Lamento que yo no pudiera quedarme más tiempo, pero... Temo que no puedo. Sólo quiero ver la Arena Luitpold y Zeppelin Wiese, y también el lugar del Proceso y, si puedo, el lugar donde los Once murieron."

"En ese caso, no le veré probablemente otra vez. Pero soy feliz de haberle conocido. Y le recordaré.

¡Buena suerte a usted dondequiera que vaya! ¡Auf Wiedersehen! "

¡"Auf Wiedersehen!"

* * *

La mujer que había sido una prisionera en Rusia permaneció conmigo.

Seguimos vagando entre los restos de Nuremberg, y seguí tratando de imaginar para mí la ciudad encantadora en los días de paz, orgullo y felicidad, - antes de que los diablos la destruyeran. ¡Dondequiera que viéramos paredes carbonizadas, espacios en blanco, o filas de tiendas rápidamente

establecidas de madera o de ladrillos baratos y cemento con o sin una capa de yeso, traté de imaginar tales filas de casas como yo había visto en fotos o en los carteles turísticos atractivos - "Visite Alemania!" - que solían colgar contra las paredes en Oficinas de viaje o con estaciones de ferrocarril importantes, antes de la guerra, llamando a la gente del mundo entero al hermoso y próspero país de Adolf Hitler.

Recordé, también, que este baluarte del Nacionalsocialismo era, al mismo tiempo, "la ciudad de los gatos," y recordé los balcones de madera pintorescos ante las ventanas de las queridas viejas casas (y de muchos modernos edificios de vivienda con varios pisos) - los balcones sobre cuales felinos bien alimentados, lustrosos, felices, cuyos dueños no tenían jardines, solían tomar la solana en la luz del sol. Uno de los mejores Nacionalsocialistas Alemanes que conozco, que resulta ser, - como yo - al mismo tiempo, un amante de los gatos, me había hablado sobre aquellos balcones. E imaginé cómodas, redondas, peludas cabezas, con orejas sedosas, y ojos verdes o dorados, de colores blanco y negro, negro aterciopelado, pelirrojos o grises como la ceniza, - o portando las rayas primigenias que hacen a los felinos salvajes invisibles en la selva - mirando fuera entre las barras de las barandas de madera. ¿Mirando sobre qué? Sobre la ascension de la humanidad superior: sobre hombres jóvenes sanos, hermosos en uniforme marrón, haciendo paradas en las calles; sobre niños sanos hermosos, que crecen en la consciencia de su fuerza; sobre mujeres jóvenes y muchachas - cada vez más de éstas en uniforme azul - felices de ser las madres actuales o potenciales de más de tales niños y más de tales verdaderos hombres; ¡y, de vez en cuando, sobre muchedumbres felices de brazos extendidos en el entusiasmo al paso de alguna procesión, encima de la cual las banderas revolotearían contra el cielo azul (siempre aquellas banderas rojas espléndidas, llevando en negro, en un disco blanco, el Signo de vida - y Muerte - en salud y gloria!) .

Sí; casas que parecen medievales dotadas, dentro, con todas las materias modernas; gatos hogareños, criaturas de gracia y equilibrio; y los miles de jóvenes alemanes - juvenes, aun si ellos fueran de más de cincuenta, pues toda la Alemania era joven en los grandes días - trabajando y hablando, marchando y cantando al ritmo de una nueva vida, bajo la administración inmediata de Julius Streicher, bajo el mando inspirado de Adolf Hitler, en la sombra de la Esvástica eterna; había sido Nuremberg - mi muy propio sueño, visible y tangible; materializado en esta tierra, durante años... hasta que los diablos lo hubieran destruido. ¡Con qué frecuencia no había yo visto fotos de ella en carteles de "Visite Alemania"! Por la millonésima vez me pregunté por qué yo siempre aplacé mi vuelta a Europa (como si no hubiera ninguna necesidad de apresurarse) y nunca visto aquella cosa de gloria que era una Reunión de Partido en aquel escenario extraordinario.

Vimos la iglesia de San Sebaldus: una ruina, que la habilidad, paciencia y fuerza de voluntad alemana traerían a la vida otra vez, un día - nadie podría decir aún cuando. Vimos la casa en la cual el pintor Albrecht Dürer (quien, como todos los sumamente grandes artistas, era también un sabio) había vivido y meditado, y había creado. Como la Frauen Kirche en Adolf Hitler Platz, esto ha evitado la destrucción como si fuera por milagro. La vecindad entera es una serie de hoyos llenos de escombros, entre un número creciente de completamente nuevas casas. Pensé en el Poder misterioso, impersonal que había conservado justo aquel viejo solo que estaba de pie en medio de corrientes del fuego. Y me estremecí de una especie de temor religioso...

En el peldaño de una medio arruinada pero todavía habitada casa, noté a un gato amarillo bien alimentado, ordenado - el primero que vi en Nuremberg. El otro, uno blanco y negro, también en buenas condiciones, yacía unos pasos adelante. Paré, cerré mi mano, y la ofrecí al más cercano. El felino miró fijamente en mí con el entendimiento, se levantó, y frotó su cabeza lustrosa contra mi puño, ronroneando. Lo acaricié, lo recogí, lo sostuve un rato en mis brazos. ¡"Mi terciopelo, mi seda, mis rayas amarillas, mi piel ronroneante!" dije yo, siguiendo acariciándolo. Este ronroneó más alto.

Recordé la expresión: "ciudad de gatos..." la criatura encantadora pareció decirme: "Si sólo hubiese usted venido antes... ¡hace años! Usted habría visto muchos de nosotros. Ahora ellos han forjado la destrucción en nosotros también. Es demasiado tarde..." Otra vez lágrimas vinieron a mis ojos. Dejé al gato y alcancé a mi compañera, que había andado despacio a través, y miraba ahora la estatua de Albrecht Dürer en medio de una pequeña plaza. También miré fijamente en ello en silencio. Esto es una buena estatua; menos evocadora sin embargo - quizás, - que la mera atmósfera de la vieja casa.

Hicimos una pausa larga, tanto mi compañera como yo absortas en nuestros pensamientos. Entonces, de repente, después de haber hecho un movimiento y andar unos pasos con ella.

"No podría usted llevarme al Zeppelin Wiese, y Arena Luitpold." dije yo; "se esta haciendo tarde. Y también quiero ver el lugar de martirio; usted sabe lo que quiero decir: el lugar donde los Once fueron matados el 16 de octubre de 1946."

"Zeppelin Wiese y la Arena Luitpold están lejos - fuera de la ciudad - y parece como si fuese a llover, y no tengo ningún paraguas, ni usted tiene," contestó ella, señalando a las nubes que habían aparecido en el cielo. "Pero le llevaré al otro lugar. Sólo quise que nosotras primero viéramos el Castillo. Estamos realmente en la colina en lo alto de la cual esto está de pie. ¿no usted desea verlo? ¿el castillo del Kaiser Barbarossa? "

"¡Por supuesto que sí!" contesté sin vacilar. "solo que yo no era consciente que habíamos vuelto a la Roca después de nuestros vagabundeos. Yo no sabía que estaba tan cerca. ¡Sí, subamos!"

De un salto, recordé al gran Emperador Hohenstaufen, Friedrich Barbarossa, que participó en la Tercera Cruzada con Ricardo corazon de Leon, el rey de Inglaterra, y Philip-Augusto, el rey de Francia, y que murió en el lejano Este, pero de quién - es dicho - "volverá." Subimos y, por calles viejas, estrechas, limpias, y todavía pintorescas, todavía encantadoras, aunque muchas de ellas fueran a mitad arruinadas. Alcanzamos la entrada del Castillo: la entrada masiva, que conduce a un patio cuadrado, donde un guía explicaba ahora algo de la historia y los rasgos arquitectónicos del edificio a unos turistas americanos, antes de llevar a éstos arriba. Mi compañera, que había visto el Castillo antes, no tuvo ganas de verlo otra vez; simplemente quiso que yo lo viera. Ella se sentó en la habitación de oficina, cerca de la puerta, pues estaba cansada, mientras el otro guía designado - un anciano - tomó cargo de mí.

Seguí éste arriba, en un pasillo y luego en el otro, medio escuchando a la historia detallada del Castillo, que él me repetía después de haberla dicho mil veces a otros invitados, siempre con la misma voz monótona, cansada, como si él recitara una lección. Un rato, mis ojos descansaron sobre los cuadros de retratos de reyes y reinas, duques y duquesas, que podían ser vistas colgando contra paredes altas, blanqueadas, y sobre las armaduras de diferentes tipos y períodos diferentes, que estuvieron de pie en fila, en cada lado de un salón especial. Pero todo el tiempo sentí la presencia de la ciudad arruinada al pie de la roca en la cual el Castillo está construido. Y siempre que pudiera echar un vistazo a ella a traves de una ventana, yo lo hacia. Incluso de una distancia, uno podría ver que estaba arruinada.

Alcanzamos la hermosa Doble Capilla: dos salones abovedados austeros, uno encima del otro, con poca ornamentación, pero del muy mejor estilo: pilares de piedra, con capiteles sutilmente esculpidos - todos diferentes - y un altar de piedra esculpido. Aquí los caballeros de antaño asistían a misa, y rezaron para el éxito de sus armas. Inclinándome a la balaustrada de la Capilla más alta, estuve de pie justo frente al altar. Allí reinó un silencio sobrenatural; un silencio eterno - en que los pasos resonaron extrañamente sobre el pavimento de piedra frío. Entonces el viejo guía habló otra vez, con su misma voz monótona, cansada. Por la razón que sea, en esta esquina particular del Castillo, llena de ecos, su voz tomó una solemnidad fantasmal; parecía como si esta también viniera de otro mundo: "En 1188, aquí también estuvo de pie y rezó el Kaiser Friedrich Barbarossa, que debía conducir pronto a los caballeros germanos al Este, y nunca volver," aquella voz decía. ¿"usted conoce la historia, no es cierto? Él fue ahogado en un río de Asia Menor. Pero su gente no creía que él estuviera muerto. Ellos informaron que él se había retirado con sus paladines a una fortaleza de montaña, pero que un día, cuando la gente le necesitara, él volvería para conducirlos a la gloria una vez más. Le necesitamos muchas veces desde el Duodécimo siglo. Pero él nunca vino. Y todavía esperamos..."

Temblé, pues la Verdad asombrosa - la Verdad detrás del Mito eterno de la salvación - había alboreado otra vez de repente sobre mí.

¿"Está usted tan seguro que Él nunca volvió?" pregunté yo, enigmáticamente. "¿Podría usted haberle reconocido, - el buen Líder de todos los tiempos, y verdadero Salvador de Alemania; el Jefe natural de la Raza dirigente - si usted le hubiese visto? ¿Y si usted le ve volver, el próximo año o el año después, o en cinco años de tiempo, le reconocerá usted en Su traje tradicional moderno?"

¿"Qué quiere decir usted?" gritó el viejo guía. Si entiendo que usted alude a... alguien... ¿de nuestros tiempos? ¿O habla usted simbólicamente, sin referirse a alguna persona precisa?"

No quise una discusión. Sentí, de alguna manera, que este no era el lugar para una. Y casi me arrepentí por haber hablado tan abiertamente. Contesté evasivamente: "Olvidese de lo que dije. Tómelo como usted quiera. ¿Uno siempre puede dar más de un sentido a las leyendas poéticas, se puede no?"

Pero en realidad, yo había pensado y todavía pensaba en nuestro Führer.

Permanecí un rato inclinada en la balaustrada - como una señora medieval... - para reflexionar sobre la vieja leyenda del Líder inmortal Que vuelve. Y las palabras santas del Bhagavad-Gita - el más viejo Libro ario sobreviviente de la Sabiduría integral - vinieron a mi memoria, aquí, en la Capilla de la Casta, en medio de Nuremberg arruinado, como unos días antes en Braunau am Inn, ante la casa donde Adolf Hitler nació: "cuando la honradez es aplastada, cuando los malvados rigen supremos, vengo; era tras era, tomo el nacimiento una y otra vez, para salvar el mundo." (1)

(1) Bhagavad-Gita, IV, verso 7 y 8.

En aquel momento, de una iglesia en algún sitio en la ciudad abajo, el sonido de campanas me alcanzó. Hay pocas cosas tan nostálgicas y tan encantadoras como la música de campanas. Vivamente me recordé escuchando a tal música, con una conciencia extraña profética, durante mucho tiempo, en mi ciudad natal, en vísperas de mi partida a India, más de veinte años antes... ¿Ah, por qué había ido yo, entonces? ¿Por qué había tenido yo que ir - y perder todo el contacto directo con el Tercer Reich a la cima de su esplendor? ¿Había sido así ordenado por las Fuerzas invisibles que gobiernan cada destino, de modo que yo pudiera aprender, allí, a unir la vieja leyenda alemana - la expresión del ansia colectiva eterna - con la Esencia inmemorial de la verdad aria; el Mensaje de Aquel Que vuelve? ¿de modo que yo pudiera, ahora, después del colapso temporal de Alemania, dar al Nacionalsocialismo - su Nacionalsocialismo - aquella estupenda más que política interpretación que pocos de sus exponentes alemanes ellos mismos se atrevieron a darle, aclamándolo como el equivalente Occidental de la vieja, antigua Sabiduría de los invasores de piel clara que hablaban sánscrito de la India, y rellenar el hueco entre las dos mitades de la Arianidad en el nombre sagrado de Adolf Hitler? ¿De modo que yo pudiera entender y proclamar la misión de Alemania, en la luz de la Verdad cósmica, como nadie más - como ningún extranjero, al menos, - había hecho antes? ¡Ah, si era la razón escondida, - la verdadera razón, que yo, yo misma no sabía - de mi partida, al sonido nostálgico de campanas, (pensé, con lágrimas en mis ojos,) era algo que valió la pena!

Yo no había visto a mi querido Führer, - alguna vez; ni había visto las magníficas Reuniones de Partido; ni visto el Tercer Reich en su grandeza. Pero hasta aquel precio enorme no era demasiado alto, si yo lo hubiera pagado a fin de hacerme apta para hacer esto que sólo yo podría hacer para el triunfo de nuestra verdad Nacionalsocialista para siempre: para la doble dominación del Gran Reich alemán: ¡sobre la Tierra y sobre la consciencia aria, para siempre!

El guía, viendo que quise estar sola un rato, me había dejado. La voz de las campanas siguió hablándome, del corazón de Nuremberg martirizado - a mí, que no había oído el coro alegre de campanas de todas las iglesias de la ciudad, en la apertura de las viejas Reuniones de Partido, en los grandes días. "Realice aquella acción que es el deber, para el bien del deber solamente; renuncie a los frutos de la acción", en las palabras del viejo viejo Libro; esa es también la regla de nuestra Lucha para la aseveración de los valores arios. ¿Vea, no hemos renunciado acaso a la victoria inmediata, mas aun, nuestra misma existencia, en aquella Lucha santa?" dijo la Voz de la ciudad de Streicher, - la Voz de la Alemania de Adolf Hitler; también la Alemania de Friedrich Barbarossa y de Hermann, aun mucho antes; la Voz de Alemania de todos los tiempos; la expresión viva de la Sabiduría aria bélica indestructible en el Occidente.

Tan cerca, y aún distante, desapegada, eterea, la Canción de bronce pareció presagiar, más allá de la desilusión y amargura e impotencia del día presente, - más allá de la renuncia heroica hacia el éxito rápido y fácil - la alegría del regreso del Führer eterno Quien vuelve, era tras era... De mala gana arrancándome de la Capilla en la cual el gran Emperador Hohenstaufen había rezado,

me uni al guía en el pasillo adyacente, y le seguí atrás hacia la entrada del Castillo, a la música de las lejanas campanas.

* * *

El otro guía, quien había terminado mucho tiempo de dar una conferencia a sus americanos, estaba de pie en la puerta de la habitación donde yo había dejado a mi compañera. Él era mucho más joven que ese que me había llevado por ahí, - más joven que mí, de hecho, - y tenía una cara enérgica hermosa; la cara de "uno de nosotros," pensé. Mi compañera y yo permanecemos solas con él, cuando un nuevo lote de americanos (soldados en uniforme, esta vez) entró, y mi anterior guía les ofreció sus servicios. El hombre joven probablemente notó que fui profundamente conmovida; quizás, también, era yo simpática a él como él era a mí. Él me habló. ¿"le gusta el Castillo?" él me preguntó, como presentación.

¡"Ciertamente!" contesté. "todas aquellas fortalezas de la Epoca de caballería me atraen. Ellas me atraen aparte de su arquitectura, porque pertenecen a aquella edad que tenía una fe (no importa si fuera o no la que tengo) y que era seria, y creyó en el honor, lealtad, y fuerza puesta al servicio de la verdad, como sólo la minoría perseguida hace hoy día."

Los ojos severos del hombre parecieron escrutar en los míos. ¿"a quien llama usted, con tal admiración entusiasta, 'la minoría perseguida'?" preguntó él.

"Aquellos que sufrieron la tortura (y, en miles de casos, muerte) no por una ilusión, sino para aquella de la Verdad firme de todos los tiempos en su expresión actual, y que pasarían otros ocho años por el infierno más bien que negar su fe, que es también la mía: fe en la humanidad más alta, y en Alemania como el heraldo y líder del despertamiento de la humanidad más alta; aquellos que el mundo odia, por que ellos son libres hasta entre rejas y fuertes, aun si sus cuerpos estan rasgados y rotos - no vencidos, aun si en esta guerra que lucharon ellos perdieran; aquellos que son "fieles cuando todos se hacen infieles,"" contesté yo con toda sinceridad, atreviéndome por fin a citar las primeras palabras de la Canción de los hombres de las S.S.. ¡"A ellos proclamo aptos para gobernar la Tierra!"

El hombre me arrastró aparte en una esquina del patio, me dio la sonrisa tranquilizadora de la camaradería, me estiró su mano y dijo, sosteniendo mi mano en la suya: "la admiración de usted me toca. Soy un hombre de las S.S., fiel a mi juramento. ¿Y usted?... Usted parece un europeo del Sur... Pero a ningún extranjero via alguna vez hablar como usted lo hace. ¿Quién es usted?"

"Un Europeo de Sur en efecto - en parte al menos," contesté. "Pero un ario en general; un ario que ha aclamado en la nueva Alemania de Adolf Hitler el líder natural de la pan-Arianidad."

"Sé lo que usted quiere decir con lo que dice," dijo el hombre. "y me alegro de haberla conocido. "

Él me dio su nombre y dirección. Le di una dirección donde él podría alcanzarme.

¿"Está usted viviendo en Alemania? " preguntó él.

"Lo estaré, - si posiblemente puedo..." contesté.

Y nos separamos. El antiguo hombre de las S.S. llevó a un bullicioso y llamativo lote adicional de turistas americanos en el viejo Castillo.

La mujer que había sido una prisionera en Rusia estaba de pie en la puerta, esperándome. La seguí abajo las calles medio arruinadas a un cruce que no reconocí, aunque, ella dijo, hubiéramos pasado allí antes, algún momento por la mañana. Desde allí un coche de tranvía nos llevó, a lo largo de Fürtherstrasse, al Palacio de justicia: el edificio en cual la mayor infamia en la historia mundial - la serie de Procesos de Nuremberg, en 1945, 1946, 1947 - han ocurrido; y cerca de las paredes de prisión detrás de las cuales los Once han ganado para siempre la gloria de los mártires.

* * *

Esta sucesión de edificios tejados de tres pisos, con una arquitectura elegante y sobria, es uno de los pocos monumentos grandes del viejo Nuremberg que han sobrevivido las ordalías de las incursiones aéreas Aliadas. Este ocupa (junto con la tierra, plantada con árboles hermosos, y los céspedes, aquella extensión ante ello) el espacio entero limitado por la amplia Fürtherstrasse y dos calles laterales que corren a ella perpendicularmente.

Despacio marqué el paso por el sendero, a lo largo de la baranda de hierro que limita la tierra verde y sombreada. Las puertas estaban cerradas, entonces no podríamos entrar. En una de las entradas cerradas, un aviso llamó mi atención: "Horario de Visita de 8 a 12." "He venido demasiado tarde, - demasiado tarde, como siempre," pensé. "Debería haber venido directamente de la Estación, en vez de visitar aquellas iglesias. Pero el daño no era irreparable. Yo me quedaría otra noche en la Misión de Estación, y vendría al día siguiente y vería el salón en el cual el Proceso siniestro había sido organizado... (De todos modos, esto era el domingo; ¿y quién sabe si los invitados eran en absoluto permitidos, incluso "de 8 a 12"?) Y si, por la razón que sea, no me dejaran durante el día siguiente, pues algún día... - cuando el Día de la venganza alborearía - yo vería el salón en cualquier caso. Lo vería... y... - ¿quizás, quién sabe?... - me sería dado el placer de acusar a nuestros perseguidores ante el mundo entero, entre aquellas mismas paredes dentro de las cuales ellos han conducido sus procesos largo tiempo arrastrados de odio, hipocresía y mentiras.

Mientras tanto, marqué el paso por el sendero, con mis ojos fijados sobre la serie majestuosa de edificios, mientras la mujer que había venido de Rusia anduvo en silencio a mi lado. Recordé en mi mente aquellos procesos espectaculares, y los comentarios de los periódicos del tiempo (que la gente me había dicho; ya que yo nunca solía leerlos) y la campaña mundial de la difamación que fue continuada entonces para reforzar el espectáculo vergonzoso entero. Recordé mi propia vida durante la gran infamia: mis amargas peleas sobre ello, en India, con la gente ignorante o estúpida, o la gente realmente hostil a nuestra fe; y el espíritu aún más detestable que tuve que afrontar ya sobre el vapor que me llevó de Bombay a Southampton; y mi llegada a Londres, sólo para ver, en algún sitio en la Calle Oxford, en letras negras enormes contra un fondo blanco, el anuncio de una exposición de "Atrocidades Nazis; entrada: un chelín seis peniques"; sólo para oír, dondequiera que yo fuera, - en casinos de productos lácteos y cafeterías "express"; en salas de espera de estaciones de ferrocarril, en las casas de la gente, - el inalámbrico, ladrando a mí sus insultos contra todo lo que amé; su información sobre el Proceso, entonces continuando; sobre detenciones adicionales de Nacionalsocialistas prominentes y posterior desmontaje de fábricas alemanas; su alabanza del Plan Morgenthau y, más enfurecedor que todo el resto, sus exhortaciones piadosas y que frecuentan de clérigos ingenuos para que Alemania "retorne a sentimientos cristianos"; sólo para ver, contra las paredes en el "tube" (el ferrocarril eléctrico subterráneo) esa obra maestra de hipocresía antinazi: carteles de cuadros de Cristo, con una mano clavada sobre la cruz y la otra... bendiciendo a pequeños muchachos y muchachas, bajo los cuales se leyó las palabras: ¡"Tenga compasión sobre los niños alemanes que pasan hambre!" me recordé parada ante uno de aquellos cuadros - un insulto tanto al Profeta Galileo (quien era, por lo menos, sincero, y no puede ser sostenido responsable de la caricatura de su enseñanza no-mundana hecha por Pablo de Tarso) y sintiéndome confusa ante la profundidad de la inconsistencia del diseñador que lo había concebido, y la profundidad de la estupidez de las masas dirigidas por la Biblia a quienes fue querido impresionar. (¿Podía éstos no entender que ellos, su odio y los bombarderos de la R.A.F. estaban en la raíz de la angustia de los niños alemanes?)

Recordé la noche que yo había pasado en la pensión de la Sra Ponworth, Calle Wood 37 - ¿o era ello Vereda Wood? - Highgate, Londres; un lugar internacional, si alguna vez hubiera uno, que alguien me había recomendado, ingenuamente suponiendo que, "siendo un extranjero," yo no podría, sino gustar de la atmósfera. Y recordé la mesa de cena en la cual yo me había sentado, junto enfrente de la Judía más desagradable, mientras un indio se sentó en mi lado y un Negro entre él y ella. La gente inglesa presente, apenas mejor que ella, (y de todos modos menos justificados que ella en su odio a nosotros y a todo lo que apoyamos) todos escucharon con fuertes exclamaciones del horror a lo que la israelita tuvo que decir sobre el tratamiento de sus hermanos raciales en Alemania y en voz alta compartieron su concepción de "justicia." Ella y ellos - la mesa de discusión entera, con dos o tres excepciones, - concordaron con los principios que se suponía justificaban el Juicio de Nuremberg. Ellos simplemente encontraron que el Proceso duraba demasiado largo tiempo. El indio estaba silencioso - quizás no

interesado en asuntos europeos; quizás sosteniendo opiniones diferentes y no audaz a hablar. Y yo - yo, el único Nazi en el lugar, por lo que puedo decir, - tampoco dije nada; no podría decir nada, aunque me hirviera con indignación y odio. Yo había venido de India a fin de asegurarme, de alguna manera u otra, un permiso militar para Alemania Ocupada. A cualquier coste, tenía que permanecer desapercibida. Pero nada estaba más contra mi naturaleza, y por lo tanto más doloroso a mí, que aquel silencio forzado.

Entonces, algo inesperado, - algo extraordinario - pasó. Cuando la Judía y los esclavos de Pueblo judío habían terminado de insultar a nuestro Führer y aquellos a punto de morir por Alemania y para él y para la raza aria, el Negro levantó su voz. "Soy Cristiano," dijo él simplemente. "no entiendo la política, pero sé una cosa: Jesús, mi Maestro, dijo a todos aquellos que le aman 'amar a sus enemigos y no juzgar a cualquier hombre'. Tal es su voluntad. Ustedes la gente inglesa también se llaman Cristianos. En este caso ustedes no deberían hablar, ni actuar como hacen. Dios solo juzgará a aquellos hombres que ustedes llaman 'criminales de guerra', cuando Él juzgará a todos nosotros. El asunto de ustedes es perdonarles, si piensan que ellos le han dañado; perdonarles, y ponerlos en libertad. Este Juicio de Nuremberg es un acto monstruoso de hipocresía, y una vergüenza sobre Europa, América y Rusia; ¡y una vergüenza sobre todos los Cristianos que no protestan contra ello!" Esto era tan irreprochablemente lógico en su ingenuidad, que los alborotadores no sabían que decir. Había un silencio incómodo, - el silencio del avergonzado. Solo la Judía se rió en voz alta y, dando vuelta al Negro:

"Esa es la cosa más cómica que he oído alguna vez," gritó ella. ¡"Defender a Nazis en nombre del cristianismo! ¡Pero ellos no creen en su Jesús, mi compañero! Ellos creen en Hitler. Y serian los primeros en reírse, si ellos pudieran oírle..." "

Pero el africano no debía ser desalentado. "Eso puede ser," contestó él. "Pero yo creo en Jesús. Y los jueces que se sientan allí, en Nuremberg, dicen que ellos lo hacen también. Cada hombre debería hacer lo que su propio Maestro le dice. Los Nazis tienen razón en vista de que ellos tratan a otros como Hitler quiere. Pero nos equivocamos si no los tratamos como Jesús, - nuestro Maestro - quiere que nosotros hagamos. Y él dijo: 'ama tus enemigos, y haz el bien a aquellos que odian a ti.'"

¡"Honestamente, usted es el colmo!" estalló la Judía. Y ella añadió irónicamente: ¡"usted debería pedir ser enviado a Nuremberg y tomar el lugar de abogado de los criminales de guerra!"

Por primera vez segun puedo recordar, - y quizás también para la última - yo había sentido, a pesar de mí, en aquella ocasión, un tributo de simpatía por la enseñanza del Galileo, yo, el Pagano ario orgulloso, que había luchado contra ello tan amargamente toda mi vida. Yo había pensado al menos, de un salto: ¡"Gosh, yo nunca había comprendido que la vieja superstición podría ser puesta a tal buen uso!," esto siendo el tributo más alto que puedo dar a una enseñanza que es la negacion de la de nuestro Führer.

Ahora recordé ese episodio elocuente, en toda su viveza. También recordé el estado de Alemania en 1948, e imaginé a qué esto debe haberse parecido dos años antes. Y contra aquel fondo de pesadilla de ruinas, desesperación e implacable, inaudita persecución, los imaginé, - los colaboradores más cercanos del nuestro Führer; sus luchadores de los primeros días; junto con él, fabricantes del Tercer Reich y fundadores de la Nueva Era; mis superiores - los imaginé cruzando un pasillo lleno de gente, - en algún sitio, en uno de aquellos edificios directamente delante de mí, - y estando de pie uno tras otro ante sus jueces y ante el mundo entero y ante la historia, con sus cabezas altas, y declamando: ¡"Me declaro inocente!" imaginé, entre otros, a Hermann Göring hablando por última vez ante aquella muchedumbre hostil - jueces, fiscales, intérpretes, secretarios, mecanógrafos, "observadores oficiales," espectadores privados - tan tranquilamente y de forma convincente e inspiradora como si él hubiera estado dirigiéndose al Reichstag de una Alemania victoriosa. Y uno tras otro, las voces firmes e intrépidas ahogaron el alboroto mundial de calumnia baja y odio demencial. Y la voz de Göring - pensé - todavía acusará y condenará a nuestros perseguidores en cinco mil años por venir...

Estando de pie delante del "Palacio de la Justicia," ahora, después de siete años, y recordando todo esto, me estremecí de la cabeza a los pies.

La mujer que había vuelto de Rusia estaba, durante mucho tiempo, silenciosa e inmóvil en mi lado, indudablemente pensando también en nuestros mártires. Por fin ella se dio vuelta hacia mí. "Venga," dijo ella; "Le mostraré la pared detrás de la cual ellos murieron."

Seguimos una calle que corre a lo largo de un lado del recinto externo. La prisión está detrás del último bloque de edificios. Las paredes que la rodean parecen prolongar aquellas lindando con el local del Tribunal. Nos acercamos a un lugar desde el cual se podría distinguir la azotea y piso superior de ello. La mujer que había venido de Rusia se paró, y, estirando su mano, dijo:

"Estaba aquí, en algún sitio detrás de esta pared, en el Turnhalle - el salón gimnástico - de la prisión, me dijeron..."

Una vez más, me estremecí. Una sensación fría corrió a lo largo de mi espina y en todas partes de mi cuerpo. Y yo tenía la impresión extraña que un poder - un flujo nervioso - fue liberado de la cima de mi cabeza, (una experiencia que no era nueva para mí, aunque yo la hubiera, solo rara vez tenido en mi vida). Me sentí en contacto directo con Fuerzas omnipotentes que yo no conocía y no podía controlar, aún así, que no temí - al contrario; que me alegré de sentir tan cerca; a mano. Pensé intensamente en los Once - y en aquellos (también condenados por este Tribunal de la vergüenza) quienes están todavía en Spandau, después de todos estos años; y de todos aquellos que murieron o sufrieron, y todavía sufren por su fe en nuestro Führer, en las manos de nuestros perseguidores. Y mi mente se precipitó atrás "a él y ella" - a Ella, la Energía del Señor del Baile cósmico, inseparable de Él, - a Quien yo había agradecido con ofrecimientos de arroz y azúcar y frutas, y guirnaldas de jabs rojas brillantes, para la victoria de Alemania, entonces, en el glorioso 1940, en templos indios lejanos; y a Quien yo había implorado en la profundidad del desastre, y repetidas veces, a la vista de las ruinas de la Tierra martirizada. Encima del lugar donde la horca había sido establecida, casi siete años antes, sentí la presencia del doble Vengador; vi, con el ojo interior, la Espada curva de la Diosa Azul Oscura - del Asesino indefectible - brillando en el cielo que se oscurece: un Signo de la esperanza que me había mantenido viva durante los años de pesadilla, inmediatamente después de la guerra. Y una vez más recé: "En el día triste que estos hombres fueron ahorcados, he pedido a Ti un millón de vidas de nuestros enemigos por cada una suya y cien mil por cada uno de nuestros otros mártires. No lo olvide, Esencia del Ritmo de Acción y Reacción sin comienzo, ni final; ¡Madre de la Destrucción, Que India honra con regalos de sangre inocente, durante noches sin luna! ¡Y si esto no es pedir demasiado, hágame un instrumento de venganza!"

Me recordé estando de pie bajo la lluvia, durante la tarde del Día horroroso - el 16 de octubre de 1946 - y mi amigo Elwyn W., el Inglés más fino que conozco - primero un ario, y luego un Inglés, - se acercó a mí, y allí, en la esquina de Great Russell Street y la Calle Museum, levantó su brazo derecho y me saludó abiertamente, intrépidamente: ¡"Heil Hitler!", y luego, cuando yo había repetido el gesto y pronunciado en mi turno las Palabras santas, el me señaló los edificios alrededor de nosotros y, más allá de ellos, Londres - Londres inmenso, del cual se podía ver tan poco, pero que uno adivinaba, - sentía - que se estiraba en todas las direcciones, sobre millas y millas - y me dijo: "Vea: ¡en veinte años de tiempo, nada quedará de todo esto! Y será el pago a Inglaterra por el delito cometido esta mañana: el delito más oscuro en la historia europea..." No palabras de consuelo, no, sino palabras de venganza: las únicas palabras que podrían, entonces, a pesar de todo, despertar en mí un sentimiento de euforia. Esto había sido el mejor signo de simpatía que él podría darme en aquella hora oscura, y yo había mirado fijamente a él como si me hubiera prometido el mundo.

Y me recordé contestando: ¡"Pueda usted estar en lo cierto ¡El fuego y el azufre sobre aquellos que, hoy, ahorcaron a nuestros mártires! ¿Y quién los ahorcó? Todos aquellos que estuvieron contentos por que la guerra se terminó como terminó; todos aquellos que llaman aquel final una 'victoria.' Ellos son todos responsables. ¡Puedan todos ellos sufrir - y todos fallecer!" Ahora, ante la pared siniestra, recordé aquella conversación.

"Ellos no han tenido a Hermann Göring, al menos," dije yo a la mujer en mi lado. "Ni ellos tuvieron al doctor Goebbels, ni Himmler, ni a Robert Ley..."

Pero entre los Once, yo pensaba en Julius Streicher más que en ningún otro, no simplemente debido a la belleza excepcional de su muerte después de una indecible tortura y humillación, sino porque él era un hombre de Nuremberg, mas aun, el hombre que había "dado Nuremberg al Partido," como el Führer mismo había dicho, y también, quizás, porque el odio particularmente salvaje de este mundo

feo, montado por el judío, le ha titulado a la reverencia especial de parte de los verdaderos discípulos de Adolf Hitler. Le mencioné a mi compañero. ¡"Pobre Streicher! ¡tan intransigente y desinteresado! ¡Yo siempre le admiraba independientemente de las faltas que la gente puede haber encontrado en él (es tan fácil descubrir a otros 'faltas!'). ¡Pueda él, y puedan todos ellos ser vengados un millón de veces!" y yo no podía menos que relatar la atrocidad - una entre muchas infligidas sobre él - la descripción de la cual yo había leído mucho antes, en el libro de Montgomery Belgion Epitafio de Nuremberg, publicado en Londres en 1947.

"Mientras él yacía en su celda, con su cuerpo torturado en el dolor de la cabeza a los talones, su garganta seca con la sed," dije yo, cuando despacio nos alejamos de la pared de prisión; "y cuando él pidió que sus atormentadores le dieran un poco de agua, ellos, - sobre todo Judíos, - todos escupieron en una palangana y, sujetándole abajo, de modo que él no pudiera moverse, forzaron abierta su boca con ganchos y vertieron el líquido asqueroso en ella, riéndose y sonriendo abiertamente y diciéndole burlonamente que, si la bebida no era de su gusto, él podría ir y beber los contenidos de... ¡los urinarios! No sólo cruel, pero misero, sucio, típicamente judío, tal era la venganza de nuestros perseguidores; de aquellos que 'creen en la humanidad,' y quienes condenaron a los hombres del Tercer Reich por creer sólo en la Gran Alemania. Cuando el Día venga, nuestra venganza será diferente: terrible (al menos espero) pero marcial..."

"Usted está en lo cierto," contestó la mujer que había venido de Rusia. "y muchos horrores más fueron cometidos. La persecución contra Alemania Nacionalsocialista es un punto en el cual los americanos y rusos concordaron desde el principio - y están de acuerdo hasta este día. Tome el caso de las víctimas que sobrevivieron del Juicio de Nuremberg, en Spandau: todo ha sido inventado por los representantes de las cuatro naciones victoriosas (no sólo de una o dos) a fin de hacer de sus vidas un tormento moral ininterrumpido, cuando no también uno físico, después de todos estos años. Y usted sabe con qué crueldad deliberada los mártires del 16 de octubre fueron ahorcados. Uno sólo tiene que ver las fotografías de sus cadáveres, a fin de comprenderlo. Las vi; me las fueron mostradas hace unos días. ¡Y después de esos meses de agonía moral y física, someterlos a esa muerte horrible! Ningún tratamiento es bastante malo para aquellos que podrían realizar tales horrores en nombre de la justicia. Ellos conseguirán su recompensa de Dios. Él mismo, ya que ningún pecado alguna vez permanece sin su pena, y ninguna acción sin sus consecuencias. Y aún así, tenemos que fingir olvidar, de modo que pudiéramos ser capaces de levantar nuestras cabezas una vez más con la ayuda financiera de EEUU."

"Importa poco, mientras sólo fingimos," dije yo.

"Por supuesto, fingimos," contestó la mujer. "Actuamos la parte que tenemos que jugar: la parte que la derrota ha impuesto ahora sobre nosotros. Pero a fin de representar su parte perfectamente, un actor realmente tiene que olvidar a veces - por el momento - que él está en la escena; que él actúa. Y si nosotros, y si algunos de nosotros, al menos, también realmente tuvieran que olvidar todo lo que ellos y sus camaradas sufrieron..."

¡"Nunca!" grité yo, interrumpiéndola vehementemente.

La mujer que había pasado ocho años como un peón de esclavo en las minas de los Urales, fijó sobre mí sus ojos grandes y contestó tranquilamente: "usted dice: ¡'Nunca'!... y aún así... ¿Si esto estuviera en el interés del Reich, usted entonces, no trataría al menos de ponerse en las mejores condiciones posibles para actuar con una mente clara, de acuerdo con las únicas necesidades de ahora y de mañana, o sea: eficazmente?"

Pensé en todo lo que ella había pasado, mientras yo había, en la comodidad relativa (en la ausencia del dolor, por lo menos) cultivado mi odio de las fuerzas Antinazis y de sus agentes. Y admiré su serenidad... "Realice sin apego esa acción que es el deber, deseando solamente el bienestar de la Creación..." (1) las palabras del Libro eterno - el Bhagavad-Gita - volvieron a mí. El bienestar de "la Creación y el interés del Reich son por último lo mismo," reflexioné yo. "Esta mujer está más cercana que yo a la Esencia de la sabiduría ariana: más cerca a ello por la naturaleza, porque ella tiene en su sangre la tradición militar entera de la más ariana de todas las naciones arias; el sentido de disciplina interna así como externa; el culto de la eficacia..." y me sentí pequeña. La confianza que ella mostró

en mi lealtad a Alemania, - el modo que ella me habló como si yo hubiera sido, de hecho, un alemán, - me ayudó, sin embargo, levantarme sobre todas las formas de la debilidad, sean ellas las más engañosas, es decir, aquellas que parecen signos de fuerza.

(1) Bhagavad-Gita, III, versos 19 y 25.

"Usted esta en lo cierto," dije yo, contestando su pregunta con una voz baja. "yo en efecto, si fuera el caso; si aquellos que saben mejor que yo creyeran que lo fuera. El interés del Reich alemán viene antes que todo."

Y cuando yo justo había pronunciado, con toda sinceridad, estas palabras, pensé de un salto: 'su Reich ; su Alemania... Estoy lista para hacer cualquier cosa en su interés porque es de Él... mientras ella indudablemente ama y reverencia a Adolf Hitler - porque él es el mayor de todos los alemanes. Puede parecer diferente; puede ser diferente, filosóficamente hablando. Prácticamente, esto se reduce exactamente a lo mismo: lealtad desinteresada puesta al servicio del Gran Reich alemán."

* * *

Yo no tenía el deseo más leve de comer o beber. Si yo había estado sola, habría ido inmediatamente a Arena Luitpold y Zeppelin Wiese - las áreas inmensas fuera de la ciudad donde las Reuniones del Partido solían ocurrir. Era visible que el tiempo atmosferico no iba a permanecer bueno, y que yo no tenía ningún momento para perder. Pero pensé en mi compañera: recientemente salía de un campamento de trabajo duro en los Urales; mal; indigente; usando solamente una chaqueta de verano delgada sobre su vestido de algodón; quizás cansada y seguramente hambrienta, aunque demasiado considerada para decirlo; y habiendo sufrido todo lo que habia - frío, hambre, maltratos, y ocho años del trabajo triste, impagado bajo la fusta - por mis ideales... Yo no tenía ningún derecho de ir a ver los sitios donde aquellos ideales habían sido solemnemente proclamados, abandonándola para volver sola a la Misión de Estación, ahora que ella me había llevado donde yo había querido. Y pareció también como si ella disfrutó de mi compañía. (Cualquier compañía, de hecho, - supongo - es agradable, después de ocho largos años pasados en las minas de los Urales.) Y ella pareció "afin" tambien.

"Vamos a entrar y tomemos algo para comer," dije yo, cruzando el camino a la vista del primer Gastwirtschaft que noté.

"No tengo un penique," era la respuesta de la mujer que había venido de Rusia. Las palabras trajeron lágrimas en mis ojos. Yo sabía como se siente desear entrar en una tienda y comprar un panecillo o un pedazo de chocolate, y quedarse fuera porque uno no tiene "ni un centavo." "Venga," dije yo; "usted ha sufrido para todo lo que amamos. Usted es mi camarada y mi invitada. Sólo lamento que no estoy en una posición para llevarle a un mejor restaurante que éste. De todos modos, espero que estemos cómodas aquí."

"¡Le agradezco!" pronunció ella, con sus grandes ojos azules mirando fijamente en mí. "Gracias a usted," contesté. "usted me ha defendido - y al mundo ario. Nunca podré hacer bastante para usted, o, de hecho, para ningún alemán."

Nos sentamos en una esquina acogedora. Ella pidió una ración del guisado de verduras y un pedazo de salchicha hervida. Pedí alguna ensalada de lechuga, pan y mantequilla y una taza de café para cada una de nosotras. Las patatas hervidas nos fueron traídas por norma, - como siempre en Alemania - sin que nosotras las pidiésemos. Y hablamos... sobre nuestras vidas, sobre nuestra fe, sobre Alemania ocupada actual y las posibilidades de mañana; las posibilidades de paz y guerra; la cuestion judía. La mujer que había venido de Rusia era lejos de ser tan radical como yo (y una vez más el hecho me impactó, que no siempre, - no necesariamente - es el más radical entre los Suyos quien sufrió más para la Causa común) pero ella - incluso ella - admitió que la destrucción sería mejor que la extensión indefinida de tal "paz y libertad" como ahora disfrutamos en el llamado mundo "Libre",

y que los Judíos deben ser tarde o temprano, dejar Europa. (Personalmente, yo preferiría que ellos dejaran el planeta tierra.) Hablamos durante mucho tiempo, bebiendo tazas de café adicionales. Eran aproximadamente las cuatro en punto cuando dejamos el lugar. Había llovido. Chubascos de abril. Pero el Sol brillaba una vez más entre las nubes. Nos devolvimos en un tranvía a la Estación. Mi compañera deseó descansar. Le dije adiós, y después de preguntar a la mujer responsable de la Misión de Estación mi camino a la Arena Luitpold, caminé a la calle una vez más, y giré primero a mi derecha y luego a mi izquierda, como me habían dicho.

* * *

"Siga Allersbergerstrasse hasta que usted llegue al cuartel de las S.S., y luego, de vuelta otra vez a su izquierda..." Recordé las palabras cuando anduve a lo largo de la calle triste, después de haber pasado por el paso bajo el ferrocarril. La mujer había mencionado "el cuartel de las S.S." por norma; como si todavía estuviésemos en los grandes días; ella no había hecho esfuerzos por decir el antiguo "cuartel de las S.S." ¿sus palabras y actitud eran inconscientemente proféticos? ¿Se fundiría pronto el tiempo con el tiempo - los grandes días recientes con el futuro creciente - como el agua con el agua, borrando todo el rastro de estos años de pesadilla presentes como aquel del golpe de una espada inútil, impotente en el mar? ¿Iba uno realmente, pronto, a hablar de los hombres de las S.S. y de su cuartel como si nada hubiera interrumpido el curso de la nueva vida gloriosa que ellos representaron y defendieron? "Oh," pensé, ardientemente, cuando ya, en la distancia, cogí una vista de los grandes bloques modernos del ladrillo rojo oscuro; contra el fondo brillante del cielo, del cual las nubes habían desaparecido de repente; ¡"oh, cómo deseo realmente que fuese así!" y toda la esperanza, - la esperanza contra todas las posibilidades materiales "normales"; la fe en el milagro alemán eterno, - que me había sostenido desde que yo realmente había venido a Alemania y había encontrado a miembros de la verdadera élite Nacionalsocialista, me llenó una vez más. Y la música bélica, y las viejas canciones de la venganza y de la conquista sonaron dentro de mi corazón, cuando apresuré mis pasos.

Finalmente alcancé los edificios de ladrillo rojos, giré a mi izquierda en Wodanstrasse y, después de unos minutos de paseo, vine a un parque público: árboles, y céspedes esmeraldas, y bancos en el lado de callejones con esmero guardados que traspasan éste. Una anciana se sentaba sola en un banco. Le pregunté si ella no podía decirme donde la Arena Luitpold estaba. "Sé que no está lejos de aquí; ¿pero en que dirección yo debería ir?" pregunté.

La mujer me consideró con curiosidad. "Arena de Luitpold," repitió ella, despacio y pensativamente. ¿"Por qué desea usted ver el lugar? No hay nada para que usted vea allí, solo unas piedras desunidas..."

"Está la tierra, y el aire," contesté. Y, para contrariar el efecto que estas palabras espontáneas podrían haber producido, añadí con cautela: "Este es... un lugar histórico. Y soy un extranjero que visita la ciudad..."

"Este es el lugar donde nuestro apasionadamente querido Führer tan a menudo hablaba," acentuó la mujer, sea hablando sinceramente o tratando de averiguar quién yo era, yo no podía decirselo todavía.

"Lo sé," interrumpí yo.

"Pero usted seguramente no le ama, si usted es, como usted dice, un extranjero. Los extranjeros le odian..."

Esto era más de lo que yo podría soportar. ¡Experimenté la cólera repentina en la idea de ser - otra vez - tomada por el contrario de lo que soy, simplemente debido a mi nacionalidad!. Olvidé que yo no estaba en una tierra libre.

"Yo le adoro," repliqué, con vehemencia. "Le adoro, y he luchado en su lado, y de Alemania. No soy una oveja que bala en el coro con el resto de la manada desdeñable. Considero a Adolf Hitler como el Salvador y el Líder de todos los arios dignos de su raza. ¿Está claro?"

La mujer fue obligada a reconocer que yo decía la verdad. Ella me miró fijamente con asombro, es

verdad eso pero se levantó y dijo: "Venga, le llevaré yo misma a la tribuna desde la cual 'él' solía dirigirse a la multitud..."

Anduvimos entre los céspedes verdes frescos llenos de margaritas. Pronto agarré la vista de los remanentes de una estructura larga, construida de bloques masivos de piedra, que se estiraba a nuestra izquierda, perpendicularmente al camino. La hierba y los arbustos escondieron a medias la entrada de una escalera subterránea. A nuestra derecha comenzó una media luna inmensa. Tres tramos sucesivos de cuatro peldaños de piedra enormes corrieron por la longitud entera de ello, dominado, en el centro, por filas regulares de asientos de piedra como aquellos en un teatro griego o romano. La hierba y los arbustos crecían entre los bloques desunidos, sobre las terrazas que dividieron la monumental construcción horizontalmente, en tres partes: las águilas gigantes, en cada extremo de ello, habían desaparecido, mientras, medio arruinada, pero todavía reconocible, exactamente en el centro de ello, - en el lado del amplio hermoso pavimento que, apenas habíamos alcanzado la media luna, había tomado el lugar del antiguo callejón arenoso, - apareció la Tribuna. La escalera medio sepultada bajo escombros conducida a ella del uno o el otro lado. Y, exactamente enfrente, más allá del enorme espacio cubierto de hierba que la media luna creciente abarca, - el espacio donde las S.A. y los hombres de las S.S. antaño solían estar de pie, en formaciones espesas, regulares - reconocí el Monumento conmemorativo a los muertos de la Primera Guerra Mundial, con sus nueve arcos.

¡Gracias a dios, pareció intacto! Esto, al menos, pensé, hasta los enemigos mas amargos del Nacionalsocialismo habían respetado. Ante mí, limitando el horizonte, - entre el paisaje verde más allá del monumento conmemorativo y el paisaje verde más allá del final de la media luna de piedra - se elevó la estructura orgullosa del Halle Kongress, el otro (pero inacabado) edificio de los grandes días, que lucio como si hubiera sido salvado.

La mujer en mi lado señaló a la Tribuna ante la que ahora paramos, y dijo: "es desde aquí que 'él' solía hablar." y las simples palabras enviaron un estremecimiento por mi cuerpo y trajeron lágrimas en mis ojos.

Yo estaba silenciosa - abrumada por la atmósfera de la desolación completa que penetra el lugar entero, aunque el majestuoso monumento conmemorativo de la guerra y el Halle Kongress todavía estaban de pie; aplastada por la amarga, trágica, conciencia continuamente torturadora de la irrevocabilidad del Tiempo: ¡por este sentimiento "demasiado tarde!" que es la misma esencia del infierno.

Imaginé a mí la Tribuna como una vez había sido; como yo la había visto en fotos de los días de gloria: llevando en su centro, en relieve, la sagrada Esvástica, la Rueda del Sol. Imaginé para mí a nuestro Führer parado en esta Tribuna, sobre aquella extensión inmensa, aquella área de piedra enorme (como era, entonces,) cubierta sin fin de formaciones ordenadas de hombres en uniforme - miles de ellos, portando cientos de estandartes - y rodeado por una muchedumbre aún más numerosa de gente entusiasta presionada sobre los asientos de piedra del gran semicírculo. Imaginé su voz, que el micrófono amplificó, llenando el espacio entero; el rugido de aplausos, divinos e irresistibles como el rugido del mar - Vox populi, vox Dei, - que contestó a intervalos las más impresionantes de sus frases inmortales: ¡"Sieg! ¡Heil!": el grito del Alma despertada del Mejor, proclamando a la faz del mundo desconcertado del día y del mañana, la voluntad eterna de Alemania para vivir y voluntad para triunfar. Y le imaginé - sus ojos celestes extraordinarios, bajo cuyo lustre magnético esa disciplinada e inspirada muchedumbre, mas aun, aquella nación entera de soldados y artistas, estaba por fin viva, en la conciencia plena de su verdadero divino Yo; sus manos extraordinariamente elocuentes, que movía en armonía con su discurso.

Le imaginé, como los miles - viejos luchadores, que le habían llevado al poder; los espectadores, que respiraron bajo su hechizo; los invitados extranjeros (algunos de los cuales ya atestiguaron este despertar de Alemania con amarga envidia) - le habían visto, mientras yo había estado lejos. Y el sentimiento enfurecedor de la culpa irreparable que me había atormentado un día entero sobre las ruinas del Berghof en Obersalzberg, no solo eso, que había estado atormentándome durante los ocho años pasados, dondequiera que yo hubiera ido, se elevó una vez más dentro de mí: ¡"Donde estaba usted, entonces! ¿Por qué no estaba usted aquí? "

¡Ah, poder evitar la Voz acusadora! Ah, poder adquirir el aseguramiento que no era 'demasiado tarde'

después de todo; ¡que algún día, en el transcurso de mi vida, de todos modos yo atestiguaría en este punto, en su presencia, el equivalente de los viejos mitines populares - y oiría el triunfal "Sieg! ¡Heil!" resonar, de medio millón de pechos, y vería las banderas de la Esvástica revolotear en la luz del sol!

Mi odio a las fuerzas Antinazis y a sus agentes de repente ardió al pensar todo lo que yo había perdido. ¡"Una maldición sobre aquellos que destruyeron aquel nuevo mundo espléndido que construíamos!" grité yo, como si hablara a mí. ¡"Puedan ellos hacerse esclavos, y ver los valores preciosos por los cuales ellos lucharon burlados y despreciados por todas partes de la Tierra, y puedan hundirse en la nada, no por la muerte rápida y limpia del heroico vencido, sino por el camino fangoso del vicio! ¡Ningún final desgraciado es bastante desgraciado para ellos!"

Pero la mujer que estuvo de pie a mi lado - y cuya presencia yo había olvidado - habló en su turno: "si los colaboradores estrechos del Führer no hubieran hecho un lío de su trabajo entero," dijo ella, "no habríamos perdido la guerra, y nuestro nuevo mundo todavía existiría. Esto no es culparlos, por supuesto, de los horrores cometidos en su nombre. Pero debemos confesar que éstos eran horrores."

De repente comprendí que, a pesar de su lealtad profesa a Adolf Hitler, ella no entendió nada de su espíritu y no era lo que yo llamaría uno de nosotros.

¿"A quién entre los grandes usted alude?" pregunté yo. ¿"y puedo saber qué usted llama 'horrores'?"

Ella vaciló unos segundos. Ahora sintió, quizás - por fin - cuan incorrecta ella había sido al confundirme por un antinazi en la única razón que yo era un extranjero. Ocho años habían pasado desde el colapso del Tercer Reich. Pero la perspectiva ante la vida que había construido la nueva Alemania (y que, espero, la restaurará) era eterna; y esto era mi perspectiva. Y ella se daba cuenta de aquel hecho. Sin embargo, ella contestó mi pregunta: "Yo pensaba en las cosas que fueron hechas a los Judíos y de la gente que ordenó que tales cosas sean hechas," dijo ella. ¿"Seguramente, usted no aprueba el desarraigo sistemático de un pueblo entero, - o lo hace?"

"Lo hago cuando aquella gente se pone en el camino del Gran Reich alemán," contesté, sinceramente.

"Pero eso no es humano, ni Cristiano," indicó la mujer.

"Yo no podía preocuparme menos: no soy Cristiana," era mi respuesta. "En cuanto a la humanidad, bien... mientras los hombres toleren mataderos y tomen tales delitos como la vivisección por norma, ellos no tienen ningún asunto para hablar de tal cosa. Es más fácil, mucho más fácil, evitar infligir el dolor y la muerte sobre animales inocentes que salvar a opositores de dos piernas peligrosos a uno. Yo comienzo con lo que es más fácil, y no como carne. Pero estoy del todo a favor de la desarraigación de bichos y piojos, y a fortiori, de seres mucho más peligrosos como Judíos y traidores."

La mujer sintió que era inútil dirigirse a mí. Bastante curiosamente, aunque yo fuera una extranjera, representé aquel mismo elemento que le disgustó en el Tercer Reich; aquel orgulloso, fuerte, elemento pagano, que había hecho a nuestro Nuevo Orden aparecer tan "extraño" hasta a tal amigo de Alemania como Robert Brasillach. El mismo abismo se abrió entre ella y yo como entre ella - la vieja generación de la Alemania moderna - y Goebbels, Streicher, Himmler, Terboven, etc.... y el más consciente entre los hombres de las S.S.. Pero ella ingenuamente imaginó (porque ella le amó) que el Führer estaba al otro lado del abismo con ella, no en el lado de sus mejores seguidores.

"Estoy de acuerdo con usted completamente sobre la vivisección y otras cosas por el estilo," dijo ella. "El Führer estaba también contra esto. Y él tampoco comía carne. Pero estoy segura él habría desaprobado igualmente la clase de cosas que pasaron en los campos, si hubiera sabido él de ellas. Independientemente de lo que la gente pueda decir contra él, ahora que él ya no puede defenderse allí, él creyó en Dios."

No contesté nada. Yo podría haber comentado que "Dios" es una idea vaga, susceptible de más de un sentido. Pero no quise una discusión teológica. Una vez más, sentí que esta mujer amó a Adolf Hitler sin entenderle. Yo no iba a hacer que ella le entendiera, quizás dejando de amarle. Ya que el amor es

una fuerza, en el Reino invisible. Y todas las fuerzas que nos ayudan deben ser conservadas. Hablamos un rato de otras cosas, y la mujer pronto se despidió de mí.

Subí los peldaños que conducen a la Tribuna, desde la cual Adolf Hitler habló. Y durante un momento, traté de imaginarme el área entera abarrotada por la gente, como él la había visto. La hierba y los arbustos ahora crecieron donde el S.A. y S.S. habían estado de pie en la inmovilidad apasionada, de hierro, escuchando a sus palabras encendidas; los bloques dispersados de piedra y escombros llenaron el lugar donde la gente se había sentado, sintiendo como si sus propios mayores Yo - su Alma colectiva - les hablaran. La paz de la desolación pesó opresivamente sobre el antiguo campo de entusiasmo. Solo el Monumento a los soldados muertos, que el odio había evitado, me gritó, a través de la ahora verde esmeralda extensión, que Alemania es eterna. Y mi propio sentido común me dijo desde dentro que el Nacionalsocialismo no es nada más, sino la justificación del pan-Germanismo en la luz de la Sabiduría aria: la integración del sueño de Bismarck y del sueño de Hermann, en la vieja vieja Doctrina de la Sangre Pura y de la Violencia Desapegada, como los videntes arios de India antigua lo habían expresado. ¡"y usted debe contribuir a aquella integración!" el lugar desolado me dijo.

"Aun si estas piedras nunca serán reunidas otra vez, de todos modos, la verdad triunfará al final; de todos modos, tarde o temprano, la humanidad aria aclamará a Adolf Hitler como su Salvador y a su gente como sus líderes naturales. ¡Y usted contribuirá a esto, sea que usted alguna vez le vea o no!" Las lágrimas llenaron mis ojos. Me senté por el borde de la Tribuna y permanecí mucho tiempo inmóvil, absorta en el pensamiento de lo eterno del Nacionalsocialismo, de la resurrección próxima de Alemania, y también de la parte diminuta pero sincera que yo había jugado y seguiría jugando en el mayor drama de todos los tiempos.

Noté dos sitios huecos dentro de la pared delantera que linda con la Tribuna. En uno de éstos, estaban dos piedras llanas, una encima de la otra. Yo tenía una idea repentina. Extraje mi pluma y tinta y un pedazo de papel de mi bolso, y escribí la primera oración de Mein Kampf que vino a mi cabeza "Los Pueblos no van a la ruina a consecuencia de guerras perdidas, sino por la pérdida de aquel poder de resistencia que está en la pureza de la sangre solamente." anoté la página del Libro, donde esta oración puede ser encontrada, pues resulté recordarla: p. 324. edición 1939. Y añadí: "sí, nunca estas palabras sonaron tan verdaderas como ellas hacen ahora. Pueblo alemán, ustedes son el oro puro sometido a prueba en el crisol. Deje al crisol resplandecer y rugir: ¡nada puede destruirles! Un día ustedes se levantarán y triunfarán una vez más" - palabras que yo había escrito en los primeros volantes que había distribuido, en Alemania arruinada, en 1948. Con cuidado doblé el papel en ocho, y lo puse entre las piedras en el lugar hueco. Un día, pensé yo, alguien lo encontraría. Entonces me levanté, anduve abajo de la Tribuna, levanté mi brazo derecho en saludo ante ello como si nuestro Führer hubiera estado allí, invisible (después de que yo me había asegurado, por supuesto, que nadie me miraba.) y seguí el camino pavimentado que conduce, alrededor del césped inmenso, al Monumento a los muertos.

Estaba intacto en su estructura, como yo había conjeturado. Pero los enemigos de nuestra fe habían borrado las viejas palabras sobre la pared y habían puesto nuevas: "A las víctimas de ambas guerras 1914-18 y 1939-45, y del regimen de tiranía 1933-45, la ciudad de Nuremberg." "Regimen de la tiranía (Gewaltherrschaft)" pensé amargamente. ¿"y qué clase de regimen es ahora, bajo el cual no podemos abrir siquiera nuestras bocas en alabanza a nuestro Líder y a todo lo que amamos? ¿No es un "regimen de tiranía"? ¡Los mentirosos!"

Pero en uno de los soportes de bronce fijados en la pared colgó una corona fresca hermosa, atada con una cinta que llevaba las palabras: "Los miembros de la División blindada 'Gran Alemania' de la Comunidad tradicional, a sus camaradas caídos en acción..."

Yo sabía, como todos, que la División blindada 'Gran Alemania' es una de las divisiones famosas de la élite S.S.. Y pensé en aquella élite, - de aquella organización Nacionalsocialista por excelencia - cuyos ideales eran y han permanecido los míos; a cuyos miembros todavía respeto en cuanto dioses en la tierra. Aquellos entre ellos que yo realmente había encontrado, o a quienes yo conocía personalmente, no me habían decepcionado: ellos sólo me habían hecho lamentar más que alguna vez el no haberlos conocido años antes. Aquella élite, pensé yo, tomaría la delantera un día de Alemania resucitada, y construiría el mundo de nuestros sueños sobre las ruinas de la Cristiandad. Y recordé las palabras de un camarada a quien yo había preguntado una vez si había hoy, en el desafortunado país de Adolf

Hitler, algún grupo de gente capaz de organizar y conducir un exitoso Golpe de estado Nacional Socialista en la primera oportunidad: "sí: están las Waffen S.S."

Me paré en el patio pavimentado ante el Monumento, y una vez más tomé un vistazo en la corona con la inscripción hábilmente redactada que desafió el espíritu de aquellos que habían dedicado arbitrariamente el monumento conmemorativo a las llamadas "victimas" de la llamada "tirania" que se supone que el régimen de Hitler ha sido. Desafiado esto, - pues los miembros de la división S.S. "Gran Alemania" que fueron muertos en la batalla durante esta guerra, murieron en la defensa de este régimen.

En cada lado del patio, a mi derecha y a mi izquierda, estaban seis pilares de piedra cuadrados. Imaginé a mí fuegos ardiendo en lo alto de cada uno de ellos, como hubo en ocasiones solemnes, durante los grandes días... ; y las últimas palabras de la inscripción de la pared profanada borradas y sustituidas por nuevas palabras: "... y a los Nacionalsocialistas resueltos que murieron de 1945 a 19... por su fe en la superioridad aria y en la misión de Alemania ordenada por Dios." Un día, esperé yo, las llamas enroscaran otra vez sus lenguas agitadas de luz, en la luz del sol y oscuridad, en honor a mis queridos camaradas y superiores - de los Once de Nuremberg al mártir más humilde. Y los nombres de todos éstos serían exaltados, por fin.

* * *

Debe haber sido no lejos de las seis en punto. Anduve de la pista pavimentada, giré a mi izquierda, y seguí el callejón con arena que conduce a la calle (en dirección contraria a ese del cual yo había venido.) crucé aquella calle, parándome un rato para mirar el Halle Kongress desde una distancia, giré a mi izquierda otra vez, y luego a mi derecha cuando alcancé el borde de un lago - el famoso Duzend Teig.

La imagen al revés del Halle Kongress brilló en las aguas brillantes, mientras un bosque cubrió el borde del lago que me afrontaba así como aquel a lo largo del cual yo andaba. A mi izquierda, las cafeterías de lujo exteriores donde muchas personas tomaban bebidas, al sonido de la música de baile, sucedieron la una a la otra en la sombra de los altos árboles.

Anduve a traves, indiferente al ruido, y a la muchedumbre sentada en las mesas, y a los paseantes, - pensando en los grandes días, cuando todos aquellos hombres y mujeres tenían algo tanto impersonal como verdadero para que vivir. Y en mi corazón, una vez más maldije las fuerzas que han privado a muchos de aquella gloriosa raison d'etre (razón de ser) y han reducido a los pocos al silencio y los han obligado al secreto.

El camino que pisé pronto me condujo en una amplia avenida asfaltada, en el lado izquierdo de la cual yo podría reconocer la estructura de piedra magnífica - filas y filas de asientos, pilares y tribuna central - que domina la anchura de Zeppelin Wiese. Y mi corazón saltó dentro de mi pecho: yo había alcanzado la tierra en la cual la gran Reunión de Partido de 1935 había tenido lugar - aquella Reunión de Partido inolvidable en la cual las famosas Leyes de Nuremberg, la base de nuestro Nuevo Orden, fueron proclamadas. Me recordé en Lucknow... escuchando en la radio los procedimientos de la reunión de masas magnífica, tan lejos, - y aún así tan cerca. ¡La música marcial solemne, y luego, los discursos que llenaron el silencio donde antes se podía oír la caída de un alfiler, y los truenos periódicos de aplausos - "Sieg! ¡Heil!" - sonaron una vez más dentro de mi memoria. Y recordé también la canción bengalí bonita, ingenua que la hija de mi hospedero había tocado sobre el armonio, después de que las magníficas voces de Europa distante ya no fueron oídas: la melodía en la cual sólo puedo pensar con una tristeza profunda, como el recordatorio reprobador de todo esto por lo cual he perdido mi verdadero deber y he estropeado mi vida:

"Nanda, Nanda, Nanda Rani..."

Y como sobre las ruinas de la morada del Führer en Obersalzberg, y como en la Arena Luitpold, el lugar de las primeras Reuniones del Partido, sentí lágrimas apozarse hasta mis ojos. Pero, estando en la calle, me controlé.

Anduve a traves. A mi derecha yo podría ver ahora la serie de bloques, con filas paralelas de asientos, en todas partes del espacio inmenso, aún más amplio que aquel de la Arena Luitpold. Miríadas de

espectadores solían mirar desde allí la Reunión que ellos habían venido a ver, de todas las partes de Alemania. Conté dieciséis o diecisiete bloques en cada lado. El espacio inmenso así limitado fue ocupado ahora: por dos patios circulares - para las tropas de ocupación americanas - separado con una valla. No solo eso, en medio de la estructura monumental a mi izquierda, en la misma pared que sostiene la terraza sobre cual dominaba la tribuna del Führer, yo podría leer en grandes letras negras las palabras inglesas: 'Campo de Soldados'. Al principio, las palabras movieron en mí la amargura y la cólera. Una vez más, sentí todo mi odio hacia los ocupantes irrumpir a mi corazón. Pero entonces, recordando las proezas del S.P.D alemán en el gobierno de Baviera en Obersalzberg y en Munich, pensé que era quizás, de un modo, igual de bueno que los americanos habían requisado este lugar sagrado nuestro, así protegiéndolo contra la destructividad de Antinazis alemanes. Después de todo, las palabras 'Campo de Soldados' no serían difíciles de borrar, cuando mis camaradas, un día, volverían al poder. Y mientras tanto, la presencia de los Yanquis detestados impidió al monumento ser derribado piedra por piedra, o explotado, como el Berghof, como la Casa Parda, como el doble santuario a la memoria de los primeros mártires del Nacionalsocialismo, en Königsplatz, en Munich.

Las paredes monumentales, tan masivas como los pilones de algún templo egipcio antiguo gigantesco, limitan la estructura a ambos lados. Entre ellas se estiran filas interminables de peldaños enormes. Las escaleras paralelas, la mitad de alto, dividen la cuesta en varias secciones regulares, mientras en el centro, un doble paralelepípedo, tan masivo como los pilones del lado, y portando la misma impresión de fuerza y duración, - dos amplias plataformas de piedra, una en la cima de la otra, - apoya la Tribuna desde la cual el Führer solía hablar. Un tramo escaleras conduce abajo a éste, de una puerta de bronce en la pared más alta que domina la estructura central. En cada lado, conectando la pared media (y los pasillos detrás de ella) con los pilones a cada extremo del monumento, una doble fila repetida de treinta y seis pilares cuadrados, corre a lo largo de la terraza más alta. Directamente en lo alto de cada pilón, y de la estructura central, intacta y en sus sitios, yo podría ver las tres grandes vasijas de bronce en las cuales, en ocasiones solemnes, el fuego fue encendido. Y las cinco astas de bandera encima de la estructura central estaban también allí - esperando sus nuevas banderas de la Esvástica.

Imaginé a mí las llamas en aquellas vasijas de bronce y las banderas rojas, blancas y negras selladas con el viejo Signo del Sol, colgando de aquellas astas, y los miles y decenas de miles sentados sobre las gradas de este edificio principal así como de las treinta y dos o treinta y cuatro estructuras más pequeñas en todas partes del área inmensa; y las formaciones del Partido, - las Organizaciones Juveniles; las S.A.; las S.S. - y el Ejército, marchando, desde el campo de Marte todavía más lejos, a lo largo de aquel mismo camino en medio del cual ahora estuve de pie, a la música de la Canción de Horst Wessel...; constantemente manando dentro, y gradualmente llenando la extensión entera... ¿Ah, por qué, por qué nunca había visto yo esto?

Despacio, me acerqué a las gradas, alcancé la terraza más alta, - la majestuosa galería sostenida con pilares; lancé un vistazo sobre la avenida pavimentada espléndida que corre detrás del edificio, y sobre la vía férrea y paisaje arbolado más allá y, - dando una vuelta, - finalmente sobre el área enorme en la cual los miles habían oído la proclamación de las Leyes de Nuremberg en la defensa de la élite de la humanidad aria; el anuncio de una nueva era.

La tarde había venido. Y el tiempo se había despejado. Encima de la última masa que retrocedía de nubes, la luna hacía su aparición, fantasmal brillante, en un creciente parche del cielo azul luminoso. Y su luz fosforescente cayó sobre las gradas blancas y paredes, y terrazas y pilares, comunicándoles una especie de vida irreal. La gente que yo había visto, al principio, sentándose aquí y allá o paseando, se habían todos, o casi todos, marchado. Seguí la galería sola, llena de las sombras oscuras de los pilares, antes de que yo alcanzara la parte central del edificio. Entonces, me acerqué a la puerta de bronce y abajo otra vez, a lo largo de los peldaños que condujeron, de ello, a la Tribuna desde la cual el Führer ha hablado. Y allí estuve de pie, apoyándome contra la baranda, y mirando el último rayo de la luz del día desaparecer y la noche imponerse.

Pensé en las Reuniones del Partido, que no he visto. Las descripciones de ellas, que yo había leído mucho antes en diferentes libros o revistas, volvieron a mi memoria, en particular, el cuadro maravillosamente evocador que Robert Brasillach ha dado del 1935, en su novela *Les Sept Couleurs*. Él lo había visto, él que, en sus propias palabras, (1) había sido "primero un francés y luego un Nacionalsocialista," es decir, que nunca habría tomado partido con la Alemania Nacionalsocialista (por

más que él pudiera haberla admirado) si no habría él juzgado su colaboración ser "En el interés de Francia."

(1) Ver el libro de Isorni *Le Proces de Robert Brasillach*.

Tantos otros lo habían visto. Pero yo... había estado a seis mil millas de distancia. Imaginé la escena entera tan vivamente que era como si yo lo sintiera, lo viese en el Invisible; como si yo pudiera sentir y ver al fantasma de ello - la muchedumbre interminable de espectadores sentados sobre las gradas, aquí en el pie de la galería sostenida con pilares y en todas partes de la tierra inmensa; formaciones del partido, parados en Orden impresionante e inmovilidad en medio del campo, mientras secciones adicionales de ellos, portando banderas, y banderas y todavía más banderas - caudales "del rojo blanco y negro" - siguieron manando allí. Imaginé las famosas columnas de la luz azul - los pilares del "Templo de la Luz" - que proyectores enormes, colocados alrededor de la reunión, enviaron adelante; y las llamas en las grandes vasijas de bronce en la cima y a ambos extremos del edificio, y las banderas largas ondeando que colgaron de las cinco astas detrás de la llama central, la más alta. Imaginé al Führer hablando desde el mismo lugar donde yo estaba de pie ahora. La superficie de la pared de la Tribuna, afrontando la extensión inmensa, estaba desnuda ahora. En el pasado, aquí como en la Arena Luitpold, una gran Esvástica de piedra podía ser vista sobre ella. Ahora todos los signos de los días espléndidos habían sido borrados. Pero el aire y el paisaje eran el mismo. Y la gente, aunque silenciosa durante ocho largos años, era la misma gente alemana que Adolf Hitler había amado, y en quien él había despertado la consciencia de su superioridad. Un día, ellos se expresarían otra vez.

Y después del discurso del Führer, había un rugido de aplausos, y luego, silencio. Y después del silencio, había música marcial de los grandes Días, - la Voz de la Nueva Era... Y ahora, aquella voz ya no podía ser oída. Y la nueva era lució (en apariencia) como si esta hubiera llegado a un final. Donde los miles y las decenas de miles se habían juntado, yo estaba sola ahora.

¿Miles y decenas de miles otra vez un día, en mi tiempo de vida, llenarían este espacio en reuniones entusiastas, solemnes, en el nombre y el espíritu de Adolf Hitler, aun si él ya no está vivo para dirigirse a ellos? Un sentimiento interior mío contestó esa pregunta: ¿"Por qué no? ¿y estaba el Führer en algún sitio sobre esta tierra? "Donde sea él esté, vivo o muerto, su espíritu está vivo, y va a regir un día Alemania. Y Alemania dirigirá las otras naciones del Occidente por ello," contesté una vez más mi certidumbre interior. Importó poco si yo podría o no ver los signos de su levantamiento. ¿Podría uno ver el maíz crecer? ¿Y podría uno ver la subida de lava ardiente desde las entrañas de la tierra, meses antes de la erupción de un volcán? El poder del Nacionalsocialismo, la expresión de la vitalidad de la raza aria, se parece al poder del maíz germinando y al de la roca fundida lentamente creciendo: invisible, e irresistible.

Recordé como esto se manifestó en todos los camaradas que había conocido desde que yo había cruzado la frontera; en todos aquellos que yo me había encontrado antes, durante mi antigua permanencia en Alemania. Y comprendí su presencia en mí. Y con todo el ardor, toda la determinación de mi ser, yo me determiné que debería, por todo lo que podría pensar, decir, escribir o hacer, a contribuir a la resurrección del Gran Reich alemán conforme al regimen Nacionalsocialista, sea que yo iba o no a ver el resultado de mi acción.

Anduve abajo los pasos entre las gradas, y una vez más a lo largo del camino donde los hombres de las S.A. y la S.S. habían marchado, tan seguros que nuestro nuevo mundo duraría para siempre; atrás al lago y a la calle más allá del lago, y a Arena Luitpold. Estaba completamente oscuro ahora.

Fui y me senté otra vez un rato sobre la tribuna arruinada que afronta el otro sitio de las viejas Reuniones del Partido y el Monumento conmemorativo a los muertos de las dos guerras. La impresión que yo había tenido en el Zeppelin Wiese era bastante extraña. Aquella que yo tenía aquí, sentándome sola por la noche, era - aterradora o habría sido así, si yo no hubiese sentido que un poder de la misma tierra me protegió. Pero realmente sentí tal poder. Y también lo experimenté, en la oscuridad fría - bajo las nubes negras que, en aquel momento, una vez más escondieron la luna, - como un símbolo del tiempo por el que pasamos ahora. Al día siguiente, el Sol brillaría otra vez, y los niños vendrían y jugarían sobre el sitio arruinado. Ellos, y todos los niños alemanes - todos los niños arios - comprenderían tarde o temprano la solidez de la doctrina de nuestro Führer, el carácter divino de su

misión. Y esto sería entonces su regimen, en el espíritu, para siempre. Mientras tanto oscuridad - olvido de parte del mundo hostil; la creencia extendida que nuestra fe ya no existe - era una protección.

* * *

Era ya pasada la medianoche cuando alcancé la estación.

La primera cosa que hice la mañana siguiente era tomar un tranvía que va en dirección de Fürth - a lo largo del Fürtherstrasse - y bajar delante del Palacio de Justicia. Recordé el aviso: "horario de Visita de 8 a 12."

Esta vez yo estaba sola. Mi compañera del día anterior había comenzado por lo visto a trabajar. Yo no la había encontrado otra vez.

Durante algún tiempo, anduve de arriba abajo ante la baranda, tomando una vez más un vistazo general en el edificio. Éste, aunque no tan viejo como muchos otros monumentos históricos de Nuremberg, era, con su sucesión regular de aguilones, y con, en la planta baja, los largos pasajes arqueados que lo caracterizan, arquitectónicamente el más atractivo - austero, aún así elegante; de proporciones perfectas. Pero el pensar en la infamia que ha ocurrido dentro de sus paredes, me hizo insensible a todo lo externo.

Me acerqué a la calle que cruza al final del edificio. Allí, noté una escritura, con una flecha que señalaba a mi derecha: "a la capilla judía." ¡Ellos elegirían tal lugar para construir una capilla judía!" pensé. Y recordé el hecho que los Mártires de Nuremberg fueron matados durante un día festivo importante de la fe judía, como si uno los hubiera sacrificado conscientemente e intencionadamente a las Fuerzas Oscuras, y hubiera sellado la victoria de éstas por aquel hecho.

Despacio anduve atrás a lo largo del mismo sendero. Nunca, quizás, la persecución en la posguerra entera del Nacionalsocialismo, y la guerra misma, y la campaña monstruosa de odio y mentiras continuadas antes de la guerra contra la Alemania Nacionalsocialista por todo el mundo, me pareció más flagrantemente como el trabajo del Judío diabólico. Yo sabía más vivamente que alguna vez (aunque yo nunca hubiera ignorado seguramente el hecho) que toda la gente que, sin ser Judíos, ha tomado lado contra Alemania durante esta guerra, - desde el Sr. Winston Churchill, abajo al último recluta indio desgraciado que entró en el servicio de Inglaterra por dieciocho rupias al mes, sin saber siquiera contra quien él debía luchar y por qué, - eran criminales o tontos; más a menudo tontos que criminales, pero criminales de la primera magnitud cuando ellos resultaron ser políticos o periodistas: impostores responsables de las masas.

Anduve en el jardín, buscando a alguien que me diría lo que yo debía hacer a fin de ver "famoso Salón del Juicio," y fui dirigida, por uno de los numerosos oficinistas con los que me encontré, a una oficina en una de las alas del edificio, en la planta baja. Allí, un hombre sentado en un escritorio me dijo que yo necesitaba un permiso y debía solicitarlo a un "Herr," Einstein jefe de la Oficina "para Compensaciones a las víctimas del Nacionalsocialismo." (¡un sujeto con tal nombre sería el director de tal "Bureau"! pensé yo, con amargura. Pero no me sentí en absoluto segura de conseguir mi permiso: la única gente que alguna vez me ha entendido totalmente bien en este mundo, aparte de acerrimos Nacionalsocialistas, son los Judíos. Ellos me entienden - ellos hasta parecen descubrirme de una distancia, por una especie de telepatía, -, pero... no les gusto en particular...!) sin Embargo, fui al "Bureau" que me dijeron. Para mi buena suerte, Herr Einstein no estaba allí. Una oficinista, - una muchacha alemana - me recibió. Le dije, en una manera ocasional, que quería ver el edificio, siendo, yo misma "una turista."

"Pero," dijo ella, "no hay nada interesante para ver en ello, salvo el salón en el cual los llamados 'criminales de guerra' fueron juzgados. El resto son sólo oficinas americanas..."

"Está bien," contesté; "en ese caso, me gustaría ver aquel salón."

Traté de parecer tan indiferente como podía. Pero mi corazón golpeaba. La muchacha tomó un receptor telefónico; habló a alguien (probablemente a Herr Einstein). La respuesta era por lo visto

positiva, ya que ella tomó un manojo de llaves y me dijo: "Sigame." Mi corazón latía más rápido. Yo realmente iba a ver la habitación en la cual la mayor infamia en la historia había sido organizada - la habitación en la cual la élite de Europa había sido "juzgada" por los agentes de las Fuerzas oscuras - menos de ocho años antes...

Anduvimos a lo largo de un pasaje, alcanzamos una puerta - una puerta marrón ordinaria como alguna otra, salvo que esta portaba un aviso: "Salón de Juicio."

La llave dio vuelta en el ojo de la cerradura, y fui acompañada a una habitación mucho más pequeña de lo que yo había imaginado. A mi derecha: las filas de bancos de madera paralelas a la pared - en el ángulo recto al pasaje en el cual el pasillo se abrió - a mi izquierda: otras filas similares de bancos de madera marrones, pulidos, paralelos a la pared detrás de mí, es decir, en ángulo recto a los anteriores.

Delante de éstos bancos, un escritorio largo del cual colgaron varios audifonos, cada uno ante una silla pulida marrón; mientras contra la pared, afrontándome, estaba un escritorio alto, - un escritorio que dominaba encima de la habitación completa - y, detrás de ello, una bandera americana. El silencio era impresionante - fantasmal.

Ningunos detalles del Proceso inicuo, y ningunos hechos que se remontan hasta aquellos días atroces cuando el Proceso ocurría, vinieron a mi memoria, ya que no pensé. Pero sentí una vez más, - experimenté, en toda su viveza renovada, - la atmósfera de aquellos días y meses, justo como si yo hubiera sido de repente devuelta en el pasado. Seguí diciéndome (para liberarme de una pesadilla): "Eso no es verdadero; pasó hace siete años, no ahora. Ahora ellos pronto van a ser vengados. Ahora cada minuto que pasa nos trae más cerca hasta el día cuando los jueces que se sentaron aquí serán juzgados en su turno por una justicia más alta, y en público marcados por la infamia para siempre por venir..." Pero era inútil. Yo estaba otra vez en 1945-1946. Y me estremecí de la cabeza a los pies en el contacto renovado con la profundidad del horror. De una voz débil que yo no podía reconocer como mi propia, pregunté: ¿"Dónde se sentaron ellos?"

La joven mujer señaló a los bancos detrás de mí. Giré.

¡"Allí!" dijo mi guía. Y ella añadió, señalando a los asientos uno tras otro, comenzando con aquel al final del banco más bajo, a mi izquierda, (a la derecha cuando uno afronta al escritorio de los jueces). "aquí se sentó Göring y aquí Ribbentrop, al lado de él; y luego Hess... y los demás..."

Estiré mi mano y toqué la madera pulida en la cual las manos de mis superiores habían descansado, día a día, durante horas, durante aquellos dieciocho meses que el Juicio duró. Göring, von Ribbentrop, Hess, "y los demás"... Yo podría visualizarlos ahora sentándome en este primer banco y en estos detrás de ello. Yo podría leer sobre sus caras tanto desprecio amargo para aquellos agentes del Pueblo judío internacional que pretendían juzgarlos, y la satisfacción orgullosa, austera que, independientemente de lo que sería el destino asignado a ellos, ellos sabían que nuestro Führer, en quien ellos habían creído, era correcto; y sabía que ellos habían elegido el camino correcto y habían hecho las cosas correctas.

¡"Marschier'n im Geist in unsern Reihen mit" - "Marchan en espíritu con nosotros, dentro de nuestras filas!" pensé, con mi mano en la mesa sobre la cual Hermann Göring se había inclinado, escuchando a la serie interminable de mentiras vertidas contra él y contra nuestra fe común. "Marchan en espíritu dentro de nuestras filas, y viven en nosotros para siempre, grandes, a quien nunca he visto, ay, pero a quien amo; ¡ceranos colaboradores de nuestro Führer inmortal, viven en mí mientras yo viva!" Fui conmovida hasta las lágrimas. Y estuve silenciosa por un tiempo largo, con mis ojos fijados sobre los ahora vacíos bancos; mi mente perdida en la pesadilla de 1945. La mujer que había venido conmigo estaba mirándome con asombro. Mi actitud no encajó en absoluto con la idea preconcebida que ella tenía de un turista extranjero.

¿"y dónde se sentó el General Keitel?" pregunté yo por fin, dirigiéndome a ella.

"Aquí," contestó ella, señalando al primer asiento en el segundo banco en las filas inferiores - el banco después de Hermann Göring. Y ella añadió: "Jodl se sentó allí, al lado de él. ¿Hay allí algunos otros, de quien usted gustaria saber?"

Vací un rato y pregunté: ¿"podría usted decirme dónde Wilhelm Frick se sentó? Wilhelm Frick... y Julius Streicher..."

"Alli," contestó la mujer joven, mostrándome dos asientos en los bancos superiores, detrás de los primeros.

Imaginé a mí las caras finas de los dos hombres, y de los generales en la fila abajo. Imaginé para mí a todos los acusados que se sentaban allí. ¡"sí, vivos en el espíritu en nosotros - en mí - los hombres de lealtad y deber, precursores de una humanidad mas noble, mis superiores!" pensé. "Sean un ejemplo a nosotros, para siempre. ¡Y podamos nosotros vengarles pronto!"

Y girando a mi guía pregunté: ¿"y dónde los acusadores, - los llamados 'testigos' - se sentaron? ¿Puedo saber?" había desprecio en mi voz, pero la mujer no pareció notarlo. Ella simplemente señaló a un lugar contra la pared que corrió en el ángulo recto a los bancos de los acusados y dijo "Alli."

¿"Y dónde estaban sentados los llamados 'jueces'?"

"Alli," contestó ella, señalando al escritorio bajo la bandera americana. "y aquí se sentaron los abogados," añadió ella, mostrándome la mesa directamente ante mí. Entonces, recogiendo a uno de los audifonos que colgaron de ello, ella explicó: "Con éstos, uno podría oír en cualquiera de las cuatro lenguas que a uno le gustase, es decir, alemán, inglés, francés o ruso. Uno sólo tenía que cambiar una tapa un cuarto de una pulgada en este modo o así, - como esto" (ella realmente empujó una tapa en el audifono que ella sostenía) "y el idioma que llegó era uno diferente. Así cada palabra pronunciada durante los procesos fue inmediatamente oída en los cuatro idiomas. Esto es un maravilloso logro de la técnica moderna..."

"La técnica Avanzada puesta al servicio de la farsa más vergonzosa en la historia," pensé. Pero no hablé; - todavía. Señalando a las filas de bancos que afrontan el lugar desde cual los llamados testigos habían hablado, la mujer siguió - quizás de prisa para acabar con su papel como una guía, y volver al trabajo que la esperaba en el "Bureau para Compensaciones a las víctimas del Nacionalsocialismo": - "y allí se sentaron los espectadores..." Ella hizo un gesto que implicaba que yo había visto todo lo que allí había para ver, y que mi visita había llegado, por consiguiente, a un final. Pero no tuve prisa. Y aunque yo pudiera haber terminado la vista de la habitación, no había comenzado todavía a decir lo que deseé decir - lo que tenía que decir. Me eché atras, cuando la mujer mencionó a "espectadores en el famoso Proceso," y, por primera vez desde que yo había entrado en el salón, expresé mis sentimientos en la lengua inequívoca:

"Yo nunca podría tener un 'vistazo' en tal cosa como este proceso," declaré yo. "Pero allí habrán - espero - algunos futuros procesos, mucho más breves que éste... procesos en los cuales yo sería de muy buena gana no simplemente un 'observador' sino un acusador," dije yo.

De repente se me ocurrió que yo gastaba, posiblemente, mi aliento. Entonces pregunté a la mujer: "A proposito: es usted alemana, o... ¿una americana?"

"Uan Alemana," contestó ella; "y una verdadero." el orgullo de su voz me dijo que ella no mentía. ¡"Gott sei Dank!" grité yo. "Bien, en este caso, escucheme realmente como una alemana." y proseguí: "sí; yo sería de la mejor buena gana un acusador, uno de muchos acusadores - cuando los sujetos siniestros que se sentaron como jueces sobre estos hombres serán, en su turno, juzgados por sus vengadores..."

La mujer miró fijamente a mí con aturdimiento, no sabiendo que pensar de mí. Su intuición indudablemente la impulsó a confiar en mí. Pero los meses de la rutina diaria en una oficina judía le habían enseñado a no confiar en nadie. Ella contestó con cautela: "Si este mismo proceso fuese a ocurrir ahora, estos hombres no serían condenados a la muerte."

"yo se," contesté, con impaciencia. (No tengo ningún tiempo para el remordimiento tardío; sobre todo para remordimiento tardío originado por miedo.) "pero ellos fueron sentenciados a la muerte, y matados - asesinados. ¡Deje que Jackson, Strawcross, Andrews and Co. los devuelvan a la vida, si

ellos pueden! ¡O deje que su gente y los Aliados de su gente, - cada hombre, mujer o niño que lo aprobó, de la estupidez de ignorancia, o independientemente de lo que sea, - pague el precio por este delito!"

El odio manó de mis ojos cuando hablé. Parada ante la bandera americana, y ante el escritorio en el cual los jueces de 1946 se habían sentado, pronuncié despacio y claramente - despiadadamente: "El precio es la aniquilación. Nada menos."

Desde la profundidad de mi corazón se elevó un grito de triunfo como el veredicto - no el mío sino aquel de Dioses inmortales a través de mí, - resonó en la habitación vacía, silenciosa. Siete años antes, en aquel mismo salón, los Veintiuno habían estado de pie y habían oído el veredicto del mundo Judeo cristiano contra ellos y contra nuestra fe Nacionalsocialista común. Y desde la profundidad de mi corazón, junto con aquel grito de triunfo, se elevó un grito igualmente silencioso de amor dirigido a ellos: ¡"Escuchenme, mis superiores, dondequiera que ustedes esten! He venido, y vendré otra vez. Soy el desafío. Soy la venganza - la verdadera justicia que usted ha pedido en vano, durante meses y meses. Soy el futuro que creó el pasado; ¡el futuro Nacionalsocialista que le glorificará!" Automáticamente, yo había vuelto la espalda a la tribuna de los jueces, y miraba hacia las filas de bancos sobre los cuales los santos Acusados se habían sentado.

La mujer alemana que trabajó en la oficina de Herr Einstein, me miraba con asombro. Dije unas palabras que explican el valor y radicalismo de mi veredicto en el mundo Judeo cristiano. "Yo reverencio a estos hombres," dije, refiriéndome a los Mártires de 1946, "Ellos murieron para la causa de la humanidad superior; para aquella verdadera Alemania, que es la precursora de ello, el campeón de sus derechos, la encarnación de sus virtudes. Y ellos habían vivido y habían luchado para hacer de la humanidad más alta una realidad viva."

¿"Quizas," contestó la mujer pensativamente - y con cautela - "¿Pero a qué precio? ¿Y por que medios?"

"Al coste de aquello que no vale la pena salvar," declaré yo, sin vacilar; "y por los únicos medios que funcionan, en esta Edad Oscura. ¿Conoce usted a algun regimen, alguna nación, antigua o moderna, que haya usado otros medios? No conozco ninguna. Sólo conozco a mentirosos que, negándolo con indignación fingida, han usado aquellos mismos medios para llevar adelante fines bajos. Estos hombres los han usado para adelantar el objetivo mucho más alto de la creación. Y ellos no los han negado. Ellos no eran, ni autobuscadores, ni mentirosos, sino los constructores de una Edad próxima de salud y Verdad."

La joven mujer siguió escuchándome sin expresar sus propios sentimientos, independientemente de cuales éstos pueden haber sido. Yo sabía que habría sido para ella la cosa más fácil ir y llamar por teléfono a Herr Einstein y meterme en un problema serio. Pero yo sabía no menos seguramente que ella nunca haría eso; aquel orgullo alemán natural era más fuerte en ella que cualquier cantidad de la lealtad adquirida a valores Cristianos o "humanos". En la existencia de aquel orgullo alemán profundamente enraizado fue arraigada, de hecho, mi esperanza que el Nacionalsocialismo se elevaría otra vez. Este se elevaría y triunfaría exactamente porque, aparte de estar en armonía con la Naturaleza misma, esto es la expresión más gloriosa del orgullo alemán histórico, invencible. Mientras tanto, mi alabanza libre a nuestros mártires aquí en este salón, a despecho de la bandera americana, sonó como un anticipo de la acusación encendida a sus jueces impostores, que, - esperé que "llene esta habitación y sea transmitido en todo el mundo, un día, cuando mis camaradas una vez más esten en el poder.

* * *

La joven mujer, mi guía, me pidió seguirla. "Le mostraré la prisión y el lugar de ejecución de un punto tan cercano como pueda" dijo ella.

Ella salió de la habitación. La seguí a la puerta, pero entonces volví, pidiéndole ser bastante amable para esperarme "sólo un minuto." Sabiendo que yo estaba sola ahora en el salón trágico, estuve de pie ante los bancos sobre los cuales mis superiores se habían sentado y, levantando mi brazo derecho en el gesto ritual, pronuncié de una voz baja las palabras de fe, esperanza y desafío que yo había escrito

sobre las ruinas de la morada de Adolf Hitler en Obersalzberg: ¡"Einst kommt der Tag der Rache! Heil Hitler!" y sentí como si yo, por estas Palabras mágicas y este gesto simbólico, hubiera impactado un golpe adicional en nuestros enemigos en el reino de suma importancia del Invisible.

La joven mujer me llevó a una ventana en algún sitio en el pasaje, y me mostró desde allí un edificio en el cual podría adivinar fácilmente una celda detrás de toda y cada apertura entre barras, y, en medio del patio cercano, una casa, o tal vez un mero cobertizo con paredes alrededor de ello, - paredes que fueron completamente pintadas de negro.

"Esta es la prisión," dijo ella. "Ya no está bajo Dirección americana. Por eso los invitados no son admitidos: los hombres de quien usted habló estuvieron durante un año y medio entre rejas en aquel edificio. Y ellos fueron ejecutados luego en aquella casa negra - una 'sala de gimnasia' de la prisión —"

"Asesinados luego" rectifiqué yo. "Pero dejelo ser; ellos serán vengados."

Estuve de pie mucho tiempo por la ventana, mirando la siniestra casa de la muerte. La mujer me esperó en el pasillo, con las llaves en su mano. Ella no mostró ningún signo de impaciencia. Yo pensaba en la Tercera Guerra Mundial, y llamaba a la Justicia inexorable - Justicia matemática que nunca perdona - sobre los perseguidores de nuestra fe Nacionalsocialista. Dios solo sabe lo que la mujer pensaba. Ella me esperó hasta el final - antes de que yo, dentro de mi corazón, hubiera recordado el pasado y hubiera evocado, mientras me complació, futuras escenas de violencia redentora. Por fin di vuelta hacia ella y acentué:

¡"sí, un día, ellos serán vengados, - y exaltados!" y añadí: "cuando usted vea la venganza en toda su grandeza aterradora, recuérdeme. ¡Recuerde que usted me ha encontrado en estos días oscuros!" Ella miró fijamente en mí como si quisiera decir algo, pero para retener su paz. Ella anduvo por mi lado a lo largo del pasaje hasta que viniéramos a una escalera. "Esta es la salida," ella entonces dijo.

"Derecho abajo, y luego, por delante de la caseta del centinela - de la manera que usted vino. Es fácil. ¡Auf Wiedersehen!"

"Auf Wiedersehen," repetí yo. Y nos separamos.

* * *

Pasé el resto del día en el Estadio, y en los sitios abiertos cubiertos de hierba alrededor de ello; a lo largo del camino que conduce al Campo de Marte - el camino a lo largo del cual los regimientos y grupos del Partido solían marchar hasta (viniendo del Campo de Marte) al Zeppelin Wiese y a la Arena Luitpold.

Permanecí horas sentándome sobre los peldaños debajo de la galería sostenida con pilares que supervisa al anterior, - horas pensando en todo lo que había sido dicho y hecho allí, mientras yo había estado en el Oriente distante, y siendo desesperadamente consciente de todo lo que yo me había perdido, de todo lo que yo había perdido.

Cuando el Sol se hizo menos caliente, caminé atrás al Lago - Duzend Teig - y a la Arena Luitpold, visité de nuevo el Monumento conmemorativo a los soldados muertos, y finalmente vine y me senté sobre la pared medio arruinada que linda con la Tribuna desde la cual el Führer solía hablar en los días de gloria.

Me senté allí, absorta en mis pensamientos, Dios sabe cuanto, preguntándome cuando este lugar, donde cientos de miles habían aclamado a nuestro Führer, otra vez se haría el sitio de masivas manifestaciones Nacionalsocialistas solemnes; cuando la alabanza encendida al nombre de Adolf Hitler (si no su propia voz) sea oída sobre la extensión histórica inmensa, cubierta de filas y filas de luchadores, en orden perfecto, y con banderas de la Esvástica, y, sobre las gradas, en todas partes, - hombres entusiastas y mujeres que contestan los discursos con el viejo grito de triunfo: ¡"Sieg! ¡Heil!" De vez en cuando, a lo largo del camino, la gente anduvo por delante de la Tribuna. Y el Sol siguió su curso. Y las sombras crecieron.

Fui empujada de mi meditación por los chillidos de risa de media docena de niños, muchachos y muchachas, de diez a cinco años, que vinieron corriendo por la escalera arruinada. Habiendo alcanzado el nivel de la Tribuna, ellos corrieron y bailaron sobre el lugar durante un minuto y, - todos excepto uno - que se apresuró abajo los peldaños en el lado opuesto. Aquel que no los siguió inmediatamente era el más encantador de todos: una niña aproximadamente de siete u ocho, con rizos muy rubios y claros, rasgos regulares, y grandes, profundamente inspirados ojos azules. Ella vino acudiendo al lugar real desde el cual Adolf Hitler una vez solía dirigirse a la multitud, subió los dos peldaños que finalmente le conducen, estiró su brazo derecho, y gritó, a voz en grito: - como si ella hablara a invisibles miles y decenas de miles juntados en el área enorme donde los hombres de las S.A. y las S.S. solían estar de pie.

"¡Este lugar es el trono del mundo, - y este es mi trono! Ya que soy la Reina; ¡la Reina del Mundo! ¡La Reina del Mundo!..."

Claro y alegre como el sonido de campanas, las palabras triunfales de la niña alemana sonaron sobre las ruinas, y sobre el espacio vacío ahora cubierto de hierba: la Arena de Luitpold.

Me levanté; abrí mis brazos... ¡Quise sostener a la niña durante un minuto contra mi pecho y decir a ella - aunque ella no hubiera - aún - entendido una pizca de lo que quise decir" "estás en lo cierto! Este es el lugar desde el cual 'él' habló; Él, el ahora invisible Rey, el tuyo y el mío, - el Führer. Y tu eres la Alemania hermosa, eterna - su Alemania - la aristocracia de la Raza aria elegida; la reina del mundo en efecto, para siempre por venir, si tu así lo deseas, al lado de Él, su Rey eterno..."

Pero la niña había bailado ya abajo los peldaños, y corría ahora a lo largo del camino; corriendo para alcanzar a sus amigos.

Permanecí un rato estando de pie, absorta en una visión interior de la grandeza: la visión de siglos de historia próxima, superando el uno al otro como un desfile sin final, a la gloria de Adolf Hitler y de sus fieles.

La tarde caía. Anduve abajo de la Tribuna histórica, seguí el camino arenoso por los céspedes que se oscurecen, luego la prácticamente desierta Wodanstrasse, y la larga, ajetreada Allerbergerstrasse, atrás a la estación.

Como el sonido acercandose de campanas de la victoria, como la música acercandose de un ejército en su camino, las Palabras proféticas de la niña - la Voz de Alemania joven - me acompañaron: "Esta - la Tribuna de Adolf Hitler - es el trono del mundo, y este es mi trono - ya que soy la Reina... ¡la Reina del Mundo!"

CAPÍTULO VI

TUMBAS DE MÁRTIRES, CHIMENEAS HUMEANTES, Y HOMBRES DE HIERRO

Homburg von der Höhe, el 28 de abril de 1953

Mi corazón dio un redoble cuando oí pasos en la escalera de madera, en la plataforma superior en que yo había estado sentándome durante más de dos horas, esperando a que Herr E. - marido de mi querida Hertha E."- viniera a casa. (Él no me esperaba.)

Algo me dijo definitivamente que era él. Me incliné a la baranda y miré abajo: un hombre, vestido en un traje de cazador verde grisáceo subía tan rápido como podía. Yo sabía que Herr E. trabajó como un ingeniero. Yo estaba segura ahora que era él. Él paró a mitad de camino en el último tramo de escaleras; miró fijamente hacia mí.

¡"Herr E!" grité yo, con entusiasmo. (De un salto, recordé todo lo que Hertha E. me había dicho sobre el "viejo" luchador de los primeros días de la lucha Nationalsocialista y más tarde oficial de las S.S. con quien ella estaba casada.) y sin pronunciar las dos Palabras prohibidas, levanté mi mano derecha.

¡"Frau Mukherji! - ¡amiga de Hertha!" dijo él, con emoción alegre, reconociéndome, aunque él nunca me hubiera visto antes, y levantando su mano en su turno. ¡"Venga! entre realmente - aunque mi habitación no sea un lugar apropiado para recibir a alguien. Pero sé que a usted no le importan aquellos detalles. Venga; ¡estoy tan contento de hacerme su conocido - por fin!"

Él anduvo a la plataforma - un hombre rubio de estatura moderada, con rasgos regulares - irreprochablemente nórdicos; con ojos azules que miraron intensamente en mí como los de ella habían hecho, a veces. Y le seguí en lo que era casi la más pobre, más oscura y mas solitaria de las habitaciones que yo, hasta entonces, había visto en Alemania: una habitación con paredes inclinadas (pues esta era la misma cima de la casa) conteniendo solamente una mesa, dos sillas, una vieja estufa, y una cama de madera estrecha como aquellas que uno ve en una cabina de barco transportador, e iluminada hasta cierto punto por una pequeña ventana. Pero vi todo esto sin realmente verlo; yo podría ver solamente a Herr E. y, en el fondo - como en un sueño - a Hertha E. en su overol azul (su ropa de prisionera) y delantal gris claro cuando ella se había sentado sobre mi cama en mi celda en Werl, durante aquellas reuniones clandestinas nuestras que eran los grandes acontecimientos de mi vida en la cárcel; como ella había mirado hablándome sobre él.

Entonces este era el hombre de quien ella había dicho que "se llevaría espléndidamente" conmigo; el luchador de aquellos primeros años lejos idos, durante los cuales tenía todo para perder y nada para adelantar afiliándose a la banda de hierro de Adolf Hitler; el hombre que había elegido marchar bajo la bandera de la Esvástica únicamente porque él creyó en la misión de Alemania en el mundo y en la misión del Führer en Alemania, y porque él era consciente del peligro judío; el hombre que se había ganado la Medalla de Oro del Partido y quien, después de la guerra, conocía el cautiverio en Francia y en Inglaterra; también el hombre que la adoró...

Recordé a ella relatándome un episodio que había ocurrido en un coche de tranvía en Berlín, durante la guerra; su marido, que había venido del frente, en un permiso, y ella, que había venido, también en un permiso, del campo donde ella trabajaba como un capataz, iban juntos al teatro. Ella estaba de pie a su lado cuando él de repente notó a un Judío que se había acomodado en una esquina sin molestarse en ofrecer su asiento a una señora y, lo que es más, a una esposa de oficial de las S.S.. Él había mirado al hombre severamente y, con una voz helada y fría, de la cual sonó como metal todo el orgullo y el poder del Tercer Reich, que él encarnó, - una voz que había enviado una emoción de satisfacción en la mayor parte de las personas presentes (y quizás un temblor de terror en algunos de ellos) - él había dicho simplemente: ¡"Bájese!" Como uno puede imaginar bien, el Yid no había esperado a que la orden fuese repetida; él había obedecido rápidamente, encogiéndose ante el hombre en el uniforme negro, - la emanación de la voluntad del Führer, de la auto-afirmación de Alemania; el maestro del Occidente. Y me recordé diciéndole a ella, en un arrebatado de entusiasmo:

¡"Maravilloso! ¡Lamento que yo no hubiera estado allí! ¡Ah, los días espléndidos, los días gloriosos, cuando un hombre de las S.S. sólo tenía que mirar a un Judío para hacerle encogerse y desaparecer en el aire fino! ¿Cuándo volverán ellos?"

Y había un hombre: Herr E.; el oficial de negro; el hombre del Tercer Reich; marido de Hertha, a quien admiré tal como la admiré. Allí él estaba de pie ante mí. ¿Quién podría haber pronosticado que yo debía tener el honor de reunirme con él tan pronto?

Él cerró la puerta, estrujó ambas de mis manos contra si y dijo, con lágrimas en sus ojos y una expresión de tal felicidad extasiada que ello bordeaba en una de dolor: ¡"Ella será libre el ocho – dentro de diez días! ¿Lo sabe usted? ¡Libre, libre una vez más después de todos estos años de pesadilla, mi pobre Hertha! Ella vuelve, viene a casa. Cuento los días. Ah, estoy tan contento que usted haya venido, usted que la ama; usted que era una fuerza tan elevadora a ella en la cárcel (ella me dijo todo sobre usted, el año pasado, cuando le permitieron venir y pasar unos días en mi lado en el hospital, porque los doctores pensaron que yo iba a morir. Y luego recibí sus libros y aprendí de sus propias palabras cuan devota usted es a ella). Me alegro de conocerla por fin. No puedo hablar de ella a otra gente como puedo con usted."

Eran noticias para mí que mi querida camarada seria liberada pronto - las noticias más felices que yo había oído, de hecho, durante muy largo tiempo. ¡Cómo yo había pensado en ella (y en los demás) todos estos tres años! Ni una vez había yo visto un día brillante, - un día cuando uno se alegra de vivir - sin que mi mente se apresurara atrás (a aquellos que yo conocía, y también a aquellos yo no conocía) y sin sentirme avergonzada de mi libertad inmerecida; impulsada, por lo menos, para hacer todo lo que posiblemente podría para justificarlo, cuando no merecerlo. Y ahora, durante todo este viaje hermoso - sobre Grecia, el mar e Italia del Sur, en un avión; por Italia y los Alpes y Alemania, por ferrocarril, - cuantas veces no había yo pensado en ellos, particularmente en ella, encajonada a aquella misma vieja celda suya (la última celda del ala D, por la esquina del ala C) en esta "Frauenhaus" en Werl, que yo conocía tan bien; viviendo al ritmo de la rutina de prisión, de todos modos, ocho años después del final de la guerra - ¿hasta cuándo? ¿hasta cuándo? La respuesta me fue dada ahora: hasta el 8 de mayo - el octavo aniversario de la Capitulación - en diez días.

La opción de la fecha me impresionó, es verdad eso. Y yo no podía menos que mencionarlo. Aun así; esta eran las mejores noticias que yo había oído durante meses al menos después de aquella de la liberación del Fieldmarshal Kesselring.

"Soy tan feliz de oír esto, - mucho más feliz que cuando fui liberada," dije yo sinceramente. "Es indudablemente precipitado de parte de los británicos ponerla en libertad durante tal día, como si ellos trataran de hacerla olvidar la amargura de la Capitulación en la alegría de su propia libertad. ¡(Como si ella - o cualquiera de nosotros - pudiera olvidar alguna vez!) Pero este es un detalle; lo principal es que ella será libre en diez días de tiempo."

"Sí;" acentuó Herr E. "¡Libre! Me cuesta creer que es verdad. Ah, nadie sabe como la amo. Y nadie sabe lo que he sufrido..."

"He oído de algunas privaciones que usted ha soportado," contesté. "usted también es uno de nuestros mártires."

Yo sabía que Herr E. había sido salvajemente golpeado sobre la cabeza por un policía Militar inglés a quien él había rechazado rendir sus condecoraciones de Partido para que ellas fuesen profanadas; tan salvajemente, que él nunca se había repuesto de sus heridas. Yo sabía que él, después de su regreso a Alemania, había pasado todo su tiempo en una "casa para pacientes con daño cerebral" sólo a una milla o dos lejos de Homburg. De hecho, yo le había buscado primero allí, no sabiendo que él se había hecho recuperado para trabajar, y que él había alquilado una habitación en la ciudad.

"Como un prisionero de guerra," siguió Herr E., "Yo fui, en Inglaterra, durante meses encajonado a una celda fría, húmeda, y absolutamente oscura, con mis manos y pies encadenados a la pared, sólo porque yome había resistido a 'ellos' y no diría 'sí' a sus tonterías sobre nuestro glorioso régimen Nacionalsocialista. Pero eso no era lo peor. Ellos venían de vez en cuando a mi celda para traerme mi

escasa comida, y contarme sobre el proceso de Belsen. "a su preciosa esposa usted nunca la verá otra vez," ellos dijeron. 'Ella debe ser ahorcada con el resto de aquel grupo cruel. ¡le impartiremos lo justo!' yo no podía verlos, pero podría oír el regocijo de sus voces. Ellos sabían todo el tiempo que no era verdad. Hertha había sido condenada ya a quince años de encarcelamiento como usted sabe. Y aún así, ellos vendrían y me dirían eso solo por el placer absoluto de atormentarme, sólo porque yo era - porque soy - un Nazi convencido. ¡Aquellos Ingleses de buen corazón, que llaman, a nosotros 'monstruos'!, para mí, era peor que cadenas de hierro." Pero él añadió: "Eso es, sin embargo, todo pasado. Y ella vuelve; ¡vuelve!"

¡"Mi pobre Herr E.! grité yo, llena al mismo tiempo de amor de camarada, admiración, repugnancia (por el comportamiento de los Ingleses) y con el viejo deseo para la venganza. "Pueda serme dada, un día, la oportunidad de atormentar a aquellos que odiaron al Tercer Reich! Apuesto también que encontraré cosas repugnantes que decirles, no las cosas de la misma naturaleza que aquellas que nuestros enemigos le dijeron (no soy tan mala), pero de todos modos, tan repugnantes que ellos pedirán ser matados más bien que tener que soportar mis comentarios. ¡Mi pobre Herr E.!"

Él era, en mis ojos, la encarnación del Nacionalsocialismo perseguido.

"Entonces, un día," siguió él, "Yo vine a saber que ella estaba viva e internada en Werl. Esto era muchísimo posterior. Y yo ya no estaba en aquella celda oscura. Ellos habían perdido toda esperanza de romper mi espíritu. Nadie puede decir que feliz yo estaba en el pensamiento que, un día, sea ello después de quince años, yo debía verla otra vez - mi rubia hermosa Hertha..."

¡"Puedan usted y ella pronto estar de pie juntos en la nueva lucha para la libertad y para el poder, y yo a su lado!" le dije, con todo el fuego de la convicción.

Los ojos azules brillantes, tan llenos del amor humano solo un minuto antes, me miraron con una llama diferente:

"La única cosa que quiero es comenzar otra vez," gritó Herr E. enérgicamente; "quitar lavando la amargura y la vergüenza de estos años del régimen judío, y levantar Alemania una vez más de esta miseria, al poder y gloria bajo el mando de Adolf Hitler, si él esta vivo, bajo su inspiración y en su espíritu inmortal, - su mando invisible - si él esta muerto."

Pregunté sobre la salud de Herr E. "Yo en efecto nunca había esperado encontrarle luciendo tan bien después de haber sido dado por perdido sólo un año antes.

"En Dornholzhausen, - en la Casa para pacientes con daño cerebral y yo tuve la buena suerte de caer en las manos de un doctor excepcionalmente capaz," explicó él. "Supongo que es lo que me salvó. Esto y... mi propia voluntad para vivir; y el Destino..."

Él me preguntó como y desde cuando yo había vuelto a Alemania y cuales eran mis proyectos. Él entonces habló de mis libros. Pero recordé el horror de su cautiverio en Inglaterra. Le imaginé en una celda húmeda oscura, - probablemente en algún sitio subterráneo - en grilletes, y encadenado a la pared. E imaginé la voz de algún esclavo del Pueblo judío, o quizás de un Judío, diciéndole mofándose: "usted no podrá ver a su esposa otra vez: ella debe colgar de una soga con su grupo..." y aún así, él había resistido a ellos hasta el final, y nunca perdido la fe en nuestro Führer, en nuestra verdad, en las interminables posibilidades de Alemania. Me sentí pequeña ante él, como siempre hago en la presencia de aquellos verdaderos Nacionalsocialistas Alemanes que fueron puestos a la prueba de la persecución.

"Soy simplemente la que escribió ese Oro en el Crisol," dije yo; "ustedes son el 'Oro en el Crisol,' usted, Herr E. y ustedes, la gente de mi Führer, en conjunto. ¡Les amo y reverencio, y le deseo la dominación del mundo! Ustedes lo merecen."

Hablamos un rato más largo, y luego nos despedimos el uno del otro con las palabras eternas: ¡"Heil Hitler!" volví a Francfort del Main en autobús.

Francfort, el 29 de abril de 1953

Al día siguiente, yo tuve una conversación con Herr S., - un hombre de quien yo no tenía ninguna referencia en absoluto, pero que resultó ser uno de nosotros. ¿(No dije, al principio de este libro, que tengo la destreza de descubrir tales?)

Le conocí en una tienda donde yo había venido para comprar al libro famoso del General Ramke 'Fallschirmjäger damals und danach'. Hablamos del General Ramke., Herr S. hizo unos comentarios que me gustaron. En particular, él me dijo que estuvo completamente de acuerdo con la descripción del General sobre la Waffen S.S. como "el primer ejército pan-europeo contra el Bolchevismo." las palabras, reportadas en los periódicos ingleses, me habían llenado de entusiasmo cuando ellas habían sido pronunciadas. Herr S. y yo hablamos cada vez más libremente hasta que sintiéramos que ya no teníamos que esconder algo el uno del otro.

¿"Cuantoa hace desde que usted dejó Alemania?" Herr S. me preguntó.

"Cerca de tres años."

¿"Y puedo preguntarle cuáles son sus primeras impresiones en la vuelta después de todo aquel tiempo?"

"No he visto suficiente de la reconstrucción para hablar sobre ello," contesté. "Aun así, yo me senti, ya en la frontera - aquella falsa frontera en Salzburg - agradablemente sorprendida por el hecho que ahora se requiere casi cien francos franceses para hacer un marco alemán, mientras recuerdo haber cambiado un marco para sesenta y cinco francos solamente, hace cinco años.

"¡He visto que muchos edificios fueron reconstruidos!" Pero demasiadas tiendas (y demasiados cines) en proporción al número de casas residenciales. Los Judíos están detrás de eso, aposté - tanto aquellos que han vuelto para saquear Alemania después de su derrota (como para quienes los cines son una mejor propuesta comercial que las casas) y aquellos del lejano 'Estado de Israel,' a quienes este gobierno títere en Bonn ha aceptado pagar no sé cuantos miles de millones de compensación por los 'errores' que el régimen Nacionalsocialista ha cometido contra 'el propio pueblo de Dios' (como ellos se llaman, y como los Cristianos buenos los llaman). Uno no puede hacer todo: proveer a millones de refugiados de aquellas provincias que los Aliados han arrancado de Alemania; pagar los gastos de tres ejércitos de ocupación; servir una pensión a cada hombre o mujer de nacionalidad alemana que, durante los grandes días (¡no importa en que razones!) ha pasado algún tiempo en un campo de concentración; los mil millones de paga al Estado de Israel, y construir casas para las familias alemanas fieles y dignas.

"Mi única gran satisfacción aquí, en esta tierra que tanto amo, es ver que allí todavía hay gente como usted: los Nacional Socialistas que han conservado su fe a pesar de todo. ¡Incluso cuando no es definitivamente hostil a nosotros, el resto del mundo Occidental, en el cual tal gente no existe, es tan embotado, tan aburrido! Aquí en Alemania, uno también está deprimido, a veces: todo y todos lucen, en apariencia, tan santurriones - tan en armonía con la Cristiana, liberal, desesperadamente embotada 'burguesa' civilización que ya odié antes de la Primera Guerra Mundial; en una palabra, tan "des-Nazificada"; como si todos los rastros de los días gloriosos fueran borrados para siempre. Uno ve gente tranquila, de aspecto 'decente' que va a la iglesia, como en tiempos prenazis; uno ve libros definitivamente antinazis (o absolutamente evasivos: novelas de señoras y libros de cocina) en los puestos de libros; uno encuentra vistas completamente espantosas: uno se encuentra, por ejemplo, aquí en Francfort, muchachas alemanas cogidas del brazo con hombres de todas las razas (Arios, Mongoloides, judíos y Negros) en el uniforme americano, y uno envidia aquellos que murieron en 1942, antes de que la guerra tomara un mal giro. Pero entonces, uno encuentra a un hombre como usted - o va y pasa una hora con un camarada como aquel que fui a ver ayer en Homburg - y toda la amargura y toda la repugnancia del presente es empujada en el fondo, y uno ve solamente la verdadera Alemania - la Alemania de Adolf Hitler; Alemania eterna - en su invencibilidad. Otra vez, uno desea vivir; ver que Alemania se levanta y triunfa.

"Dígame: ¿cuánto van todos los signos externos del Nacionalsocialismo a permanecer desterrados, aquí, de la vida diaria? Y esto no son sólo los signos 'externos' - los cuadros del Führer, las banderas de la Esvástica y otros por el estilo. Extraño la auto-afirmación de los grandes días - lo que los enemigos de nuestra fe llaman la 'arrogancia Nazi' aquella agresividad alegre, bulliciosa que es el signo de la juventud sana, y algo tan simpático hacia mi propia naturaleza. ¿Cuánto más tendré que irme sin una vista de esto?"

"Tan largo tiempo como sea del interés de Alemania precisamente no mostrar eso," contestó Herr S.; "y mientras sea el interés de Alemania todos y cada uno de nosotros, deberíamos (a fin de estar seguros de no mostrar aquello por equivocación) entrenarnos a nosotros mismos para no sentir de esa manera (salvo a veces); mientras nos obligan a actuar con el fin de vivir y preparar, a una escala de la que usted no tiene ni idea, la venganza gloriosa que usted tan ardientemente ansía."

Sus palabras me recordaron extrañamente a aquellas de esa mujer que yo había conocido en Nuremberg, - esa que había sido ocho años una prisionera en Rusia.

"Descanse segura," añadió él, "esos sentimientos que usted tanto valora están allí buenos, profundamente en el fondo de nuestros corazones. Ellos están vivos. Pero no podemos perjudicar la posibilidad de nuestra reconstrucción, por el placer absoluto de exponerlos."

¿"Qué pasaría," pregunté, "si, - para el bien del argumento - todos los alemanes que tienen aquellos sentimientos de repente eligiesen exteriorizarlos, sea ello en una manera legal?"

¿"En una manera legal?" Herr S. estuvo sorprendido. ¿"Cómo espera usted exteriorizar 'legalmente' sentimientos que son 'ilegales' bajo este régimen hipócrita de la llamada libertad individual?" dijo él.

"Bien, suponga que el país entero boicotease las elecciones que van, me dicen, a ocurrir en el otoño; quiero decir, suponga que sólo una proporción infinitésima de la gente votara en absoluto o, - mejor todavía - suponga que todos ellos o casi todos 'votan', pero... ¡escribieran sobre su papel 'votamos por Adolf Hitler' o 'no queremos su Democracia asquerosa! Queremos a un régimen Nacionalsocialista. Esto nos satisface. ¡Nos gusta eso!' una mujer alemana que conozco me dijo que ella había votado en tal manera en 1949, por lo cual la felicité."

"Si, o aun si un porcentaje alto de nosotros, hiciera esto," contestó Herr S., "deberíamos tomar una vez más una muestra de la Ocupación al estilo de 1945: mandos, prohibiciones, restricciones para nuestros movimientos etc..., a un grado que usted no puede imaginar, y no nos sería dada una posibilidad para levantar nuestras cabezas. Además de esto, nuestras industrias o nos las quitarían o serían colocadas completamente bajo el control extranjero, y toda la ayuda financiera de EEUU. nos sería negada. En otras palabras, viviríamos los días del plan de Morgenthau de nuevo. ¿Quiere usted esto?"

¡"Por supuesto que no!"

"Bien, en este caso, encare con la vista de la farsa mucho tiempo arrastrada que tenemos que jugar a esta gente. Somos 'des-Nazificados' - o supuestamente lo somos. Debemos seguir fingiendo serlo. Vivimos, - o se supone que vivimos - sólo para "la integración de una Alemania Democrática en una Europa Democrática" en la protección americana. Consideramos - o se supone que consideramos - nuestros gloriosos días Nacionalsocialistas como un 'periodo de tiranía,' y somos, o, al menos, es supuesto que somos, los más complacientes a "hacer el bien" por todo lo que fue hecho a los "pobres" Judíos durante aquel período. No debemos permitir que los Demócratas tontos lo sospechen, sea durante un minuto, que todo aquello que 'suponen' y 'presumen' sobre nosotros, se reduce a solamente una ilusión infantil. Debemos mantener el espectáculo. Y en aquel precio, a pesar de todos los gastos con los cuales somos cargados, los millones de dólares que nos son prestados- es decir., dados a nosotros, (pues el futuro Gobierno Nacionalsocialista nunca reconocerá las deudas de la República Federal alemana) - millones con los cuales podemos reconstruir al menos algunas casas. Y las máquinas nuevas, ultramodernas nos son dadas, en lugar de las viejas que aquella gente robó antes de que nos consideraran como una nación "Democrática." ¡Vea que nuestras industrias cobran vida otra vez! ¡Vaya a Essen, a Duisburg, en todas partes en el área industrial, y vea si usted puede reconocer los esqueletos de fábricas que usted dejó hace tres años! Vea las ruedas dar vuelta una y

otra vez alrededor, a velocidad plena; los ríos rebosantes de metal fundido en los altos hornos; las chimeneas humeantes, bajo el Sol creciente..."

Cerré mis ojos y recordé la vista de las ciudades arruinadas: - Duissburg, Essen, Dortmund - que yo conocía tan bien al haber pasado por ellas un número de veces bajo la escolta de policía, en el coche que solía llevarme de Werl a Düsseldorf y atrás. Y sonreí ante la visión gloriosa que Herr S. evocó: las chimeneas humeantes, las corrientes de acero líquido, - de Alemania victoriosa a pesar del desastre de 1945. Pero Herr S. todavía hablaba. "y ahora," - él decía - "adquirimos armas y municiones... a cargo del contribuyente americano..."

Sin embargo, la idea de un Ejército "Europeo" bajo el mando americano me despertó de mi contemplación feliz. "Armas y municiones para defender la Democracia contra sus ex-aliados los Comunistas; ¡hacer a los alemanes carne de cañón para los objetivos de guerra de los Yanquis - una plaga en ellos! ¡Carne de cañón para la ganancia de los Judíos en Wall Street!"

"No," dijo Herr S. con una voz baja; "no; sino los luchadores para una Gran Alemania que se extiende mas allá de lo que nosotros Nacionalsocialistas habíamos soñado aún: una Gran Alemania que comprende toda Europa..."

¡"Una Europa corrompida en la cual al Judío internacional no le gustaría nada mejor que ver Alemania absorbida!" protesté yo.

"No; no;" contestó Herr S, "Pero una Europa que controlaremos por nuestra habilidad, y sobre la que, a la larga, impondremos nuestra fe..."

"Si ello realmente es así, entonces, bien y bueno," dije yo, después de una pausa. "¿Pero si los mejores pierden el sentimiento de ser privilegiados compatriotas de Adolf Hitler, nacidos para gobernar; si ellos ya no poseen la consciencia inspiradora de realizar una misión ordenada por Dios, sino simplemente piensan en ellos como buenos Demócratas que ponen su habilidad 'al servicio de la humanidad' - Demócratas hipócritas como el resto de ellos - entonces, lo valen? ¿Cual es la utilidad de conquistar el mundo, si usted pierde su alma?' No encuentro nada tan verdadero como aquella frase del Evangelio, a condición de que le sea dada la interpretación - psicológica - apropiada. Y sólo temo que el alma de Alemania sea perdida por el bastardeamiento de las nuevas generaciones criadas en principios democráticos, (enseñados a odiar el orgullo racial, enseñados a considerar Judíos y Negros y que no, como 'hombres igual que otros,') si esta Democracia debiera durar otros cincuenta años. Personalmente más bien que tener esto, yo preferiría la bomba atómica y el final de este continente. Por supuesto, lo que sería mejor de todos modos, sería la bomba atómica y el final de las Democracias, y el régimen libre de la élite aria sobre sus ruinas."

"Desafortunadamente, la bomba atómica no es selectiva," contestó Herr S. amargamente. "Ninguna de las bombas lo son. Teníamos una demostración práctica de esto durante esta guerra. Usted no parece comprender que ruina nos significaría otra guerra, sin mencionar a Europa en conjunto. Posiblemente nuestra población sería reducida a algo como diez millones; la del continente entero a cincuenta millones - si tantos como eso."

¿"Y entre aquellos diez millones, cuántos Nacionalsocialistas verdaderos, del cien por ciento sobrevivirían, piensa usted?" pregunté yo. ¿"Unos cien mil al menos?"

"Unos cien mil, quizás," admitió Herr S.

Sonreí - aunque yo compadeciera a aquellos de mi fe que no sobrevivirían. "Bien," dije yo, con un entusiasmo repentino, "¿No podría eso hasta ser mejor que la prosperidad pacífica interminable en un régimen asesino del orgullo y asesino de la raza? ¿Sería eso - incluso eso - insuficiente para asegurar al fuerte, al hermoso, al sano, al valioso, - al mas digno - la dominación del futuro, aun si allí todavía hay aproximadamente cincuenta millones de mamíferos de dos piernas dispersos sobre la superficie de lo que habrá sido una vez el mundo Occidental? ¿Un Nazi puede controlar a quinientas personas no-arias - no piensa usted así?"

Herr S. me dio una sonrisa cálida, encantadora de asentimiento. ¡"usted esta en lo cierto!" gritó él,

sosteniéndome su mano en un gesto de camaradería. "Sí; usted tiene razón." y él añadió: "De corazón, sentimos como usted lo hace. Pero, como la mayor parte de Nacionalsocialistas que viven en el extranjero, usted no comprende totalmente las dificultades prácticas que están de pie en nuestro camino, y esto seguirá obstaculizándonos hasta que Alemania del Este y Oeste sean otra vez unidas en un Estado, y el último soldado de tropa extranjero se haya ido. Somos obligados a presentar una actitud a fin de alcanzar aquel doble objetivo, que es la condición de nuestra vuelta al poder. ¿No me entiende usted?"

"Lo hago," dije yo; ¡"Pero no si ustedes pierden sus almas en el proceso! ¡Y no permiten que el cuerpo de Alemania sea infectado - profanado! Es mi única advertencia. Fui horrorizada, aquí en Francfort, a la vista de tantas muchachas rubias que pasean las calles en la compañía de Negros americanos. ¿Y los productos mezclados? - porque deben haber unos..."

"Los esterilizaremos - o 'liquidaremos' - a tiempo; ¡no se preocupe! Y les enseñaremos a las generaciones jóvenes nuestro limpio y varonil estilo de vida. Esto es sólo una cosa de unos años, después de todo. Aquellos que tienen ahora dos o tres años, - quizás hasta aquellos que son ahora de seis o siete - marcharán todos en las filas de la Juventud Hitleriana reorganizada cuando ellos tengan catorce años."

¡"Oh, espero realmente que usted tenga razón! Es todo lo que quiero."

"Nosotros tenemos razón: usted y yo, y nuestros camaradas," dijo Herr S. Y éstas eran sus palabras finales.

Le di una copia de mis libros. Él me dio la dirección de uno de los Nacionalsocialistas más finos en el mundo: un Pagano Germánico verdadero, moderno, que luchaba ya por nuestros ideales antes del nacimiento de NSDAP inmortal. "El es el hombre para entenderla a usted," dijo él como presentación; "un viejo sacerdote del Sol y discípulo de Friedrich Nietzsche así como de Adolf Hitler." Le agradecí. Y nos separamos saludándonos el uno al otro con el gesto ritual, y las Palabras santas: ¡"Heil Hitler!"

* * *

Entre Francfort y Koblenz, el 29 de abril de 1953

No recuerdo el nombre del lugar; el tren rodó demasiado rápidamente por delante de él. Pero recuerdo, - siempre recordaré - la vista: en el lado derecho del ferrocarril: automóviles; automóviles relucientes y brillantes, de aspecto cómodo; y más y todavía más automóviles - gris claro; gris oscuro; negro; amarillo verdoso; amarillo grisáceo; de todos los colores - en la serie sucesiva de filas regulares que cubren el espacio hasta donde mis ojos podrían ver. Y una doble fila entera de ellos, que me parecieron interminables, ya sobre los carros planos que debían llevárselos... ¿dónde? ¡No importa dónde! A las cuatro esquinas de la Tierra - dondequiera que haya una demanda de productos de la resucitada industria de Alemania.

Desde la ventana del vagón, miré fijamente en ellos con euforia, con entusiasmo; con amor. Las lágrimas llenaron mis ojos; y sentí una emoción de alegría inmensa, inexpresable - tal alegría como yo, durante años, había creído que nunca podría tener una posibilidad de experimentar otra vez; algo como una repetición de aquella que yo había sentido al principio de los días gloriosos, a la vista de fotos de la nueva inaudita expansión industrial de Alemania bajo el régimen de Adolf Hitler. ¿Era verdad? ¿Todos estos cientos de coches no eran un sueño?

¿Era la salida industrial actual de la Nación martirizada realmente tan grande como esto? - ¡definitivamente más allá de mi expectativa! ¿Y este era un signo que los días gloriosos debían volver pronto? Yo era feliz; sinceramente, absolutamente feliz; más feliz que si todos aquellos automóviles me hubieran pertenecido personalmente. (De hecho, ellos me pertenecieron realmente en un modo - no solo eso, más íntimamente, más "personalmente" que ellos alguna vez a la gente que los compraría. Ellos eran el primer signo inesperado que me dice que la pesadilla larga, que yo había estado viviendo desde 1945, se acercaba a su final. Eran mensajeros del poder; mensajeros de la alegría.)

Cerré mis ojos, y recordé la larga pesadilla - la tortura mental que yo había experimentado cada día desde mi regreso a Europa y ya antes; desde la Capitulación; desde el tiempo que uno había estado prácticamente seguro que la Alemania Nacionalsocialista tendría que capitular. Me recordé en el septiembre de 1946, sentándome en un jardín en Horseley del este, un lugar cerca de Londres, al lado de la Sra. Saint-Ruth, una de las raras mujeres en Inglaterra a quien yo podría desahogar, en aquel tiempo, mi corazón. Y recordé a ella diciéndome: ¡"Ay! ellos planean desarraigar industrias de Alemania; destruirlas completamente; convertir Alemania en un área puramente agrícola. Sin sus industrias, Alemania no puede sustentar posiblemente su población. Pero esta gente no se preocupa. Ellos quieren obligar a nueve alemanes de diez a emigrar y hacerse absorbidos en la población variada del mundo externo - de EE.UU. - en particular y dejar de ser una fuerza consciente, una voluntad colectiva puesta contra el Pueblo judío internacional.

Es el espíritu de este Plan de Morgenthau satánico, que no apunta a nada menos que la destrucción de Alemania". Aplastada ante la idea de todas las posibilidades que el Judío estuvo a punto de aniquilar, y en el sentimiento de la impotencia completa ante aquel crimen, yo había llorado entonces. Ahora recordé aquella experiencia horrible como uno recuerda una pesadilla, después de que se está una vez más bien despierto. Ahora, era todo una cosa del pasado; una cosa que la habilidad de unos alemanes diplomáticos, que habían jugado al Demócrata, y el favor de los dioses Arios, Protectores de la Patria de Adolf Hitler, había hecho definitivamente imposible. Brillando bajo el acero Parecido a un sol y escarabajos lacados, en interminables filas y filas, - listos para la exportación - cientos de automóviles desafiaron el Plan de Morgenthau obsoleto; ¡desafiaron a los Aliados y sus esfuerzos impíos para imponer su voluntad sobre esta tierra!

Despacio una lágrima corrió por mis mejillas. Y sonreí. ¡"mire!" grité yo, con éxtasis, de repente dirigiéndome a la única persona en el compartimiento además de mí, un hombre de aproximadamente cincuenta años, que se sentó frente a mí; ¡"mire! - ¡el inicio del gran nuevo comienzo! - ¡Mañana, éstos rodarán a lo largo de todos los caminos del mundo, diciendo al mundo que nada y nadie pueden aplastar la voluntad para vivir de Alemania! ¿Cuántos años son desde que uno solía oír del Plan de Morgenthau? ¿Siete años? ¿Seis años? Parece ahora hace un siglo; y aún así, era demasiado ayer. ¡Mire! En un tiempo tan corto, a pesar de la derrota, ruina, ocupación, y todo el rastro de la miseria que esto significa; a pesar de todos los esfuerzos del Judío internacional y de sus satélites viles para destruir el espíritu de esta tierra, la industria alemana prospera otra vez. ¡Te Saludo, gente invencible! ¡Te admiro, y te amo!"

El hombre me miró con sorpresa comprensiva y curiosidad. ¿"Pero no usted una alemana?" él me preguntó.

"No. Soy sólo un ario de lejos, que respeta a la gente alemana en cuanto a la encarnación de las cualidades más finas de nuestra raza común, y como sus líderes naturales," contesté.

El hombre sonrió. ¡"Lamento que todos los arios del mundo no sintieran lo mismo que usted siente por nosotros!" dijo él, después de una pausa corta.

¡"Así lo lamento yo! ¡Si ellos sintieran realmente como hago - si ellos hubieran sentido así en 1939 - esta guerra fratricida a beneficio de los Judíos habría sido imposible!"

Hablamos mucho tiempo. El hombre era de la clase correcta. Por fin, cuando él estuvo a punto de bajar, me sostuvo con su mano y dijo: "usted ha dicho la verdad: somos la verdadera Alemania, nosotros Nacionalsocialistas; y ganaremos a la larga. Mientras tanto, le agradezco por la confianza que usted me ha mostrado expresándose tan francamente como lo hizo."

"Yo no podía evitar esto," contesté. "la vista de aquellos automóviles me ha devuelto, de repente, aquel viejo sentimiento de invencibilidad que experimenté tantas veces en los primeros meses de esta guerra. ¡Esto es el sentimiento más encantador en el mundo!"

"Es un sentimiento que usted experimentará muchas veces más frente a la expansión industrial extraordinaria de Alemania a pesar de todos los obstáculos," dijo el hombre.

Y él tenía razón.

¡"Cuan mayor aun aquella expansión podría ser, si tan sólo Alemania no fuera cargada con los gastos de Ocupación, y 'daños' para pagar a llamadas 'victimas del Nacionalsocialismo' dentro y fuera del país, y al Estado de Israel!" pensé. Pero entonces, recordé lo que Herr S. me había dicho: "es sólo por nuestro fingimiento de ser 'des-Nazificados' que hemos sido capaces en absoluto de levantar nuestras cabezas otra vez."

Sólo esperé que la farsa no debiera durar demasiado largo tiempo.

* * *

Koblenz, el 30 de abril hasta el 5 de mayo de 1953

¡"Heil Hitler, Bertel! "

"... ¡Usted, Savitri! - ¡Heil Hitler! - yo me preguntaba quién podría ser posiblemente, saludándome en este tiempo de la noche con las Palabras viejas, inolvidables, eternas. ¡Entre y déjeme verle! ¡Estoy tan contento que usted haya vuelto!"

Este intercambio de saludos ocurrió en Koblenz, en una escalera negra como el carbón (la luz estaba estropeada) aproximadamente a las 23:00h. Era encantador ser así dada la bienvenida por uno de los más puros y más finos Nacionalsocialistas que conozco; encantador oír la voz amistosa - y el saludo familiar - después de estos tres años en el mundo externo hostil.

"Venga dentro. ¡Querida mía, usted está empapada! De este modo, todavía llueve... "

¡"A cántaros! "

"y usted ha perdido su paraguas, naturalmente... "

"Lo dejé en el avión, entre Atenas y Roma. "

¡"Exactamente típico de usted! Venga, y sáquese su abrigo, y siéntese; voy a hacernos una agradable taza de café."

Sí, era encantador venir a casa. Pues aquí, con Fräulein B., yo era de casa.

Anduve adentro, me senté cómodamente en el sillón que ella me ofreció. Ella puso un poco de agua a hervir, y se sentó a mi lado.

"Yo pensé que usted nos había dicho entonces que había sido expulsada de Alemania," dijo ella.

¿"Cómo logró volver?"

"Oh, eso es una buena historia," contesté con una sonrisa. "Se la diré en algún tiempo - hoy o mañana. Usted ve, mi caso es sólo una ilustración de un hecho general, que es lo siguiente: es siempre más fácil para uno de nosotros poder pasar, pasar por alto, por las mallas de la red Democrática, que sería para uno de nuestros opositores lograr evitar nuestro control, si estuviéramos en el poder... "

¡"y aún así," comentó Fräulein B. tristemente, "Cuanto muchos han evitado nuestro control, y nos han traicionado, durante esta guerra! Usted sabe eso por si misma."

Ella fue y sacó mermelada y miel, y un pastel, ya que el café ya estaba listo, y ella llamó en su vecina, Fräulein K., que también me conocía, y que no se había acostado todavía, para venir y ver "quien había aparecido" y compartir nuestro banquete. Saludos adicionales, posteriores exteriorizaciones de alegría ocurrieron. Yo era feliz - profundamente feliz; éramos todos felices. Y aún así había una sombra en el cuadro; algo que nos hizo sentir que nunca sería "como antes." y era la ausencia de nuestro querido Fritz Horn, quien había vivido en esta habitación después de su liberación de dos campos de horror Aliados de la posguerra - Schwarzenborn y Darmstadt - en que él había pasado tres años, y quien había muerto aquí el 12 de diciembre de 1949. Fräulein B. había tomado una máscara

mortuoria de él. Y esta - tan similar a él que era apenas creíble - colgaba contra la parte de enfrente de la pared justo opuesta a mi asiento. Había unas flores frescas en un florero sobre un pequeño anaquel ante ella. Al lado de ello estaba una fotografía de su único hijo, un muy hermoso joven de aproximadamente veinticinco, matado sobre el campo de batalla en algún sitio en el frente ruso, en 1942. ¿Y al otro lado - ahora, que era posible? ¿Realmente lo juzgó ella digno de figurar al lado de las imágenes de aquellos dos hombres que habían muerto para Alemania?... - ¡una foto mía! Una foto que yo le había enviado después de mi liberación de Werl.

Tomé un vistazo en las otras paredes. Ellas fueron decoradas con cuadros de Schwarzenborn y Darmstadt que Fritz Horn había dibujado él mismo durante su internamiento. Había apenas algo cambiado en la habitación desde la salida del mártir: sólo el hecho que ahora había una cama allí en vez de dos. El lugar entero estaba todavía vivo con su presencia. Y su presencia lo santificó. Y cualquier reunión nuestra dentro de sus paredes tomaron una seriedad extraña - yo diría casi: una solemnidad - de la que me hice cada vez más consciente. Y me pareció extraño de ver tazas y platillos y pan y un pote de mermelada sobre aquella misma mesa en cual el discípulo de Adolf Hitler por toda la vida, se había sentado y había leído párrafos de Mein Kampf a mí. Por supuesto, era simplemente natural. El viejo luchador estaba muerto ahora, y la vida siguió... De todos modos era extraño sentirme bebiendo café en un lugar sagrado.

Dije a Fräulein B. lo que sentía. Ella lo entendió perfectamente. "a menudo siento lo mismo, aunque yo viva en esta habitación donde he cuidado al querido Tío Fritz hasta antes del final," contestó ella. "Pero me he acostumbrado gradualmente a su presencia invisible. Digo a mí que, si él estuviera aquí, en carne y sangre, él encontraría de lo más natural que nosotros deberíamos comer y beber. Lo hizo así él mismo cuando estaba entre nosotros. ¿Recuerda usted qué encantado él estaba con aquella libra de café que usted nos había traído? Él adoró el café. Y él lo necesitó, para mantener su corazón latiendo. Era quizás la única medicina que podría haberle salvado. Pero el café era un lujo caro, entonces. Yo no tenía dinero para comprarlo. ¿Usted recuerda cómo vivimos en aquellos días horribles, no es cierto?"

¡No lo recordaré!

Recordé la bienvenida de aquellos dos Nacionalsocialistas perfectos: antiguo Ortsgruppenleiter Fritz Horn, y su antigua secretaria y camarada más fiel Fräulein B., que no sabía nada sobre mí aparte del hecho que también pertenezco a Adolf Hitler. Recordé la historia de las Cámaras infernales de los laidos que Herr Horn me había relatado de su propia experiencia y de aquella de otros hombres del Partido en los campos de horror americanos, - y la serenidad, el desapego con cual él habló, como uno que sabe que sus días están numerados, pero que, de todos modos, no reniega nada, mientras la Causa para la cual él vivió y para la cual él muere es aquella de la Verdad y aquella de la Vida. Le recordé buscando párrafos excepcionalmente hermosos de Mein Kampf para leérmelos rápidamente otra vez y luego, - durante el día que yo había dejado Alemania - darme el Libro inmortal como un regalo de adiós: regalo de Alemania a mí, como él mismo había dicho. Me tocó profundamente el ver que Fräulein B. había colocado mi imagen al lado de aquella del hijo del mártir y de su propia máscara de muerte. Yo no podía menos que decirle cuanto sentí que ella me había honrado al hacer eso. Su respuesta me honró aun más: "El la amó a usted," dijo ella, al hablar de Fritz Horn; "a él le gustó aquel entusiasmo juvenil que usted ha retenido; aquella confianza en nosotros, que el desastre de 1945 no ha disminuido; y sobre todo él se maravilló de la ortodoxia de sus opiniones, tanto más significativas porque usted las ha desarrollado tan lejos de nosotros."

"Sí," pensé; "Habría por dios yo no permanecido tan largo tiempo lejos..." y una gran tristeza vino sobre mí en la conciencia de todo lo que yo había perdido. Pero no era de ninguna utilidad deplorar mis omisiones pasadas una y otra vez. Lo mejor que yo podría hacer ahora sería afrontar el futuro, haciendo el mayor uso posible de la experiencia adquirida en tal precio en el Oriente distante. El futuro del Nacionalsocialismo está en hombres de la generación más joven de Alemania: bastante viejos para ser amargos debido a sus recuerdos de 1945; bastante jóvenes para ser fanáticamente dedicados a contrariar la Democracia importada, y ser orgullosos, agresivos y despiadados en 1955. El futuro era el joven Hermann - sobrino de Fräulein B - que había venido con ella para despedirse de mí, cuando yo había dejado Alemania, más de tres años antes.

"A propósito... ¿cómo está Hermann - mi joven Dios Nórdico? " pregunté yo. ¿"y cómo está su hermana, y el resto de la familia? "

¡"Bien!" contestó Fräulein B. "usted les verá a todos ellos otra vez. Hermann tiene ahora casi dieciocho, tan hermoso como siempre, y tan alto y viril que usted apenas le reconocería. Él todavía estudia. Le gustaría volar - para pilotar un bombardero un día, siempre que tengamos una flota de aire de nuestra propiedad una vez más. Él es un acérrimo Nacionalsocialista a pesar de toda la presión que 'esa gente' trata de ejercer sobre nuestros hombres jóvenes. De hecho, aquella presión sólo le ha hecho odiar a los Aliados - y en particular los franceses, por quienes estamos aquí preocupados - tanto más. ¡Él estuvo enormemente contento con sus libros, y tan orgulloso de ser mencionado en uno de ellos! Klaus es de quince; un niño dulce; trabajando como un aprendiz de oculista, ya que él no quiso ir a la escuela por más tiempo. Doretta tiene doce años; todavía va a la escuela, naturalmente. Ella se siente celosa cuando usted escribe con tanto entusiasmo sobre su hermano mayor; "Yo también tengo cabello como la luz del sol y rasgos Germánicos," dice ella. Mucho como nos disgusta el asunto entero, ella tuvo que ser bautizada y tendrá que ser confirmada - a fin de, evitar malos ratos en su vida escolar y obstáculos en su carrera (ella quiere ser una maestra; me dice. Y hoy día, aquí en Rhineland al menos, todos los profesores y todos los estudiantes que desean hacerse profesores deben ser "Católicos" o "Protestantes," sea que ellos realmente crean en el cristianismo o no). Mi hermana y su marido aceptaron pasar por la farsa porque no era posible hacerlo de otra forma. ¡La 'Libertad de la conciencia individual' como usted puede ver!"

"Sí," dije yo, repugnada; ¡"Libertad Democrática! Pero realmente espero que todo estará terminado - y nuestro régimen instalado de nuevo - antes de que Doretta sea bastante mayor para ser una maestra."

"Tengo esperanza de ello también," dijo Fräulein B. "y la niña no cree una palabra de las tonterías que le enseñan: vemos esto. Pero somos forzados - en apariencia - a actuar ante esta gente a fin de vivir. Tome mi propio caso: trabajo ahora para un periódico patrocinado por los americanos, el único trabajo que yo pude encontrar después haber vivido dos años con el préstamo Estatal de 20 marcos por semana. ¡Bien, tuve que jurar - jurar, figúrese usted! - que 'no soy un Fascista,' de modo que yo pudiera, ser aceptada. Lo juré. De hecho, juré la verdad. No soy un 'fascista', sino un Nacionalsocialista. Que no es para nada la misma cosa, salvo en las cabezas estúpidas de 'esa gente'.

Yo no podía menos que sonreír. "Durante la guerra," dije, "cuando mi marido deseó deshacerse de algún tonto aburrido venido para hacerle gastar su tiempo, él solía ponerle la pregunta: ¿'Puede usted decirme la diferencia entre Nacionalsocialismo y Fascismo?' Nueve veces de diez el tonto declararía que los dos eran 'la misma cosa.' sobre eso mi marido le diría: "En ese caso - ya que usted no puede ver ninguna diferencia entre un estilo de vida basado sobre principios eternos, y un sistema político-económico, - usted mejor converse de algo más. Dígame, por ejemplo, que precio su esposa pagó por una libra de pescado, esta mañana en el mercado. Esto, supongo, usted lo sabe. ¡y nueve veces de diez, el tonto inventaría una excusa para marcharse - al alivio de mi marido! De todas las variedades de mamíferos que conozco, no hay ninguno mas tonto que los Demócratas, sea que ellos son americanos, o Bengalis, o cualquier otra cosa más."

Fräulein B. se rió. "usted tien razón," dijo ella. "y nuestro querido Tío Fritz solía decir lo mismo. Lejos de romper su fe Nacionalsocialista, su contacto con estos reformadores de la humanidad la había reforzado. ¡Pobre Tío Fritz! Puedo verle sentando en esta mesa, leyendo Mein Kampf y diciéndome "Ahora - ahora, después de que he visto lo que la Democracia significa - que entiendo mejor que alguna vez la verdad de aquellas frases eternas. Ahora - sé mejor que alguna vez, cuan absolutamente correcto nuestro Führer es. No hay una palabra que él escribió o dijo, que no sea correcta." Él solía leer el Libro cada día, y reflexionar sobre aquello que había leído durante horas. ¡Cómo puedo entenderle!... El sábado por la tarde, o el domingo, - cuando estoy libre - iremos juntos para ver su tumba."

"Sí," dije yo. Y el recuerdo vivo del mártir Nacionalsocialista trajo lágrimas en mis ojos. Hablamos mucho tiempo más - hasta que Fräulein K. fue y preparó, sobre un sofá cómodo en su sala, un lugar para que yo pueda dormir.

* * *

El domingo siguiente, - el 3 de mayo - Fräulein B. y yo estuvimos de pie ante la tumba de Fritz Horn. Este era un día calido. Pero el tiempo estaba nublado - con parches del cielo azul entre las nubes, y luz del sol intermitente. El lugar donde la tumba ha sido cavada - en una cuesta cubierta de hierba entre dos bosques, directamente en lo alto del extenso cementerio de Koblenz, - es solitario y hermoso. A través de los árboles, uno puede ver algo de la ciudad en la distancia. La tumba es simple: un rectángulo de tierra y grava; unas flores en medio de la hierba; un nombre; una fecha. Pero es bien mantenida. Uno ve que el hombre que yace aquí no es olvidado.

Pusimos las flores que habíamos traído, - narcisos y pensamientos aterciopelados oscuros - sobre ello. Y estuvimos de pie en el silencio, ambas absortas en nuestros pensamientos.

En mi mente, recordé las últimas palabras de Herr Horn a mí cuando él me dio la inestimable copia de *Mein Kampf* - la única que él tenía - como un regalo de adiós. "vaya dondequiera que usted pudiera ser más útil, - solía decir él, - y espere. 'Tenga esperanza y espere.' un día daremos la bienvenida a usted otra vez. Mientras tanto, si, estando sola, se siente impotente, usted tiene su fe ardiente, - nuestra fe Nazi común - para sostenerle. Y usted tiene esto: las palabras inmortales de nuestro Führer; una conmemoración de Alemania." y recordé como él, después de que yo le había agradecido, me había saludado por última vez, levantando su brazo como si él hubiera estado llevando a cabo un rito religioso, y lanzando las palabras parecidas a un hechizo - las Palabras que me ligan a él y a todos mis camaradas y superiores, vivos o muertos, para siempre y alguna vez: - "Heil Hitler!"

Y me costó creer que él estaba realmente muerto; que sus huesos (todo lo que fue probablemente dejado de su alto y hermoso yo físico) yace bajo aquella tierra e hierba, y que yo nunca le vería otra vez. Sentí toda la ironía del destino en sus palabras: "Un día, daremos la bienvenida a usted otra vez..."

Pero él había dicho "nosotros," no "yo." ¿y no tenía él razón? reflexioné yo. ¿No me había su camarada fiel y amiga, Fräulein B., dado la bienvenida a mí - ¡y con qué alegría, que entusiasmo! - justo unos días antes? ¿Y no había tenido razón él, también, cuándo él me había dicho que, si sólo yo fuera cautelosa, yo debería dar un día a Alemania mi tributo escrito de admiración y amor de Oro en el Crisol? El libro fue impreso, y circulaba ahora entre aquellos para quienes había sido pretendido. La verdad es que la rueda de la historia no giró bastante rápido para complacernos. Pero Fritz Horn me había dicho - también durante aquellos últimos días que yo había pasado con él en Koblenz - "El Tiempo no cuenta para nosotros, que tenemos la verdad en nuestro lado... Construimos para la eternidad." Él era indudablemente correcto en aquella conexión también.

Recordé su cara serena, y aquel extraño, más que humano desapego "inseparable de la convicción absoluta - con que él solía hablar de la estupidez abismal "de los Demócratas " quienes preparan la destrucción irreparable de aquellos mismos "valores" que ellos fingen representar. "Ellos son más peligrosos que los rusos, en un modo," él solía decir; "mas peligrosos exactamente porque esconden su brutalidad bajo el fingimiento humanitario. De todos modos ellos están condenados, ya que persiguiéndonos, contradicen su propia profesión de fe en la 'libertad individual' y los 'derechos' de cada conciencia humana." Habrían ellos realmente dado a Alemania la 'Libertad' en 1945, - concedido a cada hombre el derecho de expresarse, fueran él uno de nosotros o uno de nuestros opositores - entonces ellos podrían haber, durante un tiempo al menos, ganado el corazón de Alemania. Ahora, es demasiado tarde, aun si ellos invierten realmente su política. El respeto de Alemania les ha sido perdido para siempre. La colaboración de Alemania con ellos contra la Rusia Comunista, si en absoluto esto ocurre, será puramente un asunto de oportunismo, no una alianza ideológica en absoluto. Y es igual de posible que Alemania colabore con Rusia contra ellos, si Rusia es bastante inteligente para no exigir una colaboración sobre una base ideológica. En cualquier caso, las Democracias Occidentales han perdido simplemente el tren. Seremos los ganadores últimos, independientemente de lo que pase; la verdad triunfa, a la larga."

Él solía hablar de equivocaciones políticas - y psicológicas - de aquellos que habían arruinado la salud y arruinado la vida de él, con la indiferencia de una persona adulta que habla de la destructividad de algunos mocosos desagradables de la vecindad. Yo rara vez encontré a un hombre tan absolutamente ajeno a toda clase de vanidad; un hombre quien no simplemente pensó sino que sintió que nada realmente contaba excepto el triunfo de nuestra Causa, que estaba obligado a venir tarde o temprano, de todos modos.

El Sol de repente apareció en uno de los parches del cielo azul, y los bosques, la hierba, las tumbas, fueron transfigurados en el guiñar de un ojo. Pensé en Él que Quien es "el calor y luz dentro del disco solar", "la fecundidad inagotable de la tierra, y la voluntad de los mejores hombres para trascender a la humanidad, y recé dentro de mi corazón: "Hazme también carente de vanidad, mezquindad y prisa enfermiza, como él que yace aquí, Oh impersonal, - "él ella ello" a Quien no conozco, pero vagamente siento dentro de mí y dentro de la Naturaleza. Hazme un luchador sin pasión para la causa de la Vida y Verdad; ¡un verdadero Nacionalsocialista " y una lágrima rodó abajo mi mejilla en la conciencia de la belleza de la personalidad de Fritz Horn.

Fue Fräulein B. quien rompió el silencio. "El fue sepultado como había vivido y había muerto: como un Pagano alemán," dijo ella, hablando de él en quien nosotras ambas pensábamos. "Yo sentí que habría sido una burla llamar un sacerdote cristiano para mascullar sobre su cuerpo palabras en las cuales él nunca había creído. Pero un camarada nuestro, un viejo luchador como él, pronunció unas oraciones, recordándonos de las virtudes que habían sido las suyas; de su carrera, y martirio y muerte para el amor de Alemania y de la verdad." y ella añadió después de una pausa corta: "Nosotros no deberíamos llorar sobre él. Nosotros deberíamos vivir y servir la Causa de la Gran Alemania, que es la Causa aria, en el espíritu en el cual él la sirvió; con similar lealtad dirigida a un punto y, de ser posible, con similar inteligencia, desapego y eficacia. Le he contado cuan indoloramente y naturalmente - e intrépidamente - él pasó al gran Desconocido. Pueda el recuerdo de su muerte darnos una fe aumentada en nuestros valores Paganos, en nuestra Lucha, en nuestros camaradas, que él tanto amó y confió, en nuestro Führer inmortal (visible o invisible) a quien él tanto adoró; nueva vida..."

"Sí," dije yo, con una voz baja. Y fui de repente embargada por una emoción extraña. Las últimas palabras de Fräulein B. me recordaron a aquellas de un viejo guerrero agonizante, en una canción tradicional griega que yo a menudo cantaba en mi adolescencia lejos ida: "...No lloren por mí, mis niños, ya que la muerte de un hombre valiente da nueva vida al joven." (1) Esto era una vieja canción de los días de régimen turco, en los cuales respiró el alma orgullosa y violenta de una élite de pura sangre, pobre y libre de alpinistas griegos, encarnación de mi Grecia. Aquella élite no tuvo nada en común con los loros que leen periódicos, los admiradores de la Democracia y de la "generosidad," de EE.UU. ¡quienes recientemente, en Atenas, me reprocharon, en razones humanitarias - otra vez! - por mi lealtad a la gente de Adolf Hitler. Y aunque sus descendientes hubieran sido engañados durante esta guerra como durante la última, ellos permanecieron sanos al grado que permanecieron de pura sangre, y allí, un día, él los espera, en nuestra nueva Europa... Mientras tanto, en el camino las palabras de Fräulein B. despertaron dentro de mi corazón como un eco de la vieja canción de mi juventud, aquí, ante la tumba de él que había muerto para nuestra fe Nazi común, tomé consciencia de la unidad de mi vida, como yo rara vez había hecho antes.

"O mi Bertel," grité yo, cuando despacio nos alejamos a lo largo del camino cubierto de hierba, "Es tan consolador venir aquí con usted; ¡y sentirme, con usted, en armonía con Alemania Nacionalsocialista, en la memoria de Fritz Horn y de todos nuestros mártires! Lo que busqué como una adolescente, he encontrado en ustedes, los fieles de mi Führer, - en ustedes, que nadie podría engañar y convertir."

"Aquello que busqué como una adolescente," pensé, "i.e., la perspectiva marcial del ario, como entonces lo entendí en la poesía viril de los alpinistas griegos de pura sangre, - las canciones clefticas; - pero eso, carente de todas las inconsistencias cristianas; ¡llevado al final de su lógica interior!" Fräulein B. y yo estábamos silenciosas hasta que alcanzáramos las puertas del cementerio y nos encontráramos una vez más en el mundo de los vivos.

(1) Palabras de la famosa canción griega "O gero Demos. "

5 de mayo de 1953, en el tren

Sentada en una esquina del vagón, por la ventana, miré fijamente en el paisaje que se precipitó por delante. La velocidad del tren - un expreso - era demasiado grande para que pudiera distinguir cualquier detalle en el primer plano. Pero el fondo estaba quieto de todos modos, en comparación, aunque también pareciera precipitarse en la distancia y desaparecer apenas había aparecido...

Inclinándome desde la ventana abierta, con mi cara contra el viento - como en aquel primer viaje inolvidable mío por Alemania arruinada, el 15 y 16 de junio de 1948 - miré fijamente en ello: cielo azul y chimeneas humeantes; altos hornos en fila; tanques de aceite (¿o esto era gas? ¿O coque? ¿O qué? Realmente no me preocupé. Era por lo menos algo que era usado en o producido por la industria de Alemania renacida; algo que significaba: prosperidad alboreando). ¡Y otra vez chimeneas - filas de chimeneas orgullosas - todas humeantes!... Recordé los automóviles que yo había visto en el lado de la pista del ferrocarril después de dejar Francfort. Y sonreí. Y recordé lo que Herr S. me había dicho en Francfort: "Vea nuestras fábricas cobran vida otra vez; vea los ríos de metal fundido derramándose de los altos hornos; ¡las chimeneas que humean bajo el Sol creciente!" Él tenía razón.

De un salto, recordé el paisaje de pesadilla que se estiró en 1948 a partir de un confín del país al otro: las paredes rasgadas y carbonizadas; los montones de hierro enroscado; las ciudades que todas parecieron campos de excavación; las fábricas que fueron todas o bombardeadas fuera de uso o desmontadas por los Aliados... ¿Y ahora?... ¡Ah, ahora!...

El tren rodó adelante. Si yo hubiese estado sola en el vagón, podría haber cantado de alegría. Pero aunque mis labios estuvieran silenciosos, un himno se elevó dentro de mi corazón, a la gloria de la Nación invencible - un himno de alabanza ilimitada, de la misma calidad que ese con el cual yo había (de lejos) saludado la expansión industrial de Alemania veinte años antes... ¡"Oh, pueda este realmente ser el inicio del 'Nuevo comienzo'!" pensé, con todo el ansia de mi ser.

El tren se paró en una estación importante. Absorta como yo estaba en mi alegría ante la vista de la reconstrucción de Alemania, yo no había notado el nombre en el lado del ferrocarril. Pregunté a mis vecinos donde estábamos. "En Düsseldorf," era la respuesta. ¡"Düsseldorf!" - la ciudad en la cual mi juicio había ocurrido más de cuatro años antes; ¡la ciudad en la cual yo había vivido el día más fino en mi vida (después de los grandes días de 1933 y 1940) y desafié a los perseguidores de la gente de mi Führer, fuerte y claramente, en público, ante el Consejo de Guerra! Yo no podría decir nada. Pero fui profundamente conmovida en el pensamiento que yo estaba allí una vez más.

¡Pero seguramente la estación no se parecía entonces a esto! Yo no la había visto, en 1949, (yo había venido cada vez en el Coche patrullero - bajo escolta - directamente al Tribunal.) Pero la había visto en 1948, tan arruinada como cualquier otra estación en Alemania. ¡Qué diferencia pasados cinco años! Yo no podía reconocerla. Había, en ella, apenas cualquier rastro de la destrucción para ser visto. Otra vez, pensé en Herr S. y confesé que había algo en lo que él me había dicho.

Yo podría haber roto mi viaje aquí, y tuve muchísimas ganas de hacerlo; para ver, una vez más, el edificio en Mühlenstrasse en el cual yo había estado de pie ante mis jueces y haberles dicho: ¡"He venido para desafiar las Democracias, su dinero y su fuerza, y decirles a ustedes y al mundo que nada y nadie pueden 'des-Nazificarme'!" Pero Fräulein B. me había aconsejado no hacerlo. La satisfacción - ella me había dicho - no valió el riesgo de ser investigada y... otra vez detenida por haber vuelto sin el permiso de las Autoridades de Ocupación. Entonces decidí permanecer en el tren.

El tren circuló, y pronto reanudó su velocidad. Este se detuvo en Duisburg; se paró en Essen; en Dortmund... En el pasillo del Nord-express, en algún sitio entre Duisburg y Düsseldorf, aproximadamente a las 3 en punto por la mañana, casi cinco años antes, dos empleados de ferrocarriles alemanes en uniforme me habían agradecido "en nombre de toda Alemania" por el mensaje de solidaridad fraternal - y de esperanza - contenido en mis volantes, en vez de detenerme; en Essen, en uno de mis viajes entre Werl y Düsseldorf, yo había pedido salir del coche patrullero, con pretexto de "una necesidad muy urgente" y... ¡"escribí Heil Hitler!" sobre una pared arruinada; y recordé el sentimiento angustiado que yo había experimentado ante la vista del esqueleto carbonizado de la inmensa fabrica de hierro y acero, Krupp and Co. - orgullo de Alemania - arruinada lejos de todo el reconocimiento por las Bombas de la R.A.F.; en Dortmund, yo había visto una vez un joven arbusto verde crecer de los escombros, en medio de las ruinas, y había llorado por la emoción en el pensamiento de la invencibilidad de la Vida. Cada lugar estuvo así relacionado con episodios de mi antigua permanencia en Alemania; con recuerdos de amor y odio - los más vivos y ricos que yo tenía. Este era en efecto mi hogar espiritual, esta tierra alemana. Abrumada, miré fijamente en ella otra vez después de estos tres años de ausencia.

Me habría gustado bajar en cada estación y pasar un día o dos en cada ciudad en el proceso de la reconstrucción; visitar las fábricas resucitadas - los Trabajos de Krupp, en particular, - si es posible; felicitar a los trabajadores que habían ganado la batalla de la posguerra para la supervivencia y la

expansión adicional de la industria alemana. Pero con la mejor voluntad en el mundo, yo no podía permitirme a hacerlo. Tuve que hacer al poco dinero que todavía poseía durar antes de que yo alcanzara un lugar cerca de Lübeck, donde tuve la intención de permanecer durante unos días y donde - esperé - recibiría unas libras de mi marido. Y en mi camino, deseé detenerme al menos en tres sitios. Por esta razón, tuve que ser contentada por un mero vistazo en aquella área industrial extraordinaria que estaba, por el trabajo implacable, metódico - por determinación y paciencia, y diplomacia, y toda clase de inteligencia y habilidad puesta al servicio de la voluntad dirigida a un punto - liberándose a sí misma, poco a poco - a pesar de la Unión Montan - (y ayudando a liberar Alemania) de los mandos Aliados. Era todo lo que yo podría hacer. Y un día, cuando la reconstrucción sería aun más completa, yo vendría otra vez... Mientras tanto, mantuve mi cabeza apegada a la ventana, y miré y miré fijamente.

¿Era Duisburg? ¿Era Essen? Yo no podía decirlo. De alguna fábrica química bastante cerca de la estación, donde el tren se paraba, vino, en volutas espesas que se despliegan, como el humo, un chorro enorme de gas color naranja: muy probablemente peróxido de Nitrógeno - NO².

El producto me recordó del tiempo que yo había sido una estudiante de química en Francia, en 1930 y 1931; del tiempo que los vencedores de la Primera Guerra Mundial todavía intentaban - en vano - contener Alemania. Ahora a los vencedores de la Segunda Guerra Mundial les habría gustado tratar de hacer lo mismo. Pero su ex-"Aliados gallardos" no les habían concedido mucho tiempo la posibilidad de hacerlo. El peligro ruso los había obligado a dejar el Plan de Morgenthau; esto los obligaba ahora a reconstruir, en su coste, - por su "ayuda" - las fábricas que ellos habían destruido o habían desmontado. Y la marea alemana de poderío y auto-afirmación subsecuente - la vieja marea del Nacionalismo apoyado tanto por la eficacia industrial como por la militar, - se levantaba; elevándose irresistiblemente... Recordé las referencias del viejo Profesor Grignard a los logros de los científicos alemanes, y pensé: "ahora, tal como entonces el mundo admira a su genio y teme su habilidad... ¡" Pero yo no tenía nada para temer - al contrario! Yo me había identificado con la gente querida de mi Führer; di la bienvenida con un entusiasmo puro a cada signo de su nueva expansión industrial. Miré fijamente en los altos hornos y chimeneas humeantes que yo podría ver en la distancia cuando el tren circuló, y me apoyé de la ventana para mirar las volutas pesadas de gas de colores encendidos mientras yo posiblemente podría, y sentí que nunca había sido tan feliz dentro de los diez años pasados.

Como el humo de las nuevas chimeneas orgullosas; como el brillo de las corrientes de acero fundido, esta nube siempre renovada de azote peróxido era una ironía, y un desafío y un grito de victoria. Cuan dulce era mirarlo elevarse hacia el cielo brillante, proclamando la impotencia - y presagiando la aniquilación - de aquellos que una vez concibieron o apoyaron el infame Plan de Morgenthau; y repetí una vez más dentro de mi corazón: ¡"Heil, invencible Alemania!"

* * *

Hoheneggelsen, el 6 de mayo de 1951

Seguíamos una vereda del campo; el acercamiento al cementerio en el cual está sepultado uno de Siete de Landsberg. (1) Anduve al lado de la viuda del mártir y reflexioné sobre el destino extraordinario que nos había juntado.

(1) los siete últimos alemanes legalmente asesinados por los americanos, el 7 de junio de 1951, por haber cumplido su deber.

Yo había entablado correspondencia con ella durante los dieciocho meses pasados, pero la había visto por primera vez la noche anterior, cuando ella había venido a la estación para darme la bienvenida, y me había llevado a su casa y me había recibido como una hermana. Yo nunca olvidaría aquella bienvenida y recepción - aquella atmósfera casera que ella había creado alrededor de mí, como si me hubiese conocido durante años. Y esto, únicamente porque yo, junto con muchos otros, había hecho todo lo posible, entonces, - dos años antes, - para salvar la vida del hombre de cuya misma alma la de ella era una parte; aquel a quien ella había amado, y cuya lucha para la gloriosa Idea ella había compartido ya en sus días jóvenes, antes de que ella se hubiera hecho su esposa y le hubiera traído hijos e hijas; porque ella sabía que le admiré y amé a sus niños. Él - el mártir; el hombre que 'ellos'

habían matado por haber vivido y luchado para nuestra verdad - era el eslabón entre nosotros; un eslabón que se pondría más y más fuerte cuando el tiempo pasaría...

Yo había venido a saber de él y de su carrera (como esa de los otros seis) por los periódicos enemigos; también por una referencia especial a él en el libro prohibido de Maurice Bardèche acerca de los procesos de Nuremberg. La primera cosa que había despertado mi admiración había sido el desapego intrépido con el cual él había dado a los jueces Aliados una razón de sus propias actividades. Él sabía todo el tiempo que, aceptando su responsabilidad al máximo, sólo podría ganarse una pena de muerte. Pero él había sentido que, de rechazarla, habría debido traicionar los ideales que él había sostenido toda su vida; que, en este mundo de la posguerra actual, entregado, por la locura de millones engañados, en las manos de hipócritas egoístas y esclavos dóciles de los Judíos, - indiferente a todos los valores viriles; completamente infantil o completamente criminal - la vida de un Nacionalsocialista activo y prominente como él, no podía tener un final más lógico. Y él había dado la bienvenida a aquel final - la conclusión del drama de su propia vida - tal como él había dado la bienvenida a la vida misma y cada oportunidad que le había sido dada para servir a la verdad y defender la nueva Gran Alemania, construida sobre la verdad. Y su voz había resonado, fuerte y distinta, solemne, - natural - sin pasión en un silencio que permitiría oír la caída de un alfiler en aquel Salón de Juicio de Nuremberg que yo había visto; esto había resonado, encima de las cabezas de los mentirosos reunidos allí para condenar a él - y a nosotros - en nombre de una conciencia "universal" que nunca ha existido y nunca puede existir: "Sí, estando al mando de mi Einsatzgruppe yo, como un soldado, según órdenes, y en nombre de las necesidades Estatales más altas que he mencionado antes, he causado la ejecución de más de noventa mil elementos peligrosos..." (yo no podía recordar su respuesta palabra por palabra, pero recordé su sustancia dentro de mi mente, cuando anduve en el silencio a lo largo de la vereda del campo, al lado de la viuda del mártir.)

Y también recordé un Artículo que yo había leído, en un periódico francés principal, poco antes del asesinato legal de los Siete: el reportaje de una entrevista con éste, concedida a un periodista francés por las autoridades americanas. El periodista había hablado a este hombre sobre sus llamados 'crímenes de guerra' y el hombre que debía morir pronto había contestado con dignidad: ¿"Fue su bombardeo de masas Aliado contra poblaciones civiles de algún modo más 'humano' que nuestras ejecuciones de masas de partisanos y Judíos - enemigos actuales o posibles? La guerra es la guerra, bajo cualquier forma ello sea. Y en la guerra como en la paz la vida del individuo no cuenta. Sólo el Deber importa."

El Figaro había relatado estas palabras a fin de condenar nuestra fe en los ojos del Occidente Cristiano. Pero yo había visto en ellas una expresión de la Sabiduría bélica inmemorial de los arios: palabras en el mismo espíritu del Bhagavad-Gita, en el cual es escrito: "Tomando como igual victoria y desastre, ganancia y pérdida, placer y dolor, lucha con todo tu poder," pues tal es tu deber "como un miembro de la raza dirigente." (1) y yo había admirado al héroe ario moderno más que alguna vez. Recordé su último retrato, tomado poco antes de la última Navidad que él había pasado por esta tierra. Él había sido un hombre sumamente hermoso. Pero hasta más que los rasgos nobles, la expresión serena de su rostro, el equilibrio, la fuerza, y fe, que uno leía en sus ojos pacíficos, le había sellado en mi valoración como uno de los mejores entre mis superiores.

Y ahora, en la compañía de su viuda, que se había hecho una amiga para mí, yo me acercaba al cementerio en el cual yacían sus restos. Era algo como si yo tuviera el honor de ser su propio amigo póstumo. Reflexioné tristemente: ¿"Si sólo hubiese venido hace años, yo podría haberle conocido personalmente, quien sabe?" y una vez más pensé en todos aquellos con quienes yo nunca me había encontrado y nunca me encontraría; y de todo lo que había perdido. Y la sensación bien conocida, horrible - la vieja tortura expresada en las palabras: ¡"Demasiado tarde!" enroscó los nervios dentro de mi pecho y echó sobre mí la sombra de la desesperación.

(1) Como un Kshatriya.

Alcanzamos el cementerio, seguimos el callejón principal, girando a la izquierda, tomamos otro callejón paralelo al primero. Una roca estuvo de pie a nuestra mano derecha, una roca bajo la cual podría leerse, grabada sobre una losa lisa de piedra, la inscripción: Ruhstätte der Familie O... Una nueva tumba podría ser vista dentro del viejo recinto. La viuda me dijo: "Está aquí."

Permanecí un rato inmóvil, consciente de estar en tierra sagrada. Entonces fui y llené un florero de agua, y coloqué en ello las flores que yo había traído, y lo puse sobre la tumba. Y otra vez estuve de pie en el silencio al lado de la esposa del mártir. Me costó creer que yo realmente estaba allí, ante la tumba de aquel soldado y pensador que tanto admiré, y cuya vida yo tan intensamente había querido - y tan activamente intenté - salvar. "Ruhstätte der Familie O..." el nombre que yo había leído tantas veces en los periódicos enemigos ahora llamó toda mi atención. Este significó la lealtad incondicional, - fidelidad hasta el amargo final - a todo aquello que reverencio; esto significó la práctica en vida del lema grabado sobre hebilla de cada soldado de las S.S.: "Meine Ehre ist Treue."

Pero debajo del apellido, ahora noté sobre la piedra unas palabras medio escondidas detrás de hojas verdes: "Gott ist Liebe" - Dios es amor... Esta tumba era la de un hombre que había amado a su Führer - nuestro Führer común - y a su gente sobre todo, y que había muerto para ellos. Las palabras cristianas me recordaron de un mundo entero de pensamientos y sentimientos completamente diferentes de eso y de muchos modos en oposición con nuestra sabiduría Nacionalsocialista dura y orgullosa. Ellas me parecieron algo en desacuerdo con el significado de esta tumba; con el significado de esta vida como un ejemplo eterno de lealtad a otros - y, según yo, más altos - valores. ¿O fui confundida, y había mezclado el mártir dentro de su corazón lo que es "positivo" - eterno en el cristianismo, y lo que es eterno en la fe en la Sangre y Suelo, para la cual él murió? ¿Había vivido él el cristianismo "positivo" en la nueva luz del Nacionalsocialismo, y Nacionalsocialismo en la luz de la Tradición Occidental entera? Por lo que su viuda me había dicho, me inclinaba a pensar así. Pero realmente no deseé saberlo. Yo no había venido para hablar de metafísica, ya sea en el secreto de mi propio corazón o en conversaciones. Yo había venido para estar en silencio ante la tumba de un soldado alemán, que era y permanece como uno de mis grandes superiores; de un hombre que, independientemente de las que podrían haber sido sus opiniones religiosas, había luchado años y años para personas en el mundo que habían, en tiempos modernos, colectivamente exaltado mis ideales; un hombre que había sufrido y había muerto para afirmar el derecho de ellos a gobernar... mientras yo estaba todavía viva, y no había sufrido - salvo mentalmente.

Mejor que alguna vez antes, quizás, comprendí que sin importancia toda la metafísica es, y cuan vanas todas las discusiones, comparado con aquellas grandes realidades: la Lucha; obediencia; muerte; fidelidad al juramento de uno en la vida y en la muerte - aquella religión del honor que está sobre todas las religiones y que es libre de la metafísica. En mi mente, recordé el juramento de los hombres de las S.S.. Esta tumba significó, para mí, fidelidad a aquel juramento antes de cualquier otra fe - no solo eso, a pesar de cualquier otra fe, si tal sería el caso que las ordenes de otro (o implicaciones) chocan con ella.

Uno no podría oír nada excepto, de vez en cuando, el crujido de hojas bajo la brisa - una calida, brisa de primavera. El cielo estaba nublado. Y había paz en el aire - una paz abrumadora, omni-penetrante que no era la paz de la muerte, sino aquella de la vida eterna, en la serenidad, en la armonía, enamorada en el más alto, impersonal, más que humano sentido de la palabra: la conciencia de la unidad de uno con el Cosmos. Recordé que la madre envejecida del mártir me dijo que un ruiseñor había cantado en un árbol cerca de la tumba, al momento más solemne del entierro. La paz de este punto sagrado era la de un jardín lleno de la música etérea de un ruiseñor. Una vez más las palabras debajo del apellido del héroe llamaron mi atención: "Gott ist Liebe." Pero ahora ya no las sentí ser extrañas. Ellas expresaron una sabiduría suprema de la Armonía más allá de todas las luchas, incluso la nuestra - la sabiduría hacia la cual también, de hecho, tendemos. ¿Qué importó esto si uno alcanzó aquella sabiduría por el camino cristiano o por el otro, a condición de que uno cumpliera el deber de uno hasta el final como un luchador, tal como este joven alto oficial había hecho? ¿Y en tanto murió con valentía y con desapego, como él también había hecho? Las palabras del Evangelio ya no me parecieron como en oposición con el Juramento glorioso, sino, al contrario, como la prolongación de ello. Ellas eran Palabras eternas, susceptibles de más de una interpretación: palabras que también podríamos pronunciar, en toda la sinceridad. Aquí, ante la tumba de este caballero moderno, sentí algo parecido a la emoción que yo había experimentado en la pequeña iglesia en Leonding, al pensar en la madre piadosa, simple y sabia de mi Líder. Despacio una lágrima rodó bajo mi mejilla.

Mi mente voló atrás hasta aquellos días de la angustia - a principios de 1951 - cuando yo había intentado todo lo que podría para salvar las vidas de los Siete. Recordé mi larga carta a McCloy, el Alto comisionado de EEUU. en Alemania, el 2 de febrero; mi largo telegrama al presidente Truman en el 15. ¡Me recordé durante aquel día horrible, saliendo del Correos Central de Lyon después de enviar mi

súplica, y parar en medio del puente sobre el río Ródano, y mirar fijamente en las aguas verdes espumantes y rezar - con qué fervor desesperado! - a Él Que está dentro de todas las cosas, que podría permitirse que los Siete vivieran. Y las aguas rugientes habían rodado en el cuadro magnífico, vivo - del Destino irresistible - y había sido todo en vano... Y recordé la noche de indecible angustia que yo había pasado despierta, pensando en ellos, dirigiendo toda mi energía, en un intento de comunión con ellos en un espíritu de amor y reverencia como si yo supiera - sintiera - que era su última noche... Y las noticias en los periódicos de los días siguientes: que los Siete habían sido ahorcados justo en Orden alfabético "entre las una y tres en punto por la mañana"; y mi reacción a aquellas noticias (después de los primeros minutos de pena aguda e indignación): mi levantarme de pie con un sentimiento extraño de compulsión sobrenatural; mi brazo derecho estirado en dirección de Alemania y mi canto en voz alta, de una voz que yo no podía reconocer: "Einst kommt der Tag der Rache, einmal da werden wir frei... ", "(1) como si las Fuerzas que los perseguidores de Alemania han despertado contra ellos por aquel hecho triste, me habían elegido para cantar el hechizo de destrucción que debía poner en movimiento, en el Reino invisible, la nueva cadena de consecuencias predestinadas para apresurar el destino de las Democracias.

(1) un día el Día de la Venganza vendrá; ¡Un día seremos libres!...

Y en el pensar en la agonía de los Siete - y de todos nuestros mártires - lloré. "Me he esforzado tanto para salvarlos," dije yo por fin, dando vuelta a la viuda que estaba de pie a mi lado; ¡"traté con tanta fuerza, y recé tan intensamente! ¿Por qué no podría al menos McCloy concederme mi petición de morir en lugar de él, si el Invisible fuera sordo a mi rezo?"

"Porque McCloy era simplemente un instrumento del Invisible," contestó la viuda con serenidad. "Esto, por lo visto, tuvo que ser. Era difícil para mí aceptarlo. Pero lo he aceptado, sin embargo, como 'él' había hecho. Él y yo nos conocimos el uno al otro en los primeros días de la Lucha. Vivimos para la Idea y aceptamos nuestra responsabilidad. Dijimos 'sí' a nuestro destino en la vida. También dijimos 'sí' al Destino en la muerte. Él murió con coraje y lleno de fe; yo vivo para criar a nuestros niños en 'su' espíritu."

¡"Pueda él y todos los demás ser vengados un millón de veces!" grité yo con pasión. ¡"y pueda yo ser (entre muchos otros) un instrumento de perdición para nuestros perseguidores!" "El no quiso ser vengado," contestó Frau O. "Le mostraré sus últimas palabras escritas. Él quiso que su muerte se hiciera una fuente de poder constructivo para la edificación de un nuevo mundo, - no una causa de amargura. La energía que gastamos en el odio es perdida para nuestro esfuerzo creativo."

¿"No es acaso el odio a las fuerzas del mal inseparable del amor a todo lo que apoyamos?" aventuré a preguntar.

Y la viuda del mártir contestó: "Mi marido condujo la guerra sin el odio en un espíritu de obediencia absoluta a sus superiores jerárquicos y a sus ideales vivos. No podemos esforzarnos por vengarle en un contrario - o hasta diferente - espíritu, sino sólo continuar, adelante y adelante, incansablemente, el esfuerzo creativo que su lucha representa. El Juego despiadado de Acción y Reacción le vengará - y a los demás - automáticamente, en una manera que no conocemos. Esto no es asunto nuestro."

Pensé en la Enseñanza del Bhagavad-Gita: la Enseñanza aria de la Violencia desapegada. Pensé en el título de un libro que contiene memorias del General Rommel y ve la Guerra sin Odio. Pensé en mi propio discernimiento ocasional en la verdad más alta de nuestro credo Nacionalsocialista (aun si yo fuese demasiado primitiva para cumplir con aquel discernimiento cada día de mi vida). Recordé palabras verdaderas que yo había resultado escribir en un momento de inspiración:... el Nacionalsocialista perfecto es un hombre sin pasión; de mente fría, clarividente, desinteresado, tan fuerte como el acero, tan puro como oro puro; un hombre que siempre pondrá el interés de la Causa aria - que es el máximo interés del mundo - encima de todo, hasta encima de su propio amor ilimitado de ello; un hombre que nunca sacrificaría la conveniencia más alta a algo, ni siquiera al placer de la venganza espectacular." (1)

(1) Desafío, edición. 1951, p. 500-501.

Después de un breve silencio, anduvimos fuera del cementerio. ¡"Oh, si sólo aquellos que nos odian pudieran entender lo que realmente encarnamos!" pensé, cuando seguimos el callejón solemne y luego, una vez más, la vereda del campo, en la paz del crepúsculo oscureciéndose. ¡"Cuan inmensamente arriba de todo lo que el mundo, en su ignorancia, ahora imagina, el verdadero ideal de las S.S. se sostiene!"

Y adoré al héroe muerto dentro de mi corazón; adoré, en él, el alto oficial S.S. perfecto que significa, para mí, el tipo supremo de alemán - el ario Occidental más fino que puedo concebir posiblemente. Y en él, la esencia del ideal tradicional del caballero cristiano, inseparable de la historia europea, no fue excluida, sino integrada. Sus últimas cartas, algunas de las cuales yo tenía el privilegio de leer, durante los días siguientes, cartas largas, en las cuales él habló de asuntos filosóficos en la lengua más brillante, y en el espíritu Nacionalsocialista más ortodoxo, y con desapego admirable, poco antes de su ejecución en la horca, - me confirmaron en aquel sentimiento. Mientras por el amor con el cual su digna viuda y varios niños hermosos, y madre, y hermano, me recibieron, experimenté algo de él como una persona viva; algo como una mano estirada a mí desde más allá de las puertas de la Vida eterna; algo como una sonrisa breve - tanto más desgarrador pues era más natural y más amistoso, - reluciendo sus rasgos nobles a la vista de mí sentándose allí, dentro de su círculo familiar.

* * *

Hanovre, el 10 y 11 de mayo de 1953

Herr S. - a quien yo había conocido en Francfort, - me había dado la dirección de Herr B. como aquel del Pagano alemán "de acuerdo con mi corazón." y cada nervio de mi cuerpo estaba tenso con la expectativa cuando toqué el timbre. Un anciano de porte orgulloso, con el pelo blanco de plata, ojos brillantes, y los rasgos clásicos de un ario de la Época Glacial, abrió la puerta. ¿"Frau Savitri Devi?" preguntó él, con una voz simpática.

"Sí,"

contesté.

El viejo ario de la Época Glacial y de hoy, - de todos los tiempos - simplemente dijo: "Venga adentro; usted es cordialmente bienvenida. Yo le esperaba."

Entré, profundamente conmovida. No había nada en particular asombroso en las palabras del caballero: cualquiera podría haberlas pronunciado después de recibir un telegrama que anuncia mi llegada. Pero mi impresión inmediata en el contacto de este luchador de casi setenta años para nuestra Causa era casi el acercamiento más cercano al "amor a primera vista" que yo había experimentado en mi vida. Sentí de alguna manera, en él, el exponente exacto de todo lo que apoyo. Y di a sus palabras un sentido simbólico: él era Alemania, que da la bienvenida en mí el ario del futuro mundo externo - el extranjero que había aceptado su mando por el amor a Adolf Hitler, el Salvador del Occidente. ¿"sí, cuánto han estado esperándome ustedes, la gente de mi Führer?" pensé, cuando oí su última frase. ¿"Oh, por qué no vine antes? ¿Y por qué no ha aceptado el mundo ario externo su mando aún?"

Fui acompañada a una habitación cómoda llena de libros. Contra la pared, afrontándome, estaba una placa mural, cuya superficie entera fue ocupada por una Esvástica hermosa del tipo curvo, con un círculo en medio de ella. Fui presentada a la esposa de mi hospedador, una mujer simpática, de mediana edad, con ojos oscuros como yo. Y sentí que estaba en una atmósfera en la cual yo toda mi vida había añorado por vivir.

Primero hablamos un poco de Herr S., el camarada en Francfort que me había pedido dar al viejo "pagano alemán" sus saludos más cordiales. Entonces mostré - como modo de introducción adicional - las dos últimas muestras que yo tenía de los volantes que habían ocasionado mi encarcelamiento en Werl. Y le puse la pregunta ardiente, la respuesta correcta a la cual no sé hasta el día presente.

"Todo lo que escribí aquí contra la Ocupación es indudablemente exacto," dije yo, hablando de mis folletos. ¿"Pero yo era correcta - no simplemente simbólicamente, sino rigurosamente correcta - en declarar que "nuestro Führer está vivo? ¡Ah, dígame! Nunca he tenido el honor y la alegría de verle a

él. ¿Nunca lo tendré - nunca? ¿Es acaso realmente 'demasiado tarde'? Y aun si yo estuviese, yo misma, condenada a nunca verlo, de todos modos yo sería tan feliz de saber al menos que él está vivo... "

Hablé con una voz vacilante, con pasión, como si mi vida dependiera de la respuesta del viejo fiel luchador. Yo tenía una confianza ciega en él porque yo sabía que él amó a nuestro Führer no simplemente tan fanáticamente como yo, sino con la misma clase de fanatismo: con lealtad religiosa. ¿"Me dice si él realmente está vivo?" pedí yo, después de unos segundos de silencio.

Los ojos del viejo luchador miraron fijamente en mí, con fuerza e inspiración. Su la cara entera se aclaró - de repente pareció treinta años más joven. Y él habló con una sonrisa que podría haber sido la mía cuando hablo de Adolf Hitler en círculos donde soy libre.

"El es inmortal," dijo él con entusiasmo. "Más que inmortal: - eterno. "En cinco años de tiempo: el mythos de la Nación alemana; en diez años de tiempo: el deseo del mundo entero," así yo, en 1945, cuando nosotros, su gente, estamos en el fondo del abismo de humillación e impotencia, he resumido la historia de su segunda y verdadera ascensión a la gloria y al poder.

"Puede ser que él aun respire en algún sitio sobre la superficie de esta tierra. En este caso, un día, aclamaremos su retorno. Y las mayores demostraciones del amor colectivo, bordeando en la adoración, que le saludó en días pasados, parecerán ínfimas en comparación con la recepción delirante que Alemania le dará entonces. Puede ser que él este muerto. En este caso no le veremos o le oiremos otra vez. Pero le adoraremos por el resto de la vida de Alemania como el Hombre que nos dio atrás nuestra alma colectiva. Bajo el Signo del Sol, que él selló sobre nuestra bandera, nos elevaremos y tomaremos la delantera de la raza aria. Y sus rasgos deificados dominarán nuestra vida nacional y la evolución posterior de la humanidad superior. En cualquier caso el destino del Nacionalsocialismo comienza en 1945, cuando dejamos de ser un 'Partido' para hacernos, más conscientemente y más fanáticamente que alguna vez, en medio de la persecución, los primeros pocos fieles de la verdadera Religión de esta Tierra y los fundadores de una nueva civilización del Occidente."

Experimenté a lo largo de mi espina y en todas partes de mi cuerpo aquella sensación peculiar de reverencia sagrada que siempre siento en la conciencia renovada de estar integrada en algo enorme y eterno. En mi euforia, olvidé que Herr B. no había contestado - que no podía contestar, por lo visto, - mi pregunta precisa. Por un rato, cualquier respuesta posible pareció perder la importancia en comparación con la certidumbre asombrosa que él me daba. Ah, era algo que valió la pena haber pasado por la experiencia de la desesperación completa - por el horror de una vida como una noche sin estrellas - durante tres largos años; había valido la pena haber elegido la pobreza y la oscuridad - insignificancia completa en los ojos del mundo - junto con la fe intransigente; lealtad a mi líder, sea en la victoria o derrota - a fin de oír esto de un Nacionalsocialista Alemán, con mucho mi superior; ¡de un hombre que había vivido y había luchado no treinta sino sesenta años por la Causa aria! De un salto, recordé las palabras del Bhagavad-Gita; "Yo vengo otra vez... Nazco Era tras era para establecer en la Tierra el reinado de la verdad." "Mi querido Führer," pensé; "tú eres Él; ¡yo lo sabía todo este tiempo!"

Y mirando a Herr B. con ojos ardientes que eran realmente plenos de la imagen de Adolf Hitler, dije, - yo también, inspirada: - "Yo he deificado a 'él' desde el principio - pues ¿qué es un 'Dios,' si no un exponente perfecto de la humanidad más alta? He aclamado en él la encarnación del eterno Yo de la raza aria: Él Que vuelve en el alba - o antes del alba - de cada nueva Era para establecer el Nuevo Orden de la verdad, la imagen del Orden eterno de la Naturaleza, en la escala humana, - ya que Él Que vuelve no es nada más, sino esto. Donde tantos han servido un partido político, yo he vivido una fe religiosa: la Fe perenne de la Luz y Vida arraigada en esta Tierra, pero abrazando el Cosmos - pues la Religión de la Raza no es nada más, sino esto. ¿De este modo, tenía yo razón?"

El hombre que conocía a Adolf Hitler personalmente a partir de los días más tempranos del Movimiento; el hombre que, antes que yo, había tomado, una parte activa en todos los movimientos menores que han preparado el terreno para el N.S.D.A.P.; quien había luchado como un hombre joven por la idea del Gran Reich de Hans Krebs en una base racial y quien, como un adolescente, había saludado a la Idea similar de Friedrich Lange, fijó sobre mí sus ojos brillantes, azules de acero, y contestó: "usted está en lo correcto; justed es - rigurosamente correcta, absolutamente correcta!"

Otra vez la sensación helada de reverencia religiosa - la palabra no es demasiado fuerte - corrió a lo largo de mi espina. El viejo luchador, - el sacerdote moderno de la Luz y Vida en nombre del alma colectiva de Alemania, que había presidido ritos nacionales bajo el Tercer Reich - había aceptado la dedicación de mi vida a nuestra fe Nacionalsocialista común; me había aceptado dentro de "la Legión de hierro, que lucha para la libertad, contra el peligro judío" (1): una milicia de las Fuerzas de la Luz y Vida, y Orden, en el mundo moderno. ¿Podría ser verdad?

1 "... die eiserne Schar, die kämpfet for Freiheit, gegn Judengefahr... "
(Palabras de una canción Nacionalsocialista)

Me sentí como uno que ha alcanzado un lugar alto, y que mira abajo al camino tortuoso que le ha conducido hasta ello, - y también en otros caminos posibles que eran, quizás, más cortos, o menos tristes. ¿Pero qué importa el camino, cuándo uno ha alcanzado la cumbre, y cuando la anchura de las sierras nevadas resplandecientes y del mundo debajo se extiende en la luz del sol bajo los ojos de uno? ¿"Qué en efecto, el curso embotado de una vida de fracaso importaba," pensé, "cuando uno ha conquistado por fin el conocimiento claro de Ti en la realidad eterna Tuya, mi Führer?"

Pero la mujer era, un rato, más fuerte en mí que el Nacionalsocialista desinteresado. Y la mujer habló: "y aún así...! ¡Cuan de buena gana yo daría mi vida para ver a 'él' durante cinco minutos! - para levantarle mi brazo en saludo y decir: ¡"Heil, meinem Führer!", ¡sea ello sólo una vez! y en la conciencia de todo lo que yo había perdido, quizás irreparablemente, una lágrima rodó bajo mi mejilla.

El hombre que había luchado por nuestra fe incluso antes de que esta tuviera un nombre en la historia moderna, me recordó de mi nada: "Nosotros no nacemos para buscar la felicidad personal en este mundo o en el otro," dijo él. "Nosotros no somos Cristianos que necesitan esperanzas y consuelos y 'algo para inclinarse encima' y 'Alguien para amarnos.' Somos los Fuertes por excelencia, que se sostienen solos, igualmente indiferentes a la esperanza y temor, inspirados exclusivamente por nuestro sentido del deber obligatorio a y nuestro amor incondicional por nuestro Führer y por todo lo que él representa y todo lo que él ama. No importa si usted alguna vez le ve o no. Todo lo que importa en su caso es que usted sigue sirviéndole a él y a su gente con todo su corazón, voluntad e inteligencia. Ninguno de nosotros cuenta, salvo como agentes de su voluntad; como instrumentos de la materialización de su programa."

"Usted quiere decir de su Nuevo Orden mundial, naturalmente," comenté yo; "el espíritu de los Veinticinco Puntos se aplicó en todas las condiciones sociales, no simplemente sus principios estrictamente políticos..."

"Sí, por supuesto. Quiero decir nueva civilización centrada alrededor de la idea de pureza de la sangre y la creencia en la superioridad fundamental del ario. La concepción de tal civilización está contenida en los Veinticinco Puntos, sin duda, pero su realidad excede su marco y su alcance. En vista de que nosotros contribuimos al advenimiento de aquella realidad, somos útiles, y dignos de la alabanza de Adolf Hitler, - aun si nunca le vemos."

"Eso es verdad," admití yo - era forzada a confesar: - "es mejor merecer su aprobación y nunca verle, que verle y no merecerlo, o merecerlo a un grado menor."

Puse a Herr B. otra pregunta. "Algunos parecen pensar que ellos pueden ser Nacionalsocialistas reteniendo lo que ellos llaman 'lo esencial' de la enseñanza cristiana: tales mandamientos morales como 'ama a tu prójimo' etc.... Ellos son, (o sienten ellos mismos que son) Nacionalsocialistas porque son buenos alemanes. Y parecen desear retener la esencia de la perspectiva cristiana ante el hombre porque ellos son seres humanos. Mientras yo, al contrario, haría cualquier cosa, daría cualquier cosa, me sometería a cualquier cosa para llevar adelante los intereses de Alemania porque veo en ella - a pesar de todo - la fortaleza de la nueva (o muy vieja) Weltanschauung Nacionalsocialista a fondo anticristiana. Amo a nuestra Weltanschauung exactamente porque me parece ser la antítesis exacta de este producto bastardo judeo latino (o judeo griego): el cristianismo; porque yo era, soy y permaneceré, en bases estéticas así como en morales - y bases raciales,- uno de los mas sinceros y más implacables de los enemigos que el cristianismo alguna vez tenía. Y nunca he dejado de acentuar la incompatibilidad de las dos doctrinas. ¿Tengo razón?"

"Las dos doctrinas son absolutamente incompatibles," contestó Herr B. sin vacilar. "y aparte de ser un tributo deslumbrante a la grandeza de Alemania, su curso era y es el más lógico que un ario no alemán racialmente consciente podría tomar. En cuanto a aquellos que piensan que pueden reconciliar nuestra fe Hitleriana con esa de Jesucristo, ellos subestiman el significado del Nacionalsocialismo, tomándolo como un movimiento puramente político, mientras Adolf Hitler ha proclamado bastante claramente que él traía 'no un nuevo lema de elección, sino una nueva perspectiva ante el mundo' (1) - una nueva filosofía y un nuevo Estilo de vida. O, tal vez, ellos confunden el logro con el espíritu. En la práctica, ningún régimen ha tenido éxito mejor que el nuestro en dar a la gente, de unos a los otros, tales sentimientos que uno se ha acostumbrado a llamar erróneamente 'Cristianos'; Ningún régimen ha hecho tantísimo en el camino del servicio social.

(1) Mein Kampf, edicion. 1939, p. 243.

Era - y podría ser durante mucho tiempo más - oportuno referirse a esto como 'cristianismo positivo.' En realidad, esto no es ningún cristianismo en absoluto. No amamos el uno al otro porque somos seres 'humanos,' sino porque somos amigos carnales - alemanes; arios; - construyendo juntos al gran Nuevo Orden de Adolf Hitler. No amamos y ayudamos a nuestra gente porque ellos son seres 'humanos' con un alma 'inmortal,' ni como los Comunistas, simplemente porque ellos son seres 'humanos' más valiosos que el resto de mamíferos debido a su 'presunta razón,' sino porque ellos son alemanes, - los miembros actuales o potenciales de la élite natural de la humanidad, es decir, de una sección de la humanidad que realmente merece la monarquía sobre el resto de la vida. Nosotros de hecho, - como los Cristianos - ayudaríamos a cualquier ser humano en la necesidad, no, sin embargo, porque él o ella es 'un hombre' o una mujer, sino porque él o ella es una criatura viva. Ayudaríamos a cualquier criatura viva en la necesidad, que es más de lo que a los Cristianos les enseñan a hacer. Nosotros sólo 'liquidaríamos' criaturas peligrosas de todas las clases. No creemos en la supuesta 'dignidad de la persona humana' quienquiera aquella persona sea, - sólo porque él o ella resulta ser 'humana.' No; tales ideas son puras tonterías. Pero amamos y respetamos a todas las criaturas que no están de pie estorbando en el camino de nuestra expansión ordenada por Dios.

¡"No es tanto lo que hicimos y estamos listos a hacer otra vez, lo que nos separa de los Cristianos lo que, a propósito, ha sido de manera tan escandalosa exagerado - lamentablemente! ¡Lamento que las estadísticas de nuestros enemigos mendaces en aquel asunto no fueran verdaderas!). En este sentido, las atrocidades de las Iglesias cristianas en el pasado (cuando ellas eran todavía jóvenes) exceden lo nuestro con mucho. No; lo que nos separa de los Cristianos es el espíritu en el cual y los principios en nombre de los cuales hacemos las cosas mencionadas. Es el hecho que los deportamos puramente a fin de deshacernos de ellos del modo más rápido y más barato posible, no para castigarlos por creer esto o aquello; ni a fin de salvar sus almas. Es el hecho que ninguna ceremonia, - civil o religiosa ningún bautizo; ninguna naturalización;" podría haberlos salvado de su destino, sin mencionar vuelto a alguno de ellos uno de nosotros; el hecho que somos una hermandad de sangre, independientemente de cualquier creencia personal no esencial, y no una hermandad de creencia, opiniones o gustos, independientemente de la sangre. Es el hecho que nos adherimos a nuestra doctrina Hitleriana debido a nuestra sangre, no a pesar de o sin tener en cuenta nuestra sangre. Incluso usted, un no alemán, ha venido a nosotros como un ario."

"Sí," dije yo; "y es en nombre de la belleza y la virilidad del ario que me hice una enemiga tan fanática del cristianismo. Sostuve a aquel parásito internacional responsable de la mezcla de sangre que estropeó la raza privilegiada en el mundo helénico de los siglos tempranos de la era cristiana. Y vi en aquella superstición del 'valor del hombre' - tan repulsiva a mí, de todos modos, - que está en el fondo de ello, el factor psicológico en la raíz de este pecado y de sus consecuencias. Y pronto yo condené no menos categóricamente aquellas llamadas filosofías 'místicas', sobre todo preparadas por o con la ayuda de Judíos que hablaban griego en Alejandría (como este Philo, cuya contribución al decaimiento del Helenismo verdadero nuestro enemigo Eduard Herriot ha mostrado tan elocuentemente, sin intentar hacerlo) (1) que preparó el camino para la fe cristiana en el Cercano Oriente. La teosofía, Antroposofía, la Orden de Rosacruces, Francmasonería y sus organizaciones varias, más o menos asociadas, son los equivalentes modernos de tales sectas... Todas tan peligrosas como el cristianismo, aunque las Iglesias profesen detestarlas. La verdad es que la contaminación de sangre es tanto la

causa como la consecuencia de las corrientes de pensamiento que lo justifican, lo animan, o lo sostienen como asunto de indiferencia. Timoteo, - el medio judío - fácilmente tomó la nueva interpretación de Pablo del mesianismo judío (un timo judío para el consumo ario). Y había medio judíos en abundancia en los puertos griegos de aquel tiempo. Y el timo apartado del mundo debía animar pronto el nacimiento de muchos más. Un círculo vicioso de vergüenza y decaimiento. Vemos lo mismo hoy: los medio judíos adoran las doctrinas antiracistas; las doctrinas que les dan el sentimiento que ellos son tan buenos como alguien puede ser. Y las doctrinas antiracistas de todas las descripciones - apartadas de este mundo o mundanas - animan el nacimiento de medio judíos adicionales. El círculo vicioso, fuera del cual nos paramos, aun no está roto. O mejor dicho, nuestro Hitler lo había roto, aquí en Alemania al menos; después del desastre de 1945, sus enemigos lo ponen en movimiento una vez más."

(1) En su tesis de Doctorado, sobre Philo el Judío.

¡"Usted tien razón!" gritó Herr B. "las Iglesias y las logias (o su equivalente) en nuestros tiempos, son sólo dos formas paralelas del poder de la disolución racial contra la cual luchamos para liberarnos de él: el poder de la judería mundial."

Había un silencio. Frau B. había dejado la habitación para ir y preparar el café. Herr B. se había levantado a buscar en su biblioteca un libro titulado el Aspecto Político de la Francmasonería, que él había escrito; él deseó presentarme una copia de ello. Yo pensaba en todas las pseudo-"sociedades espirituales", grandes y pequeñas, que yo había venido a conocer en el transcurso de mis viajes en el Occidente y el Oriente.

"Como nuestro Führer ha indicado tan claramente en Mein Kampf," dijo él, "es el hábito del Judío usar la 'religión' o búsquedas 'espirituales' para minar el poder de los Estados arios y, lo que es aún peor, si peor puede ser, emascular la raza aria. Uno sólo tiene que leer los ejemplares de tiempos de guerra de La Conciencia - el periódico oficial de la Sociedad Teosófica, corregida en Adyar, India del Sur, - a fin de comprender que organización siniestra de brujería la Teosofía internacional es. Sin mencionar el hecho que rezos públicos fueron ofrecidos, durante la guerra, para la victoria de los Aliados, por el doctor Arundale, - entre nous, un carácter discutible - entonces, el presidente de la organización entera; y el hecho que una proporción muy alta de Teósofos - en Islandia, prácticamente todos - son al mismo tiempo Francmasones. (En Reykjavik, las reuniones Masónicas ocurren, - o al menos solían ocurrir en 1947, cuando yo estaba allí, - en una habitación del mismo piso en el cual el presidente de la Sociedad Teosófica local vive, encima del salón de la Sociedad misma: 22 Ingolfsgata, por lo que puedo recordar. No se espera, naturalmente, que yo sepa esto. Le diré como lo descubrí; esto es una historia graciosa...)."

Pero Herr B. había encontrado lo que él había estado buscando. Él sostuvo en su mano una copia de Das politische Gesicht der Freimaurerei. "aquí," dijo él, "en este libro, - que le doy (junto con mi libro de historia para niños So ward das Reich) como una conmemoración, - usted encontrará la Sociedad Teosófica, y muchos otros en apariencia no menos 'espirituales,' de hecho, no menos peligrosos cuerpos, en la lista de organizaciones con las cuales un Nacionalsocialista no debería tener nada que ver. Los Francmasones nunca me perdonaron por haber escrito este libro. Y era en parte la razón por qué fui tan pobremente tratado después del desastre."

¡"Se lo agradezco realmente!" grité yo, tomando los dos libros. "los guardare como un tesoro."

Frau B. había vuelto con el café y pasteles. Ella llenó mi taza. Y reanudamos nuestra conversación. Puse a Herr B. una pregunta de la disciplina moral. "algunos de nuestros camaradas me dicen que mi sed de venganza es una debilidad," dije yo. "no hablo, por supuesto, de la venganza personal: aquella ansia es extraña a mí. Hablo de la alegría de ver a nuestros perseguidores yacer, completamente impotentes, en el polvo; del deseo de perseguirlos en nuestro turno, cuando nuestro Día venga. ¿Me culparía nuestro Führer por tener aquel deseo? ¿me pediría él 'pasar por encima de ello'?"

¡"Nunca!" contestó Herr B. con resolución. "el no es el hombre para pedir de sus discípulos logros poco naturales. Él apoya la salud y la sinceridad. Y nada es más malsano y menos sincero que aquel prejuicio extendido contra la venganza. Esto tiene sus raíces en el Cristianismo que enseña "devuelve

bien por mal, y ama aquellos que odian a ti' - que, a propósito, ningún Cristiano lo aplica en la vida diaria, sin mencionar en la guerra. Desde 1945, he estado viviendo el día y la noche para la venganza de Alemania. Y uno de los germanos más antiguos y nobles de la historia registrada, Hermann el Cherusco (que era todo menos un Cristiano) solía decir: 'Por tanto tiempo como el enemigo nos desafia en el suelo germano, el odio es nuestra ley, y nuestro deber: ¡venganza!' nosotros decimos lo mismo."

"Es refrescante oír a usted hablar," dije yo, encantada de estar - por fin - segura que no había, desde nuestro punto de vista, nada herético en mis sentimientos naturalmente violentos. Herr B. habló largo tiempo - sobre nuestros principios; sobre la guerra, y los traidores que han causado el desastre; sobre su propia vida durante los años más oscuros, cuando él era, a pesar de su vejez, obligado a romper piedras a lo largo de los caminos y ayudar en la reparación de canales, bajo la fusta de los vencedores.

"Algunos de nosotros tuvieron que trabajar en la supervisión de Negros," declaró él. "primero, pensamos que éramos aun los menos desafortunados, ya que nuestros celadores eran Ingleses. Pero pronto cambiamos de opinión. Aquellos que trabajaron bajo capataces Negros fueron mucho mejor tratados que nosotros; resultó, de vez en cuando, que les ofrecieron un cigarrillo; y ellos no eran - como éramos - golpeados con el extremo de los rifles de sus celadores, tan pronto como ellos dejarían de trabajar durante dos segundos, para tomar el aliento."

"... Odio es nuestra ley; y nuestro deber: ¡venganza!" cité yo. "usted es correcto: las palabras de dos mil años de Hermann son tan verdaderas como alguna vez. ¡Nunca olvide aquellos años horribles! ¡Y nunca perdone!"

¡"Descanse segura que no olvidaremos!" contestó Herr B. "Aun así, un día, miraremos hacia atrás a todo esto como a nuestra prueba necesaria. Como usted escribió en sus primeros volantes, somos el oro puro lanzado en el crisol, para ser probado... En vista de que realmente éramos de oro puro, pasamos la prueba. Estamos más despiertos, más vivos - más conscientes de nuestra verdadera escala de valores y de nuestros objetivos últimos - que alguna vez antes, nosotros, los Nacionalsocialistas genuinos. Y somos mucho más numerosos de lo que el mundo cree."

¡"Me alegra oírlo!"

"Somos también más conscientes de nuestros errores más que ninguna vez anterior," siguió Herr B. "... y determinados para no repetirlos. "

¿"Qué llama usted 'nuestros errores'?" pregunté yo. ¿"Cree usted, como yo, que éramos demasiado clementes en nuestros días del poder?"

"Demasiado clementes, ciertamente," contestó él; "Pero sobre todo, no bastante selectivos. El Partido debería haber sido cerrado tan pronto como tomamos el destino de Alemania en nuestras manos. La mayor parte de aquellos que vinieron a nosotros después de 1933 no eran Nacionalsocialistas, sino oportunistas. Ellos no tenían ningún motivo para estar en el Partido. En cuanto al saludo, lo hemos abaratado - por no decir profanado - haciéndolo obligatorio en la vida oficial, y prácticamente obligatorio en la vida ordinaria. Esto debería haber permanecido como el monopolio de los Nazis viejos, al cien por ciento, de los primeros días, - y aquel de esos entre las nuevas generaciones, criadas bajo nuestro régimen, que sinceramente se adhirieron a nuestros principios y estaban prestos a morir para ellos. ¡Otra gente debería haber sido contentada por un apretón de manos y decir 'Buenos días! ¡o Buen día!' al encontrarse el uno al otro en la calle."

"Usted acaba de expresar lo que yo siempre sentía, en el fondo de mi corazón, sin atreverme a decirlo a cualquiera de nuestros camaradas, no sea que yo pudiera ser culpada de sentir del modo incorrecto," dije yo. "Bien, ahora oigo que usted siente lo mismo, ya no tengo que temer aquel reproche. Sé que las medidas de policía drásticas pueden compeler prácticamente a cualquiera (salvo a la gente tan intransigente como nosotros mismos, y éstos son raros) para hacer o decir cualquier cosa. Pero entre las cosas hechas o dichas bajo tal presión, unas son más importantes que otras; unas son esenciales, las otras no lo son. Importa poco cuánto herimos a nuestros opositores - y así, aumentamos su odio - cuando, en aquel costo, obtenemos un poco de trabajo útil que ayudará a

causar el éxito de nuestros proyectos constructivos, o aportará a la defensa del Reich y del régimen. ¡Pero suscitar olas adicionales de odio contra nosotros simplemente para el placer de hacer que gente que no quiere, levante sus brazos derechos y diga "Heil Hitler!" es, en mis ojos, inútil, y hasta peligroso. Siento de aquel modo porque creo en el poder del pensamiento como en el poder del amor y del odio; y porque sé, de mi propia experiencia, cómo todos los esfuerzos de nuestros enemigos para arrastrarme a su concepción de la vida sólo han logrado hacerme más consciente de mi propia escala de valores, más intransigente y más agresiva que alguna vez. Espero realmente que nuestros errores en la psicología no sean repetidos, la próxima vez..."

"No lo serán; ¡descanse segura de esto!" contestó Herr B. "la experiencia amarga nos ha enseñado mejor..."

¡Quise añadir que esperé que, la "próxima vez," me sea permitido saludar a la gente por el saludo ritual y usar, junto con la minoría privilegiada, aquellas palabras - "Heil Hitler!" - que yo siempre pronunciaba con tal amor, incluso después de que ellas fueran prohibidas. Pero no lo hice. Tuve miedo de parecer infantil. Y me sentí de alguna manera segura que la respuesta sólo podría ser un muy definitivo: ¡"Naturalmente!" En la persona de Herr B. y de tantos otros de aquellos que admiro, Alemania Nacionalsocialista me había aceptado ya.

Era tarde cuando dejé a los B.s. "Nosotros le pediríamos de buena gana quedarse la noche, si tuviéramos sitio," dijo Frau B. "Desafortunadamente, sólo tenemos esta habitación y una cocina (que compartimos con otros arrendatarios)."

Pasé la noche en un hotel cercano, y al día siguiente otra vez en la compañía del viejo luchador Pagano y de su esposa. Cuando me despedí de ellos por fin - para agarrar el tren a Celle - yo no podía menos que sentir una vez más con intensidad particular, eso que yo sabía ya, es decir, que ellos y el resto de la minoría de hierro de Nacionalsocialistas verdaderos - mis hermanos en la fe mis superiores: - son mis verdadera familia; la única gente a quien pertenezco en este amplio mundo.

Aunque la estación esté lejos, Herr B. insistió en despedirse de mí. ¡Nos separamos, como siempre, con las palabras sagradas "Heil Hitler!" o mejor dicho (pues este era un lugar público donde uno era observado) con una fórmula conocida a nosotros, que significa exactamente lo mismo.

* * *

Uelzen, el 17 de mayo de 1953

En el vagón, al lado de mí, se sentó Anni H., una de las pocas entre mis camaradas del ala "D " - es decir, condenada como 'criminal de guerra' - con quien yo había, en Werl, personalmente tenido contacto. ¡Y estábamos ambas en nuestro camino a encontrar a Hertha E. - mi querida Hertha E., libre por fin! Me costó creerlo.

Miré la mujer feliz, esmeradamente vestida, de mediana edad, en cuya compañía yo acababa de pasar una semana entera en Celle; y por la centésima vez, recordé a la misma mujer que llevaba puesto el uniforme azul oscuro de los presos. La recordé sentada en mi celda cuatro años antes, y diciéndome que "nada me había hecho más popular entre mis camaradas del ala D que la orden del Alcaide británico que no deberían permitirme entrar en contacto con ellos". ¿Órdenes de quién podrían impedirme ahora a sentarme al lado de Anni? ¿Órdenes de quién podrían impedirnos hablar la una a la otra como hacíamos y de sentirnos ligadas para siempre la una a la otra y a todos nuestros camaradas, mujeres y hombres? ¿Quién podría prohibirnos reservar un boleto para Uelzen, e ir y encontrarnos con Hertha E. (sin duda ya esperándonos en la estación)?

Me sentí regocijada en la conciencia que cada uno de mis movimientos - y, en primer lugar, mi misma presencia en Alemania, - era un acto de desafío; una provocación a las autoridades de Ocupación Aliadas y a los Aliados ellos mismos, perseguidores del Nacionalsocialismo. ¡Y soñé con el día que me sería - por fin! - concedida una oportunidad de desafiarlos abiertamente; de insultar individualmente sus fuerzas impotentes de aquí en adelante huyendo, (como ellos solían insultarnos, en 1945) hasta que yo trajera lágrimas de rabia (y de desesperación) en los ojos de cada hombre; la oportunidad de obligarlos a reconocer, no sólo la derrota de sus países respectivos y de la Democracia, sino la quiebra

completa de sus valores cristianos, de su estilo de vida, de todo lo que a ellos les fue enseñado a reverenciar (y reverenciaron, como ovejas dóciles) y de regodearme bulliciosamente al contento de mi corazón, como verdadero "Bárbaro" - yo que nunca era algo más, de hecho. ¿(Pero no es mejor ser un Bárbaro consciente que una oveja engañada?). Yo me gozaba en el pensamiento del futuro deleite, cuando el tren rodó en la estación Uelzen.

¡"Vea! ¡Mire! ¡Puedo verla!" gritó Anni cuando el tren paró.

¿"Donde? No puedo ver bien desde una distancia lejana, como usted sabe..."

¡"Allí! - apoyada contra la baranda con dos hombres en su lado, uno alto y otro mediano... Ella nos ha visto, y nos agitan la mano ahora..."

Era verdad. Allí estaba ella. Nuestro vagón se paró directamente ante la entrada de la baranda, donde ella estaba de pie. Salimos. Ella se acercó a nosotros, seguida de los dos hombres, y se lanzó en nuestros brazos. ¡"Anni y 'Muki'!" gritó ella; ¡"Es una alegría verlas otra vez!"

Ella era tan bonita como alguna vez y pareció más joven que cuatro años antes. Su pelo lustroso, claro y rubio, que ella solía peinar rectamente, cuando estaba en Werl, ahora le había aplicado la "permanente" y brillaba en la luz del sol en rizos metálicos alrededor de sus rasgos regulares, clásicos.

había alegría y la confianza en sí misma - la confianza en el destino - en su sonrisa orgullosa y ojos brillantes - aquellos mismos ojos grandes, celestes que yo había visto tantas veces tan llenos de ansia. Ella llevó puesto un vestido bien cortado de material de seda azul grisáceo, medias de nylon y zapatos elegantes. Y los pendientes de perla que yo había dejado para ella, durante el día de mi liberación, la embellecieron maravillosamente. Me alegré de ver que se los habían dado debidamente. Me alegré de verla lucir tan bien y tan feliz. Nadie podría haber creído que ella acababa de pasar más de ocho años en una celda de prisión. Miré fijamente a ella con amor y admiración, mas aun, con una especie de reverencia, ya que ella era un milagro y un símbolo: el milagro de la voluntad de Alemania para vivir, que ninguna fuerza puede romper - invencibilidad ordenada por Dios, que el hombre no puede matar - y el símbolo de todos nosotros, que nunca hemos reconocido la derrota.

¡"Mi hermosa Hertha!" grité yo, incapaz de apartar mis ojos lejos de ella. Y añadí en mi corazón, pero sin pronunciarlas, las mismas palabras que yo había dirigido a ella la última vez que nos habíamos encontrado clandestinamente, en vísperas de mi liberación: ¡"Mi Alemania viva!..."

Ella me presentó los dos hombres - y un tercero, que estaba de pie; en el fondo, y a quien yo no había notado "Longin B. - le llamamos 'Leo' - antiguo Oberscharführer S.S., liberado de Werl junto conmigo, hace diez días: Heinz G. otro camarada S.S., liberado de Werl el año pasado; Erich X., durante largos años un prisionero de los rusos." y ella me presentó a ellos: "Esta es nuestra "Muki," (1) de la que les he hablado ya la historia," dijo ella. Y ella presentó a nuestra camarada Anni.

(1) En Werl, fuimos llamados por nuestros apellidos. Mi apellido - Mukherji - se hizo "Muki," "Mukchen," etc.... en la boca tanto del personal de prisión y de mis camaradas

Los tres hombresnos estrecharon la mano. Leo B., el alto a quien Anni había visto desde el vagón, me acarició en el hombro y dijo, con una sonrisa feliz: "Estoy muy, muy contento de conocerla por fin; ¡Hertha ha dicho a todos nosotros tanto sobre usted!" Mientras tanto Hertha añadió, dando vuelta hacia mi: "Aquí, usted puede hablar libremente: estamos entre camaradas."

¡Ah, sentirme una vez más entre la gente de mi propia fe, de mis propios ideales, después de estos tres años de separación! ¡Ser capaz de hablar libremente - y con inteligencia - y a Nacionalsocialistas, después de toda la hostilidad, e imbecilidad, que había encontrado en el extranjero! Otra vez, pensé en mis propias palabras a mi madre (quien está contra nosotros): "Ellos, - mis camaradas; mis superiores; los seguidores genuinos de Adolf Hitler - son mi verdadera y única familia." y contemplé a mis compañeros con ojos admirativos.

Un automóvil nos esperaba. Erich, que debía conducir, se sentó al frente. Los dos hombres de las S.S.

trataron de apretarse en su costado, pero no podían: Leo B., siendo casi seis pies de alto, era grande en proporción; y Heinz no era delgado. Nos reímos.

¡"venga!" gritó por fin Hertha a Leo. "Deja a Heinz sentarse en la parte de atrás con nosotros. ¿no puedes ver que necesitas el lugar entero para ti?"

"Cómo podrían cuatro sentarse en la parte de atrás cuando tu es uno de ellos, mi gordita," replicó él. "y Heinz es apenas más pequeño que mí; y Anni..."

"'Muki' es el peso pluma entre nosotros; la llevaré en mi regazo," contestó Hertha. "venga Heinz; ¡y siéntese entre Anni y yo!"

Y entonces rodamos a plena velocidad - por las calles tranquilas de la pequeña ciudad, y luego a lo largo de un camino rural encantador entre arbustos y prados llenos de flores.

"Le llevaré a una pequeña cafetería agradable donde estaremos solos - y libres. Conozco al dueño," dijo Erich.

¡"Maravilloso!" gritó Hertha.

"Lo que es realmente maravilloso es poder ver que usted otra vez tiene tan buen aspecto," dijo Anni.

"Yo no soy así como luzco," contestó Hertha; "mis nervios están en un mal estado, dice el doctor. Y lo que parece a primera vista ser "gordura," en mi cuerpo, es solamente la hinchazón del agua; el resultado de ocho años de dieta de prisión."

"Aun así, usted por fin es libre," dije yo. "es una alegría verle liberada, y tan firme como alguna vez en nuestra gloriosa fe Nacionalsocialista."

¡"Mas firmes y más intransigentes que alguna vez! Listos a comenzar otra vez y vengar a nuestros camaradas muertos, y reembolsar aquellos cerdos por todo lo que hemos sufrido," dijo Leo, girando y apretando mi mano en el signo de calida aprobación.

¡"Absolutamente cierto! ¡Y comenzaremos otra vez!" gritó Heinz en mi lado.

Cerré mis ojos durante dos o tres segundos, y recordé... una escena que me había sido descrita en los días más oscuros: una larga línea de carros de ganado cubiertos de nieve, rodando por la estación Saarbrücken en 1945, atestada llena de hombres de las S.S. en su camino a las cámaras del infierno - a diferentes campos de exterminación antinazis en Alemania ocupada. Y de aquel frío, humedad, los carros asquerosos, en los cuales los hombres habían estado aguantando por Dios solo sabe cuanto, sin comida o sueño - o agua - vino la Canción del no vencido: "cuando todos se hacen infieles, permanecemos fieles..." yo nunca había pensado en aquel episodio sin estremecerme... Ahora, miré fijamente en el antiguo prisionero en Rusia y en los dos hombres de las S.S. en mi lado y en mis dos amigas Hertha y Anni, todos tan llenos de energía y fe después y a pesar de aquellos largos años en la cárcel... Ellos eran aquellos que habían pasado victoriosamente la prueba; "Oro en el crisol." Su alegría bulliciosa, su espíritu de desafío, su preparación para luchar otra vez - tan refrescante para mí - prolongó en un tiempo no roto la canción de los hombres de las S.S. de 1945 en su camino al hambre, tortura y muerte... Ellos eran Alemania invencible; ellos eran la semilla de la nueva, civilización Nacionalsocialista, firmemente echando raíces, durante siglos... Estiré mis brazos, como si deseara abrazar a todos los cinco de ellos, - y, más allá de ellos, la legión heroica entera de mis hermanos en la fe - y, sonriéndoles, entoné la Canción de los hombres de las S.S.; el himno triunfante que había brotado de los carros de muerte en 1945, desafiando las fuerzas de la oscuridad: Wenn alle untreu werden, so bleiben wir doch true..

Los demás se unieron a mí. Leo giró y, durante un segundo, me miró con una cara radiante, siguiendo cantando. El coche rodó adelante...

A lo largo del camino rural soleado, en la gloria de la primavera, resonó la Canción de los hombres de

hierro: un eco de los grandes años recientes, y un hechizo, apresurando el alba de los grandes años por venir.

* * *

La pequeña cafetería era - encantadora y sola. Me senté entre Hertha y Anni, frente a los tres hombres.

¿"Que tomará usted?" Hertha me preguntó. "¿un vaso de cerveza?"

"Yo preferiría una taza de café."

¡"Usted y su café! Tome un vaso de cerveza; la cerveza es alemana; el café no lo es."

Sonreí. ¡"Mi Hertha!" grité yo, poniendo mis brazos alrededor de su cuello - como durante aquel día inolvidable que ella había venido primero a mi celda - "¡no hay nadie como usted para encontrar el argumento que me convencerá! Yo tomaré un vaso de cerveza."

¡"Seis Cervezas!" pidió Heinz.

"Ahora, dígame como las cosas están de pie en Werl; ¿cuántos más de nosotros están todavía allí?" pregunté yo.

"Noventa y siete hombres, a mi conocimiento," contestó Leo.

"Y cinco mujeres," añadió Hertha: "Frau B., Frau G., Ella S., Gretel R., Marta D. Por otra parte, el lugar está lleno de una clase completamente diferente de presos políticos: Comunistas, sobre todo acusados de espionaje de parte de Rusia. Ellos han sido todos embalados en un ala y son completamente aislados del resto de la prisión. Y, (me dijeron) que ellos a menudo son presentados a reinterrogatorios largos, de vez en cuando con la ayuda de tortura. El Alcaide presente de la prisión, Meech - un tipo mucho peor de lo que Vickers, a quien usted conocía, alguna vez vino - tenía el descaro para preguntar si cualquiera de nosotros era complaciente a 'ayudar' a los Ingleses en este asunto feo, a cambio de mejor comida y unos cigarrillos por semana. Se solicitó que Frau S., la Oberwachmeisterin, me transmitiera la oferta, que rechacé con desprecio. ¿Por qué debería yo, de toda la gente, ayudar a los ingleses en la represión de sus ex-"Aliados gallardos" los Comunistas, después de la manera asquerosa que Inglaterra se comportó con nosotros, los enemigos naturales del Comunismo? Y aquellas mujeres, que son reinterrogadas, son mujeres alemanas, independientemente de cuales sean sus opiniones. ¿Por qué debería yo ayudar a la Ocupación extranjera a dañarlas para la defensa de un régimen que detestamos? No hay nada para elegir entre la Democracia parlamentaria al Estilo occidental y el Comunismo - las dos formas modernas de la dominación judía."

¡"Usted tiene razón!" grité yo. "Me alegro que rechazó ayudar al enemigo. Y me alegro de oír que usted hablaba en tal manera."

"A esos bastardos les gustaría ahora tenernos en su lado," propuso Heinz. "Pero me temo que sea demasiado tarde; ellos han perdido el tren."

"Que ellos primero liberen a todos aquellos de nosotros que todavía detienen entre rejas," dijo Leo. "En la sección masculina de Werl, hay, como conté a usted, noventa y siete de nosotros todavía esperando a salir - y grandes, como el General Meyer; usted sabe: 'Panzer-Meyer.'... ¿Y cuántos más en Wittlich, y en Landsberg, sin mencionar en las prisiones de Francia y Holanda y otros países del llamado mundo 'Libre', que somos invitados ahora a defender 'contra el Bolchevismo'?"

"Varios cientos en Landsberg, parece," declaró Hertha; "Hans F. dijo así anteayer. Y él fue liberado desde allí sólo hace un par de meses."

¡"Y que pongan un alto a aquellos repugnantes procesos por 'crímenes de guerra!'" propuse yo. "en Francia, donde yo estaba, como usted sabe, hasta el año pasado, ellos todavía condenaban a alemanes a la muerte por haber cumplido con su deber. El 3 de marzo de 1950, de trece hombres de

las S.S. acusados de los 'crímenes de guerra' habituales ' - disparos a partisanos en tiempos de guerra, etc.... - el Consejo de Guerra de Lyon condenó ocho a la muerte. El abogado Parisiense, Ditte, que defendió a Kaeniast, uno de los acusados, se rebeló en el modo que ellos fueron juzgados. "Esto no es justicia, sino odio," (1) declaró él, resumiendo en unas palabras la actitud entera de los Tribunales franceses, no sólo eso, de la nación francesa, a nuestros camaradas y a la Alemania Nacionalsocialista a lo ancho. Desde entonces, muchos más procesos por 'crímenes de guerra' han ocurrido. Uno lo recuerdo particularmente bien, pues el Sr. Claps, un abogado cuya esposa ha estudiado conmigo en la Universidad, suplicó para el acusado principal: un oficial llamado Eckert. Éste fue condenado a la muerte a pesar de la poderosa exposición del abogado de la injusticia de todos los procesos por 'crímenes de guerra'. ¡Y ahora, otra vez, - ahora, en 1953! " comenzó el 12 de enero, ante el Consejo de Guerra de Burdeos, el proceso de veintidós hombres de las S.S. acusados de haber participado en las represalias en Oradour en 1944... De los veintidós, ocho, o mejor dicho nueve, eran alemanes. (Digo 'nueve,' pues Boos el Alsaciano, quien tan vigorosamente proclamó su lealtad a Alemania y su fe en Adolf Hitler hasta el final, merece ser llamado un alemán.) Dos: "Boos, y Lenz, - fueron condenados a la muerte; seis, a largos periodos de trabajos forzados; uno fue absuelto: él obviamente no tenía ninguna parte en absoluto en las represalias... "

(1) Reportado en el periódico de noticias de Lyon Le Progrès en el momento del proceso.

Hertha me interrumpió. "sí," dijo ella; "yo le he conocido. Él está en Fischerhof - la clínica de reposo, - con nosotros. Su nombre es Degenhat... "

Me costó creer en mis oídos. ¿"Qué, Degenhat del proceso Oradour, aquí? ¿Y puedo verle?"

"Usted le verá esta tarde. Le presentaré. "Yo debo preguntarle sobre el proceso... Pero díganme: ¿Qué aspecto tienen?"

"Un hombre rubio joven con ojos azules atentos - muy joven; muy tranquilo; y tan inocuo como un cordero. Él apenas habla en absoluto..."

¡Pobre Muchacho"! ¡Puedo imaginar lo que él debe haber sufrido en las manos de aquellos brutos, estos largos ocho años!" dije yo. "A propósito: ¿sabe usted por qué había - por qué tuvo que haber represalias - en Oradour? La mayor parte de las personas no lo saben. Pero tres personas, de quienes dos eran franceses, me dijeron en 1946. Es, de hecho, una de las primeras cosas que oí en mi vuelta a Europa. Parece que los 'héroes' de la résistance francesa habían agarrado a doce oficiales alemanes, los amarraron, y los presionaron hasta la muerte en una prensa de vino enorme... Y hay algo más, que un francés me dijo el año pasado: parece que ellos también agarraron a tres hombres de las S.S., los ataron de sus pies a un camión de motor, y, después de así arrastrarlos a lo largo del camino por unos kilómetros, los colgaron en ganchos - empujaron éstos a través de la carne bajo sus barbillas - ante una carnicería en o cerca del pueblo. Me dijeron que ellos estaban todavía vivos cuando los hombres de la división S.S. Das Reich pasaron y los vieron. ¿Quién no habría incendiado el pueblo después de tales horrores?"

¡"Bastante cierto! Y no éramos bastante despiadados en el asunto de represalias, si usted me pregunta," añadió Heinz.

Así dialogamos antes de que fuese la hora de comer - tiempo para que Hertha y Leo volvieran a la clínica de reposo donde ellos habían sido transferidos después de su liberación de Werl. Heinz nos mostró algunas fotos de la prisión y algunos cuadros que él había dibujado él mismo en "el libro de recuerdos" en el cual él y otros presos habían escrito en diferentes ocasiones. Hertha comparó el Alcaide actual en Werl, - Meech - al Coronel Vickers, aquel que había sido responsable de nosotros en mi tiempo - mucho a la desventaja del primero. Anni habló de Ilse F., otra víctima del Proceso de Belsen, liberada al mismo tiempo que ella. La salud de Ilse había sido arruinada de por vida debido al tratamiento particularmente horroroso que ella había experimentado en 1945 en las manos de los británicos. Hablé de la eternidad de la Weltanschauung Nacionalsocialista, y de la venganza próxima de Alemania. Erich, que habló muy poco, declaró sin embargo que, a la larga, nada puede estar de pie en el camino de nuestra verdad, y que él esperó ver a la gente rusa ellos mismos, un día, rechazar el Marxismo y reconocerlo.

Por fin, nos sentamos una vez más en el coche, y Erich nos condujo a lo largo de un camino hermoso, por bosques, a la clínica de reposo - "Fischerhof."

¿"Ustedes se quedarán con nosotros hasta mañana, Muki y Anni, no es cierto?" dijo Hertha cuando nos acercábamos a la casa. "Hay mucho lugar. Hablaré a la doctora responsable. Y ella estará de acuerdo, estoy segura."

"Lo lamento no puedo. Tengo que ir a trabajar mañana por la mañana," contestó Anni, que, desde su liberación, se había asegurado un trabajo en una fábrica.

"¡Una lástima! Esto es realmente una pena. ¿Pero usted se quedará, no es cierto, Muki? Esta tarde tenemos una fiesta para mantener en alto nuestra feliz vuelta a la libertad (hay más de nosotros en esta casa, como usted verá pronto). Le presentaré a nuestro amigo Hans F., un hombre que le gustará - antiguo Sturmführer S.S., últimamente liberado de Landsberg. ¡Usted debe verle! "

"Me quedaré," contesté, abrumada con la alegría. Y yo no podía menos que añadir, cuando una escena del pasado de repente cruzó por mi mente de un salto: "Recuerda usted, mi Hertha, cuan deprimida usted estaba en Werl, en una ocasión, y como lloró en mi celda preguntándome: ¿'Cuan largo tiempo, cuánto más esta vida durará entre rejas?' y le dije: 'Esto pasará como una pesadilla. Un día, usted será libre. ¡Un día, usted y yo y los otros de nuestros camaradas hablaremos libres el uno al otro! ¿No le dije esto? ¡Vea, el día ha venido! Y días más grandes vienen. ¡Ah, soy feliz!' Yo era feliz, en efecto.

* * *

El día voló a través sin que lo notara: la comida de mediodía con Hertha y Leo (mientras Anni se sentó en otra mesa, porque no había ningún lugar); el café, en un pequeño cuarto acogedor al lado del comedor; mi conversación con nuevos camaradas; luego, la fiesta en la cafetería, y el viaje a la estación - para despedirse de Anni, - y la vuelta por los bosques, ocurrieron en una sucesión, como escenas en un espectáculo de cine. Y el segundo día alboreó, - y pasó: una experiencia breve del mundo en que yo había querido tanto vivir, todos estos años; del mundo al cual realmente pertenezco: en Europa, sin duda, y "un mundo europeo" en el sentido ordinario de la palabra, pero, interiormente, más lejos de y más extranjero a Europa Cristiana tradicional que cualquier círculo con que yo había venido al contacto en India (con una o dos excepciones); del mundo de los primeros arios modernos que piensan y sienten como arios.

Nunca podré olvidar las presentaciones de Hertha: "Hans F., Sturmführer S.S. justo liberado de Landsberg; Lydia V., condenada a muerte por los franceses, y ahora justo liberada de Fresnes; Leo B., condenado a muerte por los británicos, y liberado de Werl al mismo tiempo que yo, es decir, el jueves antes del último; Anni H., una de nosotros del Proceso de Belsen, liberada de Werl en 1951; nuestra 'Muki,' liberada de Werl hace tres años, autora de Oro en el Crisol y el Desafío - nuestra historia - y... ustedes me conocen, Hertha E., antiguo capataz en Belsen..."

Recordé en mi mente las palabras que el General Ramke había dicho en Verden ante aproximadamente cinco mil hombres de las S.S.: "Un día, las listas negras serán listas del honor..." y yo era feliz. Somos ya - y nos sentimos ya - una legión de honor. ¡Pero cómo me sentí de pequeña en medio de ellos, al lado de los hombres de hierro que habían permanecido no meses, sino años en la cárcel, y salieron tan fieles como alguna vez a nuestro Führer, vivo para siempre, y a nuestros ideales! Yo no podía menos que decir: "No fue mi culpa si los británicos me liberaran antes de que yo hubiera cumplido mi condena. ¡Yo era - Dios sabe! - abierta y bastante valiente ante mis jueces. Pero por lo visto todos los Demócratas son tontos..."

¡"Eso, ellos lo son, bastante definitivamente!" gritó Hans F. de buen humor. Tome mi caso, por ejemplo. Ellos me condenaron a quince años de encarcelamiento por cosas que nunca he hecho; y ellos no mencionaron una palabra de todo lo que realmente hice, por la simple razón que ellos no saben nada sobre ello."

"Ellos no parecen saber de algo de mis verdaderas actividades en India durante la guerra," dije yo. "Un

día, cuando seamos - libres y poderosos y ellos, impotentes, - les diré. Esto me divertirá el mirar sus caras..."

Nos reímos. Entonces comenzamos a hablar de nuestras experiencias de la posguerra con nuestros perseguidores. Lydia V. nos dijo algo de su procesamiento en Francia, donde ella había servido durante la guerra como un intérprete. Ella fue acusada de haber - indirectamente - contribuido a la ejecución de un número de la gente que perteneció a la *résistance* francesa. no se permitió que "yo hablara," dijo ella. ("si usted conoce Francia," ella añadió, dando vuelta hacia mi, "usted puede imaginar bien como un proceso por 'crímenes de guerra' lució en aquel país, en 1945.) Aun así logré poner una frase. Dije a 'ellos' que yo había cumplido mi deber como un alemán, y que yo estaba - muy compungida - lamentando que yo no había hecho más."

¿"Y qué dijeron 'ellos' a esto?"

"Nada. Ellos me dieron una pena de muerte, que fue, a continuación, conmutada en una sentencia de encarcelamiento de toda la vida."

¿"Y cómo 'ellos' la trataron a usted y a los otros presos alemanes?"

"Desgraciadamente," contestó Lydia. "yo misma estaba realmente en cadenas durante semanas y semanas. Y yo no era la única. Entonces, ellos nos empujaron en una habitación grande, - al mismo tiempo nuestro dormitorio, habitación de trabajo y comedor - junto con los criminales ordinarios. Más de doscientas mujeres fueron hechas vivir en aquella habitación: veinticinco o treinta de nosotras, llamadas 'criminales de guerra', - y el resto - ladronas y asesinas. ¿Puede usted imaginar como nuestra vida era, día y noche en aquel lugar, sin alguna intimidad, y sin nada para leer, durante años?"

¿Puede usted imaginar que grupo de tipos groseros y sobre todo degradados de mujeres, en cuyo contacto constante estábamos - algunas cantando, algunas peleando, algunas contando historias tiznadas... algunas utilizando los baldes? ¿Y el modo que muchas de ellas solían abusar de nosotras porque éramos Nazis? ¡(Habían estado en la *résistance* francesa, la mayor parte de ellas!) Mil veces deseé que yo hubiese sido matada... Entonces, algún día al principio del año pasado, me dijeron que mi sentencia había sido conmutada a veinte años. Pero 'veinte' años no suenan mejor que cincuenta, cuando uno vive en tal infierno. Las 'buenas' noticias me dejaron indiferente. Sólo recé que yo no debería vivir hasta el final de mi periodo. Entonces, un día - hace un mes - fui otra vez llamada y me dijeron que yo debía ser liberada inmediatamente; que podía recoger mis pocas cosas e ir... una vez más en el mundo de los libres; ¡atrás a Alemania - a casa! Me desmayé."

"Puedo creerla bien en usted," dije yo.

Con toda la viveza de mi imaginación, imaginé a mí aquellos años largos, tristes de hora en hora de irritación y humillación y de la desesperación salvaje ocasional; aquellos años del infierno, como Lydia ella misma los había descrito. Y añadí: ¡"Pueda a mí, un día, serme dado el poder y la oportunidad de vengarle!"

Hans F. habló de Landsberg, donde más de mil hombres habían sido encarcelados - y más de trescientos fueron ahorcados - por haber cumplido su deber hasta el final. Él habló de la intrepidez y la serenidad de los mártires, felices de morir para Alemania y para la Causa aria, sabiendo que ellos tenían razón y que la historia justificaría sus acciones y demostraría la solidez de los principios Nacionalsocialistas. Él habló de los Judíos como aquellos que estuvieron de pie detrás de todas las torturas infligidas sobre nuestros camaradas y, antes de esto, detrás de la propaganda más asquerosa contra Alemania y de aquella política entera de Inglaterra que había hecho a la Segunda Guerra Mundial inevitable.

"¡Bastante correcto!" grité yo. ¡"Bastante correcto! ¡Cuan bien recuerdo por todo el mundo aquella campaña de mentiras! Esto tenía a sus agentes - y sus efectos, también, - en India, donde yo estaba. Pero déjeme repetir aquí lo que he acentuado tantas veces en el transcurso de mi vida; déjeme acentuarlo una vez más, aun si pudiera parecer aburrido: lo que sostengo en primer lugar contra los Judíos, es el cristianismo, aquella invención más vieja y más exitosa suya a fin de emascular a la raza

aria. Habría el mundo entero, incluso los países no cristianos, como India, no sido empapado en el cristianismo durante cientos de años; quiero decir, habrían los valores Cristianos - la 'dignidad' de cada mamífero de dos piernas, de cualquier forma o color; el 'derecho' de cada variedad de mamíferos de dos piernas para vivir y prosperar, y otras de tales materias - no sido aceptadas como la base de la ética universal por prácticamente toda la humanidad (salvo nosotros, y, quizás, nuestros Aliados los japoneses,) la campaña judía de acusaciones contra nosotros no habría encontrado ninguna respuesta. ¡Toda mi vida, he luchado con diente y uñas contra estos valores cristianos (menos mal que yo era, yo misma, por la gracia de la Naturaleza, libre de su influencia!) . Y lo que amo, lo que adoro en el Tercer Reich, es el hecho que este ha traído por fin adelante una élite - las S.S., - que también se levantó contra ellos en nombre de los valores naturales, eternos de Sangre y Suelo, y del orgullo ario. ¡Gloria a las S.S., vanguardia temprana de esta Arianidad regenerada de mis sueños! ¡Pueda, un día, ver a sus veteranos que sobrevivieron agarrar el poder y gobernar la Tierra!"

¡"Nuestra 'Muki'! Es una alegría oírla hablar, diez días después de la liberación de uno," dijo Leo, poniendo su mano fuerte sobre mi hombro en un gesto de camaradería, y mirando fijamente en mí con una sonrisa feliz.

Hans F. me consideró seriamente, como si sus duros ojos azules leyeran en los míos la historia de una vida dedicada a nuestra Idea.

"Usted tiene la opinión correcta de las cosas, que es también la nuestra," dijo él por fin; la opinión de "aquellos pocos hombres que entendieron el sentido más profundo de nuestra Lucha contra el Pueblo judío, y que inspiraron y dirigieron nuestra acción. ¡Como usted dice, somos libres de la influencia de la enseñanza mentirosa impuesta por fuego y espada sobre nuestra tierra alemana hace más de mil años - la enseñanza de 'mansedumbre' en efecto! - el timo más desvergonzado que alguna vez existió. Auschwitz y Treblinka eran nuestra respuesta desapasionada a aquella permanente vergüenza y permanente mentira; a esa voluntad para degradarnos, que ha estado trabajando despiadadamente después de la 'cruzada' de Carlomagno contra la Alemania Pagana. No odiamos a los Judíos. (Como usted dice, ¿quién odia a los bichos?) Pero sistemáticamente les deportamos - aunque no tan a fondo como deberíamos haber hecho, lamentablemente - porque sabíamos del peligro que ellos representan como una colectividad en todas las tierras arias. Y mostramos a Alemania y mostramos al mundo ario cuan fácil es librarse de seres humanos peligrosos, sin odio y sin remordimiento, a condición de que uno tenga nuestro espíritu, es decir, como usted dice, a condición de que uno sea libre de la influencia de las mentiras cristianas."

"...De las mentiras de cada fe centrada en el hombre, para ser más exacto," añadí yo. Y Hans F. habló de los convoy de Judíos que él había acompañado al lugar de destino. Y él describió la actividad de los crematorios, y las 'grandes llamas brillantes y rojas' que brotarían de la chimenea principal cuando el nuevo combustible alimentó el horno abajo. ¡"usted habría adorado ver aquellas grandes llamas rojas hermosas!" dijo él, dirigiéndose a mí.

"Aquí está por fin quien no necesita más de media hora para conocerme a fondo," pensé; "la gente de la misma clase sienten el uno al otro, supongo." y recuerdo de un salto los miles de tontos que se habían atrevido a decirme que yo "seguramente habría dejado de ser un Nacionalsocialista" si "solo hubiese visto Auschwitz," sentí: ¡"Vaya, qué alivio estar entre la propia gente de uno!" y di vuelta hacia el antiguo Sturmführer, con una sonrisa:

"Sí, sin duda;" contesté, refiriéndome al cuadro que él había evocado - "pues esta era la puesta del sol violácea anunciando el crepúsculo de un mundo que he odiado durante años, (durante siglos, tal vez, si la creencia en nacimientos sucesivos es correcta,) y que, con toda mi fuerza, me he esforzado por matar. ¡Tal como otras llamas, encendidas de isla a isla a través del Egeo, una vez anunciaron la destrucción de Troya, así éstas dijeron al mundo el final de la civilización judeo cristiana - por fin!" ¡"Y el alba nuestra!" propuso Hans-Georg P., un hermoso joven rubio con un gusto definido a la historia y filosofía - un Nacionalsocialista perfecto, pero demasiado joven para ser 'criminal de guerra' - que acababa de andar en nuestro círculo.

"No;" protesté yo; ¡"no aún! La noche se extiende entre la puesta del sol y alba - la noche larga de persecución y aniquilación aparente que vivimos ahora. Nuestra alba brillará de nuevo. ¡Es lo que realmente me gustaría ver!"

"Usted lo verá un día, - espero," contestó Hans F.

"A propósito," dije, "me parece que, en su deseo de mostrar a turistas cuan 'horribles' éramos, los Demócratas han construido cámaras de gas en antiguos campos en los cuales no había ninguna, y las añadieron en tales sitios como Auschwitz... ¿Es acaso verdad?"

¡"Es justo como son ellos, de todos modos!" se rió Hans F. "¡Pero déjeles hacerlo!"

Sin embargo, él de repente se hizo serio, mas aun sombrío. "Dicen que quemamos a Judíos, mientras los Aliados de buen corazón que nos acusan, nos quemaron vivos: - más de tres millones de civiles - con sus bombas de fósforo. ¡Vergüenza en su hipocresía! "

Hablamos del futuro y de sus posibilidades.

"¿Podré alguna vez ver a quien yo nunca tenía la alegría de saludar: a nuestro Führer?" pregunté yo. ¿"Está él realmente vivo? "

"Sí," contestó Lydia V. "De eso estoy segura. Y aquella certidumbre me ha sostenido a lo largo de aquellos años terribles - en el momento del desastre y después."

"En la otra mano, he hablado a camaradas que viven en Argentina, quienes me han dicho definitivamente que él está muerto, " dijo Hans-Georg P. "Deberíamos tener el coraje para afrontar el hecho, amargo como puede ser."

"Muerto o vivo en cuerpo, él vive en nosotros," declaró Hans F. "puedo decirle: estamos determinados a continuar la Lucha, por cualesquiera medios que sean lo mejor adaptado a las necesidades actuales, que son diferentes de aquellas del pasado. Nuestra táctica puede cambiar - estamos, de hecho obligados a cambiar - con la nueva situación que nos afronta después de todos estos años. Pero nuestros principios permanecen los mismos; ellos son eternos: ellos son aquellos posados en Mein Kampf para siempre. Y ganaremos, tarde o temprano, porque somos fanáticamente inspirados por una fe que es fundada sobre la verdad objetiva, mientras los Comunistas hacen arraigar una fe en una ilusión (que no resistirá el paso del tiempo) y los Demócratas de estilo occidental simplemente ninguna fe en absoluto. ¿Su cristianismo? Un bulto de prejuicios, no una fuente de inspiración viva. Ellos no pueden darle atrás el entusiasmo, intolerancia y fuerza de la juventud."

"Yo conocí a dos verdaderos Cristianos en mi vida," dije yo: "uno es un Negro, que declaró en mi presencia, en Londres, en 1946, que los Aliados debieran liberar a todos los llamados 'criminales de guerra' de acuerdo con el mandamiento de Cristo 'Ama a tus enemigos, y haz el bien a aquellos que te odian'; el otro es una mujer francesa, una antigua compañera de clase mía quien, conociendo que soy un enemigo de todo para lo que ella está de pie, aún así me busco clases particulares para mí, - me ayudaba a ganar dinero y a enviar regalos a mis camaradas alemanes, y caros mensajes de correo aéreo de pruebas de imprenta a aquel que publicaba entonces mis libros en la lejana India - mientras yo estaba en Francia. ¿Y sabe usted qué aquella mujer una vez me dijo, de todas las cosas? Ella declaró - el 6 de diciembre de 1950, recuerdo la fecha, - que ella se alegraría si sólo sus co-religionarios amasen a Jesucristo la mitad tanto como yo amo a Adolf Hitler...! "

"Halagador para nosotros," comentó Hertha.

"Y alentador," dijo Hans F.

* * *

Pasé todo el día siguiente en conversaciones con camaradas, en particular con Lydia V. y con el joven hombre del Proceso Oradour. Pregunté a éste si los horrores que me habían sido relatados eran verdaderos.

"Simplemente demasiado verdadero," contestó él.

¿"y por qué usted no, entonces, mencionó tales hechos en su proceso?" pregunté yo. ¿"Por qué no había allí una palabra dicha sobre ellos por cualquiera de ustedes o de sus abogados?"

"No se permitió que nosotros los aludieramos directamente o indirectamente," contestó el antiguo soldado de las S.S.. "Nos fue dicho sin rodeos que, si hacíamos eso, iríamos a perjudicar, así, simplemente la posibilidad de salvar nuestras vidas. Aquellos que sabían que no tenían ningunas posibilidades de salvar sus propias vidas - y quienes no se preocuparon - (como Boos) no hablaron por el miedo que su valentía sería castigada sobre nosotros."

¡Justicia "Democrática!" dije yo, amargamente. ¿"Oh, cuándo va el Día de retribución a alborear? Yo habría impulsado a la mujer que me había relatado la atrocidad de la prensa de vino para ir y hablar de eso ella misma ante el Consejo de Guerra de Burdeos. Lamentablemente, ella había muerto ya en 1947 o 1948. Su nombre era L.L. y ella solía vivir en Nevers. " (di la dirección completa de la mujer.)

Lydia V. se asustó, y me contempló, sorprendida. ¿"Cómo llegó usted a conocer a aquella mujer?," ella me preguntó.

"No la conozco. La he encontrado quizás diez veces en toda mi vida," dije yo; "Yo tenía la impresión que ella estaba más o menos en nuestro lado. "

"Ella no estaba en ningún lado, y trabajó durante la guerra tanto para nosotros como para nuestros enemigos. Y ella tomó el dinero de ambos," acentuó Lydia.

¿"Está usted segura, completamente segura que es la misma mujer?" pregunté yo. Fui completamente desconcertada; - confundida.

"Sólo puede ser ella... El mismo nombre; la misma dirección... ¡La recuerdo tan bien!"

"Bien, " dije, "debe haber sabido de las proezas de los amigos de ella, si, como usted dice, ella estuviera también en la résistance... ¡Pero Cielos cómo el mundo es de pequeño! Y como la verdad saldrá, tarde o temprano... "

Después de la cena, Hertha me vio salir a la estación. Anduvimos a Uelzen cogidas del brazo, por los bosques. Cantamos la Canción de Horst Wessel en nuestro camino.

"Oh, soy feliz," dije yo, cuando las últimas notas de la melodía conquistadora se habían desvanecido en la paz fragante de la tarde. "Soy feliz de haber, por usted, venido en contacto con algunos de nuestros camaradas. Yo daría mi vida para cualquiera de ellos. Amo a 'él' en ellos, y a ellos en 'él'." Nos paramos durante un minuto o dos. "y le amo," seguí yo. "Le admiro. Quise darle algo como una conmemoración de su liberación. Soy demasiado pobre para comprar algo que valga la pena, - sea ello hasta una caja de bombones. Pero tengo esto... " y desatando la cadena de oro que llevaba puesta alrededor de mi cuello - mi última cadena - la puse alrededor del de ella.

"Yo estaba en Calcuta, - en la seguridad, aunque mi vida fuera, entonces, una larga agonía mental - mientras usted fue obligada a sepultar cadáveres y recoger la suciedad con sus manos, bajo la amenaza de bayonetas británicas. Y usted estuvo ocho años en la cárcel por mis ideales... mientras yo... estaba allí durante menos de ocho meses. Usted merece esto mas que yo."

"Pero... 'Muki,'... ¿cómo podría yo?"

"Tómelo," insistí; "Se lo doy con todo mi corazón. Esto es de oro indio. Conserve esto en conmemoración mía, usted, la encarnación de aquella humanidad aria superior, en el nombre e interés de la cual continué en India mi lucha sola contra todos los credos de la igualdad racial. Y separémonos aquí, ya que no podemos saludar la una a la otra como nos gusta, en la estación." Ella dejó a su cara descansar sobre mi hombro y me besó, como durante el día que nos habíamos conocido primero, en mi celda en Werl. Entonces, levantando su brazo derecho, ella pronunció las sílabas santas - ahora, como entonces; ahora, como hace mucho; ahora como en días por venir: ¡"Heil Hitler!"

¡"Heil Hitler!" repetí yo.

* * *

Uelzen, el 30 de mayo de 1953

Nos encontramos otra vez algunos días más tarde: el Heimkehrerverband (1) (la asociación alemana tanto de prisioneros de guerra y presos políticos) estaba dando en Uelzen una fiesta de baile, y fuimos todos invitados.

Hans y Hertha me saludaron con entusiasmo en la entrada a "Fischerhof," y me llevaron a la habitación donde ellos tomaban el café. "Venga, venga, Muki; tenemos buenas noticias para usted; noticias excelentes: - o mejor dicho, como usted dice, los Poderes divinos a través de nosotros, han encontrado una solución a sus problemas financieros, y usted puede permanecer en Alemania mientras le guste... Pero tenga una taza de café primero. Le diremos después."

Lágrimas se apozaron hasta mis ojos. Me costó creerlo, y aún así yo sabía que era verdad. Esto era un detalle en los funcionamientos de aquel Destino enorme al cual yo había unido el mío: el destino del Gran Reich que tanto tuve ganas de servir. Esto era la respuesta de los Señores del reino Invisible a mi rezo diario: ¡"envíen a mí o consérvenme dondequiera que yo pueda ser más útil a la sagrada Causa Nacionalsocialista!" Por lo visto, - por el momento - yo debía ser útil aquí, entre mis hermanos en la fe.

Me senté en la mesa Hans-Georg P., Herr K., (a quien yo había conocido durante mi primera visita a Fischerhof), Edith - compañera de habitación de Hertha; una muchacha de veintitrés, recientemente liberada de un campamento de trabajos forzados ruso donde ella había pasado ocho años - Lydia, todos me saludaron otra vez. Pero yo no podía ver a Leo. ¿"Donde está él?" pregunté yo.

"Arriba de las escaleras, en su habitación, meditabundo," contestó Hans F. severamente. "El ha tenido una buena "reprimenda" mia, y no puede sentarse con nosotros... "

(1) Literalmente: Asociación de aquellos que han vuelto a casa.

¿"Oh, por qué?" pregunté yo, sinceramente apenada en el tono de voz de nuestra camarada, no menos que en el hecho que Leo - a quien admiré - había sido puesto en cuarentena. ¡"Pobre Leo! ¿Qué ha hecho él?"

"No puede controlarse así mismo," explicó Hans F. "El no puede guardar sus manos fuera de las mujeres... La gente se queja. Y esto crea una impresión muy repugnante aquí, sobre aquellos pacientes que no son de nuestra fe. Todos ellos saben quién él es, naturalmente. Y ellos dicen: ¡'Esos Nazis! ¡Mírelos!' como si fuéramos un grupo de cabrones, todos nosotros. Esto es una desgracia." ¡"Pobre Leo!" repetí. ¿"no puede usted perdonarle? Después de todo, él ha estado durante ocho años encajonado a una celda de prisión. Y él es - ideológicamente irreprochable tan fiel y leal a la Causa como los mejores de nosotros pueden ser. Personalmente, yo no podía preocuparme menos de lo que él podría hacer o tratar de hacer con mujeres, a condición de que él permanezca un Nacionalsocialista perfecto. Y en cuanto a la gente que toma el pretexto de incidentes tontos de tal naturaleza para criticarnos, bien... ellos nos criticarán de todos modos, independientemente de lo que hagamos.

¡Dícales que se vayan al diablo!" me sentí llena de compasión por la debilidad demasiado humana del hermoso hombre de las S.S., y fui mas bien divertida con la importancia que Hans F. (y Hertha ella misma, de ningún modo una mujer remilgada) pareció ligarle.

Pero Hans F. trató de aclararme su punto. "Yo no hago caso de su reproche a nosotros por nuestra frialdad," dijo él, al hablar de nuestros opositores. "La frialdad es una virtud. Pero no dejo que nadie nos reproche de carencia de autodisciplina. Este hombre estaba ocho años en Werl, usted dice. Bien, yo estaba ocho años en Landsberg. Todos nosotros sufrimos. No es ninguna excusa para perder

nuestra dignidad. Un Nacionalsocialista - y especialmente un hombre de las S.S. - debería ser el maestro de sí mismo."

"Conmigo, él se comportó perfectamente," abogué yo.

Pero Hertha me interrumpió. "Recibí su carta de Nusse, dijo ella. ¡Querida mía, qué idea de ir y trabajar en los campos de remolacha, con sus manos delicadas!... "

"Era una experiencia para mí," contesté; "incluso aunque yo lo hiciera sólo durante tres días. Y disfruté de ello, exhausta como estaba. Yo habría persistido; pero trabajo demasiado despacio. Gané algo como dos marcos en tres días, trabajando de la salida del sol a la puesta del sol. Esto no lo valió."

¿"Y usted fue a Hamburgo, también? Usted escribió en su carta que iría."

¡"Sí! ¡Ah, déjeme hablarle sobre Hamburgo!" dije yo con entusiasmo. ¡"Eso era algo inolvidable! pasé tres días allí, buscando trabajo y no encontrando ninguno. Pagué cuatro marcos por día para mi habitación y viví de pan y café, después de primero reservar mi boleto a Uelzen - no sea que yo debiera gastar el dinero y no ser capaz de venir. Yo había esperado encontrar una pequeña suma - dos libras al menos - esperándome en el correos de Nusse. Pero no había nada allí. Mi marido no había sido capaz de enviarlo, por lo visto. (Ya no es como cuando le permitieron enviarme doce libras por mes bajo mi propio nombre...) Para recortar una larga historia, finalmente me encontré con un marco cuarenta, - un marco cuarenta, y mis últimas pulseras: todo lo que tengo en el mundo. Y fui a varias tiendas de joyeros, tratando de vender una o dos de mis pulseras... Pero, le digo francamente: vine y fui, e hice todo lo que tuve que hacer, mecánicamente. Era para mí como si hubiera sido otra persona cuyo dinero había quedado corto, y cuyo futuro inmediato era absolutamente desconocido para mí. Yo realmente no podía sentirme interesada en mi propio destino, si usted puede creerme. Yo había dejado mucho tiempo de preocuparme de ello, y lo había dejado completamente a los Dioses. Yo tenía ojos, e interés, sólo en primer lugar: para Hamburgo que se elevaba de sus cenizas.

"Yo había pasado por la ciudad martirizada en 1948. Y la vista espantosa me había rondado desde entonces. ¡Pero ahora, - ah, ahora! - en el lugar donde había visto solamente filas y filas de paredes quemadas y explotadas que piden la venganza, contemplé una nueva metrópoli inmensa ya hirviendo con la vida: - edificios, tiendas, fábricas, parques, avenidas... ¡y el puerto! - el milagro de la fuerza de voluntad alemana, de la perseverancia alemana, de energía alemana, seguridad en sí mismo y determinación para vivir, proclamando la invencibilidad de la gente de mi Führer. ¿Cómo podría posiblemente yo pensar en mis pequeños problemas personales, delante de aquella magnífica vista?

Yo era feliz. Un marco cuarenta en mi bolsillo, puede ser. Pero esta metrópoli nacida de nuevo era la mía: esto era mi sueño, mi ansia tomando forma materialmente (antes de que ello también, ocurra ideológicamente, en el tiempo designado). Esto era el presagio de la próxima nueva vida y nueva prosperidad. Y autos pasaron: nuevos automóviles grandes encantadores. Ninguno de aquellos que iban sentados tan cómodamente en ellos era más feliz que yo. Y por la noche, yo podría medio ver - adivinar - por las ventanas iluminadas grandes, pisos nuevos, bien amueblados, cómodos, allí donde yo, cinco años antes, había visto sólo desolación. Y ninguno de aquellos que viven en esos departamentos era más feliz que yo... Cuantas veces he, durante aquellos tres días, recordado la pesadilla del infierno de fósforo (por lo que uno puede imaginarlo sin haberlo sobrevivido) y la pesadilla de las paredes negras, rasgadas y calles abandonadas llenas de restos, que he experimentado. Y con lágrimas en mis ojos, y un sentimiento de alegría ilimitada que me levantó encima de mí, agradecí a las Fuerzas divinas invisibles Quienes dirigen la Nación martirizada de mi Führer a la gloria de la resurrección - a la prosperidad conquistada de nuevo, primer paso al poder reconquistado."

"Pero Hamburgo es una de las ciudades 'más rojas' en Alemania; una fortaleza del S.P.D., - ¿usted sabía eso?" dijo Hans F.

"No, yo no sabía eso. Pero es secundario. ¿Cuanto van todos aquellos partidos falsos - S.P.D., C.D.U., y otros por el estilo - a durar, de todos modos? Mientras esté la Ocupación y los mandos Aliados. Éstos no pueden durar para siempre. Cuando ellos se vayan, con mucho gusto o contra su voluntad, entonces la lucha real, abierta comenzará para la minoría Nacionalsocialista. No sé como triunfaremos en aquella nueva lucha: los problemas prácticos de Realpolitik están demasiado lejos más allá de mis

sesos de mujer. Pero sé que triunfaremos, porque somos los únicos que tienen una fe verdadera, que vivimos. ¿Y luego, quién se preocupara de por quién las ovejas votaron en 1953? Todo lo que importará es que habrá gente joven sana en Alemania, para edificar una nueva civilización occidental - civilización pagana dura y orgullosa y hermosa de Europa, que durará para siempre, a la gloria de nuestro Führer."

"Usted es una optimista," dijo Hertha. "Pero allí hay algo en lo que usted dice. Por lo menos, nos hace sentir que la vida todavía vale la pena vivir, y es algo."

Miré a mis camaradas - mis superiores, ocho años en la cárcel mientras yo estaba allí, solo unos meses. "Es quizás tonto de mi parte hablar, no habiendo sufrido," dije yo. "ustedes han sido todos sin comparación más útiles que mí, durante y antes de la guerra. Y después del desastre, ustedes han demostrado su valor en privaciones cuando no, también, en la tortura física real, mientras a mí no era, - lamentablemente, - nunca dada aquella oportunidad. Todo lo que tengo es mi fe sincera en nuestro Führer y en el Gran Reich alemán - la Arianidad occidental bajo el mando de la nueva Alemania - y en nuestro estilo de vida. Si yo no tendría algo para amar y vivir, yo podría ir y ahogarme - tan deprimente es el sentimiento de vacío de mi vida. Todo lo que quiero es nuestro triunfo, - su triunfo; el triunfo de nuestro Führer, si él esta vivo en la carne o no. Dondequiera que yo esté cuando el tiempo venga, llámenme, y colóquenme donde seré más útil."

Hice una pausa durante un segundo y luego dije, sobre todo dirigiéndome al intrépido Hans F.: "Personalmente, me gustaría jugar una parte activa en la represión de las fuerzas antinazis, cuando nuestro Día venga; no impartir justicia a traidores alemanes - le dejo aquellos a ustedes; no es mi trabajo tratar con ellos -, pero estar a la cabeza de algún campo para antinazis extranjeros, o mejor de todos modos, para Judíos, si usted tiene voz en el asunto. Y si resulto hacer cosas que al mundo externo delicado, hipócrita no le gusta, usted siempre puede decir que 'Ella no es un alemán; no somos responsables de sus hechos.'"

Hans F. se rió. "Sólo permanezca silenciosamente en su esquina por el momento," dijo él; "y le llamaremos cuando estemos tan avanzados como eso, - o probablemente antes. ¡Descanse segura de ello!"

"Y ahora," propuso Hertha, "dejeme decirle las noticias. Una mujer muy simpática, que estaba aquí como un paciente, oyó que usted hablaba el otro día (ella estaba, parece, escuchando detrás de la puerta, que es seguramente algo muy travieso, pero, en este caso particular, demostró ser bueno). Siendo ella un Nationalsocialista ardiente, le gustó lo que usted dijo. Y habiendo oído más sobre usted, por nosotros, ella quiere tenerle como su invitada mientras esto complacerá a los Poderes divinos, Que la pusieron sobre su camino. Su nombre es Leokardia U., pero cada uno llama a ella Katja. Ella es una alemana nacida en Rusia, y vive ahora en algún sitio en Westphalia con su marido, - quien está también en nuestro lado - y dos chiquitos. Ella viene para recogerle mañana por la mañana y le llevará a su casa en un coche. Con ella, usted no tendrá que preocuparse de nada, sino que será capaz de escribir en paz y, lo que es más, en una atmósfera Nationalsocialista... "

Me costó creerlo. Esto era otra de aquellas cosas extraordinarias que pasan en mi vida. Me sentí enormemente agradecida a esta desconocida Frau U., e incluso más aun a mi misterioso destino; a Hertha, también, pues era a través de ella que yo había venido (indirectamente) al contacto con Frau U. Puse mis brazos alrededor del cuello de mi amiga.

¡"Mi Hertha," dije, "esto me tocó realmente! Esto suena a un cuento de hadas; pero los cuentos de hadas se realizan, conmigo. Sé que seré feliz allí. Es algo el ser amado, y recibido como un amigo, debido a lo que soy y no, (como este era el caso prácticamente en todas partes fuera de Alemania, a excepción de la casa de mi marido y de círculos indios muy definidos) a pesar de lo que soy. Ahora, dígame como Frau U. luce... "

"Ella es alta, fuertemente construida, rubia, con grandes ojos azulados-grises encantadores. Típicamente Germánica. A usted le gustará ella. Y ella tiene sólo veintiséis años, y llena de fe y fuego. Estaba antes en el B.D.M. y, después de la guerra, una prisionera en Polonia durante dos años. Ella le contará su historia... "

Dentro de mi corazón, bendije a mi nueva, joven, camarada aún desconocida, y una vez más agradecí a los Poderes invisibles.

* * *

Hans F. no vino a la fiesta de baile en Heimkehrerverband. Ni lo hizo Hans-Georg P. Pero Leo vino. Y así lo hicieron Heinz, Erich, y el resto de nosotros: Hertha, Edith, Lydia, y Anni. Y el marido de Hertha estaba allí también: él había venido en total desde Bad Homburg, para verla. Hertha me había advertido: "sea cuidadosa y ¡cállese la boca! en el caso que se encuentre con alguien que usted no conoce. El lugar estará, como de costumbre, lleno de espías."

Teníamos una mesa para nosotros. Pero un tipo que había insistido en venir con nosotros desde 'Fischerhof' se sentó entre nosotros, y mas aun, directamente a mi lado. Él se había presentado como "el miembro del Heimkehrerverband." Hertha se sentó al lado de mí al otro costado. Ella susurró en mi oído: "No me gusta aquel tipo. Le he visto en 'Fischerhof.' Él no es uno de nosotros. Y si usted me pregunta, él está tras usted. Ellos sospechan algo y quieren averiguar. Intente deshacerse de él." "Intentaré," dije yo.

El hombre pareció realmente, de hecho, interesado en mí - es decir, en mi perspectiva (no en mi persona, de cualquier modo). Él me puso preguntas embarazosas. Le di respuestas evasivas y gradualmente le conduje al asunto de las religiones indias; le di una conferencia de media hora sobre la historia de la desaparición del budismo de India y, durante otra media hora, intentado explicarle lo poco que sé de las diferentes concepciones del nirvana. Él se aburrió y se marchó - indudablemente convencido que estuve demasiado interesada en el Oriente para ser, de cualquier modo, "políticamente" peligrosa en Alemania.

"No hay nada como ser - o parecer - pedante, para mandar a hombres no deseados lejos," declaré yo, tan pronto como él se había ido. "Eso siempre funciona conmigo, al menos."

Pero la música sonaba otra vez. Hasta entonces, viendo cuan seriamente metida en la conversación yo estaba, nadie me había pedido bailar. Ahora un caballero estaba de pie ante mí: un alto, hermoso hombre con ojos azul de acero que me sonrieron: - Leo.

¡"Pero no se bailar!" dije yo, sin seguridad. Y era verdad: yo nunca había aprendido a bailar - salvo danzas folklóricas griegas. El único baile de salón que yo algo sabía era el vals. Y yo no había bailado incluso eso durante los treinta años pasados más o menos. Pero Leo no me creyó.

¿"Ni siquiera conmigo, - un camarada?" preguntó él.

"Si, bailaré con usted; intentaré..." dije yo, levantándome y sonriendo. Y cuando yo estaba de pie bastante cerca de él para ser capaz de hablar sin que nadie más oyera, añadí "... con usted, un hombre de las S.S., que sufrió por todo lo que amo. "

Él miró fijamente en mí con una emoción que no tenía nada, absolutamente nada de la naturaleza del deseo, pero que podría ser descrita como el respeto mezclado con el orgullo.

"Yo he hecho todo lo que podría," contestó él. "y he conocido lo que es el infierno hecho por hombres. Y estoy listo a luchar otra vez, no a fin de recobrar lo que he perdido (hay cosas que uno no puede recobrar), pero de modo que yo pudiera vengar a nuestros camaradas que murieron en la tortura, con el nombre del Führer sobre sus labios; vengar a nuestro ahora desmembrado Reich, y edificarlo una vez más, más fuerte que alguna vez, sobre las cenizas de aquellos que lo destruyeron."

Le miré hacia arriba, feliz. "Me gusta oír que usted hablaba así," dije yo. "Entonces siento que no estoy sola en esta tierra que he llamado "mi hogar espiritual."

"Usted no está sola; ¡que yo pueda decirle! ¿En qué corazones pueden sus palabras - sus palabras ardientes '¡Nunca olvide! ¡Nunca perdone!' - encontrar un mejor eco que en el nuestro?" y él me apretó

a su pecho cuando pasamos zumbando alrededor a la música de vals. ¡(Por suerte para mí, esto era un vals!)

De un salto, recordé aquel otro hombre de las S.S., Gerhard W., que había colocado carteles para mí en 1949. Él también me había sostenido en sus brazos en un gesto espontáneo de entusiasmo impersonal, cuando él había leído mi mensaje en blanco y negro: ¡"Resista a nuestros perseguidores! Tenga esperanza y espere. ¡Heil Hitler!" Entonces, recordé que Leo B. había pasado más de siete meses en la 'celda de la muerte,' esperando a ser ahorcado, antes de que los británicos hubieran conmutado su sentencia a una de encarcelamiento de toda la vida. Como los demás, él había sido condenado a la muerte por haber obedecido órdenes, - por ser un soldado. Pero él estaba vivo - mas aun, muchísimo, y de varios modos vivo, si yo debiera creer las historias que otros camaradas me habían dicho sobre él. Vivo, y fiel. Y su vitalidad y su fidelidad resuelta desafiaron las fuerzas de 'des-Nazificación'; eran una de las innumerables victorias individuales de la posguerra de nuestra Weltanschauung y de los enormes Poderes invisibles de la Luz que están de pie detrás de ella.

Yo no podía menos que decirle así. "Me alegro de sentirle tan fuerte y tan vivo a pesar de todo lo que usted pasó," dije yo. "cada aliento, cada paso, cada movimiento suyo son un grito de triunfo - una risa de desafío - en las caras de aquellos que quisieron matarle por haber servido al Tercer Reich con todo su corazón."

Cuando yo decía eso, Lydia V. y su compañero vinieron bailando por delante de nosotros. Ella también había sido condenada a la muerte. Y la joven Edith, que había estado viviendo ocho años de hambre diaria y agonía en un campamento de trabajo duro ruso, también bailaba con un llamado 'criminal de guerra' con dios solo sabe que detallada experiencia del horror del comportamiento Democrático. Heinz y Hertha bailaban juntos.

Pensé en todos aquellos que todavía esperan entre rejas - en Spandau, en Werl, en Landsberg, en Wittlich, en Breda, en Fresnes, en Stein, y en todas las prisiones y los campos de Polonia y Checoslovaquia, Yugoslavia y Grecia, y Rusia, y Siberia... Esperando para que nuestro Día pueda alborear. Pensé en todos aquellos que dejaron sus vidas para el sueño orgulloso de la dominación del mejor. Un episodio que Anni me había relatado cuando yo estaba en Celle, volvió a mi memoria: este de un hombre de las S.S., un celador en Belsen, a que los británicos intentaban forzar a firmar un relato falso de llamadas 'atrocidades Nazis.' Le habían traído al hospital en tal estado que apenas podría esperarse que él viviera. El oficial británico que le acompañó había dicho al doctor alemán: "Vea que él dure al menos hasta mañana por la mañana: ¡él debe hablar!" Ciego, con sus huesos rotos, su cuerpo entero una herida sangrienta, el desafortunado alemán estaba sobre la cama. La hermana responsable (quien había hablado a Anni sobre él) había dicho: ¡"Permita Dios que él muera realmente cuanto antes - y se libere!" Entonces, de madrugada él había tratado de moverse, pero no podía. La hermana responsable, pensando que él quizás quiso decir algo, se había inclinado a la cama. Y los labios del mártir se habían movido... ¡"Heil Hitler!" dijo, en un susurro supremo, cuando la vida se marchó de él.

Me estremecí cuando de repente recordé aquel episodio en medio de la alegría de la música de vals. Y un rato una sombra vino sobre mí. Pero otra vez, cuando miré alrededor en la fiesta vespertina del Heimkehrerverband, me sentí esperanzada, si no todavía feliz. Ya que había esperanza en las palabras de Leo: "Estoy listo a luchar otra vez - para vengar a nuestros camaradas que murieron en la tortura; edificar al Gran Reich alemán de nuevo." Había esperanza en la juventud victoriosa de Edith, fiel a los ideales del B.D.M.; en la alentadora aprobación de Hertha a mi agresividad; en la certidumbre apasionada de Lydia que nuestro Führer está vivo; en el espíritu desafiante de Heinz; en la buena voluntad espontánea de Katja de dar una casa a una extranjera que ella nunca había visto, en la única razón de que la extranjera había dado la lealtad incondicional a Adolf Hitler y a todo lo que él representa. Había esperanza en el esfuerzo de Hans F. hacia la perfección del estilo de vida Nazi integral; en su ideal de la vida sin una debilidad - esperanza, no sólo eso, hasta en la intolerancia austera en nombre de la cual él trató de imponer su restricción moral al pobre Leo. Había esperanza en la vitalidad de los hombres de hierro; en su voluntad inflexible; y, entre los mejores de ellos, en aquella consciencia clara de lo que el Nacionalsocialismo realmente significa, y en la certidumbre de su eternidad como una perspectiva ante el mundo y como una escala de valores.

CAPÍTULO VIII

MONUMENTO A HERMANN Y EL VALLE DE LAS ÁGUILAS

Detmold, el 23 de octubre de 1953

La línea de tranvía corría a través de los bosques. Y los bosques tenían los colores magníficos del otoño: marrón claro, marrón oscuro, naranja, amarillo brillante, rojo oscuro, rojo sangre, en contraste con parches de los eternos verde oscuro. Con mi cara contra la ventana, miré fijamente en el paisaje: en el lado izquierdo del camino, las colinas cubiertas de bosques - empinadas cuestas, elevándose directamente desde el nivel del camino; delante, la perspectiva siempre cambiante de un valle tortuoso dentro de un bosque; a la derecha, la anchura del valle: más extensiones arboladas que conducen a colinas arboladas; el juego del Sol dentro de las ramas; luego, de repente, una superficie acuosa brillante que refleja el cielo azul, el Sol, imágenes al revés de los árboles ribereños, los contornos suaves de las colinas contiguas, rojos violento y marrón que se combinaban, más allá de una cierta distancia, en una neblina dorada gloriosa.

Y lejos, sobre la cumbre de la colina más alta que cierra el horizonte, - encima de las cuestas arboladas en traje tradicional de otoño; encima de la extensión pantanosa, el valle entero, la tierra entera, - estaba de pie algo que, con mi vista mala, me costó distinguir en medio de la neblina luminosa: una cosa larga y de aspecto aguzado - como una espada que apunta al cielo, - a que mi vecino en el coche de tranvía (indudablemente notando cuan sumamente interesada yo estaba en el paisaje) llamó mi atención diciendo: "Ese, allá arriba, es el monumento a Hermann." "Hermann, (1)... " repetí yo, como si hablara a mí, pero por lo visto con tal embeleso que mitad de los pasajeros en el tranvía giraron para mirarme; ¡"Hermann el Libertador! ¡Ningún lugar alto mejor podría haber sido encontrado para su imagen!"

El tranvía rodó adelante, - ahora, a velocidad plena, ya que estábamos fuera de la ciudad. La perspectiva era diferente de segundo a segundo. Corríamos adelante y más lejos del límite del espejo acuoso. Las colinas de enfrente y sus imágenes al revés, rápidamente retrocedieron en la distancia, y nuevas colinas aparecieron, cubiertas del mismo mantel de muchas tonalidades marrón de hojas agonizantes. Y las cuestas en el lado izquierdo del camino se hicieron gradualmente menos escarpadas y más remotas.

(1) También conocido como Arminius.

Pero el Monumento a la gloria del Libertador todavía dominaba el paisaje magnífico, - firmemente arraigado como un hito en el cuerpo de la colina más alta, y tan inmóvil como la colina misma. Me apareció como el Símbolo del Alma alemana inmutable encima de la corriente de la historia que nunca fluye hacia atrás.

* * *

Perdí completamente la vista del pantano. El valle se ensanchó. El camino dio vuelta. Los prados aparecieron - y casas, aquí y allá; luego, más prados, y bosques en el fondo. La línea del tranvía se acercaba al pie de la sierra en la cumbre de la cual me habían mostrado el Monumento. Pero éste ya no podría ser visto. "Las cosas en lo alto sólo pueden ser vistas desde una distancia," pensé yo. "y las figuras altísimas del pasado también puede ser, sólo desde lejos adelante en el tiempo, visualizadas en todo su significado. Pero no es todo: ellas son, también, grandes según la medida del futuro que los juzga; grandes al grado que ellos han hecho aquel futuro posible, o que ellos se han esforzado - sea ello en vano - para causar eso que aquel futuro sostiene como hermoso y valioso." Alcanzamos la última parada: Hiddesen; el lugar desde el cual puede tomarse un autobús a la cumbre de la colina y al Monumento, o... acercarse, por los bosques. Decidí andar. Yo estaba sola. Un grupo de gente que

había venido en el mismo tranvía que yo, esperó el autobús. Siguiendo el camino que conduce cuesta arriba, e inhalando, en cada paso, la fragancia del bosque, reanudé la tendencia de mis pensamientos. Debía, definitivamente, mejor andar: era más inspirador; más de acuerdo con mi humor y objetivo, reflexioné yo. Yo en efecto no había venido para ver cosas como turista - cómodamente y superficialmente, -, sino para estar, tan íntimamente como yo podría, en comunión con la Tierra de mi Führer y la gente. Entonces, pensé otra vez en Hermann el Libertador: el Jefe Cherusco que derrotó a las legiones de Varus en el año 9 de la era cristiana; el hombre que ha salvado Alemania del destino trágico de la Galia y Gran Bretaña, es decir, integrarse en el mundo romano declinante, - y así, pronto, - en el mundo cristiano temprano, y por último, integrarse en un mundo Occidental que ha olvidado su alma aria.

Era algo, en efecto, el no haber experimentado nunca la dominación romana; al menos, no haberla experimentado nunca salvo en la frontera del territorio, mientras los otros países importantes del Occidente habían sucumbido a ella completamente; haber permanecido libre, orgulloso, marcial, durante aquellos primeros siglos horribles de la era cristiana, durante la cual ellos habían sido esclavos; haber seguido hablando la lengua Germánica, mientras ellos habían sido ocupados olvidando sus lenguas celtas y aprendiendo el latín; haber permanecido fiel a la vieja religión nórdica del Padre de luz "Todo-poderoso" (1) y a su espíritu viril, mientras ellos habían estado, en parte bajo presión romana y en parte por su propia voluntad, olvidando su fe tradicional y, dando un homenaje de la boca para afuera a dioses de Roma y creyendo solamente en la filosofía triste de todos los oportunistas, o... buscando consuelos apartados del mundo en los cultos de misterios del Oriente Próximo y finalmente en el cristianismo.

(1) el culto druidico fue prohibido en la Galia y Gran Bretaña por la orden del Emperador romano Claudius (41-54 d.J.C.).

Era algo, - era más, mucho más que lo que la mayor parte de estudiantes de la historia han notado alguna vez, hasta ahora - el haber evitado aquella repulsiva mezcla de sangre, extendida, que debía ser la consecuencia inmediata y más desastrosa de la nueva religión del hombre, dondequiera que ésta debiera ganar los corazones de las personas después de que - gracias a la conquista romana - números de extranjeros de diferentes razas se habían colocado entre ellos como soldados mercenarios, como comerciantes, adivinos, cortesanas y esclavos. Era algo el haber sido salvado de eso - junto con la temprana Cristianización y latinización - reteniendo, por el contacto hostil constante con el mundo romano, el sentimiento inestimable del peligro, y la preparación sana para luchar contra cada forma de autoridades extranjeras, (y por consiguiente cada forma del internacionalismo). Por aquella buena suerte (o predestinación misteriosa) Alemania nunca debió hacerse como el resto de Europa - aunque el cristianismo fuera, más tarde, a cambiar la faz de su gente, en apariencia y durante un tiempo. Por aquella buena suerte, ella iba, a pesar de todo, a retener su alma aria orgullosa y demostrarse digna de gobernar el Occidente. Y aquella buena suerte ella la debió a Hermann el Cherusco. ¿O era ello, al contrario, que Hermann el Cherusco había tenido éxito donde otros líderes Nacionales - Vercingetorix; Reina Boadicea, - habían fallado, porque los Poderes Invisibles Que presiden el drama de la historia habían designado a Alemania un destino enorme y único? - ¿aquel destino, del cual Adolf Hitler a menudo debía tanto hablar, casi dos mil años más tarde, y cuya realización debe venir aún?

Así pensando, seguí andando cuesta arriba - más y más alto, - por los bosques. Tomé un atajo, que un hombre que conocí me había mostrado, y vine a un lugar desde el cual yo podría contemplar una parte entera del campo circundante: las colinas cubiertas de bosques en colores de otoño tan lejos como mis ojos podrían ver, y Detmold en medio de ellas; el Bosque de Teutoburg, - una parte de la capa real viva de Alemania, en todo su esplendor. Y por la milésima vez me maravillé del hecho que, a pesar la destructividad de cada invasor sucesivo, Alemania haya permanecido una tierra de bosques. En el lugar donde estuve de pie, muchos árboles habían sido talados - indudablemente por "ellos," los vencedores de 1945, los perseguidores de todo lo que admiro. ¡La vista de la devastación me hizo inmediatamente vivamente consciente de la presencia de los Aliados, - todavía! - y recordé en mi mente las palabras que Hermann había dicho de los romanos, casi dos mil años antes: "Por tan largo tiempo como el enemigo nos desafía en el suelo alemán, el odio es nuestra ley, y nuestro deber: ¡La venganza!" Los tocones de los árboles talados por todas partes a mi alrededor me parecieron pedir venganza. Recordé los días atroces - 1946 - cuando me habían dicho, en Inglaterra, que, aquí en la

Zona "Britanica" solamente, diez mil árboles estaban siendo talados cada día. Y renové mi vieja maldición con tanta pasión como entonces: ¡"Puedan tres de aquellos que se alegraron en las noticias de la victoria de los Aliados, morir, por cada árbol talado en Alemania desde la Capitulación!" un abeto hermoso, que resultó haber sido salvado, estaba unas yardas delante de mí, entre los tocones musgosos, orgullosos y verdes contra el trasfondo enrojecido del bosque mas alla. Miré fijamente en ello con amor, y sentí que yo había hecho lo correcta en la repetición de mi maldición contra los vencedores de la Segunda Guerra Mundial.

Pero ya entre los tocones mismos, uno podría ver, aquí, las ramas jóvenes, oscuras, de hoja perenne de una nueva conífera, allá, las tonalidades marrones y rojas de otro pequeño árbol en crecimiento, experimentando su primer o segundo otoño: el inagotable milagro de la Vida. En su vista, recordé las casas flamantes y fábricas reconstruidas en los alrededores de áreas todavía arruinadas; el milagro de la voluntad invencible de Alemania para vivir. Y sentí lágrimas resbalar desde mis ojos.

El bosque, sin embargo, se hizo más espeso cuando anduve a traves, - a la izquierda, a lo largo del camino que yo había alcanzado, como me habían dicho que lo haria. Yo sabía que el Monumento estaba en lo alto de la colina, pero no podía verlo. Tampoco podría ver el paisaje de colinas ondulantes, y Detmold en la distancia: los árboles a mi izquierda lo escondieron de mí completamente. Yo podría ver solamente árboles - ahora, prácticamente todas las coníferas - y el juego de luz y sombra, y, de vez en cuando, de un rayo excepcionalmente brillante de la luz del sol, dentro de sus ramas oscuras; y el cielo azul brillante encima. Y yo sabía que estaba en el Bosque Teutoburg, - una región santa dentro de la Tierra santa. Y me sentí en un suelo sagrado.

Me alegré de estar sola. Lo que realmente me habría gustado encontrar en la vuelta del camino, habría sido un grupo de hermosos jóvenes Hitlerianos, cantando en su camino. Pero para esto yo había venido demasiado tarde, - o demasiado temprano. Ahora, era mucho mejor estar sola que encontrar a tal gente que no habría estado, según yo, visitando el Monumento de Hermann en el espíritu correcto. Estar a solas con el bosque, y la tranquila Alma del Bosque; con aquella intensa, lenta eirresistible vida de los árboles que - se dice - asustó a los romanos en ésta la unica tierra que se levantó contra ellos victoriosamente; sola con el sentimiento de la eternidad de Alemania - pues aquella poderosa Vida del árbol no es nada más. Y reflexioné, cuando seguí el camino, más profundo y más profundo en la santa sombra y paz, respirando la fragancia de las plantas de hoja perenne: "De hecho, como India antigua, donde la Doctrina aria de la Violencia desapegada fue primero posada en palabras escritas por videntes racialmente parecidos a su gente, Alemania era y permanece una tierra de bosques, no simplemente materialmente, sino también en un sentido mas sutil. Lo eterno de su gente radica, así como de los bosques, en su fidelidad obstinada, semiconsciente a su raza y a su suelo. Los arios antiguos en India inventaron el Sistema de Castas, o lo reorganizaron sobre una base racional, racista. Los alemanes trajeron adelante el Estado Nationalsocialista, de acuerdo con aquella mismísima sabiduría de Sangre y Suelo, que ellos, en todas partes de su historia, se han esforzado por expresar. ¿Pero que criaturas han cumplido con aquella sabiduría desde el principio del mundo, más rigurosamente que los árboles? La sabiduría de Sangre y Suelo es, ante todo, la sabiduría inmemorial, ciega de las Raíces y Savia: obediencia absoluta a las leyes más elementales de la Vida. Esto es la sabiduría de las Raíces y Savia transferida al plano humano, mas aun, dada a la aristocracia natural de la humanidad como el secreto del Camino al Carácter divino visible y tangible. La enseñanza inspiradora entera de Adolf Hitler podría ser expresada en tal mandamiento como: ¡"Se como los árboles del bosque!" - en la conciencia plena, con todo tu corazón, voluntad, e inteligencia, tan fiel a la Ley de Sangre y Suelo como ellos." Sean fieles a la Tierra de su raza, y mantengan la sangre de su raza pura; ¡y, tan indefectiblemente como cada árbol muestra los signos de su propia variedad, dejen a las virtudes arias brillar en ustedes y en sus descendientes! Y ustedes serán una Nación de superhombres, gobernando la tierra... "

Tomé un camino más estrecho conduciendo hacia arriba, a mi derecha, y anduve en una sombra siempre espesandose. Yo a veces me preguntaba si estaba en la pista apropiada: el camino pareció interminable. Pero esto importó poco, pensé: yo iba, de todos modos, hacia la cumbre de la colina; encontraría mi camino, si hubiera cometido un error... Entonces, de repente, el camino se hizo más escarpado. La cuesta adicional, a la cual este condujo, estaba cubierta de árboles además de coníferas. Y los rayos del Sol, cayendo directamente sobre el camino, hicieron a la profusión de hojas

decoloradas encima y en cada lado de ello parecer un tumulto de intenso amarillo, rico en dorado y marrón, y violentos rojos. Los troncos brillaron como columnas pulidas en la luz brillante. Me sentí regocijada; en un humor de cantar. Espontáneamente, - como si nada pudiera, mejor que esto, exteriorizar mi cariñosa conciencia de la potencia santa del Suelo; de la juventud alegre, obstinada, parecida a un árbol, que ninguna arma pueden matar y que ningún dinero puede comprar, - entoné la Canción conquistadora; la Canción de expansión de los Hijos del Bosque en las cuatro direcciones: "... Del Meuse al Memel,
de Etch hasta el Mar Báltico,
Alemania, Alemania sobre todos,
sobre todo en el mundo..." (1)

(1) "Won der Maas bis an der Memel,
von der Etch his an dem Belt,
Deutschland, Deutschland über alles,
über alles in der Welt... !"

Y cuando las últimas palabras brotaron de mí como un hechizo de orgullo, esperanza y venganza, de repente vi, directamente en lo alto del camino, contra el fondo de la luz gloriosa, el Monumento que porta la estatua de bronce colosal de Hermann el Libertador.

* * *

Un rato, me estuve quieta en medio del camino, con mi brazo derecho extendido en dirección de la Estatua. ¡"Heil dem Befreier!" pronuncié yo por fin, en voz alta y solemnemente; "Heil dem Feinde des fremden Roms; des schon verfallenen Roms; ¡der internationalen Weltmacht!" y cuando grité aquellas palabras, yo no podría sino también pensar en Él quien, en nuestros tiempos, luchó contra cada poder internacional: nuestro Hitler. Nadie podría oírme, salvo, quizás, los espíritus del Bosque. Esto importó poco. Era, hasta - por lo visto - mejor así. Pues habiendo estado alguien presente, yo seguramente no habría hablado.

Hice una pausa durante un segundo o dos, consciente que yo hacía algo que tenía su sentido en la maduración lenta de mi pensamiento y su lugar en el tiempo, y que tenía que ser hecho. Y otra vez, incapaz de separar en mi corazón y mente al Jefe victorioso de hace dos mil años y Aquel de hoy a quien las fuerzas antialemanas y antiarias fundidas del mundo han vencido de momento, pero no han sometido; - aplastad también de momento - pero no destruido; reducido al silencio - durante los ocho años pasados, y por quién sabe cuanto más - pero no impedido en el Reino invisible donde su nueva ascensión (no como Reichschanceiller alemán, esta vez, sino como el Líder pan-ario y Salvador Mundial) está siendo constantemente preparada, añadí: "Heil dem Volksführer y Kriegsführer - gestern, heute, morgen; ¡für immer!"

La lengua alemana me vino naturalmente, como si hubiera sido la mía, - o como si esto fuera la lengua de un futuro mundo Occidental, al cual ya pertenecí.

Por encima de las copas de arboles, con su cara al Oeste, su brazo derecho levantado, espada en mano, al cielo, la imagen colosal del Libertador estuvo de pie en la luz del sol. Yo podría ver sólo la espalda de ello; y esto también tenía un significado en aquella serie de gestos mágicos que yo estaba, a sabiendas o medio a sabiendas, realizando. Sentí - yo, uno de los primeros arios del mundo externo (y quizás hasta el primero) que había aceptado el mando de Alemania sin reservas, - como si yo siguiera la encarnación eterna del jefe militar alemán; siguiendo a él en un nuevo Drang nach Westen, en los pasos de las tribus Fráncicas que rompieron el poder de Roma declinante; siguiendo a él, en previsión de una futura Arianidad despierta, unida bajo el mando de Alemania contra el nuevo poder del Dinero: U.S.A montado por el judío., peor de lo que Roma alguna vez era. Y me regocije en aquel sentimiento.

* * *

Manteniendome en el mismo camino, ahora di vuelta a mi derecha, y luego otra vez a mi izquierda. El camino fue alrededor de la cumbre de la colina, en lo más alto de la cual se instaló el Monumento.

Levantando mi cabeza, yo podría ver ahora el perfil viril de bronce del guerrero bajo el casco alado; los músculos estirados del brazo extendido que lleva la espada; el paso avanzado resuelto de los pies, en su soporte desafiante. Yo sabía - por haberlo leído en tarjetas postales, - que el Monumento es de cincuenta y cuatro metros de alto, la estatua sola, veintisiete, y la espada, siete. ¡Pero aquellas medidas precisas no me interesaron (salvo quizás por el hecho que la suma de las cifras, tomadas en su valor absoluto en cada uno de los dos primeros números, es nueve - el sagrado número nueve de la religión nórdica! - y que la tercera medida es siete, otro número sagrado en casi todas las religiones del mundo. Sólo me pregunté si Ernst von Bandel, el constructor del Monumento, le dio estas proporciones místicas intencionadamente o por casualidad. "Si ello fue por casualidad, entonces es tanto más notable," pensé yo). Lo que realmente me interesó, - lo que me llenó del entusiasmo, - era el significado de la estatua del Libertador, allí sobre la cima más alta, encima del paisaje forestal. En mis ojos al menos, la imagen de bronce del Guerrero personificó el espíritu del desafío alegre; el orgullo agresivo de una Nación joven, fuerte, sana, hermosa, celosa de su libertad y consciente de su invencibilidad.

Recordé las palabras clásicas de Hermann el Cherusco: "Por tan largo tiempo como el enemigo nos desafía sobre el suelo alemán, el odio es nuestra ley, y nuestro un deber: ¡La venganza!" "Mi hermano mayor y mas noble," pensé yo; ¡"usted quien poseyó el poder divino de la Espada - el poder final, que no tengo, - cómo le entiendo! ¡Cuan mas cercana me siento a usted que a aquellos que, aunque algunos de ellos sean mis superiores, que sufrieron para la Causa aria y a quienes respeto, carecían de aquella barbaridad simple, inocente que le embellece!" y recordé la inscripción sobre la Espada simbólica de bronce en la mano del heroe: palabras famosas de Bismarck: "Deutsche Einigkeit: meine Stärke; meine Stärke: Deutschland's Macht," - "La unidad alemana es mi fuerza; mi fuerza está en el poder de Alemania." "Ein Volk; ein Reich; ein Führer," reflexioné yo, citando dentro de mi corazón el lema moderno; el lema de unidad y poder que es aquel del Tercer Reich y permanecerá como el del Gran Reich alemán por venir. "Adolf Hitler ha hablado, y ha vivido, y ha actuado, en el espíritu de Bismarck y en el espíritu de Hermann el Libertador - en el espíritu de todos aquellos que, en el transcurso de la historia, encarnaron el Alma de Alemania eterna. La gran diferencia, sin embargo, entre él y ellos, es que él encarnó el Alma alemana absolutamente, en el conocimiento pleno de las leyes que la han hecho el más alto YO de la Arianidad occidental." Y recordé también las palabras del Führer, pronunciadas en uno de sus discursos tempranos, años antes del Asimiento del Poder (1): "Dios, en Su piedad, nos ha dado un maravilloso regalo: el odio de nuestros enemigos, que, en nuestro turno, odiamos con todos nuestros corazones..." y me maravillé de la identidad del espíritu animando a los dos líderes a cada extremo de la hasta ahora registrada, historia de Alemania: el libertador del suelo alemán, y el libertador del suelo alemán y del Alma alemana - mas aun, del Alma aria, al grado que los arios del mundo están listos a aceptar su mensaje y seguirlo a él y a sus fieles. Identidad de espíritu en su actitud negativa no menos que en su positiva. "Ambos son completamente libres de la hipocresía cristiana y de aquella superstición tonta acerca de 'amor al hombre' que el cristianismo ha dejado en tantos corazones que han rechazado sus otros principios," concluí yo.

(1) Discurso en Düsseldorf el 15 de junio de 1926.

Y me paré un rato para dejar a mi ojos descansar sobre el magnífico paisaje circundante: sierras y sierras de colinas arboladas, una detrás de otra - marrón, y amarillento marrón y rojizo marrón, con parches de verde oscuro (y un racimo ocasional de casas con azoteas de ladrillo rojas) - tan lejos como mis ojos podrían ver; las sierras de colinas arboladas que gradualmente se hacían más borrosas, hasta que los contornos grises azulados violaceos de la última se desvanecieron en la niebla gris azul violeta distante en cual se fundían tanto tierra y cielo; y el Orbe glorioso, arriba, en la infinidad azul resplandeciente, derramando sus rayos de calor y luz sobre aquellas inmensas olas enrojecidas del bosque, y sobre las ciudades distantes y pueblos. Y, algunas cien o doscientas yardas detrás de mí, sentí la presencia del coloso de bronce orgulloso y solo: una personificación de aquella Tierra orgullosa y encantadora; el portavoz de su voluntad inflexible por la libertad; la expresión de su sueño perenne de poder.

Sonreí a la tierra en el traje tradicional de otoño marrón que se estiró ante mí: ¡"Alemania, tu eres tan hermosa!" pensé yo; "tan hermosa como hace dos mil años. Y la gente tuya apenas ha cambiado - sólo, quizás, se ha hecho más consciente bajo la presión hostil constante del Este y del Oeste. ¿Ah, por qué no vine antes?"

Me imaginé aquí, durante los grandes días, encontrando un grupo de niñas de la B.D.M. (1) y reuniendo a ellas alrededor de mí (con el permiso de su líder) y diciendo a ellas con entusiasmo algo de mis impresiones del sagrado Bosque Teutoburg y del Monumento a Hermann. Y una tristeza inefable - el sentimiento viejo, bien conocido de la culpa inexpiable - me llenó una vez más en el pensamiento de mi vida gastada. Y una lágrima rodó bajo mi mejilla.

El paisaje forestal glorioso se desplegó ante mí desde un ángulo diferente cuando anduve a través. Los abetos, que cubrieron la cuesta en lo alto de la cual estuve de pie, ahora vinieron directamente hasta el borde del camino, y yo podría, a mi derecha ver solamente ellos y el juego de los rayos de sol dorados dentro de su sombra oscura, fresca, fragante, - mientras a mi izquierda, contemplé al coloso Hermann cara a cara. Unos pasos más, sin embargo, y yo dejaba al bosque de abetos detrás de mí, y otra vez miraba directamente sobre el valle y colinas mas alla y al horizonte azul distante... Miré fijamente en la Figura de bronce, el símbolo de la resistencia de Alemania a esa Roma de los días de Augusto, que ya no era un poder ario; símbolo de la lucha centenaria de Alemania contra todas las formas de regimen del dinero internacional; el símbolo de nuestra resistencia renovada a todas las influencias no arias que han logrado ejercerse sobre el Occidente por Roma... Y miré fijamente en la tierra forestal soleada. Y sentí por el "hogar espiritual" extendiéndose por todas partes a mi alrededor y sonriéndome, la misma ansia retrospectiva, - la misma lealtad desesperada que nunca puedo hacer suficiente para remediar las omisiones pasadas, - como yo tenía, casi cinco años antes, en el umbral del cautiverio. Y le di expresión dentro de mi corazón, en las mismísimas palabras que entonces: ¡"Alemania, en antiguos años, yo no sabía cuánto te amé!"

(1) Muchachas del "Bund deutschen Mädchen," - el homólogo femenino de la "Juventud Hitleriana."

* * *

Anduve a través y, dejando un rato el Monumento mismo detrás de mí, alcancé la amplia autopista asfaltada y, finalmente, la entrada del pequeño parque al final del cual el Monumento está de pie. Seguí el callejón entre el inevitable salón de té de lujo y los puestos de tarjetas postales y "souvenirs" y, dando vuelta a mi izquierda, anduve directamente hasta la estructura de piedra impresionante que porta la imagen del héroe, y la escalera tortuosa dentro del pedestal arqueado masivo, al balcón de piedra que corre alrededor de la cima de éste.

Allí, me maravillé una vez más de la opción del lugar donde la Estatua colosal del Libertador fue puesta para dominar el campo circundante. La misma vista de colinas arboladas interminables que yo había admirado del camino abajo, se estiraban ante mí. Una sola lo dominó, ahora, de apenas un poco más alto. Los nombres de las ciudades, grandes y pequeñas, en dirección a las que uno sucesivamente miró, fueron escritos sobre el parapeto de piedra: Herford; Lage; Detmold; Paderborn... etc. Y había viento. Este era - caliente - excepcionalmente caliente en la luz del sol; pero hacia frío tan pronto como uno anduvo en la sombra.

Yo no podía ver la Estatua: estaba demasiado cerca a ella. Sentí como si yo fuera - junto con la otra gente en el balcón - como un detalle en la estructura de su pedestal. Yo era, de hecho, como cada uno de ellos, una voluntad esforzándose para la libertad y la grandeza de esta Tierra - de Hermann; de Bismarck; de Adolf Hitler; - un detalle en la estructura de poder colectiva invisible detrás de la marcha adelante de Alemania. Yo era esto, independientemente de la que pueda ser mi nacionalidad. Ya que en el invisible, hay fuerzas demasiado anónimas dirigidas hacia este o aquel final.

Miré a aquella otra gente en el balcón - mis colaboradores en el Reino invisible (al menos esperé así). Me habría gustado hablarles, pero no había tenido la oportunidad de hacerlo, y fui demasiado absorta en mis pensamientos para hacer esfuerzos de averiguarlo. Me habría gustado decirles cuan

sumamente conmovida yo estaba por la idea de estar en este lugar. Pero sentí que ellos probablemente no me creerían. Y aún así... ¿Quién podría decir? ¿No me habían dado ya cientos las señales más conmovedoras de la confianza después de dirigirse a mí durante un cuarto de hora? - ¿o menos? Después de todo, no era más extraño para un extranjero sentir como lo hice en el pie de la estatua de Hermann, que habría sido haber visitado Obersalzberg o Landsberg am Lech en el espíritu en el cual yo lo había hecho. Lo que era inusual era que un extranjero en absoluto podría sentir como lo hice en relación a la Nación privilegiada - la de Hermann; Bismarck; y Adolf Hitler, - y sinceramente considerarla como la Tierra santa del Occidente.

Despacio anduve abajo. Y, deseando ver la estatua correctamente, tomé mi asiento directamente delante de ella, en el banco de piedra que linda con la terraza inferior en el lado occidental del Monumento. Leí la inscripción en honor a Ernst von Bandel, el arquitecto de la última - una inscripción sobre una placa conmemorativa de bronce que lleva en relieve la imagen del arquitecto, y la fecha que el Monumento fue inaugurado: 1875. "Cuatro años después del final de la guerra contra Francia," pensé yo; ¡"Oh, habría sido esta guerra también victoriosa! ¡Cuan diferente sería todo de esto que ahora vemos! - que diferente serían las condiciones de vida, las preocupaciones de las personas, su actitud al pasado reciente; ¡la atmósfera entera que uno respira en Alemania! Hay hombres y mujeres - hasta en esta tierra - que quieren 'no más guerras.' No tengo ningún derecho de criticarlos; ningún derecho de hablar en su presencia, cuando ellos, durante esta última guerra, han sufrido y han perdido todo lo que tenían por mis ideales, mientras yo estaba (aunque mucho contra mi voluntad) en la seguridad, a seis mil millas de distancia... Aun así... Aquella ansia para la paz es extranjera a mí. Yo podría entender la paz después de una guerra victoriosa: paz a fin de reponer las pérdidas de uno y consolidar las conquistas de uno. ¿Pero paz durable después de un desastre? ¿Renuncia a la voluntad para vengar a los camaradas? ¿Aceptación de las pérdidas y humillación de uno como un hecho consumado? ¡Nunca! ¡La misma idea de tal paz es insoportable!"

Miré la estatua de Hermann el Libertador y una vez más recordando las palabras viejas, bélicas: "Por tan largo tiempo como el enemigo nos desafía en el suelo alemán, el odio es nuestra ley, y nuestro deber: ¡la venganza!" Entonces, eligiendo una tarjeta postal del Monumento, que yo había comprado en Detmold, escribí la frase histórica sobre ello, lo puse en un sobre, y dirigí ésta a Herr B. en Hanovre. De toda la gente, seguramente el viejo Pagano alemán entendería mis sentimientos - y los compartiría. "Odio es nuestra ley..." Cuando escribí estas palabras, sin embargo, las otras - su contraparte exacta - vinieron a mi memoria como el eco distante de un mundo completamente diferente; las palabras de uno de los mayores de todos los Exponentes de la sabiduría profesada por aquel mundo, y de uno de los buscadores más consecuentes de la paz - de la verdadera paz interior - que alguna vez vivió: Buda: "¿Si el odio contesta al odio, luego cuándo podrá el odio cesar?" y sonreí amargamente en el contraste entre la sinceridad y la lógica de Aquel que hizo aquella famosa pregunta, y la cantidad enorme de hipocresía de la mayor parte de aquellos que han estado citándola durante los dos mil quinientos años pasados. Y dentro de mi corazón, di Al Bendito (o aquellos que hablan en su nombre) mi propia respuesta - nuestra respuesta - al menos con perfecta sinceridad: ¿"cuandopodrá el odio cesar? ¡Nunca! ¿Quién quiere que ello cese, de todos modos? Nadie - aparte de un puñado de verdaderos amantes de la paz. (Y éstos buscan la paz dentro de ellos y dejan el mundo a su destino.)

El mundo vive conforme a la ley de lucha, que implica, en todos excepto una minoría directriz de luchadores que actúan en desapego absoluto, amor y odio: las inseparables contraposiciones. El odio seguirá de todos modos. ¿Por qué intentar detenerlo? ¡Deje a la Rueda inexorable de la Acción y Reacción, - de la victoria y derrota, de la venganza y posterior venganza, ad infinitum, - rodar su curso ardiente, aplastando hoy a nosotros, mañana, a nuestros enemigos, luego, otra vez a nosotros, entonces, otra vez a ellos! A nosotros, que somos un grupo de combate - Bárbaros; animales de selva, y alegres y orgullosos de ser tales, - a nosotros, que encontramos la paz embotada, esto es mejor que renunciar a la ley de la selva. Para que estariamos vivos por el momento, después de 1945, si no tuviéramos aquella gran esperanza de durar bastante largo tiempo para ver la Rueda irresistible rodar; no sólo eso, aquella esperanza de sernos concedida la oportunidad de empujarla adelante, nosotros mismos, un poco más rápido, sobre los cuerpos caídos de los hipócritas que nos predicán la paz... "

Aquellos hipócritas - no budistas, no Jainistas, pero Cristianos, pues el cristianismo (la negación de la violencia sin la negación de la vida, y la negación de la violencia simplemente hacia seres humanos, mucho menos lógica que el budismo o Jainismo) es la fe pacifista del Occidente, - aquellos hipócritas, digo, tenían, en 1945, una maravillosa oportunidad de mostrarnos, si ellos se preocuparan, la

excelencia de lo que ellos tan prestamente predicaban. Ellos podrían haber puesto en práctica tanto la sabiduría de su Maestro, Jesús, como la sabiduría más vieja Del Iluminado. Ellos podrían haber - "amado a sus enemigos"; - y podrían haber pensado: ¿"De hecho, si el odio responde al odio, cuándo se detendrá el odio?" y no haber contestado el odio hasta del menos desapegado entre nosotros. En vez de tratarnos como ellos hicieron (mucho peor de como tratamos a nuestros enemigos), ellos podrían habernos dejado ir, ilesos y libres, y hecho todo lo que podrían para no añadir nuevos actos de violencia a los nuestros. ¿Quién sabe? Quizás ellos habrían obligado, entonces, a la vieja Rueda a estarse quieta, y haber dado al mundo algo apenas creíble: después de milenios, la victoria del espíritu de la Paz. Era, de todos modos, su trabajo tomar aquel paso generoso: ya que no estábamos en el poder; y, Jesucristo, - su maestro, no el nuestro, - ha pedido a todos sus seguidores verdaderos volver bien por el mal. Pero ellos no han hecho esto; ni siquiera han intentado.

Ellos nos dieron, en cambio, aquella serie de procesos infames, y todos los horrores, torturas, encarcelamientos, ejecuciones, que uno conoce. Ellos perdieron su única ocasión de oro para aplicar los principios, y cumplir con los llamados "valores," que se supuso que ellos defendían; la oportunidad de mostrar al mundo - y primero, de mostrarnos - que maravillosos aquellos "valores" son. Ahora, es demasiado tarde. No pueden esperar que nosotros, la próxima vez, o ninguna otra ocasión, cuando la victoria nos favorezca, demos una demostración práctica de principios en los cuales no creemos. ¡De este modo, deje a la Rueda de Reacción y Acción rodar adelante aplastando cada segunda generación! Tenemos la intención de contestar el odio con el odio, venganza con mayor venganza. Estamos completamente satisfechos por la ley de la selva, y no tenemos ninguna ansia para la paz en absoluto, en esta vida o en la otra, si allí hay otra - u otras. Todo lo que queremos es agarrar el poder una vez más - importa poco como, y cuando, - y vengar a aquellos de nosotros que los creyentes en "valores" que negamos han matado en nombre de los "derechos del hombre"; ¡vengar cada uno de ellos diez mil veces!

Así era, durante mucho tiempo, la tendencia de mis pensamientos, cuando me senté en aquel banco de piedra, afrontando la estatua de Hermann el Libertador. Entonces, - como yo había hecho en mi camino por los bosques - reflexioné sobre el significado histórico del Jefe Cherusco. "Es el futuro lo que crea al pasado, extraño como esto puede sonar," reflexioné yo. "Es el futuro lo que da al pasado su importancia; este lo hace aparecer, en los ojos de cada generación sucesiva, en aquella luz particular en la cual es visto. Hermann el Libertador es grande, históricamente, porque que él liberó Alemania - se demostró siendo, hasta este día, de un valor enorme. Incluso aquellos jefes que fueron finalmente derrotados y no pudieron, como él, evitar siglos a su gente de la dominación romana con todas sus consecuencias - Boadicea, la Reina de los Iceni; Vercingetorix, - tienen un nombre en la historia por haber encarnado la consciencia colectiva temprana de naciones que fueron, con el tiempo, destinadas a jugar una gran parte en la evolución del mundo. Su gente, aunque ellos hayan perdido su vieja lengua; aunque ellos hayan, como en caso de los franceses, en alto grado perdido su vieja sangre, todavía los honran como héroes nacionales. Y ellos también hacen erigir monumentos a su gloria. Hermann el Cherusco, sin embargo, no tiene simplemente un monumento conmemorativo de piedra en Alemania y un nombre en la historia. La fuerza viva que él encarnó hace dos mil años - el Germanismo, - encontró su expresión muchas veces desde entonces, y es hoy una fuerza fertilizante; una fuerza a la cual el mayor europeo de todos los tiempos - Adolf Hitler; otro alemán, - ha dado un nuevo ímpetu junto con un significado ensanchado.

Si Alemania no habría permanecido, esencialmente, eso que ella ya era, en el tiempo de Hermann e indudablemente antes: - la medula de la humanidad aria militante en el Oeste, desesperadamente luchando no simplemente contra "sus enemigos", sino contra cada nuevo poder que amenaza en su turno la existencia de la humanidad más alta en su sangre y alma (en su alma a través de su sangre) - esto importaría poco, hoy, si Hermann haya abatido a Varus o si el revés hubiera ocurrido. Su victoria real sobre las legiones en el año 9, y el hecho que esto definitivamente rompió el ímpetu romano y salvó la independencia de Alemania, podría haber sido, a lo más, un asunto de orgullo para los alemanes mismos. Esto no habría sido un acontecimiento de una potencia histórica de gran alcance. Ello no habría sido la victoria de la pureza de la sangre aria y habría tenido, como tal, una importancia perdurable para el mundo entero. Como las cosas estaban de pie, ha hecho posible la existencia perdurable de esa Alemania cuya misión ha sido luchar, en el transcurso de siglos, contra toda clase de internacionalismo artificial, tanto político como espiritual. Esto es en efecto el acontecimiento que pone a Alemania sobre el camino glorioso que ella debía estar de pie para siempre por venir; el acontecimiento, la consecuencia distante y culminante del cual debía ser, en nuestros tiempos, el

nacimiento de la Alemania nueva de Adolf Hitler, totalmente consciente, el líder del nuevo mundo de nuestros sueños.

Es lo que Hermann significa, objetivamente. Es también lo que él significa para nosotros.

* * *

De mala gana, me levanté, y anduve de vuelta, por el parque, al camino a lo largo del cual yo había venido primero.

Cuando vagué a la sombra de los árboles altos, directamente al otro extremo del lugar, incapaz de arrancarme de los alrededores, noté un monumento conmemorativo pequeño y bastante simple: bloques ásperos de piedra amontonados el uno sobre el otro y cementados juntos. Leí la inscripción sobre la placa de bronce insertada en la roca: "Al Canciller de Hierro, aquellos que le reverencian." y sentí que una emoción de entusiasmo me levantaba encima de mí en la conciencia de aquella Realidad enorme: Alemania, en lo eterno de su fuerza; en Hermann; en Henry el Primero; en Frederick el Grande; en Bismarck - en todos los grandes fabricantes del Reich a lo largo de los siglos; en Aquel que es el Fundador del Tercer Reich y más que esto: Adolf Hitler; una sangre; un espíritu; un objetivo; y aquel objetivo: la dominación del mejor; ¡el sueño de Alejandro agonizante, que yo había adorado en mi infancia y en mi juventud!

No soy una alemana; puede ser. Pero pocas personas entre aquellos que se paran ante el pequeño monumento conmemorativo de trozos irregulares de roca, y leen las palabras: "Al Canciller de Hierro..." estaban tan conmovidos como yo estaba, aun si ellos fuesen alemanes. Pocos están tan de verdad contentos en la idea de la presencia de aquel monumento conmemorativo en los alrededores de aquel dedicado al Libertador de la antigüedad. Tanto como si no es que más que aquel del esplendor del bosque en sí mismo; tanto como si no es que más que aquella de la majestad de las colinas, hizo la vista de aquellas pequeñas piedras cementadas juntas traer lágrimas en mis ojos - la vista de aquellas piedras que simbolizan los diferentes Estados germanos mezclados juntos, por el favor de los Poderes divinos y por la voluntad incansable y esfuerzos de toda la vida de Otto von Bismarck, en un Reich.

Recordé las palabras del Canciller de hierro grabadas sobre la Espada del héroe Cherusco: "Deutsche Einigkeit: meine Stärke; meine Stärke: Deutschlands Macht," y el lema famoso: "Ein Volk; ein Reich; ein Führer!" que conozco tan bien. Y una vez más yo era sumamente consciente del sentido de mi peregrinación.

No soy una alemana; puede ser. Pero aquella sangre nórdica - la mejor sangre en el Oeste - en cual yace el secreto de la grandeza de Alemania, es, en parte al menos, también la mía. El sueño de la Arianidad purificada, regenerada, unida conforme al regimen de la gente de Adolf Hitler, es seguramente el mío. Una vez más me maravillé de los trabajos pacientes de los Poderes invisibles de la Luz, desarrollando una nueva Europa y un nuevo mundo ario del caos actual; y en la parte predestinada de Alemania en aquella gran creación; ¡y en el hecho que yo había venido - antes del tiempo - y había abierto el camino de peregrinación a millones en años futuros quienes van a, (por fin!) entender el misterio de la salvación terrenal, y visitar, en gratitud reverente, la Tierra de Hermann y Bismarck, porque esta es también de Nietzsche y Adolf Hitler - como yo hoy.

"Desde el sueño de la Arianidad regenerada, al Nacionalsocialismo. Y del Nacionalsocialismo al entendimiento y el amor a la Alemania eterna," - la historia de mi evolución personal podría ser resumida en aquellas palabras, pensé. ¿Quién puede decir a qué distancia esto presagia la historia de una minoría aria dirigente, con mucho gusto y desinteresadamente viviendo en el servicio al nuevo Gran Reich alemán?

* * *

Quise visitar el viejo asiento del Culto de la Luz: el Externsteine, aproximadamente a quince kilómetros del Monumento a Hermann. Yo había tenido la intención de ir allí a pie. Pero ahora era demasiado tarde: yo ya no podría alcanzar el lugar antes de la puesta del sol.

Hacía frío. Yo fui y tome una taza de café en la cafetería de lujo en la entrada al Parque, sólo para permanecer durante otra media hora en la cumbre de la colina, sin necesidad de sentarme al aire libre. Allí, alguien me dijo que un grupo de invitados estuvo a punto de ir al Externsteine en un coche, y que, si yo gustara aprovechar la oportunidad, yo sería bienvenida. De buena gana acepté. "Pero no vamos allí directamente," explicó el conductor. "Tenemos la intención de parar en nuestro camino en Berlebeck, y ver el Valle de las Águilas. Espero que a usted no le moleste; estaremos delante del Externsteine antes de la puesta del sol, de todos modos."

Debo confesar que esta era la primera vez en mi vida que oí de la existencia del "Valle de las Águilas." yo no tenía la idea mas brumosa de lo que esto podría ser. Por otra parte, no quise mostrar mi ignorancia preguntando. "Por supuesto no me molesta," contesté, simplemente. "Al contrario; seré feliz de ver eso también."

Tomé mi asiento al lado del conductor. El auto fue hecho rodar cuesta abajo, a lo largo del amplio camino asfaltado. Encima de las cuestas cubiertas por el bosque en la gloria del otoño, el Sol brilló, todavía bastante alto, en el cielo brillante, puro.

Alcanzamos Berlebeck aproximadamente dos horas antes de la puesta del sol. Salimos del coche, anduvimos medio camino a una pequeña colina, entramos en un lugar, - una tierra abierta, llana, completamente cortada del camino, - en que podría verse, a distancias de doce o quince yardas el uno del otro, las formas impresionantes de una fila entera de aves de rapiña: águilas de diferentes tipos, y al menos un buitre. Las aves, a las cuales di en la entrada, un vistazo, se posaban sobre soportes, absolutamente inmóviles. (Tanto de modo que, a primera vista, yo me preguntaba si ellas estaban vivas o sólo rellenas.) La tierra supervisó un valle hermoso, cubierto de bosques a ambos lados: el Valle de las Águilas. Había, en el paisaje entero, algo solemne, orgulloso y triste. Y las águilas que lo dominaron simplemente acentuaron esa impresión principal. De tamaño notable, todas ellas, e inmóviles como estaban, ellas parecieron águilas fantasmas que rondan estas colinas solas magníficas; - fantasmas, reunidos en un semicírculo silencioso e inmóvil, misterioso, para algún objetivo desconocido a los hombres.

Una larga estructura de planta baja corrió a lo largo por un costado de un espacio abierto en el lado derecho, cuando uno entraba. Cuando anduve por delante, noté jaulas allí. ¿Estas - u otras águilas - pasan la mayor parte de sus vidas en jaulas? Al principio, no sabiendo nada de las reglas del famoso Adlerwarte, pensé que ellas lo hicieron. Y de repente recordé la referencia de mi madre a las pobres águilas del Parque zoológico de Lyon, en una carta que ella me había enviado mientras yo estaba en Werl, obviamente con la intención de hacerme sentir que mi destino podría haber sido peor después de todo "usted saldrá en tres años de tiempo si no antes. Piense en las águilas cautivas en el Parque. Ellas nunca serán libres otra vez." yo nunca había pensado seguramente en animales cautivos con tal entendimiento vivo y compasión como desde que yo me había hecho prisionera. Y aquella carta sólo me había hecho más consciente del horror de todas las jaulas, sean ellas para aves o cuadrúpedos. Las jaulas que ahora vi eran al menos bastante grandes, comparadas con aquellas en el Parque de Lyon. Aun así... ¡"Pobres águilas!" pensé yo.

Pero entonces, el hombre responsable del lugar nos dio unas palabras de explicación. Oí de él, a mi placer, que una de las aves era libre - planeando a la luz del sol, en algún sitio encima de aquellas colinas arboladas encantadoras. Pero volvería: las águilas siempre lo hacían después de unas "vacaciones," la longitud de las cuales varía entre unas horas y seis semanas. Ella volvería, por su propia voluntad, a su jaula - donde sabía que sería alimentada - cuando estuviese cansada de las privaciones y los riesgos de una vida independiente y aventurera. Entonces, y sólo entonces, otra águila sería liberada... hasta que ella volviera en su turno, y daría a una tercera la posibilidad para abrir sus alas y cazar, según su naturaleza. (Nunca son liberadas dos a la vez, el hombre nos dijo; pues en este caso, ellas lucharían hasta el fin, cada una juzgándose el rey de la región con derechos de caza exclusivos.)

¡En otras palabras, concedieron a todas estas águilas cautivas que ahora supervisan el valle, atadas

en un pata con una cinta de cuero fuerte de aproximadamente diez o doce yardas de largo, en turnos un permiso ilimitado en la libertad condicional! Y las restantes estuvieron de pie como una garantía para cada una que fue liberada...

El encargado se acercó a la última, al final del amplio semicírculo. El águila agitó sus alas, como si estuviera contenta de ver al hombre. Ella realmente no trató de volar: ella sabía, por lo visto, que estaba atada de una pierna. Incluso cuando el hombre le ofreció su brazo como un soporte para posarse (después de ponerse un guante de cuero grueso y una cinta de muñeca, para protegerse contra las garras aguzadas) el ave no quiso dejar su lugar. Estaba, finalmente, en un humor sombrío. ¿Pensando en la libertad sobre las cimas, y añorando para su siguiente permiso? ¿Quién sabe? El hombre nos dio unas palabras de explicación sobre el tamaño del águila, hábitos, lugar de origen, etc... y pasó a la próxima. Aquella otra ave voló inmediatamente en la muñeca que le era ofrecida, y hasta permitió que el hombre acariciara sus plumas. Pero no abrió su pico. El hombre, después de hablar de ella durante unos minutos, anduvo a traves, mostrándonos cada cautiva de su Adlerwarte, una tras otra. Por fin, él vino al lugar donde yo estaba de pie, y se paró ante un águila marrón grisáceo grande hermosa, que se posaba apenas dos yardas de distancia de mí. Yo había notado ya y admirado a la criatura de majestad, tan similar a las imágenes que uno ve del "Águila Germana tradicional" que me apareció como un símbolo vivo del Reich: una especie de Ave sobrenatural, inmortal, sagrada, en quien la vida de la gente de mi Führer está para siempre misteriosamente reflejada.

El hombre llamó al águila. Ésta abrió sus alas tan amplias como podría y las agitó varias veces, como si tratara de volar, y desvió su cabeza hacia arriba, y miró fijamente con atención a su encargado. Con sus alas oscuras extendidas, su cabeza y pico visto de perfil, el Ave imperial pareció más heráldica, más irreal y llena de significado, que alguna vez. Yo no podía menos que soltar un grito de admiración: ¡"Que bella! - ¡el Águila del Reich viviente! ¡Me alegro de venir!..."

"Usted tiene razón: uno podría imaginarle en una bandera, o impresa en un libro," dijo una de las personas presentes.

El encargado sacó su muñequera blindada de cuero, y el ave voló una yarda o dos y se sentó sobre ella. Entonces, estiró adelante su cabeza, abrió su pico, y tocó la cara del hombre, como si tratara de besarle. Era conmovedor ver la confianza que todas estas aves de rapiña parecieron tener en su encargado. El hombre habló al águila como a un niño: ¡"Está bien! Ahora, díganos algo; ¡no nos tenga miedo! "... Pero el águila se contentó simplemente con abrir su pico dos o tres veces más, - como si realmente tuviera algo que decir, - sin, no obstante, pronunciar un sonido.

El hombre habló a los invitados: "esta es la clase de águila que puede ser encontrada en nuestras montañas alemanas; la que conocemos mejor, - el modelo viviente de nuestra Águila del Reich. Y usted ve: como nosotros, ella quiere hablar, al menos a sus amigos. Pero no lo hace. Ella simplemente abre su pico y rápidamente lo cierra otra vez sintiendo, - probablemente, - que es inútil decir algo. ¿En efecto, qué puede decir, la pobre Águila del Reich, ahora que todo lo que ella piensa es prohibido, todo lo que ama, condenado, todo lo que ella diría, (si fuera libre) vedado?"

La gente que había venido conmigo en el coche se rió de la broma amarga, y demasiado apropiada. Revisé el Valle - el valle arbolado hermoso encima del cual las águilas parecieron estar fijadas como centinelas; esperando. Y por la millonésima vez, pensé: "sí; prohibido, condenado, vedado, todo lo que amamos y todo lo que apoyamos. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Cuándo abrirá otra vez el Águila del Reich simbólica sus alas inmortales, y tomará su vuelo, libre, sobre límites artificiales, llevando la corona de gloria en medio de la cual se sostiene la sagrada Rueda del Sol? ¿Cuando vamos nosotros otra vez a ver aquel cuadro - el Águila con la Esvástica, - sobre todos los edificios oficiales, papeles oficiales, y uniformes estatales del Reich alemán... ¿y sobre edificios y documentos oficiales en tierras conquistadas?" y en la idea de la guerra perdida, - y, quizás, también de mi propia vida inútil, - lágrimas vinieron a mis ojos.

El hombre nos mostró ocho o nueve especímenes más de variedades diferentes de aves de rapiña de la familia del águila. "Esta es la más grande que poseemos," dijo él, parándose al final de la fila, ante una criatura emplumada gris oscuro enorme; "una muestra muy rara, que originalmente viene del Tíbet. Apertura de las alas: dos metros ochenta. Esta ave fue presentada a nuestra colección por los

rusos. Note sus ojos: rojo, blanco y negro; - y en el orden apropiado, que es más: primero un círculo rojo; luego uno blanco; ¡y luego, negro en el medio! Es quizás porque él lleva puestos estos colores, que los rusos no la tendrían más tiempo... ¿Pero nos alegramos de tenerla, no es cierto?"

El Sol descendía gradualmente.

Antes de que dejáramos el lugar, agradecemos a nuestro guía muy cordialmente. Expresé una petición - una tonta, tal vez, pero sincera: ¿"puedo yo," pregunté yo, "tomar la hermosa Águila del Reich sobre mi muñeca - sólo un rato, y después de colocarme el guante de cuero, naturalmente?"

El hombre me miró medio sorprendido y medio divertido. Un niño podría haber preguntado tal cosa como esa, y yo... bien... cualquiera podría ver que yo tenía bien más de cuarenta, por no decir acercandome a cincuenta. Pero el hombre entendió que, si él dijera "sí," yo bastante probablemente trataría de poner mi sugerencia en práctica. ¿Y luego, quién impediría al grupo entero querer imitarme? (1)

(1) el 7 de julio de 1954, cuando visité el Adlerwarte por segunda vez, no en un grupo, sino en la compañía de una amiga inglesa, el encargado de las águilas era lo bastante amable como para permitir que ella y yo tomáramos al ave sobre nuestras muñecas.

"Yo no le aconsejaría hacerlo!" contestó el encargado del águila. Pero juzgué que unas palabras que expliquen mis reacciones aparentemente extrañas no estaban fuera de lugar: "Ninguna criatura me ha dañado alguna vez," dije yo. "Ellas sienten que las amo y no temen. Una vez, en el Zoo de Calcuta, metí mi brazo entero en la jaula de los tigres, y acaricié a un tigre grande hermoso. Él me miró, entonces medio cerrando sus ojos fosforescentes, y simplemente se frotó contra las barras de su prisión, ronroneando como un gato enorme. Siento que el Águila del Reich no podría, sino tratarme tal como, si no mejor que, el Tigre Bengal real hiciera. "

El hombre, y la gente con quien yo había venido, estuvieron todos sumamente interesados en este episodio del tigre (que, a propósito, es absolutamente verdadero). Me pregunto a que distancia ellos captaron el sentido que tuve la intención de dar a mis palabras. El encargado de las águilas pareció entenderme. ¿Quién sabe si hasta él realmente lo hizo o no? Esto importa poco, de todos modos. El coche rodaba pronto a lo largo del camino al Externsteine. En mi mente, yo recordaba la vista del Valle de las Águilas cautivas, y la vista de la Estatua de Hermann el Libertador, - en lo alto de las colinas que supervisan el Bosque de Teutoburg entero y toda Alemania, - y la vista del monumento conmemorativo "al Canciller de Hierro " que había visto en el Parque. Y yo pensaba: "Pueda el espíritu del Jefe Cherusco, que es también aquel de Bismarck, el creador del Segundo Reich, y aquel de Adolf Hitler, y el nuestro, una vez más liberar al Águila alemana, y llenarle, en su vuelo conquistador encima de fronteras obsoletas, con la alegría bélica divina de hace mucho y de ayer y de siempre - la alegría del nacido-para-regir, en su marcha adelante interminable en las cuatro direcciones!"

CAPÍTULO IX LAS ROCAS DEL SOL

Externsteine, 23 de octubre de 1953, por la tarde

Rodamos a traves y pasamos Horn, sin una parada, giramos a nuestra derecha cuando alcanzamos las afueras de la ciudad y luego, después de otras quinientas yardas, a nuestra izquierda, y seguimos un hermoso camino asfaltado lindado con árboles, y prados más allá del cual más árboles - aquel mismo, interminable Bosque Teutoburg en el traje tradicional de otoño, que nunca estuve cansada de admirar, - podría ser visto. Miré a la derecha e izquierda, y delante, y no hablé. Yo miraba el acercamiento de la tarde sobre el rojo encendido y amarillo y marrón de las hojas listas a caerse, y pensaba en las águilas cautivas y en Alemania esclavizada, y añoraba para el Día de la Venganza - "der Tag der Rache" - tan constantemente como yo había estado haciendo, en efecto, por los últimos ocho y medio años.

Entonces, de repente cercando el camino, una fila de rocas verticales de aproximadamente cien pies de alto, - pero pareciendo mucho más altas, sobre todo de una distancia corta, - apareció, regularmente gris contra el fondo brillante del cielo en la puesta del sol. Las reconocí inmediatamente por haber visto fotos de ellas, y exclamé con una voz baja, con embeleso: ¡"Die Externsteine!" Salimos del coche. Estuve de pie, automáticamente, aparte de los otros viajeros, como si yo fuera consciente del hecho que pertenecemos a dos mundos diferentes; que ellos, aunque fueran alemanes, estuvieron, aquí, solo como turistas, mientras yo, aunque un extranjero, era ya un peregrino.

Miré arriba las formas de piedra irregulares que estuvieron de pie entre mí y el bosque más allá, al cual el camino transitable en auto conduce. Los contornos familiares me fascinaron. No, que yo estuviera, por primera vez en mi vida, visitando un lugar sellado con el prestigio del inmemorial Culto al Sol: ¡esto era todo menos la primera vez! Yo había visto Delphi y Delos, y las ruinas de Egipto Superior e inferior: Karnak y las Pirámides. Y yo, en India, había visitado la famosa "Pagoda Negra" (1) construida en forma de un Carro del sol que descansa sobre doce ruedas enormes, cada una de las cuales corresponde a un signo del Zodíaco, y presentando en la escultura la ilustración más espléndida de la Vida en todas sus etapas - en toda su plenitud - desde las escenas eróticas más salvajes que embellecen la mayor parte de la superficie de las paredes inferiores, a la calma serena de la meditación solitaria -: la meditación del Dios Sol Él mismo, cuya estatua sentada domina la estructura completa. Y yo había visitado el extraordinario templo de Sringeri, cada una de las doce columnas, del cual es impactada en su turno por los primeros Rayos de sol, durante el día que el Sol entra en una nueva constelación.

Pero yo nunca me había aún (salvo una vez, en Suecia,) encontrado sobre un punto santificado por la adoración a nuestro Padre Estelar - la vieja adoración de Luz y Vida - en un país Germánico. Y estas Rocas, yo sabía, habían sido el centro de ritos solares Germánicos en un tiempo sin principio. Parecí a una persona que ha andado un camino largo y mucho tiempo - quien ha venido de un país muy, muy distante, - con un objetivo definido, y que, por fin, alcanza el objetivo. Yo había alcanzado ahora, si no el final (pues no hay ningún final), al menos el punto culminante de mi peregrinación por Alemania y por la vida. Y yo era feliz. Yo había alcanzado la Fuente donde podría rellenar mis fuerzas espirituales para la Lucha eterna en su forma moderna: la Lucha de los Poderes de la Luz contra los Poderes de Penumbra, experimentada por mí como aquella de los valores Nacionalsocialistas contra aquellos tanto del cristianismo y del Marxismo, - de la más vieja y de la última doctrina judía para el consumo ario, contra lo cual yo había luchado y seguiría luchando incansablemente.

Miré fijamente en las Rocas grises oscuras irregulares; y las lágrimas llenaron mis ojos. Y cuando la gente con quien yo había viajado me dijo adiós para seguir al guía que había venido para llevarlos por ahí, me alegré: deseé ver las Rocas sin prisa y, en lo posible, sola.

* * *

(1) el Templo Konarak, cerca de Puri.

Directamente ante mí yacía la roca más alta; un cilindro largo, áspero - o mejor dicho, un prisma, - de piedra, muy ligeramente inclinada a la izquierda como el tronco de un árbol enorme que el tiempo había desgastado, y seres humanos habían mutilado, sin ser capaces de destruirlo. Yo sabía que, en lo alto de aquella roca está el santuario desde el cual los sabios de la antigüedad solían saludar la Salida del sol más Temprana, durante la mañana del Día de Solsticio de Verano. De abajo, yo podría ver el puente por el cual se accede hoy - el puente que ahora conecta a la roca más alta, comúnmente llamada, "la segunda" a la siguiente a la izquierda, comúnmente llamada "la tercera" (llamadas así, al menos, en aquel detallado estudio arqueológico que yo, hasta entonces, había leído, acerca del Externsteine.)

Despacio anduve arriba por los peldaños tallados en la roca viva en el costado del "tercer" acantilado, parándome de vez en cuando para admirar el paisaje sobre el cual mis ojos vagaron, de un poco más alto en cada nuevo paso que tomé: el pequeño lago en cuyas aguas mansas el acantilado mas lejos a la derecha - "el primero" - se sumerge verticalmente; los bosques espesos más allá; la extensión del camino por el cual yo había venido, pasado la cuesta a la izquierda y por delante del lago, en bosques adicionales; y, al otro lado - al nordeste, de donde yo había venido - las colinas arboladas alrededor y más allá de Horn y Detmold. En el brillo de la puesta del sol, los rojos en el bosque de otoño parecieron más brillantes, y los marrones, más rojizos. Y el lago era una superficie lisa de oscuridad brillante y dorado naranja reluciente, en el lado opuesto del cual yo podría ver el reflejo al revés del bosque. Subí y, habiendo cruzado el puente sin atreverme a lanzar un vistazo en el vacío abajo, me encontré estando de pie en el santuario histórico que yo había venido para contemplar. Y me estremecí, abrumada en el sentimiento de estar en la tierra santa.

Es difícil decir cómo el santuario lució antaño. Hoy, doscientos años después de su destrucción sistemática por el fanatismo cristiano, - uno anda por un pavimento de aproximadamente seis yardas de largo de piedra y no completamente cuatro yardas de ancho, sin un techo. A un extremo de la cámara, a la derecha de uno cuando ahora uno entra, es decir, al Nordeste, se ve un pedazo enorme de la roca - una parte del mismo acantilado en el cual uno se para - forjado en un hueco abovedado, cuyo nivel de la tierra es de un pie más alto que el pavimento. En medio de ello, tallado del mismo bloque de piedra, está un soporte, con una cima de aproximadamente un pie de ancho llana, parecida a una mesa y dos pies y medio de profundidad; y encima de esto, recortada en la pared sólida, natural, al noreste de la cámara misteriosa, una apertura, tan perfectamente circular como puede ser, algo más de un pie (37 centímetros, exactamente,) en el diámetro. Al otro extremo del pavimento, - a la izquierda de uno cuando uno entra desde el puente, es decir, al sudoeste, - está un lugar rectangular, más alto que incluso un hombre muy alto, aproximadamente cinco pies de amplio o así y más de un pie de hondo, con un pilar a cada lado de ello. Y en la pared de roca frente al puente, - al noroeste - está una ventana que supervisa el acantilado vecino y el lago más allá. Las una vez existentes paredes entre la cámara abovedada y el resto de la estructura, en el sudeste y el noroeste, son sustituidas ahora por rieles de hierro. El techo del santuario que era la parte Este de la cumbre del acantilado mismo, ha sido destruido, dejando el lugar entero, a excepción del hueco abovedado, como he dicho, abierto al cielo.

Con mi espalda a la pared del sudoeste, detrás de la cual el Sol se ponía ahora, miré fijamente en las ruinas del lugar alto venerable. Aquí, cuando los grandes reyes egipcios de la Duodécima Dinastía construían sus poderosos templos y tumbas eternas; cuando los misteriosos señores del mar del "Minoico Medio II" gobernaron Creta y las Islas Egeas; antes de las conquistas arias datadas más tempranas en el Este, (1) - hace cuatro mil años y más, - los sabios, líderes espirituales de las tribus Germánicas, y guardianes de los Valores naturales que hicieron sus vidas dignas de vivir, se juntarían, y saludarían la Salida del sol más Temprana, durante el Día sagrado, en junio.

(1) En Babilonia, en o pronto después de 1926 A.C., por Gandash, fundador de la Dinastía Kassita (Ver H. R. Hall, la Historia Antigua del Cercano Oriente, novena edición. p. 199). Según autores indios, las primeras invasiones arias de India eran todavía mucho más tempranas. Pero estas no pueden ser datadas exactamente.

En medio del soporte en la cámara abovedada, uno todavía puede ver una fosa cuadrada. Solía haber una vara metida en ella, la cuspide de la cual estaba en una línea recta tanto con el punto más bajo del reborde de la apertura redonda en la pared noreste, y un punto en medio del lugar contra el cual yo me paraba - la Línea del solsticio, corriendo del Nordeste hacia el Sudoeste. De modo que, cuando el Sol creciente aparecería exactamente en el más bajo borde de la apertura de piedra redonda, y, al mismo tiempo, exactamente detrás del extremo superior de la vara, a un observador que está de pie en un sitio rigurosamente determinado en medio del lugar, entonces uno podría decir, con certeza, que este era el Día de Solsticio de Verano, en cuyo descubrimiento correcto el calendario entero - y, posteriormente, los festivales, y la vida entera de la comunidad - era dependiente. Durante unos días antes y unos días después del Solsticio de Verano, el Orbe creciente aparecería dentro de un cierto radio, en el lado rebosante de la apertura redonda. El punto de su aparición parecería viajar, de un lugar en el lado del círculo abajo a la sección más baja de ello, y otra vez. Los sabios solían mirarlo día a día, a fin de distinguir cuando, exactamente, la Salida del sol más temprana, - la Salida del sol rigurosamente según la Línea del solsticio inmutable, - sería. Y cuando ellos lo vieron - un punto dorado sumamente brillante en el borde de la apertura circular; un rayo de luz en la cámara oscura, - ellos gritarían desde la cumbre de esta roca el hechizo de victoria que anuncia el principio de la gran festividad de Verano a la gente reunida abajo: ¡"Siege, Licht!" - ¡"Victoria, Luz!" pensé en esto, que yo había leído, y que me habían dicho los alemanes modernos fieles a la vieja Sabiduría solar; los alemanes que habían vuelto a ella, de un modo inesperado, a través de aquella Fe moderna en la Sangre y Suelo - aquella Fe aria: el Nacionalsocialismo, - que me liga a ellos.

Pensé en esto, e imaginé, o traté de imaginar, las escenas solemnes que han ocurrido, año tras año, sobre esta roca, durante siglos, mas aun, milenios; escenas cuya regularidad había parecido eterna así como el reaparecer de los Días sagrados. Y pensé en el final abrupto del Culto de la Luz; en la destrucción de este lugar más santo de la antigua Germania por Carlomagno y su Francos fanáticos Cristianos. Imaginé a mí la mitad superior de la Roca - que había sido una vez el techo de este santuario - violentamente partida del resto de ello y lanzada allí abajo, donde sus fragmentos todavía pueden ser vistos; la cámara santa profanada; la Tierra santa perseguida, en cuya gente el credo extranjero de la falsa mansedumbre, del cual ellos no son, hasta hoy, todavía libres, fue forzado por fuego y espada. Imaginé a mí los soldados Francos, - los hombres de la sangre Germánica, "cruzados a Alemania" en nombre de un profeta extranjero y de un poder terrenal extranjero - asaltando estas Rocas santas; matando a quienquiera ellos encontraron; prendiendo fuego a cualquier cosa que se quemaría; por terror, preparando el camino para los nuevos profesores: los monjes, verdaderos "re-educadores de Alemania" en el sentido peor de aquella palabra muy detestada, que (si ellos pudieran) acabarían con cada chispa de la vieja Sabiduría solar, - de la sabiduría aria, - en su Fortaleza europea principal.

Esto había pasado en el año 772 de la era cristiana - mil ciento ochenta y un años antes. ¡Pero cuán trágicamente moderno lució! Estos primeros "cruzados a Alemania" me parecieron, más vivamente que alguna vez, como los precursores de los siniestros "cruzados a Europa" de Eisenhower. Ellos habían luchado en nombre de los mismísimos valores cristianos odiados, por último para el triunfo del mismísimo poder internacional, tanto temporal como espiritual - la Iglesia - que era, y todavía es, el poder del Pueblo judío disfrazado. Ellos habían luchado contra los mismísimos valores eternos del Paganismo germánico - contra la religión natural, heroica de las gentes mas nobles del Occidente, en la cual, tanto entonces como ahora, el Alma aria ha encontrado su expresión más exacta en este continente. Y ellos los habían perseguido con un salvajismo similar, y aun mayor eficacia, quizás; con similar, y aún mayor, meticulosidad Germánica. ¡Y recordé que Eisenhower (¡una maldición sobre él!) es también de ascendencia alemana. Y una vez más odié la locura que, tantas veces en el transcurso de la historia, ha lanzado a la gente de la misma sangre nórdica buena en guerras fratricidas por supersticiones infantiles que los Judíos - y sus agentes complacientes o reacios, - han puesto en sus cabezas sin que ellos siquiera lo sospechen.

Y cuando el cuadro de la destrucción de la vieja religión y de la Cristianización de Alemania, no simplemente en toda su crueldad, sino en toda su meticulosidad se impuso más trágicamente sobre mí. Comprendí - no por primera vez, sin embargo, quizás más intensamente que alguna vez antes, - que las fechas principales de la guerra de Carlomagno contra los sajones, 772 y 787, son, desde el punto de vista del hombre alemán y, que es más, del ario más amplio, aún peores que 1945. Pues el sello del credo extranjero, y sobre todo de la escala extranjera, antinatural, antiracial de valores, es visible hasta este día en todos excepto una minoría de alemanes: en todos excepto una minoría aún

más pequeña de europeos. Al espíritu del guerrero ario sano y sabio - el espíritu de violencia desapegada por el deber solamente; nuestro espíritu - le tomó mil años para reafirmarse por una doctrina apropiada de inspiración alemana, en una élite alemana, después del desastre infligido, entonces, sobre aquellos que la expresaron. Mientras a pesar de pérdidas enormes y un sin fin de sufrimientos, nosotros, - la minoría Nacionalsocialista; los Paganos arios modernos - hemos sobrevivido este desastre; sobrevivido con nuestra fe ardiente y nuestra voluntad de comenzar otra vez. Y no necesitaremos mil años, ni siquiera cien, ni siquiera diez, (si las circunstancias son favorables) para elevarnos una vez más al poder. Puede ser que el nuevo mundo que construíamos yacía - por el momento - en ruinas, a los pies de nuestros vencedores. Pero nuestra Weltanschauung está intacta dentro de nuestros corazones. Y hay más jóvenes listos a continuar nuestro trabajo, cuando estaremos muertos; más jóvenes que desafiarán, un día, a los "re-educadores de Alemania" y su programa, y su enseñanza y su espíritu, aun si un destino furioso les niega el placer de matar a sus personas.

Al pensar en esto, me sentí regocijada. Miré alrededor mío, en el santuario solo, profanado; encima de mí, en la sobresaliente, inclinada roca, de la cual el masivo techo monolítico había sido violentamente rasgado, casi mil doscientos años antes - la cicatriz permanente dejada por los primeros "cruzados a Alemania" sobre este altar mayor del culto nacional de la Luz. Y de un salto recordé mi propia lucha de toda la vida contra la plaga cristiana - en Grecia, en nombre del Helenismo destruido; en India, en nombre de Tradición hindú no rota; en todas partes en nombre del orgullo ario y la verdad de la Naturaleza. E imaginé la parte similar que me gustaría jugar, aquí, entre la gente de mi Führer, después de la reinstalación del Nuevo Orden Nacionalsocialista, un día, no importa cuando. "sí, estamos vivos," pensé, llena de seguridad en mí misma y llena de confianza en la minoría alemana que piensa y siente como lo hago. "La Derrota no nos ha matado; sólo nos ha hecho un poco mas amargos e incluso un poco más despiadados. ¡Un día vengaremos a ustedes, Rocas heridas que han estado llamándonos por tan largo tiempo, y a ustedes, nuestros hermanos mayores, guerreros que murieron defendiendo los acercamientos de este lugar alto! ¡Dondequiera que yo esté cuándo nuestro Día alboree, puedan los Poderes divinos concederme volver, y participar activamente en la venganza!"

Yo pensaba así cuando uno de los guías entró desde el puente junto con dos turistas: dos hombres jóvenes; un alemán y un Inglés. Él les dijo en unas palabras lo sabía del santuario, de su orientación original según la línea de Solsticio, - nordeste, hacia el sudoeste; - de la destrucción operada por Carlomagno en 772. Él habló del Irmisul: el Pilar simbólico que sostiene el eje del Universo, la cumbre del cual es el "Clavo-Mundial," es decir, la Estrella del Norte. "Sabemos de archivos contemporáneos que una imagen famosa de aquel Pilar cósmico - una columna desde cuya cumbre brotaron dos curvas simétricas, con un punto (en dirección del "Clavo-Mundial del Norte") en medio de ellas, - estuvo de pie en algún sitio cerca de Altenbeken, no lejos de aquí, donde Carlomagno y sus seguidores lo destruyeron como un 'idolo.' Según la opinión de la mayor parte de eruditos, el otro, posiblemente de oro, podía ser visto sobre estas Rocas. Pero uno no puede decir con certeza, si ese estuvo de pie sobre este acantilado o sobre aquel que supervisa el lago."

El Inglés joven no sabía alemán. Su compañero no sabía el inglés bastante bien para traducirle todo lo que el guía había dicho. Él dio vuelta hacia mí, por lo visto impresionado por el modo que parecía escuchar su traducción. ¿"Puede usted hablar en inglés?" preguntó él en alemán.

Reflexioné un segundo. ¿Si contesto: ¡"Nein!" como habría hecho con alguno de los "Tommies" que me habían realizado la misma pregunta en un vagón, y así acabo con la conversación? Pero este muchacho inglés no era un "Tommy"; ni un "maldito ocupante". Uno podría intercambiar unas palabras con él - o ayudarle a entender las explicaciones del guía, - sin sentirse un traidor a la causa alemana. ¿O él era un soldado británico en ropa civil - a pesar de que él pareció tan joven? Primero pregunté a su compañero, que me dijo que él era un estudiante inglés venido para pasar unas vacaciones y ver a Alemania "con sus propios ojos."

"En ese caso puedo hablar el inglés," acentué yo. Y traduje las palabras del guía y, (huelga decir que,) añadí comentarios encendidos de mi propiedad sobre el comportamiento de aquellos que trajeron el cristianismo a esta tierra desafortunada.

Y me alegré de haber encontrado de repente alguien, - sea ello un muchacho bastante joven para ser

mi décimo o duodécimo hijo - sobre quien yo podría descargar mi amargura en aquel mismo punto donde la persecución al paganismo germánico (todavía durando) había comenzado una vez.

* * *

El joven Inglés anduvo abajo los peldaños a mi costado. Él había escuchado, por lo visto con interés, a mi diatriba. Él giró hacia mi con una cara pensativa. "No le culpo a usted," contestó él. "Todo lo que usted dice sobre la hipocresía cristiana es - absolutamente verdadero, verdadero en todos aspectos, no simplemente en relación a la guerra y violencia. De hecho, no soy ningún practicante. Soy un admirador de D. H. Lawrence, el gran escritor inglés. ¿Usted ha oído de él, seguramente?"

Estuve un poco decepcionada. Para ser sincera, yo habría preferido que el joven hombre hubiera sido un Cristiano completo con una mente de Cruzado; me habría gustado haber encontrado en él la oposición habitual - y haber disfrutado del placer de aplastarlo al piso (sea ello en un plano académico, más bien que nada) aquí, sobre estas Rocas, fortaleza del viejo Credo del sol Germánico; mis - nuestras Rocas sagradas -. Pero en vez de esto... ¡Me ofrecieron la oportunidad de una discusión sobre el autor del Amante de Lady Chatterley!

"He leído la mayor parte de sus libros," contesté simplemente, en respuesta a la pregunta del joven hombre sobre el escritor famoso.

¿"y qué piensa usted de ellos?"

"Ellos estan maravillosamente escritos, que es la primera cosa que deberían tener los libros" dije yo. "y grandes verdades cósmicas son la base de la mayor parte de lo que Lawrence dice, tanto de modo que, por lo que puedo imaginar, aquellos que comparten mi filosofía de vida estarían de acuerdo, por regla general, con él. Y, en mi boca, eso es una muy gran alabanza..."

¿"Y de todos sus libros que usted ha leído, cuál le parece como el mejor?" el joven hombre me preguntó.

La Serpiente emplumada, contesté, resueltamente, - "la historia simbólica de la rebelión de un alma nacional (no importa cual) contra el cristianismo internacional; el desarrollo de la idea que, sólo por el entendimiento apropiado de la sabiduría histórica de la propia gente de uno, puede el realmente llegar al conocimiento de la Realidad cósmica, es decir, experimentarla; vivirla... Ese es al menos, el sentido que doy el libro. Pero cada lector, supongo, lo interpreta en la luz de su propia fe."

El joven Inglés me miró enigmáticamente, y estaba silencioso durante un minuto. Entonces, cuando alcanzábamos los últimos peldaños, él me puso una nueva pregunta:

¿"Puedo preguntarle cuál es su fe?" dijo él; "porque me siento seguro que usted tiene una."

Habría sido tan simple decir, como yo había hecho a los hombres que me habían detenido, aproximadamente cuatro años y medio antes: "yo soy un Nacionalsocialista." Pero yo era libre ahora. Y yo tenía que conservar mi libertad - y de incógnito, - a fin de escribir y hablar, en la espera para el tiempo cuando yo haría más. El muchacho seguramente pareció bastante inocuo; pero uno nunca sabe... Además, las palabras gloriosas no le habrían comunicado probablemente el pleno, más que político significado que les damos. Contesté, en cambio:

"Yo adoro la Naturaleza impersonal, que no es, ni 'buena', ni 'mala,' y que no conoce, ni amor, ni odio. Adoro la Vida; el Sol, Sostenedor de la vida. Creo en la Ley de la lucha eterna, que es la ley de la vida, y en el deber de los mejores especímenes de nuestra raza - la élite natural de la humanidad - para gobernar la tierra, y desarrollar de ellos una casta de superhombres, una gente 'como Dioses.'" Era mucho más largo decir que las dos meras palabras. Pero esto significó exactamente lo mismo. Y, considerando la estupidez del mundo Democrático, en el cual una mayor importancia es puesta sobre palabras que sobre hechos, era - extraño como esto puede ser, - para nada peligroso.

El joven hombre simplemente sonrió. Nunca sabré si él me entendió o no.

* * *

Anduvimos al pie del acantilado por el lago y nos paramos ante el relieve de tamaño más que natural, esculpido en la roca, en la parte inferior de la última - a la izquierda de uno cuando uno se pone enfrente del acantilado. El relieve representa a Cristo bajado de la cruz y es, según algunos eruditos, un trabajo de principios del duodécimo siglo, mientras, según otros, (1) esto se remonta a los primeros años después de la destrucción de Carlomagno de los viejos santuarios Germánicos. Algunos (2) sostienen que habría sido establecido en lugar de un relieve mucho más antiguo que ilustra creencias y leyendas de tiempos precristianos, e indican a los fragmentos profundamente desgastados por el clima presentes en la escultura que pueden verse abajo de ella, en cuanto a remanentes de este antiguo cuadro supuesto.

(1) Vea por ejemplo Wilhelm Teudt's Germanische Heiligtümer, edición. 1929, p. 27.

(2) Wilhelm Teudt, Germanische Heiligtümer, edición. 1929, p. 26 y siguientes.

Como de costumbre, el guía llamó nuestra atención sobre todo aquello que tiene cualquier importancia y lo explicó. La cruz, que pareció a mí como una Bizantina, es, dijo él, la única de su tipo a ser vista en Alemania. La figura a la izquierda, en lo alto del relieve, es la de Dios Padre. El Niño que está en sus brazos representa el alma de Cristo muerto; y la bandera, - el asta de la cual se termina con una cruz también en el estilo Bizantino - es una bandera de victoria, ya que el Crucificado ha "vencido a la muerte mediante su muerte" (como es dicho en la liturgia de Pascua de la Iglesia Ortodoxa griega). El Sol y la Luna son representados a la derecha e izquierda de Dios Padre. El cuerpo de la figura que sostiene las piernas de Cristo presenta una curva curiosa, bastante poco natural. Y, por último pero no menos importante, los pies de la figura vista apoyándose contra la cruz (supuestamente siendo aquella de Nicodemus, a menos que ello sea de Jose de Arimatea) estaba originalmente pisando, no, como unos han sugerido, sobre "un árbol" doblado en dos bajo su peso, sino sobre el Pilar Cósmico inmemorial alrededor del que se mueven las constelaciones, - el Irmisul, símbolo tres veces santo de la vieja religión, - retorcido a fin de proclamar la victoria del cristianismo sobre la sabiduría Germánica.

El guía nos ofreció notar que las piernas y pies de Nicodemus (o de Jose) durante siglos ya no pueden ser vistos: algún sajón piadoso, ultrajado ante la vista del sacrilegio, los ha cortado, lo más probablemente por la noche, poco después de que el relieve fue establecido. ¡"Vaya, que bien le entiendo!" grité yo, en voz alta, retrospectivamente no menos indignada que cualquier sajón de los viejos podría haber estado al pensar que el credo centrado alrededor de la "dignidad de cada ser humano" y su "igualdad ante Dios," sustituyera aquel centrado alrededor del Orden matemático y orgullo bélico, aristocrático. ¡"cuanto le entiendo! ¡Y cuan de buena gana yo le habría ayudado!"

Una señora mayor, que ya antes de nuestra llegada, estaba de pie delante del relieve, con un libro en su mano, dio una vuelta e indicó a mí que el Símbolo sagrado de la vieja Sabiduría cósmica estaba "retorcido, es verdad, pero no roto"; en otras palabras, que el cristianismo - "cristianismo verdadero," añadió ella; "no aquel que perdonaría la violencia piadosa de Carlomagno;" "no abolió la sabiduría más vieja, sino la completó, atesorando la verdad expresada en sus alegorías consagradas, pero poniéndola "en el lugar correcto": debajo de los valores espirituales "supremos" que Cristo vino para revelar. Yo sabía inmediatamente, - por mi experiencia de tal gente como ella, - ¡que eso que ella llamó "cristianismo verdadero" era alguna marca de enseñanza esotérica centrada alrededor del mythos de Cristo, aunque yo no pudiera distinguir si esto era la marca de Rudolf Steiner o la marca Rosacruziana, o qué otra (hay tantas!). Lamentablemente para ella, considero cualquier enseñanza centrada alrededor del mythos de Jesucristo y basada en una más o menos "simbolica" interpretación de los evangelios Cristianos, tan peligrosa como el cristianismo oficial, si no más. conozco cual era la actitud de aquellos Cristianos "esotericos" (o aficionados al esoterismo de tipo Cristiano) - Teosofos, Antroposofistas, Rosacruces, los miembros de la Fraternidad Blanca", etc.... - al Tercer Reich, y lo que todos ellos piensan, hasta este día, sobre nuestra fe Nacionalsocialista. Si yo hubiese encontrado a esta mujer durante los años gloriosos, yo la habría considerado con desprecio - pensaría, a lo más: ¡"pobre tonta!" - y no dije nada. Pero ahora, le di un vistazo de hostilidad concentrada, como si ella

fuera personalmente responsable de la profanación de estas Rocas santas (cosa que ella era, de hecho, tal como yo soy responsable de cada medida coercitiva tomada por el Tercer Reich; como cada creyente es responsable de lo que era, es, o será hecho para el triunfo de su fe). Y hablé, - mientras la guía y mis dos compañeros anduvieron por delante:

"Retorcido es aún peor que roto," declaré, sin rodeos, aludiendo al comentario de la mujer sobre el Irminsul. "A usted le podría gustar la idea que la fe de nuestros antepasados - fe natural, Europea aria, - sea empujada en el olvido por un credo en parte judío. A mi no. Y realmente no puedo ver nada acerca de lo cual hacer una canción y bailar, en aquellos sobreestimados "valores espirituales" puestos adelante por Jesús de Nazareth. Buda predicó el amor universal más de quinientos años antes de él, y el Rey Akhnaton de Egipto, aproximadamente novecientos años antes de Buda. Y no es el amor universal lo que necesitamos, de todos modos, hoy, sino orgullo ario, conectado con la voluntad severa para sobrevivir, y acción lógica - intransigentemente lógica continuada hasta el amargo final."

La mujer se quedó tan desconcertada que no contestó. Ella simplemente me miró fijamente con aturdimiento - y quizás con terror, - como si ella sintiera en mí el resplandor de todo lo que ella odió y temió más. Antes de que ella tuviera el tiempo para vencer su asombro, yo había seguido al guía y los dos jóvenes hombres en las grutas dentro del acantilado. El Inglés - el admirador de D. H. Lawrence, - se alegró de verme aparecer otra vez: su compañero encontraba cada vez más difícil el traducirle, sin mi ayuda, cualquier cosa que el guía decía.

* * *

El guía hablaba de la gruta en la cual estábamos de pie: una cámara larga, medio oscura, que se comunica con dos más pequeñas, - una a cada extremo de esta, - como ella, talladas de la roca viva. Él señalaba un hoyo en la tierra al pie de la áspera pared gris verdosa, pardusca ante nosotros. Y él refutaba la asunción de ciertos eruditos según quienes los romanos deben haber convertido estas grutas en un templo a Mithra, y habrían usado este hoyo para ritos de iniciación. "Pero," - estaba él diciendo - "se supone que eso ha pasado poco antes de la victoria decisiva de Hermann sobre ellos, o sea, en los días de Augusto. Y el culto al Dios persa era, entonces, todo menos que suficientemente extendido entre las legiones para justificar el establecimiento de templos a Mithra en la tierra ocupada. Y el hoyo es de todos modos mucho más viejo que Varus y sus soldados. Era, probablemente, durante innumerables siglos, antes de los romanos, y hasta la introducción del cristianismo, el asiento del Fuego Primigenio, - el Fuego terrenal, que los germanos adoraron, junto con el Sol, y Relámpago, como otra forma de Luz, Calor y Poder; otra manifestación primordial de la Vida, que es el Carácter divino en Sí mismo. Un fuego real, símbolo de Vida eterna, - brillante, siempre-moviéndose, y aún siempre el mismo; omni-devorador y omni-creativo, - solía arder aquí el día y la noche." "Triple Agni, - divino, terrenal y subterráneo, - Omnidevorador, Origen de todos... ", pensé, recordando el Rig-Veda, cuando lágrimas se apozaron hasta mis ojos en la consciencia renovada de aquella asombrosa unidad profunda de la Raza Indo-Europea/Indo-Germanica, (1) por encima y más allá del ascenso y la caída de Imperios; encima y más allá del nacimiento, decaimiento y muerte de religiones hechas por hombres.

Recordé: los arios más antiguos, que trajeron a India el Rig-Veda y cultura Sánscrita, nadie sabe cuando, solían tener un fuego ardiendo el día y la noche en sus casas. Y hasta este día, ningún rito hindú de cualquier importancia, - ninguno de los ritos que marcan los grandes acontecimientos de la vida privada o pública - pueden ser realizados sin un fuego. Y, también hasta este día, un fuego arde día y noche en cada templo de los Parsis, aquellos últimos persas de sangre aria, fieles a la vieja adoración de Luz y Vida, quienes hicieron a India su segunda casa. Y los antiguos griegos honraron el Fuego Triple como Helios, el Sol, como Hestia, - el sagrado Hogar de familia - y como Hephaistos. Recordé el hermoso libro de Herr B. 'So ward das Reich', escrito para niños alemanes modernos, y las palabras que él pone en la boca de un viejo Jefe ario que se dirige a los jóvenes hombres y mujeres cuando ellos abandonan la Casa nórdica para buscar la nueva tierra - nueva Superficie vital - al Sur y al Este: ¡"No olvide la Patria! Guarde su sangre pura, y permanezca leal a la fe y la costumbre de sus antepasados. ¡Y pueda el Padre de la luz, El Omnipotente, dirigirle! "

(1) Indo-Germanisch, en alemán, quiere decir 'Indo-europeo' o 'Ario'.

Cuantos millones, pensé yo, habían dicho adiós a la Patria santa, y habían ido por su camino, con el tiempo... ¡y cumplido las sabias palabras del Jefe durante siglos, y luego, - ay! - ¡bajo la presión combinada de lujurias personales y enseñanzas engañosas, las olvidaron! Los griegos y los latinos lo habían olvidado; los Tracianos, Frigios, Mitanios, Medos y persas, lo habían olvidado, y perdieron ellos mismos, más o menos rápidamente. Y luego los credos igualitarios conquistadores de origen judío, - cristianismo e Islam - habían derribado el mundo, y habían nivelado casi todo lo que fue dejado para ser nivelado... Sólo los indios de castas altas y los Parsis no habían - en apariencia al menos - olvidado, hasta este mismo día... Pero ellos también, me dijeron, estaban ahora en el proceso de olvido. Solo en la Patria santa, una nueva minoría perseguida recordaba, más vivamente que alguna vez, la sabiduría eterna de la Raza privilegiada, y cumplía con ella.

De un salto, recordé los días lejos idos cuando yo había soñado con fundar una Sociedad "Pan-aria mundial" con miras a aportar al despertamiento de una consciencia aria común, la condición preliminar de un Gran Reich duradero por todo el mundo: federación de todos los pueblos de sangre indoeuropea de Oriente y Occidente bajo el mando de la Nación aria primero despertada: la nueva Alemania de Adolf Hitler. Pero sea en la vieja Hellas o en Asia aria, nadie, - o apenas alguien - había gustado ver en esto algo más que una fantasía loca. Y la idea del mando mundial de Adolf Hitler, sea ello en el más alto, más que político sentido de la palabra, no era al gusto de la mayor parte de arios fuera de Alemania. Si Alemania habría ganado la guerra, pensé, esto, indudablemente, hubiese sido diferente. La atmósfera del mundo entero se habría cambiado. Tal vez, el sueño enorme no se habría materializado en un día; pero esto ya no habría parecido "loco." y aun si esto hubiera parecido así, en tierras extranjeras, de todos modos habría encontrado partidarios dentro de los límites crecientes del Reich alemán victorioso. Yo podría haberle dado libre expresión, aquí, refiriendome al Culto de Fuego primigenio y Luz perenne entre todos los pueblos arios de la Antigüedad.

Y por la millonésima vez, el viejo Leitmotiv de tortura de mi vida en la posguerra se impuso sobre mí con nueva amargura: ¿"Oh, por qué no vine durante los grandes Días?"

Traduje las explicaciones al joven Inglés (omitiendo, por supuesto, todas las reflexiones personales que ellas podrían haber provocado en mí).

El guía habló otra vez: "De acuerdo a nuestros grandes eruditos recientes, como Wilhelm Teudt," dijo que él, "estas grutas fueron especialmente dedicadas al culto del Sol Escondido y era el asiento de ritos relacionados con el solsticio de Invierno - la Noche Santa (Weihnacht) que es en Alemania, todavía hoy, (dentro de un ajuste Cristiano) el mayor Festival del año: Navidad; el Cumpleaños de "Sol de la Rectitud" dentro de una cueva subterránea en el seno oscuro de Madre Tierra..."

Recordé ese libro de Gerald Massey "Jesús Histórico y Cristo Mítico" y no podía evitar interiormente maravillarme del genio de aquellos agentes de las Fuerzas de Penumbra que han integrado tan hábilmente la historia de un hacedor de maravillas palestino de fama local, de quien uno no puede decir siquiera si él realmente era un Judío o un medio judío o ningún Judío en absoluto, en el viejo, viejo Mito de la naturaleza de una Vida a través de la Muerte, al cual ellos añadieron una interpretación espiritual, y que, de esta mezcla de historia trivial y Leyenda divina, desarrollaron, para todos los objetivos prácticos, uno de los timos antiracistas más fuertes de todos los tiempos. ¿Cómo iba yo, ahora, a contribuir para evolucionar, desde la historia trágica de mi querido Führer y de su gente, la estructura moral y espiritual aun más poderosa que debe derrotar a la trampa judía? ¿La futura Forma del eterno Mythos de vida y muerte, y la nueva fe en la salvación terrenal que debe ser la victoria perdurable de la aristocracia bélica de la Arianidad y la fundación religiosa del gran Reich indoeuropeo bajo el mando alemán? Las dificultades eran sin duda inmensas; por lo visto insuperables. Aún así una vez más sentí intensamente que este era, - es en efecto, - el trabajo para el cual nací.

El guía nos condujo a la cámara más pequeña en la esquina norte de la gruta. Él nos mostró una runa sobre la pared noroeste. "De acuerdo a eruditos," dijo que él, "esta es la runa de la muerte. Estar muerto es esconderse en el seno de la Madre Tierra - en la oscuridad como el Sol de invierno en el Norte santo; como la semilla de maíz que ha sido sembrado - y preparar en el silencio la reaparición de uno en la gloria; el renacimiento de uno; la nueva primavera de uno."

Él hizo una pausa para que yo pueda traducir sus palabras al joven Inglés, y prosiguió: el Festival de Solsticio de Invierno de "Es el Festival de la Muerte y el Renacimiento del Sol; el tiempo cuando se supuso que Su carro se estaba quieto durante doce días y doce noches, en la preparación para un nuevo viaje glorioso por las doce grandes Constelaciones, alrededor del Eje del Universo - el Irminsul - y la Estrella del Norte; un nuevo Viaje: - un año nuevo.

"Es bien conocido que una imagen muy reverenciada del Irminsul estuvo, sólo unas millas de aquí, en Altenkeken, donde Carlomagno, - sus cronistas claramente declaran, - fue y lo destruyó en 772. Parece apenas probable que no había también uno altísimo encima de estas Rocas, que no son simplemente el centro religioso de la antigua Germania, sino también de Europa en conjunto - el centro sagrado principal de la adoración Solar en el Occidente, y uno de los sumamente pocos tales centros en el amplio mundo. El Símbolo era por lo visto de oro puro, pero uno no sabe si esto estuvo de pie en lo alto de este acantilado (que subiremos pronto) o en la cumbre del que justo visitamos. Personalmente, yo sería inclinado a dar más fe a la segunda hipótesis en primer lugar, la otra roca es más alta que ésta; y luego, hay aquella cámara de la más Temprana Salida del sol..."

Yo escuchaba encantada; me sentí segura que el viejo guía era, en el fondo de su corazón, un Pagano como yo.

Y en el crepúsculo que se oscurece, miré fijamente en la Runa misteriosa, grabada en la roca viva: la tres líneas rectas convergentes (relativamente rectas) que se encuentran y funden en una vertical encima de ellas, como tres ramas de un árbol "boca abajo"; la Runa de la muerte: es decir, de la vida subterránea; de la vida escondida; de la vida en el seno de la Tierra maternal, nutritiva, fuente de nuevo nacimiento y crecimiento; las señales de vida que esperan y se preparan a reaparecer en toda su fuerza victoriosa y belleza.

Y pensé en el desastre de 1945 y de los años subsecuentes de la persecución que todavía no llegan a un final: - de nuestra muerte, que también significa vida subterránea; vida intensa, no sospechada, preparándose, en contacto constante, íntimo con los Poderes escondidos en las mismas raíces de nuestro ser colectivo, la resurrección de Alemania Nacionalsocialista y la nueva Primavera de la humanidad aria.

* * *

El guía habló, y había un eco. Él fue un paso adelante y habló otra vez; pero la roca no devolvió, esta vez, su voz. Estuvo de pie en un nuevo lugar, y otra vez cada sílaba que pronunció fue repetida un segundo o dos después de que él había hablado.

"Ustedes ven," dijo él: "el eco de esto sólo puede ser oído desde puntos muy definidos. Si usted me pregunta, las posiciones de estos puntos tenían un significado a los Antepasados. Ellos no fueron considerados como el resultado del mero accidente, sino como el signo externo de algunas correspondencias escondidas, llenas de la potencia mística, que conectó esta cámara con los otros sitios santos sobre o alrededor de estas Rocas - pues éstos eran todos parte integral del mismo ajuste orgánico. Tratamos con paciencia de averiguar - si todavía podemos - cuales estas correspondencias eran, y lo que ellas revelaron. Sentimos nuestro camino en la oscuridad, a fin de poner nuestras manos sobre algunos tesoros de la sabiduría estupenda de nuestros antepasados, de la cual todos los rastros obvios han sido sistemáticamente borrados. Es demasiado temprano para decir si vamos o no, un día, a ser exitosos. Creo que vamos a serlo, a condición de que sepamos usar nuestra propia intuición. La erudición sola, sin la intuición de aquel que estudia, es inútil."

¡"Oh, cuan en lo cierto está usted!" grité yo, incapaz de contener mi aprobación.

Anduvimos atrás por la gruta principal y visitamos la cámara más pequeña al otro extremo de ella - una cámara en un nivel ligeramente más alto, al cual se accede por medio de unos peldaños entre dos paredes de la roca. No había, aquí, ningún eco a ser descubierto; ningunas runas para ser vistas, - solamente la vieja superficie áspera de "techo paredes y suelo" - "pardusco verdoso gris" - y aquella atmósfera de misterio y de temor sagrado, que es el rasgo algo común de la mayor parte de grutas

(sobre todo de aquellas santificadas por ritos religiosos inmemoriales) pero al cual yo era, aquí, particularmente sensible, debido a las asociaciones que estas Rocas evocaban en mí.

"No sabemos nada de los ritos particulares que fueron realizados en esta o en otras partes de esta gruta (o en cualquier parte en estas Rocas, a propósito)," dijo el guía. "después de la conquista de Carlomagno, y sobre todo después que los monjes del convento Abdinghof en Paderborn habían adquirido el lugar entero a principios del duodécimo siglo, todo fue hecho, naturalmente, a fin de convertirlo en un lugar santo cristiano, y atraer a peregrinos en nombre del nuevo culto. Uno quiso establecer aquí algo como un homólogo simbólico de los rasgos generales de la famosa iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, no sólo eso, de todos los sitios principales de peregrinación en Tierra Santa, desde la Gruta de Natividad en Belén - que esta gruta, ahora dedicada al culto cristiano, iba a "representar," - hasta la capilla ahora instalada sobre las ruinas del santuario del Solsticio de Verano, que hemos visitado, y al Santo Sepulcro mismo, simbolizado por el ataúd de piedra que veremos ahora."

Salimos de la gruta, y anduvimos abajo un callejón que corre entre el césped al pie de las Rocas, y conduce hacia el lago. Un poco antes de que alcanzáramos éste, dimos vuelta a nuestra izquierda. Y había, al lado izquierdo del callejón, una bóveda recortada en la roca sobre un ataúd monolítico (parte del mismo bloque que ella) a que se accede por dos peldaños de piedra tallados de la misma piedra. En el fondo del ataúd, en el lado que afronta las Rocas - el lado del sudoeste, - uno podría ver un hueco redondeado: un lugar fue forjado para la cabeza de aquél que debía estar aquí. "La cosa notable sobre este ataúd," dijo el guía, "Es que es posible estar en ello sin oír una cosa de los ruidos de afuera. Esto depende en el modo que uno yace. Una diferencia de dos o tres centímetros arriba o abajo cambia completamente la impresión que uno consigue. Y en tanto uno encuentra la posición correcta en la cual experimenta el silencio y el aislamiento absoluto, uno realmente cae, me dicen, en una inconsciencia extraña - un sueño irresistible - del que él sólo puede ser sacado por el sonido de un cuerno hecho sonar desde aquella cámara en la gruta que primero les mostré: esa con los ecos diferentes, y la Runa. El sonido puede ser oído aquí muy claramente. (Dos hombres que vinieron aquí realmente han intentado el experimento de curiosidad, y han demostrado que la descripción de ello es exacta.)

"Eruditos creen que este ataúd de piedra fue al principio usado en el proceso de iniciación por cual los sabios, - sacerdotes; o los miembros de las hermandades altamente espirituales, o ambos, - tuvieron que pasar. El hombre que procura hacerse un nuevo iniciado estaría aquí toda la noche, muerto, - simbólicamente; liberado de su pasado personal, de todos los lazos terrenales, por la magia del sueño sobrenatural. Y él, en la salida del sol, sería llamado de su trance por el toque de un cuerno desde aquella cámara dentro de la gruta que acabo de referirme, y subiría, él mismo como un nuevo hombre, - "nacido de nuevo"; - un hombre dedicado y un líder de hombres a lo largo del estilo de vida en la verdad. Esto era siglos antes de la introducción del cristianismo, no sólo eso, siglos antes del nacimiento de Cristo. De hecho, asumiendo este viejo ataúd de la iniciación como una imagen del Santo Sepulcro de Cristo, los Cristianos simplemente unieron el mythos de la muerte redentora del Salvador a la Tradición inmemorial de la Muerte - muerte aparente - como el Camino a una vida más alta y más plena; vida en gloria."

"Muerte Aparente; el camino a una vida más alta y más plena: a la vida en la gloria," repetí yo dentro de mi corazón. Y de un salto, recordé las ruinas que yo había visto en esta Tierra martirizada, cinco años antes y, - todavía más doloroso a mí, quizás, - la indiferencia embotada, cada vez más cómoda en la cual el mayor número de alemanes ahora pareció hundirse; esa cansada indiferencia a todas las grandes Causas: ¡aquella vida monótona de día a día - tan aburrida, con sus pequeñas preocupaciones y sus pequeños placeres! - de la cual, la presencia viva del Salvador de la raza aria parece ser para siempre desterrada. ¿Cuándo se terminaría aquella muerte en la resurrección? ¿Y qué podría yo hacer, de modo que esto debiera hacerlo unos años más pronto?

Fuimos arriba siguiendo a la cumbre del acantilado encima de las grutas y disfruté de la vista sobre el lago y bosque, que uno tiene desde allí. Los colores de otoño encendidos se desvanecían despacio en la oscuridad creciente. El agua del lago era oscura, pareció profunda. Pero en un parche misterioso de la luz que lo hizo brillar, uno todavía podría distinguir los contornos al revés de los árboles contiguos: negros en el espejo líquido marrón grisáceo que se oscurece, sobre el cual todavía persistía, aquí y

allá, un rastro de la puesta del sol de oro. En el lado opuesto, la Roca mutilada que lleva en lo alto de ella el santuario de Solsticio de Verano, se paraba oscura y orgullosa contra el cielo puro. Uno podría ver la ventana en el flanco de la vieja cámara sagrada; y los viejos peldaños en la esquina del monolito que porta la apertura redonda (el bloque en sí mismo estaba escondido por el lado noroeste del acantilado). La oscuridad crecía. Yo sabía que no había nadie en la cámara del sol. Y tuve muchas ganas de verla otra vez; verla sola en la oscuridad y silencio. ¡"Debo ir allá arriba una vez más!" pensé yo.

El joven Inglés que, desde que yo le había traducido lo que el guía nos había dicho sobre el ataúd de piedra y los ritos de iniciación por lo visto relacionados con ello, no había pronunciado una palabra, ahora dio vuelta hacia mí y dijo: "Estoy realmente contento de haberla conocido. Mi visita a estas Rocas era para mí una experiencia. ¡Qué interesante es todo esto! - este esfuerzo constante de usar viejos sitios sagrados como lugares de peregrinación para los fieles de una nueva religión, después de que uno ha logrado crear alrededor de ellos una nueva atmósfera de leyenda. Lo mismo ha sido hecho en Inglaterra e Irlanda, usted sabe. Muchos de nuestros santuarios cristianos más santos - iglesias; conventos; y fuentes milagrosas y tal; " son sólo muy viejos centros de la adoración druidica, que han sido relacionados con una nueva mitología. Supongo que esto es lo mismo en todos los países."

"Seguramente lo es, a un muy alto grado, en Grecia, en Italia y en Francia," contesté. "y me dicen es lo mismo en México y Perú. Las Iglesias cristianas son inteligentes: ellos saben el modo de atraer a los clientes. Además, creo que hay una especie de poder mágico de atracción en ciertos puntos de la tierra que siempre eran y siempre permanecerán, y no pueden, sino ser, 'puntos sacros' - 'puntos donde el Viento del Espíritu sopla,' (para citar las palabras de Maurice Barnes) por motivos desconocidos a nosotros; motivos naturales, sabe usted, pues el llamado reino 'supernatural' es solamente... una parte desconocida de la Naturaleza.

"Y que el punto mas gracioso en relación a esto es que este poder natural de atracción es a veces más astuto que cualquier Iglesia cristiana. El guía ahora mismo refería a aquel centro de fama mundial de peregrinaciones cristianas: el Santo Sepulcro en Jerusalén. ¿Quizás usted conoce - la curiosa e irónica - verdad de la iglesia construida (asi los peregrinos creen) sobre la roca de Golgotha y la Tumba en la cual yace el cuerpo de Jesucristo?"

"No," contestó el joven hombre. ¿"Cual es el hecho curioso sobre ello?" "El hecho - ahora admitido hasta por eruditos Católicos, - que la Crucifixión ocurrió una milla o dos lejos del punto, - en algún sitio fuera de la ciudad; que la historia del descubrimiento milagroso de la llamada Cruz Verdadera es sólo una tontería; el supuesto 'Santo Sepulcro' futuro, sólo cualquier viejo sarcófago de piedra; y que la iglesia famosa es construida sobre las bases... ¿de un antiguo templo de Afrodita - Jesucristo honrado sobre el viejo sitio sagrado a la Diosa de la lujuria! Es irónico, por no decir más; ¿no es cierto?"

"No tanto como parece," contestó el joven admirador del autor del Hombre Que Murió. Y él añadió: "Tuvo que ser así, - pues las dos divinidades, lejos de excluir el uno a la otra, son complementarias, sea que los Cristianos gusten admitirlo o no. Tuvo que ser así... a fin de satisfacer una ley escondida de equilibrio."

"Quizas," contesté, pensando en algo más.

Era una cosa buena que el joven hombre no podía leer mis pensamientos. Yo decía a mí: "este sujeto Inglés es una persona condenadamente más interesante de lo que yo había imaginado. Él puede pensar. Fuese yo bastante intempestiva para decirle la verdad - lo que soy y para lo que vivo - bastante posiblemente él no sería tan impresionado para rechazar la idea de alguna otra discusión conmigo, y en el transcurso de la conversación, yo probablemente podría atraerle para que estuviese de acuerdo conmigo - con nosotros - en muchos puntos importantes; ¿quién sabe? quizás, en puntos más importantes de los que me atrevo a esperar. Y aún así... si él habría estado aquí como un soldado de Ocupación en vez de como un estudiante - él, el mismo hombre, - yo habría rechazado hablarle. Yo le habría odiado sin conocerle; odiado su uniforme y por lo tanto, automáticamente, le habría odiado a él. Y mañana, o el próximo año, o el año después, si tengo la buena suerte de estar todavía aquí cuando nuestro Día de retribucion venga, y si mis superiores lo consideran necesario o hasta oportuno, le enviaría a su destino o le mataré yo misma sin una náusea de culpa, simplemente porque él

representará - o mejor dicho, porque su mero uniforme representará, - "Democracia," "des-Nazificación," la "re-educación de Alemania," "el espíritu del Proceso Nuremberg," etc... . todo lo que odiamos más. Lo haré sin hasta que mis superiores lo sostengan necesario u oportuno, a condición de que sólo yo esté segura que ellos consideran que esto no puede hacer daño a nuestra Causa. Lo haré con placer porque, entonces, le odiaré, u, otra vez, para hablar más exactamente, porque odiaré su uniforme. Un hombre es lo que su uniforme significa; lo que él representa, o se supone representa; eso en nombre del cual él mismo permite ser usado, aun si no le gusta, personalmente, esto en absoluto; no sólo eso, aun si él está, dentro de su corazón, amargamente contra ello. ¡Tanto peor para él si permite que sea usado en nombre de algo que él no ama!

La idea que yo realmente podría estar, un día, respecto a aquel joven hombre interesante e inocuo, en la posición que yo acababa de imaginar, no me molestó lo más mínimo. ¡Si él realmente fuera, de hecho, una excepción - un rebelde de toda la vida como yo contra todo lo que es implicado en las palabras "civilización Cristiana" - entonces, que tenga agallas para venir con nosotros a tiempo, y llevar puesto nuestros colores en el anhelado Tag der Rache! ¡Si no, que fallezca con todo lo que odiamos - aun si él lo odia también!

Y pensé (por una vez, a fondo contenta conmigo): "Nadie me obligará alguna vez a estar de pie, sin mencionar luchar, en el lado de eso en lo cual no creo. Elegí mi propio uniforme. ¡Y lo uso día y noche - hasta en tiempo de paz!"

Habíamos alcanzado el final de la escalera, - al pie de las Rocas, - y andábamos atrás al camino transitable en auto. El guía hablaba de algunas leyendas populares más relacionadas con el Externsteine. ¿"usted recuerda aquel bloque de piedra que le mostré en el lado norte del segundo acantilado?" dijo él; ¿"aquel en el cual algunos peldaños todavía pueden ser vistos? Bien, es llamado el 'Púlpito,' y la gente dice que es desde allí que Hermann el Libertador dio sus últimas órdenes a sus tenientes, antes de su gran victoria sobre Varus en el año 9. Y en la mismísima cima del cuarto acantilado, al otro lado del camino, usted puede ver un bloque enorme que luce como si este fuera a caerse. Es llamado der Wackelstein - 'la piedra inestable.' hay muchas leyendas sobre ello. Según una de ellas, el Diablo, enojado en el hecho de la adoración cristiana que asumía estas Rocas, lanzó aquella piedra en el sacerdote que él vio en el umbral de la antigua Cámara del sol, entonces una capilla cristiana, encima del segundo acantilado. Pero el poder de la Cruz hizo que la piedra tomara una dirección diferente y aterrizara en la cima de aquella roca donde todavía podemos verla. La piedra es inestable, ya que el Diablo derrotado amenazó que, un día, esta se caería y mataría a una mujer de Horn, o, según otra versión de la leyenda, la última princesa de Lippe. La resistencia al cristianismo siempre era descrita (y magnificada, mediante el miedo, por Cristianos piadosos) como el trabajo del Diablo. Y por lo tanto hay abundantes 'piedras Diabolicas' y 'agujeros Diabolicos' etc.... en esta y otras partes de Alemania."

"Sí," dije yo; "en ningún lugar de Europa, y en pocos sitios en el mundo fue el cristianismo afrontado con una oposición tan grande y tan consciente, como aquí... " y añadí: "Eso es exactamente uno de los motivos por qué Alemania merece tomar la delantera de la futura Europa, que será otra vez, espero, un continente ario Adorador de la naturaleza y de vivir sano, libre de cuentos de hadas judíos, así como de todo tipo de influencia judía."

Los tres hombres - hasta el guía - me miraron en la sorpresa. Pero no era tanto lo que yo había dicho como la pasión con la cual yo había hablado lo que los desconcertó. Años, - quizás siglos - de amargura, de repente y violentamente empujados en la consciencia plena ante la vista de la obra de destrucción de Carlomagno, habían dado al tono de mi voz una potencia extraña. En el Este, el cielo se había puesto oscuro - profundamente azul - mientras el horizonte occidental estaba todavía luminoso y ligeramente, muy ligeramente, dorado. Las Rocas del Sol dominaban encima de nosotros y encima del paisaje circundante, negras contra aquel fondo pálido. Sus heridas, los recordatorios eternos de la mayor derrota de Alemania en la historia, ya no podrían ser vistas. Y las figuras cristianas impuestas sobre su superficie mutilada, y la cruz misma, - la cruz Bizantina - también habían desaparecido en la oscuridad rápidamente creciente. Las luces habían aparecido detrás de las ventanas de la casa de huéspedes en la vecindad.

"Me alegro que vine," repitió el Inglés joven, mirando las Rocas; "y espero que esta no sea la última vez."

¿"Quien sabe? Quizás no lo sea," contesté. Yo pensaba en la guerra, y de actos de hostilidad abierta contra las malditas tropas de Ocupación - de cosas que me gustaría hacer. Pero el joven hombre no descubrió la ironía de mi voz. Añadí:

"Usted vino como un estudiante para ver Alemania como ella realmente es. ¡Mire qué hermosa es! Mire al paisaje - y a la gente. Y también tenga un vistazo en la destrucción que los compatriotas de usted han obrado aquí 'a fin de defender Polonia,' - así ellos dicen, - en realidad, para complacer a los Judíos. Y recuerde que usted ha encontrado a una mujer de la estirpe indoeuropea, 'a una mujer de su propia raza - quien ama Alemania y que está libre de la escala de valores cristiana; incluso más así que de la creencia en los dogmas de cualquier Iglesia cristiana.'"

"Pienso que comienzo a entender cual es su filosofía, o mejor dicho, como usted dice, su fe," dijo el joven hombre.

"Es difícil de decir a que distancia uno entiende cosas de las cuales no puede hablar claramente," contesté. "y no hay ninguna cuestión importante, ningún problema vital del cual se pueda hablar aquí claramente, pues este no es un país libre. Recuerde esto, también. Y no olvide de decir eso al llamado mundo 'Libre,' que al Señor Churchill le gustaría vernos defender."

Nos separamos. El joven hombre y su compañero, y el guía, fueron por su camino. Yo permanecí en las Rocas.

* * *

Sola, anduve arriba dirigiendome, al tercer Acantilado, a la Cámara del Sol en lo alto del segundo. En medio del puente entre los dos acantilados, me paré extasiada: detrás del bloque oscuro que lleva la apertura redonda, la Luna se había elevado: una luna llena brillante, del color miel, en el cielo azul profundo, encima de las colinas arboladas distantes. El cielo se había hecho extrañamente transparente. Y el lago, y el bosque, y el paisaje entero, con contornos más agudos y mayores contrastes de luz y sombra, había tomado una irrealidad fantasmal. Y la mitad del pavimento del santuario, y las enormes superficies llanas de la roca que marca el lugar donde la cima del acantilado había sido rasgada a pedazos, fue inundada con la luz de la luna - la luz de los muertos. Frente a mí, alto dentro de la grieta entre las dos losas inclinadas, yo podría ver claramente los dos anillos oxidados de hierro que una vez - hace poco, - solían sostener el asta de la bandera de la Esvástica orgullosa que revoloteó encima de estas Rocas.

Sostuve mi aliento ante la belleza de los acantilados iluminados por la luna en su escenario de agua y bosques, colinas y cielo. Y al mismo tiempo, me estremecí, como si su santidad sobrecogedora hubiera aumentado diez veces por el toque de los misteriosos rayos de plata.

El interior de la cámara abovedada, en la sombra completa, era tan oscuro como el sancta-sanctorum de cualquier templo indio que yo había visto - cualquiera de aquellos santuarios sin ventanas en los cuales Brahmanes solos, los hijos verdaderos o supuestos de los conquistadores arios claros de la antigüedad, son permitidos penetrar. Yo no podía ver la piedra parada dentro de ello. Y la apertura redonda, a través de la cual brilló el cielo puro iluminado por la luna, pareció una segunda luna, más pálida - una luna extraña sin rayos, colgando en la oscuridad absoluta.

Anduve en el espacio pavimentado delante de la cámara abovedada - la parte externa del santuario arruinado. Y yo de repente era, a un inmensamente mayor grado que en el día, consciente que fue arruinado. Yo sabía que lo fue. Pero yo no lo, - al menos no con tal intensidad, - había sentido ser así. De un salto, recordé la vista de las paredes rasgadas y carbonizadas de Hamburgo martirizado, - las primeras ruinas que yo había visto en Alemania, en mi primer viaje, inolvidable en 1948. Y una vez más las dos guerras, es decir, la de Carlomagno contra los sajones, y el mundo contra el Tercer Reich; - las dos cruzadas: una, contra el Paganismo germánico; la otra, mil doscientos años más tarde, contra el Nacionalsocialismo: la sabiduría Pagana germánica en su nueva forma - me parecieron como asaltos paralelos de las perennes fuerzas oscuras contra aquella fortaleza perenne de los Valores arios en el Occidente: Alemania.

Estuve de pie en el santuario del Sol y quizás también de la luna (1) - en el Lugar Alto de la Religión eterna de la Luz y Vida, perseguida en sus últimos y mejores exponentes en el Occidente durante casi mil doscientos años.

(1) Wilhelm Teudt, Germanische Heiligtümer, edición. 1929, p. 23.

Si no yo hubiese toda mi vida luchado por aquella fe de la gloria y por la raza aria, contra cada marca de la enseñanza artificial y centrada en el hombre de la igualdad que brotó, directamente o indirectamente, del histórico Padre de las mentiras - el Judío, - yo habría tenido miedo de ir un paso mas adelante. La oscuridad absoluta de la cámara abovedada, en contraste con el resplandor lívido de las paredes y el pavimento del santuario, y de la apertura redonda, tenía algo de prohibitivo. Era, repito, como la oscuridad sagrada de las cámaras mas íntimas de los templos de la vieja Aryavarta, - India, - una Tierra en el mundo donde los dioses arios todavía reciben un culto público. Recordé los avisos que son - o eran en mi tiempo, - en la Tierra lejana, establecidos en el camino a tal sancta-sanctorum: "No permitida la entrada para Intocables, Mahometanos, europeos, Euroasiáticos" - para aquellos cuya sangre es mezclada, y para aquellos que profesan (o son supuestos de profesar) una fe que niega la jerarquía divina de las razas, y conduce prácticamente a la mezcla de la sangre. Sobre la Roca de Oro de Trichinopoli, cuando yo había vacilado una vez en ir adelante ante la vista de tal aviso, un Brahmán transeúnte me había dicho: "Vaya libremente; ¡el aviso no es para usted!" Aquí, la presencia misteriosa de aquellos que murieron defendiendo estas Rocas sagradas contra los cruzados de Carlomagno (y de aquellos que siguieron vivos, llamando y esperando en vano la venganza) y el Alma Pagana de las Rocas mismas, que sentí, me dijo desde dentro: "la luz fantasmal y la oscuridad prohibitiva no deben apartarle lejos. ¡Venga! ¡Desde el principio del Tiempo, usted estaba en nuestro lado!"

Anduve adelante, vivamente consciente de la solemnidad del minuto, y feliz, como si yo realmente hubiera estado disfrutando de un privilegio especial.

Me acerqué a la cámara abovedada, toqué el borde del soporte de piedra en medio de ella con mi mano derecha; levanté mi brazo en el gesto ritual de ayer y de hace mucho - del Sol. Durante mucho tiempo no dije nada. Pensé: "Luz de luna - luz reflejada del Sol; - luz de los muertos. Todo tiene un sentido en esta peregrinación mía, y no es por casualidad que he visto la subida Lunar sobre estas Rocas. Estamos muertos, nosotros modernos Hijos del Sol, seguidores de Adolf Hitler que vive para siempre. Estamos muertos... o, al menos, el mundo cree que nosotros lo estamos. Hay silencio alrededor de nosotros, como alrededor de los muertos. Hay silencio alrededor de Él: el silencio del miedo supersticioso o del amor deificante, - o de la indiferencia alegre. Nuestros enemigos le mencionan tan rara vez como ellos pueden, en sus discursos de odio. Muchos van por su camino como si él nunca hubiera vivido. Y no hablamos de él, hasta entre nosotros, salvo de una voz baja, - como uno habla en un cementerio. La noche de muerte se ha cerrado en nosotros hace más de ocho años, y la Luna derrama sobre nosotros sus rayos lívidos y su paz: la paz del sueño, que es el olvido; la paz de aquello que pertenece al pasado.

"Pero el silencio del crepúsculo mágico y suavidad no tienen ningún efecto sobre nosotros. Permanecemos bien despiertos, esperando la salida del sol próxima; para el día que nos levantaremos, sosteniendo la Bandera sellada con la Rueda del Sol y... tomaremos nuestra venganza. Sabemos que estamos vivos, aun si el mundo lo niega. De hecho, hacemos todo lo que podemos para que el mundo pueda seguir no haciendo caso de ello, de modo que nosotros pudiéramos aprovechar su olvido y ceñirnos para la siguiente lucha, y hacernos dignos de saludar el alba próxima. Sabemos que estamos vivos. Lo sé ahora - yo que viví tres años de desesperación absoluta, creyendo en el cuento de nuestra muerte. Pero sabemos que la noche debe durar su tiempo, antes de que el púrpura del alba pueda aparecer. Experimentamos ahora la noche: la noche de la persecución en su forma mas sutil posible - la tentativa de nuestros enemigos para crear el olvido alrededor de nosotros y alrededor de nuestro Führer y todos nuestros mártires, y todo lo que amamos y para lo que estamos de pie, - y la noche de indiferencia dentro de millones de aquellos que una vez anduvieron con nosotros. Pero sabemos que esto vendrá a un final, y que, a condición de que hayamos conservado nuestra fe y hayamos permanecido listos, el día que alboroee será nuestro día. Lo sé. Y estas Rocas - sé eso, también, - son nuestro centro espiritual. Por eso tuve que contemplar la Luna elevandose encima de ellas, simbolizando la noche de vida en muerte en la cual estamos parados. Un día, veré la

gloria del Alba sobre este paisaje sagrado y la Bandera de la Esvástica revoloteando una vez más encima del lugar Alto restaurado del Sol."

Y añadí en un susurro, con mi brazo todavía extendido sobre el soporte de piedra como si estuviera sobre un altar: ¡"Pueda ello ser así - suplico a ustedes, Fuerzas de la Luz y Vida que nos ayudarán a ganar la última batalla! Mientras tanto, ayúdenos a guardar nuestra fe y cumplir con ella en medio de este mundo hostil que destruiremos un día. Ayúdenos a guardar la visión clara y viva del nuevo mundo que construiremos un día. Y protejan a nuestro querido Führer, dondequiera que él este; bajo cualquier aspecto que él este: ¡visible o invisible! ¡Heil Hitler!"

Una emoción de euforia traspasó mi cuerpo como si yo hubiera hecho algo para la vuelta del Nacionalsocialismo al poder. Sentí al menos - extraño y completamente inútil como mi gesto puede parecer, - que yo había hecho la única cosa que ahora podría hacer.

Y despacio anduve atrás - a través del puente entre las dos rocas, y abajo los peldaños desbordados con la luz de la luna, y a lo largo del camino solitario a Horn.

* * *

Externsteine, el 30 de octubre de 1953

Debe haber sido aproximadamente las cinco en punto por la mañana, quizás entre las cinco y las cinco y media. Estaba completamente oscuro. Y estaba humedo; - brumoso. Yo había pasado la noche en Horn, y andaba ahora a lo largo del camino que conduce desde allí al Externsteine. Durante meses - mas aun, durante años; de hecho después de la última victoria de Alemania durante la guerra, - yo no había sido tan feliz como yo era ahora. Yo pensaba en la reunión a la que yo había asistido durante la tarde anterior, en otra ciudad. Ah, una reunión muy restringida en efecto (ocho o diez personas solamente) y no, de cualquier modo, una pública; no una de aquellas que uno anuncia en los periodicos y en el inalámbrico; pero una verdadera reunión de luchadores fieles en tiempos de persecución; una reunión, el tipo de la cual se haría legendaria, clásica de los días oscuros "después del desastre de 1945," un día, en siglos por venir - cuando nuestra fe Nacionalsocialista sería la fe indiscutible de la humanidad aria.

Yo recordaba por milésima vez las palabras que el Camarada F. F, un alemán del sur, había dirigido a mí en aquella reunión: "Usted tiene razón: hasta 1945, éramos un Partido - y, lamentablemente, hasta en la valoración de un número de nosotros que deberíamos haberlo sabido mejor, solamente un Partido. Ahora nos hemos dado cuenta de nuestro verdadero sentido y de nuestra verdadera misión: somos los primeros fieles de una nueva gran Fe."

Yo había esperado treinta años para oír aquellas palabras de un alemán. Y las lágrimas habían llenado mis ojos cuando yo las había oído por fin. Tan claramente como podría, yo había explicado a los pocos seguidores verdaderos de nuestro Führer juntados para oír lo que tuve que decir, mi concepción personal del infinitamente más que político sentido del Nacionalsocialismo: mi experiencia de ello como una religión sin asunciones metafísicas nebulosas, mas aun, como la forma particular de la Religión de la Vida, ajustada a una sociedad aria técnicamente avanzada, moderna. "yo realmente no estoy preocupada por la 'política,'" decía yo. "es la Weltanschauung Nacionalsocialista como tal, y personalidad de Adolf Hitler lo que me atrajo. Todo lo que quiero es contribuir para hacer nuestra Weltanschauung la base de una nueva mentalidad y de una nueva vida en el Occidente, y unirla con una nueva forma de lealtad, centrada alrededor de nuestro Líder como el Salvador perenne - Aquel que Quien vuelve, - y alrededor de su gente como la élite privilegiada de la Raza privilegiada; la Nación que arriesgó todo a fin de mostrar a la humanidad aria el Estilo de vida en la verdad, belleza y poder..."

Y el Camarada F. F., - paisano de Seyss-Inquart; y también Franz Holzweber, y Otto Planetta, y sobre todo, de nuestro Führer, había estado de acuerdo conmigo, y había contestado: "Usted tiene razón. Extraño como esto puede parecer, usted es el verdadero político del futuro. Ya que en el futuro "político" ya no será separado de fe y vida. Y el político verdadero será... el asceta dedicado en el verdadero sentido de la palabra..."

"La Iglesia Católica ha sabido eso durante siglos," comenté. Y yo había añadido: ¿"entonces, usted realmente cree que somos el nuevo Camino y la nueva Iglesia - la nueva gran ola de fe comparable a esa que llevó a los Cristianos tempranos, como yo siempre tan intensamente quería que nosotros seamos?"

"Honestamente, lo hago," había contestado el Camarada F. F.

Y yo me había sentido de repente - ligera y libre y poderosa como si hubiera criado alas. Yo había sentido algo como lo que había experimentado, más de cinco años antes, después de que Sven Hedin me había convencido que tenemos un futuro, y me levantó desde la profundidad de la desesperación a una nueva vida. Estaba tan bien como si el Camarada F. F. me habría dicho: ¡"usted es inmortal!" y yo había estado pensando en aquella reunión desde entonces. No podía menos que pensar en ello. Incluso antes de que fuera terminada yo había decidido dentro de mi corazón que yo vería al Externsteine otra vez en mi camino atrás, y saludaría la Salida del sol desde el lugar Alto en la cima del segundo acantilado. Algo me dijo que yo tenía que ir allí otra vez y rellenarme con la nueva energía espiritual, ahora que yo sabía - ahora que me habían dicho explícitamente - que mi vida tenía un sentido no simplemente en mis propios ojos, sino objetivamente, históricamente hablando.

Y ahora... Yo ponía mi plan a ejecución: yendo a ligarme - y al Nacionalsocialismo - misteriosamente, ritualmente, mágicamente, al mas remoto pasado de Alemania, no sólo eso, al eterno Yo de la humanidad aria y a la Esencia de la sabiduría aria, a traves de la santidad potente inmortal de las Rocas del Sol.

Anduve rápido en la oscuridad; en la niebla. Un entusiasmo inexpressable me condujo adelante. Las alas divinas que yo había sentido en crecimiento, durante aquella tarde inolvidable del 28 de octubre, me llevaron, - ya que yo estaba en secreto segura que el camarada F. F. estaba en lo correcto. De todos los sentimientos que uno puede experimentar en este mundo, no hay ninguno, al menos por lo que a mí se refiere, tan encantador como la consciencia del poder. Y la forma más encantadora de tal consciencia es la certidumbre que uno es inmortal y el maestro del futuro - no personalmente inmortal, por supuesto; ni siquiera por los trabajos de uno, bajo el nombre individual de uno; sino inmortal en el gran Movimiento histórico con el cual uno ha identificado al propio Yo; en la gran nueva fe de millones de hombres, que es la expresión gloriosa del más alto y mejor Yo de uno; del Yo duradero de uno; - la certidumbre que los sueños más queridos de uno serán una realidad y que la verdad que uno vivió y vive, la verdad directriz, la base moral y espiritual indiscutible de la civilización, es un mundo conquistado a la fe de uno, durante siglos y milenios después de que el insignificante yo físico de uno será polvo, y la actividad personal de uno olvidada.

Por primera vez desde el desastre de 1945, me sentí inmortal en aquel sentido, y yo era feliz. El mundo que yo conocía y había odiado hasta ahora, - este mundo de la posguerra, con su murmullo sobre "Libertad," "derechos humanos," y "paz"; con su cristianismo añejo, recalentado y su Democracia apestosa, - ahora pareció a mí como una pesadilla que pasa, más inconsecuente, más irreal que las breves luces y sombras que de vez en cuando aparecieron desde afuera de y otra vez desaparecieron en la niebla (cuando una puerta, en algún sitio cerca del borde del camino, fue abierta y se cerró otra vez; o cuando una bicicleta sola pasó). Y mi propia vida de silencio forzado y fracaso constante era no más que un detalle no digno de mención dentro de la vida interminable de este mayor, más verdadero Yo mío: la Arianidad despierta, la historia de la cual es aquella de nuestra fe Nacionalsocialista. "Dentro de una hora más o menos," pensé, "Saludaré al Sol creciente desde el antiguo lugar alto solar sobre el cual el dorado Irminsul solía brillar en tiempos lejos idos; sobre el que la Bandera de la Esvástica todavía solía revolotear, hace menos de nueve años...

Saludaré al Sol creciente... y sellaré los sueños de mi vida con el sello de la eternidad."

* * *

La niebla desaparecía despacio cuando alcancé las Rocas sagradas. Pero el cielo estaba todavía nublado; y había empezado a lloviznar. Obviamente, yo no sería capaz de ver la Salida del sol. Pero algo desde dentro dijo a mí: "y aún así, el Sol se elevará; y usted estará presente en Su levantamiento, aunque no pudiera verle." y pensé: "Nosotros también, nos elevamos - tomando consciencia de nuestra fuerza una vez más - aunque el mundo no pueda vernos... He visto la Luna salir, y la noche comenzar, sobre estas Rocas, simbolizando el principio de la larga noche en la cual hemos vivido todos estos años. Estaré presente ahora cuando el Sol suba al cielo, invisible detrás de las nubes, simbolizando nuestro lento, silencioso, invisible, - desapercibido - segundo ascenso detrás de la pantalla de acontecimientos mundiales, en el secreto de nuestra vida escondida; en la espera del tiempo cuando las nubes serán rasgadas a pedazos y cuando reapareceremos en la luz del día abierto. Viviré, aquí, nuestra historia trágica, simbólicamente; y despertaré las energías Paganas históricas almacenadas durante siglos dentro de estas piedras, a fin de que ellas pudieran encontrar una nueva expresión en nuestra lucha próxima, y que podríamos extraer de ellas la garantía de la eternidad."

Primero muerte, y luego, resurrección; primero la tumba fría en el corazón de la roca, y luego el saludo al Sol desde el lugar alto...

Una fuerza irresistible me condujo donde yo debía andar: a lo largo del callejón que conduce al ataúd de piedra en el cual, - el guía me había dicho, - el aspirante a iniciado de tiempos antiguos solía pasar una noche en el sueño sobrenatural. No había ninguna cuestión de mi imitando a los sabios. No soy un alma en la búsqueda de la sabiduría pura, sino simplemente un luchador, cuyo asunto es atestiguar la grandeza de mi Líder y a la eternidad de su mensaje, y contribuir a su triunfo por cada medio, incluso la potencia sutil de actitud, gesto y palabra.

Alcancé el ataúd dentro de la roca abovedada, y durante un rato, miré alrededor en el lago, y escuché al sonido de sus olas en la oscuridad. El sonido era interminable, y monótono como el pasar del tiempo tranquilo. "Debo estar aquí, al menos durante unos minutos," reflexioné yo, tocando el borde de la piedra fría, húmeda. "Debo estar aquí, en el frío y en la oscuridad, como hemos estado yaciendo en el zambullimiento de la derrota durante los nueve años pasados..." y quité mis zapatos, y anduve en el ataúd. Una sensación helada y fría me traspasó, como si en realidad algo del poder de la Muerte hubiera emanado de la piedra. Entonces, cuando me estiré en mi espalda, en la postura de los muertos, claramente vi (unos creerán que lo imaginé, pero sé que vi) una chispa violacea - un relámpago diminuto, - destellado de la roca abovedada oscura encima de mi cabeza. Y me estremecí, como si este fuese un signo de que los Poderes escondidos sabían lo que yo hacía... Yo ya no podría oír el sonido de las olas del lago, o aquel de las gotas de lluvia, o, de hecho, cualquier sonido - hasta aquel de mi propia respiración.

Durante un tiempo, estuve completamente aislada del mundo circundante y de mi propio cuerpo. Mis pies y piernas estaban helados, y pesados. Y sentí el frío penetrarme, despacio e irresistiblemente. Pero el espíritu ardiente vivió en mi corazón y cabeza, y recé intensamente. "Poderes Ocultos, que gobiernan todas las cosas visibles y tangibles," dije yo, con una voz que sonó como si no fuera la mía: "verdaderas Causas Omni-eficientes detrás de las causas aparentes de todos los acontecimientos, ayúdenme a entender el significado de nuestra derrota temporal; el sentido de los sufrimientos de mis camaradas y superiores y de nuestro querido Führer él mismo, en el esquema de cosas. ¡Y pueda yo usar aquel conocimiento para llevar adelante el renacimiento, reforzamiento y la expansión de nuestra Fe Nationalsocialista, en Alemania, en Europa, en el mundo, - dondequiera que hayan hombres de sangre aria!"

Entonces, mi mente fue absorbida en el silencio meditativo. ¿Cuánto permanecí en la actitud de muerte, en el fondo de aquel ataúd de piedra? Yo no podría decir. Ya no estaba oscuro cuando salí.

* * *

Anduve directamente hasta la cumbre del segundo Acantilado, en el cual se sostiene la Cámara del Sol.

Llovía. La mayor parte del pavimento del santuario (todo lo que no fue protegido por las losas que sobresalen de la roca) estaba mojado. El Sol no se había elevado todavía. (Ahora mismo, antes de la

subida, yo había preguntado a un hombre en el camino que hora era, y él había contestado: "Seis y media." Entonces yo tenía media hora más para esperar.) y cuando este se elevara, yo no lo vería. Pero al menos yo estaría allí, estando de pie ante la cámara abovedada mucho tiempo profanada como ante un Sancta Sanctorum; sintiendo la santidad tanto del momento y del lugar... y pensando en el simbolismo de la Salida del sol que no puede ser vista, aún cuando existe y trae, a pesar de todo, un nuevo día.

Mientras tanto, estuve de pie en el nicho de la pared de enfrente, donde estaba seco. Y esperé, pensando en el pasado remoto y reciente; en nuestra nada actual y aún así, en nuestras esperanzas; en nuestro significado eterno; y recordando palabras de F. F. que volvieron a mi continuamente como la expresión de una de aquellas certidumbres fundamentales que hacen la vida digna de vivir, hasta en las peores circunstancias: "hasta 1945, éramos un Partido. Desde 1945, nos hemos hecho la comunidad más temprana de creyentes en una nueva Fe, - o mejor dicho, nos hemos dado cuenta de ser eso, y solo eso, desde el principio."

"Una nueva Fe," pensé yo; "o mejor dicho, como yo tan a menudo decía y he escrito, una muy antigua: la Religión perenne de Luz y Vida en su forma moderna, Germánica."

Yo había venido aquí para integrar esta forma moderna de ella en la Tradición aria más antigua del Oriente y Occidente: la Tradición de la vieja, sagrada Tierra de Medianoche, de la cual nuestra raza ha venido.

Había paz en el aire; una paz de la misma calidad que yo había experimentado, más de seis meses antes, en el cementerio solo de Leonding, donde los padres del Führer están sepultados, y en la iglesia donde su madre solía arrodillarse y rezar; no la paz de la muerte, sino aquella de la vida eterna. Y había paz dentro de mí, también, ya que sentí que yo había hecho y hacía todo lo posible. Y sabía que yo debía vivir para siempre - olvidada, sin duda, pero presente sin embargo en una manera impersonal: en la gloria creciente de mi Líder; en el régimen creciente de todo lo que amo. Allí vino un momento cuando yo era consciente que "era tiempo"; que, detrás de la niebla y nubes, el Sol creciente había - no podría, sino haber - alcanzado el horizonte del Este.

Anduve a la cámara abovedada y estuve de pie ante ella, con mi brazo derecho extendido en dirección del Sol. Y recé. ¿A Quien? "A él ella ello", Que no tiene ningún nombre; a Aquel que es y permanece, detrás de las formas y colores y sonidos que pasan; a Esto, el pensamiento que da al alma la serenidad, sin la cual no puede haber ninguna acción desapegada.

¡"Señor de las Fuerzas invisibles, a Quien no conozco y no puedo comprender, pero a Cuya majestad adoro en el Orden eterno de la Naturaleza y en la belleza heroica de las vidas de mis camaradas - Tu manifestación, - ayuda a nosotros, Nacionalsocialistas, a guardar Tu verdad dentro de nuestros corazones, y llevar a cabo, un día, nuestro verdadero Nuevo Orden del Führer, reflejo terrenal de la Armonía cósmica despiadada Tuya! Pon Tu sabiduría impersonal en nosotros, para que podamos entender mejor eso hacia lo que él se ha esforzado; ¡eso hacia lo cual deberíamos esforzarnos en su nombre y para el amor a él, que eres Tu, y para el amor a Ti, Quien ha vuelto en el ropaje tradicional humano, en él, y brilla en él para siempre! Ayúdame a ser un instrumento más digno en Tu poder; una fuente más eficiente de inspiración y edificación a mis hermanos en la Fe; ¡un mejor ario y un mejor Nacionalsocialista!"

Quité mis pendientes de oro en forma de Esvásticas; mi broche de oro en forma de Disco con rayos que se terminan en manos - Aton; el Calor que es Luz; la Luz que es Calor; - mis últimas posesiones preciosas, y los puse sobre el soporte de piedra: "Ayúdame a recordar que ellos no son míos, sino de mi Führer y su gente," dije yo; "ayúdame a recordar que nada de lo que tengo o tendré alguna vez me pertenece, sino a Él y a ellos - nada, incluso mi cuerpo, mi vida, mis vidas adicionales, si hay alguna. ¡Pueda yo, si es necesario, dar éstos tan fácilmente como di el resto de todo lo que yo tenía!"

Y levantando mi brazo un poco más alto, pronuncié tres veces las Palabras Sánscritas sagradas que yo había repetido una vez, buscando el camino del desapego, en la profundidad de la desesperación: ¡"Aum Shivayam! ¡Aum Rudrayam!" y luego, después de un silencio corto, añadí, ligando lo nuevo a lo inmemorial - la expresión alemana moderna de la eterna Fe aria, a aquella antigua India suya, -: ¡"Heil

Hitler!"

Mis pendientes yacían, uno en cada lado del broche de oro. Puse el que estaba a la derecha a la izquierda, y aquel que estaba a la izquierda, a la derecha. Y repetí las viejas y nuevas Palabras.

Entonces cambié una vez más la posición de las dos Esvásticas de oro y puse una encima, otra debajo del Sol de oro con rayos que terminan en manos. Y por tercera vez, pronuncié Palabras en Sánscrito y en alemán, como si yo pusiera, simbólicamente, las fundaciones espirituales del Gran Reich ampliado, que comprenderá toda la Arianidad.

Entonces extraje de mi bolso la última copia que yo tenía de los folletos que había distribuido en Alemania en 1948 y 1949; una copia impresa de mi Oro en el Crisol y Desafío, una copia escrita a máquina de mis poemas en prosa Para siempre y Alguna vez, una copia escrita a máquina del principio del Rayo y el Sol, y el manuscrito de este libro presente: las principales cosas que yo había escrito en relación directa con nuestra lucha después de la guerra. Y otra vez estiré mi brazo y recé: "Ayúdeme para contribuir eficazmente y perdurablemente a la resurrección, triunfo y expansión, y establecimiento definitivo del Nacionalsocialismo en Alemania, en el Occidente, en el mundo, dondequiera que haya gente de sangre aria. ¡Ayúdeme a apresurar la venida del tiempo cuando la Bandera de la Esvástica orgullosa se agitará otra vez encima de estas Rocas sagradas; cuando estas Rocas serán honradas como centro espiritual de Alemania, y Alemania, - la Patria del Salvador moderno, - como la Tierra Santa de la humanidad nórdica, sagrada a todos los arios! ¡Ayúdeme a conseguir esto a través de todo lo que pienso y siento; por todo lo que digo o me refreno de decir; por todo lo que hago o haré; por todo lo que escribí; todo lo que escribo; todo lo que escribiré alguna vez; ¡por todo aquello que soy!"

Durante un minuto, imaginé a mí los pliegues de la Bandera de la Esvástica roja blanca y negra revoloteando encima de mi cabeza, - encima de las Rocas del Sol y el Bosque Teutoburg, en el lugar de resplandeciente Irminsul de los antiguos. Tal vez, el Führer había sido traicionado, el Partido difamado, y Alemania derrotada, y la Bandera de gloria insultada y pisoteada en el barro. Pero la vieja Cruz de la Edad de Piedra, - la Rueda del Sol, más vieja que Irminsul mismo, - está de pie encima de la victoria y derrota. Un día, - esperé - esta ligará la fe aria presente y futura en la Sangre y Suelo a los aspectos más antiguos de la Religión cósmica eterna, y - también esperé, - unirá a todos los arios en un Gran Reich, bajo la supremacía del mejor.

¡"Oh, pueda yo jugar una parte en este despertar colectivo de mi raza, para el cual he estado luchando miles de años!" grité yo, olvidando mi insignificante diminuto yo de ayer y de hoy y mi papel diminuto en esta gran lucha, en la consciencia breve, pero intensa de una continuidad de objetivo y de esfuerzo por cientos de vidas, la sucesión de las cuales ningún hombre puede demostrar, pero de las cuales me sentí, un rato, segura. "Poderes no vistos de la Luz, cuyo lustre todavía soporta sobre este lugar alto y en cada esquina de estas Rocas sagradas; y en este Bosque histórico, y en esta Tierra bendita - la Patria de mi Líder,- ayudenme a unir este despertar mundial del ario con la enseñanza de mi Líder y con su lucha, y con su sacrificio y el de su gente; ayúdenme a unirlo con la historia de su gente: ¡con su papel como la vanguardia de la Arianidad occidental en su conflicto de largas edades contra las Fuerzas oscuras!"

"y ustedes, guerreros que murieron defendiendo estas Rocas del Sol contra cruzados de Carlomagno a Alemania; y ustedes quienes, sobrevivieron la destrucción de la vieja fe Germánica, y vivieron y murieron en la desesperación, que es mil veces peor que la muerte, marchan en el espíritu dentro de nuestras filas - al lado de Leo Schlageter y Horst Wessel, al lado de Holzweber y Planetta, y los mártires de Munich y de Nuremberg; ¡Al lado de todos nuestros mártires! Viven en mí; me inspiran, para que yo pueda contribuir a la fundación y el crecimiento de la nueva Fe en cuya luz el mundo verá a nuestro Hitler como él es - como Él Que vuelve, - y le dará honores divinos. Ayúdeme a darle el Norte y el Sur; ¡el mundo, de polo a polo! ¡Heil Hitler! "

Las lágrimas llenaron mis ojos. Y una emoción helada corrió a lo largo de mi espina: un sentimiento extraño y casi espantoso de grandeza a pesar de la nada personal; el sentimiento que Dioses invisibles Que presiden el destino de Alemania habían aceptado mi dedicación, tal como el viejo luchador, Herr B. - mi superior, - la había aceptado casi seis meses antes, y que ya no era yo quien viví, sino Adolf Hitler - y, detrás de él, la Verdad cósmica, - quién vivió en mí; Adolf Hitler, el Salvador de los mejores y el Jefe del futuro; y la Verdad cósmica, más vieja que el Sol y Estrellas, el aliento

divino de su Movimiento y, más allá de la gloria y tragedia de su carrera política, la Esencia de su sabiduría eterna.

Dentro de mi corazón, recordé palabras de nuestro Führer la caracterización de la doctrina Nacionalsocialista:..."no un nuevo slogan electoral, sino una nueva visión del Universo" (1) - y posteriormente, un nuevo Estilo de vida. Y yo sabía que era, yo misma, una ilustración viva de su exactitud.

Permanecí otras dos o tres horas en la meditación sobre aquella acariciada idea del Nacionalsocialismo no simplemente como un sistema político, sino como una fe; y como un sistema político sólo en vista de que la "política," - un aspecto de la vida, - es gobernada por la fe que gobierna la vida de un hombre o una nación.

Ningun turista vino a molestarme en mis pensamientos. Llovía. Pero no lo noté hasta después. Por fin, estirando mi brazo derecho una vez más, repetí con toda sinceridad las Sílabas parecidas a un hechizo benditas de amor y orgullo - el ahora prohibido grito de la nueva Fe: - "Heil Hitler!" Y anduve a través del pavimento mojado, sobre el puente y abajo los peldaños, - atrás a la vida normal, - llena de una nueva consciencia: una consciencia superpersonal de un silencioso, no sospechado, y aún irresistible poder; del poder de la Naturaleza, de aquel de las Leyes inflexibles que gobiernan la Danza de vida y muerte en el espacio estrellado. Palabras adicionales de Mein Kampf vinieron a mi memoria, trayéndome la promesa de la victoria final - la visión del Gran Reich del futuro a pesar de todos los esfuerzos de nuestros enemigos para contenernos: "... Para su ser más alto, el hombre no tiene que agradecer a las ideas de unos ideólogos locos, sino al reconocimiento y aplicación despiadada de las ferreas Leyes naturales... " (2)... "Un Estado que, en una edad de contaminación racial, se dedica a llevar adelante a sus mejores elementos raciales, está obligado a hacerse, con el tiempo, el maestro del mundo." (3)

(1)nueva Weltanschauung. Mein Kampf, edición. 1939, p. 243.

(2) Mein Kampf, edición. 1939, p. 316 (Capítulo 11).

(3) Mein Kampf, edición. 1939, p. 782 (Epílogo).

Terminado en Emsdetten-in-Westfalen (Alemania) el 6 de febrero de 1954.

BIOGRAFIA SAVITRI DEVI

Savitri Devi Savitri Devi es una de las mujeres más representativas del nacionalsocialismo que hasta el momento de su muerte luchó convencida por el restablecimiento del Nuevo Orden. Según sus propias palabras: "El Nacionalsocialismo retornará porque al llegar el ciclo histórico presente a su total decadencia, su regreso será inevitable".

Savitri Devi nació el 30 de Septiembre de 1905 en Lyon (Francia), hija de padre griego y madre escocesa. Desde muy temprana edad su vida ya estuvo marcada por la pasión. A la edad de 11 años, durante la primera guerra mundial, ya garabateaba con tiza sobre las paredes de la Estación de Ferrocarril de Lyon slogans contra los Aliados: "¡Abajo con los Aliados, larga vida a Alemania!!", como protesta contra la ilegal invasión a la Grecia neutral.

Cursó estudios en Química y Filosofía brillantemente y realizó su Tesis doctoral sobre La Filosofía de la Ciencia. Ejerció la docencia eventualmente y hablaba 7 idiomas, incluyendo el hindú y el bengalí.

Sus convicciones políticas eran pan-helénicas, tanto lo eran que en 1928 renunció a su nacionalidad francesa nacionalizándose en Grecia. Mientras estudiaba en Atenas, su nacionalismo político, (fascinada por la antigüedad greco-romana y creciendo su desconfianza hacia el cristianismo), fue envolviéndose de un racialismo pagano más amplio.

Adolf Hitler y Savitri Devi

Posteriormente, en 1929 viajó a Palestina, dónde se convenció de que el judeo-cristianismo, con sus severas observancias le repelían, unas observancias que alienaron y distorsionaron la evolución espiritual natural de Occidente imponiendo un estéril monoteísmo y un servil philo-semitismo. Fue en Palestina, como ella misma diría, donde se hizo Nacionalsocialista.

En 1932 viajó a India en busca del paganismo Ario que el cristianismo había suplantado. Allí ella encontró "dioses y ritos semejantes a los de la antigua Grecia, antigua Roma, antigua Alemania, que la gente de su raza llevo allí 6000 años antes". Su ejemplo a seguir fue Julián el Apóstata, emperador del siglo IV que restauró el paganismo y el culto al sol en todo el Imperio Romano.

Estableció su residencia en Calcuta y rápidamente se sumergió en los movimientos nacionalistas hindúes que luchaban contra dos frentes: el Islam y el colonialismo inglés.

A la vez se consagró al ideal ario de una raza material y espiritualmente superior y se inició en los trabajos de Bal Gangadhar Tilak, bramán, erudito y matemático, autor de The Arctic Home in The Vedas, donde expone su teoría relativa al origen "polar" de los arios, que crearon "la civilización de Thule".

Recorrió la India impregnada de su credo ario, de tal manera que el Cónsul italiano en Calcuta veía en ella "la misionera del paganismo ario".

"...Grecia, India, Alemania: estos son los tres hitos en la historia de mi vida. Igual que otras mujeres aman a varios hombres a la vez, yo amo la esencia de varias culturas, el alma de esas tres naciones. Pero en cada una de ellas y en las tres juntas, está la esencial perfección de Aryandom al cual he buscado y venero toda mi vida. He encontrado a Dios, -el Absoluto- en la belleza viva y en las virtudes viriles de mi propio dios como Raza, igual que otras mujeres Lo buscan en los ojos de sus amantes, y lo dan todo sólo por el placer de adorarlo a El en ellos, no en el cielo sino aquí en la tierra." (Savitri Devi, Pilgrimage)

Fuerza del Sol

En 1938 se casó con un brahmán hindú, Sri Asit Krishna Mukherji, miembro de una casta elevada, fue entonces cuando adoptó el nombre de Savitri que significa "Fuerza del Sol".

Mukherji fue el editor de la revista *The New Mercury*, que contaba con el apoyo de la embajada alemana en Madrás desde 1935 a 1937, y su labor de propaganda mereció felicitaciones del ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania. Igualmente, Mukherji figuró entre los partidarios de Subhas Chandra Bose, el resistente hindú nacionalista y antibritánico que luchó con las tropas alemanas en la Segunda Guerra Mundial.

Tras la derrota alemana y el desmembramiento de la posguerra Devi cayó abatida y regresó a Europa en 1945 determinada en propagar sus creencias ahora revitalizadas y hacer algo en nombre del Nacionalsocialismo, permaneciendo poco tiempo en Londres (donde publicó *Son of God*, un estudio sobre la religión solar de Akhnaton), Francia, Islandia, Escocia (donde comenzó su más importante obra *Lightning and the Sun*) y Suecia (donde se encontró con Sven Hedin, el famoso explorador y comprometido nacionalsocialista).

Resistencia

En 1948-49, en medio del proceso de desnazificación, dirigió una pequeña campaña de propaganda clandestina en la derrotada y devastada Alemania, distribuyendo folletos y pegando carteles animando a la resistencia contra la brutal ocupación:

"¡Hombres y mujeres de Alemania! En medio de indecibles apuros y sufrimientos manteneos fuertes en vuestra gloriosa lucha y resistencia Nacionalsocialista! Desafiad a nuestros perseguidores. Nada puede destruir aquello que esta construido sobre la verdad. Nosotros somos el oro puro puesto a prueba en la caldera. Dejad que la caldera arda y ruja. Nada puede destruirnos. Un día nos rebelaremos y triunfaremos de nuevo. Tened esperanza y esperad. Heil Hitler!!"

Devi fue arrestada temporalmente junto a un camarada en Febrero de 1949, declarándose culpable de promover las ideas Nacionalsocialistas, y fue sentenciada a 6 años de prisión de los cuales sólo cumplió 7 meses, volviendo a Lyon en el verano de 1949. Allí escribió *Defiance* y concluyó *Gold in the furnace*, ambas basadas en sus experiencias en la Alemania ocupada.

En 1953 volvió ilegalmente a Alemania a modo de peregrinación, durante 4 años, visitando los lugares sagrados del Nacionalsocialismo y el paganismo Germánico, Braunau am Inn, Linz, Berchtesgaden, el Berghof, el Feldherrnhalle y Núremberg. Vivió 2 años en Emsdetten en Westphalia en casa de un simpatizante NS, donde escribió *Pilgrimage*, concluyendo *Lightning and the Sun* y añadió a las estaciones de su peregrinación el Hermannsdenkmal y el Externsteine un antiguo monumento en honor a la derrota de los Romanos, el último templo solar pagano reconocido, donde ella tuvo una revelación mística de la Victoria Aria.

Vínculos

Retornó a la India en 1957, pero volvió a Europa tres años más tarde. Entre 1960 y 1969 ejerció la docencia en Montbrisson (Francia) pero permaneció vinculada a actividades de difusión del Nacionalsocialismo hasta que le sobrevino la muerte. Mantuvo estrecha relación con Hans-Ulrich Rudel, Otto Skorzeny y Leon Degrelle. Se relacionó con los políticos del British Racial Right y junto a George Lincoln Rockwell participó en el acto fundacional de la WUNS en 1962.

En 1971 regresó a la India donde permaneció la mayor parte de los años 70, manteniendo correspondencia con los camaradas y recibiendo un gran flujo de visitas de racialistas de todo el mundo en Delhi donde vivía.

Murió en Essex (Inglaterra) en casa de su amiga Muriel Gantry en 1982 mientras esperaba un visado para viajar a Estados Unidos a pronunciar discursos y conferencias. Y fue incinerada en Colcheter también en Inglaterra, según el rito hindú. La urna con sus cenizas se envió a Matt Koehl quien las conservo en la Sala de Honor de su partido junto a las de Rockwell.

Obras y Pensamiento

Su obra más conocida es *Recuerdos y reflexiones de una mujer Aria* (1976) así como *Pablo de Tarso* y *Gold in the furnace* y las anteriormente citadas.

En la cosmovisión Nacionalsocialista de Savitri Devi, Adolf Hitler era un combatiente contra la corriente del tiempo, un precursor del Kalki. De este modo, la aparente derrota militar de Adolf Hitler era previsible, pues el ciclo histórico todavía no había llegado a su fase final. Savitri Devi estaba convencida de que era en la Ahnenerbe (Herencia Ancestral) hitleriana donde estaba depositada la sabiduría tradicional.

Para ella el hitlerismo se habría alimentado de la fuente del conocimiento suprahumano. Se parte de una visión cíclica de la evolución de la humanidad. Siguiendo de forma esquemática las tesis de Julius Evola expuestas en *La Rebelión contra el Mundo Moderno*, aparecen inicialmente civilizaciones basadas en principios tradicionales, en valores eternos. Con el paso del tiempo, las nuevas culturas que surgen se edifican sobre fundamentos cada vez más materialistas, así cuanto más nos remontamos al pasado más nos aproximamos a sociedades sustentadas en un orden más perfecto, ya que están erigidas sobre valores tradicionales, y cuanto más avanzamos hacia el presente, hallamos culturas basadas en el materialismo más atroz, señal de decadencia y de fin de un periodo histórico.

En esta situación de transición entre el final de un ciclo y el inicio de otro, se impone la necesidad de formar individuos depositarios de los valores esenciales para transmitirlos a las generaciones futuras, "manteniéndose en pie en un mundo en ruinas".

Savitri Devi en este sentido, manifestó su convencimiento de que sobrevivió una red de iniciados en esta sabiduría tras la caída del Tercer Reich y que transmiten este conocimiento a la espera de la llegada del momento de volver a la acción, cuando llegue el final del ciclo actual.

Quizás ese momento ha llegado y necesitamos hombres y mujeres con la valentía y el arrojo, el coraje y el valor de una mujer como esta.

Traducido por: Carlos Guerra

Revisado y Maquetado por: www.NuevoOrden.net

Este libro es una traducción del e-book en inglés publicado por los esfuerzos de la gente que trabaja en el Archivo Savitri Devi. Es gratis, por supuesto, para cualquiera que quiera descargarlo y leerlo. Sin embargo, si usted quiere ponerlo en su propio sitio Web, por favor asegúrese de darnos el crédito. El enlace al Savitri Devi Archive sería muy apreciado también.



<http://www.savitridevi.org/texts.html>